

CONN IGGULDEN

«El maestro de la novela histórica de hoy.»
The Independent

LA
GUERRA
DE LAS DOS
ROSAS

AMANECE



LOS IMPENDIBLES

D.J.57

LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS. AMANECER

CONN IGGULDEN



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Título de la edición original: Wars of the Roses. Ravenspur: Rise of The
Tudors

Edición en formato digital: julio de 2014

© 2016, Conn Iggulden

© 2018, de la traducción: Gemma Deza Guil y Miguel Alpuente Civera

© 2018, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Imagen del autor: © Jules Beresford

Imagen y diseño de la cubierta: OpalWorks BCN

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17128-49-4

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

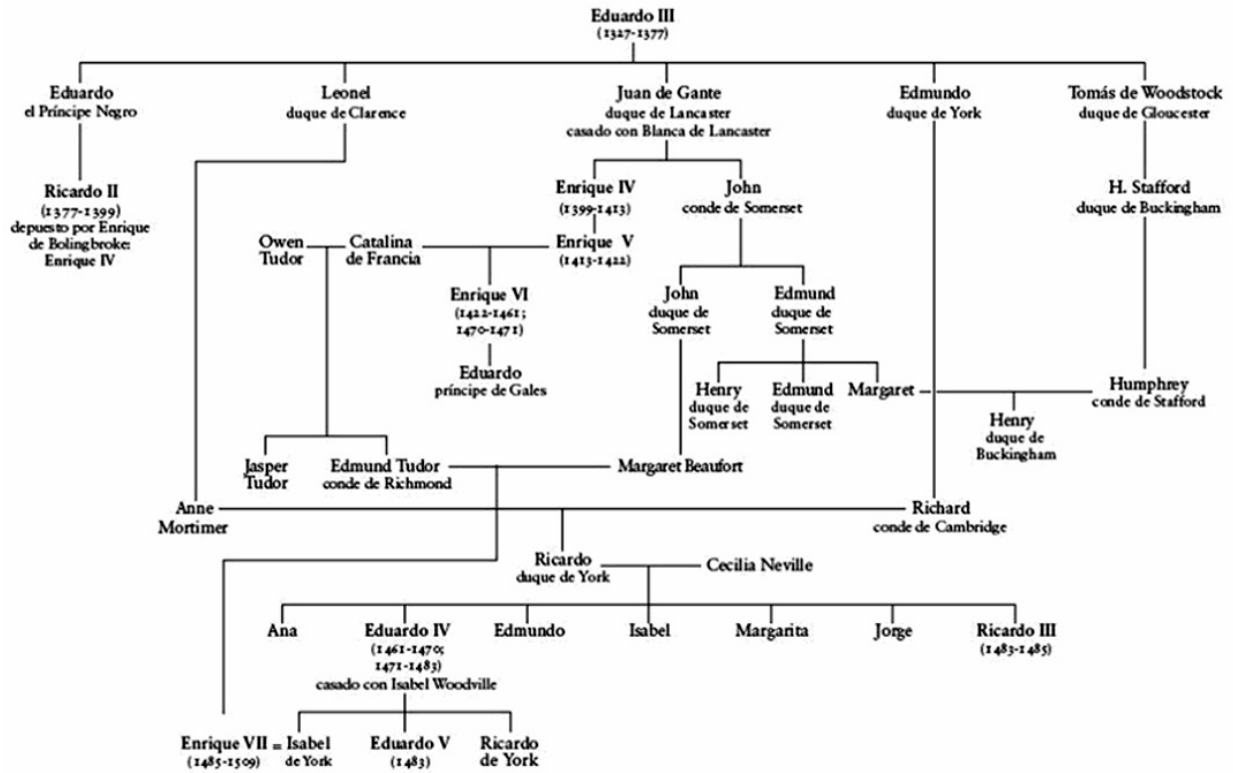
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi madre

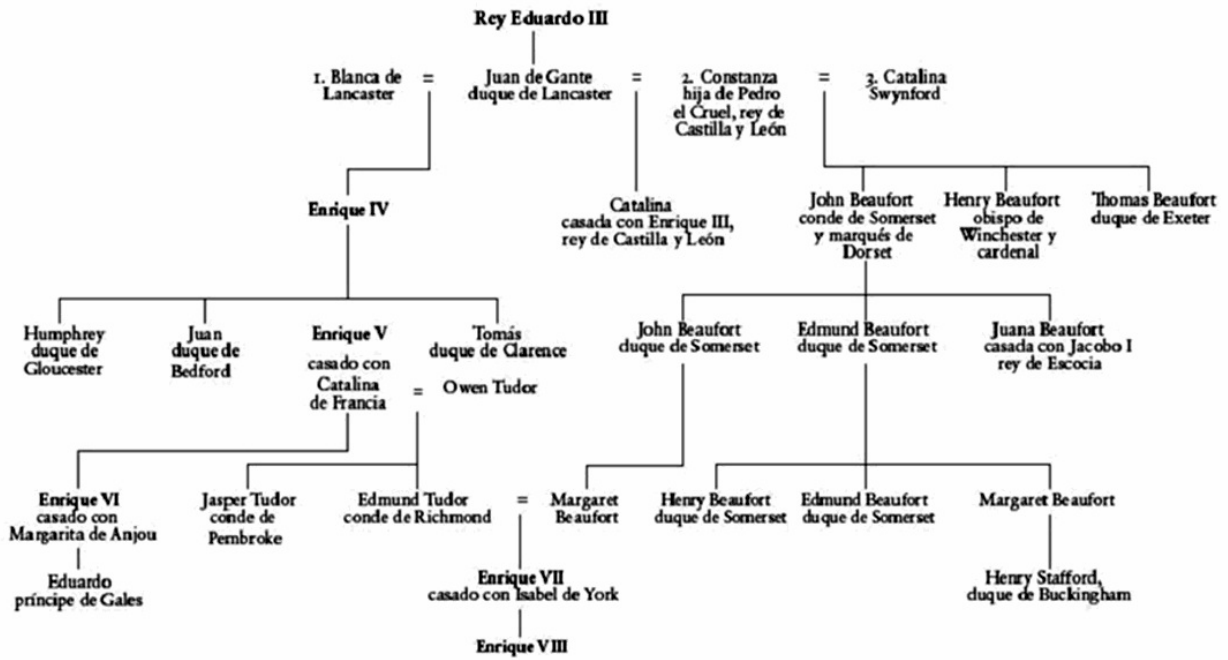
INGLATERRA EN LA ÉPOCA DE LA GUERRA DE LAS DOS ROSAS



Líneas reales de Inglaterra

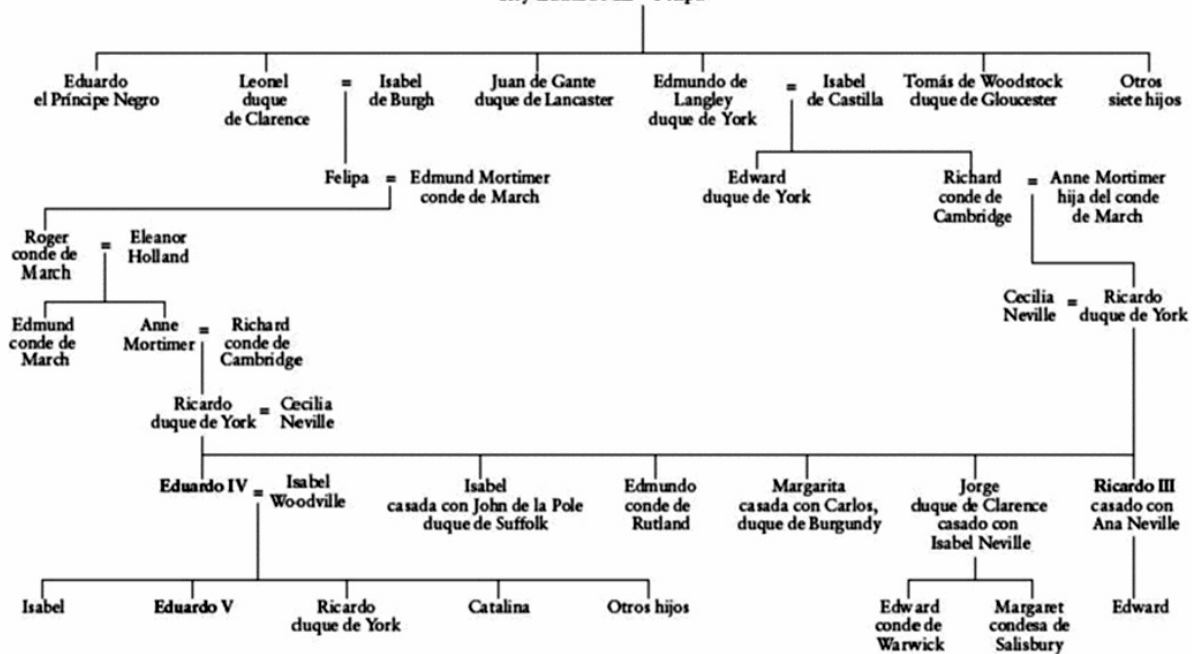


Casa de Lancaster

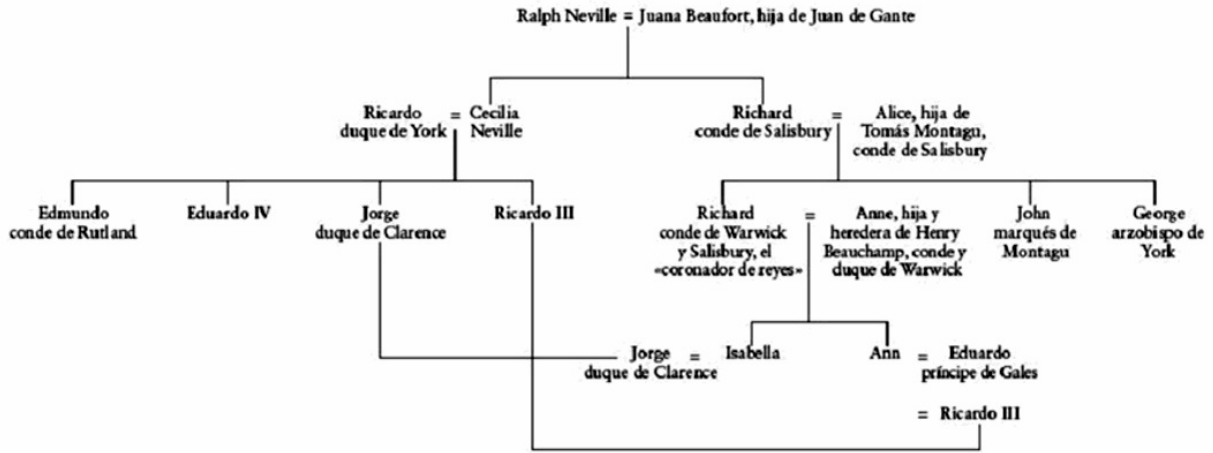


Casa de York

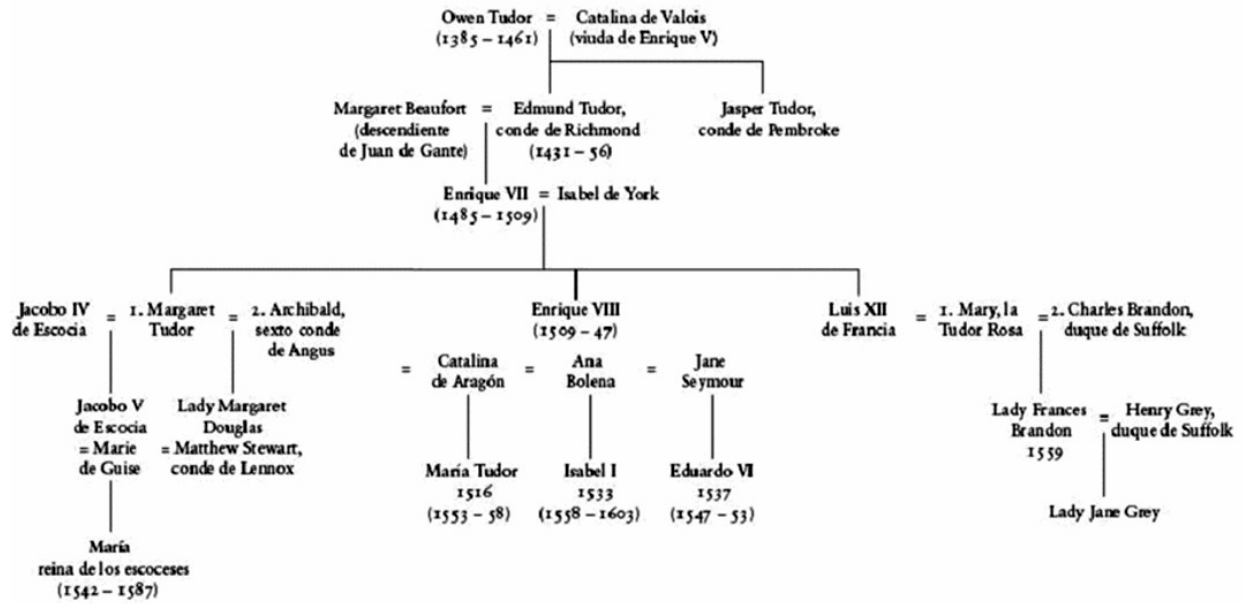
Rey Eduardo III = Felipa



Casa de Neville



Casa de Tudor



LISTA DE PERSONAJES

Reina Margarita/ Margarita de Anjou: Esposa de Enrique VI e hija de Renato de Anjou

Lady Margaret Beaufort: Bisnieta de Juan de Gante, madre de Enrique Tudor

Thomas Bourchier: Arzobispo de Canterbury

Derihew (Derry) Brewer: Jefe de espionaje de Enrique VI

Henry Stafford, duque de Buckingham: Partidario de Ricardo, duque de Gloucester

Carlos le Téméraire (el Temerario), duque de Burgundy: Enemigo del rey Luis XI y partidario de Eduardo IV

Jorge, duque de Clarence: Hermano de Eduardo IV y Ricardo, duque de Gloucester

John Courtenay, conde de Devon: Partidario de la reina Margarita y del Príncipe de Gales en la batalla de Tewkesbury

Eduardo IV: Rey de Inglaterra, hijo de Ricardo Plantagenet, duque de York

Eduardo V: Hijo mayor de Eduardo IV, uno de los príncipes en la Torre

Henry Holland, duque de Exeter: Partidario de Enrique VI y de la reina Margarita

Ricardo de Gloucester: Hermano de Eduardo IV y de Jorge, duque de Clarence. Más tarde, rey Ricardo III

Lord William Hastings, baron: Lord chambelán de Eduardo IV

Enrique VI: Rey de Inglaterra, hijo de Enrique V

Eduardo de Lancaster: Hijo de Enrique VI y de la reina Margarita, príncipe de Gales

Luis XI: Rey de Francia, primo de la reina Margarita

Jacquetta de Luxemburgo: Madre de Isabel Woodville

John Neville, barón y marqués de Montagu: Hermano del conde de Warwick

John Morton: Obispo de Ely

Ann Neville: Hija del conde de Warwick, esposa de Eduardo Lancaster y, posteriormente, de Ricardo de Gloucester

George Neville: Arzobispo de York, hermano del conde de Warwick

Isabel Neville: Hija del conde de Warwick, esposa de Jorge, duque de Clarence

John de Mowbray, duque de Norfolk: Partidario de Eduardo IV y Ricardo III, anteriormente partidario de Enrique VI

Henry Percy, conde de Northumberland: Cabeza de la familia Percy, partidario reticente de Ricardo III, anteriormente partidario de Enrique VI

John de Vere, conde de Oxford: Partidario de Enrique VI y de la reina Margarita, y más tarde de Enrique Tudor

William Herbert, conde de Pembroke: Guardián de Enrique Tudor en el castillo de Pembroke

Anthony Woodville, conde de Rivers: Cuñado de Eduardo VI

Edmund Beaufort, duque de Somerset: Partidario de la reina Margarita y de Eduardo Lancaster

Lord Thomas Stanley: Tesorero real y padrastro de Enrique Tudor

Sir William Stanley: Hermano de lord Stanley y capitán de lord Hastings; luchó contra Eduardo IV, y más tarde Enrique Tudor

Robert Stillington: Obispo de Bath y Wells

Rhys ap Thomas: Capitán galés, partidario de Enrique de Tudor en la batalla de Bosworth

Edmund Tudor: Marido de Margaret Beaufort y padre de Enrique Tudor; fallecido en la plaga de 1456

Jasper Tudor: Hermano de Edmund Tudor, tío de Enrique Tudor

Owen Tudor: Padre de Edmund y Jasper Tudor; fallecido después de la batalla de Mortimer's Cross

Richard Neville, conde de Warwick: Cabeza de la familia Neville tras la muerte del conde de Salisbury, más tarde conocido como «el hacedor de reyes»; primeramente partidario de Eduardo IV, devolvió el trono a Enrique VI

Baron de Wenlock: Partidario de Margarita y del príncipe de Gales

Isabel Woodville Conde de Worcester: Esposa de Eduardo IV

Ana, Bridget, Catalina: Partidario de Eduardo IV y Constable de Inglaterra

Cecilia, María e Isabel de York: Hija de Eduardo IV e Isabel Woodville

Ricardo de Shrewsbury, duque de York: Hijo pequeño de Eduardo IV, uno de los príncipes en la Torre

EL CAMINO ANDADO

En el siglo XV, hubo en Inglaterra dos grandes casas con lazos de consanguinidad. La estirpe más antigua, los Lancaster, ocuparon el trono durante tres generaciones, hasta que el rey Enrique VI cayó enfermo. El linaje de menor alcurnia, los York, se hicieron entonces con las riendas del reino y se desencadenó una guerra.

No podía haber dos reyes. Eduardo de York se alió con el conde de Warwick para poner fin al asunto en el campo de batalla en 1461. La casa de los Lancaster fue derrotada. La reina Margarita huyó a Francia con su hijo, dejando tras de sí a su esposo, Enrique, a quien se recluyó en la Torre de Londres.

El rey Eduardo IV desposó a Isabel Woodville, quien lo volvió en contra del conde de Warwick. Tras incontables provocaciones, Warwick se hartó y capturó a Eduardo, a quien mantuvo preso. Por otro lado, Warwick permitió que el hermano del rey, Jorge, duque de Clarence, desposara a su hija.

Y aunque al final Warwick liberó a Eduardo, su amistad nunca se recuperó. Eduardo respondió a unas acusaciones de traición vertidas contra Warwick enviando a hombres para arrestarlo.

Al final de los acontecimientos narrados en *Estirpe*, Warwick huía. Dejó Inglaterra con su hija en un avanzado estado de gestación y con su yerno, Jorge de Clarence. Tras denegarles puerto seguro, el niño nació y murió en el mar. Warwick y Clarence, rechazados por amigos y familiares, fueron desterrados a Francia.

El rey francés, Luis XI, detectó una oportunidad insólita. Puso a disposición de Warwick y Clarence un ejército de mercenarios y los barcos

para transportarlos. En ellos regresaron a la costa de Inglaterra en septiembre de 1470. Hojas doradas, rojas y blancas habían sido arrastradas por un gran vendaval, y nadie sabía cómo volverían a posarse en tierra. La estación de la venganza había dado comienzo.

PRIMERA PARTE



1470

«No confiéis en quien ya haya roto su lealtad una vez.»
WILLIAM SHAKESPEARE,

Enrique VI, tercera parte

1

El río describía un meandro alrededor del castillo de Pembroke. El sol invernal resplandecía tiñendo de rojo las paredes y la ciudadela se elevaba sobre el resto de la fortaleza, alta como una catedral, y con un orgullo parejo.

En el camino que discurría junto a la garita del guarda, el forastero posó sus manos en la perilla de su silla de montar mientras frotaba con un pulgar un pespunte roto. Su caballo estaba cansado; le colgaba la cabeza, pues no había hallado nada que comer sobre las piedras. En comparación con los guardas que lo contemplaban desde las alturas, Jasper Tudor presentaba una figura oscura como la de un pastor. Tenía el cabello áspero por el polvo del camino, como un paño apelmazado; le llegaba hasta los hombros y mantenía su rostro en las sombras, mientras el sol se ponía y el día empezaba a morir a su alrededor. Pese a estar extenuado, sus ojos no paraban quietos, atentos a todos y cada uno de los movimientos en aquella muralla. Cada vez que un guarda volvía la cabeza hacia el patio interior o intercambiaba una mirada con un oficial que estuviera a ras de suelo, Jasper lo veía, lo escuchaba y lo juzgaba. Supo en qué momento la noticia de su llegada se le había comunicado al amo del castillo. Y cuántos peldaños había tenido que ascender aquel hombre para llegar a la puerta exterior, con rejas de hierro, y la primera de una docena de defensas para repeler un ataque.

Jasper empezó a contar en voz baja con la intención de disipar el enojo que sentía por hallarse en aquel lugar. Imaginó cada vuelta de los escalones de piedra y se le torció el gesto al ver a William Herbert llegar a las almenas. El joven conde lo miró desde arriba, tan emocionado que Jasper se le apareció borroso. El nuevo amo de Pembroke era un alborotador con rostro rubicundo de apenas diecisiete años que seguía conmocionado por la muerte de su padre. No parecía que al conde Herbert le complaciera demasiado la

imagen del hombre oscuro y enjuto que alzaba la vista hacia él. Quedó claro a juzgar por su expresión y por cómo se aferró a la piedra con sus grandes manos.

Jasper Tudor había sido el conde de Pembroke en el pasado, hacía una docena de años. Costaba no erizarse cuando un hombre con la mitad de su edad lo contemplaba desde las alturas con arrogancia, desde sus propias murallas.

El conde William Herbert lo observó apenas un instante, con los ojos entrecerrados, como si le hubiera entrado en ellos algo que le irritara. El joven tenía la cabeza ancha, no gorda, sino amplia, enmarcada por una melena lacia con el flequillo recto. Bajo su mirada, Jasper Tudor lo saludó con una inclinación de cabeza. Le habría resultado ya bastante duro saludar al padre, de haber seguido con vida.

El viejo Herbert no había conocido una muerte digna, pues no había otorgado nuevos honores a su estirpe familiar. No había perdido la vida en una acción valerosa, sino que había sido reducido sin miramientos cuando Warwick había capturado al rey Eduardo. Aquella pequeña pérdida, que en su momento había pasado desapercibida, había quedado eclipsada por el gran pecado de Warwick de poner sus manos sobre el rey. En Pembroke, en cambio, toda la población había llorado su muerte.

Bajo la creciente penumbra, Jasper Tudor tragó saliva nerviosamente. Destellos de luz aparecían y se desvanecían entre las ranuras de piedra de las murallas, a medida que hombres con armadura cambiaban de posición. Sabía que no había conseguido ventaja alguna por el mero hecho de detectarlos. Nadie era más rápido que una flecha.

Las nubes se desplazaban por el cielo, iluminadas desde abajo por los últimos rayos del sol. En lo alto, el nuevo conde perdió la paciencia ante aquel silencio. Pese a su ligera ventaja, su pesar y la posición dominante que tenía, no había muchos muchachos de diecisiete años capaces de hacer frente a la calma pétrea de un hombre de cuarenta.

—¿Y bien? ¿Qué buscáis aquí, Tudor? —El joven conde parecía hallar un placer perverso en destacar su falta de título nobiliario.

Jasper Tudor era el hermanastro del rey Enrique. Había conocido honores gracias a la casa de Lancaster y, a cambio, había luchado en su defensa. Se había enfrentado en el campo de batalla a Eduardo de York cuando el gigante

de dieciocho años aún lloraba encolerizado la muerte de su padre. Jasper contuvo un escalofrío al recordar a aquel monstruo con armadura roja, de un color carmín como el que teñía las murallas de Pembroke al ponerse el sol.

—Buenos días os dé Dios. Me encomiendo a vos. He navegado desde Francia hasta esta costa para adelantarme a las novedades. ¿Habéis tenido ya noticia de Londres?

—¿Esa garganta galesa vuestra os permite llamarme «señor»? —preguntó William Herbert—. Soy el conde de Pembroke, Tudor. Si acudís a mi puerta a suplicarme comida o limosna, lamentaré decepcionaros. Quedaos vuestras noticias. Vuestras turbas Lancaster y vuestro rey preso y andrajoso no pueden reclamarme nada. Mi padre dio su vida en defensa del verdadero rey de Inglaterra, Eduardo de York. —El joven hizo una mueca con la comisura de los labios, torciendo el gesto—. En cambio, vos, Tudor, creo que conocisteis la muerte civil y perdisteis todos los honores, títulos y propiedades. Debería hacer que os derribaran sin más. Pembroke es mío. Todo lo que pertenecía a mi padre ahora es mío.

Jasper asintió, como si hubiera escuchado una reflexión que mereciera la pena tomar en consideración. Vio al joven dárse las de macho para disimular su debilidad. Nuevamente, deseó haber podido tratar con el viejo conde, que había sido un hombre de honor. Pero así eran las cosas una vez que estallaba la guerra. Hombres buenos fallecían y, para bien o para mal, sus vástagos ocupaban sus posiciones. Jasper sacudió la cabeza, haciendo oscilar los mechones apelmazados de su cabello. Él mismo era uno de esos hijos, quizá un hombre de menor valía que su padre, Owen. Y lo que era aún peor, en los años de exilio, Jasper no había encontrado esposa ni había engendrado hijos propios. Si el rey francés no le hubiera otorgado un estipendio por ser su primo, pensó Jasper, posiblemente habría muerto de hambre, solo y pobre. No obstante, se había mantenido fiel, tanto al rey Enrique como a la reina Margarita de Anjou, en su desesperación y su caída.

Jasper bajó la mirada por un instante, notando cómo sus esperanzas se desvanecían bajo el menosprecio del conde. Sin embargo, se hallaba frente a Pembroke, y aquel viejo lugar le había pertenecido en otro tiempo. Seguía suscitando en él una dolorosa familiaridad, y el mero hecho de estar allí le infundía un extraño consuelo. Sentía tentaciones de alargar la mano y acariciar la piedra. No podía permitir que lo avergonzaran a la vista de

aquellas murallas. Alzó la cabeza nuevamente.

Seguía habiendo alguien a quien quería en el interior de aquella fortaleza, como cualquier padre quiere a su hijo. Tal era el verdadero motivo de su visita. Jasper Tudor no había acudido a Pembroke a verter acusaciones o clamar venganza. La marea de los acontecimientos lo había hecho regresar desde Francia y había solicitado permiso a Warwick para ocuparse de un recado personal. Mientras la magnífica flota se lanzaba a mar abierto, su barco se había desviado solo hacia el oeste.

Jasper repasó con la vista las almenas en toda su longitud y no detectó signo alguno del hijo de su hermano, a quien hacía catorce años que mantenían allí como pupilo... o prisionero.

—Para mí, Pembroke siempre fue un mundo aparte de los asuntos de Londres, de los chismes y el comercio —dijo Jasper, alzando la voz para resultar convincente—. Dos duras semanas de camino, con unos caballos de relevos. Puede hacerse, pero no es empresa fácil. Y en invierno los caminos están tan enlodados que más vale circunnavegar la costa de Cornualles, aunque se tarde lo mismo y sea más peligroso. Confieso que temo esas tempestades invernales que pueden abrir de cuajo el casco de un buque y hacer que mueran ahogados quienes arriesgan su vida navegando en aguas profundas. Que Dios tenga en su gloria sus almas.

Las palabras manaban de su boca y al conde se le empañaron los ojos, hasta el punto de que el joven acabó por sacudir la cabeza de lado a lado, confuso.

—No entraréis, Tudor —le espetó el conde Herbert, perdiendo la paciencia—. Dejaos de juegucitos galeses: no os abriré la puerta. Decid lo que hayáis venido a decir y regresad a vuestros bosques húmedos, a vuestros campamentos y a la caza furtiva de liebres. Vivid como el bandolero mugriento y muerto de hambre que sois, mientras yo disfruto de Pembroke, de cordero asado y de todas las comodidades que me brinda la confianza del rey Eduardo.

Jasper se frotó el mentón con el dorso del pulgar para disimular el arrebatado de ira que lo sobrecogió. Seguía amando Pembroke, cada piedra y cada arco, cada salón y cada despensa con olor a humedad llena de vino, de cereal y de cuartos traseros de cordero y cabrito en conserva. Había cazado en las tierras de los alrededores de aquel lugar, Pembroke, que seguía siendo su

hogar con más derecho que el de cualquier otra persona en el mundo. De niño había soñado con que algún día fuera un elegante castillo señorial. Y cuando su sueño se había hecho realidad, Jasper Tudor se había sentido satisfecho. No existía mayor triunfo, al menos para el hijo de un soldado.

—Tanto si lo habéis oído como si no, milord, la marea ha cambiado. El conde de Warwick ha regresado a casa con una flota y un ejército —titubeó Jasper mientras buscaba las palabras adecuadas.

El joven conde que lo observaba se había inclinado hacia delante al escuchar aquel nombre, aferrado con tal fuerza a las piedras que parecía querer arrancar un trozo y arrojárselo a Jasper. Este continuó despacio, proyectando sus palabras más allá de la torre de entrada.

—Restaurarán a los Lancaster, milord. Cerrarán las heridas con un hierro al rojo y pondrán fin a los York. No interpretéis mis palabras como una amenaza; he venido a comunicároslo para que elijáis un bando, quizá antes de que alguien venga a preguntároslo con una espada en la mano. He venido a por mi sobrino, milord. A por Enrique Tudor, hijo de mi hermano Edmund y de Margaret Beaufort. ¿Cómo está? ¿Se encuentra a salvo dentro de estas paredes?

En el momento en el que el conde de Pembroke abría la boca para contestar, Jasper detectó al fin movimiento al otro lado de la muralla, un rostro blanco con una espesa cabellera negra. El muchacho, sin duda, que aún no se habría convertido en hombre. Jasper no dio muestra de haberlo visto.

—No tenéis derecho a reclamarlo —espetó William Herbert, enseñando los dientes—. Mi padre pagó mil libras por un pupilo. Veo el andrajoso dobladillo de vuestra capa, Tudor. Veo la grasa y el polvo que lleváis encima desde aquí. ¿Podéis devolverme esas mil libras?

La sonrisa despreciativa del joven se desvaneció al ver a Jasper Tudor llevarse la mano atrás para agarrar un fardo de lona y cuero que llevaba atado a la cintura. Lo sacó y lo agitó para hacer tintinear las monedas que contenía.

—Puedo —respondió, si bien no había ninguna nota de triunfo en su voz. Divisó el desprecio en el rostro del conde y supo que no bastaría.

—¿Ah, sí? ¿Y tenéis también... —William Herbert mascullaba las palabras como si se le hubiera atragantado un espeso coágulo de rabia— ... los años invertidos en su formación en esa bolsa? ¿Tenéis el tiempo de mi padre? ¿Su confianza? —Hablabla rápidamente, con la confianza recuperada

—. A mí se me antoja demasiado pequeña para que quepa todo eso, Tudor.

La voluntad del joven conde prevalecería, al margen de lo que se dijera y de quién llevara la razón en aquella discusión. Un hombre solo no podía abrir a la fuerza la puerta de Pembroke. Ni siquiera podían hacerlo diez mil hombres.

Con un suspiro, Jasper volvió a guardarse el fardo. Al menos, una vez que le devolviera el préstamo, el monarca francés no sería su dueño. Se frotó la frente, con gesto de cansancio, ocultando sus ojos al hombre que tenía diez metros por encima de él para poder echar un vistazo a su sobrino. Jasper no quería que vieran al muchacho y lo obligaran a marcharse de allí. Si se dirigía a él directamente, tenía la sensación de que podía suscitar en William Herbert tanto rencor que le haría la vida imposible a su sobrino, o incluso podía llegar a ponerlo en peligro. Cuando Jasper habló de nuevo, lo hizo tanto para los oídos de Enrique Tudor como para el nuevo conde de Pembroke.

—Tenéis la oportunidad de demostrar un poco de buena voluntad, milord —le dijo alzando la voz—. El pasado pasado está. Nuestros padres están muertos y enterrados. Hoy os alzáis donde antaño me alcé yo como conde, y Pembroke es vuestro. Los años pasan, milord, y no podemos hacer retroceder el tiempo un día, ni siquiera una hora, para tomar una decisión mejor cuando tuvimos la oportunidad de hacerlo. —Cobró impulso al percibir el silencio del conde, que por lo menos no le gritaba maldiciones y amenazas—. Eduardo de York se encuentra en el norte, milord, lejos de sus ejércitos y palacios. ¡Es demasiado tarde para él! —Jasper continuó, orgulloso, subiendo la voz para que lo oyeran todos—. ¡Warwick ha regresado a Inglaterra! ¡Con una inmensa hueste reunida en Kent y Sussex, sí, y también en Francia! Los hombres como él hacen que incluso los reyes se inclinen para escucharlos de cerca. Son una raza distinta de vos y de mí mismo, milord. Escuchadme bien: el conde de Warwick sacará a Enrique de Lancaster de la Torre de Londres para devolverlo al torno. Ahí tenéis a vuestro verdadero rey... ¡y es mi hermanastro! Y ahora me gustaría llevarme a mi sobrino a Londres, milord. Os solicito que lo entreguéis a mi cuidado, de buena fe y confiando en vuestra clemencia. Os devolveré la inversión que vuestro padre hizo en él, aunque sea todo lo que me quede.

Mientras hablaban, habían aparecido antorchas y se habían iluminado lámparas tras las murallas, como si quisieran ahuyentar la última luz

vespertina. Bajo una luz dorada parpadeante, William Herbert aguardó apenas un instante tras la conclusión de la súplica.

—No —respondió mirando hacia abajo—. Ahí tenéis mi respuesta. No, Tudor. No obtendréis nada de mi mano. —El conde saboreaba el poder que tenía sobre el hombre harapiento que había ante su puerta—. Aunque es posible que haga que mis hombres os quiten esas monedas, si es que son auténticas. ¿Acaso no sois un forajido en mi camino? ¿A cuántos habéis robado y asesinado para recopilar tantas monedas, Tudor? Los señores galeses que os protegen son todos unos ladrones, es bien sabido.

—¿De verdad sois tan mentecato, muchacho? —le gruñó Jasper Tudor al joven que se alzaba sobre su cabeza, que farfulló de indignación—. ¡Os he explicado que los vientos han cambiado! Acudo a vos para tenderos una mano, con una oferta justa. ¿Y os dedicáis a balarme y a amenazarme desde la seguridad que os ofrecen estas murallas? ¿Acaso es ese vuestro valor? ¿Os lo infunde solo la piedra que tenéis bajo las manos? Si no pensáis entregar a mi sobrino, escuchadme bien, muchacho. Os sepultaré bajo tierra si le hacéis algún daño. ¿Me habéis entendido? Bien hondo.

Pese a la furia aparente de su discurso, Jasper Tudor miró de reojo a su joven sobrino de catorce años, que lo observaba desde las almenas, a cierta distancia tras la muralla. Le sostuvo la mirada hasta que notó que William Herbert alargaba el pescuezo para comprobar qué le había llamado la atención. El rostro desapareció. Jasper esperaba que su mensaje hubiera quedado claro.

—¡Sargento Thomas! —gritó el joven conde de Pembroke con un tono imperioso—. Reunid a media docena de hombres y ahuyentad a este bandolero de mi camino. No ha demostrado el respeto debido a un conde del rey. No mostréis misericordia con ese bastardo galés. Haced que derrame un poco de sangre y luego apresadlo y traédmelo para que le imponga su castigo.

Jasper maldijo por lo bajo mientras en el interior de la garita del castillo se oían golpes secos y crujidos, junto con el repiqueteo de una enorme cadena. Los soldados subieron rápidamente a cada lado de las murallas para comprobar si por casualidad había un ejército oculto en los alrededores. Algunos de ellos portaban ballestas y Jasper Tudor notó sus frías miradas repasándolo. Tanto daba que uno o dos de aquellos guardias hubieran sido sus propios hombres años atrás. Servían a un nuevo amo. Sacudió la cabeza

enojado, dio media vuelta a su caballo y clavó espuelas; el animal se encorvó y se lanzó al galope por la carretera despejada. No se lanzaron saetas tras él en la oscuridad. Lo querían vivo.

Asomándose tanto como se atrevía entre las piedras, Enrique Tudor había observado atentamente a aquel jinete delgado y desafiante ante la garita de Pembroke, sentado como un pordiosero sobre un caballo oscuro y, pese a ello, con la osadía suficiente para desafiar al nuevo conde. El muchacho de cabello moreno no recordaba a su tío y no habría sido capaz de distinguirlo entre una multitud si William Herbert no lo hubiera llamado «Tudor». Lo único que sabía era que su tío Jasper había luchado en el bando del rey Enrique, de la casa de los Lancaster, en poblaciones tan distantes que no eran más que nombres.

Enrique se había empapado de la imagen de su pariente de sangre, arriesgándose a caer por escuchar cada palabra, aferrado a las toscas piedras que tan bien conocía. Había nacido en Pembroke, en un parto que casi les había costado la vida tanto a él como a su madre, o eso decían. Había escuchado decir que era un milagro que una mujer tan menuda hubiera sobrevivido. A menos de seis metros de la muralla de la garita sobre la cual se alzaba William Herbert, Enrique había venido al mundo cuando su madre solo tenía trece años y había estado a punto de enloquecer por el miedo y el dolor. Lo habían entregado a un ama de cría y se había enviado a la pequeña Margaret Beaufort a desposarse de nuevo, dejando a su único hijo y a su difunto marido relegados al olvido. Cuando los yorquistas habían tomado Pembroke y habían dado caza a su tío Jasper, a quien acusaban de ser un traidor Lancaster, Enrique Tudor se había quedado completamente solo en el mundo.

Estaba convencido de que aquel aislamiento lo había hecho más fuerte. Ningún otro muchacho había crecido sin madre, sin amigos y sin familia, rodeado de enemigos por todas partes dispuestos a lastimarlo y zaherirlo. A resultas de ello, imaginaba que era casi tan duro como Pembroke. Había padecido mil crueldades a manos de los Herbert, tanto del padre como del hijo, pero había resistido y, durante todos sus años de vida, nunca había tenido un solo instante de debilidad o desatención.

Se avergonzaba de algunos momentos en los que casi había olvidado el

odio y había tenido que cuidarlo y atizarlo para mantenerlo prendido. Antes de que el conde fuera asesinado, incluso había habido días en los que Enrique se había sentido más el segundo hijo del viejo que la mera moneda de cambio que en realidad era, una moneda que había que guardar para invertirla en el momento debido. Se había descubierto anhelando oír un elogio de boca de William, mientras que este, algo mayor que él, no había desperdiciado ni una sola oportunidad de hacerle daño. Enrique se había odiado a sí mismo por aquella debilidad y se había aferrado con fuerza a la ira que sentía en el pecho mientras dormía hecho un ovillo.

En la carretera, a los pies de la muralla, escuchó a su tío hablar con una severidad creciente. El flujo de sus palabras sorprendió a Enrique como un alambre de espino tensándose alrededor de su cuello. «Os sepultaré bajo tierra si le hacéis algún daño.» Era la primera muestra de preocupación por su bienestar que Enrique recordaba, y lo abrumó. En aquel instante, mientras asimilaba maravillado que un hombre se preocupara lo suficiente por él como para amenazar a un conde, su tío Jasper lo había mirado a los ojos. Enrique Tudor se había quedado helado.

No se había dado cuenta de que su tío lo había visto acercarse a rastras. Aquella mirada lo perforó y le agitó el pensamiento, mientras contenía el aliento. «Bajo tierra. Bien hondo.» La esperanza inflamó el pecho de Enrique mientras regresaba agazapado al interior, lejos de la vista de su tío, y también lejos del conde Herbert, que desde hacía tiempo descargaba su odio contra los Lancaster sobre el vástago más débil de un linaje remoto. Enrique Tudor no se había posicionado a favor de ningún bando en las guerras, al menos no más allá del color de su propia sangre, tan roja como cualquier rosa Lancaster.

El muchacho corrió y sus pasos resonaron en las pasarelas que descansaban sobre vigas bajo las almenas. A la luz parpadeante de las antorchas, uno de los guardias intentó detenerlo agarrándolo con una mano, pero Enrique se desembarazó de él y lo dejó blasfemando entre dientes. Era el viejo Jones, sordo como una tapia del oído derecho. El muchacho Tudor conocía hasta al último hombre y la última mujer de aquel castillo, tanto a quienes vivían dentro de las murallas y servían a la familia Herbert como al centenar aproximado de personas que acudían cada mañana desde el pueblo portando vituallas y carros o como mano de obra.

Descendió las escaleras a saltos, arrojándose contra el puesto exterior con todo el descuido de su juventud y golpeándose con fuerza contra los pasamanos, pero sin perder velocidad. Había recorrido a la carrera los terrenos del castillo un millar de veces, perfeccionando una resistencia y agilidad que resultaron manifiestas en aquellos momentos, junto con una resolución que le hizo aparcar toda cautela y correr como un gato escaldado por los terrenos de Pembroke.

En la semioscuridad del atardecer, atravesó a gatas un taller erigido en el patio principal, ayudándose de las manos para saltar entre pilas de cajas que despedían un olor pútrido y salobre a algas marinas. Cualquier otro día podría haber acudido allí a contemplar cómo se desempacaban los plateados pescados y las ostras, pero tenía un camino que seguir y la necesidad apremiante de saber que no se había equivocado. Al otro lado de aquel patio al aire libre, vio que el sol poniente había caído tras las murallas y proyectaba una inquietante luz en los espacios que rodeaban la torre del homenaje; el impresionante torreón se elevaba cinco pisos de altura por encima del resto del castillo y podía cerrarse a cal y canto para impedir el acceso de todo ejército enemigo. Pembroke se había construido para la defensa, si bien tenía un punto débil para quienes lo conocían, un secreto muy bien guardado.

Enrique derrapó al llegar a la sala de banquetes de la planta inferior. Vio allí al condestable del conde, un hombre rubicundo sumido en una acalorada conversación con uno de los gestores del castillo, mientras ambos escudriñaban un pergamino como si contuviera el significado de la vida y no un mero recuento de las tejas rotas o de los quintales de roble y haya. Ralentizó el paso y con las piernas rígidas atravesó el extremo de la sala que quedaba más alejado de ellos. Enrique notó a los hombres alzar la vista, o quizá fueran solo imaginaciones suyas, porque no lo interpelaron. Sin mirar atrás ni una sola vez, llegó a una puerta y la abrió. Lo recibió el calor de las cocinas.

Pembroke tenía dos comedores y las cocinas se hallaban bajo el más majestuoso de ellos. El personal y los huéspedes humildes eran los primeros en comer. Enrique había pasado allí muchas noches, mascando pan y carne en una penumbra casi absoluta, pues ni siquiera se le concedía el gasto de una vela de sebo. Había permanecido sentado a solas, mientras de las ventanas de la planta superior llegaban carcajadas y destellos de luz. Era el salón

principal, donde el conde entretenía a sus invitados predilectos. Enrique se habría arriesgado a que lo apalearan por el mero hecho de aventurarse a entrar en aquella estancia, pero aquella noche lo que le interesaba eran las cocinas... y lo que ocultaban.

Las criadas y el personal de servicio apenas alzaron la mirada cuando entró allí, dando por sentado que el flacucho muchacho simplemente estaba dejando una escudilla, por más que Enrique normalmente comiera de un plato trincherero y se llevara el trozo de pan duro para roerlo o alimentar a las grajillas en lo alto de las torres. Con todo, Enrique les resultaba familiar, y la cocinera, Mary Corrigan, la única que podría haberlo ahuyentado con sus grandes manos rojas y agitando el delantal, no parecía encontrarse allí. Se respiraba un aire denso por el vapor de las ollas burbujeantes e imperaba un trajín absoluto, mientras el personal sacaba cucharadas de los ingredientes apilados, con el fin de medirlos. La imagen lo hizo relamerse y cayó en la cuenta de que no había comido. ¿Debería sacarles algo de comida a las cocineras? Detectó con la mirada una pila de manzanas peladas que estaban adquiriendo ya un tono marrón miel. Junto a ellas temblaban bloques de queso en una cacerola de suero de leche aguado. ¿Cuánto tiempo transcurriría antes de que volviera a comer?

Mientras permanecía allí en pie, absorto en el repiqueteo, los aromas y el arduo trabajo que se desarrollaba a su alrededor por toda la cocina, divisó la puerta en el extremo opuesto. Recortada en el muro de piedra, era más estrecha que el pecho de un hombre, lo cual obligaría a un soldado a ponerse de lado para atravesarla. Un tablón de roble, apoyado en gruesas abrazaderas de hierro incrustadas en la argamasa, bloqueaba el paso. Enrique sentía que la puerta estaba allí, mientras miraba a cualquier otro lado excepto directamente hacia ella. Se conocía hasta la última piedra de Pembroke, en invierno y en verano. No había una despensa, un desván o un camino por los que no hubiera transitado, aunque ninguno de ellos había cautivado su atención tanto como aquella puerta. Sabía lo que había al otro lado. Podía notar la humedad y el frío, aunque le brillase la piel por el sudor.

Atravesó la cocina sorteando al personal, que se separaba para franquearle el paso como en una coreografía, portando cacerolas y bandejas. Tenían que alimentar a seiscientos hombres y unas ochenta mujeres aquella noche, desde la alta mesa en el gran salón ocupada por los más allegados al

conde hasta los halconeros y los sacerdotes, y en un segundo turno, los guardas y los muchachos que limpiaban los establos. La comida era un elemento aglutinador vital entre un señor y su pueblo, un deber y una carga, a medio camino entre un símbolo y un pago.

Enrique llegó a la puerta y levantó la barra con gran esfuerzo, tambaleándose bajo su peso cuando por fin logró desencajarla. Malgastó unos instantes preciosos estabilizando el tablón contra la pared. Con la respiración entrecortada, cuando agarró la llave de donde estaba colgada y la introdujo en la cerradura, notó una mano en el hombro. Al volver la mirada se encontró cara a cara con Mary Corrigan, que lo observaba fijamente. No era más alta que él, pero parecía multiplicar por tres su peso en carne y hueso.

—¿Adónde crees que vas? —le preguntó mientras se secaba las manos en un áspero trapo.

Enrique notó que se ruborizaba, si bien ello no bastó para que continuara girando la llave hasta que la vieja cerradura quedó abierta.

—Voy al río, Mary. Tal vez pesque una anguila.

Mary entrecerró los ojos ligeramente, más en ademán de desdén que de sospecha.

—Si maese Holt o el condestable te vieran utilizando esta vieja puerta, te arrancarían el pellejo, ¿lo sabes, verdad? ¡Cómo sois los niños! Demasiado vagos para tomar el camino largo. Venga, lárgate. Yo cerraré tras de ti. Pero asegúrate de volver a colgar las llaves en su clavija. Y regresa por la casa del guarda. Con todo este ruido, no te oiré si llamas con los nudillos.

Para sorpresa de Enrique, la robusta cocinera alargó la mano y lo despeinó con unos dedos lo bastante fuertes para combar un cucharón de hierro.

Enrique notó que se le agolpaban las lágrimas en los ojos, pese a que no recordaba la última vez que había llorado... en toda su vida. Cayó en la cuenta de que era posible que no volviera a pisar Pembroke nunca más. Lo más parecido a una «familia» que tenía se encontraba dentro de las murallas de aquel castillo. Ciertamente era que Mary Corrigan le había dado una paliza en tres ocasiones por robar, pero una vez también le había dado un beso en la mejilla y le había deslizado una manzana a hurtadillas en la mano. Era el único gesto de amabilidad que alcanzaba a recordar.

Dudó, pero recordó la oscura figura del jinete. Su tío había venido a por

él. La determinación de Enrique se endureció y asintió con la cabeza mirando a Mary. Una ráfaga de aire frío entró por la puerta al abrirla; Enrique la cerró dejando atrás las mejillas encendidas y el sudor de Mary, oyó la cerradura y el gruñido de la mujer al levantar la barra para volver a encajarla en su sitio. Enrique se sosegó entonces, notando cómo el frío calaba en él tras dejar atrás el denso ambiente de la cocina.

Las escaleras describían un giro brusco enseguida, para evitar que nadie que ascendiera por ellas tuviera espacio para apuntalarse y balancear un hacha. Descendían en picado hasta el acantilado que había bajo Pembroke, describiendo curvas cerradas. Los primeros escalones recibían la iluminación que se filtraba a través de las grietas de la puerta, pero aquel tenue resplandor desaparecía al llegar al segundo tramo. Después de aquello, Enrique se halló sumido en la negrura, una negrura tan densa como si le apretaran un paño húmedo contra la cara.

Nadie sabía si la cueva había sido descubierta después de la construcción del castillo o si fue el motivo por el que se había erigido en aquel punto el primer fuerte de madera, siglos atrás. Enrique había visto cómo se recuperaban puntas de flecha de sílex desportilladas del suelo de la caverna, usadas por cazadores de un pasado demasiado remoto como para tener conocimiento de él. También se habían hallado allí monedas romanas, con los rostros de emperadores pretéritos grabados en plata ennegrecida. Aquel lugar vetusto había embelesado a Enrique cuando lo había descubierto, durante un invierno de lluvia incesante en el que cada día había sido una tortura de tutores, moratones y humedad.

Un cambio en el eco de sus pasos lo puso sobre aviso antes de alcanzar la puerta inferior. También estaba cerrada con llave, pero Enrique se palpó el cuerpo en busca de las llaves que llevaba colgadas de un cordón de cuero. Tuvo que empujar con todas sus fuerzas para desatascar la puerta una vez abierta la cerradura, golpeando con el hombro contra la hinchada jamba una y otra vez hasta que por fin penetró en una oscuridad mucho más fría. Jadeante por el esfuerzo y sin un ápice de miedo, Enrique cerró la puerta de nuevo de un empujón y sostuvo la fría llave en la mano mientras se preguntaba qué hacer con ella. No le parecía correcto llevarse algo tan vital. Notó la inmensa caverna por encima de él, un mundo aparte, pese a hallarse justo debajo de Pembroke. El silencio se rompió con un aletear de palomas en las piedras

más altas, una reacción mecánica ante su presencia. Enrique aguzó el oído y escuchó el tenue hálito del río.

La oscuridad era absoluta cuando salió al exterior, lo que provocó que de inmediato se golpeará en la espinilla con la quilla de un bote de remos, sin duda arrastrado hasta la cueva para ser reparado. La existencia de aquella caverna no era ningún secreto en Pembroke. El secreto era la puerta oculta que había dejado en la penumbra y que conducía directamente hasta el castillo que se alzaba sobre él. Enrique maldijo y se frotó la pierna; al hacerlo, volvió a notar la llave. La colgó de la proa del bote, donde pudieran encontrarla, y avanzó lentamente por un suelo tan pulido como el lecho de un río.

La última barrera para llegar al río era de hierro, una verja clavada en unos muros de piedra construida sobre la boca natural de la caverna. Enrique tomó otra llave, la introdujo en la cerradura y la giró hasta oír un clic. Atravesó el umbral y quedó sumido en la oscuridad; dio la espalda al río para cerrar la verja por fuera y arrojó la llave al interior, fuera de su alcance. No lo hizo por William Herbert, que lo había tratado con desprecio y crueldad, sino por Pembroke... y quizá por Mary Corrigan. No permitiría que otros descubrieran los secretos de Pembroke.

No había vuelta atrás. Enrique se sorprendió respirando con dificultad antes de hacer acopio de voluntad y apaciguar su corazón, obligándose a serenarse como si vertiera nata líquida en una sopa burbujeante, hasta aquietarse por completo. Seguía notando aquel calor interno, pero ahora estaba soterrado, sofocado.

Entonces se volvió hacia el río y entendió que lo que había estado oyendo eran los ruidos sordos de un bote en las proximidades. Aunque no había luna y el río era casi tan negro como la cueva, creyó entrever una mancha más oscura, de apenas seis metros de longitud. Silbó en su dirección, esperando no estar equivocado.

Al caer, los remos chirriaron, emitiendo un sonido fuerte que quebró la noche. El bote acudió deslizándose a contracorriente y Enrique Tudor se lo quedó mirando despavorido. Contrabandistas, pescadores, cazadores furtivos y esclavistas: eran muchos los hombres con motivos para aventurarse por aquellas aguas bajo el manto nocturno. Y no muchos de ellos reaccionarían amablemente a la llamada de un niño.

—Bien hecho, muchacho —dijo una voz desde la negrura—. Ya decían tus tutores que eras un chico muy listo.

—¿Tío? —susurró Enrique.

Escuchó al hombre reírse entre dientes y empezó a descender con dificultad. Estuvo a punto de caer en el bote, pero la oscura figura lo agarró por ambos brazos y tiró de él con una fuerza asombrosa. Enrique notó la barba incipiente del hombre rasparle la mejilla y detectó un olor a sudor y hierbas silvestres, y el hedor de los caballos incrustado en las ropas de su tío. No había ningún farolillo iluminado, no con las murallas de Pembroke cerniéndose sobre ellos. Pero tras la oscuridad de la caverna, las estrellas y la luna bastaban a Enrique para ver asombrosamente bien mientras lo conducían a una bancada para que tomara asiento.

—Bien hecho, jovencito —lo felicitó Jasper Tudor—. Me habría gustado que mi hermano viviera para verlo. La mitad de la guardia buscándome a mí en el pueblo, el resto siguiendo a uno de mis hombres con una antorcha en llamas y, mientras tanto, yo aguardándote aquí... y tú has recordado la cueva a los pies de Pembroke. Tu padre estaría muy orgulloso de ti.

—No me reconocería, tío —replicó Enrique, con el ceño fruncido—. Murió antes de que yo naciera. —Se dio cuenta de que se replegaba ante la calidez del hombre, de su tono y de su abrazo, apartándose en todos los sentidos y hallando un consuelo conocido en la frialdad. Se desplazó un poco sobre el tablón y notó que el bote se balanceaba—. No os demoréis más por mí, tío. Debe de haber otro bote, uno de mayor tamaño. Escuché lo que le dijisteis a William Herbert. ¿Nos dirigimos a Londres?

Enrique no vio la tristeza y el desánimo con que lo miraba su tío Jasper. Eran un par de perfectos desconocidos, y ambos fueron conscientes de ello en el mismo momento. Enrique no había conocido madre ni padre. Aguardando en un silencio tenso, supuso que no era raro que su tío sintiera cierto apego por el único hijo de su hermano. Pero él no sentía ninguna reciprocidad, solo un frío negro tan profundo como el río por el que navegaban, un frío que le infundió fuerzas.

Jasper carraspeó para romper el silencio.

—A Londres, sí. ¡En efecto, muchacho! Mi barco está atracado en Tenby. Esta pequeña barca es demasiado frágil para aventurarse en mar abierto. Unos caballos nos aguardan a un kilómetro y medio río arriba. ¿Sabes montar,

hijo?

—Por supuesto —respondió Enrique secamente.

Había recibido la formación de un caballero, o cuando menos la de escudero de William Herbert. Ciertamente era que había recibido más puñetazos y desdén que un adiestramiento propiamente dicho, pero sabía mantenerse en una silla de montar. Y sabía manejar la espada.

—Bien. Cuando ya no puedan vernos desde el castillo, montaremos y cabalgaremos hasta la costa. ¡Y, de allí, a Londres, muchacho! Para ver a tu tocayo, el rey Enrique. Para ver a los Lancaster restaurados en el trono. ¡Válgame Dios, aún me cuesta asimilarlo! ¡Hemos huido! Para vivir como hombres libres mientras ellos peinan los bosques en nuestra búsqueda.

El bote avanzaba arrastrado por la corriente y el sonido de los remos era casi inaudible. Durante un largo rato, los únicos ruidos provinieron del agua y de la respiración fatigosa por el esfuerzo. Jasper sacudió la cabeza ante el silencio inmutable del muchacho. Había esperado hallar una cotorra parlanchina y, en su lugar, había rescatado a un pequeño búho, observador y tranquilo.

2

Warwick apretó la boca, preocupado. El rey Enrique se hallaba ante la muchedumbre en Londres, contemplando la ciudad encaramado a lo alto de las murallas de la Torre. Soplaban un frío viento y Warwick tuvo que reprimir un gesto de dolor al apreciar la fragilidad del monarca. La vida había roto y vaciado a Enrique de Lancaster. Por más que aquella mañana lo hubieran vestido con fino paño bordado y una densa capa, Warwick sabía que, debajo, aquel pobre hombre no era más que piel y huesos. De hecho, la capa parecía sepultarlo bajo su peso, tanto que parecía más jorobado y encorvado que nunca. Enrique no dejaba de tiritar y las manos le temblaban, como si tuviera una fiebre intermitente o sufriera una perlesía de anciano. Cuando la capa se le arremangó hasta el codo no dejó a la vista un antebrazo musculoso, sino uno de una anchura uniforme, apenas dos huesos gemelos cubiertos de piel y venas.

De pie junto a Warwick y el rey, Derry Brewer miró con atención a la multitud que se arremolinaba bajo ellos. Como el rey, el jefe del espionaje también era una sombra de lo que había sido. Caminaba con ayuda de un bastón y contemplaba el mundo con un solo ojo reluciente. Las cicatrices que habían reemplazado al otro quedaban ocultas tras una tira de cuero. Con el roce, aquella tira había dejado calvo a Brewer, al amoldarse a su cuero cabelludo, y crujía y se movía en contacto con la piel desnuda. Warwick, más joven que ellos, se estremeció al contemplarlos, y Brewer, que lo presintió, volvió la cabeza hacia él y lo sorprendió mirándolos con un deje de repugnancia.

—¡Menuda estampa!, ¿no es cierto, hijo? —preguntó Brewer en voz baja—. Yo tuerto, con una pierna inútil y con tantas cicatrices que tengo la sensación de ir envuelto en paño, por el modo como me tiran de la piel. Pero

no me quejo, ¿os habéis dado cuenta? No, yo soy como una roca, como san Pedro. Quizá me cambie el nombre para recordárselo a los demás. Aquí se alza Peter Brewer, y sobre esta roca reconstruiré mi reino. —El jefe de los espías del rey rio amargamente entre dientes—. Y aquí tenemos al rey Enrique VI, inmaculado como un cordero recién nacido. ¡Ah, no! Si no recuerdo mal, tiene una cicatriz. Lo hirieron en lo alto de la colina de San Albano, ¿os acordáis, milord?

Warwick asintió lentamente, consciente de que Brewer lo estaba azuzando aludiendo a tiempos pasados.

—¿De verdad? —dijo Derry, con la voz endurecida—. Así debe ser, pues fue por orden vuestra; fueron vuestros arqueros los que dispararon aquella saeta. Entonces erais el enemigo, Richard Neville, el puñetero conde de Warwick. Os recuerdo. —Sacudió la cabeza irritado, recordando un año mejor que el que sabía que los aguardaba, en el que cada día amanecería con dolor—. Aparte de esa cicatriz, no creo que el rey Enrique tenga ninguna otra; dudo que lo hayan herido en todos los años que hace que lo conozco. ¿No es extraño pensarlo? Un rey herido una sola vez, y por una flecha vuestra, una flecha que lo deshizo, si me permitís que os lo diga. Lo resquebrajó como un golpe resquebraja una jarra vieja, lo despertó de su estupor, pero lo dejó débil y frágil, apenas capaz de sostenerse en pie con la armadura puesta. Aquella flecha vuestra fue como dejar caer esa jarra a un suelo de piedra.

Para incomodidad de Warwick, el jefe de los espías del rey se llevó la mano al ojo vacío, si para rascarse o para enjugarse el brillo de las lágrimas, era imposible determinarlo. Brewer continuó presa de un enojo repentino, haciendo gestos a la multitud.

—¿Veis esta turba vitoreante?! ¡¿Escucháis su clamor?! Pues aclaman a un hombre hueco. Permitidme que os confiese, Richard, que prefiero tener todas estas cicatrices y un solo ojo bueno a perder la razón. ¿Entendéis?

Warwick respondió con un asentimiento, receloso de la resplandeciente mirada de su interlocutor.

—Tal vez entre vos y el rey Enrique hagáis un solo hombre —respondió—. Vos ponéis la inteligencia y él la forma.

Derry Brewer lo miró perplejo.

—¿Perdón? ¿Acaso insinuáis que no soy un hombre? ¿Que soy menos

que un hombre?

—No... Era un comentario a la ligera, maese Brewer.

—¿Ah, sí? Estoy dispuesto a demostrároslo ahora mismo, si creéis que sois más hombre que yo. Os aplastaré, hijo. Aún me guardo unos cuantos ases en la manga.

—Estoy convencido de ello —respondió Warwick—. No pretendía insultaros.

Notó cómo se le encendían las mejillas, cosa que por supuesto también apreció Brewer.

—No temáis, milord, no os lastimaré. Ahora estáis en el bando correcto.

Warwick frunció el ceño y luego vio que el jefe de los espías mostraba una expresión irónica que delataba su ánimo burlón. Warwick sacudió la cabeza.

—Andaos con cuidado, maese Brewer. Esto es un asunto serio.

El rey no había realizado movimiento alguno mientras ellos hablaban. Enrique se alzaba en pie como su propia efigie de cera, igual que las que decoraban altares en tiempos de enfermedad o la estatua del César Marco Antonio que en una ocasión se había mostrado a la muchedumbre en Roma. Cuando Warwick tomó la mano del rey, casi lo sorprendió notar su piel cálida y elástica. Se estremeció cuando sus nudillos hinchados se movieron bajo su garra, con aquellas venas como cuerdas. Enrique volvió lentamente hacia él la cabeza al notar el contacto, pero sus ojos no revelaban reconocimiento alguno. Allí solo había la nada, y un rastro de tristeza. Todo lo demás había desaparecido.

Con cuidado, Warwick alzó el brazo del rey con el suyo propio, haciendo un gesto dirigido a todos aquellos que tenían los ojos posados en ellos. La multitud rugió y pataleó a sus pies, pero ello no impidió a Warwick escuchar al rey Enrique lanzar un gritito y tirarse hacia atrás, demasiado débil para zafarse. Daba pena, pero lo único que podía hacer Warwick era sujetárselo en alto y agitar al rey mientras lo hacía.

—¡Me duele! —musitó Enrique, dejando caer la cabeza.

Warwick bajó el brazo cuando el monarca empezó a encorvarse, presintiendo que la situación solo podía empeorar. Unos guardias de las torres sortearon a Derry Brewer y sujetaron al rey. Warwick observó la mano de Enrique cuando la soltó. Tenía las uñas negras y sacudió la cabeza.

—¡Traed unos guantes para su majestad! —les gritó a los guardias.

En el palacio de Westminster había criados para ocuparse del rey. Ellos lo restaurarían y lo bañarían. Quizá los médicos reales incluso pudieran insuflarle un hálito de vida a aquel hombre.

La voz de Derry Brewer interrumpió sus pensamientos.

—Pobre diablo. Lo miro y me pregunto si se habrá dado cuenta siquiera de que lo hemos liberado. O si es... la verdadera piedra fundacional para esta rebelión vuestra, no sé si me entendéis.

—Os entiendo. No es una cuestión de bien o mal, maese Brewer. Es el rey.

Para su irritación, Brewer soltó una carcajada.

—¡Los guardias ya se han ido, milord! Y la muchedumbre de abajo no puede escucharnos aquí arriba en la muralla. Quizá crean que la sangre de un rey es más roja que la suya, no lo sé. Pero vos... —Derry sacudió la cabeza, con una sonrisa de asombro—, ... vos visteis como Eduardo de York se proclamaba rey. Dicen que fuisteis vos quien lo espoleasteis a hacerlo. Y ahora le negáis ese derecho. Tal vez seáis vos el san Pedro aquí, milord, al negar que conocéis a vuestro señor, una y otra vez, hasta que cante el famoso gallo.

—El rey Enrique de Lancaster es el rey de Inglaterra, maese Brewer —dijo Warwick en voz baja.

Por primera vez en su conversación, Derry lo vio llevarse la mano al puñal que llevaba en el cinturón. No percibía una amenaza real en el conde, pero interpretó el gesto como una advertencia. No obstante, Derry cambió el peso de pierna y agarró bien su bastón. Era de plomo y había sorprendido con él a un par de hombres en los años transcurridos desde Towton.

—Podéis llamarlo como queráis —respondió Derry—. No cambiaré nada. ¿Veis a la multitud ahí abajo? ¿Veis cómo nos miran todos a la espera de que los miremos una sola vez más? ¿Queréis saber mi consejo?

—No —respondió Warwick.

Derry asintió con la cabeza.

—¡Mejor para vos, hijo! Mi consejo es mostrar al rey en varios lugares, dejarles que vean a Enrique vivo y liberado, y luego poner algo en su comida que se lo lleve de este mundo, hacer que duerma y no vuelva a despertar. Sin dolor ni derramamiento de sangre, eso sí, pues no sería deseable para un

hombre que nunca tuvo intención de hacer ningún daño, más allá del ocasionado por propia debilidad. Permitir que se vaya tranquilamente. Su hijo será un buen rey. Por todos los santos, ese muchacho es el nieto del vencedor de Agincourt. Hará que todos nos sintamos orgullosos de él.

Warwick entrecerró los ojos e inclinó la cabeza como si estuviera viendo algo que le causara incredulidad.

—¿Creéis que esa es mi intención?! —exclamó—. ¿Pensáis eso de mí? ¿Que asesinaría al rey? ¿Por un niño al que apenas conozco? —Para sorpresa de Derry, Warwick soltó una carcajada, un sonido estentóreo en el viento que soplaba a aquella altura—. Eduardo de York me propuso algo parecido en una ocasión, cuando fuimos a visitar a Enrique a su celda. Dijo que le deseaba cuarenta años de buena salud, para evitar que otro joven rey viniera de ultramar. Eduardo era consciente de ello, maese Brewer. Tal como lo soy yo ahora. No es necesario que me agujoneéis con vuestras sospechas. El rey Eduardo me dio la espalda y yo he quemado mis naves con él. No regresaré a ese redil. Lo juro por María, madre de Dios, por mi lealtad prometida y por las vidas de mis hijas. Ya lo tenéis. He reunido a un ejército para derrocarlo, para lanzárselo como una capa sobre la cabeza. Los césares caen, maese Brewer. Esa es la lección que he aprendido en todos estos años.

Derry no había apartado ni un segundo su mirada tuerta de Warwick mientras este hablaba, con el fin de juzgar e interpretar a aquel hombre a partir del más leve indicio de mentira o debilidad. Lo que vio alivió parte de la tensión de sus hombros. Alargó la mano lentamente, para no asustar al conde, y le dio unas palmaditas en el brazo.

—Buen chico —le dijo—. Sabéis que causasteis estragos en vuestra época, con vuestro padre y con los York. No, permitidme hablar. De hecho, prácticamente lo único que hicisteis bien fue enfrentaros a los rebeldes de Jack Cade, ¿lo recordáis? Aún hoy tengo pesadillas con aquella noche y me despierto empapado en sudor, si he de seros sincero. Pero ahora tenéis una oportunidad que a la mayoría de los hombres nunca se les presenta: la oportunidad de deshacer parte de todo el daño que causasteis. Solo espero que la agarréis por los cuernos cuando se presente. Bien sabe Dios que no habrá otra.

Bajo la atenta mirada de Warwick, Derry Brewer giró sobre sus talones y se alejó cojeando tras el rey a quien había sido fiel y a quien había protegido

durante toda su vida. En aquel momento, Warwick entendió que Brewer era lo más parecido a un padre que el rey Enrique había conocido nunca.

Al quedarse a solas, una mirada por encima de la muralla recordó a Warwick lo que estaba en juego. Miles de hombres y mujeres llenaban las calles que rodeaban la Torre de Londres; la multitud se hacía más grande a medida que iban acercándose quienes conocían la noticia. El rey Enrique había sido puesto en libertad. Se había restaurado a los Lancaster en el trono. Había habido algunas reyertas y refriegas al principio, pero los pocos dispuestos a gritar de enojo en favor de los York habían sido acallados a palos, se habían visto obligados a huir corriendo o se los había dejado desangrarse. Londres no era una ciudad pusilánime, no era un lugar al que enfadar. Warwick lo sabía bien. Necesitaba a los portuarios y a los pescadores, a los panaderos y los herreros, a los cazadores furtivos, a los caballeros y a los arqueros. Necesitaba a los espadachines mercenarios que le había entregado el rey de Francia, pese al resentimiento que provocaban entre los ingleses... y a pesar de los cofres de plata invertidos para comprar su lealtad. Los necesitaba a todos para aprovechar su impulso, o tendría el mismo destino que quien se cae de un caballo al galope: sería arrastrado y se rompería en pedazos de camino al norte.

El sur era la patria de Warwick, siempre lo había sido. Kent y Sussex desde antaño, y también Essex y Middlesex: los reinos antiguos donde aún se susurraba que Eduardo de York era un usurpador y un traidor. Hombres de Cornualles y de Devon habían acudido a unírsele al difundirse la noticia; poblaciones enteras habían partido a restaurar en el trono al rey verdadero. Warwick había hecho de Londres una plaza fuerte para darles tiempo de acudir a pie o a caballo hasta él, consciente de que necesitaría hasta al último de ellos para derrotar al rey Eduardo en el campo de batalla.

El mero pensamiento de enfrentarse a Eduardo le causaba miedo y le evocaba recuerdos agitados de Towton: un Goliat con armadura de plata, rápido, encolerizado e imparable, mas tan frágil también y tan fácil presa de los caprichos de los ángeles que podría haber caído de un paso en falso o con una sola piedra que le hubiera alcanzado en el lugar preciso. También Warwick había estado en Towton. Y había contemplado la facilidad con la que hombres buenos podían morir y la escasa justicia que había en todo aquello.

Mientras proyectaba la vista sobre Londres, Warwick imaginó el vasto sur de Inglaterra estrechándose a cada kilómetro que avanzaba hacia el norte. Lo visualizó como la punta de una estaca que pudiera clavar a martillazos, golpeada desde Francia contra los blancos acantilados, adentrando una punta de hierro en el joven y arrogante Eduardo de York. Poco importaba lo acontecido en otros tiempos, al margen de lo que opinara Derry Brewer. Era imposible que las velas consumidas en noches pasadas volvieran a arder por más que rezaran reyes y obispos. Warwick pasó la mano enguantada por las vetustas piedras de la Torre de Londres. Si se trataba de supervivencia, si Eduardo de York se hallaba a su merced, no titubearía. Brewer lo había entendido, y así era. Warwick había capturado a reyes con anterioridad. A sus ojos, no eran más que hombres.

Pensó que tal vez no existiera otra persona en Inglaterra que entendiera el mundo tanto como él lo hacía entonces. Si un conde podía crear a un rey, también podía no amarlo.

Warwick sonrió para sus adentros y se alejó de la febril multitud que había a sus pies. Aquel mar de rostros, con sus gritos y murmullos, recordaba a gallinas en un gallinero, o incluso a los zumbidos de una colmena. Y, sin embargo, eran hombres y mujeres, otrora escogidos para cuidar de un jardín, y lo bastante insensatos y orgullosos como para robar la única fruta que tenían prohibido coger a la mano que los alimentaba.

Warwick siguió a los guardias escaleras abajo, hasta las carrozas que los aguardaban. Mientras descendía, su sonrisa se torció, volviéndose cada vez más amarga. Quizá no hubiera reyes, no sin hombres que los siguieran. Los hombres soñaban tales cosas sin motivo... y luego olvidaban que eran soñadores. Metían a los zorros con las gallinas y se dedicaban a reírse mientras se derramaba sangre.

En cuanto sus lacayos lo divisaron en la sombra de la casa del guarda de la Torre de Londres, se colocaron en sus puestos con elegancia, con los bastones bajados, conteniendo a la multitud para permitir que el conde se abriera paso hasta su caballo. Una docena de caballeros con armadura completa lo esperaban en sus monturas, atentos a la primera señal de violencia entre aquella turba creciente, listos para cargar, fulminando con la mirada a cualquiera que se atreviera a acercarse demasiado. El rey Eduardo era un hombre querido. Dios lo sabía, y Warwick también. Pese a todos sus

excesos y crueldades, aquel gigante con armadura de solo veintiocho años era capaz de volver a una muchedumbre de su bando con un gesto magnánimo o una llamada a la batalla. Sin duda habría entre aquella turba personas dispuestas a dar su vida por un señor como él. Los partidarios de Warwick estaban nerviosos, inquietos, y veían una amenaza en cada grito ebrio.

A lomos de un caballo capón negro, un joven aguardaba con ellos, delgado como la hoja de una espada y endurecido por las vivencias del año previo. Jorge, el duque de Clarence, se inclinaba sobre la perilla de su silla de montar mientras mataba el tiempo, con los antebrazos apoyados y mirando por encima de las cabezas de la multitud, hasta donde alcanzaba la vista. Londres estaba atestado de casas, gremios, tabernas, talleres y almacenes, todos ellos apiñados en torno a un río por el que se transportaban artículos a tierras que la mayoría de ellos no verían nunca. Allí se pulían cristales, se fabricaban relojes, se soplaba vidrio, se tallaba piedra y se cortaba y desecaba carne. Era un hervidero, como pueda serlo una pata de cerdo olvidada bajo el tórrido sol, dando vida a todos los seres que habitan dentro de ella.

Jorge de Clarence no parecía contento con lo que veían sus ojos, si bien Warwick no pudo discernir si era por la presión del vulgo o por la punzada de algún íntimo aguijón. Warwick se obligó a sonreír cuando su yerno miró en su dirección y se enderezó sobre su caballo.

—Desde lo alto de la muralla, al oír sus rugidos, me han recordado a leones u osos —dijo Warwick—. Me cuesta imaginar siquiera lo que debe de haber sido desde aquí abajo.

El esposo de su hija empezó a encogerse de hombros, pero luego se lo pensó dos veces, recordando sus modales.

—Estos londinenses se hacen oír, milord, son muy impetuosos. Y no son demasiado limpios, que digamos. Me han ofrecido una docena de alimentos distintos a cambio de unas monedas y había pordioseros, pillos y... —Hizo un ademán con la mano, pues no le alcanzaban las palabras para describir a la variedad de personas que los rodeaban.

—Dad gracias de que aclamen con nosotros —dijo Warwick. Tal como les sucedía a sus guardias, a Warwick no le agradaba aquella multitud que no dejaba de crecer y que, como una marea, podía engullir de un solo movimiento a un hombre en sus profundidades o elevarse en una gran ola sin ser consciente de a quién arrastraba con ella—. Los he visto espoleados por la

rabia y el odio, Jorge, como cuando lord Scales disparó fuego griego sobre sus cabezas, a menos de una docena de metros de donde nosotros nos hallamos hoy.

Warwick se estremeció al recordar a mujeres y hombres ardiendo, gritando hasta que sus pulmones no echaban más que fuego. Lord Scales no había sobrevivido a aquella noche. Sus carceleros se habían hecho a un lado y habían permitido que la turba entrara en su celda.

—¿Hablasteis con el rey, señor? —preguntó Jorge con cautela.

No estaba acostumbrado a usar aquella palabra para aludir a Enrique de Lancaster.

Warwick apartó la vista de las celebraciones y le dio unas palmaditas en el hombro a su yerno.

—Así es —mintió con desparpajo—. Está mortalmente débil a causa de su encarcelamiento, pero le he hablado de los servicios que me habéis prestado y ha estado de acuerdo. Cuando haya un nuevo sello Lancaster para estampar en las leyes, seréis proclamado segundo heredero al trono, por detrás de su hijo, Eduardo de Lancaster.

Jorge de Clarence tenía veinte años de edad y había sido testigo de la muerte de su primogénita en el mar apenas unos meses antes. Culpaba a su hermano, el rey Eduardo, de dicha muerte, con una ira tan nítida que lo inundaba de tal manera que a veces parecía que fuera a desbordarlo y que no hubiera espacio en él para nada más. Agachó la cabeza al escuchar aquella noticia.

—Gracias, señor. Habéis honrado nuestro acuerdo.

—Por supuesto —respondió Warwick—. ¡Sois el marido de mi hija! ¡Todavía os necesito, Jorge! Por no hablar de los hombres que podéis aportar a la batalla. Sois el duque de Clarence. Vuestro hermano..., bueno, aunque ya no sea rey, por ahora sigue siendo el duque de York y sigue representando una amenaza que no puedo permitirme menospreciar. Cada día que perdemos aquí es un día más que damos a Eduardo para reunir un ejército. Y preferiría partir a caballo con la mitad de los hombres y sorprenderlo con la guardia baja que luchar en otro Towton. Que Dios nos guarde de ello.

Warwick vio cómo la expresión de su yerno se perdía en la distancia, mientras imaginaba el reencuentro con su hermano. Rezumaba un dolor y una rabia profundos, todo ello concentrado en el hombre que lo había tildado de

traidor y los había obligado a huir. La hija de Warwick, Isabel, había dado a luz en medio de la espuma del mar y había perdido a su hija a causa del frío. Warwick no vislumbraba el más mínimo perdón en Jorge, el duque de Clarence, y se sentía agradecido por ello.

—Tened paciencia —le dijo Warwick, bajando la voz.

Jorge lo miró, aparentemente entendiendo sus palabras. Liberar de su cautiverio al auténtico rey, al rey por derecho, el Lancaster, era como una pantomima interpretada para la multitud, una tea resplandeciente que agitar sobre la ciudad y con la que prender las antorchas de la multitud. Ya estaba hecho, ya podían partir a la carrera al norte y atrapar a Eduardo, alejado de su feudo y de su buena fortuna.

La reina Isabel de York ahogó un grito, frunciendo los labios en una mueca de enfado y respirando sonoramente, casi silbando, mientras avanzaba aprisa por el sendero cercano a la abadía de Westminster. Sus hijas correteaban a su alrededor, tres pequeñas con cara de susto y a punto de estallar en lágrimas, en reacción al proceder de su madre.

El embarazo de la reina estaba tan avanzado que tenía que sujetarse la enorme barriga con una mano y caminaba balanceándose, con andares más propios de un marinero ebrio que de la esposa del rey Eduardo. Respiraba con dificultad, una respiración fría que se le atragantaba, pero no le impedía maldecir a su marido en voz alta esporádicamente. El niño que daba patadas en su tripa sería el sexto. Sabía lo peligrosamente cerca que estaba de dar a luz y resoplaba mientras caminaba dando tumbos, notando una vez más las diferencias que le revelaban que sería un niño. Sus hijas habían crecido todas en una serenidad perfecta, pero, durante los embarazos de sus hijos, Isabel vomitaba tanto cada mañana que se le producían pequeños derrames de sangre en los ojos y le aparecían manchas en las mejillas. Esperaba dar a luz a un príncipe y heredero.

Su madre, Jacquetta, volvía la vista atrás cada vez que escuchaba a Isabel sisear una mala palabra, chasqueando la lengua y frunciéndole el ceño en señal de desaprobación. Con el pelo fino y pálido, la mujer, de cincuenta y cinco años, había sobrevivido a dos esposos y había dado a luz a catorce hijos, pero en el proceso no había perdido ni los modales ni el acento de su infancia en el ducado de Luxemburgo. Isabel puso los ojos en blanco, exasperada, y se mordió la lengua.

—Ya casi hemos llegado, *ma cocotte* —la tranquilizó su madre—. Faltan solo un centenar de metros, no más. Entonces estaremos seguras hasta que vuestro esposo acuda a buscarnos.

A Isabel le faltaba el aliento para responder. Miró hacia el edificio achaparrado de piedra gris construido en los terrenos de la abadía: su refugio. La asustaba por su aspecto de fortaleza, o incluso de prisión, pese a la hiedra que revestía sus paredes. Antes apenas se había percatado de su existencia, pero de repente se había convertido en su única posibilidad de ponerse a salvo. Había mantenido la cordura cuando Warwick había llegado a la capital con un ejército de bandoleros y soldados extranjeros. Sin armar revuelo ni algarabías, Isabel había mandado a buscar su barcaza y había conducido a sus hijas y a su madre hasta la orilla del río, haciéndose a las aguas para que las transportaran a remo cauce arriba justo cuando Warwick entraba en la Torre de Londres para liberar al rey Enrique. El corazón le latía con una fuerza dolorosa cada vez que pensaba en lo cerca que habían estado de atraparla..., en el enorme trofeo en que Warwick podía haberla convertido. Pero no había sucumbido al pánico y, gracias a ello, había llegado al único lugar al que no se atrevían a acudir.

Aquella pequeña fortaleza no se había construido para infundir esperanza, sino las mínimas comodidades a los más necesitados. Y la protección de la Iglesia era lo que tan desesperadamente necesitaba Isabel, con un niño a punto de nacer y el loco de su esposo lejos de donde debería estar e incapaz de defenderla. Isabel respiró largamente al pensarlo e hizo una pausa para apoyarse las manos en las rodillas y tomar aire, mientras notaba cómo se le acaloraba el rostro. Una gota de sudor le recorrió la mandíbula y oscureció la piedra del camino. Se la quedó mirando fijamente.

—Ya casi hemos llegado —la arrulló su madre—. Solo un poco más, *ma cocotte*, mi gallinita. ¿Veis? Hay un joven hermano aguardándonos ante la puerta. No os detengáis ahora, hija, por la memoria de vuestro padre.

El monje puso los ojos como platos al ver a la reina, a su madre y a las tres jóvenes princesas con sus vestiditos, todas ellas jadeantes, como si hubieran recorrido a la carrera un kilómetro y medio. Al ver la abultada barriga de Isabel, se sonrojó y clavó la mirada en sus pies, irradiando calidez.

—Reclamo santuario —anunció Isabel en tono formal, entre jadeos—, para mí, para mi madre y para mis hijas. Franqueadnos la entrada.

—Milady, debo hacer venir a mi señor, que ahora reza en la abadía. Os ruego que aguardéis aquí mientras acudo corriendo en su búsqueda.

—¡No! —gritó la madre de Isabel con voz imperiosa, poniéndole un dedo en el pecho—. Sois el hermano de la puerta. Anotad nuestros nombres en vuestro libro y permitidnos entrar. Después de eso podréis ir en busca de quien os plazca. ¡Ahora, *monsieur*!

Isabel cerró los ojos, sintiéndose a un tiempo mareada y aliviada por el hecho de dejar que su madre, una mujer con temperamento, se ocupara de los detalles. Se apoyó en el marco de la puerta mientras el joven monje tartamudeaba y, accediendo a su petición, sacaba un gran tomo de piel, tinta y una pluma. Tras entregárselos a Jacquetta, entró apresuradamente en el interior de la casa en busca de un escritorio.

Isabel alzó la vista, aguzando los sentidos al escuchar un grito procedente del río. Podía ser un barquero gritando hacia la orilla. Pero también podía ser que sus perseguidores le hubieran seguido el rastro desde sus aposentos aquella mañana. Quizá no hubieran anticipado que una reina de Inglaterra se moviera tan rápidamente, sin criados ni equipaje. Les sacaba ventaja y estaba tan cerca de encontrarse en un refugio seguro que pensó que iba a echarse a llorar o a desmayarse.

—Madre, vienen —dijo.

Su madre arrojó el libro al suelo y medio rasgó algunas páginas mientras pasaba las hojas de vitela, que contenían el registro de varios siglos. Cuando halló una página en blanco, la anciana entintó la pluma y la salpicó con unas cuantas gotitas negras por las prisas, mientras garabateaba los nombres y títulos de su pequeña comitiva de cinco personas. Mientras escribía, el fraile salió con un escritorio sobre una peana, batallando con el peso del hierro forjado y el roble. Se quedó mirando anonadado a aquella mujercilla sentada como un niño en la hierba para escribir, posó la mesa en el suelo y aceptó el libro que le tendía Jacquetta.

Isabel escuchó otro grito y, al alzar la vista, vio a un grupo de hombres corriendo, todos ellos con cota de malla y espadas ceñidas en la cadera.

—Nos habéis concedido asilo, ¿no es cierto? —preguntó al monje sin apartar la mirada de los hombres que se les acercaban.

—Mientras permanezcáis en tierra consagrada, milady, así es, desde ahora hasta el final de los tiempos. Ningún hombre puede entrar aquí a partir

de este momento.

El fraile pronunció aquellas últimas palabras a conciencia, para que también las escuchara el grupo de hombres que había ralentizado su marcha y se había desplegado en abanico en torno a ellos. Isabel escoltó a sus hijas y a su madre al interior y se volvió para mirar afuera desde el oscuro interior. El joven monje demostraba una valentía asombrosa, pensó, mientras lo escuchaba continuar hablando. Tal vez se la infundiera su fe.

—Cualquier hombre que infrinja el sagrado santuario será declarado criminal, y se le excomulgará de la Iglesia, no podrá volver a tomar la hostia sagrada, desposarse o ser enterrado en un camposanto y quedará condenado a vivir sufriendo en el infierno por toda la eternidad, maldito en este mundo y ardiendo en el siguiente.

Tales amenazas iban destinadas a los hombres que observaban con mirada feroz a Isabel, que se hallaba al otro lado de la puerta. Cuando estuvo segura de que no se atreverían a seguirla, y solo entonces, se dio media vuelta y se alejó, desvaneciéndose en la penumbra. Los dolores del parto comenzaron antes de que tuviera tiempo de recorrer una decena de metros y tuvo que reprimir un grito para que no la oyeran.

—Jamás le perdonaré esto a Eduardo —siseó Isabel mientras su madre la agarraba del brazo e intentaba sostener parte de su peso—. ¿Dónde estará, maldito loco?

—Calla, gallinita. Vuestro esposo estará haciendo todo lo que pueda en contra de estos ejércitos, y lo sabéis. ¡Es un hombre magnífico! Ya estáis a salvo; eso es lo único que importa.

Su madre había mantenido apoyada la palma de la mano en el vientre de Isabel mientras se adentraban en la fortaleza de su santuario. Con un grito ahogado, la apartó como si la hubieran pinchado con algo.

—¿Ya viene...?

—¿El bebé? Sí, creo que sí. Creo que la carrera lo ha adelantado...

Para sorpresa de Isabel, su madre soltó una risita.

—Vuestro marido se merece un hijo varón. Rezo porque sea un niño. Enviaré a ese monje a por el abad. Necesitaremos una comadrona y una habitación privada para el alumbramiento.

—Tengo miedo —dijo Isabel con la voz quebrada.

—¿Por qué? ¿Acaso yo no he dado a luz a catorce niños vivos? Sé tanto

como cualquier comadrona, pichoncita.

—Es por este lugar extraño, tan frío y oscuro...

Llegaron a una puerta y Jacquetta condujo a su hija al otro lado, sin importarles lo que allí hallaran mientras hubiera más luz que en el pasillo. El alboroto que armaban las hijas de Isabel aumentó cuando entraron en un estudio con paredes forradas de madera, cómodo y con olor a cera, sebo y sudor.

—Creo que esto servirá —opinó Jacquetta—. Y este lugar no es tan extraño. Recuerda que es suelo sagrado, amor mío. Nacer en un santuario tiene que ser una bendición enorme.

Isabel jadeó al notar otra contracción y se abandonó a los cuidados de su madre.

3

Rodeado por el bullicioso gentío del mercado, Jasper Tudor descendió de su caballo de un salto y se alejó caminando sin mirar atrás. Un carnicero con la cara roja le gritó que no podía dejar allí el caballo, en medio de la maldita carretera, pero le hizo caso omiso.

—Sígueme, muchacho —gritó Jasper por encima del hombro—. ¡Rápido!

Enrique le entregó las riendas al carnicero, y vio que en los ojillos del hombre asomaban la confusión y el malhumor.

—¡Eh! ¡No podéis...! ¡Eh!

Enrique desmontó rápidamente, decidido a no perder a su tío entre la muchedumbre. Jasper iba por delante y con las zancadas de sus largas piernas y la expresión adusta se abría paso entre los comerciantes madrugadores de Tenby. Los había por doquier al alba, portando bandejas de pan recién horneado o cestos de pescado con la primera captura del día. Parecían intuir que Jasper pasaría entre ellos, o por encima de ellos si no se apartaban con agilidad.

Enrique oyó nuevos gritos a su espalda, distintos a los de los comerciantes, unos gritos que traslucían una emoción creciente, como si los perseguidores lo hubieran descubierto. Agachó la cabeza y encorvó los hombros para hacerse pequeñito. Había dado por sentado que estaban seguros entre la multitud. A fin de cuentas, los adoquines no resultaban de ayuda a los rastreadores. Notó un nudo en el estómago a causa del miedo al volver la vista atrás y ver asomar las cabezas de hombres con cota de malla y las espadas desenvainadas. Gritos de atropello y el estrépito de los puestos ambulantes al caer parecían pisarle los talones. Enrique imaginó el contacto de la primera mano agarrándolo del hombro y obligándolo a detenerse.

Se forzó a admitir que aún existía la posibilidad de que ambos fueran asesinados, justo cuando había empezado a creer que escaparían. Con su vida en peligro, no había espacio para anhelos o fantasías. No podía permitirse esa forma de debilidad que hacía que los pobres hombres soñaran con la justicia cuando ascendían los escalones del cadalso e incluso cuando la soga les raspaba el cuello. No sería tan ingenuo. Quienes los perseguían eran hombres brutales y sin escrúpulos. Sabía que preferían mil veces regresar junto al conde con un cadáver despedazado que con las manos vacías.

Jadeante, Enrique aceleró la marcha. La ley no protegía a su tío Jasper por su título de antaño. Convertido en hombre común, Jasper podía ser arrestado y torturado por cualquier oficial del rey. Ciertamente era que acabaría por convocarse a un juez y a un jurado para escuchar a la acusación, pero si quien hablaba en su contra era el conde Herbert solo había un resultado posible.

Era mucho más probable que su tío cayera asesinado en la persecución o que acabara con una punta de hierro clavada en la espalda. Enrique corrió tras él, un desconocido con quien no obstante compartía apellido, mientras sopesaba las probabilidades de ser asesinado como su compañero. Aún estaba a tiempo de tomar algunas decisiones, pensó. Seguramente habría un momento en el que sencillamente podía apartarse a un lado y confundirse entre la multitud, o incluso rendirse a uno de los guardias, que lo reconocería solo con verlo. Para su sorpresa, Enrique se sintió incómodo por el hecho de barajar tal idea. Sin embargo, no elegiría morir por un hombre a quien apenas conocía, al menos no mientras continuara existiendo la posibilidad de vivir y urdir un nuevo plan.

Enrique mantuvo la vista clavada en su tío mientras se escabullían entre la multitud, pasando tan cerca de un aprendiz que cargaba con un cerdo muerto que lo hicieron tambalearse. Cuando el muchacho del carnicero se volvió para agitar el puño, Enrique lo esquivó por la espalda y se divirtió dándole al cerdo una sonora palmada en la cadera. El aprendiz se dio la vuelta, cada vez más indignado, pero Enrique lo dejó atrás, justo a tiempo para detectar a su tío desvanecerse en la penumbra de la tienda de un boticario.

Enrique dudó al alcanzar la puerta y volvió la vista hacia la ajetreada calle. Los guardias seguían allí, pisándole los talones. Parecían resueltos a continuar la persecución y creyó oírlos gritar. Tuvo la sensación de que podían continuar la persecución todo el día, pero no sentía especial deseo de

correr hasta la extenuación. El puerto se hallaba a escasos centenares de metros, tras los acantilados y la hilera de comercios que había al pie. Seguramente aquella botica fuera una ratonera sin salida. Los guardias los encontrarían. Enrique respiró hondo, intentando serenarse. Quizá hubiera llegado el momento de rendirse a los hombres del conde Herbert. Le darían una paliza, pero ya había sobrevivido a eso antes.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando de la puerta de la tienda salió un brazo nervudo, lo agarró por el pescuezo y lo forzó a entrar. Enrique gruñó y se llevó la mano a la daga que llevaba en el cinturón hasta que notó unos dedos apretarle los suyos y, al alzar la vista, vio a su tío.

—No puedo permitir que te quedes ahí plantado como un pasmarote, ¿lo entiendes, verdad? —dijo Jasper. Jadeaba y estaba sofocado, pero le esbozaba una sonrisa ladeada y los ojos le chispeaban divertidos—. Vamos.

Con la mano de su tío agarrándolo del brazo, Enrique avanzó dando traspies por el suelo de madera de la botica, entre hileras de tarros de vidrio y frascos a uno y otro lado. Las estanterías estaban tan abarrotadas de productos que apenas quedaba un angosto pasillo libre y su tío tuvo que caminar de perfil para llegar al mostrador. Un fuerte olor a vinagre y a alguna otra cosa amarga impregnaba el lugar. Enrique se tapó la nariz con la mano al notar que iba a estornudar, mientras intentaba aguzar el oído para averiguar si aún los perseguían. Miró a su tío mientras este hablaba con el boticario.

—¿Maese Ambrose? Os doy los buenos días y la bendición de Dios. ¿Me recordáis? ¿Sabéis mi nombre?

—Creo que sí, milord —respondió el boticario, sin parecer demasiado contento con ello.

El hombrecillo, casi calvo, tenía el cuero cabelludo pálido y lleno de pecas por todos los años pasados en aquel comercio sin sol. Recordaba ligeramente a uno de los extraños pescados que asomaban de los tarros con tapón de vidrio que había en los estantes superiores. Al verlo sonreír, Enrique apreció que tenía unos dientes muy cortos, desgastados y convertidos en protuberancias apenas perceptibles en las encías.

—Este es mi sobrino, Ambrose. No es mucho mayor de lo que era yo la última vez que visité vuestra botica.

Enrique y el viejo intercambiaron una mirada de recelo. Aquello bastó para que el boticario reuniera el valor de hablar.

—Dicen que... el nuevo conde es un joven vengativo, milord —dijo el viejo, succionando algo que tenía en la boca de tal manera que se le retorció toda la cara—. Si me acusan de dar refugio a un forajido, lo perderé todo: mi vida, mi botica, todo cuanto poseo. Lo lamento de veras, milord. Conocía bien a vuestro padre y sé que habría querido que cuidara de su muchacho, pero...

Jasper perdió la paciencia ante su parsimonia.

—Maese Ambrose, no os pido ningún favor, salvo que os deis media vuelta mientras usamos vuestra entrada a los túneles.

En la pálida frente del boticario aparecieron arrugas de consternación.

—Esa vieja puerta lleva tapiada veinte años —replicó, frotándose con una mano la cara para enjugarse el sudor que empezaba a brillar.

—Aun así. Me persiguen unos hombres, maese Ambrose. Vigilarán bien todos los caminos que conducen al puerto. Este es mi modo de esquivarlos. Me aguarda un barco. No volveréis a saber de mí, a menos que sea para recompensaros por tener la boca cerrada. Y ahora, por favor, apartaos de mi camino.

El viejo se hizo a un lado y realizó una ligera reverencia cuando Jasper levantó el mostrador de bisagras y lo atravesó a toda prisa, con Enrique un paso por detrás.

—Atended vuestro comercio, maese Ambrose. No me habéis visto.

Jasper se abrió paso entre sacas y cajas de madera listas para ser abiertas. De camino agarró un fleje de hierro para utilizarlo como palanca, al cual fue dando vueltas en la mano mientras caminaba.

La botica tenía unas dimensiones asombrosas. En lo alto, el techo enyesado daba paso a una piedra tosca como si se hubiera construido cavando en los riscos. Enrique asintió para sí mismo al avanzar. Había escuchado historias de contrabandistas que usaban túneles en Tenby. Y, desde luego, la petición de su tío no había sorprendido al viejo.

Jasper llegó a una pared de viejos tablones que bloqueaba el camino. Tanto él como su sobrino alzaron la vista y permanecieron inmóviles al escuchar voces estentóreas en la botica formulando una pregunta.

No había tiempo que perder. Jasper trabó el fleje en una grieta y, con gran esfuerzo, hizo palanca y arrancó los clavos que sujetaban los tablones. Con la mano que le quedaba libre, tiró para abrir un hueco. Al caer al suelo hecha

pedazos, la madera levantó una nube de polvo y por el orificio entró una ráfaga de aire frío impregnado de humedad marina.

El túnel que se extendía más allá conducía a una negrura absoluta, estaba recubierto de moho y resultaba resbaladizo al tacto. Jasper no dudó en zambullirse en la oscuridad. A Enrique le dio tiempo a oír a alguien gritar: «¡Allí! ¡En la parte de atrás!» antes de seguirlo, respirando tan rápidamente que le dio la sensación de marearse. Pero aún no había llegado el momento de rendirse, no con la escapatoria que se abría ante él.

Su tío avanzó corriendo, en línea recta y a ciegas, durante un centenar de metros primero, y luego otro y otro más, como si supiera que no habría ningún giro repentino o un bloque que pudiera dejarlos fríos de un golpe. A Enrique ya le costaba lo suyo no perderlo de vista, pese a que el terror a quedar rezagado daba alas a sus pies. Aun así, le costaba mantener el ritmo. Jasper Tudor corría para salvar la vida, y a él no lo pillarían por haberse dado por vencido.

Cuando finalmente llegó el primer viraje, se presentó de manera tan repentina que Jasper colisionó de lado con la tosca piedra y lanzó un grito de dolor que lo dejó sin aliento. Enrique lo escuchó musitarse a sí mismo indicaciones y volvieron a arrancar, internándose en una oscuridad tan absoluta que no se veía ni los propios brazos balanceándose por delante de él.

Jasper aminoró el ritmo mientras contaba, siguiendo con los dedos la pared hasta que encontraron un hueco. El ruido de sus perseguidores había disminuido y, al doblar a la derecha una vez más, el silencio de las profundidades de la tierra pareció engullirlos. Enrique sintió que se relajaba y que nada perturbaba su concentración. Aquel lugar frío y pacífico olía a piedra y arcilla, era un lugar sin vida, sin ruido, quizá un lugar de muerte, pero aun así tranquilo. Sonrió bajo el manto de intimidación que le brindaba la negrura al darse cuenta de que se estaba divirtiendo. Su tío resollaba con cada respiración, pero continuó avanzando, mascullando números hasta que Enrique fue consciente de las leves vetas de gris que se colaban entre la negrura. Había luz delante de ellos, una luz que aumentó cuando Jasper volvió a echar a correr. Encontraron una diminuta puerta con los tablones agrietados y recubiertos de helechos y zarzas. Estaba atrancada con una barra horizontal. Jasper la apartó y abrió la puerta de un tirón sin dudar.

La luz del sol los cegó. Si hubiera habido hombres armados esperándolos

en aquel momento, los habrían arrestado con la facilidad con que se arresta a un niño. Pero no había nadie allí y Enrique contempló boquiabierto el panorama de una playa de guijarros. La puerta se encontraba al final de una hendidura profunda en los acantilados del puerto, oculta a la vista. Frente a ellos, en el mar, media docena de barcos se mecían anclados. Las gaviotas graznaban sobre sus cabezas mientras Enrique y su tío avanzaban a rastras hacia el borde del precipicio y se asomaban a los muelles.

Allí sí había guardias: cuatro de ellos vestidos con la librea de la familia Herbert. Estaban alertas e iban armados, pero estaban encarados hacia el acceso por carretera desde el pueblo. Enrique notó la mirada de Jasper clavada en él y miró a los ojos a su tío; vio en ellos regocijo y alivio.

—¿Ves esa barca de allí? —le preguntó Jasper—. ¿La del gallardete con un ciervo? Es mía. Nos llevará a ese magnífico buque que nos espera, el del combés bajo. ¿Lo entiendes? —Esperó a que su sobrino asintiera con la cabeza y le dio unas palmaditas en el hombro—. Pues bien, muchacho, seguramente hayas visto que dos de esos guardias llevan ballestas. No basta con llegar corriendo a la barca, porque no tendrán más que dar unos pasos para clavaros una flecha por la espalda mientras los remeros reman. Tenemos que hacerlo con lentitud, caminando tranquilamente, quizá de uno en uno. ¿De acuerdo?

—¿A qué viene el venado? —quiso saber Enrique.

Vio a su tío fruncir el ceño, sorprendido, mientras volvía a mirar a los guardias que los aguardaban a solo doscientos metros de distancia.

—Es un ciervo, muchacho. Nací en Hertfordshire. Y mi hermano también. Y ahora, adelante.

Dio un empujoncito a su sobrino para que echara a andar, pero Enrique se resistió, tozudo.

—¿Un ciervo?

—¡Es el blasón del condado! Y quizá también sea una pequeña broma, porque llevan intentando darme caza toda mi vida. Y ahora también, por si se te ha olvidado.

Dio un nuevo empujón a Enrique.

—¡Aguardad! —exclamó Enrique, apartándose—. Mi madre era inglesa. Si mi padre nació en Inglaterra, ¿cómo puedo ser yo galés?

Su tío suavizó su expresión. Pese a lo insólita que pudiera antojarse la

situación, con aquellos soldados dándoles caza y aguardándolos en los muelles, soltó una risita. El hijo de su hermano hablaba en serio, y así le contestó él también.

—¿No lo sabes? ¿Qué importancia tiene dónde hayas nacido? Eres de lo que estás hecho, eres la sangre que te dio la vida. El lugar donde naces solo sirve... para pagar impuestos. «Tewdyr» es un linaje galés, hijo. —Jasper pronunció su apellido con un acento marcado, haciendo que sonara extraño a oídos de Enrique—. Era el apellido de mi padre. Tus ancestros combatieron con Glendower cuando se enfrentó a los estandartes del dragón blanco de los ingleses. Y yo lo honro por eso, aunque lo vencieran. Siempre han sido una raza dura. Y si el nacimiento importa algo, ¡tú naciste en el castillo de Pembroke! —Vio que el muchacho seguía atribulado y le dio unas palmaditas en el hombro—. Escúchame, llevas la misma sangre que corre por mis venas, un poco de sangre francesa, un poco de inglesa y un poco de la mejor sangre galesa que se haya vertido nunca por una buena causa. ¿Has probado alguna vez el brandi o el licor de grano? —Enrique negó con la cabeza, confuso. — Ah, entonces no te cantaré las glorias de las mezclas de espirituosos. Basta con que recuerdes esto: hombres que llevaban nuestra sangre alzaron la bandera del rey Cadwallader, el dragón rojo, el *Ddraig Goch*. Rojo como la rosa de Lancaster, ¿no te parece poético? Es importante, muchacho. Y es importante que no te avergüences de todos los hombres que llevaron tu apellido y tu sangre, que se fueron antes y que nos aguardan a ambos. Cuando los veamos, no quiero que te sientas abochornado. —A Enrique le sorprendió ver los ojos de Jasper brillantes, anegados de lágrimas—. Me gustaría que hubieras conocido a mi padre, muchacho. Y aquí estás tú, un joven magnífico, valiente..., el último vástago de la estirpe. Debes sentirte orgulloso de ello. ¿Lo entiendes? Bien, llegó el momento, tanto si estás listo como si no.

Su tío volvió a asomarse a donde el sol moteaba la tierra y los guijarros, resplandeciente sobre el mar azul. Los soldados habían avanzado un poco y ahora se hallaban a unos trescientos metros de donde ellos los observaban. Jasper sonrió.

—Enrique, mi hermano no era ningún tonto. Era capaz de ganarme al ajedrez sin proponérselo siquiera. Así que, cuando yo le diga a su hijo que salga disparado hacia la barca, su hijo correrá hacia la barca, ¿queda claro?

Su hijo, este magnífico muchacho Tudor, no discutirá la orden. Correrá como si le persiguieran los fuegos del averno, cosa que sucederá si no lo hace.

—Pero habéis dicho que debía caminar —replicó Enrique.

—He cambiado de idea. Si caminas, creo que seguirás discutiendo, y no creo que pueda soportarlo.

Le centellearon los ojos al pronunciar aquellas palabras, pero el joven ceñudo que lo observaba no le respondió con humor.

—Salid vos primero. Estáis cansado. Si nos detectan, seréis demasiado lento.

—Gracias por tu preocupación —empezó a decir Jasper.

Enrique negó firmemente con la cabeza.

—No es preocupación. No sé si vuestros hombres en la barca me llevarían si no es con vos. Id primero.

Jasper lo observó perplejo, moviendo la cabeza a izquierda y derecha, como si no diera crédito a lo que escuchaba. Al final cerró los labios, formando una tensa línea fina.

—Haz el favor de salir, muchacho. Ahora. Corre o juro por Dios que seré yo mismo quien acabe contigo.

Con cierto esfuerzo, empujó a Enrique a la luz del sol y echaron a correr. A Jasper no le sentó especialmente bien comprobar la celeridad con la que el muchacho abría un hueco entre ellos, corriendo como una liebre que busca esconderse entre los tojos. Jasper no se atrevió a volver la vista hacia los guardias que patrullaban en el muelle. Solo una mirada hacia el ruido que armaban al correr y serían descubiertos. Y entonces sucedió: a su espalda se oyó un grito.

—¡Soltad amarras! —ordenó a sus hombres.

Vio al primer oficial serrando una cuerda alquitranada que los sujetaba a un noray de hierro y cómo la barca casi volcaba cuando la reducida tripulación de seis hombres corría a asir los remos. El bote del buque tenía una manga estrecha, pues estaba construido para ser rápido.

Diez pasos por delante de él, Jasper vio a Enrique dar un salto en el aire y lanzarse con todo el cuerpo antes de que las manos que lo aguardaban lo agarraran hecho un ovillo. Tuvo suerte de no estamparse directamente con los nervios de la barca y hundirlos a todos, pensó Jasper, espoleado por el temor

y una euforia desenfrenada. Le costaba respirar y sentía las piernas torpes y lentas. Oyó el repiqueteo de botas en la piedra a su espalda y esperó que una flecha lo alcanzara en cualquier momento. Cuando llegó al borde del muelle, Jasper siguió el ejemplo de su sobrino, lanzándose de cabeza a la barca. No sabía nadar y le pareció estar una eternidad en el aire. Se golpeó fuertemente las costillas en el barandal. Las piernas le quedaron colgando en las frías y agitadas aguas mientras sus hombres lo jaleaban y tiraban de él. No podían remar con su peso colgando por uno de los costados. Jasper cayó sobre el entablado interior, jadeando y riendo mientras contemplaba las blancas nubes que se movían rápidamente en el cielo.

—¡Remad! ¡Y mantened la cabeza gacha! —gritó.

Mientras él también lo hacía, escuchó el repiqueteo sordo de las ballestas y uno de los remeros franceses emitió un chillido agudo al tiempo que se llevaba la mano al pecho. Su remo se desincronizó y entorpeció al siguiente. Jasper notó la barca voltearse y soltó un improperio, consciente de que ofrecían un blanco perfecto para los soldados que había en el muelle mientras las saetas volaban a su alrededor.

Se levantó con dificultad mientras su sobrino agarraba al hombre moribundo, lo apartaba a un lado y así el remo suelto. Enrique se acomodó con movimientos rápidos y precisos y una expresión de calma absoluta, sumergiendo el remo al ritmo de los demás.

El marinero de detrás gritó de conmoción y furia, pero Jasper apreció que el hombre no dejase de remar. Era evidente que era amigo del remero caído. El marinero francés parecía sentir una mezcla de indignación y tristeza mientras remaba con los demás, al tiempo que maldecía a Enrique Tudor.

La proa oscilante de la barca volvió a girar dando bandazos y Jasper vio cómo una flecha impactaba en el agua y dejaba tras de sí un reguero de brillantes burbujas, un disparo que erró por mucho su objetivo. Los remeros eran plenamente conscientes de la agonía y las fiebres que les esperaban si recibían un flechazo. Inclínaban sus remos de madera en movimientos amplísimos, con los rostros hinchados y amoratados, mientras se alejaban a toda prisa de los muelles.

Jasper Tudor se tumbó de nuevo, falto de energía, apoyado sobre uno de sus codos y en una bancada, y alargó el cuello para buscar con la vista su barco, que aumentaba de tamaño frente a ellos. Lo habían bautizado con el

nombre de *Pembroke* en su propio honor. Pese a estar dotado de tripulación francesa y financiado por el rey de Francia, le había tomado cariño. Medía veintiocho metros de eslora y siete de manga, y tenía una gran vela triangular y bancos para remeros para cuando no soplaban el viento. Era una galera de construcción flamenca, elegante y rápida, y Jasper sabía que ningún barco de la costa escocesa podría darles alcance.

—¿No es magnífico? —le preguntó Jasper a Enrique, aún inclinado sobre su remo.

Una parte del viejo Tudor seguía siendo consciente de la ira taciturna del marinero que tenía la vista clavada en Enrique. No había llegado hasta allí y arriesgado tanto para perder a su sobrino por una enemistad o un apuñalamiento. Con un suspiro, Jasper toqueteó un puñal que llevaba en el bolsillo, un arma pequeña y afilada poco más larga que su muslo.

Desde su posición en el remo, Enrique Tudor podía volver la vista atrás, hacia la costa que iba menguando en la distancia. Los guardias del joven conde habían quedado convertidos en figuras diminutas y solitarias en los muelles, aún con la vista clavada en ellos y quizá planteándose su propio futuro ahora que los Tudor habían huido.

Jasper vio a Enrique sonreír para sí mismo y respirar hondo para llenar su estrecho pecho. El muchacho se estaba cansando a ojos vista, pero su tío tuvo la impresión de que quería acabar su labor y no la interrumpió. Al acercarse al casco del *Pembroke*, los remeros afrenillaron los remos y forcejearon con las cuerdas que les enviaron volando desde el barco. Se trincó la barca, que quedó amarrada con la máxima firmeza. Jasper hizo una seña a su sobrino y, justo en aquel momento, vio cómo el marinero sentado tras él se ponía en pie, con el rostro velado por la sed de venganza. En el instante en el que el francés extendió los brazos, Jasper lo desequilibró dándole un golpe en el hombro, tal como el remero había pretendido hacerle al muchacho. El marinero perdió pie y cayó al agua en medio de una gran salpicadura.

—El resto de vosotros, subid a bordo —gruñó Jasper—. ¡Y cuidado de este muchacho, mi sobrino, por cuyas venas corre sangre de reyes! Mantenedlo en un lugar seguro o haré que os cuelguen.

Subieron a bordo con facilidad, descalzos y haciendo gala de sus fuerzas. Jasper notó que se cuidaban de indicarle a Enrique dónde colocar las manos en las ásperas cuerdas, aunque eso no evitó que las cerdas se le clavaran en la

tersa piel. Jasper echó un vistazo por el flanco del bote y le sorprendió ver al marinero francés allí, nadando a lo perrito sin demostrar ningún pánico. Pocos entre sus hombres sabían nadar, pero quienes se habían criado en las costas a veces aprendían a flotar y bucear cuando eran niños.

No había ya rastro de enojo en el rostro del remero. Sabía perfectamente quién lo había empujado al agua y se le habían bajado los humos con el frío del mar.

—Milord, lo lamento. He tropezado. No volveré a causaros problemas.

Jasper cayó en la cuenta de que el hombre creía ser culpable, por haber chocado ni más ni menos que con el capitán del barco. Pero poco importaba lo que pensara. Por un instante, Jasper se planteó permitirle dirigirse a nado hasta la orilla, pero los guardias del conde seguían allí. El marinero sabía a qué puerto se dirigían, cuáles eran sus puntos fuertes y quiénes eran sus partidarios. Jasper Tudor alargó el brazo para ayudar al hombre a subir de nuevo al bote. Cuando el hombre se agarró a él, Jasper se llevó la mano al pequeño puñal y le hizo un largo corte bajo la barbilla. El agua se tiñó de rojo a su alrededor y el marinero se hundió con expresión de asombro y traición en el rostro.

Jasper se dio la vuelta tan rápidamente como pudo, atando de nuevo el cordel del cuchillo a su cinturón. Trepó aprisa por las cuerdas, pelándose los nudillos contra los ásperos tablones, pero notando la caricia de la brisa marina y del éxito. Había ido a rescatar a su único pariente consanguíneo vivo. Todos los hombres de Pembroke, todos los criados, guardas, cazadores y soldados del conde no habían sido capaces de detenerlo. Notó el peso del oro del rey francés en su espalda y le dio unas palmaditas. Se le antojaba una lástima devolverlo mansamente, cuando Londres aún le aguardaba. Un hombre podía hacer fortuna en Londres si contaba con una buena suma para hacer una inversión inicial.

—Izad las velas y poned rumbo al este, hacia Bristol. Comando este navío en nombre del rey Enrique VI de Inglaterra, de la casa de los Lancaster.

Había ingleses y galeses entre la tripulación. Todos ellos ovacionaron sus palabras. Los marineros bretones y flamencos se limitaron a encogerse de hombros y a levar el ancla que se arrastraba en las profundidades del lecho marino.

4

Vestido de negro, Ricardo, el duque de Gloucester, se acomodó en el escalón más elevado de las escaleras del descansillo de la posada, con la barbilla apoyada en la palma de la mano y el codo en la rodilla. Las calzas que vestía tenían un acolchado en ambas nalgas. Estaban confeccionadas para cabalgar, pero también evitaban que se le clavaran astillas en las posaderas. El jubón era bastante cómodo, con un patrón engañosamente amplio para permitir libertad de movimientos al espadachín que lo vistiera. A intervalos, Ricardo ocultaba la mandíbula bajo el alto cuello y se frotaba las barbas de un rubio ceniciento contra la tela de lino. Pronto tendría que volver a afeitarse, por más que la experiencia le dejase la piel en carne viva, como un ganso desplumado.

Le dolía la espalda. Alternó el peso a izquierda y derecha para aliviar el dolor, con aburrimiento e irritación crecientes. En una noche normal, imaginaba que la conversación y las risas de la taberna habrían ahogado los chillidos y los golpes secos y rítmicos procedentes de las estancias de la planta superior. Pero con los guardias de Eduardo fulminando con la mirada a cualquiera que se moviera o hablara, la mayoría de los parroquianos se habían escabullido del lugar. Y los pocos obstinados que habían decidido quedarse allí estaban dispuestos a hacer oídos sordos. Vaciaban jarras de peltre llenas de cerveza a un ritmo incesante, con la vista clavada en el suelo alfombrado de juncos.

Los ruidos de la planta superior fueron aumentando en un *crescendo* extraordinario, de tal modo que cada una de las notas atravesaba tan claramente las delgadas paredes como si se hallaran en el dormitorio con el rey. Las muchachas de la taberna no eran especialmente guapas, recordó Ricardo, pese al rumor que había conducido a la partida de caza hasta su

puerta. Pero demostraron el suficiente entusiasmo cuando supieron quién las llevaría al piso de arriba. Eduardo era célebre por ser generoso si le gustaba una golfa y notaba que era correspondido. Y los resultados eran audibles. Ricardo se preguntó si su hermano estaría estrangulando a alguna de ellas, a juzgar por los ruidos que hacía la mujer. Parte de él deseaba que así fuera, aunque solo fuese para que dejara de gritar como una zorra en celo.

Era un pensamiento impropio y Ricardo se reprendió por tenerlo. En ocasiones, su hermano le hacía sacar lo peor de sí, pero aquel zoquete grandullón también era capaz de cambiarle el humor con solo una sonrisa o una palabra. Hombres y mujeres quedaban boquiabiertos al verlo. Cuando Ricardo se hallaba en pie junto a Eduardo, eclipsado y relegado al olvido, era libre de observar los ojos como platos y las manos temblorosas de quienes lo contemplaban. No había bochorno en hincar una rodilla, pensó, sobre todo ante un rey ungido por Dios. En ocasiones, Ricardo tenía la sensación de que todos los hombres estaban hechos para arrodillarse y que lo único que realmente anhelaban era que un pastor los protegiera y ahuyentara con su garrote a los lobos que los amenazaban. A cambio, Eduardo podía disponer de las hijas de esos hombres para su deporte favorito sin escuchar queja alguna de ellos.

Ricardo sacudió la cabeza y giró el cuello hasta que le crujió; notó la tensión acumulada en sus hombros. De niño había sufrido espantosamente a causa de su columna retorcida. El remedio de su padre había sido hacerle desarrollar músculos y tendones hasta ser capaz de lanzar el yunque de un herrero al otro lado de un patio. El dolor no había desaparecido ni se había mitigado; cada día notaba pinchazos en toda la carne y en los propios huesos. Sin embargo, se había convertido en el muchacho fuerte con el que su padre había soñado. A apenas unas semanas de su decimoctavo cumpleaños, pocos de los guardias de Eduardo se atrevían a desafiar a Ricardo en combate. De cintura esbelta y rápido, era un guerrero con cabeza, siempre en busca del lugar donde colocar la espada. Ninguno de sus combates se prolongaba demasiado y sabía que atemorizaba a hombres de mayor edad, que ya notaban el frío del invierno en sus extremidades. En cambio, él no había llegado aún a la primavera.

Ricardo se encorvó aún más. Si Eduardo lo hubiera querido, los dos hijos de York podrían haber liderado a los ingleses y los galeses en una gran

cruzada contra los blasfemos mahometanos o contra Francia, o, en nombre de Dios, hasta el confín de la Tierra. La tragedia era que su hermano prefería ignorarlo todo y despilfarrar cuanto había ganado. Eduardo solo era verdaderamente feliz en los bosques o entre brezales silvestres, con sus perros y halcones, y rodeado de sus hombres de confianza.

Permanecer a la sombra de un rey no era la feliz experiencia que Ricardo había imaginado de niño, mientras era pupilo del conde de Warwick. Su hermano había corrido verdadero peligro, acosado por todos los flancos por sus enemigos, los Lancaster. Solo el potente brazo derecho de Eduardo, su fe y su honor habían hecho que consiguiera salvar los obstáculos, pese a que decenas de miles yacieran donde habían caído, y ahora no eran más que huesos y herrumbre bajo las tumbas apenas profundas del campo de Towton.

Ricardo se hundió un poco más en la copa que formaban sus manos, intentando pasar por alto los indecorosos jadeos que se oían a escasos metros a su espalda. La pugna por alzarse con la corona y conservarla parecía pertenecer a una época más noble, sin duda alguna, antes de que Warwick, ni más ni menos, se hubiera vuelto en su contra, hubiera convertido en traidor al hermano del propio Ricardo, Jorge de Clarence, hubiera secuestrado al propio rey Eduardo y lo hubiera retenido como prisionero. Warwick se había refrenado de cometer un magnicidio, lo cual era prácticamente lo único bueno que podía afirmarse de él. Pero antes de aquel último acto deshonroso, había cometido todas las formas de felonía contempladas por la ley.

Un golpeteo característico resonó arriba en el pasillo, al final de las escaleras. El joven duque alzó la cabeza para escuchar y puso los ojos en blanco. No lo llamaban a él. Su hermano se había dejado alguna pieza de la armadura puesta y estaba rompiendo la pared con total despreocupación. Ricardo no sonrió como acostumbraba a hacer. Eran demasiadas las noches, mejor dicho, demasiados los meses de ebrios torneos de lucha, de peleas, fulanas y copiosas comilonas arrojadas al pozo sin fondo que era el rey de Inglaterra. A Eduardo, que aún no había cumplido los treinta años, se le había quedado pequeña su vieja armadura y se veía obligado a pagar una fortuna por nuevas piezas que le permitieran respirar.

En cambio, Ricardo seguía siendo un hombre esbelto, con la cintura y la espalda como la piel cosida de una silla de montar. Al apreciar la diferencia entre ambos, Eduardo se limitaba a sonreír, darse unas palmaditas en la

barriga y decirle a su hermano que todo hombre necesitaba tener un poco de carne. A Ricardo aquello lo sacaba de sus casillas. No sabía si se debía a que la vida había sido muy generosa con él o a que Eduardo sencillamente carecía de la inteligencia necesaria para apreciar su suerte y esforzarse por ser merecedor de ella. Ningún hombre en ciento cincuenta kilómetros a la redonda maldeciría al rey por disfrutar de unas cuantas muchachas locales, ni por la inmensa cantidad de odres o jarras de cerveza que era capaz de vaciar de una sola sentada. Pero aun así Ricardo le había solicitado que regresaran a Londres, a esperar con la dignidad y el comedimiento debidos el nacimiento de su cuarto hijo.

—Será una niña —había dicho Eduardo, mirándolo con el ceño fruncido en el patio de adiestramiento de Windsor.

Aquel día solo se habían celebrado justas con lanzas de roble acolchado. Los hermanos no lo habían hablado, pero tácitamente habían preferido no enfrentarse entre sí. Siendo sincero consigo mismo, Ricardo estaba convencido de que tenía la habilidad y quizá la velocidad necesarias para hacer frente a su hermano, pero este era un caballero asesino. Sus oponentes solían ser sacados a rastras de la palestra, por distendido que hubiera sido el ambiente inicial. A Eduardo no se le daban bien los combates amistosos, aunque luchaba como un arcángel.

Ricardo se removió en su escalón mientras proyectaba la vista al otro lado de la taberna. Unos cuantos viejos borrachos entraron cuando en el exterior el crepúsculo daba paso a la oscuridad. Ricardo observó cómo los tres hombres, tras ver a los guardias del rey, se quedaban quietos, indecisos y lamiéndose los resacos labios. Se les fueron los ojos a las jarras de cerveza y luego los posaron en él, el esbelto espadachín que bloqueaba el acceso a la planta superior y observaba atento cualquier movimiento. Uno se llevó la mano a la guedeja para saludarlo, como por instinto, y desapareció. Los otros dos decidieron quedarse, elección que quedó clara por cómo alzaron ligeramente las cabezas, y dejaron caer los hombros antes de ponerse cómodos. A fin de cuentas, eran hombres libres, con monedas ganadas con su esfuerzo. Ricardo se sonrió ante el valor que demostraron con aquella pequeña acción, que le insufló ánimos.

Era un mundo duro y lleno de dolor. Cada mañana, Ricardo se despertaba con un dolor tan espantoso en los hombros que apenas podía moverse. Solo

los estiramientos y ejercicios lograban convertirlo en las desagradables molestias que soportaba durante el resto del día. No se quejaba, aunque era mucha la carga que le había tocado acarrear. Los hombres vivían con sufrimiento, así eran las cosas. Mataban para alimentarse. Perdían a sus esposas cuando daban a luz a sus hijos y luego, tanto en las familias ricas como en las pobres, las criaturas aparecían frías y rígidas por la mañana y tenían que enterrarlas con sumo pesar en un campo helado.

Ricardo sabía, no obstante, que ser duque tenía sus peculiaridades. Un duque era un hombre que entrenaba hasta el agotamiento cada día para estar preparado en el momento de entrar en batalla o, quizá, simplemente para enfrentarse a otro caballero armado que ansiara arrebatarse todo lo que amaba. Era un sufrimiento que su padre había conocido, antes de caer decapitado en un campo próximo a su propio castillo, en Sandal.

Era extraño que Ricardo no tuviera ampollas reventadas en las manos ni moratones en el cuerpo. Cuando sentía flaquear su voluntad, como flaqueaba la de su hermano, cuando le apetecía darse un atracón para saciar el hambre o beber hasta perder la razón, o simplemente permitir que todas sus magulladuras sanaran para ahorrarse el dolor, recitaba las palabras que un monje benedictino le había enseñado para tales momentos: *Non draco sit mihi dux. Vade retro Satana* («El dragón no es mi dueño. Retrocede, Satán»). Aquellas palabras se habían convertido en un talismán y pronunciarlas le ayudaban a recuperar la calma. Ricardo vivía con dolor, en un cuerpo enfrentado a su voluntad. Sin embargo, sería él quien prevalecería, porque toda la carne se malograba, mientras que la voluntad era un mar lo bastante profundo para ahogarse.

Pese a encontrarse sentado en uno de los peldaños más próximos al piso superior, Ricardo tal vez fuera el primero en la taberna en ver al heraldo del rey colarse por la puerta batiente cuando esta se cerró. Llevaba la insignia del rey Eduardo, un sol en llamas, bordada en la pechera del tabardo. Se requería a los de su condición que no portaran otra arma o armadura que la autoridad de sus señores. Ricardo detectó la larga daga que el mensajero llevaba ceñida al ancho cinturón, así como la polvorienta cota de malla que le cubría del muslo a la garganta, mientras el hombre barría con mirada atenta la taberna. No parecía un hombre confiado, pensó Ricardo, sonriéndose. Fuera de las ciudades, la ley era algo caprichosa.

Notó la mirada del heraldo revolotear a su alrededor antes de posarse en él. Apenas hubo dado un paso hacia las escaleras, uno de los guardias del rey Eduardo ya le había bloqueado el camino. Ricardo hizo un gesto para que dejaran pasar al extraño, si bien antes de ello le retiraron la daga. Los guardias de su hermano eran hombres precavidos.

Sin duda alguna, el heraldo debió de reconocer a Ricardo de Gloucester nada más verlo, incluso sin el oso blanco bordado en la pechera de su camisa negra. Ricardo vio cómo el hombre la repasaba con sus ojos mientras intentaba hacer una reverencia en un tramo de escaleras sin caer rodando por ellas. «Buen equilibrio», pensó Ricardo: el heraldo se defendería bien en una reyerta.

—Milord Gloucester, traigo noticias urgentes para su majestad, el rey Eduardo.

—Hablad, puesto que sabéis quién soy. Yo transmitiré vuestras palabras a mi hermano.

El hombre dudó un solo instante. Londres se estaba armando para una guerra a unos trescientos kilómetros al sur. Había cabalgado todo el trayecto sin descanso y tenía moratones en lugares que no se notaba desde hacía años. Prefería no entrar en detalles.

—Milord, el conde de Warwick ha desembarcado y está congregando a un ejército cerca de Londres. —El heraldo apartó la mirada y continuó hablando sin atreverse a mirar a Ricardo a los ojos, entendiendo la reacción que provocarían sus palabras—. Se dice que el duque de Clarence lo acompaña, milord.

Los ojos de Ricardo se tensaron al inclinarse hacia delante.

—¿Mi hermano Jorge? ¡Válgame el cielo! ¡Siempre fue un insensato! ¿La reina está a salvo? —quiso saber.

Al hombre se le llenó la piel de sudor al abrir las manos en ademán de disculpa.

—Me seguirán otros con tales noticias, milord. Me envía desde Londres el chambelán de su majestad, lord Hastings. Creo que soy el primero en llegar con las noticias.

Ricardo vio que el heraldo estaba temblando, aunque no supo si era de miedo, de agotamiento o por el mero hecho de entrar en un lugar cálido y guarecerse del frío de la noche. Tampoco le importaba. Se puso en pie con tal

ímpetu que estuvo a punto de enviar al heraldo escaleras abajo.

—Aguardad abajo mientras hablo con su majestad. Él tendrá otras preguntas que formularos.

Ricardo avanzó a zancadas por el pasillo y llamó con los nudillos a una puerta al mismo tiempo que la abría sin esperar respuesta, sin importarle lo que pudiera ver tras conocer tales noticias. Aun así, se detuvo en el umbral boquiabierto. Encontró a una sirvienta rubia tumbada boca abajo, golpeando en una pared con el tacón de su zapato. La entrada de Ricardo interrumpió sus alegres gritos y la joven se hizo un ovillo, al tiempo que, con un chillido, se envolvía el cuerpo en las mantas.

El rey Eduardo IV de Inglaterra estaba tumbado boca arriba en la cama, dormido como un tronco y roncando levemente. Otra mujer yacía con la cabeza en el hueco de su hombro, con su pálido brazo extendido por encima del pecho de él.

—Me dijo que siguiera... —se excusó la muchacha de la pared, apartando el zapato e intentando cubrirse.

Ricardo no le prestó atención, entró en la estancia y le dio un puntapié a su hermano en la suela del zapato. No le interesaban los jueguitos de su hermano, ni lo avergonzaba la desnudez colgante de este, aunque yaciera allí como un inmenso pez muerto, con sus muslos gordos y el cuerpo pesado, ocupando toda la cama sin decoro alguno. Tenían otros asuntos de los que ocuparse. Ricardo le golpeó una segunda vez, en esta ocasión con más violencia de la que había previsto, arriesgándose a rasgarle la carne con la hoja de la espuela.

—Basta —musitó Eduardo, adormilado.

Al ir a darse la vuelta, notó la presencia de un hombre alzado ante él. Ricardo vio que su hermano, con un gran espasmo, pasaba del estupor y la relajación a la plena conciencia. El rey abrió los ojos como platos y apartó a la muchacha de un empujón, listo para saltar de la cama y abalanzarse sobre Ricardo. Al ver que se trataba de su hermano menor, soltó el aire que había tomado, se carcajeó y miró a su alrededor en busca de la jarra de vino que se mantenía en equilibrio precario sobre una de las mesillas de noche.

Eduardo empezó a formular algún comentario fatuo, pero Ricardo lo interrumpió, crispado y tenso.

—Se está organizando un ejército en Londres, a las órdenes del conde de

Warwick. Jorge lo acompaña, por supuesto. Lamento decirles que aún no hay noticias de Isabel ni de vuestras hijas. Bajad ahora mismo, por favor. Vaciaré la posada.

Sin mediar más palabra, Ricardo dio media vuelta y salió de la estancia, dejando a su hermano con mirada de consternación antes de emitir un rugido repentino y lanzarse a por sus ropas desparramadas. Expulsó a las dos rameras sin abonarles sus servicios, si bien estas optaron por no quejarse, a tenor de lo que habían escuchado. Sobre unas calzas y un jubón de lana, el rey Eduardo se abotonó una gruesa guerrera que apestaba a sudor. Se puso en pie, balanceándose junto a la cama mientras orinaba con un chorro largo y potente en una bacinilla que sacó de debajo de la cama, y luego volvió a sentarse para calzarse las botas, tirando con fuerza de su bota derecha en el aire para atarse los cordones de cuero. Finalmente, se lavó la cara y se mojó el pelo con el agua fría de una palangana que había en el tocador. Con ruidos de oso, sumergió su rostro en el agua y luego sopló, boqueó y movió la quijada mientras se pasaba la mano por la cara. Notaba un dolor punzante encima del ojo derecho. Tuvo la sensación de estar a punto de vomitar y notó que dos muelas se le habían aflojado y le dolían, el legado de algún trozo de carne que llevara atrapado allí una semana. Tendría que hacer que les extrajeran aquellas dos malditas muelas antes de que lo envenenaran, estaba convencido.

Cuando Eduardo estuvo listo, miró sus guanteletes y su cota de malla, así como los paneles y cinchas de las perneras. La mayoría de los días llevaba encima tanto peso en metal que, cuando no era así, se sentía ligero como un niño. Se dio unas palmaditas en la barriga con remordimiento. La delgadez de su hermano Ricardo le resultaba un insulto constante, lo irritaba. Eduardo sudaba más y, sí, sabía que era mucho más pesado y lento también. Sin embargo, notaba la fuerza que necesitaba en sus brazos, espalda y piernas. ¿No era aquella la razón para organizar tales cacerías, recuperar la cintura esbelta de otros tiempos?

No miró a la enorme pila de huesos de cordero que había en el suelo, donde previamente había apartado de un puntapié una bandeja con restos de comida. Un hombre necesitaba comer carne, para luchar y para cabalgar. Era mero sentido común. Se puso en pie, tan recto como pudo, metió barriga y se dio unas palmaditas en ella. Mejor, definitivamente mejor. Casi todo

músculo. La estancia le dio vueltas repentinamente y se estremeció al notar el ardor amargo que le ascendía por la garganta. Pasó por alto la armadura desperdigada y asió solo el cinturón con la espada de donde lo había arrojado. Asintió con la cabeza, satisfecho, mientras salía de la estancia, convencido de que no había engordado demasiado.

Para cuando Eduardo apareció, habían despejado la taberna a la fuerza. Incluso habían obligado a marcharse al tabernero y a sus empleados, si bien el rey no sabía adónde habían ido. Vio a su hermano Ricardo y a un heraldo con la librea de York levantarse de una mesa para arrodillarse en su presencia. Solo permanecía allí uno de sus guardias. Eduardo escudriñó el local. Era sir Dalston, un hombre con buen ojo para encontrar presas escondidas en su madriguera.

Eduardo sintió que su cabeza iba a la deriva, aún embobado y lento de reflejos a causa de la bebida. Sacudió la cabeza, pero aquel gesto repentino le provocó otra regurgitación ácida y de nuevo le pareció que la estancia se tambaleaba. Una sombría depresión se apoderó de él, arrebatándole su primer arranque de confianza.

Sabía que había varios cientos de sus partidarios acampados en terrenos cercanos, con galgos y mastines, con el halcón gerifalte del rey y una veintena de caballos de sobra. Amigos y lores de confianza se iban sumando a la gran cacería y acompañaban a Eduardo durante semanas, hasta que el régimen a base de ingentes cantidades de carne, vino y cerveza los reducía a meros viejos temblorosos. Entonces regresaban a sus haciendas para recobrar su vitalidad, para desesperación de sus mujeres. En cambio, Eduardo parecía florecer con aquella vida.

Además de su hermano Ricardo, la comitiva real estaba integrada por otros hombres de alta alcurnia. El cuñado del rey, Anthony, el conde de Rivers, estaba presente, ligeramente deteriorado tras la semana de jarana ebria con Eduardo. Los barones Howard y Say se habían unido a la cacería, sin duda conscientes de los favores que podían obtener hablando cara a cara con el propio rey. El conde de Worcester era el último de los hombres mayores que quedaba, un hombre con reputación de tratar con salvajismo a los enemigos del rey. Eduardo se preguntó cómo reaccionaría Worcester al tener noticia del regreso de Warwick. Como condestable de Inglaterra, Worcester había supervisado los juicios y ejecuciones de varios de los

correligionarios de Warwick en los meses precedentes. No saldría bien parado si la rebelión de Warwick tenía éxito. Eduardo hizo un mohín al pensar en ello.

En total, no contaría con más de ciento cuarenta hombres preparados para la lucha, y un número similar de criados capaces de sujetar una espada si su vida dependía de ello. Eduardo maldijo en voz baja mientras se alzaba bamboleándose en las escaleras. No era un grupo numeroso, no había vuelta de hoja. Pero no podía llevarse un ejército consigo cada vez que le apetecía ir de caza o visitar a una viuda desolada en una heredad remota. Eduardo hizo una pausa momentánea para pasarse una mano por el cabello húmedo. Un rey debería ser capaz de cabalgar por sus propias tierras sin temor a que el enemigo anduviera al acecho. Inglaterra parecía siempre un lugar tranquilo, inmutable, pero era un lugar traicionero. Miró a su hermano, creyó ver su desdén y se enfureció más aún al pensarlo. De niños, ninguno de ellos había soñado con portar una corona en la cabeza, ni en poseer ducados, más allá del de York. Eduardo había conseguido aquellas cosas para ellos, los había aupado agarrándolos por los cinturones y cuellos, los había arrastrado hasta la luz. No se merecía aquellas miradas siniestras de su hermano. ¿Qué habría sido de Ricardo de no ser por él? No habría pasado de ser un barón sin trascendencia, se recordó, un don nadie.

—¿Jorge está con él? ¿Nuestro hermano? —preguntó Eduardo, con voz tensa. Carraspeó enfadado, mientras las mejillas se le teñían de rubor.

Ricardo hizo un gesto de dolor y asintió.

—Se ha vuelto en nuestra contra. Con los arqueros y hombres de armas de sus señoríos, sin duda. Jorge puede poner a unos dos o tres mil hombres en el campo, más incluso. Y sabéis que Warwick puede hacer lo mismo, sin necesidad siquiera de reclutarlos o llamar a las armas en sus condados. Tal como está la situación, nos han sorprendido en lugar equivocado.

—¡Yo no estoy en lugar equivocado estando a tan poca distancia de York, hermano! —exclamó Eduardo. Se esforzó por sonar seguro de sí mismo, si bien los oscuros dedos de la ebriedad parecían tirar de él—. Ya convoqué a todos los hombres una vez.

Ricardo, que notó la confusión y la vulnerabilidad de su hermano en aquellos momentos, prefirió no discutir. Fue suavizando el tono a medida que progresaba.

—Acudirán en defensa del nombre del rey, Eduardo, desde luego. Claro que lo harán. He enviado a nuestros hombres con vuestras insignias para sacarlos de sus camas. A cada hora que pase serán más los que se sumen a nuestro bando, no me cabe duda.

Se abstuvo de añadir que no tenían tiempo para organizar una respuesta. El heraldo de Londres había recorrido casi cuatrocientos kilómetros en solo dos días, cambiando de caballos en buenas carreteras una docena de veces. Había sido toda una hazaña de caballería y resistencia. Pero Ricardo de Gloucester había sido pupilo de Warwick y había vivido en su casa durante años. Admiraba muchas de sus cualidades, una de las cuales era la capacidad de moverse con rapidez, mientras los otros vacilaban y debatían qué hacer. Le había llevado a cometer errores en el pasado, a tomar decisiones temerarias, apresuradas. En aquel caso, aquel día, significaba que Warwick ya estaba en camino. Ricardo estaba convencido de ello.

Warwick había luchado en Towton. Había matado a su propio caballo y luchado junto a Eduardo, como su mano derecha, cuando el joven rey despuntaba por su juventud y su fortaleza. Ricardo de Gloucester sabía que Warwick no dejaría el norte para Eduardo, para un rey capaz de congregarse ejércitos. No. Warwick acudiría al norte después de haber preparado su jugada y con todos los hombres que pudiera reunir, comprar o tomar prestados para acabar lo que había comenzado.

Eduardo descendió las escaleras con paso vacilante, apoyándose en la barandilla. Ricardo tragó saliva, abrumado por la necesidad de moverse y, pese a ello, perfectamente inmóvil en aquel lugar, por juramento al rey y por lealtad a su hermano.

Incluso sin armadura, incluso con las calzas anchas y la pálida barriga asomándole bajo la guerrera abierta, Eduardo tenía una presencia imponente, era una figura de peso en la estancia, y solo parte de ese peso se debía a su tamaño. Agachó la cabeza para no golpearse con las vigas y pareció llenar la taberna como haría un oso, tanto que el guardia se apartó de él. Sin mediar palabra, agarró un taburete alto de tres patas y se sentó, balanceándose y parpadeando. Ricardo supo entonces que su hermano aún estaba completamente borracho. Era evidente que la estancia le daba vueltas, allí sentado y exhalando un aliento agrio.

—Traed un balde a su majestad —le murmuró Ricardo al guardia.

Sir Dalston pareció ofenderse ante tal orden, pero se escabulló del lugar y regresó con un cubo de cuero viejo y agrietado. Lo depositó a los pies del rey, como si fuera una ofrenda de incienso o mirra, antes de retirarse con una reverencia. Eduardo fingió mirarlo, pero tenía los ojos vidriosos.

A Ricardo le hervía la sangre. Habría abofeteado y agitado a cualquier otro hombre para que estuviera alerta, pero su hermano no perdonaría tal desaire jamás de los jamases. Eduardo podía divertirse jugando a juegos violentos y haciendo payasadas con sus guardias y caballeros, pero todo tenía un límite. El rey no toleraba humillaciones ni permitía que lo dominaran físicamente, bajo ninguna circunstancia, por distendida que fuera. Ricardo aún recordaba a sir Folant de Guise, que había cometido el error de hacerle una llave de cabeza al monarca tras tomar unas cuantas copas juntos. Eduardo lo había soportado un solo momento y luego había arremetido entre las piernas del caballero y prácticamente le había arrancado la entrepierna del cuerpo. A Ricardo se le tensó el gesto al recordar el agudo aullido de sir Folant.

Permanecieron en silencio un rato, tres hombres formando un círculo frente al taburete del rey Eduardo, que se balanceaba y tenía la vista perdida. Había colocado un brazo sobre la madera encerada del mostrador de la taberna y todos se lo quedaron mirando fijamente cuando golpeó en él con los nudillos.

—Traedme cerveza —dijo—. Para aclararme las ideas.

—¿Más cerveza? —preguntó Ricardo, exasperado—. ¿No os preocupan las noticias del avance de Warwick hacia el norte? ¿No os preocupa acaso que Jorge esté con él?

La última pregunta era un aguijonazo de despecho entre ellos, lanzado en parte para despertar a Eduardo de su estado de embobamiento. Su hermano se había enamorado de la hija de Warwick hacía años. Con una falta de previsión temeraria, Eduardo había prohibido el enlace. Entonces, la pareja se había desposado en secreto. Jorge había quedado unido a Warwick por nuevos lazos de familia y lealtad, y, cuando se los había acusado a ambos de traición, habían huido juntos, con la hija de Warwick a punto de dar a luz.

Ricardo Gloucester observó con desagrado cómo el caballero sir Dalston se colocaba detrás de la barra y destapaba una barrica para satisfacer la demanda de bebida de su hermano. Sir Dalston era un caballero corpulento

que contemplaba al rey con el mismo afecto acrítico que sus perros. No le importaba si Eduardo estaba borracho o podía emborracharse; lo único que le importaba era que el rey había pedido cerveza. Y el rey obtendría cerveza.

Ricardo contempló cómo servían a su hermano una espumante jarra de barro marrón oscuro y brillante. Eduardo abrió los ojos como platos y sonrió como un niño al agarrarla con sus manos llenas de cicatrices y bebérsela, trago a trago, eructando sonoramente. El rey los miró con una sonrisa de oreja a oreja, luego se dobló hacia delante de forma repentina y vomitó sobre el suelo cubierto de juncos, al no acertar a hacerlo en el balde.

Ricardo resopló por la nariz, apretando el puño con tanta fuerza que notó tensos los músculos de la espalda. Abrió de inmediato la mano, por temor a la primera punzada aguda que pudiera azotarle aquel cinturón de musculatura suyo, similar a unas cuerdas que tiraran de él, o a que sus costillas se giraran y se clavaran en un lugar inadecuado. Un mal gesto podía hacerle sufrir durante semanas un dolor como una puñalada, sin que hubiera manera humana de atajarlo. Entonces le costaba respirar y el omóplato le sobresalía como un ala y le rozaba con la armadura.

Ricardo observó a su hermano con una mezcla de menosprecio y envidia. Eduardo había alejado de su lado a Warwick, y el destino había decretado que la hija de este diera a luz en el mar y que su pequeña hija muriera antes de poner el pie en tierra.

No debería ser suficiente para que se rompieran los lazos entre tres hermanos, creía Ricardo, al menos no una vez superada la indignación inicial causada por la tragedia. Eran pocos los padres que no habían perdido dos o tres niños, padres que una buena mañana se habían encontrado a sus hijos inertes o que los habían visto desvanecerse, a medida que la fiebre les arrebatava la vida y las sonrisas. Ricardo se estremeció al pensarlo. No tenía hijos y suponía que también él culparía al hombre que lo hubiera empujado al mar, si a consecuencia de ello perdía a su primogénito. Lo que sí sabía es que Jorge le había devuelto sin abrir las cartas que le había enviado desde entonces. Un gesto que revelaba su rabia... y que aún no había perdonado.

Cuando Eduardo volvió a sentarse enderezado y se limpió la boca con el dorso de la mano, había recobrado parte de la agudeza. Se concentró en el nervioso heraldo, que continuaba de pie con la cabeza gacha y sin duda desearía internamente no haber sido testigo de la ebriedad del monarca. Tales

cosas se recordaban y no acostumbraban a olvidarse.

—¡Heraldo! Habladme de ese ejercituchito de Warwick de pescadores lentos como tortugas y... alguaciles.

Eduardo hizo un ademán de molestia con la mano por su propio tartamudeo, consciente de que sus pensamientos seguían nadando en ciénagas profundas.

—Majestad, tal como he explicado antes a lord Gloucester, solo vi los movimientos a primera hora de la mañana, mientras atravesaban el puente de Londres y entraban en la ciudad. Había miles de soldados, majestad, aunque me enviaron al norte antes de poder contemplarlos en su totalidad, tanto en número como en fuerza de armas.

Eduardo pestañeó lentamente, asintiendo con la cabeza.

—¿Y mi hermano Jorge estaba con Warwick?

—Se avistaron los estandartes de Clarence, majestad, sí.

—Entiendo. ¿Y mi esposa? ¿Qué noticias hay de Isabel? ¿Y de mis hijas?

El heraldo, avergonzado, se sonrojó. En aquel momento desearía haber aguardado a tener noticias de la familia real, pero había partido a todo galope en cuanto había recibido órdenes.

—No tengo noticias de ellas, majestad, aunque no dudo de que estarán a salvo.

—¿Podéis explicarme algo más, muchacho? —dijo Eduardo, escudriñando al hombre, que al menos tenía diez años más que él. El heraldo únicamente atinó a negar con la cabeza, con los ojos algo abultados—. ¿No? ¿Nada? Entonces regresad por la carretera hacia el sur y haced un reconocimiento para mí. Buscad la turba de Warwick y tomad buena nota de cuánto ha avanzado desde entonces.

El heraldo estaba exhausto, prácticamente muerto en vida, pero se limitó a agachar la cabeza y salir de la estancia rápidamente.

Ricardo miró con acritud a su hermano. Le habría gustado interrogar al hombre algo más profundamente de lo que había hecho Eduardo en su tibio esfuerzo, pero la oportunidad de hacerlo se había desvanecido.

—Traedme otra jarra de cerveza —exclamó Eduardo en voz alta, mirando a su alrededor.

Al oírlo, Ricardo perdió el último resto de templanza. Se volvió hacia el

guardia de su hermano y le dijo:

—Sir Dalston, dejadnos a solas.

—Milord, yo...

—¡Fuera! —le espetó Ricardo.

Se llevó la mano a la espada, consciente de estar descargando su ira y su impotencia contra un hombre de rango inferior, pero aun así incapaz de controlarse. Sir Dalston palideció y tensó los labios mientras permanecía allí de pie, inmóvil. Ricardo tuvo la impresión de que el caballero podía desenvainar la espada. Y supo que, si lo hacía, no dudaría en matarlo.

—Dejadlo, Dalston —intercedió Eduardo, liberando al hombre de su deber—. Veo que mi hermano menor quiere hablar conmigo en privado. No pasa nada. Aguardad fuera.

Sir Dalston hizo una reverencia con la cabeza, si bien mantuvo su mirada afilada, incluso mientras evitaba la agresiva mirada de Ricardo.

—Marchaos —dijo Ricardo a su espalda, sonriendo al ver que el hombre daba un tropezón antes de continuar.

—¡Eso ha sido mezquino! —dijo Eduardo en cuanto se hallaron a solas—. ¿Obligaríais a un hombre a mostraros su acero? ¿Me obligaríais a colgarlo? ¿Por qué? ¿Solo para agujionearme a mí? Ya tengo suficientes problemas... y demasiados pocos hombres para perder uno hoy.

Seguía arrastrando las palabras, pero Ricardo notó que algunos de sus temores se disipaban. Necesitaba que su hermano estuviera alerta. Sobrio, Eduardo era el sol en llamas que llevaba bordado en la pechera y grabado en el metal de su armadura. Lideraba como si hubiera nacido para ser rey, con una magia que Ricardo no había conocido en nadie más.

Ricardo respiró hondo y se obligó a serenarse.

—Estoy inquieto —dijo con voz queda—. Conocéis a Warwick tanto como yo. No hemos tenido noticia de que se estuvieran congregando ejércitos en Francia. Sus espías deben de haber estado trabajando con denuedo desde el año pasado y, sin embargo, esta es la primera información que yo tengo de esta conjura. Y mientras nosotros estamos aquí, con apenas unas docenas de hombres y el invierno casi sobre nosotros, miles de soldados vienen de camino para arrebatarnos la corona.

—He luchado en invierno en el pasado, Ricardo, en la nieve —replicó Eduardo transcurrido un cierto tiempo. Se agarró la gran masa de mechones

que le enmarcaban el cráneo y se los recogió en una coleta con una tira de cuero. Cuando alzó la vista de nuevo, tenía la mirada más clara—. Una visita al excusado recompondrá mis furiosas tripas. Y unas pocas horas de montura intensa darán al traste con estos dolores que me punzan y martillean la cabeza. Visitaremos unas cuantas poblaciones, los dos juntos, ¿de acuerdo? Las alzaremos en armas en defensa de la rosa blanca. Tal como en el pasado lucharon por mí.

Ricardo apreció la necesidad de tranquilidad que sentía su hermano. Más que nada en el mundo deseaba convenir con él, darle una palmadita en la espalda y salir a cabalgar, pero, en el último momento, le resultó imposible hacerlo.

—Hermano, no hace tanto tiempo de Towton. ¿Cuánto ha transcurrido? ¿Diez años? Fallecieron treinta mil hombres. Una generación perdió a sus esposos, hermanos e hijos...

—Y quienes a la sazón eran niños de doce años tienen ahora veintidós. ¡Están en la flor de la vida! La tierra nos da cosechas de trigo y lúpulo... y hombres, hermano. No temáis por eso.

Ricardo notó la atenta mirada de su hermano. Eduardo había engordado tanto y estaba en tan baja forma que el mero hecho de montar su caballo de guerra podía hacerlo resollar. Lo cierto era que el rey era un hombre profundamente infeliz, atrapado en un matrimonio frío y vacío, y sin un heredero varón. La caza era el único placer que conservaba. No era casualidad que se encontrara lejos de Isabel en las fases postreras del embarazo de esta. El rey apenas pasaba tiempo en presencia de su esposa.

No obstante, aquella mirada seguía trasluciendo su extraordinario poder de persuasión. Ricardo no quería decepcionar a su hermano mayor. Le dolería ver cómo la sonrisa se desvanecía del ancho rostro de Eduardo.

Pensó en sus ganas de ser cruel, de decirle a Eduardo que no tenían más alternativa que huir, que estaban en el lugar equivocado en la estación equivocada, y que Warwick ya había vencido..., pero no lo hizo. En su lugar, Ricardo se aferró al clavo ardiendo que había hecho que Eduardo ganara todas sus batallas. Los hombres creían en él..., y él les había dado motivos para hacerlo. Ricardo disimuló sus temores y su consternación y sonrió tensamente.

—De acuerdo, Eduardo. Cabalgaré con vos una vez más.

Los monjes que se ocupaban del libro y administraban el santuario habían desaparecido, por supuesto. Además de la comadrona, la propia Isabel y su madre, otras dos criadas trajinaban por la pequeña estancia, calentando cuencos de agua sobre un brasero que reduciría el cordón umbilical y la bolsa amniótica a cenizas y evitaría que fueran usados en rituales de magia negra.

Isabel estaba bastante serena e intentaba tranquilizarlas a todas con sus palabras, incluso mientras la comadrona le frotaba los muslos y le aligeraba la tensa musculatura.

—He alumbrado antes a tres hijas sanas y a dos hijos de mi anterior marido. Desenvainaré a este otro como a un guisante, creedme.

Hizo una pausa, notando la tensión creciente de una contracción. Durante un instante, el único ruido en la estancia fue el roce de las manos que le frotaban aceite de rosas en el cuerpo. La comadrona rezó una oración a santa Margarita, la patrona del nacimiento. Con cierta timidez, la mujer le puso a Isabel una piedra de pulido jaspe rojo en la mano derecha y le cerró el puño. Isabel notó la calidez de la piedra y asintió con la cabeza en ademán de agradecimiento. No podía hablar.

—¡Veo la cabeza! —exclamó una de las criadas entusiasmada.

La comadrona la apartó de en medio y sumergió toda la mano en un tarro de aceite. Aguardó pacientemente a que la contracción acabara antes de introducir las manos entre las piernas de Isabel. Ella miró al cielo mientras la mujer asentía para sí misma.

—Viene con la cabeza hacia abajo y se retuerce. Bien. El cordón umbilical viene sin vueltas. Milady, ya viene. Empujad, querida. Empujad tan fuerte como podáis.

Transcurrió otra hora y las velas se consumieron antes de que el bebé saliera de golpe, rojo y abriendo la boca para chillar, pero sin emitir sonido.

—¡Es un niño, milady! —exclamó la comadrona.

Incluso una mujer tan experimentada como ella se mostró entusiasmada al traer al mundo un heredero al trono, aunque fuera en circunstancias tan extrañas. Con un esposo empujado al exilio. Con la casa de los Lancaster reclamando su antiguo derecho al trono. Un niño nacido en suelo sagrado.

—¡Eduardo! Le pondré el nombre de su padre. Un día será rey —dijo Isabel, orgullosa, apartándose un mechón de pelo de la mejilla.

Respiraba con cierta dificultad, pero era más fuerte el alivio que transmitía. Sus tres hijas no habían asegurado la sucesión al trono de su esposo. Eso solo podía hacerlo un hijo varón.

La comadrona mordió el cordón umbilical para liberar al niño, al que luego limpió la cara a lametones, antes de envolverlo en tiras de paño limpio y entregárselo a Isabel. Una de las criadas se abrió la camisa para dejar a la vista un pecho lleno; sus ojos estaban anegados en lágrimas por el bebé que había perdido hacía apenas unos días. La comadrona frunció el ceño.

—La Virgen santa le robó a su único hijo, milady. Sabéis que la Iglesia no aprueba el uso de nodrizas. Quizá queráis sopesarlo, ya que estamos en terreno sagrado...

—No, querida —respondió Isabel con voz firme—. Sobre mi marido pesa una orden de caza y yo no puedo poner el pie fuera de estas estancias sin ser hecha prisionera. Tengo tanta ira en mí que mi leche convertiría al niño en un tirano despiadado. Dejemos que mame de ella y que mis pechos se sequen...

Tomó la mano de la comadrona y le devolvió la piedra de jaspe, caliente por el contacto con su piel. Isabel mantuvo los ojos fijos en el niño mientras lo envolvían. Era su hijo. El hijo varón de Eduardo. Al fin.

5

Lincoln era un lugar bastante inhóspito para perder una corona, pensó Ricardo. Le resbalaba la lluvia a chorros por el rostro, antes de desaparecer bajo su cota de malla y su guerrera, y le empapaba la capa, que pesaba como el plomo. No le importaba demasiado el frío, pero la humedad hacía que le doliera la espalda y convertía cada despertar en un tormento mayor al del día anterior. La había tomado con Lincoln, concluyó, aunque bien podía ser por los caballeros que lo acompañaban, con sus cabezas gachas y su aire de derrota. Mientras cabalgaba por una cumbre y atravesaba un bosquecillo de robles, tuvo la sensación de que con cada nuevo resuello le robaban algo más de calor. Que existiera un cerro así por aquellos lares era una rareza, y precisamente el motivo por el que el rey Eduardo lo había señalado y había conducido a su andrajoso séquito hasta allí.

Los bosques y campos de Lincoln podían ser lugares de una belleza sosegada. No hacía demasiado que el verano había dado paso al otoño y quienes recordaban los largos y cálidos días tenían la sensación de que en cualquier momento podía volver a salir el sol. Pero la lluvia caía inclemente y no se abrían claros entre las nubes. Los senderos rurales, que en la estación anterior quedaban convertidos en terrones duros por el paso del ganado, se transformaban en cenagales con un fango tan profundo que cualquier persona que intentara atravesarlos a pie se hundiría y tendría que recular. El barro fue manchándolos mientras cabalgaban, hasta que estuvieron todos tan moteados como huevos de mirlos... y con los labios casi tan azules como el plumaje de estas aves.

Ricardo veía la espalda de Eduardo encorvada justo delante de él. Su hermano montaba clavado en la silla y trotando como si pudiera continuar haciéndolo hasta el fin de los días, rumbo a la cima de la colina. Cada metro

de altura dejaba a la vista más extensión de terreno a su alrededor. Ricardo sonrió al pensarlo. Al ascender la montaña, la naturaleza recompensaba al hombre con un mayor campo de visión. Quienes se negaban a subir a las montañas vivirían siempre a la sombra de otros, con una perspectiva limitada.

Seguía notando la humillación de su hermano, su furia contenida, en su cabeza gacha y en su gesto ceñudo. Eduardo había tirado su yelmo la noche anterior, en un arrebato de mal humor. Cuando el rey había regresado a su montura, Ricardo había hecho un ademán de asentimiento a un criado para que lo recogiera y lo guardara en el equipaje. Bien sabía Dios que aún podían necesitarlo.

Habían transcurrido tres días desde que el heraldo de Londres había llegado a la taberna de York. Cada mañana había amanecido con una decepción, e incluso las más tímidas esperanzas se habían desvanecido antes de que el sol oscureciera el cielo por poniente de nuevo. A Ricardo aún le costaba creer que los hubieran sorprendido así. A su hermano se le llevaban los demonios al hablar de ello cuando no le importaba quién pudiera oírlo, y afirmaba que un rey no tenía por qué registrar a sus rameras en busca de cuchillos, ni sus poblaciones en busca de traidores, ni hacer que alguien probara su comida antes que él por si estaba envenenada, como si de un kan oriental se tratara. Ricardo había soportado sus diatribas más airadas, sin dejar de pensar que tal vez sí era conveniente que un monarca procediera de aquel modo. Quizá eso fuera lo que significaba ser rey. Al menos para un rey que había ganado la corona en el campo de batalla.

Ricardo se sacudió el calor de encima con un resoplido de ira que resonó en él como dolorosa contracción muscular. Lo cierto era que había más de un tipo de batalla. En el momento en el que habían constatado que la causa de los Lancaster contaba de nuevo con un apoyo firme entre la población, en el preciso instante en que entendieron que hacía semanas, meses incluso, que corría el rumor de que iba a organizarse una campaña, deberían haber huido a un lugar más seguro. Cuando el rey de Inglaterra no puede entrar en una población y convocar a los jóvenes a su servicio es hora de hacer el equipaje, meter unas cuantas ropas, monedas y joyas, y poner rumbo a la costa.

Aquella primera mañana habían encontrado varias poblaciones vacías, lo que había resucitado en ellos los viejos temores a la peste negra, la plaga que antaño había liquidado comunidades enteras, convirtiéndolas en mero abono

para la tierra. Sin embargo, no había cuerpos en las cunetas. Se les habían adelantado los rumores de la cacería real y la población se había desvanecido, se había escabullido a las profundidades de los bosques y a los altos peñascos de los páramos de Yorkshire, lugares tan umbríos y verdes que no se tenía noticia de que nadie los hubiera pisado antes. A Ricardo se le tensó el rostro bajo aquel frío, que notaba clavándosele como una lanza en la gelidez aún mayor que sentía internamente. Un rey no podía gobernar sobre quienes rehusaban ser gobernados, ese era el secreto. Todos ellos, todos los alguaciles, gobernadores civiles, jueces y lores dependían de una obediencia tranquila y resistente, que brindaban a cambio de la paz. Recordaba las historias de cómo Jack Cade había entrado en Londres y se había abierto camino hasta la Torre. Si ahora la población se negaba a seguirlo, no habría rey.

Como era previsible, Eduardo había reducido a cenizas aquellas poblaciones asoladas, cabalgando él mismo de casa en casa con una tea en llamas. Entre quienes lo acompañaban había hombres de la calaña que disfruta con la destrucción, como Anthony Woodville, lord Rivers. El hermano de la reina había contemplado entre risotadas cómo se propagaban las llamas, más aún cuando de entre ellas emergían con dificultad gatos o perros con el pelaje chamuscado.

El segundo día habían quemado vivo a un anciano en su casa. El escuálido viejo diablo se había dejado ver cuando pasaban a caballo por delante de su vivienda, agitando un puño en alto y acusando a Eduardo de ser un traidor yorquista. Rivers había sellado su puerta con clavos y habían esperado a que el viejo intentara forzarla. El pomo ni siquiera se había movido mientras el incendio se propagaba. El anciano había permanecido sentado en el interior sin emitir ni un solo alarido hasta que el humo y el fuego lo devoraron.

Se había corrido el rumor. Aquellos a quienes encontraron y que aún les eran fieles les contaron que habían llegado hombres a los pueblos y habían anunciado que los Lancaster volverían a alzarse. Se dejaban cartas de noche, clavadas con finas dagas a las puertas de tribunales y casas de registro. Nadie había visto quién las dejaba, ni había escuchado los golpes del martillo, o eso se decía. Hablaban de todo aquello con un estremecimiento casi sagrado, como si quienes así obraran fueran malignos espíritus vengativos, en lugar de

tratarse de una mera campaña de cartas, sobornos y murmullos orquestada por hombres inteligentes. Cada boca susurrante, cada papel garabateado afirmaba que el rey Enrique había sido restaurado en el trono y que Eduardo ya no era más que un indecente hijo de mala madre incapaz de retener lo que había robado. Eran mentiras feas, directas y sencillas. Ricardo de Gloucester entreveía en ellas la mano de alguien a quien conocía, al menos por su reputación: Derry Brewer, el jefe del espionaje de los Lancaster. Aquello era obra suya.

No se le antojaba ninguna coincidencia que todas las cartas que le entregaban nerviosamente llevaran la firma de «Reynard», en alusión al zorro de los poemas franceses, que empleaba la astucia para derrotar a animales que lo superaban en fortaleza. Al otro lado del frío y salado canal que se extendía entre ambos países, Margarita de Anjou y el rey Enrique tenían a un heredero, un príncipe de ultramar, con su propio simulacro de corte, todo ello financiado por el monarca francés, Luis, primo de ella. Al parecer no habían enterrado la esperanza en el exilio, por más que hubieran perdido todo lo demás.

Eduardo tiró de las riendas y Ricardo, al alzar de nuevo la vista, contempló un paisaje de hilos de lluvia gris que desaparecía sepultado bajo una tenue neblina. Aún era posible apreciar la niebla matutina, acumulada alrededor de las chimeneas humeantes de las casas de una pequeña aldea, visible en una encrucijada de caminos en la distancia, como una arruga en una mejilla ajada, con poco más de una docena de hogares y un molino girando en un arroyo de aguas rápidas. La bruma blanca se cernía sobre los aldeanos del lugar, mientras la comitiva de caza del rey los contemplaba, a menos de un kilómetro y medio de distancia, desde la cumbre de la colina, sin ser vistos. No todos los campesinos habían huido, ni todos los caballeros habían dado la espalda, por cobardía o ingratitud, al rey que se había alzado victorioso en Towton. La cacería real había congregado a casi ochocientos combatientes en sus filas. Entre ellos había cuarenta arqueros, cosa que insuflaba a Ricardo alguna esperanza, por mínima que fuera. Y aunque era cierto que aquellos hombres llevaban más años dedicados a sus barrigas que a sus armas, eran capaces de tensar un arco una vez.

Empezó a llover de nuevo, una lluvia que impregnó el aire y cuyo repiqueteo invariablemente llevaba a Ricardo a pensar en guisantes secos

cayendo sobre una bandeja de estaño. Hombres en armadura bajo un aguacero. Abatido, aterido y hambriento, proyectó la vista en la distancia y decidió desmontar.

El bosquecillo de robles en lo alto de la colina estaba compuesto por árboles jóvenes y esbeltos. Podía ver a través de ellos, pese a las hojas rojas y doradas que aún colgaban de las ramas. No cabía duda de que los habría plantado un agricultor que seguía guiándose por las costumbres paganas, anteriores a la llegada de los cristianos a aquellas islas de estaño rodeadas de acantilados blancos. Ricardo pestañeó mientras recordaba los nombres y libros antiguos que asaltaron su imaginación. Aquella tierra fría y húmeda había sido Casitérides para los griegos y Albión y Bretaña para los romanos. Plantar árboles en lugares elevados era una costumbre ancestral que Ricardo sabía reconocer. Se llevó la mano a la frente en señal de respeto mientras se balanceaba para desmontar, rindiendo tributo a los espíritus de la tierra. Prefería dejar de lado el orgullo, sobre todo ahora que los perseguían tanto a él como al rey.

—¡Allí, al oeste! —gritó uno de los hombres, señalando en aquella dirección.

Ricardo volvió la cabeza para mirar por encima de su hombro izquierdo, con el corazón en un puño. Habían estado a punto de capturarlos el segundo día, cuando, embriagados por su arrogancia, habían andado de pueblo en pueblo. Se estremeció al comprobar lo cerca que estaban y lo ciego que él mismo había estado, y se culpó a sí mismo tanto como a su hermano por quedar tan expuestos.

Warwick y Derry Brewer habían pagado a hombres para que se acercaran sigilosamente a los ayuntamientos de los pueblos y colgaran viles traiciones en puertas de roble, pero a la par habían hallado tiempo para congregar en el norte soldados dispuestos a abatirse sobre la comitiva real. El rey Eduardo se había anticipado con sus movimientos y había logrado zafarse de la trampa que lo habría capturado ingeniosamente entre dos ejércitos.

Ricardo sacudió la cabeza enojado. Con aquella niebla y aquella lluvia incesante, seguían sin determinar el número de soldados que los perseguían por el país. Desde luego, eran más de los que podían detener y convertir en harapos sanguinolentos. La cacería del rey no lograba romper la soga y cada día que avanzaban hacia el sur tenían a Warwick más cerca, ascendiendo

hacia el norte por la carretera de Londres. Era un ataque tenaza, pensó Ricardo, preparado por hombres que conocían los puntos fuertes de su hermano, y también sus flaquezas. Ningún tirano francés lo habría conseguido nunca, al menos no en suelo inglés. La furia hirviente que sentía al pensar en ello era lo que mantenía caliente a Ricardo bajo la lluvia, la idea de que solo traidores ingleses podrían haber conspirado con tanto atino, con un resultado tan certero. En apenas unos cuantos días cruciales, Eduardo había pasado de hallarse en una parranda despreocupada a ser perseguido como un ciervo por unos sabuesos. Era un revés cruel de la fortuna.

A lo lejos, los campos parecían moverse. Tres columnas de soldados calados hasta los huesos avanzaban penosamente hacia ellos como aceite derramado sobre la llanura. Se hallaban a tres kilómetros y medio de distancia de ellos, a lo sumo, seguramente menos, aunque la llovizna y la humedad no permitían discernirlo. Ricardo se preguntó si quienes montaban a caballo y quienes marchaban a pie con la cabeza gacha divisarían la cacería del rey en lo alto del cerro. Aún ondeaban los estandartes de Eduardo: la rosa blanca y el sol en llamas, y los tres leones de la corona de Inglaterra. Su orgullo no le permitiría recogerlos, si bien ondeaban tan flácidos bajo la lluvia que prácticamente eran indistinguibles.

En opinión de Ricardo, los partidarios de Eduardo no ofrecían una imagen demasiado temible. La partida de caza real no era más que una mancha en una colina que se alargaba dibujando una cola de hombres cansados y temblorosos que intentaban guarecerse del viento tras sus monturas.

—¡Prosigamos la marcha! —ordenó Eduardo—. Hacia el este de nuevo. Mirad aquel pequeño camino. Dirigíos allí y esperemos encontrar piedra y grava sobre este fango movedizo.

Como si le respondiera, la lluvia duplicó su intensidad, obligándolos a encorvarse sobre sus sillas mientras volvían a montar cegados por el martilleante aguacero, exhaustos. No tenía ninguna gracia haberse convertido en la presa.

Ricardo volvió la vista atrás cuando descendieron de nuevo a la planicie y contempló a los hombres de su hermano formando una columna descuidada, desperdigada por el campo. El conde de Worcester se había rezagado, según pudo comprobar, pues el pobre hombre estaba tan febril y empapado que le

resultaba imposible mantener el ritmo del resto. Los mastines y galgos se movían dando bandazos por los flancos y entre los hombres, con los bozales puestos para que sus ladridos no atrajeran al enemigo. Ricardo sacudió la cabeza de un lado a otro, notando cómo la desesperanza se apoderaba de él. La lluvia había espesado tanto la niebla que no atinaba a ver rastro alguno de sus perseguidores. Apretó la mandíbula y continuó cabalgando. Por el norte intentaban darles caza y por el sur los aguardaba Warwick. Su única opción era huir hacia el este, y él sabía bien que Eduardo debía de tener en la mente los puertos de Norfolk.

Era bochornoso pensar que el rey de Inglaterra, el vencedor de Towton, acabara huyendo en barco. Ricardo se planteó su propio futuro con una amargura creciente. No traicionaría a su hermano, de eso estaba seguro. Sin embargo, ello le costaría todo lo que tenía. Si Warwick restauraba a los Lancaster, los hijos de York serían considerados traidores y se decretaría su muerte legal.

Ricardo se estremeció bajo el peso de la cota de malla y su capa empapada. No tenía mujer ni hijos. Todo su honor cabalgaba con su hermano, aquel magnífico y enorme borracho. Pero no dejaría a Eduardo aunque tuvieran que abandonar las tierras que habían alimentado y visto crecer a su estirpe desde tiempos ancestrales. Le sorprendió notar que solo de pensar en ello sentía un gran desasosiego y se le retorcía el estómago. No quería que lo expulsaran de su hogar. Lo llevaba en los huesos.

Ricardo se había quedado dormido encima del caballo, según constató al despertarse con un sobresalto y mirar a su alrededor para comprobar si alguno de los demás se había dado cuenta. Volvía a llover a mares; de hecho, era el frío lo que le había hecho despertarse. Eduardo seguía cabalgando algo por delante de él, encorvado y cabeceando, como si ya fuera un prisionero. Ricardo frunció el ceño y anheló poderle gritar a su hermano que luciera una mejor figura. Notó que con la ira recuperaba algo de calor en sus gélidas manos. El amanecer era un momento cruel del día, pues dejaba al descubierto todos los defectos. De haber tenido tiempo de recuperar la sobriedad y una semana para enviar mensajeros de confianza, Eduardo podría haber reunido a su ejército. No eran pocos los jóvenes sedientos de ascensos sociales y gloria que habían venido en su búsqueda en el pasado, caballeros y lores que

disfrutaban viendo a un rey fuerte en el trono y no sentían afecto alguno por el linaje enfermizo de los Lancaster. Pero sus enemigos habían sorprendido a Eduardo absolutamente desprevenido, y ahora le pisaba los talones una tropa tan numerosa que le resultaba imposible hallar hombres suficientes para defender su territorio. Como un oso perseguido por perros, no le habían dado oportunidad de descansar, sino que se había visto obligado a soportar mordiscos y embestidas que lo empujaban a huir bajo la lluvia.

De manera impulsiva, Ricardo hincó también sus espuelas, pese a estar entumecido por el agotamiento y tener el pensamiento como de plomo. Su montura había cabalgado toda la noche por barro y bancos de hojas, bajo el manto de la oscuridad. Concluyó que se habría quedado dormido en algún momento, pero no lo recordaba. Solo su espalda seguía caliente, tan afilada por la falta de sueño que cuando el caballo daba sacudidas tenía que morderse el labio para no gritar.

Cuando dio alcance a Eduardo, Ricardo alargó el brazo para darle una palmadita a su hermano en el hombro. Eduardo se zafó de su contacto, semiinconsciente y más pálido de lo que Ricardo lo había visto nunca. En tiempos pasados, su rostro había sido más delgado, era cierto. Había acumulado carnes en los diez años transcurridos desde Towton, unas carnes rosadas y blandas como un abrigo que sepultara al hombre más duro que había sido antaño.

—Me acorralarán, Ricardo, si eso es lo que se proponen —dijo Eduardo con una voz apenas audible—. Me acorralarán y me obligarán a darme la vuelta y luchar, y serán demasiados. Me obligarán a cavar mi propia tumba. Tal vez deberíais marcharos. Warwick no tiene motivos para estar enojado con vos. Dejadme ir. Permitidme hacerles frente. No puedo abandonar Inglaterra como un ladrón.

Eduardo sacudió la cabeza de lado a lado, perdido en una autocompasión que a Ricardo se le antojó tan irritante como los ejércitos que les daban caza. Apretó la mandíbula mientras el dolor de su omóplato le quemaba y aquella maldita cosa empezaba a sobresalir y presionar contra su armadura. Ya no habría manera de encontrar alivio, lo sabía. Transcurrirían semanas antes de que pudiera volverse a sentar cómodamente de nuevo. Apretó los dientes y notó la lengua lamer el hueco que había dejado un trocito de una muela que se había desprendido.

Sonaron los cuernos en algún lugar en la distancia, a su espalda, una nota triste como la llamada de un ciervo. Un escalofrío de temor hizo a Ricardo volver la vista, pero en medio de las brumas matinales no se atisbaban estandartes. Pese a ello, había algo espantosamente glacial en ser la presa, incluso para quienes habían conocido la batalla.

Con la vista aún clavada en la retaguardia, Ricardo frunció el ceño. En un lugar como aquel, con frío y lluvia y atrapados entre enemigos violentos, no habría culpado a los partidarios de su hermano si se hubieran escabullido en la noche. Pero permanecían allí, inquebrantables como sus juramentos personales y convencidos de que Eduardo saldría adelante. A Ricardo se le antojó una locura; tuvo que pestañear varias veces bajo la lluvia para distinguirlos con claridad... Podría llegar tan lejos con una lealtad como aquella, si alguna vez estuviera bajo su mando.

El conde de Rivers se les acercó en su caballo y se situó junto al hombro de Eduardo, dispuesto a mediar como siempre habían hecho los Woodville, a Ricardo no le cabía duda de ello. Él era uno de quienes permanecería junto a Eduardo hasta el último aliento, por si acaso quedaba vacante un nuevo título o aparecía una fortuna que requiriera un nuevo propietario.

Aquel pensamiento era deprimente. Pese a que ninguno de los dos hombres York habían anunciado su plan, escapaban hacia el este para dirigirse al puerto de Bishop's Lynn, con la decisión final aproximándose con cada kilómetro que avanzaban. Con apenas ochocientos hombres, la tierra estaba perdida. Pero, si Eduardo se hacía a la mar, conocería un fin humillante, en unas aguas implacables. Después de aquello no habría más títulos ni más grandes cacerías. No habría York ni Gloucester. Sus enemigos habrían triunfado y la casa de los Lancaster volvería a gobernar, como si sus primos nunca los hubieran destronado. Ricardo sacudió la cabeza al pensar en el pobre hombre taciturno y roto que llevaría la corona. Deberían haber asesinado al rey Enrique, en lugar de sucumbir a su ridícula ingenuidad. Warwick no podría haber usado un cadáver para ocupar el trono.

El caballo de Ricardo tropezó. El animal estaba exhausto y estuvo a punto de desplomarse. ¿Había vuelto a dormirse? Eduardo se encontraba una docena de pasos por delante de él y Ricardo intentó despertarse a bofetones. Llevaba tres días cabalgando sin apenas descanso... No, cuatro. Aquel era el cuarto día. Algunos habían quedado rezagados, fuera de la vista, pero

Ricardo tenía casi dieciocho años y no fallaría a su hermano, el rey. Bajo ningún concepto.

Habían empezado a avanzar entre una hilera de añosos setos de espino tan exuberantes que se cernían sobre ellos y tapaban la escasa luz que iluminaba el camino. Al oeste volvieron a sonar los cuernos, esta vez más cerca; al este, por primera vez, Ricardo pudo oler el mar. Notó que se le saltaban las lágrimas ante la idea de marcharse. Tuvo que quitarse un guantelete para frotarse los ojos y aclararse la visión, con la cabeza gacha, para que nadie lo viera. Pero al volver a alzar la mirada comprobó que no era el único. Continuaron avanzando a caballo durante el último kilómetro y medio que faltaba hasta llegar a los muelles. Eduardo parecía indiferente, con la mirada apagada, demasiado alicaído para hacer nada salvo contemplar con tristeza el sol de la mañana.

Los barcos de pescadores ya se habían hecho a la mar y el puerto de Lynn estaba tranquilo. Estaban tan cansados que nadie parecía saber bien qué hacer. Les pesaba la cabeza como plomo. Centenares de caballeros se desplegaron en completo desorden, hablando en voz baja y sin dejar de mirar atrás, por si aparecían sus perseguidores. Ricardo alzó los ojos hacia su hermano, consciente de que Eduardo debería haberles dedicado unas palabras. No habían desertado del rey, lo habían acompañado hasta el final. Sin embargo, Eduardo permanecía sentado encorvado sobre su montura, perdido, taciturno y muy lejos de aquel lugar.

Tras emitir un quejido al notar sus músculos torturados y sus rígidas articulaciones, Ricardo desmontó. El dolor era casi tan insoportable que tuvo ganas de hacerse un ovillo en un umbral y echarse a dormir. En lugar de ello se quitó la capa y la dejó gotear colgada de los flancos de su exhausto caballo. Ricardo caminó a trompicones hasta un barco mercante, a cuyo patrón saludó. El hombre había acudido a supervisar cómo lo cargaban. Había observado la llegada del agotado grupo de soldados y jinetes con un temor apenas disimulado.

—En nombre del rey Eduardo, solicitamos paso franco —dijo Ricardo.

No podía haberlo para todos. Se necesitaría una flota entera para embarcar a ochocientos hombres, así como haber dispuesto de uno o dos días para hacerlo. Quería que Eduardo despidiera a los hombres, que pronunciara unas palabras encomiables antes de subir a bordo. Notaba un dolor atroz en

todo el cuerpo y estaba tan cansado que incluso la muerte le resultaba seductora, en tanto en cuanto le ofrecía una oportunidad para descansar.

Cual un espectro pálido, Ricardo permaneció allí de pie, pestañeando mientras miraba al capitán. Como respuesta, el hombre dio un paso atrás y sacudió la cabeza antes de ser capaz de formular palabra. Con las manos vacías y en alto, dijo:

—Solo soy un mercader, milord. No quiero nuevos enemigos. No he infringido ninguna ley. Por favor, dejad que me encargue de mis asuntos.

—No volveré a solicitarlo —respondió Ricardo con poca energía. No se atrevía a volver la vista atrás, aunque sentía un estremecimiento en la espalda solo de pensar que los hombres de Warwick pudieran estar dispersándose por los muelles—. Si me obligáis a ello, os arrancaré el corazón y os dejaré muerto en este puerto. Mi nombre es Ricardo Plantagenet, duque de Gloucester. Mi deber es velar por la seguridad del rey. No dudéis de mis intenciones.

Supo que Eduardo se le había acercado y se hallaba junto él por el modo como el mercader alzaba la vista y miraba nerviosamente la rosa blanca de York bordada en la guerrera de ambos. Eduardo también se había quitado la capa. Además del símbolo de York, en su guerrera lucía un sol llameante hecho con aljófares en la pechera. El mercader se lo quedó mirando con los ojos como platos.

—¿Puedo enviar los caballos a bordo? —preguntó Eduardo.

El hombre únicamente atinó a asentir con la cabeza, en silencio. Eduardo hizo un gesto a lord Rivers, quien comenzó a emitir órdenes tajantes y a conducir a los animales hacia la rampa. Los caballos causaron un gran estrépito en el muelle, un ruido que hizo estremecerse al mercader. Ricardo le dio unas palmaditas en el hombro.

—Hay traidores pisándonos los talones, capitán. Si no habéis soltado amarras y alejado el barco lo suficiente para quedar fuera del alcance de sus saetas cuando lleguen al muelle, no me cabe duda de que incendiarán vuestra nave con flechas impregnadas en aceite. Es lo que haría yo.

Ricardo se volvió entonces para mirar a su hermano. Eduardo seguía siendo una figura imponente, pero había perdido parte de su chispa vital. Al tropezar con su mirada, Ricardo pudo ver que tenía los ojos enrojecidos.

—Despedid a vuestros hombres, Eduardo. Únicamente pueden

acompañarnos unos cuantos de ellos.

Sin mediar más palabra, Ricardo ascendió por la rampa hacia cubierta. A su espalda, escuchó a Eduardo respirar hondo. Cuando se dirigió a sus hombres, lo hizo sin florituras ni llamamientos altisonantes. Habló más como un hombre que como un rey.

—Me habéis traído sano y salvo hasta este lugar —les dijo—. Tenéis mi gratitud por ello. Si Dios quiere, volveré a buscaros y os recompensaré por vuestra lealtad. Hasta entonces, id con Dios, hermanos.

Aquello era lo que los había retenido en los muelles. Tras despedirse del monarca con una reverencia, volvieron a montar en sus caballos y se dispersaron al trote en todas direcciones. Lo más probable era que, a aquellas alturas, hubieran capturado ya al conde de Worcester, rezagado varios kilómetros tras el resto.

Eduardo observó partir a sus hombres leales. Solo quedaron en el muelle unos cuantos de sus lores, sus criados y sus guardias. En total, apenas una docena, no más. Condujeron sus cabalgaduras hasta el barco, dejando atrás a Eduardo para que contemplara el país que estaba perdiendo.

Se soltaron los amarres, se replegaron las rampas y se izó la vela en el mástil. Primero se abrió un metro de agua entre la barandilla de madera y el muelle de piedra, luego dos y al poco se alejaban lentamente del puerto.

—¿Cuál es vuestro puerto de arribada, nuestro destino? —gritó Ricardo.

El capitán se hallaba al borde de las lágrimas mientras contemplaba las pacas abandonadas en el muelle. El hombre miró fijamente a Ricardo, sin atreverse a expresar en voz alta la ira que sentía por aquel revés a su destino. Ricardo de Gloucester sintió ganas de atravesar la cubierta y estrangularlo allí mismo. Un hombre podía sufrir pérdidas mayores que el mero cargamento de un barco. Algo en la intensa exaltación que reflejaba su mirada hizo agachar la vista al capitán.

—Picardía, milord, en Francia.

—Ya no —le gritó Ricardo para hacerse oír por encima de la brisa, que cobraba intensidad—. Orientad el timón y las velas rumbo a Flandes, en la costa norte. Allí aún tenemos amigos. ¡Y alegrad esa cara! Habéis desempeñado un gran papel hoy. Vuestro pequeño barco transporta al rey de Inglaterra.

El capitán inclinó la cabeza a modo de respuesta, si bien lo cierto es que

no le había quedado más remedio. Si alguno de los hombres de su tripulación hubiera osado oponer resistencia, se habrían enfrentado al resto de los caballeros y lores de Eduardo, que no dejaban de ser soldados, por más hambrientos y exhaustos que estuvieran.

—Rumbo a Flandes, milord, como vos dispongáis.

La tierra se alejaba en la distancia y, por primera vez en días, Ricardo se relajó, mecido por el movimiento de aquella coca mercante. Flandes, al norte; Luxemburgo, al sur. Por debajo de ellos, los ducados de Bar y Lorena... y luego la propia Borgoña. Se imaginó aquellos lugares, todos ellos territorio disputado. Eduardo solo tenía a un aliado al otro lado del canal de la Mancha: el duque Carlos de Borgoña, enemigo declarado del rey de Francia, quien gobernaba desde Flandes hasta la zona central. El ducado había conseguido inmensas ganancias, mientras que el viejo monarca francés era un hombre debilitado. Ricardo casi envidiaba a aquel hombre por su posición.

Sobre sus cabezas, el sol era una mancha de luz entre las nubes, un astro débil incapaz de calentar a ninguno de los hermanos mientras contemplaban el verde litoral inglés, que se perdía en la distancia.

—El conde de Warwick ha regresado, hermano —le gritó Ricardo—. ¿Sois por ello un hombre inferior?

Para su deleite, vio a Eduardo meditarlo y alzar las cejas en gesto de conjetura. Ricardo soltó una carcajada. Pese a todos los fracasos y calamidades que habían padecido, seguía habiendo algo alegre en la sensación de aquel barco bajo sus pies, de la espuma salada y de una nueva mañana.

La alegría se desvaneció rápidamente cuando Ricardo empezó a eructar y a notar una especie de sudor frío y de mareo apoderándose de él, un mareo que empeoraba con cada vaivén del barco. Al cabo de poco, con el estómago revuelto, empezó a sentir arcadas y fue apresuradamente en busca de la barandilla; los marineros, exasperados, le indicaron que se dirigiera hacia la popa, para vomitar a favor del viento. Se pasó todo el día y la noche siguientes amarrado a la popa, mecido por el gris e incesante oleaje, indefenso como un niño y más mareado de lo que jamás hubiera creído posible.

6

Margarita de Anjou percibía su ascenso de estatus en mil detalles sutiles. Lo apreciaba en la deferencia con que la trataban los cortesanos del rey Luis, hombres y mujeres acostumbrados a calibrar con buen tino el poder y las conexiones de quienes los rodeaban. Ella había sido durante demasiado tiempo uno del centenar de pequeños *moules* de la familia real. Había escuchado susurrar esa palabra a secretarios maliciosos y a las gordinflonas hijas de lores franceses. Los mejillones se adherían a la barriga de los barcos en cúmulos o crecían en las rocas y se abrían a la espera de comida, como las crías de las aves abren el pico en el nido. Desconocía si tal comparación le resultaba más dolorosa precisamente por la verdad que encerraba.

Su padre seguía con vida, para irritación diaria de Margarita. Otros hombres de su generación habían conocido una muerte dulce mientras dormían, rodeados de sus seres queridos. Renato de Anjou, en cambio, pese a haber adelgazado con la edad, seguía siendo un gran sapo blanco bien entrado ya en la sesentena. Aunque vivía en el castillo de Saumur, no había invitado a su hija a reunirse con él allí. En sus momentos de intimidad, Margarita admitía para sus adentros que, de haberlo hecho, cabía la posibilidad de que lo hubiera asfixiado, así que tal vez no fuera una decisión del todo desacertada. Renato le había ofrecido una vieja casa desvencijada en el señorío de Saumur, una casita de campo adecuada para un carbonero, sin tejado siquiera. Quizá su padre pretendía dejar clara su desaprobación; la había enviado al ancho mundo para desposarse con un rey inglés y Margarita había regresado a casa con un hijo y poco más que las ropas que vestía.

Aquel pensamiento la hacía encolerizar incluso entonces, tras todos los años transcurridos. Le resultaba extraño que el monarca francés mostrara más compasión y amabilidad hacia ella que su propio padre. El rey Luis era

apodado la Araña Universal por sus astutos tejemanejes y maquinaciones. Y, sin embargo, había asignado un estipendio a Margarita y le había permitido ocupar aposentos en el palacio del Louvre, en su capital, además de haber puesto a su disposición a criados cuyos modales habían cambiado de manera abrupta en el transcurso del último mes. Ella y su hijo habían sido pequeños *moules* en el barco del Estado, era cierto. Pese a ello, Warwick había mantenido su palabra y había liberado a su esposo de la Torre de Londres.

—Y Enrique vuelve a llevar la corona —se susurró.

Aquello no era solo la respuesta a sus plegarias, sino el resultado de años de trabajo. Incluyó la cabeza para mirar a través de una ventana enmarcada en hoja de oro, cada delicada lámina aplicada por un maestro artesano que se ocupaba exclusivamente de aquella labor. Al mirar más de cerca, vio su propio reflejo en ellas. El tiempo la había atrapado entre sus garras y había arrebatado el rubor juvenil a su piel. Se alisó el cabello con la palma de la mano mientras examinaba su rostro, que cada día requería un poco más de destreza con la pintura y el polvo. Incluso habían tenido que arrancarle algunos dientes, y otros los tenía marrones. Resopló, irritada por los signos de una debilidad que no sentía. No le dolía nada, lo cual era una bendición. Los cuarenta marcaban el inicio de la tercera edad, especialmente para una persona que había visto y había perdido tanto en el cuarto de siglo que había entregado a Inglaterra. No obstante, a cambio de ello tenía otra oportunidad de lanzar los dados.

Incluso transcurrido todo aquel tiempo, no estaba segura de poder confiar en Warwick.

—Demostrádmelo —le había dicho cuando este había realizado sus promesas, imperiosa e inflexible.

El padre de Warwick había muerto a manos de los hombres de Margarita, hecho que la atribulaba y alimentaba sus temores. Salisbury había caído con York y, pese a que Margarita solo había tenido sensación de triunfo en aquel momento, el episodio había supuesto su mayor fracaso. Al derribar a los padres, había desatado a los hijos.

¿La perdonaría Warwick alguna vez por ello? Desde luego, no sentía estima por ella, de eso era plenamente consciente. La cruda verdad es que Warwick no parecía tener otra alternativa, una vez perdido el favor de Eduardo y su preciada y traidora casa de York. Warwick aseguraba querer

deshacer el dolor y el pesar que había causado, como si eso fuera posible...

Margarita se sorbió la nariz, el primer síntoma de los fastidiosos resfriados invernales que sufría durante meses cada año. La vida era como senderos que se ramifican en las profundidades del bosque. Con cada decisión adoptada, un hombre o una mujer debía continuar adelante, sin posibilidad de dar marcha atrás y hallar el camino de regreso a un tiempo más feliz. Lo único que podían hacer era avanzar a trompicones e internarse cada vez más, cegados y llorosos.

Con todo, Warwick había prometido liberar a Enrique de Lancaster, el verdadero rey de Inglaterra, y lo había hecho. Había prometido colocar la corona en la inclinada cabeza de Enrique, y los espías de Margarita le juraban que había cumplido su palabra. De ahí que los cortesanos que se habían burlado de las raídas galas de Margarita ahora se mostraran avergonzados. Su esposo volvía a ser el rey de Inglaterra y se daba caza a sus enemigos. Irguió la cabeza un poco más, notando la tensión en el cuello. Hacía demasiado tiempo que caminaba cabizbaja. Podía volver a mirarse en el espejo, a contemplar aquella extraña muñeca que le devolvía una mirada firme, y no sentir vergüenza.

Lo único que Warwick le había pedido era que su otra hija desposara a su hijo. Margarita había soltado una carcajada la primera vez que el conde había abordado el tema. La primogénita de Warwick estaba casada con Jorge de Clarence. Desposar a su segunda hija con los Lancaster daría a Warwick un yerno en ambos bandos. Algún descendiente de su linaje podía incluso acabar siendo rey de Inglaterra cuando todos ellos hubieran muerto. La ambición de Warwick era mayor de lo que Margarita había imaginado nunca y no pudo más que suspirar al pensar en las cosas que ahora ella podría haberle contado a la joven que había sido. Todos aquellos caminos quedaban ahora atrás, las decisiones estaban tomadas, para bien o para mal.

Su hijo entró en la estancia por el extremo opuesto, el sonido de sus botas con espuelas amortiguado por las alfombras. Los criados hicieron una reverencia al verlo aparecer y, una vez más, Margarita comprobó que le mostraban el respeto debido. El apuesto y joven Eduardo volvía a ser el príncipe de Gales.

—¿Habéis oído las noticias, madre? —le gritó en un francés fluido en cuanto la detectó con la mirada.

Margarita tenía noticia de todo horas antes que su hijo, por supuesto, pero aun así negó con la cabeza para permitirle disfrutar del júbilo de contárselas.

—Han vuelto a coronar a mi padre en Westminster. ¡Todo París habla de ello, *maman!* Dicen que Eduardo de York ha huido a algún lugar del norte, pero no tiene más que unos cuantos centenares de aliados. Le darán caza con perros, afirman, y lo harán pedazos.

—¡Magnífico! —suspiró Margarita.

Advirtió los ojos anegados en lágrimas, brillantes. Para su deleite, Eduardo se le acercó y la tomó de ambas manos. Era un muchacho bien formado, más parecido a su abuelo que a su padre, y así se lo había hecho saber ella miles de veces. Su abuelo había luchado en territorio francés y había derrotado a los franceses en Agincourt con fuerza, valor, rabia y flechas. El rey guerrero se habría sentido orgulloso de aquel muchacho, a Margarita no le cabía duda de ello. Las grandes estirpes podían saltarse una generación.

Eduardo era más alto que su padre, aunque no tanto como el gigante de York que era su tocayo, desgraciadamente. Desde el momento en el que su hijo había aprendido a hablar, había escuchado un millar de historias de pérdida de boca de su madre, cuando nadie más podía verla llorar. Eduardo amaba a su madre y, siendo aún joven, lo único que quería era compensarla, arrancar la mala vid del trono. Al fin y al cabo, Inglaterra había fallado a Margarita. El príncipe Eduardo se había esforzado más que ningún hombre al que Margarita hubiera conocido nunca por dotarse de las habilidades y la fortaleza de un caballero, por más que, como era lógico, hubiera recaído en el monarca francés la potestad de nombrarlo como tal.

Con sus anchos hombros, su grueso pecho y sus ojos claros, su salud y sus diecisiete años de juventud escritos en cada uno de sus movimientos, se alzaba como un toro joven. Margarita notó las lágrimas derramársele por las mejillas y se las enjugó bruscamente. El orgullo de una madre podía resultar abrumador, incluso para una que hubiera padecido tal grado de pérdida.

—¿Cuándo partimos, madre? —le preguntó Eduardo en inglés—. Mis perros y caballos están dispuestos. El tío Luis ha dicho que enviará a sus mejores hombres conmigo si lo deseo, solo para poder afirmar haber participado en esta empresa.

Margarita sonrió. El «tío Luis» y sus telarañas habían propiciado el

resultado que pretendía. Para empezar, había sido el monarca francés quien había convencido a Margarita y a Warwick para reunirse, tras realizar enormes esfuerzos por juntarlos a ambos en una misma estancia. Eduardo de York no tenía tiempo para la realeza francesa y había preferido recurrir a Borgoña y a su característica y vulgar avaricia. No le cabía duda de que el rey Luis estaría brindando por Enrique de Lancaster mientras ellos conversaban.

—Aún nos queda algo por hacer, hijo mío, antes de regresar aprisa a Inglaterra. Vuestro matrimonio con la hija de Warwick. Se lo prometí, con idéntica sinceridad con que le entregué mi buena voluntad y confianza. Él ha cumplido su parte del trato, al menos por ahora. No dormiré tranquila hasta que la cabeza de Eduardo cuelgue ensartada en una estaca de las murallas de York, como hizo la de su padre, pero, por hoy, es... suficiente.

Para su deleite, su hijo hizo un ademán con la mano como si se tratara de una mera formalidad. Había visto a la hija de Warwick unas cuantas veces desde que se anunciara su compromiso, más por guardar las apariencias que por el deseo que ambos sintieran de conocerse. El corazón y la mirada rapaz del príncipe Eduardo estaban puestos en Inglaterra, y así había sido siempre. Margarita sabía que haría cualquier cosa por volver a poner el pie en su patria. Era tarea de ella refrenarlo de cometer imprudencias y asegurarse de que Inglaterra no le arrebatara a su querido hijo. A fin de cuentas, aquel maldito y frío país le había robado todo lo demás y todos sus años de juventud.

—En cuanto sea posible, madre. Eso no me preocupa. ¡Quiero zarpar! Quiero contemplar esos acantilados blancos volver a erigirse ante mis ojos, tras tantos veranos cabalgando por las costas francesas y atisbarlos en la distancia, prohibidos para mí. ¡Seré rey, madre! Como me prometisteis.

—Por supuesto —respondió Margarita.

Se lo había dicho un millar de veces, pero jamás con el convencimiento que sentía en aquel momento.

Warwick contemplaba el mar invernal. Hombres armados lo esperaban, abarrotando las carreteras y los campos de los alrededores. Más allá de sus desalentadoras filas, la población de Bishop's Lynn parecía completamente desierta, con las casas enrejadas y los postigos cerrados, como habrían estado antes de una gran tormenta.

Warwick miró a los dos hombres que lo acompañaban, uno de ellos unido a él por lazos de sangre y el otro por lazos de matrimonio. Costaba no recordar lo acontecido dieciséis años antes, cuando él había sido el menos experimentado, en el momento en el que su padre, el conde de Salisbury, y el duque de York se habían planteado alzar sus estandartes contra un rey de Inglaterra. Había recorrido un largo trecho desde aquel día, aunque bajo la fría y suave lluvia le resultaba difícil no verse de nuevo en aquel fangoso campo junto a la población de San Albano, con la historia por escribir.

Jorge, el duque de Clarence, parecía menos seguro de sí mismo que de costumbre. Warwick lo estudió con atención, apreciando que el joven había perdido parte de su confianza. Quizá pensara que la expulsión de Eduardo de Inglaterra representaba un mazazo a su propio estatus, eso Warwick lo desconocía. Su yerno parecía ensimismado mientras miraban más allá de las olas. Warwick oía focas en algún lugar, aullando y gañendo. No podía perseguir a Eduardo, no sin una flota ya dispuesta, a punto para darle caza en el impenetrable océano.

Warwick ahuyentó su propia irritación en cuanto la notó aflorar. No podía acertar todas las veces y se negaba a malgastar más tiempo de su vida culpándose sin sentido y deseando haber obrado de otro modo. No. Aceptó sus errores y los apartó a un lado. Continuaría.

Su hermano John, lord Montagu, estropeó la agradable sensación del momento al alzar la cabeza y pronunciar en voz alta una frase que nadie se había atrevido a formular.

—Deberíamos haber dispuesto unos cuantos barcos rápidos en el piélago, aguardándolo. De ese modo podríamos haber atrapado a Eduardo y ahora no tendríamos que preocuparnos por su regreso.

—Gracias, John —replicó Warwick amargamente—. No se me había ocurrido.

—Solo digo que no se deja a un hombre como Eduardo de York con vida, eso es todo. Y lo sabéis mejor que yo. Eduardo no es un hombre que humille la cabeza, a menos que alguien se la haga agachar. Por eso acudí a vuestra llamada, hermano. Esa era la cacería que yo esperaba. Una limpieza a fondo, enviar hasta el último resto por la alcantarilla. No esto. Ahora me pasaré el resto de mi vida comprobando mi retaguardia.

Warwick miró a su hermano con gesto ceñudo. John Neville tenía la piel

curtida, oscura y tirante sobre los huesos. Era uno de los hombres más despiadados que Warwick había conocido nunca. John había servido de perro de caza a Eduardo durante un tiempo, hasta que el rey le arrebató el título de conde de Northumberland. Aquel había sido uno de los errores clave de Eduardo, y todo por murmullos y manipulaciones de su despreciable esposa. Warwick gruñó al recordarlo, volviendo a proyectar la mirada sobre el mar al tiempo que se recordaba mentalmente su decisión de no olvidar el pasado.

—Ahora ya no tiene remedio, John. Recuperaréis Northumberland, tal como acordamos. Y yo recuperaré todas las tierras y los títulos que me fueron sustraídos y que ahora se negarían a mis hijas tras mi muerte. Títulos que heredaréis, Jorge, ¿lo sabéis, verdad? Cuando yo ya no esté.

—Y seré nombrado duque de York —agregó Jorge de repente, con voz tensa.

—Por supuesto —respondió Warwick al instante—. Cuando se declare la muerte civil de Eduardo, ese título recaerá en vos por derecho.

—Y me convertiré en heredero. En heredero al trono —añadió Jorge.

Su terquedad hacía entrever que buscaba discusión, pero Warwick se limitó a encogerse de hombros.

—Tal como os he prometido, pero después del hijo de Enrique.

—Sí..., por supuesto —replicó Jorge.

No parecía tan complacido con la idea como se había mostrado hasta entonces. Lo que había sido una fantasía se estaba convirtiendo en una realidad ante sus ojos. Su hermano, el rey Eduardo, había sido expulsado de Inglaterra. Enrique de Lancaster había ocupado el trono de nuevo y Jorge recordó que su hijo era un muchacho joven. Con todo, ser el segundo en la línea de sucesión al trono no era algo baladí. Warwick observó a Jorge encogerse de hombros, dándose por satisfecho, y decidió esperar a que lo encajara. No podía exigirle más.

—Buen muchacho —dijo Warwick, interpretando el papel de suegro efusivo a la perfección mientras agarraba al joven por el hombro—. Ahora id y comprobad que los capitanes sepan cómo acampar. Estamos demasiado lejos de la carretera de Londres para regresar a ella hoy. Lo más sensato parece mantenerse en guardia, al menos durante una noche. Por el momento no puedo hacer nada más.

Jorge de Clarence agachó la cabeza, complacido de que le asignaran tal

responsabilidad. Se alejó cabalgando y Warwick esperó a que no pudiera oírle para mirar a su hermano, esperando encontrar en él justo la cruda expresión que halló en su semblante.

—No podríamos haber avanzado más rápido, John, lo juro —dijo Warwick—. Me dijisteis que Eduardo había huido enseguida. Eso le salvó la vida.

—Regresará —respondió Montagu, y escupió sobre el adoquinado como si sus propias palabras tuvieran un regusto amargo.

—Quizá —replicó Warwick—. Y, si lo hace, nosotros defenderemos al verdadero rey y nos encargaremos de velar por la seguridad de Enrique, su esposa y su hijo, el príncipe de Gales. Quizá pague a un ejército para que los proteja cuando el Parlamento me reintegre mis señoríos. ¡Juro por Dios que eso haré! ¿Qué necesidad tenemos de congregar a hoscos campesinos cada vez que necesitamos alzarnos en armas? Deberíamos contar con soldados de verdad, como las legiones de antaño, hombres que no regresan a sus granjas a recoger la puñetera cosecha.

—Dicen que ha engordado —apuntó Montagu, sin dejar de refunfuñar—. Pero Eduardo de York sigue siendo el hombre más peligroso que he conocido nunca. Regresará, a menos que os mováis en su contra. Utilizad a los hombres de los que disponéis. A Derry Brewer, para empezar. Ese malvado y viejo hijo de perra es más astuto que una docena de vuestros parlamentarios. Entregad a Brewer una faltriquera con monedas de oro y ordenadle que se encargue de que Eduardo de York no vuelva a molestarnos. Él sabrá qué hacer.

Warwick se frotó la mejilla, hastiado del frío y de la humedad. Recordó los tiempos en los que había mostrado clemencia y el precio que había pagado por ello. No se trataba de una decisión difícil de tomar, y la tomó sin arrepentimiento.

—Lo intentaré. Ni una palabra de esto al joven Jorge. Ya está bastante dividido, y deseo conservar su lealtad.

—Yo no confiaría en él —dijo Montagu.

—Vos no confiáis en nadie —replicó su hermano.

—Y me ha ido bien no hacerlo.

A Jasper Tudor le costaba dar crédito al bullicio que se vivía en Londres

mientras cabalgaba por los angostos callejones que conducían hasta el palacio de Westminster. Se había pasado los catorce años anteriores en Francia y Flandes, sobreviviendo y desempeñando el tipo de labor soldadesca con la que su padre, Owen, habría estado bastante familiarizado. Había sido capitán de una tropa y guardia de un almacén, alguacil de un gobernador civil y, en un momento bajo, boxeador profesional, y había caído derribado inconsciente en tres ocasiones. Ahora todo aquello había quedado atrás y le costaba creer cuánto había cambiado su suerte.

Vio en el río barcos mercantes y una docena de botes impulsados a remo o con pértigas por las aguas poco profundas. Por aquellos muelles transitaban todos los artículos que existían en el mundo. Parte del ruido y el clamor menguaron cuando él y su sobrino encaminaron sus monturas hacia el oeste, si bien pudo comprobar que en las tierras que separaban la ciudad y el majestuoso palacio habían brotado nuevas calles y carreteras. Un día, pensó Jasper, la ciudad acabaría engullendo por completo a Westminster. Sacudió la cabeza, asombrado.

No obstante, el entusiasmo que sentía no lo provocaba la algazara del mercado. En el palacio de Westminster, su hermanastro Enrique portaba una antigua corona. El primogénito de su madre, pensó Jasper, maravillado, sacado de su cautiverio como Daniel de la guarida del león, o como José del pozo al que sus hermanos lo habían arrojado. Enrique era rey y la estrella de Lancaster volvía a brillar en el firmamento. Era una sensación embriagadora. Jasper no podía más que contemplar a su sobrino, deseoso de compartir su asombro y su júbilo.

Enrique Tudor parecía ajeno al espectáculo que se desarrollaba en el río de la capital, mientras que Jasper, criado en Pembroke, no podía más que maravillarse con el contraste que ofrecía con su lugar de origen. Tal vez su sobrino había esperado multitudes y ovaciones, y por eso no se mostraba sorprendido. O quizá, tal como había empezado a sospechar Jasper, se debiera a que había algo ausente en el muchacho y no reaccionaba como debería. Aun así, sonrió a Enrique, invitándolo a su vez a sonreír. Era evidente que el muchacho no había recibido un buen trato, de eso no cabía duda. Se había criado a base de bofetadas y maldiciones, sin padres ni amigos. No sorprendía, por ende, que se comportara con frialdad. Jasper asintió para sí mismo. Había conocido a un perro al que habían apaleado

salvajemente durante meses antes de que lograra romper la cuerda y huir. Él lo había encontrado en su pequeño campamento en los bosques, donde el animal había acudido atraído por el olor de su estofado. El perro había tardado largo tiempo en dejar de sobresaltarse y temblar, en volver a tomar confianza. Tal vez esa sería su labor con su sobrino, pensó: enseñarle a disfrutar, incluso en un crudo día de invierno.

Jasper se internó por una senda que se alejaba del río y rodeaba las imponentes murallas del palacio. Él y Enrique desmontaron, con la abadía a sus espaldas. Alzaron la vista maravillados al adentrarse en la Sala de Westminster, con su enorme altura y profundidad. La escala y magnificencia de aquel lugar dejaban invariablemente sin aliento a Jasper. El Consejo Real se reunía en los cavernosos salones de Westminster, la Cámara de los Lores y la de los Comunes, y, en las plantas superiores, se hallaban los aposentos reales.

Con vistas a atraer la buena fortuna, Jasper tocó un puesto ambulante de madera donde un arrugado anciano vendía plumas de ganso a abogados, a un penique la docena. Era potestad del rey Enrique devolver el castillo de Pembroke al hombre que lo deseaba por encima de cualquier otra cosa. Jasper no se atrevía siquiera a formularse tal pensamiento, que lo perturbaba sobremanera. Un hombre podía retener la vejiga llena durante mucho mucho tiempo y, en cambio, pasar un calvario mientras sacaba la bacinilla de debajo de la cama. Hallarse cerca del deseo más ansiado podía provocar un dolor exquisito.

Ascendieron planta a planta y se adentraron en estancias donde el sonido quedaba amortiguado por los tapices, las alfombras y el grueso y pesado mobiliario, hasta el punto de que el mundo exterior parecía haberse desvanecido. Un hombre del rey vestido con una librea con la rosa roja de Lancaster y con los símbolos regios del cisne y el antílope dio el alto a Jasper y a Enrique. Jasper se detuvo a examinar su insignia de peltre, donde el rey Enrique aparecía a caballo, sosteniendo un orbe y una cruz. Tal atención pareció complacer al guardia, que respondió al requerimiento clavando la vista hacia delante.

—La compré en el mercado, sir. Tomadla si la queréis. Puedo conseguir otra.

—No. Vuestra lealtad es motivo de alegría suficiente para mí —respondió

Jasper—. Ya encontraré yo la mía. ¡Qué ciudad esta, en la que se venden insignias del rey Enrique antes incluso de que haya calentado el trono!

—No existe ningún lugar como Londres, señor, eso es cierto —respondió el hombre, sacando un poco más la barbilla y el pecho. Jasper sonrió de repente, mientras se dirigía al siguiente tramo de escaleras para llegar a los aposentos del monarca. Los guardias que allí habían lo escudriñaron de arriba abajo. Jasper soportó sus repasos de buen grado, consciente de que todo aquello parecía fascinar a su sobrino, cuyos ojos no paraban quietos.

Tío y sobrino fueron cacheados minuciosamente ante la última puerta. Jasper entregó dos dagas antes de que se las descubrieran y quitaran.

—Las quiero de vuelta —dijo, mientras se dirigía con el hijo de su hermano a la presencia del rey Enrique de Inglaterra.

Jasper se sorprendió sonriendo mientras seguía al muchacho por la estancia. A unos treinta metros de distancia, el rey se hallaba sentado, con la cabeza vuelta hacia el sol que penetraba por una ventana con vistas al Támesis. Aunque había guardias a lo largo de las paredes, solo un heraldo y Derry Brewer se encontraban cerca del trono. Jasper había pasado años suficientes en la torre del homenaje de Pembroke como para dejarse impresionar por la altura, pero le seguía costando apartar la mirada de la imagen de Londres que desde allí se ofrecía: un lugar de ajetreadas casitas, carreteras, mercados y extensos campos, con un río que serpenteaba a su ritmo invernal por todo el paisaje. Lucía un día despejado e intentó retener aquella imagen en su recuerdo.

—Jasper Tudor —anunció el heraldo mientras se acercaba—, antiguo conde de Pembroke. Y su sobrino Enrique Tudor, hijo de Edmund Tudor, que fue conde de Richmond.

El hombre pareció decepcionado por no tener nada más que añadir. Jasper frunció el ceño al comprobar que el rey Enrique continuaba mirando por la ventana.

Derry Brewer dio un paso hacia ellos, vestido con un elegante jubón marrón y unas calzas negras. Jasper constató que una tira de cuero le cubría un ojo a modo de parche y que Brewer llevaba un bastón nudoso, más parecido a una rama de endrino que a una ayuda para mantener el equilibrio.

—Su majestad no es tan proclive a los discursos y las charlas triviales como la última vez que lo visteis, maese Tudor. Le rompieron el corazón en

San Albano, y todavía no se le ha curado. Pero yo sí os recuerdo. Luchasteis bien y entregasteis a vuestros arqueros a su destino sin titubeos.

—Todos nos llevamos nuestros golpes y espadaños, maese Brewer. A mí me arrebataron Pembroke y se lo entregaron a mis enemigos.

—Sí, el mundo es un lugar cruel —respondió Derry en tono despreocupado, consciente de que el hombre que tenía ante sí no dejaría pasar la oportunidad de sacar a relucir sus posesiones perdidas.

Todos cuantos acudían a ver al rey Enrique tenían alguna historia como aquella que contar. La mitad de las tierras y los títulos de Inglaterra se habían regalado a cambio de favores en el transcurso de la década anterior. Serían casos que resolverían los tribunales o que se tratarían en privado, de uno u otro modo, si bien Derry intuía que los pleitos se prolongarían toda una vida.

Jasper alargó el brazo y empujó a su sobrino para que diera un paso al frente, de tal modo que el muchacho se situó casi al alcance de la mano del rey.

—Este es Enrique, hijo de Margaret Beaufort y de mi hermano Edmund, sobrino del rey Enrique.

—Por vía materna, no obstante, ¿no es cierto? —respondió Derry alegremente—. Vos sois hijo de Owen Tudor, maese Jasper, no del rey Enrique de Agincourt. He ahí la diferencia, en la sangre y en el corazón.

—Su madre, Margaret, es descendiente de reyes, de Juan de Gante —replicó Jasper de forma envarada, recordando cuán irritante podía resultar el jefe de los espías del rey.

Derry chasqueó la lengua y se encogió de hombros.

—Si no recuerdo mal, hubo una amante. Algunos niños nacieron fuera del lecho conyugal, ¿no es cierto? Hace tanto de eso..., y, a fin de cuentas, el linaje masculino legítimo es lo único que realmente importa. Enrique IV, V y VI, amigo mío, y los York son simplemente usurpadores, saltando para recoger las limosnas como los tullidos en Londres los días festivos. —Jasper detectó la fea expresión en el rostro de aquel hombre, que torció la boca en gesto de desdén—. De manera que, sea lo que sea que venís buscando, no tenéis derecho a reclamarlo, más allá de esa parte demasiado importante que ha recaído sobre vosotros.

Por primera vez, Jasper destensó el entrecejo. Se preguntó cuántos otros habrían acudido a suplicar sus viejos títulos o cualquier otro regalo del rey.

—No he venido aquí a presentar ninguna reclamación, señor —dijo con firmeza. Sentía una profunda amargura por no reclamar Pembroke, y su afirmación al respecto lo convertía en un mentiroso—. He traído a mi sobrino de Gales y he considerado que sería un gesto bonito presentárselo a su tocayo y pariente de sangre, el rey Enrique. Por más dardos que lancéis, maese Brewer, mi sobrino sigue siendo un Lancaster.

Derry Brewer los repasó a ambos con una mirada fría que reparó en los remiendos y el paño áspero que vestía Jasper, así como en la calidad de las botas viejas que calzaba. Asintió con la cabeza, aparentemente más relajado. Para asombro de Jasper, Derry tomó al rey Enrique de la mano y se inclinó hacia él para mirarlo a los ojos.

—¿Majestad? Vuestro hermano está aquí, con vuestro sobrino, el hijo de Edmund.

Con la lentitud de un deshielo invernal, una leve chispa centelleó en los ojos de Enrique. Inclinó la cabeza y se volvió hacia ellos, alzando las comisuras de los labios.

—¡Alabado sea Dios, caballeros! ¡Cuánto me alegro de veros a ambos! —exclamó.

Hablaba con una voz aguda y suave, a medio camino entre el tono aflautado de un anciano y el canturreo de un niño. Alargó la mano y Jasper entrecerró los ojos al ver sus pálidos y huesudos dedos. Aun así, aceptó la mano del rey, un contacto que pareció complacer a Enrique. A continuación, el rey se volvió de nuevo hacia su sobrino y Enrique Tudor se dejó empujar una vez más, silencioso y observador mientras lo agarraban de la mano.

—¡Qué muchacho tan magnífico! —exclamó el rey Enrique—. Lamento lo de vuestro padre. Hemos perdido ya a tantos... No sé cómo... —Se sumió en el hilo de sus pensamientos y Derry Brewer apareció al instante para volverle a colocar el brazo en el regazo y arroparlo bien con la manta.

Después se volvió hacia tío y sobrino y se quedó observándolos detenidamente, con una mirada protectora como la de una oveja con su cordero.

—Su majestad ha estado enfermo y está cansado —les dijo—. Yo me encargaré de vuestro asunto, maese Tudor.

—No lo he solicitado —replicó Jasper.

—Lo sé, pero luchasteis por él cuando su futuro aún no era dorado, y eso

merece una recompensa.

Jasper notó que se le cortaba la respiración; apenas si se atrevía a esperar que sus designios se hicieran realidad.

—¿Es cierto, entonces, que han expulsado a York? —preguntó, bajando la voz hasta convertirla en un mero susurro.

Londres era un hervidero de mentiras y medias verdades, muchas de ellas infundadas. Lo único que se sabía con certeza era que el ejército de Warwick había partido hacia el norte con premura y, desde entonces, no se tenía noticia de ellos.

Jasper no dio muestras de apartarse cuando Derry lo agarró por el hombro. No insultaría al hombre que podía reintegrarle Pembroke. En lugar de ello, permitió que Derry lo apartara unos metros, para que el rey no oyera lo que tenía que decirle.

—He sabido esta mañana que han obligado a huir a Eduardo de York —dijo Derry con una satisfacción lúgubre.

Llevaba años trabajando para que eso sucediera y se notaba que se enorgullecía de ello.

—¿No está muerto? —inquirió Jasper, mordiéndose el labio mientras cavilaba.

—Por desgracia, no. Embarcó en un barco con algunos de sus hombres.

—Entonces regresará —agregó Jasper, convencido.

Derry Brewer lo miró, sopesando si tenía sentido malgastar su tiempo discutiéndoselo. Decidió que no.

—Lo intentaré. Y nosotros intentaremos matarlo cuando lo haga. Ha engordado y ya no es tan rápido, ¿lo sabíais? Se pasa la mitad del día ebrio, lloriqueando y vomitando. Al final, el trono le quedaba grande. No, su momento ha concluido. De eso podéis estar seguro.

—¿Alguna vez os habéis equivocado, maese Brewer? —preguntó Jasper con una sonrisa amarga.

Había pasado más de una década en el exilio, mientras desconocidos y enemigos ocupaban su hogar. Para su sorpresa, Brewer soltó una risita.

—He cometido errores de tal envergadura que no daríais crédito, hijo. Uno de ellos me costó este ojo. Pero no somos ángeles, ¿no es cierto? Hacemos cuanto podemos, fracasamos y sangramos. Y, pese a ello,

continuamos adelante, sin volver la vista atrás.

Aquellas dos últimas palabras recordaron a ambos hombres que habían dejado al rey y a Enrique Tudor a solas. Cuando se volvieron hacia ellos, los encontraron charlando. El rey sonreía y las arrugas de preocupación se habían desvanecido de su rostro. Derry notó un escozor en los ojos y sacudió la cabeza.

—¡Dios Santo! Nadie me advirtió que envejecer significaba lloriquear como una niña cada vez que veo una imagen enternecedora. —Miró a Jasper para comprobar si se estaba mofando de él y luego se rio de sí mismo—. Su alteza ha sufrido mucho. Me gusta verlo sonreír. Vuestro sobrino se lo ha sabido ganar.

—Tal vez —contestó Jasper, sacudiendo también la cabeza maravillado.

Eduardo de York desembarcó en Flandes, en un muelle de piedra situado a unos ciento cincuenta kilómetros al nordeste de Calais. Aún pálido, su hermano caminaba muy cerca de él. Ricardo había dado gracias al cielo porque el mareo hubiera desaparecido. Jamás nada lo había hecho sentirse tan débil y, sin embargo, una vez que había pasado, había recuperado su fortaleza y forma física casi de inmediato, como si nunca las hubiera perdido. El suelo pareció mecerse bajo sus pies durante un rato, pero, una vez estabilizado, notó que recobraba la seguridad en sí mismo.

No había soldados aguardándolos para apresarlos o para retenerlos a cambio de un rescate. Ricardo sabía que se habían adelantado a cualquiera de sus perseguidores durante aquellos cuatro días en la mar. Notó que recuperaba el ánimo y vio que lo mismo le sucedía a Eduardo, que parecía más alto y miraba a su alrededor con interés, inspeccionando el ajetreado y pequeño puerto comercial, con veintenas de barcos pesqueros atracados en una playa de guijarros y pintados de una docena de colores distintos.

—Yo he estado aquí antes —dijo Eduardo—. Hay un cuartel, o lo había, a menos de diez kilómetros de aquí. Si sigue en pie, ellos se encargarán de llevar el mensaje a Borgoña en nuestro nombre. —Alzó la vista hacia las banderas que ondeaban agitadas por la leve brisa sobre la ciudad—. Parece que el duque Carlos ha conservado sus conquistas. Solo espero que recuerde nuestra antigua amistad.

—¿Nos ayudará? —preguntó Ricardo.

Su hermano asintió con la cabeza, con firmeza.

—Odia al rey francés... ¿Y dónde han estado Warwick y Jorge durante su exilio? Creedme, hermano, el duque Carlos sabrá que le interesa ponerse de nuestro bando. Siempre le ha deleitado frustrar los planes de su enemigo. Lo apodan Carlos el Temerario. Cuando lo veáis, entenderéis por qué.

Ricardo sabía que su hermano exageraba sus posibilidades e imprimía a sus palabras más seguridad de la que sentía. Lo cierto era que estaban abandonados en tierra extranjera, con apenas un puñado de hombres leales. Eduardo había perdido todo cuanto su padre había ganado y estaba dolido y profundamente avergonzado por ello, tanto que le costaba mirar a los ojos a su hermano.

El capitán del barco se les acercó. Se colocó delante de ambos hombres y les dijo:

—Milores, he cumplido con mi deber, pero debéis entender que tuve que dejar mi cargamento en los muelles de Bishop's Lynn. No soy un hombre rico y, en invierno, podría perderlo todo... ¿Cubriréis parte de mis gastos, milores?

Ricardo notó un arrebato de ira. Echó a andar llevándose una mano a la empuñadura de la espada, pero Eduardo lo detuvo con el brazo, que cayó como una barra frente a su pecho.

—No, Ricardo. Tiene razón. Tenemos que pagar nuestra deuda.

La guerrera que vestía Eduardo tenía perlas tachonadas a lo largo de las costuras. Para desesperación de su hermano, Eduardo se la quitó y la depositó en los brazos del pasmado capitán.

—Aquí tenéis. ¿Bastará con eso? —preguntó Eduardo.

Soplaba un viento frío y ya había empezado a temblar. El capitán dudó, indeciso entre la compasión y la avaricia. La avaricia acabó por imponerse, agarró la chaqueta con firmeza y asintió con la cabeza. Se alejó haciendo una reverencia.

—Dejad que la recupere —musitó Ricardo.

El capitán, que aún temía un vuelco en su buena fortuna, miró nervioso hacia atrás por encima del hombro, mientras ponía distancia entre ellos. Aquello era un regalo real.

Eduardo negó con la cabeza.

—Dejad que se la quede. Me irá bien temblar un poco. Estoy demasiado gordo, hermano. Mortificaré mi carne como los monjes que se pinchan y se azotan. —Pareció iluminarse con aquella idea—. Sí, como esas palabras que murmuráis cuando vuestra espalda os hace llorar de dolor.

—Yo no lloro —susurró Ricardo.

Le horrorizaba que su hermano se hubiera dado cuenta de ello.

—Está bien, Ricardo. Pero ¿cuáles son esas palabras? ¿Las que os dan fortaleza para sobreponeros a vuestra debilidad?

—*Non draco sit mihi dux. Vade retro Satana.*

—¿El dragón no es mi señor?

—Sí. Retroceded, Satán.

Eduardo cerró los ojos y pronunció aquellas palabras entre dientes, una y otra vez, echando hacia atrás los hombros y alzando la cabeza al frío viento. Para sorpresa de Ricardo, el temblor cesó. Cuando su hermano volvió a bajar la vista, su dolor se había atenuado solo un poco.

—Esta noche entrenaré con vos, si me lo permitís —dijo Eduardo.

Ricardo asintió, aunque su espalda emitió un nuevo grito de protesta.

Habían descargado los caballos y la tripulación de mercaderes se movía como arañas colgadas de las jarcias y las vergas, preparando el barco para hacerse nuevamente a la mar. Eduardo montó con los demás, dándose palmaditas con tristeza en la panza, en el punto en el que asomaba bajo su camisa.

—Dominaré al dragón, Ricardo —dijo, con la melena al viento.

El rey hincó espuelas y el caballo emprendió un galope que hizo retumbar el camino hacia el sur.

7

Isabel frunció el ceño al ver la cabeza calva del monje. La había inclinado como muestra de respeto, pero, aunque continuaba temblando bajo la mirada de ella, el hecho de que no se hubiera arrodillado había sido toda una declaración de intenciones. Como en un eco de su furia, su hijo recién nacido empezó a berrear, con un chillido que se le clavó en el tuétano e hizo que le dolieran los pechos y que sintiera un entuerto desde el útero hasta la garganta.

—No comprendo vuestras dudas, hermano Paul. *Todos* los terrenos de la abadía de Westminster son sagrados y se consideran santuario, ¿no es cierto?

—Así es... —respondió el joven de mala gana, con la tez cada vez más enrojecida bajo la mirada escrutadora de Isabel—. Pero este edificio es la zona más segura. El abad...

—Y hay que bautizar a mi hijo recién nacido lo antes posible, ¿no es eso cierto también?

—Por supuesto, milady, pero debéis entender...

—Y, pese a ello, ¿acudís a mí con esta necesidad? —continuó Isabel prestando oídos sordos a las débiles protestas del fraile—. ¿Debo interpretar tamaña... falta de modales como un agravio deliberado a mi esposo, el rey de Inglaterra?

El monje la miró boquiabierto, angustiado. Articuló algo con la boca, pero únicamente consiguió emitir un sonido estrangulado. Sacudió la cabeza a ambos lados y prefirió bajar de nuevo la vista y mirarse los dedos de los pies, que, por estar calzados con sandalias, asomaban bajo su sayo negro.

—Creo que se ha cometido un error, hermano Paul, un error cuyas raíces tal vez vuestro querido abad haya pasado por alto. Mi hijo ha nacido en suelo sagrado, en un santuario. Y lo bautizarán en la abadía de Westminster, en

terreno consagrado, a salvo de todos mis enemigos. La pequeña franja de jardín que nos separa de la abadía se encuentra bajo la autoridad de la Iglesia, ¿no es cierto?

—Milady, así es, desde luego, pero sabéis que el abad no puede garantizar vuestra seguridad si abandonáis este lugar, aunque solo sea para llegar hasta la abadía. Bastaría una sola saeta, milady, un loco o un traidor... ¡Por favor! Estoy ordenado como monje. Puedo bautizar a vuestro hijo aquí, con tranquilidad, rodeados de seguridad.

Presa de la ira, Isabel Woodville guardó un silencio sepulcral, a sabiendas de que el joven se replegaría sobre sí mismo como un caracol en contacto con la sal. Sobraban las palabras para abochornar a aquel pelele. Cuando pareció que el fraile iba a romper a llorar de turbación, se dignó a contestarle:

—A vuestro abad no le importa mi seguridad, joven, ni la seguridad de mi hijo Eduardo. Si tuvierais la valentía de un niño, lo diríais sin tapujos. Vuestro abad complace al conde de Warwick y quizá a Enrique de Lancaster, ese «pellejo» vacío. ¿O acaso han dado muerte a mi esposo? ¿Desea vuestro abad que yo también desaparezca? ¿Vendrán hombres en mi busca de noche? —Mientras hablaba no apartaba la vista de él, frunciendo el ceño ante los gestos de nerviosismo, la agitación de cabeza y las mandíbulas cerradas con firmeza del joven. El monje sabía algo y había estado a punto de corregirla. Isabel volvería sobre ello. Hizo un ademán con la mano—. Sea lo que sea que el destino me depare, mi hijo será bautizado hoy... en la abadía. No en esta celda de piedra, como un prisionero. ¡Nada de eso! Lo hará como un niño que un día será príncipe de Gales. —Cayó en la cuenta de estar hablando a voz en grito, con aspereza, y que cada una de sus palabras era como un azote para el monje, cuyo temblor parecía haber derivado en un ataque epiléptico. Con cierto esfuerzo, Isabel suavizó el tono—. Eduardo I fue bautizado aquí. ¡El tocayo de mi hijo, señor! ¡Su antepasado! Esta abadía es el corazón de Londres y no me apartarán de ella como a una indigente. ¿Queda claro? Y ahora reunid a vuestros monjes y formad una fila para proteger el camino si es preciso. Recorreré ese camino por suelo consagrado y vos velaréis por cada uno de mis pasos.

Al ver tartamudear al joven, Isabel alargó la mano de repente y lo agarró por el brazo, sorprendiéndose al notar su fuerza bajo el áspero paño. El monje abrió los ojos como platos, conmocionado o repugnado, e Isabel se preguntó

si habría tenido contacto con alguna mujer desde que había realizado sus votos.

—Decidle a vuestro abad que me espere. Enseguida voy.

El hermano Paul salió a trompicones de la estancia, y en uno de ellos estuvo a punto de caerse. Isabel suspiró al verlo partir. Era uno de esos hombres incapaces de soportar el bullicio del mundo, con su ruido, amenazas y negociaciones. Al pobre hermano Paul lo que le convenía era una vida enclaustrada, ambientada con el murmullo de las oraciones. Había escogido un destino amable y, sin embargo, aquel día, lo habían ninguneado y amenazado, le habían gritado y se había visto obligado a hacer de mensajero entre Isabel y el abad, corriendo de un lado para otro hasta estar rojo como la grana y apestar a sudor fresco pese al frío.

La madre de Isabel, Jacquetta, había observado toda la escena desde una silla en un rincón, mientras en un mortero majaba jengibre, canela, pimienta negra y un poco de azúcar para hacer *poudre forte*, o «polvo fuerte», que luego añadiría a la insípida comida provista por los hermanos. La mujer alzó la vista cuando Isabel se volvió hacia ella, y solo apartaron la mirada la una de la otra cuando el bebé se removió en su cunita de madera. Uno de los monjes la había fabricado con madera caída y se la había entregado como regalo. Isabel permaneció en pie, refunfuñó y se inclinó sobre el pequeño, meciendo la diminuta cuna antes de que su hijo empezara a berrear.

—Vuelve a tener hambre —dijo su madre—. ¿Llamo a esa holgazana? ¿A Jenny?

—No, a menos que empiece a llorar. Tal vez vuelva a dormirse.

—No si vamos a salir con este frío, cariño mío. Agitará los puños y protestará, créeme.

Isabel notó que su madre tenía miedo. Había abandonado su tranquilo lugar de retiro para visitar a su hija y se había visto atrapada en un frenesí de acontecimientos que se habían saldado con el derrumbe de la casa de los York en torno a ellas. Cuando su madre dejó a un lado el mortero, Isabel tuvo tiempo de comprobar que le temblaban las manos antes de que las juntara. Jacquetta no era una mujer valiente, aunque tal vez su temor se debiera en parte a la opresión del santuario, un lugar construido al margen de cualquier consideración de comodidad o tranquilidad.

Resuelta, Isabel tomó a su hijo en brazos, se lo apoyó en el hombro y

comenzó a caminar de un lado para otro. Su madre se puso en pie de inmediato y le colocó un paño en el hombro, bajo la cabeza del pequeño, por si vomitaba leche.

—No tenéis que venir conmigo, madre —le dijo Isabel transcurrido un rato—. Esperadme aquí, por favor. Preferiría saber que estáis a salvo. Y me gustaría... que mis hijas estuvieran protegidas.

El ademán de la mano con el que su madre desdeñó tal idea la cogió por sorpresa.

—¿Creéis acaso que me perdería un momento así de vuestra vida? Las niñas no corren ningún peligro aquí. Están con la niñera. Creo que Katie sería capaz de reducir a un león de la Torre de Londres si se atreviera solo a relamerse mirándolas. Preocupaos solo por esta noche, Isabel. Las niñas están seguras aquí.

La sonrisa de su madre reconfortó a Isabel, pese a saber que no era más que un eco de la creencia de cualquier niño en el amor incondicional de su madre. Aun así, apaciguó sus temores.

—Me tendréis a vuestro lado —anunció su madre con rotundidad—. Vi un palo junto a la puerta al entrar. Lo agarraré y le arrearé un garrotazo a cualquier sinvergüenza maleducado que se atreva a acercarse demasiado.

Isabel notó su corazón palpar con fuerza ante aquella idea. ¿Había cometido un error?

—Mi orgullo me ha traído hasta aquí, madre. ¿Me he equivocado?

—Desde luego que no. No seáis tonta, Isabel. ¡Sois una reina! No tienen derecho a esconderos, ni a vuestro hijo.

—Pero ese monje tenía tanto miedo que ha hecho que se me encoja el corazón.

—¡No digáis tontadas! No es más que un niño. Un pusilánime. No es como vuestro Eduardo. Pensad en él al salir ahí fuera. No les demostréis miedo, Isabel. Son apenas cien metros. Si hay hombres ahí fuera, no se atreverán a molestaros.

Con sus palabras, su madre pretendía inculcarle seguridad en sí misma, tranquilizarla, pero los temores de Isabel no hicieron más que duplicarse y dispararse mientras descendían juntas las escaleras y asentían con la cabeza al ama de cría, Jenny. Las tres hijas de Isabel salieron corriendo de una habitación, esparcieron por el suelo los ladrillos de madera que habían

reunido en el regazo de sus faldas y abrieron los brazos para recibir a su madre. La mayor de ellas, llamada Lisabet en honor de su madre, tenía apenas cuatro años. Miró ceñuda a sus dos hermanas pequeñas al notar la tensión en el ambiente y rompió a llorar. María y Cecilia se dejaron caer de culo en el suelo y alzaron los bracitos para que las auparan, con el rostro enrojecido por el llanto.

—¡Chiss! Callad, niñas —dijo Isabel con toda la firmeza que fue capaz de reunir—. Solo voy a salir un ratito para que bendigan a vuestro hermano en la fuente de la abadía. No tardaré mucho, os lo prometo.

La niñera salió finalmente tras ellas, con su característica expresión de cariño y amor bovino. La mujer apenas alzó la vista al reunir a las pequeñas que tenía a su cargo y espantarlas para que regresaran a la otra habitación.

Isabel pensó que estaba a punto de marearse cuando Jenny levantó una gruesa capa y se la colocó sobre los hombros para proteger al niño del frío viento.

—Tengo que bautizarlo —farfulló entre dientes Isabel, como si recitara una oración—. No le negaré el cielo si muere... y ya hace días que aguardo. Los terrenos de la abadía están protegidos, son tierra santa. No lo ocultaré en la vergüenza, nunca.

Vio los ojos de su madre centellear por el orgullo y las lágrimas. Jacquetta agarró el garrote que había junto a la puerta. Jenny esquivó a su señora para abrirla y, al hacerlo, el sonido del río penetró en la estancia con el aire de la noche.

La luz cayó sobre ellas y, por un instante, Isabel se acobardó al ver a hombres con antorchas, esperándola. Escuchó a su madre ahogar un grito, pero luego comprendió lo que sucedía. El abad había decidido ayudarla, en lugar de seguir haciéndole reproches o resistirse a su voluntad. Quizá aquel monje tembloroso hubiera expuesto el caso mejor de lo que ella había previsto, o tal vez el anciano abad sencillamente se hubiera rendido a su testarudez, lo desconocía. Salió de la cabaña y se colocó entre una fila de monjes con hábito negro, todos ellos con las capuchas puestas y una antorcha en la mano. Las llamas iluminaban sus rostros e Isabel se relajó aún más al comprobar que muchos de ellos sonreían. Aquello no era una turba que hubiera acudido a sacarla de allí a rastras; ni siquiera era un tribunal que fuera a juzgar sus acciones. Hacían gestos de asentimiento con la cabeza a la reina

y sonreían al bebé que descansaba entre los pliegues de su espléndida capa.

Isabel irguió la cabeza y caminó entre ellos. No veía nada más allá de la luz de las antorchas, solo oscuridad. Los terrenos que rodeaban el lugar quedaban ocultos, pero el sendero luminoso se extendía hasta la inmensa puerta abierta de la abadía. Vio que había allí más personas aguardándola y caminó con paso vacilante. Su madre la agarró del brazo.

—No mostréis temor, palomita. Confíad en Dios... y en el abad. No permitirán que os hagan ningún daño.

Isabel se obligó a sonreír y, aunque notaba el corazón acelerado, llegó a la abadía y dejó atrás el frío de la noche para adentrarse en un lugar igual de frío.

Eduardo pareció momentáneamente nervioso cuando el duque Carlos de Borgoña entró en la estancia. No los habían hecho esperar y, cuando su hermano Ricardo se levantó de su asiento para hacer una reverencia, vieron al duque quitarse una servilleta del cuello y arrojarla a un lado.

—¡Eduardo, amigo mío! ¡Qué perfidia! ¡Cuánta ingratitud! He tenido noticia de ello esta mañana.

Eduardo le tendió la mano derecha, pero el duque, mayor que él, lo estrechó entre sus brazos. Al apartarse de él, Eduardo parecía haber crecido en estatura al ir recuperando la seguridad en sí mismo.

—Me honráis viniendo aquí, majestad —dijo el duque Carlos.

Dirigió la mirada al cuello de Eduardo, asimilando lo sucia que estaba la tela de su camisa a causa del viaje. Bajo los atentos ojos de Ricardo, le tocó una cadena con una medalla de oro que llevaba colgada al cuello.

—¿No lleváis la chaqueta de vellón? —preguntó el duque Carlos.

—Solo tengo la camisa que llevo puesta, Carlos, lo lamento. La chaqueta me la he dejado en casa.

—Haré que os traigan otra, para que todos los hombres sepan que sois un caballero de Borgoña, además del rey de Inglaterra, ¿de acuerdo? ¡Y ropas! Os juro que antes de que se ponga el sol volveréis a ir vestido como un rey. ¿Quién es este apuesto joven que os acompaña?

—Mi hermano Ricardo, el duque de Gloucester, si aún no nos han retirado los títulos.

Pronunciar aquellas palabras pareció arrebatarse el entusiasmo recuperado a Eduardo, que agachó la cabeza. Su piel volvió a adoptar un color grisáceo. El duque Carlos se percató de ello al instante.

—Eduardo, sois amigo mío desde que portáis la corona. Cuando esa araña, Luis de Francia, andaba husmeando con Warwick, nos recibisteis a mi padre y a mí en Londres. Aún recuerdo aquellas noches, Eduardo. ¡Qué manera de beber! Fuisteis generoso. ¡Más que generoso! Tratasteis a mi padre como a un igual, cosa que lo enorgullecíó. Y ahora que él ya no está, os cuento entre mis amigos más preciados. Permitidme que salde mi deuda con vos. —El duque de Borgoña dedicó a Ricardo una mirada y un asentimiento de cabeza, en gesto de reconocimiento, si bien todo su entusiasmo y toda su energía estaban concentrados en el gigantesco rey inglés, que de repente se hallaba en deuda con él y bajo su control.

Ricardo se preguntó si podían confiar en aquel hombre, aunque estaba convencido de que podían aprovechar su enemistad con el monarca francés. El hecho de que Luis y el duque Carlos fueran primos era irrelevante, como bien podían atestiguar los hombres de York y Lancaster. Lo más importante era que Carlos había heredado sus señoríos apenas tres años atrás y ya lo apodaban «el Temerario». Había conquistado Flandes tras una serie de batallas campales, y pensar en aquellos soldados profesionales devolvió la sonrisa a Ricardo.

—No viviré en el exilio, Carlos —anunció Eduardo de súbito—. Regresaré a mi reino antes de la primavera y moriré allí o causaré el mayor derramamiento de sangre que se haya visto. Os hago ese juramento.

Era un discurso encomiable para tratarse de un hombre que se alzaba con una camisa mojada y la barriga asomándole, y sin ni siquiera una moneda encima para comprar una jarra de vino. Pero pareció funcionar, a juzgar por cómo el duque Carlos asintió abrumado por la emoción. Con una palmada convocó a una docena de criados para que se llevaran a sus huéspedes y los atendieran, con la promesa de que los vería una vez que se hubieran refrescado y hubieran descansado.

Ricardo dejó que la manada de criados lo condujera a sus aposentos, donde calentaron agua, lo colocaron ante una enorme bañera de latón con agua humeante, lo desnudaron y le tomaron medidas. Se sumergió en el baño con los ojos cerrados, haciendo un gesto de dolor al notar el calor clavársele

en la piel, si bien ese mismo calor enseguida empezó a desenmarañar la rígida masa entre sus omóplatos. Gruñó sonoramente, muy a su pesar. Al otro lado de la estancia, Eduardo se sumergía en otra bañera, si bien debido a su volumen los criados tuvieron que acudir corriendo para fregar el agua que derramó.

Al relajarse, Ricardo sintió ganas de llorar por el alivio que sentía en la espalda. En aquel momento resolvió llevarse a casa una de aquellas bañeras, tal vez con unos cuantos de los criados que sabían cómo utilizarlas. Era maravilloso. Al abrir los ojos, descubrió que habían dispuesto una bandeja de comida sobre un ancho tablón junto a la bañera. Comió algunas uvas y se bebió de un trago una copa de un brebaje transparente. El cálido anís que incendió su garganta le hizo atragantarse.

—¡Caramba, qué cerveza tan fuerte, Eduardo! —le gritó a su hermano—. Te gustará.

Su hermano estaba recostado, con sus enormes brazos apoyados en los bordes de la bañera. Abrió los ojos al escuchar la voz de Ricardo y alargó la mano para asir la copa, que uno de sus sirvientes llenó y le tendió de inmediato. Ricardo vio la mano tensarse en el aire y a Eduardo negar con la cabeza y hacer un ademán con la mano para apartar la copa.

—No. No beberé uva ni cereal hasta que haya recuperado Inglaterra. Estoy demasiado gordo y me he vuelto demasiado lento. Sudo, hermano, y tengo pliegues donde no los había la última vez que luché y participé en una justa. No, Ricardo, viviré como un monje virgen hasta que esté preparado para recuperarlo todo. No perderé todo lo que he ganado por el mero hecho de haberme ablandado, ni ahora ni nunca más. Lo juro por Dios, por mi vida y por mi honor.

Contemplándolo, Ricardo divisó un atisbo de la antigua fortaleza de su hermano en la protuberancia de su mandíbula, por más que ahora estuviera suavizada por la papada. En silencio, envió una plegaria al cielo, rogando por que aquel gran buey hallara la fuerza de voluntad y no flaqueara y lo encontraran borracho y lloriqueando.

De repente, a Ricardo le vino algo al pensamiento y se quedó paralizado.

—Vuestro hijo ya habrá nacido a estas alturas. Podríais tener un hijo varón.

Eduardo cerró los ojos de nuevo, adormilado por el calor y el vapor.

—O una hija, o un mortinato. Necesito un ejército, Ricardo. Luego ya veremos. —De súbito, abrió los ojos y miró fijamente a su hermano, al otro lado de la estancia—. Despertadme al amanecer, Ricardo. Me gustaría adiestrarme como vos. ¿Soportaréis los moratones por mí?

Aquel pensamiento llenó de consternación a Ricardo. No obstante, entendía el impulso de su hermano y lo cierto era que, en Inglaterra, las leyes del Parlamento los estaban desposeyendo de sus títulos y sus tierras. Albergaban tan pocas esperanzas que se negó a robarle a su hermano las últimas que le quedaran.

—Lo haré, Eduardo, desde luego. Ahora descansad.

Isabel recorrió medio aturdida la espléndida nave de la abadía donde se había coronado a reyes y hacía cinco siglos que se celebraba misa. Bajo el tenue resplandor de los farolillos que había sobre sus cabezas, se estremeció y apretó contra sí a su hijo para que le oliera la piel y se sintiera reconfortado y caliente en contacto con ella. Se obligó a mantener la cabeza erguida y la mirada al frente, demasiado consciente, a su pesar, del hombre que avanzaba renqueando a su izquierda, con su bastón repiqueteando en el suelo enlosado. Delante, el abad Thomas Millyng los aguardaba junto a la pila bautismal, un anciano con grandes cejas canas y el rostro del color del ladrillo.

Derry Brewer avanzaba encorvado hacia delante, con su bastón repiqueteando en el suelo.

—Yo no libro guerras contra niños, milady. No temáis por eso. Pensad en esta noche como una pequeña tregua entre nosotros, si os parece. Milord Warwick es de la misma opinión. Tuvimos noticia de que estabais por aquí y consideramos que no podíamos pasar por alto tamaño acontecimiento.

Isabel apretó tanto la mandíbula que le dolieron los dientes, negándose en todo momento a mirarlo. Sabía que Richard Neville, el conde de Warwick, caminaba tras ella. Le había comenzado a latir con fuerza el corazón y se había estremecido al ver que el conde le hacía una profunda reverencia en la puerta de la abadía. Para entonces los latidos eran tan salvajes que estaba segura de que iba a desmayarse y de que su hijo caería rodando sobre las losas de piedra. Los conocía a todos, y no confiaba en ellos. El único consuelo era que, al no poder mirar a Warwick a la cara, se ahorró contemplar su expresión de triunfo. A él era a quien mejor conocía, había

entendido claramente quién era, una vid trepadora, nada más llegar a la corte.

Isabel era consciente de que estaba ruborizada y de que el sudor le resbalaba por la piel. Respiraba entrecortadamente y le temblaban las manos casi tanto como antes le habían temblado al hermano Paul. Deseó no haber salido nunca de sus estancias. Su madre caminaba a su derecha, con la cabeza gacha y sin ápice de luz o alegría en el rostro.

La iglesia de la abadía era la casa de Dios. Contaban con esa protección, se repitió Isabel una y otra vez. No obstante, se habían producido asesinatos anteriormente frente a altares, hombres buenos habían sido rebanados en suelo sagrado, por más que su caída hubiera sacudido a coronas y reinos enteros.

Como en un eco de aquellos antiguos seísmos, Isabel movió la cabeza a ambos lados, negándose tal posibilidad, al tiempo que aceleraba el ritmo de sus pasos. Tendrían que pasar por encima de su cadáver para vencerla. Tendrían que arrancarle al hijo de Eduardo de los brazos. Por el nombre de su esposo y por su propio honor, mantuvo la cabeza bien alta. Seguramente sabían que estaba asustada, pero no se acobardaría ante ellos.

Aquella abadía quizá hubiera visto congregaciones más raras a lo largo de los siglos, pensó Isabel, aunque lo dudaba. Brewer y Warwick iban acompañados de John Neville, a quien ella había conocido como conde de Northumberland. La fría mirada del conde reptaba sobre su piel e hizo que se estremeciera. Aparte de su madre, solo la aterrorizada ama de cría, Jenny, caminaba junto a ella, un paso por detrás. Tres mujeres y tres hombres, y miedo suficiente en el ambiente como para agriar la leche.

Cuando Isabel se halló frente al abad Thomas, este miró a su alrededor, con ojos tan saltones y nerviosos como los de ella misma. Warwick llevaba una espada en la cadera e Isabel no dudaba de que el jefe de los espías iba armado con brutales cuchillos pequeños, del tipo que usaban quienes asesinaban y se alejaban del lugar del crimen. Costaba no estremecerse en presencia de un hombre como él, sabiendo de lo que Derry Brewer era capaz.

Isabel se obligó a mirar al conde de Warwick. Él detectó su mirada y volvió a echar la pierna hacia atrás para hacerle una reverencia profunda.

—Milady, maese Brewer os ha dicho la verdad. Nadie os hará daño, por mi honor.

—Vuestro honor es una moneda adulterada de escaso valor —respondió

Isabel sin tapujos.

Warwick se sonrojó, lo cual no le impidió sonreír. Se había anotado una victoria, se dijo Isabel. Por estar ahora en posición más elevada, Warwick podía elegir no graznar. El abad carraspeó y atrajo sobre sí todas las miradas.

—Quiero recordar algo a todos los presentes. Su majestad, la reina consorte, lady Isabel de York, se halla en suelo sagrado... por el poder y la autoridad de la santa Iglesia de Dios. Dios ve todos nuestros actos, caballeros. A través de los vidrios de estas ventanas, ve con especial claridad. Nos observa. Y juzga cada una de nuestras palabras. En su nombre y en este lugar sagrado, no toleraré interrupciones ni clamores. El bautismo es la puerta a la Iglesia, el primero de los siete sacramentos sagrados. No es una pantomima. ¿Queda entendido?

Los tres hombres asintieron con la cabeza y murmuraron que así era. Isabel se tragó su miedo al posar el abad la mirada sobre ella. No se atrevía a esperar salir de aquel lugar en paz. Corría un gran riesgo y, desesperada, se planteaba ya qué hacer si le arrebataban a su hijo.

—Todos los niños nacen con el pecado original de la humanidad, una mancha que solo el agua clara del bautismo puede limpiar, tal como Cristo fue bautizado en el río Jordán. Y ahora, Isabel, dejad al niño a mi cuidado, a Eduardo, vuestro hijo.

Isabel notó que le brotaban lágrimas de los ojos y le resbalaban por las mejillas al abrirse la capa. En aquel momento sentía tanto miedo que el hecho de que sus propias lágrimas la cegaran le resultó casi una bendición. Si uno de los otros tres hombres hubiera alargado los brazos para sujetar a su hijo, estaba convencida de que habría caído fulminada en aquel mismo sitio, con el corazón desbocado.

Alargó los brazos y el abad tomó al bebé envuelto en mantillas, y sonrió a su rostro pacífico y dormido, consciente del temor de la madre y enojado con los hombres que lo habían provocado. Aun así, se negó a pronunciar los votos apresuradamente. Isabel y su madre respondieron en voz alta. Brewer y los dos Neville sumaron sus voces a las de las mujeres para no suscitar la ira del abad.

—¿Renunciáis a Satán?

—Renunciamos.

—¿Y a todas sus obras?

—Renunciamos.

—¿Y a todas sus promesas vacuas?

—Renunciamos.

El abad Thomas se ungió un dedo en aceite de crisma y marcó las orejas, los párpados y el pecho del pequeño, tras lo cual le dibujó una cruz en la frente. El niño empezó a alborotarse y batallar; luego, por un instante, guardó silencio, conmocionado, cuando el abad recogió agua de la pila en una jarra de plata y la sostuvo en alto mientras le vertía un chorro sobre el rostro, al tiempo que pronunciaba las palabras siguientes: «Yo os bautizo, Eduardo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén». El crío escupió y se atragantó, sin dejar de mirar a su alrededor.

Fue un momento de una solemnidad insólita. Isabel sintió parte de su miedo disiparse al desaparecer la amenaza más inmediata. Su hijo ya podía ascender al cielo, incluso aunque falleciera en aquel instante. Se sintió descargada de un peso que había soportado durante días y notó que los ojos volvían a anegársele en lágrimas. Era exasperante mostrarse tan débil frente a los enemigos de su esposo.

Observó cómo su madre entregaba un paño limpio al abad para que envolviera el tembloroso cuerpecito del niño. El pequeño tenía el rostro como la grana de tanto berrear, pero había renacido. Isabel contempló cómo su madre tomaba al niño y lo abrigaba bien con el arrullo, antes de volverse al fin hacia los tres testigos.

Derry Brewer se sonreía.

—Fue idea mía venir, milady. Creo que os debo una disculpa. Pero quería verlo. Al fin y al cabo, su padre ha huido. El trono está asegurado y reintegrado a la Casa Lancaster, cuyo heredero es un muchacho sano. Nos aguardan unos cuantos años de duro trabajo por delante, pero eso ya estaba previsto. Sin embargo, tenía que ver esto, el hijo de Eduardo. Si vive, quizá sea caballero del hijo del rey Enrique, lo desconozco. —Una sombra veló entonces la frente de Brewer, que se pasó la mano por el rostro—. Espero que no crezca en el odio, milady. Estoy cansado de guerras.

—Será rey, maese Brewer —susurró Isabel.

Brewer hizo una mueca de pena.

—Si hereda la corpulencia de su padre, tal vez acabe siendo capitán para los Lancaster. Yo no esperarí nada más que eso, ese es mi consejo. De lo

contrario, lo amargaréis y será su ruina.

Warwick hizo una nueva reverencia y, erguido y seguro de sí mismo, dio una palmadita en el hombro a su hermano y ambos se dirigieron hacia la puerta de la abadía, desandando el pasillo de la larga nave. Derry permaneció allí de pie un rato, contemplando cómo la mujer apretaba a su hijo contra el pecho mientras a él lo fulminaba con la mirada, como si su ira pudiera protegerlos. El jefe de los espías sacudió la cabeza con un suspiro, hizo una reverencia y se marchó.

8

Al alba, las campanas de Navidad sonaron en toda la ciudad borgoñesa de Dijon, amortiguadas por la nieve que caía, creando un eco cacofónico que contenía el latido de un corazón. Reinaba la paz en el mundo y, en toda la cristiandad, las familias intercambiaban regalos tal como habían hecho los Reyes Magos al llegar al pesebre, más de mil años atrás.

Ricardo resbaló; la pierna le falló de repente. La maldita nieve se había derretido y había formado un pastiche por allá donde pisaba y cada paso era un movimiento traicionero que podía hacer que se despatarrara. Tenía frío, sentía dolor y estaba a punto de desmayarse; respiraba fuego, pese a que el aire transportaba un frescor sepulcral. Se aferró a la barandilla con dos manos para estabilizarse.

En el patio enclaustrado, su hermano se alzaba en pie, con el torso desnudo; los copos de nieve se transformaban en agua clara al caerle sobre los hombros. Tenía la cara ensangrentada. Eduardo empezaba cada día con una hora de boxeo antes del amanecer, enfrentándose a cualquier lugareño fornido dispuesto a arriesgar su dentadura o sus nudillos a cambio de unas cuantas monedas de plata. Se había difundido rápidamente el rumor de que era posible derribar al rey de Inglaterra sin temor a represalias. Una vez determinado este aspecto, cada día amanecía con una hilera de jóvenes granjeros que hacían crujir sus cuellos y rotar sus hombros mientras formaban cola, a la espera de su oportunidad para derribar a Eduardo sobre el frío suelo.

El último de ellos yacía inconsciente sobre las baldosas de piedra, a los pies de Eduardo, que, desde lo alto, le sonreía con aire triunfal. Mientras dos de sus amigos se llevaban a rastras al muchacho, Eduardo notó el escozor de un corte, se llevó la mano a la cara y frunció el ceño al ver la sangre que

manchaba sus manos vendadas. Luchaba al estilo grecorromano, pero había prescindido de usar los guantes de metal con tachuelas que usaban los antiguos. Su objetivo era mejorar su resistencia, tal como un poni enviado a pasturar podía recuperar con el tiempo la condición para correr.

En los dos meses transcurridos desde el desembarco, Ricardo había observado la determinación de su hermano con tanto deleite como asombro, y por fin había visto al hombre que había defendido su terreno, luchando a pie y a caballo en Towton, durante todas las horas del día y bien entrada la noche.

A su llegada a Dijon, donde el duque Carlos tenía sus palacios, habían entrenado cada día durante horas, hasta que Ricardo había quedado reducido a una masa de moratones y costillas rotas. Su hermano tenía tan solo veintiocho años y seguía manteniendo su juramento de no embriagarse ni cometer excesos; en lugar de ello, llevaba una vida de estoico o monje espadachín. Después de boxear y correr varios kilómetros por las montañas, Eduardo regresaba a los postes de lucha y la emprendía a espada con uno hasta cortar el roble. Llevaba una vida sencilla, sin las sutilezas de la planificación y la previsión.

Ricardo sonrió al pensarlo. Su hermano encarnaría la venganza del mismísimo Dios cuando llegara el momento. Y no le importaría estar allí para presenciarlo. Sabía que Eduardo pecaba de esforzarse solo cuando se sentía oprimido y aplastado. Sin enemigos, Eduardo engordaba y se volvía más holgazán a cada día que pasaba. Pero ahora que le habían arrebatado la corona y no había podido conocer todavía a su hijo recién nacido, se había convertido en una figura austera, inflexible e insensible hacia quienes machacaba durante sus adiestramientos.

Eduardo alzó la mirada al notar los ojos de su hermano clavados en él y suavizó el ceño. A Ricardo le pareció poder escuchar los copos de nieve sisear al caer sobre su piel desnuda, pero pensó que tal vez fueran imaginaciones suyas.

—Hace demasiado frío para estar aquí fuera sin camisa, hermano —gritó desde el otro lado de aquel patio al aire libre.

Eduardo se encogió de hombros.

—Solo lo noto cuando paro. Soy un espartano, Ricardo. No noto dolor.

Ricardo agachó la cabeza a modo de respuesta, mas sintió una punzada de

rabia al constatar en él una confianza en su físico que él nunca conocería. Su espalda retorcida había empeorado en el transcurso del mes anterior; sentía un pinchazo de dolor en algún punto, tan agudo que había acudido en busca de remedios a los boticarios de Borgoña. La maldita escápula le sobresalía como un ala todo el tiempo y le daba la sensación de que alguien le tocaba la espalda todo el rato. Incluso había probado a imaginar que era la mano de su padre la que lo presionaba en aquel punto, pero tal pensamiento se había vuelto opresivo.

Afortunadamente, el duque Carlos les había asignado unos estipendios más que generosos. Cada mes, Eduardo recibía una bolsita de oro y plata. Entonces Ricardo tenía que solicitarle su parte, experiencia que le resultaba humillante, pues lo hacía sentir como un niño que acudiera a su padre a pedirle un penique de plata. Se gastaba su pequeña fortuna en hierbas y aceites apestosos, en tragos, polvos y oraciones en las catedrales. Ricardo había encontrado a una muchacha ciega esclava cuya labor era clavarle los pulgares en los puntos más dolorosos de la espalda hasta que el dolor resultaba insoportable. Junto con los baños en bañeras metálicas profundas, una hora de aquel masaje le permitía hallar cierto consuelo, aunque fuera para poder conciliar el sueño.

Eduardo agarró una espada envainada, el chaleco de lana y el amplio sobreveste que había dejado a un lado. Chasqueó la lengua al comprobar lo húmedas que estaban las prendas mientras les sacudía la capa de nieve. Se dirigió al borde del claustro donde se encontraba su hermano.

—¿Alguna noticia de casa? —preguntó Eduardo, esperanzado.

Ricardo negó con la cabeza y su hermano suspiró.

—Entonces entraré a sentarme a la mesa... a menos que deseéis cruzar vuestra espada con la mía de nuevo. He solicitado a otro maestro que acuda esta tarde, un amigo de Carlos procedente del sur. Necesito ganar agilidad.

—¿Y también lo golpearéis hasta dejarlo inconsciente, como hicisteis con el último? —lo azuzó Ricardo con acidez, notando aún sus magulladuras más recientes.

Tardaba más que la mayoría de los hombres en sanar y volverse a mover bien, aunque nunca lo había admitido ni le había solicitado a Eduardo que se refrenara con él. Su dolor era solo suyo, no algo que compartir.

Eduardo se encogió de hombros.

—Tal vez. A tenor de lo que nos proponemos, Ricardo, teniendo en cuenta lo que pretendemos hacer, no me duele el tiempo que paso entrenando mis pies y mis hombros, y el brazo con el que golpeo. O pisamos Inglaterra y vencemos, o yo mismo arrojaré a mi esposa y a mi hijo a la hoguera.

Eduardo permaneció ante su hermano menor. El pecho desnudo aún le subía y le bajaba a causa de la extenuación, y el reguero de sangre se mezclaba con la nieve fundida y se le ramificaba sobre la barbilla y el cuello. Ricardo detectó la desesperación en los ojos de su hermano... y ello lo conmocionó e hizo que su propia seguridad se tambaleara. Eduardo siempre había sido el fanfarrón, el único capaz de burlar a la muerte y darle un puntapié en el trasero como si nada cuando esta se daba la vuelta. Pero su efervescencia había sufrido un golpe terrible. Había dejado la tierra donde había nacido sin ni siquiera una capa sobre la espalda. Y ahora dependía de la generosidad de un hombre que no sentía un aprecio especial por Inglaterra, sino que se movía espoleado por el odio al rey de Francia y, por extensión, a los Lancaster.

—Ya no falta mucho, os lo juro —dijo Ricardo.

Incluso tan lejos de su hogar, miró a izquierda y derecha para comprobar si alguien podía escucharlos y se asomó por encima de la barandilla para hablar más cerca a Eduardo, que se aproximó para prestarle oídos. Ricardo se deleitó al comprobar que, por una vez, estaba a la misma altura que su hermano, que tenían la misma estatura.

—El duque Carlos ha accedido a prestarnos mil seiscientos hombres y tres docenas de barcos para que naveguemos donde queramos. No dispone de buenos arqueros, pero sí cuenta con aproximadamente un centenar de artilleros, que responderán con rayos y truenos. Le he comunicado que partiremos el primer día de mayo a más tardar. Incluso si el invierno continúa azotando, zarparemos entonces. Él pondrá a nuestra disposición barcos, hombres y armas para que desembarquemos. El resto corre de vuestra cuenta... y del ejército que congreguéis en primavera.

—¿Creéis que acudirán a mi llamada? —preguntó Eduardo en voz baja, en lo que pareció una pregunta que se susurrara a sí mismo.

Aun así, Ricardo optó por responder.

—¡La última vez apenas contamos con tres días y, pese a ello, ochocientos hombres leales cabalgaron a vuestro lado! Con dos ejércitos

cerniéndose sobre nosotros y sin un lugar donde hacerles frente, acudieron a vuestra llamada. Si conseguimos ganar un solo mes y en campo abierto, recordarán York. Recordarán Towton y lo que hicisteis por ellos entonces. ¡Estoy convencido de ello! Y haremos picadillo a esos malnacidos de nuevo. No nos detendremos hasta pisotearlos. Esta vez no. Warwick, Montagu, el obispo Neville, el rey Enrique, Margarita, Eduardo de Lancaster y Derry Brewer. No dejaré ni a uno solo de ellos con vida. Su fe en nosotros está quebrada, y nos encargaremos de quebrar su fe.

A Eduardo le conmovió ver a su hermano hablar con tal furia y pasión. Agarró a Ricardo por el cuello y lo sacudió con afecto. Con su manaza prácticamente le rodeaba el pescuezo y Eduardo notó cómo su hermano tragaba saliva.

—No os volveré a fallar, Ricardo —dijo Eduardo, con una voz apenas más alta que el siseo de la nieve al caer—. Mi esposa tuvo la fortuna o la determinación de buscar suelo sagrado. Y ahora tengo un hijo varón, un heredero. De manera que, una vez que comencemos, no nos detendremos, como vos decís, no hasta que nosotros seamos los únicos que quedemos.

Jorge, el duque de Clarence, alzó la vista confuso y miró boquiabierto al desconocido que tenía la desfachatez de darle el alto, un hombre con pinta de vivir en los bosques, entre arrayanes, o quizá en una cueva, como los ermitaños de otro tiempo. Furioso, Clarence tiró de sus riendas y dejó que el venado que había estado persiguiendo se escabullera en el sotobosque.

—Milord Clarence, ¿seríais tan amable de concederme un momento para intercambiar unas palabras con vos, quizá en honor a vuestros queridos hermanos, como alguien que les brindó apoyo en todo cuanto hicieron?

El duque frunció el ceño al escuchar el acento irlandés. El hombre le sonreía y George se removió en su montura, convencido de que él y sus hombres iban a sufrir una emboscada en cualquier momento.

—¡Excelencia, no hay motivo para que os alarméis! Os aseguro, milord Clarence, que no represento ninguna amenaza. Voy desarmado y estoy indefenso. Os traigo un mensaje amistoso.

—Si sois un pordiosero, acabáis de costarme un magnífico ciervo para mi mesa, y en mis propias tierras —replicó Clarence—. Creo que, como recompensa, me quedará con algo vuestro. Traedme una de las orejas de este

hombre, sir Edgar.

El caballero aludido desmontó del caballo con facilidad y gracilidad, pese a vestir media armadura y cota de malla. Se desfundó uno de los guanteletes y extrajo una larga daga de una vaina de la silla de montar. Presa del miedo, el irlandés palideció bajo la suciedad que le cubría el rostro y retrocedió hasta que su espalda chocó con los helechos y las zarzas. Habría podido huir brincando, tal como había hecho el ciervo.

—Milord, me dijeron que me escucharíais a solas. ¡Traigo un mensaje de vuestros hermanos!

—Ah, ya entiendo —respondió Clarence—. Lamento informaros de que no deseo oír lo que mis hermanos tengan que decirme. Adelante, sir Edgar. Cortadle la oreja a cambio de mi venado, así aprenderá a pensárselo bien antes de volver a arruinarme una cacería.

El hombre intentó escapar, pero fue derribado de un puñetazo en el estómago, cayó de rodillas y se desgañitó de dolor mientras le cortaban una oreja. El caballero la sostuvo en alto mirando a Clarence mientras su antiguo propietario se ponía en pie como podía y los miraba conmocionado, presa del dolor. Le manaba sangre por el cuello y se apretó la mano contra el lado de la cabeza.

—Regresad por donde habéis venido, tunante —le gritó Clarence mientras hincaba espuelas—. Y dad gracias porque os haya perdonado la vida.

El irlandés los miró con odio y desánimo mientras el hombre que le había rebanado la oreja montaba de nuevo. Sir Edgar observó con curiosidad el retazo rojo que sostenía en la mano y luego lo lanzó a los helechos y siguió a su señor.

Margarita de Anjou miró en dirección al rey Luis, a quien saludó con una inclinación de cabeza. Los rayos del sol de enero penetraban a través de las ventanas vidriadas y, aunque fuera hiciera frío, conseguían caldear la estancia. Parecía un truco de magia, en una estación tan gélida, aún a la espera de que la primavera se abriera camino. Margarita levantó el rostro hacia aquella luz, cerró los ojos y respiró hondo.

—¿Lo notáis, majestad? —preguntó.

—¿El calor, querida? Por supuesto. Este palacio es una maravilla del

artificio: no hay ningún lugar como este en todo el mundo, a tenor de lo que me cuentan. Dicen que, en Oriente, existen edificios hechos íntegramente de cristal, pero creo que no es más que una leyenda a la que debemos dar la misma credibilidad que a los dragones y los gigantes.

Margarita sonrió a aquel hombrecillo rebosante de vigor y vitalidad. Disfrutaba de la compañía del rey, a quien no obstante había visto poco durante sus primeros años en la corte francesa, cuando ella apenas tenía valor. Margarita era lo bastante astuta como para entender que solo había resultado útil para los planes del monarca cuando Warwick había perdido el favor de Eduardo de York. El rey francés había planeado una reconciliación entre ella y Warwick, y se había salido con la suya.

Una vez más, inclinó la cabeza hacia él. El rey Luis no necesitaba que Margarita le dijera lo que pensaba ni le expresara su admiración. Lo veía todo, tal como a él mismo le gustaba afirmar. Si tenía alguna habilidad, era su capacidad para interpretar las emociones y detectar las mentiras de quienes le rodeaban, de verlos tal cual eran. Podría haber forjado fortunas aprovechando aquel don para el comercio, pero el rey había nacido por encima de preocupaciones tan banales. En su lugar, su talento le había permitido retener el trono... y hacer que Eduardo de York cayera rodando del suyo. Margarita seguía deleitándose con aquel pensamiento. Notó que se le formaban hoyuelos en las mejillas y que un ligero rubor le teñía el cuello.

—Majestad, me refería a si notabais la tensión del momento, en este día. Mi hijo desposó antes de Navidad a Ann de Warwick, y los York han huido de Inglaterra. Majestad, mi hijo y yo... estamos preparados para viajar a ultramar y recuperar lo que nos fue robado, y para ser vuestros fieles aliados en los años de vida que nos aguarden. ¿Y quién sabe? Quizá también para formar tal lazo que nuestros dos países sean amigos de por vida.

—Y, pese a ello, estáis asustada, Margarita —dijo Luis, con los ojos chispeantes por la diversión, aunque sin malicia—. Os halláis a un solo paso y todavía no confiáis en mí para darlo.

—¡Oh, majestad! ¿Cómo podría no confiar en vos? —protestó Margarita—. Vos lo habéis dispuesto todo: que Warwick viniera a mí, que aparcáramos los pecados pretéritos y que empezáramos de nuevo, pronunciando nuestros juramentos sobre una reliquia de la Santa Cruz.

El rey francés se alzó de la mesa y recorrió la estancia para tomar las

manos de Margarita entre las suyas.

—Margarita, habéis sufrido mucho y lo habéis soportado con la dignidad de una gran dama. Vuestro esposo fue traicionado y encarcelado, y vos y vuestro hijo, desterrados. Es comprensible que sintáis miedo, ahora que os hayáis tan próxima de recuperarlo todo. ¿Es acaso demasiado perfecto? ¿Se antoja una justicia excesiva ver a vuestros enemigos desmoralizados? ¿Imaginar a Eduardo de York sufriendo desesperado, como no dudo que vos sufristeis durante los primeros años?

Por motivos que no alcanzaba a entender plenamente, Margarita notó cómo parte de su resistencia, de sus almenas, se desmoronaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas, y eso que había llegado a creer que permanecerían secos para el resto de su vida. Luis sonrió al ver llorar a una mujer con tanta emoción, si bien ocultó a Margarita la peculiar excitación que sintió ante aquella imagen, pues consideró que no resultaba particularmente útil en aquel momento.

—Querida mía —le dijo, sujetándole las manos con más fuerza—. Entiendo vuestra cautela. Habéis contemplado tanta traición que no lográis zafaros de vuestros miedos. Os aseguro que vuestro esposo, Enrique, vuelve a ocupar espléndidos aposentos atendido por criados. Uno o dos miembros del personal del pequeño palacio londinense me escriben para comunicarme las noticias, ¿entendéis? Imagino que lo mismo sucede aquí en París. A veces creo que todos los barcos que navegan entre Inglaterra y Francia están llenos de cartas de nuestras gentes, que se espían entre sí y anotan cuanto oyen. —Suspiró para sí mismo y apartó la vista de ella. Perdió parte de su chispa, como si su deseo se hubiera sofocado—. Y ahora, querida mía, escuchadme. Enviad vuestras propias cartas al conde de Warwick o a los lores que os amaron y os fueron más leales. Informadles de que llegaréis en un barco con una guardia de honor integrada por mis mejores hombres, un centenar de ellos, no... ¡dos centenares!, quienes velarán por vuestra seguridad y por que no deis un paso en falso. Mi autoridad os a mantendrá a vos y a vuestro hijo a salvo, milady, hasta que os encontréis nuevamente en Londres. Hasta aquel día, hasta que estéis lista, seguís siendo mi invitada. Podéis permanecer aquí todo el tiempo que deseéis.

Margarita notó disminuir la fuerza con la que le sujetaba las manos y dejó que la áspera piel del rey se deslizara sobre la suya. Alzó la vista para volver

a contemplar el sol a través del ventanal y recordó que el cometido del monarca francés había sido destronar a Eduardo, quien había preferido dar su favor al traidor duque de Borgoña que al rey de Francia. Aquel había sido el insulto que Luis había vengado más de mil veces, ningún otro. El destino de Margarita, junto con el de su hijo y el de la casa de los Lancaster, siempre había sido una mera sombra de lo demás.

Entreabrió los labios y soltó el aire despacio y en silencio, para serenarse. El rey vio su aceptación y le sonrió, sin que ella lo viera. Una vez que los Lancaster se hubieran asentado y en Inglaterra reinara la paz, Luis sabía que podría volver su mano y su poder contra el usurpador de Borgoña, Carlos el Temerario.

Luis recordó un jarrón que había visto en una ocasión. Era un jarrón pequeño, delicado, de color azul y blanco. Era demasiado feo para exponerlo, pero había sido pintado y horneado en un reino remoto de Oriente, gobernado por kanes y sátrapas. Lo habían restaurado con diminutas barras de metal, pues aquella pieza de cerámica se consideraba tan valiosa que se había resuelto conservarla, aun después de hecha añicos. Pieza a pieza, un maestro artesano la había recompuesto, con cola y metal y meses o años de su tiempo. Luis asintió para sí mismo. Su recompensa sería mayor: Francia unificada bajo una corona e Inglaterra convertida en un aliado firme. Deseó que su padre hubiera vivido para ver lo que había conseguido hacer con las piezas que le habían dado.

Jorge, duque de Clarence, abrió los ojos en la oscuridad. Notó una línea fría sobre su cuello y, cuando una voz le susurró al oído, se apoderó de él tal terror que se puso rígido en la cama, tan arqueado que solo la cabeza y los talones seguían en contacto con esta. Junto a él se hallaba su esposa, Isabel, con su sueño intranquilo, despatarrada sobre las colchas.

—Si os movéis, os corto el pescuezo. Os encontrarán mirando al techo por la mañana.

Clarence se recuperó lentamente del primer susto y, despacio, volvió a apoyar la espalda en la cama y se tumbó de manera más normal. Las estrellas que brillaban al otro lado de la ventana daban poca luz. No había luna y el hombre que se encontraba en su dormitorio no era más que una mancha encorvada sobre él, a su lado. A Jorge se le entrecortó aún más la respiración

al oler sangre en el aire, procedente de aquel hombre. Olor a sangre y a hebreo. Se le cubrió de sudor todo el cuerpo.

—Y ahora, excelencia, escuchadme. Me dijeron que os entregara un mensaje y eso haré, por más que me plantee cortaros el pescuezo por arrancarme la oreja.

Ajeno a la necesidad de ser precavido, el irlandés fue subiendo la voz a medida que hablaba, como si no fuera capaz de reprimir su cólera. En sueños, Isabel murmuró algo y ambos hombres se quedaron paralizados.

—No lo entendéis —musitó Clarence. Empezó a girar la cabeza, pero se quedó inmóvil al notar que el movimiento le provocaba un pinchazo, seguido de un goteo cálido—. No conocéis a Derry Brewer, el jefe del espionaje del rey. Tiene espías en todas partes, a la escucha. No podía permitir que os acercarais a mí delante de hombres que lo informarían de cada una de vuestras palabras.

La presión de la hoja del cuchillo aumentó un instante, como si el hombre deseara que Jorge permaneciera inmóvil mientras meditaba. Clarence tragó saliva y notó su nuez moverse de manera incómoda en contacto con la cuchilla. Isabel gimió en sueños y se dio media vuelta, sin despertarse. Clarence tuvo la sensación de que se le iba a desbocar el corazón. Notaba los blandos pechos de su esposa contra su brazo izquierdo. Absurdamente, con la vida pendiendo de un hilo, notó que se excitaba. El momento no podía ser más inoportuno.

—Dios sabe que preferiría mataros —siseó la voz irlandesa, ajena al bochorno que ardía en Clarence—. Pero me han pagado y soy un hombre de palabra. Sentaos quieto y escuchad.

Volvió a hacerse un silencio tal que Clarence pudo escuchar la respiración rítmica de su esposa, más parecida a un profundo ronroneo gutural que a un ronquido.

—Vuestros hermanos regresarán a casa, para quedarse. Dentro de poco, aunque no me han confiado la fecha. Cuando vuelvan a alzarse en Inglaterra, quieren que recordéis que Warwick jamás os hará rey. Ha desposado a su segunda hija con Eduardo de Lancaster y, según se cuenta, es un hombre joven y fértil. Habéis atado vuestros colores a la casa equivocada.

Clarence pestañeó con fuerza en la oscuridad, agradecido por que aquel extraño no pudiera verlo. Su traición a sus hermanos había estado motivada

por la rabia y la pérdida, pero lo cierto es que los echaba de menos. Siempre le había costado mantener vivas las grandes pasiones. Su instinto era perdonar y dejar que el viento se llevara los males pasados. Escuchó el tono seco de Ricardo en las palabras del hombre que las había memorizado, y quizá algo de la espontaneidad de Eduardo: anheló volver a merecer la confianza de sus hermanos.

Pensó de nuevo en la joven que dormía a su lado, la hija mayor de Warwick. Clarence estaba seguro de amarla, y de que ella lo amaba a él. Pero ¿seguiría haciéndolo si traicionaba a su padre? ¿Quién sabía si su esposa volvería a su lecho nuevamente por voluntad propia? Si regresaba junto a la casa de York, lo odiaría con la misma intensidad venenosa que anteriormente había reservado para Eduardo y su esposa, Isabel. Clarence apretó los puños en la penumbra. Su matrimonio o sus hermanos. Un bando u otro.

—¿Qué quieren que haga? —susurró.

—Solo que reflexionéis sobre a quién deberíais ser leal. Esta es una estación de paso. Todo se decidirá en la batalla, y sabéis que Eduardo de York no perderá en el campo. Reunid a vuestros hombres y preparaos para marchar de nuestro bando. Si lo hacéis, se os perdonará y seréis restaurado; en caso contrario, seréis maldecido y destruido. Y ahora, id con Dios, hermano. Pero venid con nosotros.

El irlandés moduló la voz sutilmente al llegar al final de los pasajes que había memorizado, volviéndose a erizar por el dolor punzante y el mareo que le provocaba su herida. Para entonces, los ojos de Clarence se habían acostumbrado lo bastante a la oscuridad para ver que el hombre llevaba la cabeza vendada, una cabeza que se antojaba bulbosa y deforme en la penumbra.

—Hay una faltriquera con monedas en la cómoda —dijo Clarence en voz baja—. Tomadla en pago por vuestra herida. He escuchado lo que teníais que decirme.

Se oyó un leve tintineo cuando el hombre encontró la bolsita de seda tanteando con los dedos, sin apartar el cuchillo de la piel de Clarence. Le resultaba extraño no notarlo ya frío, pensó Clarence. Su piel había calentado el acero.

—¿Queréis enviar alguna respuesta? —preguntó la voz del hombre.

Clarence yacía inmóvil, con la vista clavada en la oscuridad.

—¿Qué? ¿Aceptarían mi palabra? No saben con quién está mi corazón y no lo sabrán, por más que yo os diga esta noche. Comando a tres mil hombres, señor. Ellos son mi palabra cuando se mueven. Y ahora, buenas noches. Ya habéis perturbado mi sueño demasiado rato.

Por un instante, la presión de la hoja pareció aumentar y Clarence se estremeció en la oscuridad, mientras respiraba hondo. Luego desapareció y escuchó un crujido de la ventana al abrirse. La sombra se desvaneció por ella. Entonces se volvió y pasó una mano esperanzada sobre los pechos de su mujer, quien farfulló alto ininteligible en tono de queja y le dio la espalda. Después de aquello, permaneció tumbado en silencio, desvelado, hasta que llegó el momento de levantarse para hacer frente a un nuevo día.

9

Marzo llegó con fríos vientos y una deprimente lluvia incesante. El canal de la Mancha había sido un infierno gris durante gran parte de febrero. Las tormentas habían azotado las costas de Francia e Inglaterra, golpeando tan fuerte a las flotas mercantes que se habían visto obligadas a abandonar el comercio y a apiñarse en puertos guarecidos, a refugio de mar abierto. Buques de guerra franceses aguardaban en los amarraderos de aguas profundas del Sena, a kilómetros del océano, listos para escoltar a Margarita y a su hijo de regreso a Inglaterra. Más al norte y al este, zarandeados por vendavales, las naves de Borgoña se mecían y crujían sobre sus anclas. Centenares de islas componían el archipiélago en el que se habían congregado. Durante los meses invernales, docenas de barcos habían sido remolcados hasta allí, uno a uno, sin que nadie los viera ni conociera su existencia. Allí, en las orillas verdes y mohosas, el duque Carlos había reunido a una fuerza invasora para la casa de los York.

Soplaba un aire frío bajo la tenue luz solar mientras regimientos en cota de malla y cuero embarcaban fatigosamente, en silencio, en los navíos atracados a todo lo largo de los muelles. Varios de los oficiales llevaban bracamartes envueltos en fundas de cuero ceñidas a las caderas. El resto cargaban con picas o podaderas, e incluso con unas cuantas hachas de petos que habían encontrado de camino, en fardos de lona. Las armas se habían subido a bordo envueltas en inmensos rollos de tela y mostraban ya manchas de herrumbre. Pero eran marcas superficiales: para cuando el óxido hubiera logrado debilitarlas, la guerra ya habría concluido.

En torno a ochocientos hombres seguían aguardando en reducidos grupos, a la espera de subir a sus barcos y navegar a una tierra de la que sabían que podían no regresar. El ambiente era lúgubre ante tal perspectiva. Se oían los

chasquidos y repiqueteos de los hombres aprestados para la batalla, que comprobaban su equipo palpándose con los guanteletes y blasfemaban en voz baja al caer en la cuenta de que habían olvidado algo vital.

Eduardo subió al *Mark Antony*, su buque insignia, por una rampa cuyos tablones se curvaron bajo el peso de su armadura. Lanzó una mirada nerviosa al agua al caminar sobre ella, consciente de que, si caía, no volvería a emerger de aquellas profundidades. Se sujetó a la barandilla de madera barnizada al acceder al combés del barco de guerra, mientras miraba a su alrededor con adusto interés. El *Mark Antony* era propiedad personal del almirante de Borgoña, un buque noble de roble blanqueado y latón pulido. Unos treinta hombres se habían reunido tanto en la torre de popa como en la de proa, así como en la cubierta principal. Otros se aferraban a las jarcias como ladrones colgados y alargaban el pescuezo para divisar al rey de Inglaterra que los lanzaría a la batalla en orillas extranjeras. Escuchó a uno de los caballos relinchar bajo sus pies al notar una nota más alta en la tripulación que lo hizo patear en su diminuto pesebre.

Eduardo miró a los ojos a todos y cada uno de los hombres, con una seguridad deliberada, girando el rostro a su alrededor para que todos pudieran afirmar que el rey los había mirado a la cara y notaran la fuerza de su voluntad. Algunos de quienes lo examinaban eran soldados mercenarios de Flandes con experiencia, llegados para desempeñar el único trabajo tan bien pagado. Eduardo sabía que también habría espías entre ellos, espías que enviarían noticias al duque Carlos. Pero eso no le importaba. Su voluntad y sus designios eran perfectamente acordes a los del hombre que había financiado la expedición: incordiar a Francia y recuperar Inglaterra. Se apoderó de él un arrebató de emoción al notar que aquellos hombres también se sentían seguros. No le fallarían. Lo único que necesitaba era poner pie en una costa inglesa y plantar su bandera. Y eso, sin duda alguna, se lo concederían.

Su hermano Ricardo subió a bordo con paso más ligero, haciendo que la rampa rebotara bajo sus pies. A ambos York se les inflamó el ánimo al ver los buques virar y maniobrar para salir de entre las islas, y comprobar el lastre y el cordaje, que los hombres ya habían recogido. Otros cuantos levaban anclas e izaban pequeñas velas, listos para navegar por los profundos canales de Zelanda rumbo a mar abierto.

—Caeremos sobre ellos como la flecha de un arco, hermano —dijo Ricardo, proyectando la voz—, como un halcón desde las alturas.

Le complació ver a su hermano sonreír con ferocidad. Atrás había quedado el Eduardo de mirada apagada y enorme panza blancuzca. Cuatro meses de brutal entrenamiento habían vuelto a convertirlo en un sabueso y le habían devuelto su juventud, vigor y agilidad. Eduardo se movió ligeramente mientras el barco se mecía por la marejada. Alargó el brazo para atraer a Ricardo hacia sí, sonriendo de oreja a oreja mientras le decía en un murmullo que la tripulación no escucharía:

—¿Creéis que habrá una flota ahí fuera, esperándonos?

Era su mayor temor, que espías ingleses hubieran informado de sus preparativos. Si al salir al canal hallaban una flota inglesa a la espera, el sol se pondría sobre sus planes y sus vidas.

Ricardo palmeó a su hermano en el hombro, interpretando el papel de dos jóvenes hombres deleitados por lo que contemplaban sus ojos. Simultáneamente, le dijo en voz baja, acercándose a él:

—¡Aún no pueden esperarnos, hermano! No ha transcurrido ni medio año desde que dejasteis la costa de Inglaterra y, sin embargo, aquí estamos, con barcos y hombres. Es imposible que estén listos para hacernos frente. Y también que sepan que habéis recuperado vuestro espíritu combativo. —Se rio entre dientes—. Y yo nunca perdí el mío. Dejadme que os diga algo, Eduardo...

Ricardo de Gloucester se apartó de su hermano al ver que el conde de Rivers avanzaba por la pasarela, que crujía bajo sus pies. Anthony Woodville se había dejado una oscura barba que caía sobre su armadura como una pala, lo cual imposibilitaba discernir dónde acababa su barbilla. Ricardo contuvo su irritación cuando el hombre los saludó con una inclinación de cabeza. Rivers había heredado el título de su padre en la lucha por el poder. El hermano de la reina había visto su principal baza en el rey Eduardo, a quien se había mantenido unido desde entonces. Ricardo saludó con la cabeza al hombre, pese a que estaba disfrutando de la conversación íntima con su hermano, una intimidad inusitada en Eduardo y, precisamente por ello, más valiosa. Con lord Rivers de pie como un pasmarote junto a su hombro, no habría más privacidad.

En lugar de ello, Ricardo se volvió hacia la barandilla para contemplar los

muelles. Su hermano era un magnífico adalid en la guerra, solo un loco lo negaría. Sin embargo, en tiempos de paz, Eduardo se rodeaba de caballeros de extremidades gruesas y de barones tercos, hombres que le debían sus avances y que estaban dispuestos a desperdiciarlos en bebida y cacerías. Ricardo no les había prodigado demasiadas atenciones, y al hermano de la reina menos que a nadie. Pese a ello, le sonrió y los saludó con una inclinación de cabeza, pese a que Anthony Woodville les hubiera impuesto su presencia, entre la lluvia y el frío.

—Caballeros —dijo Eduardo de súbito.

Seguía ingeniándose para proyectar la voz sin que pareciera que gritaba. Su voz retumbaba sobre ellos e incluso hombres del barco contiguo dejaron sus quehaceres y se volvieron para mirarlo. Entonces desenvainó una espada inmensa, un regalo de valor incalculable de Carlos el Temerario, y apoyó la punta sobre la tarima de madera hasta clavarla en ella. Eduardo se arrodilló y todos cuantos se hallaban en pie se arrodillaron con él. Incluso quienes se encontraban en el aparejo humillaron las cabezas y enlazaron sus manos a través de las cuerdas. Eduardo agarró la hoja desnuda, de tal modo que la cruz pulida de la empuñadura quedó ante sus ojos.

—Os ruego, Dios, nuestro Salvador, nuestro señor Jesucristo, que nos guiéis en este viaje y nos mantengáis a salvo. Pido a mi santo patrón y a todo el santoral que nos den la fuerza, la voluntad y el honor necesarios para recuperar lo que nos ha sido arrebatado. *Placebo Domino in regione vivorum*. «Complaceré al Señor en el reino de los vivos.» En Inglaterra, caballeros, donde soy rey. En el mar y en la tierra, pido vuestro favor, oh, Señor. Señor, garantizadnos la paz una vez que hayamos concluido nuestra misión. Y dadnos fuerza hasta entonces. Amén.

Los hombres repitieron aquella última palabra en un eco. En los barcos que ya se hallaban en el mar y en aquellos aún amarrados a la orilla, todas las cabezas se habían agachado por un objetivo común, pese a que muy pocos de aquellos hombres habían oído las palabras de Eduardo. Mil seiscientos hombres se persignaron y se pusieron en pie con gran alboroto, entre el estrépito de sus armaduras y armas. Eduardo sonrió, dejando a la vista su afilada dentadura.

—¡Y ahora, llevadme a casa, caballeros! ¡Volveré a contemplar Inglaterra!

La tripulación del barco regresó rápidamente a sus quehaceres, tirando de las jarcias y dirigiendo a los torpes soldados cuando los necesitaban. El *Mark Antony* pareció temblar cuando se soltaron las últimas amarras. Las velas se tensaron con un crujido por efecto de la brisa y el movimiento cambió sutilmente. El barco cobró vida en el mar. Eduardo volvió a santiguarse. Dejar la costa de Flandes no era un final, sino un nuevo principio. Apenas podía contener su deseo de pisar suelo inglés de nuevo, un deseo que se había convertido prácticamente en un dolor físico que se había negado a sentir durante los meses de destierro. Más aún, anhelaba que hombres como Warwick entendieran por fin quién era él, y le temieran. No había más que un rey de Inglaterra. Mientras su barco zarpaba en formación con otras tres docenas de naves, el viento y su velocidad aumentaban. La gran proa se zambulló en el mar y emergió de este con una barba de agua verde antes de volver a hundirse. El agua salpicó a Eduardo, que caminó en dirección a ella, encantado de notar la punzada del frío y todo lo que significaba.

—¡Adelante! —gritó, aunque nadie pudiera determinar si se lo gritaba a los hombres en la arboladura, a las gaviotas o al propio barco—. ¡Adelante!

Regresaba a casa, a saldar sus deudas y recuperar su corona, aunque estuviera salpicada de sangre.

—Los valientes hombres del Parlamento resisten, milord, porque creen que pueden servir a dos señores.

—¡Pues demostrémosles que se equivocan! —atajó Warwick—. Estoy harto de las elusiones de estos pusilánimes. Fue el rey Enrique quien convocó el Parlamento. Todos le han jurado lealtad y han sido testigos de la ejecución del conde de Worcester por traición. ¡Debería servirles de lección! Y, sin embargo, parecen decididos a ponerme obstáculos y convertirse en objeto de mofa.

Derry Brewer suspiró mientras examinaba el fondo de una taza de peltre y la alzaba para que se la rellenaran. Él no se había cansado del servicio ni de los aduladores cortesanos del palacio de Westminster. La incorporación de un elegante prendedor de peltre en la guerrera y las palabras oportunas en unos cuantos oídos bien escogidos le habían merecido la apariencia de ser alguien respetable. Los criados humillaban la cabeza cuando entraba en una estancia y corrían cuando les solicitaba cerveza, vino, un filete de carne o pastel de

riñones. Descubrió que la facilidad con la que discurría la vida en tales condiciones le resultaba placentera.

—Richard, no son más que hombres —dijo—, hombres educados que saben latín y griego, es cierto, capaces de pensar si les entregas una pizarra y una tiza y no necesitas que respondan esa misma mañana. Pero no están ahí arriba maniobrando para asegurarse su propia supervivencia, no sé si me explico. Tienen hogares, esposas, amantes y mocosos a quienes alimentar. Y podrían perderlo todo a manos de otros si Eduardo de York regresa y se lo arrebatara.

Se encogió de hombros ante la mirada encolerizada de Warwick, pero se negó a disculparse por formular en voz alta algo que sabía cierto. Los hombres del Parlamento intentaban caminar por una línea imposible. Si Eduardo regresaba, podrían demostrarle que habían retrasado los acontecimientos y le habían guardado lealtad. Y si el Lancaster continuaba en el trono, se apresurarían a acercársele, uno a uno, en busca de su favor.

Derry los despreciaba a todos, siempre lo había hecho, desde que el portavoz Tresham, fallecido hacía largo tiempo, había echado sobre un viejo amigo a dos bribones armados con herramientas y un brasero. Derry no esperaba obtener ayuda de tales hombres, nada salvo frustración e impedimentos. De ahí que fuera imposible que lo decepcionaran, y ese mero pensamiento le resultaba extrañamente reconfortante. Warwick, en cambio, no había tenido la misma epifanía y seguía esforzándose por entenderlos.

—Tengo la mitad de las casas de Londres infestadas de hombres, Derry. Hay hombres durmiendo en hasta el último desván y sótano, abarrotados en las tabernas como troncos en leñeras... y robando cerveza a los taberneros en cuanto se duermen, a juzgar por las quejas de algunos y por sus facturas diarias.

—Construid barracones para hospedarlos —respondió Derry con un encogimiento de hombros—. A las afueras de la ciudad, donde no puedan molestar a las muchachas. Poned a su disposición una pradera donde puedan sudar y entrenar.

Vio que su idea calaba mientras Warwick bebía, con la nuez subiéndole y bajándole en el cuello. Warwick resolló al acabarse la pinta, sacudió la cabeza y alzó la jarra para pedir otra.

—De acuerdo, tal vez lo haga. Pero eso por lo que a Londres concierne.

Entre tanto, tengo una flota batiendo el litoral de Francia de arriba abajo en busca de sus barcos, soportando el frío invierno, la herrumbre y los tablones rotos, hombres que caen de los cordajes y se desparraman los sesos en las cubiertas a causa de los fuertes vientos. También los hay que contraen fiebres y mueren delirando. Y pese a ello allí continúan, zozobrando en las aguas, sin saber aún cuando avistarán a York.

Warwick hizo una pausa para presionarse con un nudillo en el entrecejo, al tiempo que dejaba ir un suspiro o un gemido.

—Y mientras yo me dejo fortunas en el mar, ¿ni siquiera podemos confiar en que, en el Parlamento, esos vendedores de grano y abogados de condados, pueblos y ciudades sepan apreciar que los vientos soplan en la otra dirección! York ya no es rey. El Lancaster ha regresado tras una década de gobierno envenenado. Mi hermano John se presenta ante mí cada mañana para anunciarme que aún no sabe nada de su título en Northumberland. Las rentas de la mitad de mis tierras siguen engrosando las arcas de otros hombres y, cuando lo saco a colación, me dicen que apele a los tribunales. Quizá el rey Enrique haya sido demasiado considerado con esos malditos abogados de barba blanca. Tardé tres meses en declarar la muerte civil de Eduardo de York, desposeído como su padre antes que él. ¡Maldita estirpe! Y lo único que he conseguido para Clarence es nombrarlo teniente de Irlanda, mientras que sus antiguos títulos permanecen en desuso o son objeto de disputa. ¿Acaso debo pasarme el resto de la vida en un juzgado? Permittedme que os diga algo, el regalo de Towton fue que quedaran tantos puestos vacantes tras la batalla. Eduardo tenía títulos a docenas para recompensar a sus favoritos y, con ello, asegurarse su apoyo. ¡Asesoradme, Derry! ¿Destituiríais vos a estos parlamentarios en nombre del rey Enrique? Seguirán debatiendo y farfullando hasta que suenen las trompetas del fin del mundo, no me cabe duda de ello, mientras yo tengo a una docena de hombres a quienes debo favores... y ni títulos ni señoríos que entregarles.

—Los miembros de los comunes simplemente tienen miedo de la gran sombra que se cierne sobre ellos de nuevo. Golpeamos a Eduardo de York y ese hijo de perra suertudo esquivó el golpe y huyó. Como sucedió con el regreso del rey Arturo, esperan que vuelva a casa este verano. Este bendito país al completo aguarda su regreso.

Derry aprovechó el momento de aquella triste declaración para beberse de

un trago la mitad de la pinta que le habían servido, tras lo cual chasqueó los labios en señal de apreciación.

—Ese es el fondo de la cuestión —respondió Warwick en voz baja—. Y estoy listo para recibirlo.

Derry resopló en su cerveza e hizo saltar motitas de espuma.

—No podéis mantener a un ejército acampado en Londres durante todo el invierno, milord. Solicitad nuevos préstamos a los prioratos y construid vuestros barracones. Ese es mi consejo. Como suele decirse, milord, en los asuntos del Parlamento, las cosas de palacio van despacio. Al final votarán que os sean reintegrados los fondos que habéis invertido, pero no podéis quedaros sin nada, ahora no.

—¡Válgame Dios! ¡Quién diría que antaño fui el hombre más rico de Inglaterra!

—Es cierto, milord. Mi viejo corazón se rompe por los reveses que habéis padecido —dijo Derry, mientras lanzaba una mirada a los anillos de oro que decoraban los dedos de Warwick—. Estoy convencido de que son solo rumores maliciosos, pero he escuchado decir que permitís a vuestros capitanes que se apoderen de los barcos mercantes de otros países a modo de pago, todo ello con el sello del rey. Hay quien lo denominaría piratería, milord, pero no soy yo persona a quien guste lanzar acusaciones o que se preocupe especialmente siquiera, siempre y cuando después no tenga que escuchar lamentos. Si no sacáis tajada, haced como os digo: hablad con los prestamistas para que os ayuden a superar el invierno. Volveréis a ser un hombre rico dentro de un año o dos, cuando este país prospere con la paz. Si hay algo que detestan todos esos mercaderes es la guerra, que piratas despiadados les roben sus cargamentos y cocas, y que los ejércitos se coman su comida. No, hijo, el dinero está en la paz. La guerra interrumpe el comercio..., y el comercio es la sangre que nos da vida. Dicen que Enrique V solicitó tantos préstamos que estuvo a punto de arruinar a todo Londres. De no haber ganado y capturado toda suerte de riquezas, quién sabe, quizá estaríamos hablando francés muy muy mal, *mon-factor*.

—Y hasta entonces debo depender de esos vejesterios del Parlamento, ¿no es así? —preguntó Warwick mordazmente. Se le habían enrojecido el cuello y el rostro al constatar que Derry Brewer estaba al corriente de sus acuerdos—. Tal como dependo de vos, Brewer, para que me digáis dónde se

han escondido York y Gloucester para poder abalanzarme sobre ellos y golpearlos.

Derry utilizó su único ojo bueno con efecto, consciente de que tenía una mirada penetrante. Clavó la vista en Warwick hasta que este la apartó para concentrarla en las profundidades de su propia jarra.

—Antes solíais afrontar estos temas como un... caballero, milord. Sabíais refrenaros. Era una cualidad que admiraba en vos.

—¿Sí? Bueno, desde entonces he sido condenado por traición y mi padre fue asesinado, Brewer. Ya no soy tan ingenuo, ni tan paciente. Quiero ver el final, y no me importa cómo caiga Eduardo de York. Me da igual si se cae de un caballo o si lo apuñala una amante. Me sentiría igual de satisfecho. Aprovechad cualquier oportunidad que se os presente. Si regresa a Inglaterra, no habrá nada seguro. ¿Entendéis? Luché a su lado en Towton, Brewer. Lo conozco bien. Si no conseguimos detenerlo antes de que plante su bandera, podemos perder todo lo que hemos ganado. Todo.

Derry Brewer hizo una mueca para sí mismo mientras apuraba otra jarra de cerveza tostada y notaba cómo sus sentidos se le nublaban. Tenía hombres en Francia y en Flandes buscando algún indicio de los hermanos York. Corrían docenas de rumores, pero se habían enviado todas las palomas y tenían que regresar al continente. Todo ello llevaba tiempo y no lograba zafarse de la sensación de que habían arrojado el reloj de arena contra un muro. El mar era inmenso, tanto que, en su inmensidad, flotas enteras no eran más que astillas dispersadas sobre las profundas aguas. El continente era oscuro e infinito, incluso con los espías que informaban desde la corte del rey Luis. Derry eructó, dejó su jarra en la mesa y saludó con la cabeza a Warwick antes de ponerse en pie y emerger a la oscuridad y la lluvia.

Daw contempló la mar gris mientras el sol se ponía a su espalda. Era su momento favorito del día, cuando el dorado y el azul pizarra se mezclaban dibujando grandes franjas sobre las olas, en un patrón que se extendía en la distancia, moteado de blanco. Estaba solo en su colina, como siempre. Durante un tiempo, había contado con la compañía de un perro tuerto allí arriba, pero el carnicero de la población se lo había explicado a todo el mundo y habían dicho que no podían confiar en que se mantuviera vigilante mientras jugaba con el chucho. Le habían obligado a dejar el animal en casa y

luego, por supuesto, había desaparecido, se había desvanecido como el rocío de la mañana. Su madre le había asegurado que el chucho se había escabullido por la puerta y no había regresado, pero Daw creía que el carnicero se lo había llevado para hacer esos horribles pastelitos que vendía los días de mercado. El carnicero lo llamaba Jack Daw, y siempre se reía al hacerlo, como si fuera una broma ingeniosa.* Daw era la abreviatura de David, eso era todo. Le gustaba el nombre de Daw. Es posible que le hubiera gustado que lo llamaran Jack Daw de no haber sido el carnicero a quien se le había ocurrido.

Suspiró. Tenía catorce años y la pierna demasiado torcida para sustentarse con el trabajo de un hombre, o eso decían todos. Lo único que sabía hacer era permanecer quieto con la vista fija, hasta que alguien le daba una bofetada para sacarlo de su embotamiento. Por eso lo habían conducido hasta el puesto centinela de la montaña y la diminuta cabaña que había allí para refugiarse cuando llovía. Orinaba en los helechos y vaciaba sus tripas en un pequeño foso a escasa distancia de allí, con un bonito y esbelto fresno al que agarrarse mientras estaba acucillado. A mediodía, su madre le traía unos huevos hervidos o un poco de carne y pan, lo que fuera que le hubiera sobrado, y al final de mes los comerciantes lugareños pagaban a su madre por su trabajo. Había acabado por aceptar que no era una vida tan mala. En verano, otros subían a la colina en los días soleados para disfrutar de la caricia del sol en sus rostros y del panorama. Odiaba aquellos momentos y a aquellas personas que le pisaban la sombra, como a él le gustaba mascullar en voz baja. Ya le fastidiaba suficiente que la viuda Jenkins subiera renqueando a cubrir el turno de noche en aquel cerro, por más que cuando ello ocurría se limitaban a saludarse con la cabeza. En dos años, no le había dirigido la palabra ni una sola vez, y a él ya le parecía bien. Llevaba tanto tiempo solo que no conocía nada más.

Su madre decía que había muchachos y simplones en las cumbres de toda la costa, mucho más allá de donde alcanzaba la vista. Daw no estaba seguro de si podía creerla cuando le recitaba de un tirón los nombres de poblaciones que no conocía y nunca visitaría. Eran lugares remotos, y le costaba imaginar a las personas elegantes que vivían en las ciudades, en casas de piedra y con amplias carreteras. En ocasiones soñaba con viajar al sur para ver a otros como él y se imaginaba bronceado por el sol y con aspecto saludable,

ascendiendo a sus cumbres y saludándose con la cabeza, como iguales. Tal pensamiento le hacía sonreír, aunque sabía que nunca se haría realidad. No, pasaría su vida a la intemperie y vería las hojas reverdecer y volver a teñirse de dorado cada año. Conocía aquella montaña mejor que nadie y, de tanto observarla, había acabado por amarla, tal como amaba el mar que se extendía más allá, con sus distintos temperamentos y colores.

Con cuidado, ensartó un trocito minúsculo de tocino en una rama y se apartó con tanto sigilo que apenas hizo ningún ruido. Alzó los ojos hacia la copa del castaño para avistar a la ardilla roja que moraba en algún lugar por encima de su cabeza. Había tentado al animal a que se le acercara un poco más cada día, probando con frutos secos y una gotita de miel, con cualquier cosa que pudiera robar de la cocina de su madre. Tenía grandes esperanzas depositadas en el tocino. A todo el mundo le gustaba.

Dio unos pasos atrás y se dio media vuelta para contemplar el horizonte. Entonces se quedó helado. Se olvidó al instante de la ardilla. Corrió hasta el borde del acantilado, entornando los ojos aunque el cielo brillaba débilmente.

Barcos. Allí, en las grises aguas, cada uno de ellos tan largo como un dedo. Había permanecido en pie en aquel lugar en invierno y verano durante dos años, y otros dos antes, cuando era aprendiz de Jim Saddler. El viejo se quejaba de estar perdiendo vista, y también del muchacho que lo reemplazaría. Había golpeado a Daw demasiadas veces para recordarlas todas, pero le había enseñado a leer las banderas y los estandartes, le había hablado de los barcos vikingos, y de cómo remaban o navegaban a vela, y del aspecto que tenían las naves francesas y los colores que ondeaban. Hacía un año que el viejo Jim yacía bajo la tierra, pero la mente de Daw vaciló mientras observaba aquellas naves, las contaba y memorizaba. No eran mercaderes que se apiñaran en busca de seguridad en mar abierto. Tampoco eran barcos ingleses. Y no eran ni uno ni dos, sino una verdadera flota, integrada por más de treinta buques, habría jurado.

Daw miró a la inmensa pila de madera que había a unos cuarenta metros de su pequeña cabaña. Era parte de su trabajo desmontarla y volverla a montar cada mañana, para mantener la madera seca. Tenía lonas para cubrirla cuando había tormenta, bien atadas. Sabía que prendería y que tenía que actuar con rapidez, pero permaneció allí plantado, mirando alternativamente la flota y la hoguera.

Se sacudió para despertarse mientras blasfemaba en voz baja. La lámpara de aceite estaba encendida en la cabaña, ¡gracias a Dios! Era su primera tarea del día y aquella fría mañana no la había esquivado, para poder darse el gusto de presionar las manos contra el vidrio caliente hasta que le quemara tanto que no pudiera soportarlo más. La agarró del estante en el que estaba junto con un manojo de cerillas y corrió hasta la hoguera. Se puso a cuatro patas para introducir los mixtos en llamas, sopló y alimentó el fuego con musgo seco hasta que prendió. Las llamas envolvieron los palos en equilibrio cual cintas rojas, empezaron a crepitar y a caldear la savia que seguía corriendo dentro de la madera. Cuando Daw estuvo seguro de que el fuego estaba bien prendido, regresó corriendo a la cabaña y agarró puñados de grandes helechos verdes, que arrojó al fuego para formar una humareda gris que se elevara decenas de metros por encima de su cabeza.

Entonces permaneció de pie, con las manos en jarras, y cayó en la cuenta de que respiraba entrecortadamente mientras contemplaba a la flota enemiga atravesar el mar del Norte por la costa inglesa. No volvió la vista cuando el cuerno de alarma sonó en el pueblo que descansaba a sus pies, aunque imaginó las mejillas del carnicero enrojecidas al soplarlo con fuerza. Daw sonrió al pensar en ello y justo entonces detectó otra chispa de luz.

Se volvió hacia ella, abriendo los ojos como platos. A lo largo de la costa, más lejos de lo que él había viajado nunca, se había encendido otra hoguera. Mientras la contemplaba, vio centellear otro punto de luz aún más distante. Giró sobre sus talones y se le abrió aún más la boca al ver otro resplandor a unos diez kilómetros de distancia. Hombres y niños como él respondían al aviso, y lo transmitían. Solo alcanzaba a ver un número muy reducido, pero Daw tuvo una visión que lo dejó sin respiración, de hogueras que se propagaban por todo el litoral, comunicando su palabra. Por un instante, sintió miedo, pero el orgullo ahuyentó toda inquietud. Sonrió y deseó que su perro hubiera estado allí.

Eduardo había estado observando la costa deslizarse ante ellos, a kilómetros de distancia por el lado de babor, con una mezcla de nostalgia y desesperación. Había intentado no pensar en Inglaterra durante sus meses de exilio. No tenía sentido hacerlo mientras estaba desterrado y sin posibilidad de regresar. Sin embargo, entonces, con las montañas de creta en tonos

marrones y verdes y con los magníficos acantilados curvos hablándole a algo que le corría por las venas, no podía más que contemplarlos lleno de esperanza.

Apareció un punto de luz sobre una de las altas colinas de creta. Desde aquella distancia, no alumbraba más que una simple antorcha, pero, bajo su atenta mirada, cobró vida una hilera de aquellos puntitos, que uno a uno se fueron encendiendo como las cuentas de un collar, dibujando una cadena. Era extraño pensar en los hombres que se encontraban en cada una de aquellas cumbres, prendiendo las hogueras, anunciando que barcos en el mar amenazaban la costa. Eduardo vio el sol ponerse tras el horizonte. En breve no serían más que gotas de color ámbar sobre un terciopelo negro. Alzó los ojos hacia el mástil que había por encima de su cabeza.

—¡Capitán! ¡Ondead mis colores! El Sol en Llamas, por favor. Hacedles saber que he regresado.

Tardaron un rato en encontrar el enorme estandarte en el armario de las banderas, pero el duque Carlos conocía bien a Eduardo y no lo defraudó. El rollo de paño bordado atado a cuerdas se enarboló en lo alto del mástil y ondeó sobre sus cabezas. Eduardo escuchó vítores en los barcos a todo su alrededor, extendiéndose de uno a otro en cuanto divisaban sus colores al viento. Sonrió cuando su hermano salió de las bodegas con gran estrépito y a punto estuvo de caer en cubierta por las prisas.

—Ya saben que estamos aquí —dijo Eduardo, señalando con la mano la línea de luces.

¿Cuánto se extendería hacia el sur antes de que algún jinete portara la noticia al interior? ¿O habría ya hombres a caballo, galopando a través de los estrechos callejones para ser los primeros en llegar junto al rey Enrique en Londres?

Su hermano Ricardo alzó la vista hacia el Sol en Llamas y rio.

—¡Bien! ¡Dejemos que se asusten! Nos persiguieron hasta echarnos y esa deshonra no pervivirá, hermano. No para los hijos de York. ¡Que ardan las hogueras! ¡No nos detendremos hasta que solo queden cenizas!

10

Aquella misma noche anclaron frente a Cromer, en la costa este de Inglaterra, y enviaron a las tripulaciones de los barcos en busca de simpatizantes y caballos en alquiler. Eduardo y Ricardo cenaron con Rivers y el barón Say a bordo del *Mark Antony*, a la espera de noticias. Por primera vez en meses podían recabar la palabra de sus partidarios sin la sensación de hallarse superados por los acontecimientos, o algo peor: que alguien interceptara y leyera sus mensajes. Las palomas procedentes de Flandes no siempre rendían bien. La cetrería y la arquería eran obsesiones en la mayoría de las poblaciones inglesas y podían descifrar sus mensajes codificados. Algunas veces, la única manera fiable de proceder era hallarse en presencia de un hombre y preguntarle qué sabía.

El amanecer del día siguiente fue un momento de nervios para toda la flota. Solo unos cuantos barcos habían osado acercarse; el resto se mecían en las aguas, sin dejar de faenar, a la espera de que les comunicaran que regresaran o de recibir la señal de perseguir a la flota que se avecinaba por el canal de la Mancha, al sur. No ayudaba que las hogueras siguieran humeando al alba, rellenas y reconstruidas a lo largo de la costa, hasta donde alcanzaba la vista en medio de la neblina. Miles de personas acudieron a las playas a comprobar qué sucedía, temblando por el frío mientras contemplaban los estandartes de York, conscientes de que el rey Eduardo no se había marchado tranquilamente al exilio.

Varias horas después de mediodía, el capitán flamenco del barco informó de haber divisado la bandera de señales. Envío un bote a gran velocidad antes de que su hombre fuera asesinado en la playa por quienes lo habían visto ondeándola en los barcos. Fue una pelea reñida y el hombre se presentó ante Eduardo y Ricardo de Gloucester con un ojo morado y el labio partido.

Eduardo apartó su plato y ofreció al hombre una copa de vino por las molestias.

—¿Qué habéis averiguado, sir Gilbert? —preguntó.

Solo sus gruesos dedos toqueteando el mantel revelaban la trascendencia que daba a aquella respuesta.

—Alteza, traigo un mensaje sellado de Thomas Rotheram, obispo de Rochester. —El caballero le entregó una cinta sellada con un disco de lacra con un nombre garabateado en el sello a modo de prueba—. Os jura lealtad, pero afirma que su alteza no debe desembarcar en Cromer. Los duques de Norfolk y Suffolk han sido encarcelados por orden de Warwick por negarse a jurar lealtad a... Enrique de Lancaster. —Sir Gilbert Debenham tuvo la precaución de no referirse al «rey Enrique» en tal compañía.

Eduardo se estremeció y se llevó la lengua al hueco que había dejado su muela podrida al ser extraída, un recuerdo de un gran dolor seguido de dos días de fiebre y sudores. Había previsto que Norfolk, en concreto, le brindara la entrada al país.

—¿Qué más? —quiso saber Eduardo.

El caballero mostraba claras reticencias a seguir hablando, pero Eduardo le hizo un gesto impaciente con la mano, desviando la mirada ensimismado mientras sir Gilbert volvía a tomar la palabra.

—El conde de Oxford ha declarado su lealtad a Lancaster, milord. Tiene bandas de hombres diseminados por toda esta región del país, listos para unirse y luchar, según me ha informado el obispo. Si convocáis a sir William, milord, os dirá que ha escuchado lo mismo, aunque por otro canal. Tal como están las cosas, alteza, Cromer no es buen puerto.

—Podéis marcharos, sir Gilbert. Y decidle a mi sobrecargo que os coloque un ángel de oro sobre ese ojo amoratado. Me han dicho que obra maravillas.

El caballero sonrió de oreja a oreja al escuchar aquello e hizo una reverencia profunda antes de marcharse.

—Menudo varapalo —masculló Eduardo—. Norfolk era el punto perfecto para desembarcar, al alcance de Londres y con buenos hombres para congregarse bajo mis estandartes. ¡Qué extraño, Ricardo! ¿Conocéis a De Vere, el conde de Oxford?

—Lo suficiente como para saber que no nos daría su apoyo, al margen de

lo que le ofreciéramos. Su padre fue ejecutado por felonía, ¿no es cierto? ¿Hablamos del mismo hombre?

—Sí, de ese mismo. Y su hermano mayor también. ¡Supongo que no me agradece que le permitiera quedarse con el título! —Eduardo sacudió la cabeza. Llevaba la melena suelta y le enmarcaba el rostro como una capucha de cota de malla—. Si no le hubieran cortado la cabeza, habría hecho que azotaran a Worcester por su maldita crueldad. Escuchadme bien, Ricardo, si los enemigos que hizo se alzan contra mí en cada puerto... no sé qué será de nosotros. No debería haberlo nombrado nunca condestable de Inglaterra.

—Worcester os dio su apoyo, hermano. Según me han dicho, ver a los Lancaster lo enfurecía tanto que no soportaba que siguieran con vida. No debéis culparos por cada juicio, cada multa impuesta o cada criminal decapitado. ¡Fue él quien tomó las decisiones!

—Pues no seguiré haciéndolo. Si sobrevivimos, Ricardo, vos seréis condestable y disfrutaréis del estipendio anual y los elegantes apartamentos de Londres. Debemos deshacernos de su locura.

Ricardo de Gloucester sonrió sorprendido, complacido de verdad.

—Si sobrevivimos, creo que disfrutaré de tal tarea. Me honráis, Eduardo —respondió.

Su hermano se encogió de hombros.

—No significará nada si no desembarcamos. Si no es en Cromer, ¿entonces dónde? El sur es territorio hostil. No podemos hacerlo en Kent ni en Somerset, ni en Sussex, Devon, Cornualles o Bristol. Son todo plazas fuertes de los Lancaster. Mi vida no valdría un penique de plata si desembarcamos más al sur de aquí.

—Se dice que la propia ciudad de York nos ha dado la espalda —apuntó Ricardo con tristeza—, pero seguramente Northumberland se alzaría con vos, por Dios y por el honor de los Percy. El heredero de los Percy teme demasiado al hermano de Warwick, Montagu, que tiene sus ávidos ojos puestos en su antiguo título.

—Tal vez no me tengan en gran estima en York, pero me deben lealtad, ¡no amor! ¡Al diablo con todos! Ansiaba regresar al mismo lugar que había abandonado para que me vieran alzarme de nuevo.

—Pero esa puerta está cerrada. Viajamos al norte, ¿entonces? Tenemos que desembarcar en algún sitio, y nuestra primera misión será alejarnos de la

costa y dejarnos ver. Lo sabéis bien. Hay una docena de lores que os darán su apoyo solo si ven que no se trata de una causa perdida. Hacedles creer que podéis ganar y acudirán prestos a alzarse de vuestro bando. Desembarcad y marchad, Eduardo, eso es todo. Tenéis mil seiscientos hombres.

—Hombres flamencos —rezongó Eduardo por lo bajo.

—El resto vendrá después.

—O contemplarán cómo me encamino hacia las espadas de la familia Neville —atajó Eduardo.

—Sí, en efecto. Pero evitad hacerlo —replicó su hermano.

Eduardo sonrió, sin apartar la vista de su copa. Sentía una mezcla de hosca ira y diversión por sus propios defectos.

—Enrique IV de Bolingbroke regresó del exilio —dijo al fin.

Ricardo alzó la cabeza al instante, comprendiendo a qué se refería.

—Y se hizo con el trono —dijo.

—Desembarcó en Ravenspur, en el estuario del Humber, ¿lo sabíais? —añadió Eduardo, con la vista perdida en la distancia.

—Resonaría como una campana —respondió Ricardo.

Sus miradas tropezaron y asintieron a la vez, tras haber llegado a un acuerdo tácito y ahorrarse la desesperación de otra noche. Eduardo se puso en pie y abrió la puerta del camarote para llamar al sirviente que aguardaba fuera.

—Instruid al capitán para que guíe al resto de la flota. Zarpamos hacia el norte, rumbo a Ravenspur. Plantaré allí mi bandera.

Warwick volvió a notar el peso de la armadura. Llevar atadas las cinchas de las placas le evocaba muchos recuerdos, pocos de los cuales le resultaban agradables. San Albano, con su padre; Northampton, donde había apresado a Enrique por primera vez, y San Albano de nuevo, donde lo había perdido. Pero sobre todo recordaba Towton, con su espanto y su matanza. Algunas de las placas de su armadura habían sido rehechas en los años transcurridos desde entonces, mientras que otras seguían mostrando mellas antiguas, pulidas a meras sombras en el acero. Miró las capas de cuero manchadas de sudor de su casco y no sintió deseo alguno de ponérselo.

Su hermano John había partido por delante de él; había salido a caballo en

cuanto la noticia de la flota había llegado a Londres. Derry Brewer se había convertido en un fantasma al que solo podía vislumbrarse en la distancia y luego corriendo de acá para allá con su bastón repiqueteando en las baldosas de piedra. El jefe de los espías apenas parecía dormir y daba la sensación de que se había echado encima otra docena de años. Le había explicado a Warwick que había puesto al descubierto las vidas secretas de hombres que le habían sido fieles durante décadas solo para lanzarlos a las calles en busca de noticias. Es posible que los espías de Derry no vistieran armadura, pero eran esenciales para la causa. Había corrido la noticia de un desembarco por toda Inglaterra. Ningún barco podía atracar en los guijarros de las costas del país sin que horas más tarde los alguaciles locales tuvieran noticia de ello.

Warwick agarró la espada con la mano derecha e inspeccionó la hoja pese a que sus escuderos y criados habían revisado hasta la última pieza de su equipamiento una docena de veces. Su caballo aguardaba en los establos que formaban parte del Salón de Westminster, listo para cabalgar hacia el noroeste. Warwickshire era su sede de poder y su título principal, al margen de todos los otros que el Parlamento seguía reteniendo. Ya se ocuparía de aquellos botarates y sus disputas cuando regresara. El castillo de Warwick era donde había retenido prisionero a Eduardo de York. Deseó haberlo matado entonces y haberse ahorrado todos los años de dolor y miedo. Sentía rabia al pensar en los caminos que debería haber tomado y que ahora se le antojaban tan nítidos como la carretera hasta Warwickshire que se abría ante él. Suspiró al pensarlo, preguntándose si algún día volvería la vista atrás hacia aquel momento y sabría que tendría que haber obrado de otra manera.

Vio su expresión de seriedad en el reflejo del oscuro cristal de las ventanas y sofocó una risa. Ningún hombre podía actuar envuelto en tantas dudas y disyuntivas. Lo único que podía hacer era actuar sabiendo que, en ocasiones, se equivocaría, como todo el mundo. Pero permanecer inmóvil lo convertía en un instrumento en manos de otros hombres, un peón que permanecía sentado, temblando, sin atreverse a moverse hasta que lo apartaban con brusquedad.

Se ajustó la espada a la vaina; era una larga espada de caballería con tres dedos de ancho en la base y lo bastante dura como para cortar con ella una plancha de hierro. Recordó una vieja leyenda sobre el rey Ricardo I, apodado «Corazón de León» por su bravura. Había usado una espada justo como

aquella para partir el asa de una maza de acero en dos piezas. Bastaría.

Richard Neville pronunció una oración por su padre, el conde de Salisbury, por su madre, enterrada en la abadía de Bisham, por sus hermanos y por su propio destino. Si Eduardo de York contaba con una flota, significaba que también tenía un ejército, y ni los hombres ni los ángeles podrían impedir que desembarcara. Apenas habían transcurrido cinco meses desde que el propio Warwick había regresado a Inglaterra y se sentía satisfecho de sus progresos. Con la salvedad del golpe de mala fortuna que había permitido que Eduardo y Ricardo de Gloucester huyeran, había logrado cuanto se había propuesto. Si hubiera podido retroceder en el tiempo a un año atrás y decirse que restaurarían al rey Enrique en el trono y que en Inglaterra volvería a reinar la paz, se habría dado por satisfecho. Quizá.

Sonrió con sarcasmo, consciente de que tenía miedo, por más que intentara negárselo. Si Eduardo desembarcaba, Warwick tendría que enfrentarse a él en batalla. Solo de pensarlo notaba una mano fría estrujándole las tripas, exprimiéndolo. Y lo mismo debía de ocurrirle a cualquiera que hubiera visto a Eduardo en combate. Pese a ello, Warwick se alzaría contra los York, porque había renovado sus juramentos y había tomado partido. Y porque tenía una hija casada con el príncipe Lancaster de Gales.

Se pasó los dedos por el cabello, comprobando la fortaleza y determinación que le devolvía su imagen en el reflejo de un largo espejo. No podía permanecer en Londres mientras Eduardo desembarcaba en el norte. En un momento como aquel tenía que salir al país, cabalgar y congregar las cuadrillas de hombres que aguardaban a que se pusiera al mando de un ejército. Temía a Eduardo, por descontado, pero se recordó que la valentía sin miedo carece de valor. Un hombre incapaz de ver una amenaza no podía reunir el coraje para oponerle resistencia. Una vez más, sonrió con sarcasmo. En tal caso, pensó, Eduardo lo había convertido en el hombre más valiente del mundo, porque Richard Neville, el conde de Warwick, sentía el mismo terror que cualquier otro hombre que se alzara frente a él.

Levantó la vista al notar que la ventana temblaba por efecto del vendaval, salpicada de súbito por gotas de lluvia, a medida que las nubes se propagaban por encima de la ciudad. Warwick cerró el puño y, al hacerlo, escuchó el hierro y el cuero crujir. Esperaba que Eduardo se hallara en el mar, en medio

de una tempestad. Las costas eran crueles y los barcos podían colisionar contra las rocas a causa del viento o irse a pique bajo olas tan altas como agujas de catedrales. Quizá Dios le ahorrara trabajo, aunque solo fuera esta vez, despedazara aquellos barcos e hiciera naufragar todos los sueños de York.

—De ser así, Señor, erigiría capillas en vuestra gloria —murmulló en voz alta, se santiguó y agachó la cabeza.

El viento en el exterior pareció avivarse y las gotas de lluvia repiquetearon en el oscuro vidrio. Warwick había pasado gran parte de su vida en el mar. Por más que le pesara, tembló al recordar a hombres luchando sobre las aguas negras en una noche como aquella.

Eduardo notó el miedo hincharse en su pecho y anegarlo como si le hubiera engullido una ola. Con la luna y las estrellas ocultas tras densos nubarrones, prácticamente no veía nada. El mundo entero parecía haber enloquecido: el barco zozobraba en todas direcciones. Se había acostumbrado al suave vaivén de la proa, pero aquel nuevo movimiento era completamente distinto; cada nuevo bandazo quedaba súbitamente interrumpido por el caos de las olas que golpeaban los flancos. Su hermano Ricardo había adquirido un tono blancuzco en la piel que empezaba a virar al verde y, con el mar tan agitado, no podía asomarse por la popa si no quería que se lo llevaran las olas. El capitán había enviado a un hombre a atar a Ricardo a un mástil con nudos rápidos, y allí se había vomitado encima y refunfuñaba.

Con la oscuridad, el capitán del *Mark Antony* había perdido de vista la costa. A partir de aquel momento, sin el más mínimo destello de estrellas o de la luna por el cual orientarse, el gran temor era que el temporal los estuviera conduciendo hacia el litoral y acabaran estrellándose contra las rocas. Para desconcierto de Eduardo, seguía habiendo hombres en lo alto de los obenques, sin refugio de las salpicaduras y del viento tempestuoso, a pesar de que debía de hacer un frío infernal allí. Su salvación, sus vidas dependían de divisar la orilla antes de estrellarse contra ella. Aquellos hombres permanecieron donde se encontraban sin emitir queja alguna, ateridos y escudriñando a su alrededor, volviendo adelante y atrás sus cabezas para vislumbrar entre la clamorosa negrura algo que pudiera ser tierra.

Eduardo detestaba sentirse indefenso. Al ver avecinarse la tormenta, él y su hermano habían entendido que como mejor podían ayudar a la tripulación era quitándose de en medio. Los marineros arriaron la vela y lanzaron por la borda el ancla de mar, una balsa de tablones y lona vieja sujeta a un cable del grosor del brazo de un hombre que podía proporcionarles cierto agarre en un mar embravecido. Eduardo y Ricardo creían haber visto tormentas antes, pero ninguna comparada con aquella. Las olas crecían más y más bajo los truenos y los relámpagos zigzagueaban de súbito sobre sus cabezas, creando un silencio y una ceguera inmensos hasta que la mitad del océano impactaba contra las cubiertas en forma de espuma y torrentes, y enviaba a hombres al mar por la borda. Bajo el último resplandor, los hijos de York se miraron horrorizados, sin saber qué hacer, aturridos e indefensos a medida que las horas transcurrían, mientras rezaban por que el barco se mantuviera a flote, navegara y no se hiciera pedazos contra la orilla y los convirtiera a todos en pálidos pescados desperdigados por las playas del norte y del sur, a esperar a que extraños rebuscaran en sus bolsillos y les robaran.

—¡Tierra a la vista! ¡Tierra a babor! —gritó una voz desde lo alto, casi ahogada por el viento y el mar.

Eduardo alzó la vista y luego miró al frente, esforzándose por divisar lo que fuera que el marinero había avistado. También el capitán miró hacia arriba y giró de forma brusca los remos que servían de timón con ayuda de otros dos hombres, pateando la cubierta y tirando con todas sus fuerzas, maldiciendo por la frustración mientras batallaban con olas de un tamaño y un peso superiores a los del propio barco.

—¡Tierra a la vista! ¡Tierra a babor! —volvió a exclamar aquella voz solitaria—. Resistid.

Por un instante, a Eduardo le pareció ver una luz flotando y luego hundiéndose en la oscuridad, aunque sabía que todo el vaivén se concentraba en el barco del que dependía su vida. Había escuchado decir que existían poblaciones que vivían de los naufragios, poblaciones cuyos habitantes colocaban lámparas en las montañas en las noches de tormenta para guiar a los capitanes desesperados hacia las rocas más mortíferas para poder apoderarse de los restos de sus cargamentos. No sabía si debía mencionar aquella luz, que había desaparecido tan pronto como la había visto. La atisbó de nuevo, esta vez por encima de su hombro izquierdo, y los marineros

estallaron en vítores.

—¿A qué viene ese jaleo? —gritó Eduardo a un miembro de la tripulación que pasaba por allí.

—¡Porque la luz está lejos! —respondió el hombre. Transportaba un inmenso rollo de cuerda y se tambaleó cuando el barco dio un nuevo bandazo. Estuvo a punto de caerse, pero Eduardo alargó la mano y lo sujetó—. Gracias —dijo el marinero bruscamente, cuando al escudriñarlo más de cerca cayó en la cuenta de quién lo había agarrado del brazo—. Significa que no vamos a estrellarnos —aclaró—. Ahora el capitán nos dará media vuelta y nos dirigiremos hacia el este o el nordeste con ayuda del vendaval. Regresaremos por la mañana.

—¿No podemos llegar hasta la orilla? —inquirió Eduardo, con la sensación de ser un ingenuo o un niño.

Estaba impaciente por pisar tierra firme de nuevo. El mar era un mundo aparte, y no era un mundo del que disfrutara. Como si quisiera resaltar cuán equivocado estaba, el marinero soltó una carcajada ante su sugerencia.

—En medio de la tormenta nunca lo conseguiríamos. Hasta en el puerto más grande de Inglaterra moriríamos todos si intentáramos entrar a vela. Y sin las velas, es prácticamente imposible gobernar el barco, ¿entendéis? Intentar refugiarse ahora es una trampa mortal. No, la única alternativa es navegar por delante de la tormenta y esperar a que amaine.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Eduardo.

—En el norte, más allá de las islas Shetland, hace frío suficiente para congelar las cuerdas, si es que llegamos hasta allí. Si la tormenta no se calma, los tablones habrán saltado por los aires mucho antes de eso. No resistirán este embate durante demasiado tiempo, creedme. Nos hundiremos mucho antes de congelarnos de frío, de manera que no tiene sentido preocuparse por eso.

Para desconcierto de Eduardo, el marinero le dio una palmadita en el hombro y se marchó cargando con el rollo de cuerda hacia donde fuera necesaria, desapareciendo en la oscuridad. Con sumo cuidado, Eduardo se abrió camino hasta donde su hermano se encontraba atado, solo. Ricardo cabeceaba, el cabello le colgaba en greñas. Era la viva imagen de la desdicha.

—¿Estáis vivo? —preguntó Eduardo, dándole un codazo. Por toda respuesta recibió un gruñido, cosa que lo hizo reírse entre dientes—. Hemos

visto una luz en la orilla, hacia el oeste. Ricardo, ¿me oís? No puede ser una hoguera en una noche como esta. Este vendaval y esta lluvia la apagarían. Y solo hay una torre de luz a ciento cincuenta kilómetros a la redonda, en Grimsby, en el estuario del Humber. Creo que acabamos de pasar Ravenspur, Ricardo. Si Dios quiere, la flota sobrevivirá a este golpe y podremos regresar allí, ¿Qué creéis?

Su hermano no estaba dormido, pero estaba tan mareado que se había abstraído del mundo, como un hombre al que hubieran dejado inconsciente de un puñetazo. Haciendo acopio de fuerza de voluntad, levantó la cabeza para mirar a su hermano y lo mandó al infierno, situación que hizo reír a Eduardo.

La tempestad amainó durante la noche, hasta detenerse antes del alba, aunque no se hizo gran cosa hasta que volvió a lucir el sol. El *Mark Antony* había sido arrastrado hacia el norte, pero el mástil principal seguía intacto y el nivel de agua en el pantoque no era peligroso, aunque había alcanzado una línea marcada en los tablones a la que no había llegado durante toda una generación. El capitán en persona había descendido a echar un vistazo y Eduardo lo había acompañado y había observado muy atentamente el semblante del marinero, que no parecía complacido con lo que veía.

El mar seguía agitado; las olas seguían alzándose en crestas blancas y se convertían en espuma bajo las ráfagas de viento. Pese a ello, pudieron izar la vela, virar al sur contra el viento y encaminarse hacia el banco de tierra que convertía Grimsby en uno de los puertos pesqueros mejor protegidos del mundo.

La tripulación trajinaba mientras el barco zozobraba y se dirigía hacia la costa. Comprobaron hasta la última costura y junta, y repararon y remendaron todo cuanto se había soltado y descosido durante la tormenta. Hubo que volver a fijar barandales; el carpintero y su ayudante serraron maderos húmedos, los cuales emitían un ruido extrañamente reconfortante.

Hacia el mediodía, Ricardo de Gloucester había perdido parte de su color verdoso y por fin fue posible dejarlo rezongar tranquilamente asomado a la proa. Los marineros se sonrieron al escuchar sus ruidos, pero a él no le hacía ninguna gracia la situación. No participó en el despliegue de señales a la flota. En todo caso, el capitán observó con suma atención a las primeras dos

naves que se aproximaron, listo para izar las velas y navegar a la carrera si habían atraído la atención indebida. Había barcos en el mar dispuestos a abordar cualquier navío azotado por una tormenta sin pensárselo dos veces. Era probable que algunos de ellos se hubieran hecho a la mar aquella mañana con la esperanza de avistar uno de dichos navíos. Pero la flota volvió a reunirse; la mayoría de los barcos llegaron procedentes del norte y el este, por donde se habían dispersado. Eduardo decidió subir en persona hasta el punto más alto del mástil para contar los barcos, y desde allí disfrutó de una vista que no olvidaría nunca. Treinta y dos barcos regresaron a apiñarse en torno al *Mark Antony*. Estacionaron en formación cerrada, lo suficientemente espaciados para evitar colisiones, y luego esperaron mientras el día se escurría entre los dedos y la marea empezaba a subir nuevamente.

El capitán del buque insignia aguardó cuanto pudo, pero quedó claro que Eduardo no cejaría en su búsqueda de los barcos desaparecidos. Al final, el capitán en persona trepó al mástil y solicitó permiso para llevar a la flota a puerto. En realidad, habían sido afortunados al perder solo cuatro barcos y en torno a doscientos hombres y cuarenta caballos, que se habrían hundido en las profundidades o bien habrían sido capturados por una fuerza armada. El sol se acercaba nuevamente al horizonte y Eduardo se rindió y dio su consentimiento.

Los capitanes de la flota habían estado aguardando sus órdenes. Los barcos desplegaron sus velas y avanzaron hacia la gran desembocadura del río Humber, cuya anchura entre ambos bancos de arena excedía los tres kilómetros. Por motivos de seguridad, entraron en columnas de tres en fondo. Las tripulaciones notaron un descenso repentino del viento y un cambio en el ritmo del oleaje que indicaban la presencia de tierra entre sus naves y las grandes olas del océano. Quienes se habían mareado empezaron a sentirse mejor y vieron que delante de ellos, resplandeciente en dorado bajo el sol poniente, se extendía la lengua de tierra de Ravenspur, cuyo brazo los rodeaba, protegiéndolos de las tormentas en mar abierto. Se divisaba un grupúsculo de casas colgantes en el filo del precipicio, tan expuestas que, a simple vista, parecía que la tormenta pudiera llevárselas.

Treinta y dos barcos anclaron y se procedió a enviar botes a la orilla para garantizar un desembarco seguro para los hombres y los caballos. Algunos miembros de la tripulación miraron hacia el sur, en el lado opuesto del

estuario, donde se hallaban los muelles y embarcaderos, pero era en Ravenspur donde había desembarcado un rey, y Eduardo se limitó a soltar una carcajada mientras sacudía la cabeza de lado a lado cuando su hermano señaló, incapaz de articular palabra, hacia Grimsby, en la orilla de enfrente. Seguramente fuera uno de los pueblecitos pesqueros más pintorescos del norte, pero nadie había iniciado una revolución en Grimsby, esa era la verdad.

Antes de que la noche se cerrara sobre aquel brazo de tierra, Eduardo desembarcó en la orilla con su hermano y sus lores. El conde de Rivers y el barón Say ocuparon su lugar como sus guardias y representantes. En torno a otros doscientos hombres de entre quienes habían desembarcado se congregaron a su alrededor. No era casualidad que los pocos nacidos en Inglaterra y Gales también hubieran sido los primeros en pisar la orilla del reino que un día habían llamado hogar. También habían sido los primeros en ofrecerse voluntarios cuando Carlos el Temerario había solicitado hombres. Muchos de ellos no habían vuelto a poner el pie en Inglaterra desde la infancia, o desde que el delito que habían cometido en su loca juventud los había hecho poner tierra de por medio. Sus sonrisas de deleite conmovieron a Eduardo, que les sonrió. El resto desembarcaría al día siguiente, en lugar de arriesgarse a ahogarse en las lodosas aguas poco profundas. Al mirar a su alrededor, Eduardo sintió una gran alegría. Le brillaban los ojos.

—Traed mis estandartes —gritó.

Se los entregó su hermano, sujetos a postes de roble pulido de entre dos metros y medio y tres metros de alto. Eduardo los tomó en sus brazos con reverencia y se los apoyó en el hombro mientras avanzaba fatigosamente entre los hombres. Lo seguía su hermano, portando antorchas, y tras ellos avanzaba una multitud, arremolinándose a su alrededor mientras contemplaban con reverencia aquel acontecimiento.

A un centenar de metros de la orilla, Eduardo encontró una loma y clavó en ella su estandarte, con el sol poniéndose a su derecha. En el punto más elevado de aquel montículo, hincó las estacas de los postes de su estandarte con fuertes estocadas, hasta hundirlas en la tierra. Sabía mejor que la mayoría que se consideraba un mal presagio que uno de los estandartes cayera, de manera que aplicó toda su fuerza para afianzarlos bien en la arcilla. La rosa blanca, por su padre. El Sol en Llamas por sí mismo. Y los tres leones por la

corona de Inglaterra. A continuación se arrodilló, en silencio, y, al volver a alzarse, se santiguó. Había caído la noche... y estaba en casa.

11

Se tardó otro día en desembarcar al resto de las tropas de Eduardo desde la maltrecha y reducida flota. Algunos capitanes hallaron bancos de arena para encallar sus barcos, mientras que otros tuvieron que atracarlos por entre hierbas y lodo denso. Pese a la cautela con que procedieron, unos cuantos hombres con armadura se ahogaron, engullidos por el barro o el agua salada antes de que nadie tuviera tiempo de echarles una cuerda o sacarlos a rastras. Era un trabajo arduo y, para cuando el sol llegó al mediodía, todos se hallaban exhaustos y jadeantes.

Además del *Mark Antony*, seis de los barcos habían transportado caballos en compartimentos que podían derribarse en cuestión de momentos. Dos de ellos estaban concebidos para tal fin, dotados con cabestrillos y grúas para descender a los animales al agua, donde podían nadar hasta la orilla con los muchachos que se ocupaban de ellos. Los otros cuatro eran simples cocas mercantes con hondas bodegas que se habían adaptado de cualquier manera a su función. Se las condujo hasta la playa, a la máxima velocidad posible, y frenaron con gran estrépito y crujido de maderas. En su interior gimieron caballos aterrorizados, un lamento que se prolongó en la lejanía en aquella fría mañana. Aquellos barcos no volverían a navegar y sus tripulaciones los trataban como meros cascos ya muertos. Equipos de hombres martillaron el entablado y las vigas para abrir anchos orificios. Sacaron de allí a los lastimeros caballos, que, juntos, pateaban el suelo de matorrales y tenían aspecto de estar mareados tras la tormenta. Varios de ellos habían fallecido en medio del caos y los zarandeos del oleaje, ya fuera sobrecogidos por el mareo o asesinados por los mismos martillos que derribaron sus compartimentos y despedazaron el propio barco. Sus brillantes cuerpos negros se abandonaron en las aguas de sentina bajo el primer fulgor del sol.

Quizá por el hecho de que la tormenta hubiera pasado, se percibía en aquel día de marzo un toque de primavera, aunque lo que se congregaba en el llano fuera un ejército mugriento y zarrapastroso. Los botes continuaban yendo y viniendo de los barcos anclados, transportando armas, herramientas y piezas de armadura que habían hallado esparcidas por las cubiertas tras la tempestad. Los hombres lo notaban todo salado, pues la sal se había adherido a su piel y ropas como un fino polvo. Daban largos tragos a botellas y abrían los barriles de agua potable que llegaban flotando hasta la orilla, pero no bastaban para saciar su sed y hacía dos días que nadie probaba bocado, más allá de una magra ración de carne o pescado seco.

Eduardo miró a los hombres con quienes recuperaría su reino. Parecían ya derrotados, agotados y famélicos, cual pordioseros. Su hermano se mostraba harto entusiasta, y también lord Rivers, a cuyo lado se hallaba el barón Say. Aquellos hombres lo seguirían hasta el final, estaba convencido de ello. El resto comprobaría su estado lamentable al mirar a su alrededor y empezaría a dudar y a acobardarse.

—Lord Rivers —dijo—. Quitad mis estandartes del promontorio y entregádselos a tres de vuestros hombres. Empecemos con orgullo. La ciudad de Hull se encuentra a menos de cuatro leguas de distancia. Allí encontraremos dónde comer y reposar. Y más allá está York, donde congregaremos a más hombres bajo mis colores. ¡Esto no es más que el primer paso, caballeros! Capitanes, ordenad que vuestros hombres formen en columna.

Los veinte hombres con autoridad repitieron sus órdenes sobre los quejumbrosos soldados, apremiándolos a organizar líneas y formaciones, al tiempo que daban indicaciones a los muchachos que corrían a todo lo largo de la hueste con cuernos, gaitas y tambores. Empezaron a sonar los ritmos de la marcha sobre las salubres llanuras y quienes los habían escuchado con anterioridad notaron su perezosa sangre reaccionar bajo el frío. Alzaron sus cabezas para olfatear el viento. Dieron la espalda al mar y se dirigieron tierra adentro, dejando la flota para que la repararan y regresara a Flandes. Los capitanes de las naves sabían que no los volverían a necesitar. Eduardo no escaparía una segunda vez, independientemente de lo que el futuro le deparara.

Warwick no había disuelto su ejército durante los meses invernales, por más que mantener a veinte mil hombres alejados de su trabajo durante todo un invierno prácticamente lo hubiera dejado en la mendicidad. El problema era el caos que rodeaba a sus títulos. Sencillamente, no existía ningún mecanismo legal para devolver a la sociedad a un hombre previamente condenado a la muerte civil. Privado de sus rentas, Warwick se había visto obligado a vender pequeñas haciendas. No le había quedado más remedio. Había que pagar al ejército, además de alimentarlo, vestirlo y armarlo. Además, aquellos hombres necesitaban una tropa de artesanos y profesionales para mantenerse en el campo, desde herreros hasta curtidores, zapateros remendones, hilanderos, sastres, médicos..., demasiados para enumerarlos. Todo ello conllevaba la necesidad de encontrar un flujo de oro y plata, incluso aunque Warwick pagara lo más tarde posible, y lo hiciera siempre con uno o dos meses de retraso. Parecía pasar días enteros enclaustrado entre secretarios y fajos de documentos de contabilidad, hasta que le dolía la cabeza y le costaba enfocar la vista.

Pese a que aún no había recuperado legalmente los señoríos de Warwickshire, seguía teniendo la sensación de regresar a casa. Coventry era su feudo en Inglaterra, la gran ciudad al norte del condado. No era tan rica como Londres, pero aun así había conseguido préstamos de todas las casas monásticas locales, aceptando las condiciones que fueran. De un modo u otro, lo devolvería todo... y, si fallecía, no tendría que preocuparse por sus deudas. Era extraño notar esa sensación de libertad, reservada a los hombres sin hijos varones. Sus hijas quedarían bajo la protección del duque de Clarence y del príncipe de Gales. De un modo u otro, le correspondía a él recuperar su fortuna, e invertirla como considerase oportuno.

Los últimos eclesiásticos partieron con sus libros mayores, encorvados por la responsabilidad y la edad. Warwick se encontró a solas por primera vez en seis días y notó que se le nublaban los sentidos. Desde que había recibido noticia del avistamiento de aquella flota había estado elaborando y planificando un millar de detalles. Y todo ello por la amenaza que suponía un solo hombre.

Se abrió la puerta al final de la sala. Warwick levantó la vista sorprendido por la interrupción y se descubrió recibiendo a Derry Brewer con una sonrisa. Jamás se le habría ocurrido que acabaría entablando amistad con aquel

hombre. De hecho, ambos se habían encontrado en bandos opuestos más de una vez. Su hermano John Neville no sentía ninguna simpatía por aquel individuo, si bien a regañadientes había acabado por tenerle respeto por su lealtad. Richard Neville pensaba, en cambio, que, si había sido capaz de perdonar a la reina que había asesinado a su padre, entonces sin lugar a dudas podía perdonar a sus sirvientes. Warwick se sintió orgulloso de sí mismo por ello, como si hubiera alcanzado una sabiduría que no quedaba al alcance de muchos otros hombres.

—Creía que regresabais a Londres, maese Brewer —le dijo mientras Derry se aproximaba, repiqueteando con su bastón.

Era curioso, pero, pese al reciente aprecio que Warwick sentía por él, cobró conciencia de la daga que llevaba en la cadera. Notó una punzada de un cinismo cansino, pero no alejó la mano de la empuñadura. El mundo había demostrado ser un lugar duro, de traiciones y brutales asesinatos. No volverían a sorprenderlo con la guardia baja.

—Y así es, esta tarde —respondió Derry—. Mientras reunía a mis abejitas, he pensado en tomarme un momento para visitaros.

—¿Vuestras «abejas», Derry? Supongo que os referís a esos hombres y mujeres cuchicheantes a quienes dais empleo.

—Me gusta imaginar a mis gentes acomodándose aquí y allá, Richard, sin que nadie se dé cuenta de su presencia, mientras se mantienen a la escucha. O tal vez se deba a que las noticias que me traen me saben a miel.

—¿Alguna novedad? —preguntó Warwick, enderezándose.

—Tal como dijisteis, Londres está demasiado al norte de Inglaterra para sernos de utilidad. Las novedades siempre llegan pasadas de fecha. Pero Coventry, esa tierra intermedia, es un corazón que palpita y tiene cerca de cuatro kilómetros de sólidas murallas que he aprendido a valorar con el paso de los años. Me gusta. Tal vez me instale en una casa aquí cuando me jubile... si encuentro un patrón dispuesto a alquilarme una propiedad a un precio razonable.

Warwick se rascó el lóbulo de la oreja.

—Imagino que un hombre con información útil puede llegar a todo tipo de acuerdos, maese Brewer. Depende de lo que haya oído.

—Sí, estoy seguro de que así es —replicó Derry, rindiéndose.

Lo cierto era que poseía una casita en los Rookeries de Londres y una

casa solariega a las afueras, a nombre de un viejo amigo, un arquero. Apenas había pasado un mes en aquel lugar durante toda la década previa, pero seguía soñando con cuidar de sus colmenas y podar los manzanos cuando el hijo de Enrique ocupara sano y salvo el trono y York no fuera más que una marca negra en los pergaminos. Le devolvió la sonrisa a Warwick, observando con su único ojo el agotamiento de aquel hombre más joven que él y entendiéndolo por completo. Ninguno de ellos sobreviviría si permitían que Eduardo ganara, y ambos lo sabían.

—He oído que Eduardo y su hermano partieron de Flandes con más de mil soldados. Tengo allí a un hombre de confianza que afirma que se trata de mercenarios de Borgoña, aunque eso ya podíamos imaginárnoslo. Aun así, el muchacho se merece un mecenas y le dije que le encontraríais un lugar en las filas.

Warwick hizo un ademán de desinterés con la mano.

—¿Qué más da incluir a otro más en nómina? Tengo a miles de hombres durmiendo en la plaza del mercado, aquí, ¿los habéis visto? Y muchos más marchando arriba y abajo del castillo de Warwick. Cada mañana me visitan el gran alcalde y los concejales de Coventry con sus sombreros en las manos para preguntarme si me importaría pedirle a mi ejército que deje de robar comida y molestar a sus muchachas. Tuve que colgar a un tipo grandullón por asesinar a un lugareño, ¿podéis creerlo? ¡Tuve que arrebatarse la vida por hacer lo que necesito que haga! Tengo la sensación de haberme convertido en la enfermera de todos ellos, o en un tutor, o en... ¡un contable! Y mientras aguardo, cada día que transcurre noto cómo me aprietan las empulgueras, cada vez más y más...

—Calmaos, Richard —dijo Derry—. Divisamos una flota, eso es todo. Además, la espera es el peor momento. Si nos precipitamos y la tempestad ha hecho pedazos los barcos de Eduardo, quedaríamos como unos insensatos. ¡Pensadlo! Y si desembarca en York, recordad todo lo que hemos hecho en meses recientes por recordarles lo sucedido en Towton. Tener al Lancaster en el trono es sinónimo de paz, hijo. Y la paz conlleva comercio. Y el comercio supone riqueza. Eso les explicamos cuando preguntan. Con educación y firmeza, les decimos lo que quieren oír. Las ciudades del norte no quieren las guerras de Eduardo. Aún recuerdan la última de ellas.

A Derry le complació comprobar que Warwick finalmente le prestaba

atención.

—Cuando desembarquen, mis abejas me lo comunicarán tan rápidamente como puedan y nos cerniremos sobre él desde una gran altura. Tenéis al conde de Oxford de vuestra parte, y al duque de Exeter, al de Essex y Devon, y a Somerset en la costa, en el sur, esperando a que cruce Margarita. Y tenéis a vuestro hermano John, e imagino que también disponéis de vuestros propios hombres de confianza en el norte, con palomas para informaros en cuanto divisen a nuestro grandullón, ¿no es cierto?

Derry hizo una pausa hasta que Warwick asintió. Se habían llevado las palomas a York meses antes, listas para echar a volar rumbo a Londres. Se mordió el labio y farfulló una maldición al pensarlo. Las aves pasarían directamente por encima de Coventry para dirigirse hacia las callejuelas de Westminster en las que se habían criado. Otro más que añadir al millar de asuntos que debía analizar y planificar.

Derry Brewer divagaba como si fuera ajeno a ello, pero Warwick sabía por experiencia que rara vez se le pasaba por alto una reacción a sus palabras, incluso aunque solo tuviera un ojo. En ese aspecto, y solamente en ese, Derry le recordaba al monarca francés, otro hombre que observaba con más atención de lo que los buenos modales dictaban.

—Y Eduardo cuenta con su hermano Ricardo y con lord Rivers, leal como un viejo perro. El barón Say también se marchó con él y es probable que continúe de su parte, saboreando las migas que caen de sus grandes e impacientes fauces.

Derry sonrió al imaginarlo, pero luego se puso más serio.

—Hay algunos hombres en quienes no confío, Richard: el conde Percy, en el norte, por ejemplo. Vos lo conocisteis cuando era aún un muchacho, así que supongo que ello sería motivo para descartarlo. Pero vuestro hermano John continúa diciéndole a todo el mundo que recuperará ese título, y ello podría impulsar a Percy a respaldar a los York, mientras que si vuestro hermano mantuviera la boca cerrada, es posible que se quedara al margen de la situación.

—Hablaré con John —dijo Warwick.

Brewer se encogió de hombros.

—¡Ya es demasiado tarde para eso! Todo el país sabe que vuestro hermano reclama el título o cree hacerlo. ¿Y qué hay de Clarence? ¿Podéis

confiar en él?

Warwick pensó en su yerno por un instante y luego asintió con la cabeza.

—Sí. Yo estaba presente cuando su hija nació y murió en el mar. No ha perdonado a su hermano, todavía no.

—Parece tener demasiadas aspiraciones, para alguien que se ha decantado por su esposa y por la venganza. ¿Herederero al trono? ¿Sabe ya lo del matrimonio de vuestra hija con Eduardo de Lancaster? ¿No sitúa eso a Clarence aún más lejos del trono? ¿Qué importancia tendrá entonces el «segundo en la línea de sucesión»?

Warwick soltó un bufido.

—Su principal aspiración es el ducado de York, y Eduardo lo reclamará por encima de cualquier otro derecho. Confiaré en la ambición de mi yerno, incluso aunque se suavice en lo demás.

—Vos perdonasteis a Margarita de Anjou —le recordó Derry, hurgando en heridas antiguas.

Warwick le lanzó una mirada asesina.

—Lo hice porque era el único modo de recuperar mis títulos. Pero me he hartado de malpensar.

—Eso ya lo veo. Solo digo que a Clarence podría ocurrirle lo mismo. No confiaría en él en el campo de batalla si el día puede volverse en mi contra, ¿me entendéis? Eduardo, Ricardo y él... Los tres compartieron la pérdida de un padre. Recelad de los hijos de York, eso es todo. Pensad en vuestros propios hermanos, incluso en John con su mezquina ira y su sensación de tener el mundo a la contra. Si se desenvainan los cuchillos, seguirá siendo de los vuestros.

Warwick soltó una carcajada.

—Velaré por que John no os escuche afirmar tal cosa nunca. Entonces sí que conoceríais su mezquina ira, y su rencor. John me aconsejó desconfiar de Clarence. Sois más parecidos de lo que ninguno de los dos admitiríais. ¡Gemelos en vuestras sospechas! Pero permitidme que os diga lo que sí importa, Brewer: he congregado y alimentado a más de veinte mil hombres este invierno. Pensadlo por un momento, pensad en sesenta mil comidas al día durante meses y meses, en el equipamiento, los caballos, las armas y la tierra. Les he pagado para que permanezcan en Warwickshire, en el corazón de Inglaterra, para adiestrarse y perfeccionar sus habilidades y su formación.

Y cuando Eduardo se abalance contra nosotros, y lo hará, rodearán a sus pocos hombres y los reducirán a pedacitos. —Se recostó en su silla y dejó ir el aire. —Temo a ese hombre, Derry, no me avergüenza reconocerlo, como no avergonzaría a nadie que luchara en Towton. Por eso tengo a arqueros ampliando su alcance fuera de las murallas de Coventry. Por eso tengo a diez mil hombres marchando para ganar velocidad y fuerza, y luego adiestrándose en los campos de los alrededores del castillo de Warwick. Y más aquí, en Coventry. Y aún más listos para acudir si se avista a Eduardo.

Derry hizo una pequeña reverencia, echando la pierna derecha un poco hacia atrás.

—Me alegra oírlo, Richard. Me gustaría ver el final de esto, y sabéis que Eduardo tiene que morir para que haya un final. ¡Ni siquiera tiene treinta años! Habéis visto cómo será vuestra vida si él continúa vivo. Pasaréis el resto de vuestros días esperando a que soplen los cuernos y todo el país se alce y nos engulla. Cinco meses de tormento me han resultado insufribles. ¿Os imagináis vivir cinco años de este modo?

—No, soy incapaz de hacerlo —respondió Warwick—. Y estoy de acuerdo, Derry. Pase lo que pase, no los dejaré con vida. Cometí ese error en el pasado, cuando tuve prisionero a Eduardo en el castillo de Warwick, y esta es mi oportunidad de enmendar mi error. Mi última oportunidad.

—No esperéis —añadió Derry—. Se hará más fuerte con cada día que pase, una vez que desembarque. Sabéis la capacidad que tiene para atraer a las multitudes, a todos los desposeídos, a todos los iracundos, y a todos esos caballeros y lores que no ven ningún futuro especial para sus familias bajo la casa de los Lancaster. Todos ellos le darán su apoyo. Debéis partir en cuanto tengáis noticia de su desembarco. Habéis establecido aquí vuestro campamento base, lejos de Londres, y ha sido un gesto inteligente. Desde aquí podéis convocar a vuestros ejércitos y arremeter en cualquier dirección. Que Dios esté con vosotros, hijo. No la fastidiéis.

—Entonces ¿no os quedáis? —preguntó Warwick, aunque ya conocía la respuesta.

Derry negó con la cabeza, con una sonrisa socarrona en los labios.

—Haré compañía al rey Enrique en Westminster, donde está a salvo. Soy demasiado viejo para marchar y siempre he dicho que mi trabajo concluye cuando empieza el combate. Lo único que deseo ahora es disfrutar de una

jubilación tranquila, y ver la cabeza de Eduardo expuesta en el puente de Londres. Ese día no tendré problemas en perdonarlo, pero no hasta entonces.

—Idos en paz, maese Brewer. Espero que brindéis en mi honor con una pinta cuando volvamos a encontrarnos. Y transmitid mis oraciones al rey Enrique.

—Ah, su majestad no lo entendería, Richard. Ya no. Pero sí brindaré con una pinta o dos de cerveza londinenses, eso sí puedo prometéroslo. Hasta que volvamos a encontrarnos, hijo.

Las murallas de Hull, de ladrillo rojo oscuro, medían cerca de setenta metros de altura en su punto más bajo y estaban puntuadas por altas torres a todo lo largo del río y alrededor de la ciudad amurallada. La doble columna de Eduardo había recorrido fatigosamente los veinticinco kilómetros que las separaban de las marismas. Ahora sus hombres se alzaban frente a ellas, aguardando pacientemente a que les permitieran atravesar la puerta más cercana, mientras los habitantes del interior de las murallas se agolpaban en todos los huecos abiertos para contemplarlos con lánguida fascinación.

Los estandartes de Eduardo ondeaban con orgullo ante las murallas de la ciudad, pero la puerta que tenía enfrente permanecía cerrada. Eduardo sabía que habían advertido su llegada, lógicamente. A los centinelas que montaban guardia en aquellos torreones no se les habría pasado por alto que se acercaba un gran número de hombres armados. Pero les denegaban la entrada. Mientras intercambiaba una mirada de ira con su hermano Ricardo, se descendió de la ciudad a un heraldo sobre una plataforma de madera accionada con una polea. En cuanto pisó tierra, el hombre se alejó rápidamente, justo a tiempo para que volvieran a alzar la plataforma con el cabrestante.

—Imagino que no porta buenas noticias —farfulló Ricardo—. Parece que Hull se decantará por los Lancaster, hermano. ¿Quién habría podido pensarlo?

El heraldo se les aproximó e hizo una reverencia profunda. Hombre anodino, vestía la librea de la ciudad y tenía el cuello recubierto de una costra blanca que bien podía estar causada por unos hongos o por un sarpullido. Se la rascaba mientras hablaba, y tanto Eduardo como Ricardo sintieron deseos de alejarse rápidamente de la enfermedad que tuviera.

—Milores, el Consejo de la ciudad prefiere mantenerse al margen de cualquier conflicto.

—Si me denegáis la entrada, os ponéis del bando de la casa de Lancaster —replicó Eduardo sin rodeos.

El hombre tragó saliva y volvió a rascarse, con los ojos como platos a causa del miedo.

—Yo soy un mero mensajero, alteza. No pretendo insultaros. Tenemos miedo y las puertas permanecerán cerradas. Es todo lo que me han dicho que os comunique.

—Regresad entonces e informad al Consejo de que no lo olvidaré. Regresaré aquí y me encargaré de ellos cuando haya concluido mi labor. Es todo cuanto tengo que deciros.

Eduardo dio media vuelta a su caballo e hizo un gesto con la cabeza a su hermano.

—Continuemos. No suplicaré a estas gentes su ayuda. Soy el rey de Inglaterra y ellos son mis súbditos. He plantado mis malditos estandartes. Es lo único que necesito.

Sin volver a mirar al sarnoso heraldo, Ricardo echó a cabalgar tras su hermano, de regreso hacia los rostros impertérritos de sus soldados flamencos. Eduardo se los pasó de largo a caballo, presa de la ira, hasta que, un kilómetro y medio más allá en la carretera, detuvo su caballo y desmontó.

Aunque no habría comida, Ricardo dio órdenes de acampar durante la noche y enviar a quien supiera en busca de un rebaño local o a cazar presas, mientras que los demás se acomodaban en la medida de lo posible sobre la tierra húmeda. Solo los caballos podrían alimentarse, gracias a la hierba de la primavera. A menos que encontraran unas cuantas ovejas o vacas, la mayoría de los hombres estarían hambrientos, y al día siguiente les tocaba recorrer otros cincuenta kilómetros a pie. Ricardo envió a uno de los capitanes a recoger los estandartes de su hermano y, mientras lo hacía, se puso a cavilar. Cabalgó por el camino en dirección oeste, una pista ancha mejor que la que habían tomado desde la costa.

—Y bien, ¿qué habrías dicho vos en mi lugar, Ricardo? —preguntó Eduardo cuando se le acercó—. ¿Debería haberles suplicado que me dejaran entrar, siendo como soy su rey ungido y coronado?

—No creo que lo hubieran hecho tampoco —respondió Ricardo—. Pero

he vuelto a acordarme de Enrique de Bolingbroke. También a él le rehusaron la entrada cuando llegó al norte y tuvo que dejar de reclamar la corona.

—Pero él no era rey, ¿no es cierto? —inquirió Eduardo—. No entonces. Estas personas se habrían arrojado a mis pies hace menos de seis meses, ¿y ahora se atreven a decirme que no abrirán sus puertas? No lo olvidaré, Ricardo. ¡Lo recordaré!

—Hermano, escuchadme. El viejo Enrique de Bolingbroke les aseguró que no tenía interés en la corona de Inglaterra. En lugar de ello, les dijo que había venido a reclamar sus títulos personales. Y los pueblos y poblaciones no pudieron negárselos. Ahí tenéis vuestra puerta. Alzad solo el estandarte de York y el Sol en Llamas cuando lleguemos a la ciudad de York mañana. Dejad los tres leones enrollados, y quizá nos abran las puertas. Sois el primogénito de Ricardo de York: nadie puede disputaros vuestro título.

—El Parlamento ha declarado mi muerte civil —replicó Eduardo, algo más sosegado.

Su hermano soltó una carcajada.

—Un Parlamento que se encuentra a muchas leguas de distancia. Esto es Yorkshire, hermano, un mundo ajeno a los asuntos de Londres. Alzad solo el estandarte de York y vuestra propia insignia mañana. Y rezad.

12

Eduardo podía sentir la puerta de Micklegate Bar a medida que se alzaba ante él. Su hermano había indicado a los capitanes que se aproximarían a la ciudad de York desde el sur, según era tradición, y que allí solicitarían al alcalde permiso para entrar. Después de que las puertas de Hull hubieran permanecido cerradas, no era algo que tomarse a la ligera. No obstante, la verdad era más lúgubre y compleja. La puerta de Micklegate Bar era donde se habían expuesto las cabezas del duque de York y su hijo Edmundo, clavadas en estacas para que se pudrieran. Durante años, Eduardo había soñado con descolgarlas de allí: la primera mañana después de Towton, todavía salpicado de sangre y tierra, había acudido a aquel lugar y había puesto fin a la humillación de su familia.

El conde de Warwick se había alzado junto a él aquel día, en el que él mismo había retirado también la cabeza de su propio padre. Costaba creer que Eduardo pudiera alzarse contra aquel hombre, convertido ahora en su enemigo, después de haber compartido un momento como aquel de sus vidas. A Eduardo le bastaba cerrar los ojos para recordar el lugar que había visitado diez años atrás. Dejó que su caballo lo guiara hasta allí. Su hermano Ricardo lo observó preocupado, pero no podía comprender lo que sentía, pues no era más que un chiquillo cuando Eduardo había derrotado a los Lancaster y había vengado a su padre y a su hermano.

Eduardo abrió los ojos. La ciudad de York tenía una conexión más íntima con su familia que ningún otro lugar de Inglaterra, cosa que hacía que, al acercarse a ella, sintiera arrastrar consigo todos sus triunfos y desastres del pasado, en una suerte de tempestad interior. Le costaba respirar y estaba acalorado, aunque hacía frío.

La puerta estaba cerrada, si bien tal hecho, en sí, no era ninguna sorpresa.

El cometido de las murallas era precisamente ese: proteger a los hombres, las mujeres y los niños del interior de ser pisoteados por cualquier fuerza saqueadora que pasara por allí. Dotadas de impresionantes puertas y torres de piedra, las ciudades podían prosperar y crecer. En el pasado, esas mismas ciudades habían vivido aterrorizadas ante la aparición de saqueadores vikingos o de ejércitos particulares de lores en disputa. Las murallas de York les infundían seguridad y orgullo mientras contemplaban, a sus pies, el estandarte de la rosa blanca y, tras él, el Sol en Llamas de Eduardo.

Ricardo de Gloucester alzó el puño derecho para indicar a las tropas que se detuvieran, orden que se transmitió por toda la columna. Ambos hermanos intercambiaron una mirada y continuaron su avance solos, entre el repique y los roces de las pezuñas de sus caballos, cuyo eco devolvían las murallas. Micklegate Bar se alzaba amenazadora sobre la puerta que había a ras de suelo, una ancha torre con ventanas y pasarelas, un símbolo de poder en sí misma que proclamaba a York como un centro de comercio... y de fortaleza.

Al llegar a la altura de las puertas, los hijos de York refrenaron sus caballos y aguardaron mientras un hombre aparecía caminando con paso firme por encima de sus cabezas. El alcalde Holbeck parecía aturullado; con el rostro rosado y brillante, caminaba con un pliego de documentos en las manos, como si estos fueran a protegerlo. Abrió la boca, pero Eduardo se le adelantó:

—Acudo aquí no como rey de Inglaterra, sino como duque de York. Habéis visto mis estandartes. Los señoríos de mi familia se encuentran en las proximidades. Únicamente solicito atravesar estas murallas en paz, para adquirir alimentos y permitir descansar a mis hombres. Más allá de eso, no solicito nada, por más que esta ciudad lleve mi nombre y las cabezas de mi padre y de mi hermano se exhibieran en la misma puerta en la que vos os alzáis, señor.

El alcalde se estremeció al escuchar las últimas palabras y se aferró a sus papeles con mayor fuerza aún. Pero Holbeck no era ni un insensato ni un hombre débil. Miró hacia abajo, en dirección a los dos hermanos, y constató en estos su determinación. Tras ellos, un ejército se alzaba cual lobos salvajes, contemplando a una ciudad a la que seguramente dejarían sin comida y sin cerveza. Holbeck sacudió la cabeza a ambos lados ante aquella idea, pensando en sus hijas.

—Milord, sé que sois un hombre de honor, y confío en vuestra palabra. Si me juráis paso franco, ordenaré que os abran las puertas. Escoged a... una docena de hombres para que penetren en la ciudad con vos y reunid las provisiones que necesitéis. No puedo autorizar nada más sin eludir mi juramento a la casa de Lancaster. No puedo hacer más, milord, por más que quisiera.

El alcalde Holbeck cerró la boca y permaneció cabizbajo mientras Eduardo apartaba la vista.

—Es mejor que nada —murmuró Ricardo.

Su hermano asintió y tomó aire para gritar su respuesta.

—De acuerdo, alcalde Holbeck. Tenéis mi palabra, en mi nombre y en el de quienes tienen un compromiso conmigo. No habrá enfrentamiento de armas, heridas ni actos desagradables. Con vuestro permiso, entraré con mi hermano y una docena de hombres para reunir vituallas y agua para quienes siguen amando York. —Se llenó los pulmones de nuevo para proyectar la voz hacia los centenares de ciudadanos que estarían apiñados en el interior, cerca de las murallas, alargando el pescuezo para escuchar cada palabra—. Si algún hombre de esta ciudad desea unirse a mis tropas, será bienvenido. En caso contrario, no lo olvidaré cuando regrese. Soy el duque de York, el título de mi padre. Soy Eduardo Plantagenet, cabecilla de mi casa, por mi honor. Os he dado mi palabra, en el nombre de Cristo.

El alcalde hizo una señal a hombres situados por debajo de él y estos desatrancaron las puertas y retiraron las cadenas. Eduardo esperó hasta tener una docena de sus hombres a la espalda y después entró a caballo bajo la torre. No se encogió cuando la sombra de la estructura lo cubrió, si bien se detuvo en el patio interior y dio media vuelta a su montura para contemplar la hilera de picas de hierro clavadas en la piedra.

—Ahí, Ricardo. Esa zorra de Anjou colgó ahí la cabeza de padre, bañada en brea para que mirara boquiabierto a las multitudes... y con una corona de papel.

Ricardo miró a su hermano mayor y vio que le brillaban los ojos. En aquel momento se preguntó si romperían el juramento que les había franqueado la entrada a aquel lugar. Los guardias estaban atentos a todo cuanto acontecía, algunos de ellos armados aún con ballestas, pero se sentían avergonzados de ver a un hombre que había sido rey señalando hacia el lugar

donde se había expuesto la cabeza de su padre.

—Me habría gustado verlo —dijo Ricardo—. Yo no era más que un niño cuando vencisteis en Towton. Daría lo que fuera por haber estado con vos aquí aquel día.

Eduardo se estremeció.

—No, si hubierais estado aquí, no hablaríais con ese anhelo. Aquel día... —Se rascó la cabeza—. Lo tengo grabado en el recuerdo, un recuerdo espantoso. —Miró de nuevo hacia la puerta de Micklegate Bar—. Cuando el sol volvió a elevarse en el cielo, ascendí a esa muralla y descolgué las cabezas de nuestro padre y de nuestro hermano Edmundo. Ennegrecidas por la brea, apenas guardaban ya parecido con ellos, aunque sí reconocí el cabello de padre... —Eduardo se interrumpió; la pena le había formado un nudo en la garganta que le impedía continuar—. Margarita las colgó ahí a modo de insulto y, para burlarse de que un hombre como nuestro padre aspirara a llevar una corona, le colocó una de papel. Yo, en cambio, soy su hijo ¡y porté una corona de oro, Ricardo! Me he sentado en el trono y he batallado bajo los estandartes reales. —Soltó el aire despacio, obligándose a serenarse hasta que pudo volver a mirar a Ricardo y a su alrededor, a los intimidados guardias y al alcalde, que seguía esperando a que le dirigieran unas palabras. Eduardo hizo caso omiso de todos—. Ella sigue con vida, Ricardo, y con un hijo hecho ya un hombre, de la edad que nuestro hermano Edmundo tenía cuando lo decapitaron. ¿No es curioso pensarlo? A veces creo que no tenemos más rienda sobre los acontecimientos de nuestras vidas de la que vos y yo tuvimos en esa tempestad en el mar. El destino se limita a zozobrarlos y azotarlos. Algunos naufragamos y desaparecemos... y otros nos elevamos sobre el grueso oleaje sin que pueda atribuirsenos el mérito. —Su voz había cobrado fuerza y parecía llenar el patio amurallado, cosa que hacía que hombres y mujeres lo observaran atentamente—. Pero yo me alzo ante la ola que me engullirá y no tengo miedo. Soy la casa de York, hermano. Pertenezco a una estirpe ancestral. No me alejaré de la tormenta, aunque me arrastre hasta el fondo del mar. Y, si lo hace, volveré a ponerme en pie...

Había aún gentes en York que seguían queriendo a Eduardo como rey. Ovacionaron sus palabras desde las ventanas y las calles que conducían hasta el corazón de la ciudad. Ricardo se les sumó, alzó los brazos y jaleó a su hermano con ellos.

Con esfuerzo y dolor, Eduardo se había rehecho de la ruina en la que se había convertido. Era un momento de pura alegría y Ricardo rio mientras desmontaba y aplaudía, bajo la estupefacta mirada del alcalde a su espalda.

—Venid, señor. Tenemos un ejército leal de York que necesita comida caliente... y he oído decir que también algo de cerveza. Sacad vuestras cacerolas y toneles para nosotros. He aquí un buen hombre.

El alcalde se estremeció al notar la palmada en el hombro, mientras seguía mirando a su alrededor a quienes vitoreaban a Eduardo de York y notaba su rubor. Había jurado personalmente lealtad a un heraldo que portaba el sello de Lancaster. Le había parecido lo correcto pocos meses atrás, si bien no esperaba que el rey Eduardo en persona regresara para poner a prueba su palabra. Pero allí se hallaba, ante él, como si nunca se hubiera ido. Pues bien, haría cuanto pudiera.

—Seguidme, milord. He hecho traer carros y medias reses, os lo mostraré. Vuestros hombres cenarán bien hoy.

El reducido ejército de York había recorrido cincuenta kilómetros aquel día. Los soldados tenían los pies cansados y estaban hambrientos. Recibieron con una gran ovación la apertura de las puertas al ponerse el sol, tras las cuales apareció una fila de carros y calderas humeantes. Los capitanes se encontraron en apuros para contener a sus hombres, que se abalanzaban sobre la comida, berreando y dando palos de ciego. Los ingleses de cuna se deleitaron haciendo presión como un solo grupo, al tiempo que retenían al resto algo más atrás, para que se formaran colas. De otro modo, la situación sería caótica, tal como explicaron lentamente y en voz alta a los hombres de Borgoña y Flandes.

Había comida y bebida de sobra para todos, de manera que llenaron sus petacas y añadieron docenas de carros a su equipaje, suficientes para próximas comidas. Algunas mujeres de la ciudad acudieron también como parte del convoy, tras disponer con los capitanes y los lores el pago por sus trabajos. A decir verdad, todos aquellos hombres agradecieron su presencia y quedó fuera de toda cuestión que pudiera vejarse o maltratarse a ninguna mujer respetable. Las mujeres se encargaron de cocinar y remendar, y quedó claro que quien fuera lo bastante estúpido como para decirles una palabra fuera de tono tendría que vérselas con sus compañeros.

La columna se amplió con el casi centenar de damas de York, que,

remangadas hasta los codos y con las capuchas y chales bien sujetos, subían a los carros y se ponían a las riendas de ponis viejos y adormilados. En conjunto, la escena presentaba el aspecto de un ejército en movimiento, una estampa muy distinta a la de columna de refugiados que habían ofrecido con anterioridad.

No podía hacerse un llamamiento general a las armas, pues Eduardo había convenido en no convocarlos como rey de Inglaterra. Aun así, hubo hombres que acudieron a él. Cuando se cernió la noche, dejaron la ciudad en grupos de dos y tres, vestidos con cota de malla y cargados con las armas que tuvieran, caminando con orgullo para unirse al campamento. Allí se los recibió con buen humor y satisfacción, al tiempo que se les ponía una jarra de cerveza en las manos. Se les asignó el capitán que los comandaría, y se promovió a algunos de entre los nacidos en suelo inglés. Cierto era que los recién llegados no sumaban más de trescientos en la mañana, y que el resto de la ciudad prefería permanecer a salvo tras las murallas. Pero era un principio y Eduardo lo afrontó con semblante valiente, pese a su decepción. Al alba, dirigió a su ejército hacia el sur, entre el sonido de los tamborileros y los cuernos. Necesitaba dejarse ver.

Tras ellos, las palomas chacoloteaban en el aire, liberadas desde callejuelas de la ciudad. Las aves hallaban su rumbo describiendo grandes círculos por encima de las murallas y luego, guiándose por un sentido ancestral, se encaminaban hacia el sur, portando las noticias del desembarco de York. Al verlas pasar, Eduardo y Ricardo tuvieron un mal presentimiento, pero volaban demasiado alto para los arqueros. Se les hizo un nudo en el estómago al pensar que la noticia de su regreso se les adelantara y llegara a Warwick y a Londres.

Desde York, tomaron la carretera hacia el sur durante un trecho. Al pasar junto a Towton humillaron sus cabezas en señal de respeto hacia quienes habían dejado allí sus cadáveres. Al llegar a Ferrybridge, Eduardo cabalgó sobre una pasarela que había sido destruida y reconstruida sumido en un recuerdo solemne.

A la altura de Pontefract, la carretera estaba pavimentada con buena piedra. Para entonces, Ricardo había diseminado ya exploradores en un amplio radio de acción, y estos cabalgaban por delante de las filas que

avanzaban a pie. Fueron ellos quienes comunicaron que los estandartes de Montagu ondeaban sobre las almenas del castillo de Pontefract.

Eduardo desconocía cuántos hombres protegían aquellas murallas, pero aun así cabalgó hasta el borde de estas, al alcance de las flechas, y desafió a Montagu a salir. No halló respuesta. Algunos de los hombres de Eduardo mostraron sus desnudos traseros a la fortificación. Ricardo encontró aquel gesto divertido, mientras que su hermano tenía el semblante tenso y fingía sonreír al dar la orden de proseguir la marcha. John Neville, lord Montagu, había participado en su humillación el año anterior. Habría sido un principio magnífico dar caza al hermano de Warwick tras sus murallas y colgarlo de las entrañas. Eso habría hecho doblar las campanas que Eduardo quería oír. En lugar de ello, tuvo que limitarse a continuar cabalgando, volviendo la vista atrás para mirar por encima del hombro a los estandartes que seguían ondeando en las almenas, como si pretendieran dañar su ambición.

El castillo de Sandal era un lugar de peregrinaje especial para los hijos de York. Allí, su padre y su hermano habían sido asesinados por una reina francesa que luchaba con escoceses frente a hombres de mejor calaña. Eduardo y Ricardo se arrodillaron sobre mantos y rezaron por las almas perdidas en aquel lugar y por la guía que necesitarían para perpetrar una venganza tan esperada. No era demasiado pedir, no en Sandal, a escasa distancia de la ciudad de Wakefield. Al menos allí, tan cerca del feudo de su padre, no se les negó atravesar las murallas. Eduardo empeñó su anillo a cambio de un préstamo de mil ángeles de oro y luego cambió la mayoría de ellos a plata para pagar a sus soldados los servicios prestados.

Otros ochenta hombres se le unieron al presenciar tan generoso acto, entre ellos diez caballeros y una docena de herreros y herradores con hojas para forjar hierro en las manos. Era un número tan reducido que Eduardo estuvo a punto de caer presa de la desesperación, pero los recibió como hermanos y departió en persona con cuantos le fue posible. En privado, le comentó a Ricardo que temía contemplar la imagen del primer ejército avanzar contra su reducido contingente. Temía que los liquidaran sin contemplaciones. Inglaterra dormitaba y Eduardo no encontraba el modo de despertarla, de despertar a sus gentes.

La primavera se apreciaba más a cada día que pasaba, también en los campos, donde los pastos crecían. Ricardo envió a heraldos a comunicar su

llegada, pero los recibieron personas frías y hoscas de corazón. Pocos fueron los que acudieron; parecían haber dado la espalda a la casa de York.

Entonces empezó a propagarse la noticia, de tal manera que cada población y ciudad a la que llegaban sabía de antemano que York había regresado. Algunas poblaciones se mostraron hostiles y los abuchearon a su paso o utilizaron hondas para arrojar piedras a los caballeros armados. Eduardo contuvo el deseo de prender en llamas esos pueblos y ciudades a su paso. Era el rey retornado, no un usurpador desalmado. Lo enfurecía lo indecible, pero se limitó a mostrarse duro y digno en sus reproches, en lugar de echarles la mano al gaznate, como le habría gustado hacer. Él y su hermano se sentían solos al anochecer, pese a que su ejército crecía lentamente, por docenas o veintenas de hombres. En Doncaster, un viejo compañero de caza consiguió reunir a doscientos hombres, todos ellos bien armados y equipados. William Dudley también aportó una inmensa cantidad de clarete en un carro, y se mostró asombrado al descubrir que Eduardo no pensaba beber ni una gota. Su promesa de abstinencia seguía vigente, si bien Ricardo vio que su hermano se relamía los labios secos al ver aquellos buenos odres y barricas. Tal vez la mirada penetrante de Ricardo ayudara a Eduardo a no sucumbir a la tentación.

En Nottingham, dos hombres a quienes Eduardo había nombrado caballeros dos años antes se unieron a su columna, aportando con ellos a seiscientos soldados exhaustos y sucios por el viaje, tras recorrer a grandes zancadas unos ciento cincuenta kilómetros en su estela para darles alcance. Eduardo notó un ánimo renovado al pensar en cuántos otros le debían su sustento y sus fincas, desde humildes casas solariegas y licencias comerciales hasta barones y condes a mansalva. Apenas cinco meses antes, era su señor feudal. Y aunque algunos de ellos estuvieran irritados, todo apuntaba a que no habían olvidado sus juramentos.

En Leicester, el primero de sus grandes potentados hizo gala de su lealtad: el barón Hastings se presentó ante él y, arrodillado, renovó su juramento al «verdadero hijo de Dios y rey de Inglaterra». Eduardo lo abrazó presa de la felicidad, por su lealtad, y también por los tres mil hombres en filas regulares que Hastings había llevado consigo hasta la carretera de Londres. En total, seis mil hombres siguieron a los dos hijos de York portando en alto los estandartes de los tres leones junto con los de la rosa de

York y el Sol en Llamas. Ya no había ambiciones ocultas cuando Eduardo recorría a zancadas los campamentos. Hablaba con quienquiera que lo interceptaba y aseguraba que había venido a recuperar su corona.

Aquella noche, Ricardo y Eduardo compartieron el pan con lord Hastings y su capitán, sir William Stanley. Nuevamente, Eduardo se abstuvo de tocar el vino o la cerveza y quienes lo conocían bien se mostraron solemnes, incluso conmovidos por los cambios que vieron en él. Comió poco y apartó un plato sin rebañarlo, mientras miraba a los recién llegados con ojos transparentes y buen tono de piel, convertido en la viva imagen de la salud.

—Alteza —dijo Hastings sonriendo de oreja a oreja—, me llena de alegría veros tan sano y fuerte. Ojalá todos los hombres de Inglaterra pudieran contemplaros en este momento y compararos con el ser enfermizo y su esposa francesa que ofrecen la alternativa.

—Y con hombres como Warwick, alteza —añadió sir William Stanley, alzando la copa—. ¡Que la maldición y la muerte se abatan sobre él!

Stanley tenía un aspecto enjuto y fuerte en comparación con algunos de los de su rango, con una barba lustrosa recortada de manera impecable alrededor del mentón y densos bigotes rizados. Eduardo podría haberlo malmirado por petimetre, pero su hermano, lord Stanley, había sido un fiel partidario suyo y se decía que su benjamín conocía las artes de la guerra tanto como cualquiera que hubiera consagrado su vida a ellas. Ricardo recibió sin reservas el brindis de Stanley alzando su copa. No habría un nuevo acuerdo con Warwick, eso estaba descartado. No podía confiarse en hombres que habían obrado como traidores tantas veces; había que liquidarlos como se liquidaría a un perro rabioso.

—Vuestros tres mil hombres son más que bienvenidos, lord Hastings —respondió Eduardo, acomodándose—. Les daré un buen uso. Y, bien, decidme: ¿qué novedades tenéis de Warwick y del conde de Oxford? De todos esos traidores y malnacidos que creían que podían expulsarme de Inglaterra y no pagar un precio por tal deshonra. Habladme de ellos.

Hastings soltó una risotada como un ladrido al ver a Eduardo tan fiero y fanfarrón.

—Debe de haber unos seis mil hombres reunidos en Newark, milord, comandados por De Vere, el conde de Oxford. Y una fuerza aún mayor aguarda con Warwick en Coventry, al sur. Hay quien dice que cuenta con

unos veinte mil hombres allí, quizá más. —Por un instante, Hastings pareció incómodo, pero se obligó a continuar hablando—. Vuestro... hermano Jorge se halla al sudoeste de nuestra posición, milord, con unos tres mil hombres. Se dice que es leal a Warwick, por ser su suegro.

—Sí, lord Hastings. Eso dicen —replicó Eduardo, lanzando una mirada a Ricardo—. Mi hermano se ha dejado mancillar por la influencia de Warwick, es cierto. No puedo poner la mano en el fuego por él, pero reclamaré los lazos de sangre por encima de los del matrimonio y veremos por quién se decanta finalmente. —Eduardo agitó las manos para apartar de sí aquellos pensamientos desagradables—. Ya tengo una ruta, entonces, o al menos el primer paso. Newark, si se congregan allí, ¿cuánto tiempo nos llevará marchar hacia el norte? ¿Un día? No dejaría a esos seis mil hombres a mi espalda para que se reúnan con Montagu, si finalmente halla el valor de abandonar su castillo en Pontefract. Eso me iría bien, me brindaría la oportunidad de unir a esos hombres en compañías. La vida me ha enseñado que la guerra es un vínculo poderoso, Hastings. Y aunque quizá ya haya presenciado muchas batallas a lo largo de mi vida, todavía no he librado la última. Ordenad a vuestros hombres que se preparen para marchar antes del amanecer. Iremos en busca de esos viejos perros de Oxford y les haremos que se traguen sus desleales dientes a patadas. No los detendré, no hasta que hayan concluido su misión.

Los lores y capitanes de Eduardo lo recibieron con vítores y estrépito cuando se dejó ver completamente vestido con la armadura y con la cabeza descubierta antes de que naciera el sol. Complacidos de servir a un rey que se dignaba a esperarlos, cabalgaron a todo alrededor para sacar a los soldados de su sueño y hacerlos formar en filas. No había tiempo para tomar un desayuno como Dios manda, de manera que la mayoría de ellos dieron un trago de agua y agarraron los pastelitos de carne que les entregaban al pasar junto a los carros de las cocinas.

El caballo de guerra de Eduardo resoplaba y pateaba el suelo, contagiado del humor del hombre que aguardaba sobre su lomo. Su impaciencia se extendió al resto de los caballos y partieron a un ritmo que los hizo sudar tras recorrer apenas dos o tres kilómetros. Pero el camino era bueno y había arroyos a su paso que les permitían beber agua fría. Newark se hallaba a unos

treinta kilómetros de su campamento, pero mucho antes del mediodía alcanzaron las líneas externas de los exploradores de Oxford, quienes partieron inmediatamente al galope para portar la noticia de su avance.

Eduardo aminoró entonces el ritmo lo suficiente como para que sus capitanes dispusieran a los hombres en líneas más anchas para la batalla. Envío al centenar de artilleros franceses a las filas delanteras, ansioso por ver lo que podían hacer con las pesadas armas que portaban sobre los hombros. Las había visto con anterioridad, pero parecían provocar más ruido y humo que daño real.

No pudieron comprobarlo. Las filas de artilleros se encogieron de hombros y apagaron las espoletas de sus armas en cuanto el sol hubo llegado al mediodía. Ante ellos se atisbaba el rastro de miles de hombres que huían hacia el sur, hasta donde se perdía la vista. Siempre quedaban atrás restos que indicaban el paso de una fuerza armada: botones y correas rotas de sandalias, comida podrida arrojada al suelo, palos partidos y armas herrumbrosas. Eduardo estaba decepcionado, pero vio que a sus hombres les complacía comprobar que aquel día no lucharían. También su hermano parecía contento y, cuando Eduardo lo mandó llamar para preguntarle cuál era el motivo, Ricardo soltó una carcajada.

—¡No resistirán, hermano! ¿No lo veis? Primero Montagu se ocultó tras sus murallas y ahora Oxford y sus capitanes huyen corriendo al regazo de sus madres nada más ver a este ejército real marchando hacia ellos. Vuestra reputación os precede como si tuviéramos diez mil hombres más. Os tienen pavor.

—Más les vale —dijo Eduardo, iluminándose. Aparcó su deseo de dar el primer golpe y se limitó a aceptar que el hecho de que un enemigo huyera despavorido de ellos quizá les viniera bien o incluso mejor que una batalla para propagar la noticia de su llegada—. Ordenad a los hombres que acampen aquí —le gritó a Anthony Woodville mientras aquel hombre grandullón desmontaba a escasa distancia—. Pero mantened a los exploradores bien diseminados. No permitiré que unos pocos bribones me tiendan una emboscada. Aseguraos de que no nos sorprendan.

Lord Rivers inclinó la cabeza y partió a comunicar la noticia. El cuñado del rey se sonrió al ver el entusiasmo reavivado de Eduardo, tan distinto de los desalentadores meses que habían dejado atrás. Todos lo notaban. El

ejército era demasiado pequeño, bien lo sabía Dios, pero aun así era mejor moverse que echar raíces en un punto.

Se tardaron unas pocas horas en reunir a los simpatizantes que habían quedado rezagados. Aunque aún no había caído la tarde, Eduardo dio órdenes de que descansaran y se dedicaran a hacer las reparaciones necesarias. Pasarían aquella tarde primaveral reparando armas y cortes y preparando las inmensas cantidades de comida que necesitaban aquellos hombres sanos para marchar y luchar. Tramperos partieron al trote hacia los bosques locales, mientras que otros buscaban ganado para comprar o robar. Rivers soltó una risita al manear su caballo con una vieja rienda y retiró su silla y arreos. Recordaba lo gordo y borracho que estaba el rey Eduardo hacía poco. Tener de regreso al joven halcón entre ellos, esbelto y fiero, era una alegría.

Había exploradores yendo y viniendo del campamento yorquista a todas horas, cubriendo turnos de medio día para mantenerse bien despiertos y detectar a cualquiera que se les acercara sigilosamente por las colinas. La mañana siguiente, al amanecer, uno de ellos acudió cabalgando desde el norte, soplando su cuerno y dando la voz de alarma. Todo el campamento cobró vida cuando seis mil hombres se destaparon las mantas y tomaron sus espadas y armaduras. Rápidamente se difundió la noticia a gritos: se habían avistado los estandartes de Montagu, con miles de hombres detrás. Parecía que John Neville, al final, había salido tras ellos.

Eduardo se despertó sobresaltado y bostezó. Dormía tumbado boca arriba, bajo el aire de la noche, sobre una manta y tapado con dos o tres capas, de manera que su rostro quedara expuesto al cielo y a la humedad. Se levantó y se vistió mientras el joven y emocionado explorador, de pie junto a él, le comunicaba las noticias, orgulloso como un gallito de ser útil.

—Gracias, hijo —dijo Eduardo.

Buscó en una faltriquera un penique de plata y, en su lugar, se encontró en la mano un ángel de oro. El explorador abrió los ojos como platos y Eduardo se rio entre dientes. Dedicó un instante a buscar otra moneda y enseguida se rindió. Se hallaba de un humor extraño, alegre, ahora que su campaña parecía haber prendido mecha. Lanzó la moneda al aire y el joven la agarró pasmado, entusiasmado. Eduardo alzó la vista y vio a su hermano Ricardo observarlo divertido.

—¿Por qué os sonreís, hermano? —dijo Ricardo—. ¿No he oído acaso

que Montagu se acerca a nosotros por la retaguardia?

—Así es, Ricardo. ¿No lo veis? Warwick aguarda por delante con su ejército, con su hueste. John Neville se nos acerca por detrás como una sombra, lo cual nos obliga a dirigirnos al sur... tal como sucedió el año pasado, cuando huimos hacia la costa.

—No acabo de entender que eso explique el brillo de vuestros ojos... —replicó Ricardo, empezando a temer que su hermano hubiera perdido la cordura.

—La situación ha cambiado, Ricardo. Entonces yo tenía solo ochocientos hombres y era pleno invierno. Pero ahora cuento con seis mil y es primavera. Y vos sabéis que no soy el hombre que era. Escuchadme, hermano. Me los comeré vivos cuando vengan. Los acusaré de traición y de cobardía y escupiré sus huesos cuando haya terminado.

Derry Brewer levantó un tenedor de plata con un bocado de cerdo asado pinchado. El brillante cubierto era un regalo del embajador italiano, un hombre en cuya compañía Derry disfrutaba, aunque no le mereciera la más mínima confianza. No cabía duda de que el embajador D'Urso era un espía, si bien parecía auténticamente complacido de que la casa de Lancaster hubiera recuperado el trono. Las naciones antiguas preferían la estabilidad, se dijo Derry, no les gustaban los reyes usurpadores ni las revueltas campesinas. Tales cosas hacían temblar los cimientos de sus reinos. Antes de marcharse, el hombre le había dicho que Eduardo había salido por la puerta y tendría dificultades si pretendía entrar por la ventana, que probablemente se dejaría la piel en ello. Derry se rio entre dientes. Los extranjeros tenían unas expresiones muy simpáticas.

—Otra más, Enrique —dijo—. Venga.

El rey Enrique se enfurruñó un poco sin mirarlo a los ojos, pero abrió la boca y Derry le metió el trozo de carne con salsa entre los labios, tras lo cual lo contempló pacientemente mientras masticaba.

Alguien llamó entonces a la puerta y Derry dispuso la mesa de tal manera que la escudilla y el tenedor se hallaran delante del rey y nada delatara que lo había estado alimentando como si de un niño se tratara. Autorizó al visitante a entrar, consciente de que solo las noticias más importantes podrían haber superado las capas de guardias que había en cada puerta y en la escalera del

palacio de Westminster.

El hombre que entró por la puerta sostenía una paloma gris con las patas hacia arriba, aparentemente tranquila. Se la entregó a Derry, cuyo interés se avivó al divisar el diminuto tubo de latón que el ave llevaba en la pata. Comprobó que no hubiera sido vulnerado y devolvió la paloma al hombre mientras retrocedía, lanzando una mirada rápida al rey, que no había reaccionado en absoluto.

Derry desenrolló una diminuta tira de papel y se acercó a las ventanas para disponer de mejor luz para leerla. Luego la arrojó a la llama de una lámpara de aceite, volvió a sentarse al lado del rey Enrique y asió el tenedor y la escudilla, cuyo contenido hacía rato que se había enfriado.

—Eduardo de York ha desembarcado, alteza —dijo Derry en voz baja—. Cabalga hacia el sur, donde lo aguardamos.

No esperaba recibir respuesta y pestañeó cuando el rey contestó:

—El primo York es un buen hombre, Derry.

—Por supuesto que sí, majestad. Desde luego. Venga, continuemos, si no os importa. Un bocado más. Debéis comer para manteneros con fuerzas.

13

Bajo el luminoso sol, Eduardo inspeccionaba su nueva montura, regalo de un caballero que había criado unos impresionantes caballos de guerra pardos y a todas luces pretendía impresionarlo. Sir James Harrington también había aportado a cuarenta muchachos de la población que dominaba a unos cuantos kilómetros de Leicester, entre los cuales había una docena de arqueros. Se trataba de un regalo espléndido, y, si sobrevivían, Eduardo sabía que encontraría alguna recompensa para él, como convertirlo en decano de su capilla o asignarle cualquiera de un centenar de puestos adicionales que un rey podía otorgar, cada uno de los cuales aportaba riqueza y posición social a su propietario.

—Lo montaré hoy mismo y comprobaré su resistencia, sir James —dijo—. Me complacería que me acompañarais.

El caballero se dejó caer sobre una rodilla, abrumado. Cuando Eduardo se apartó, sir James volvió a unirse a la partida que formaban su familia y sus sirvientes en el exterior, entusiasmado como un niño por haber hablado con el rey.

Eduardo se volvió hacia su hermano, que lo observaba con mirada irónica. Sonrió al ver la expresión de Ricardo.

—¿Lo habrías despachado o desdeñado tras un regalo como ese, Ricardo? Inglaterra está hecha de hombres como él, hombres inteligentes y negociantes que trabajan de sol a sol, besan a sus esposas y cuentan sus monedas al final del día. Hombres de buen juicio y visión clara, difíciles de engañar, que hincarán la rodilla ante mí solo si creen que soy el hombre a quien deben seguir.

—Entonces me alegro de que seáis ese hombre, hermano —dijo Ricardo—. Aunque temo que su admiración se os haya subido a la cabeza.

Eduardo rio por lo bajo, mientras con su manaza acariciaba el hocico del caballo. Resultaba imponente incluso desde arriba, un animal de una fuerza y un tamaño extraordinarios y que, sin embargo, se mantenía en calma y vigilante. Estaba bien adiestrado.

—Vos sois quien me habéis abierto los ojos, Ricardo. Montagu no se decide y Oxford huye con el rabo entre las piernas en cuanto ve mis estandartes. Tienen miedo... y me alegra. ¡Asumiré los riesgos que sean necesarios para confundir hasta al propio diablo! ¿Cómo, si no, queréis que convierta este reducido ejército en una victoria? Sabéis que Warwick tiene una hueste... —Se le quebraron las palabras y apretó los puños al oírse hablando con voz estentórea. Llamó con un silbido a un criado, le entregó el caballo y luego se aproximó más a su hermano—. Ricardo, tengo muy pocos hombres. Si Warwick tuviera el sentido..., mejor dicho: si tuviera las artes de guerra para avanzar contra mí, nos engulliría. ¡Soy yo quien tiene que desenvainar la espada primero! Si nos golpea él, no habrá nada que hacer. Si falla, quedará como un insensato, será objeto de burla y estará indefenso. ¿Entendéis? Por eso estoy preparando a nuestras columnas para que se hagan más esbeltas y fuertes con estas marchas. Somos nosotros quienes debemos golpear a Warwick antes de que decida que tiene la fortaleza y los números para darnos caza. Incluso con estos pocos hombres, me veo capaz de desafiarlo. Lo haré salir de su madriguera. Quién sabe, quizá incluso se enfrente a mí en persona.

Ricardo se frotó los labios; de repente sentía una necesidad imperiosa de beber algo que aplacara todas sus preocupaciones. No había dicho nada, pero, mientras Eduardo soportaba su abstinencia, Ricardo lo había secundado, tácitamente. Nunca había sido ni de lejos tan bebedor como su hermano, pero notó que la falta de cerveza y vino lo habían vuelto más afilado, a veces tanto que podía cortar. Notaba la abstinencia cuando el enojo y la frustración se apoderaban de él. Era en esos momentos cuando una cerveza negra o un licor espirituoso habrían obrado maravillas para apaciguar su atribulada mente. Sin ellos, el mundo estaba repleto de espinos e irritaciones.

—Estoy de vuestra parte, Eduardo, hasta el final, incluso aunque arrojéis la espada. Lo juro. No os defraudaré. Y tampoco lo hará ninguno de los hombres que ha llegado con vos hasta aquí. Cada uno de ellos vale por dos o tres de quienes se alzan en nuestra contra, precisamente por su lealtad. O eso

espero.

—Montad, hermano —dijo Eduardo riendo entre dientes—. Pensáis demasiado, le dais demasiadas vueltas a todo. En ocasiones uno tiene que limitarse a cabalgar... y convertirse en una maldición para quienes lo reprimen.

El caballo de guerra era una montura magnífica, pero Eduardo se aseguró de que le llevaran también su caballo castrado, por si acaso el nuevo se mostraba demasiado asustadizo en combate. Como sucedía con los hombres, un nervio templado era al menos tan importante en un caballo como su fortaleza o incluso su adiestramiento. Palmeó la seda azul y amarilla que envolvía al caballo de guerra y se subió a un montante para lanzar su pierna sobre él. Sus hombres lo observaron, prestos y tranquilos. Eduardo sonrió y levantó la mano hacia ellos, con la palma abierta. Lo vitorearon, tal como Eduardo había previsto que harían, contagiados por su alegría y su espíritu. La ciudad de Leicester menguaba a sus espaldas mientras se alejaban de ella marchando, con otros doscientos voluntarios añadidos a sus filas.

El camino era llano y seco, y el sol brillaba en un cielo tachonado de nubes blancas y calentaba a los hombres que avanzaban a pie. Coventry se hallaba a apenas veinticinco kilómetros del punto en el que habían establecido su campamento y se había comunicado a los soldados que atacarían directamente la yugular de Warwick y que se enfrentarían en batalla aquella misma jornada. Sin embargo, aún no había tocado mediodía cuando los exploradores llegaron al galope, en monturas aún frescas. Los hombres que avanzaban penosamente sobre losas romanas intercambiaron miradas y no les sorprendió que les dieran el alto. Los capitanes se dirigieron a las líneas de vanguardia y regresaron con la orden de formar cuadros para la batalla.

Ricardo de Gloucester comandaba a dos mil hombres por el ala derecha, con sus propios estandartes izados por caballeros con armadura integral. Eduardo ocupaba el centro, con los tres mil hombres más fuertes y experimentados con que contaba. El ala izquierda, ordenada de manera escalonada y algo por detrás, se hallaba bajo el mando del conde de Rivers, con Hastings y Stanley como sus segundos; los tres hombres aguardaban pacientemente mientras sus capitanes ordenaban las filas. No fue una maniobra especialmente lucida, habida cuenta de que la comandaban

hombres que no se conocían entre sí apenas un mes antes. Hubo maldiciones y empujones a mansalva, y más de uno perdió los estribos. Sin embargo, una vez que hubieron encontrado su lugar, los hombres agarraron bien sus podones, picas, hachas de petos y hachas leñeras, como expertos en su manejo. Los arqueros se dispusieron en las alas exteriores, a las órdenes de sus propios capitanes, mientras que por delante de las filas frontales se reunieron los artilleros, apenas un centenar de ellos con espoletas prendidas que dejaban estelas de humo en el aire. Dos perros habían seguido al ejército tras su avance desde Leicester. Correteaban entre las filas delanteras muy excitados, ladrando a todos los hombres que se alzaban en pie y con la vista clavada en la distancia. Se oyeron entonces entre las filas algunas conversaciones nerviosas y risas, conforme viejos amigos se burlaban del nerviosismo mutuo para aliviar su propia tensión. Más de un centenar de hombres se persignaron y tocaron los amuletos que escondían bajo sus camisas, elevando la vista al cielo mientras articulaban los labios.

Un silencio sepulcral se apoderó del momento cuando las tres baterías de hombres divisaron al enemigo avanzando fatigosamente hacia ellos a través de los campos. Era una visión escalofriante y, espantado por un ladrido, uno de los hombres propinó un puntapié a uno de los perros, que soltó un aullido. Otro hizo un comentario irónico en respuesta y una ola de risas recorrió aquella parte del ejército, mientras que el resto, ajeno al episodio, aguardaba en silencio.

Solo los exploradores sabían a cuántos soldados habían visto e, incluso así, la cifra era un mero cálculo de muchachos incultos. La única realidad que importaba era contemplar cómo las filas se formaban y ensanchaban con cada paso, aunque por suerte lucía un día claro. En medio de la niebla o la oscuridad, no había modo de saber a cuántos se enfrentaban. Hombres como Eduardo, que habían luchado en la nieve y durante la noche en Towton, recordaban el horror de hacerlo, la sensación de que hordas infinitas de enemigos no flaquearían ni cesarían de venir, mientras sus propias fuerzas y voluntad mermaban con cada nuevo paso. El mero recuerdo provocaba tal pavor y desazón que preferían no pensar en ello, hasta que les volvía al pensamiento.

—¡Defended la posición! —rugió Eduardo a las filas. Había conducido a su nuevo caballo de guerra hasta la línea delantera y había desenvainado la

espada, que sostenía en alto—. Milord Gloucester, asistidme aquí.

Las filas de hombres observaron confusos cómo la orden se transmitía por las líneas y Ricardo Plantagenet se acercaba a caballo desde el ala derecha para unirse a su hermano. Los dos hombres llamaron a uno de los exploradores y le hablaron con seriedad, mientras el joven asentía con la cabeza confirmando lo que había visto. Una vez más, entre las filas hubo antiguos conocidos que se miraron entre sí y se encogieron de hombros. Estaban dispuestos a luchar, notaban cómo les palpitaba la cabeza y cómo todos sus dolores se habían desvanecido súbitamente. Observaron con atención cómo una docena de capitanes avezados se reunían y dispersaban al trote, tras haber formado un parlamento. La situación carecía de sentido para quienes habían acudido a luchar por York.

A poco más de un kilómetro y medio de distancia, a unos mil ochocientos metros, quienes disfrutaban de una vista más aguzada distinguieron los estandartes izados por el enemigo. Aquella hueste los equiparaba en anchura, si bien nadie podía saber a cuántas filas se enfrentaban, ni qué profundidad presentaban las compañías y los cuadros. Los estandartes que vieron estaban divididos en cuartos, tal como sucedía con el escudo de Eduardo, que en dos de sus cuadrantes contenía los tres leones, y en otros dos, las flores de lis. Pero una banda plateada atravesaba los estandartes que se enarbolaban al otro lado del campo y seguían acercándose. Jorge de Clarence, real duque de la casa de York, estaba en el campo de batalla. Bajo la atenta mirada de los hombres que formaban en filas, aquel inmenso ejército se detuvo, a unos ochocientos metros de distancia. Se encontraba lo bastante cerca para suponer una amenaza y los hombres cerraron con fuerza los puños en torno a los mangos de sus hachas, se ciñeron los cinturones y se ajustaron las piezas sueltas de su equipamiento, conscientes de que la paz del día podía quebrarse en cualquier momento con gritos salvajes y el aullido de los cuernos. A aquella distancia, dos minutos bastaban para que ejércitos rivales entrechocaran, un lapso de un terror creciente que nadie que lo hubiera experimentado podría olvidar jamás.

La orden de atacar no llegó y quienes se hallaban en las filas delanteras vieron a capitanes y caballeros de Clarence acercarse cabalgando. Se reunieron en el medio del campo, hombres adustos y serios que calibraban las intenciones del otro. Habrían departido durante más rato si Eduardo y

Ricardo no hubieran cabalgado hasta ese punto central con el conde de Rivers y media docena de guardias. El porte de Eduardo traslucía su seguridad, como si ni siquiera imaginara encontrarse en peligro.

Algunos de los hombres de Clarence se alejaron al trote para llevar la promesa de Eduardo de salvoconducto y fue entonces cuando Jorge de Clarence cabalgó hasta aquel punto central, con la cabeza descubierta. Sonrió nerviosamente al refrenar su caballo y encarar a sus hermanos.

—Concedo y garantizo el salvoconducto —gritó Eduardo a los hombres reunidos a su alrededor para protegerlos—. Tenéis mi agradecimiento, caballeros. Regresad ahora para que mis hermanos y yo podamos hablar a solas.

Jorge de Clarence se hizo eco de la orden y todos cuantos habían cabalgado con él dieron media vuelta a sus monturas y se alejaron a medio galope sin mediar palabra, dejando a los tres hombres, que se miraban fijamente entre sí.

—¿Contactó con vos el irlandés que envié? —inquirió Ricardo.

Jorge asintió con la cabeza, notando la lengua gruesa en la boca, tanto que no podía hablar. Todos sabían que pronunciar entonces una palabra fuera de lugar provocaría una discusión: el silencio se antojaba una mejor alternativa.

—¿Y bien, Jorge? —quiso saber Eduardo. No llevaba casco, pero, más allá de eso, no se había doblegado en modo alguno. Sentado sobre su caballo de guerra con la espalda bien recta, sus guanteletes descansaban tranquilamente sobre el nudo hecho con las riendas—. ¿Queréis que os facilite las cosas?

Jorge de Clarence hizo una mueca afilada y negó con la cabeza. Sin prisas, desmontó y se acercó a ellos. Armado y revestido en hierro, el mero hecho de caminar hacia sus hermanos hizo que ambos hombres se enderezaran y se aprestaran. Ante su reacción, Clarence se desabrochó el cinturón y sostuvo la vaina y la espada apartadas a un lado. Más que desarmarse, aquello era un gesto, según pudo apreciar Ricardo. No lo olvidaría.

El duque de Clarence saludó con un asentimiento a Ricardo y luego miró al hermano mayor a quien había traicionado.

—Lo lamento, Eduardo. Rompí mi juramento hacia vos. Fue a causa de la pérdida de mi hija. Presa del dolor...

—Todos hemos perdido a seres queridos, Jorge —dijo Eduardo con ternura.

Ricardo le lanzó una mirada. Creía conocer las intenciones de su hermano, pero había cierta amenaza en el modo como Eduardo miraba a Jorge, como si no lo hubiera perdonado en absoluto. Por un instante, Ricardo tuvo que sopesar si podría o querría detener a Eduardo en caso de disponerse a derribar a Jorge. Los hombres que habían acudido a aquel campo con Clarence podían quedar bajo la tutela de su hermano mayor. Eduardo agachó la cabeza para resultar más incisivo, clavando los ojos en un hombre que había antepuesto a Warwick a su propia familia.

Jorge se estremeció cuando Eduardo pasó de la quietud a un movimiento repentino y desmontó fácilmente en el denso barro. En dos zancadas, Eduardo aceptó la mano tendida de su hermano y tiró de él para abrazarlo. Jorge de Clarence rio con sincero alivio.

—Me habíais preocupado —dijo—. Pensé que cuando vierais que traía a tres mil hombres para luchar por vos, me perdonaríais, pero no estaba seguro de ello. ¡He dormido tan poco en los últimos días, Eduardo! Desde que comunicaron que habíais desembarcado...

Ricardo desmontó a su vez, mientras escuchaba a su hermano balbucear. Jorge estaba más asustado de lo que había dejado entrever, a juzgar por el torrente de palabras al que no parecía poder poner fin. Eduardo se apartó de él, aún calibrándolo con esa extraña expresión que Ricardo había detectado antes.

—Dejemos el pasado atrás, Jorge —dijo Eduardo—. Es el lugar que le corresponde, ¿no creéis?

—Haré lo correcto, hermano, lo juro. Me dejé engañar por Warwick, seducido por sus promesas y mentiras. ¡Nos ha ocurrido a todos! Es una víbora, Eduardo. Esos Neville... Os juro que vuestra esposa tenía razón. Están podridos por dentro y corrompen todo cuanto tocan. Lo arreglaremos, hermano. Os compensaré.

—Como digáis, Jorge —replicó Eduardo—. Traed aquí a vuestros capitanes y ponedlos bajo mi mando... para que no haya confusiones entre ellos.

—Hermano, son leales, os lo juro. Algunos de ellos han marchado conmigo desde Cornualles. Los hombres de Kernow apenas hablan inglés,

pero conocen bien el borde afilado de un hacha.

—Bien, Jorge. Ahora mandad venir a vuestros capitanes, tal como ya os he solicitado una vez. Si me obligáis a pedíroslo una tercera, os derribaré en este mismo campo. Entonces volveréis a ganaros mi confianza, *hermano*. Por ahora no la merecéis.

Jorge tartamudeó y se sonrojó, al tiempo que asentía con la cabeza y reculaba mientras hacía gestos a sus capitanes para que se acercaran. Se aproximaron recelosos y Eduardo se dirigió a ellos con voz firme y clara.

—Colocaré a mil de vuestros hombres en cada ala y el resto me ayudará a proteger el centro. Espero que acatéis las órdenes de mis lores como si fueran las mías propias, como si fueran las órdenes de vuestros padres o como si el mismísimo Dios Todopoderoso hubiera venido a deciros que lucharais por mí. Recompensaré la valentía y las grandes hazañas militares, sin límite ninguno. Si queréis ganaros una casa solariega, una caballería o una baronía, o incluso un ducado, haréis bien en seguirme hoy. Sabed que mi enemigo es el conde de Warwick y él es el hombre más rico de Inglaterra. Cuando caiga, recibiréis una buena porción de sus riquezas en mi nombre. ¿Queda claro?

Un destello de avaricia refulgió en los ojos de algunos de quienes contemplaban a Eduardo, pero Ricardo apreció también un toque de aquella antigua magia. Había allí hombres, hombres duros y experimentados, dispuestos a lucirse por aquel gigante de armadura brillante. Realizarían tales hazañas solo para impresionarlo. Eduardo sacaba lo mejor de los soldados a quienes comandaba, era indiscutible. Ni siquiera se debía a sus palabras, sino al modo como los miraba y al modo como los veía.

Cuando los capitanes de Clarence regresaron a sus líneas, se produjo un bandazo hacia delante. Portaban sus picas y armas sobre los hombros, en lugar de apuntando hacia fuera, en gesto hostil.

Eduardo vio a Jorge en pie, desconsolado, privado de su mando y aún dubitativo en cuanto al lugar que ocupaba para su hermano, el rey de Inglaterra. Haciendo un esfuerzo visible, Eduardo volvió a dirigirse a él, dejando de lado su menosprecio.

—Demostraréis vuestro valor, Jorge, no me cabe duda de ello. Sois hijo de nuestro padre tanto como yo. Y tanto como Ricardo. No lo olvidéis.

—No lo haré —replicó Jorge, y, para asombro de Ricardo, se echó a llorar y escondió la cabeza en el hueco del codo para que nadie se diera

cuenta.

Eduardo se lo quedó mirando fijamente y Ricardo habló para tapar el sonido amortiguado de su pena.

—Venga, hermano. Montad antes de que vuestros hombres os vean... Tal vez podamos hacer un alto aquí para comer... —Se interrumpió al ver a Eduardo negar con la cabeza.

—No. Coventry está a poco menos de dos leguas. Y Montagu sigue haciéndonos sombra por la retaguardia. Cuando los soldados nuevos se incorporen a nuestras filas y se dispongan en la columna, marcharemos hasta allí. Hoy. Situaos a mi lado, Jorge. Así podréis explicarme todo cuanto sabéis antes de que la batalla dé comienzo.

Jorge pestañeó al constatar la temeridad de su hermano mayor. Sabía que el ejército de Warwick superaba en número a las fuerzas que contemplaban sus ojos, que al menos lo triplicaba; era una hueste de una escala no vista desde Towton. Había esperado que Eduardo se situara al mando de un ejército que la igualara, tal como había ocurrido en el pasado. Pero la realidad difería lo suficiente como para provocarle un sudor frío.

Transcurrido un momento de silencio, Jorge se recordó a sí mismo quién era. Se tragó el miedo y humilló la cabeza, aceptando la autoridad de su hermano sobre él sin otra palabra más.

Warwick notó un repentino escalofrío de tristeza bajo el sol primaveral. Lucía un día bonito; el viento se había llevado los últimos vestigios del invierno y el sol caldeaba la verde tierra y había devuelto la sensación de vida y deseo, y había aligerado la sangre. Todos los augurios eran buenos.

Se inclinó hacia delante, encorvando los hombros sobre las murallas de Coventry. Una torre se cernía sobre él a la derecha y calibró subir a pie el último tramo de escalones para contemplar el punto más alejado. Al apoyar la mano en ellos, notó que los ladrillos de la parte en sombra de la torre seguían húmedos, pero se calentarían antes de que el día acabara. Parte de él observaba sus reacciones, pensando en lo extraño que resultaba que pudiera ser consciente de la aspereza de la piedra mientras los estandartes de York se acercaban bajo su mirada, a la cabeza de un ejército. Warwick habría apostado a que los hijos de York se hallaban a un centenar de kilómetros al norte, o incluso más, congregando a la enorme hueste que Eduardo

necesitaría para reclamar todo lo que había perdido. Era una insensatez que hubieran alzado los estandartes antes de contar con soldados suficientes para defenderlos. Y, pese a ello, Warwick notó que un frío se apoderaba de él.

Los estandartes de Clarence avanzaban junto con los de York y Gloucester. Tres hermanos juntos, y una nueva puñalada dolorosa en el costado a Warwick. Mientras contemplaba la imagen desde la muralla de Coventry, sobre los campos circundantes, pensó en cómo reaccionaría su hija al enterarse. Y, como padre, sufrió por ella.

El propio Warwick había acudido al rey Eduardo a solicitar permiso para llevar a cabo aquel matrimonio. Era él quien había aconsejado a los atolondrados amantes que se fugaran a Francia para casarse y los había acompañado en persona. Y había sido Warwick quien había cabalgado para salvar a Jorge e Isabel cuando la ira de Eduardo se había vuelto contra ellos y habían tenido que huir.

Agarrado a la piedra, Warwick respiraba profundamente, llenándose de aire limpio sobre las callejuelas serpenteantes y los fuegos de las cocinas de la ciudad. Había visto a la hija de su hijo y de su yerno, a su nieta, nacida en el mar y dotada de nombre, y muerta antes de recibir bautismo en medio del oleaje. Habían sido las órdenes del rey Eduardo las que habían impedido que su pequeño barco atracara en Calais. Y la flota de lord Rivers la que les había dado caza por la costa meridional de Inglaterra y los había expulsado de allí.

Warwick rascó con los nudillos de acero de su guantelete el ladrillo, clavándolos cada vez más, insensible al dolor. Había conocido a Eduardo cuando no era más que un muchacho corpulento como un buey encantado de luchar y de beber y de putañear con la guarnición en Calais. Entonces era Eduardo de March y había aceptado la guía de Warwick, siendo como era un joven lo bastante inteligente para detectar en él algo de lo que aprender. O eso había parecido. Warwick había sido el guía de Eduardo, su maestro. Sabía que, en parte, era responsable del hombre en quien Eduardo se había convertido. Pero no era responsable de la totalidad. El joven rey había contraído matrimonio con la persona equivocada y tal vez siempre hubiera tenido un punto débil, como ocurre con el mármol, cuya apariencia lleva a olvidar que puede hacerse añicos con un cincel. O quizá nunca habría mostrado esa debilidad si Warwick no lo hubiera ayudado a alzarse con el trono, a alargar la mano y asir una corona que Eduardo no se había ganado y

que, desde luego, no merecía. Había depuesto a un santo y se había convertido en rey por medio de la sangre y la venganza. Quizá sus pecados lo hubieran podrido por dentro. O su orgullo.

Warwick apretó con más fuerza los nudillos metálicos contra la piedra, ansioso por destrozar algo, por dejar una marca. Le habría gustado que Derry Brewer estuviera allí para aconsejarlo. Se había acostumbrado al menosprecio de aquel hombre y le resultaba extrañamente reconfortante.

Eduardo Plantagenet se hallaba nuevamente en el campo. Cualquiera que recordara Towton o que hubiera sobrevivido a Mortimer's Cross sentiría una punzada de miedo al saberlo. Warwick no se atrevía a negársela, mientras contemplaba al ejército de York avanzar formando filas bien espaciadas que se extendían a todo lo ancho de la propia ciudad. La fila frontal medía más de mil metros de ancho y solo Dios sabía cuántos se extendían por detrás.

Como por impulso, Warwick regresó a la torre vigía y subió a toda prisa las escaleras del interior. En cuestión de momentos se halló en una cresta octogonal que le permitía divisar kilómetros en lontananza sobre la gran llanura que se extendía en el corazón de Inglaterra. Incluso el César habría determinado que era un buen lugar para librar una batalla. Warwick notó que el corazón se le aceleraba. Comprobó que Eduardo no había reunido a la enorme hueste que él temía. Clarence le había entregado a tres mil hombres, los mismos que le había negado a Warwick con su traición. Pero aun así el ejército de Eduardo no integraba a más de diez mil, once mil a lo sumo.

Warwick se recordó frente a la colina de San Albano, contemplando las calles bloqueadas por barricadas de espinos y mobiliario despedazado. Él y su padre habían luchado junto a Ricardo, el duque de York, y entre los tres apenas habían reunido a tres mil hombres, un ejército que quedaría empequeñecido frente a los de tiempos posteriores. Warwick sabía que los gremios mercantiles se habían quejado de que el comercio había sufrido y el país se habría empobrecido a resultas de ello, que fabricaban armas y criaban a hombres para la masacre, en lugar de hierro y peltre, y cordero, ternera y cerdo. La guerra les había dejado heridas a todos y, mientras Warwick contemplaba las filas que se alzaban en el campo, pensó en su padre y le complació notar la brisa que le secó las lágrimas que se le habían agolpado en los ojos. Eran buenos hombres, los ya caídos. Mejores que todos aquellos indeseables que habían dejado atrás.

Sin dejar de rascar con el guantelete un bloque de piedra, observó cómo Eduardo de York cabalgaba al frente con sus dos hermanos y media docena de caballeros con armadura, con los estandartes al viento. Eduardo y Ricardo portaban sobrevestes encima de la armadura y los cintos de las espadas sobre cuadrantes de colores gloriosos: rojo, azul y dorado, leones y flores de lis. Los estandartes eran una mezcla de York, Gloucester y Clarence, una exhibición calculada: la casa de York había regresado y se había unido contra él. En muchos aspectos, aquello significaba más para quienes contemplaban la escena desde las murallas que para el propio Warwick.

Sus propios estandartes ondeaban sobre su cabeza, frente a los del enemigo. Warwick miró los colores de su escudo y pensó en la extrañeza de que todos los hombres al mando aquel día pertenecieran a la misma orden de caballería. York, Gloucester, Clarence, Hastings, el propio Warwick y su hermano Montagu, que avanzaba hacia el sur desde el norte, eran miembros de la Orden de la Jarretera y llevaban la leyenda «*Honi soit qui mal y pense*», «Que el mal caiga sobre aquel que piense mal», bordada sobre las cimbras de sus familias.

Warwick notó que se le nublaba la vista y pestañeó, contento de que no hubiera nadie cerca que pudiera pensar que era un hombre débil. Había sido tutor de Eduardo y de su hermano Ricardo, que había habitado en el castillo de Middleham como su pupilo. Habían entablado amistad enseguida y le resultaba cruel verlos a los tres desplegados contra él. El peor de todos era Clarence, una herida tan fresca que le dolía con cada una de sus respiraciones. En resumidas cuentas, Warwick se sentía como un padre de quien sus hijos hubieran renegado, y la pena se le clavaba en el corazón.

14

Por primera vez en su vida, al menos que él recordara, Derry Brewer se planteó asestarle un puñetazo en la boca al arzobispo. Casi podía notar cómo se le tensaban los músculos de los brazos y el pecho. Un pequeño gancho con la izquierda, dejar caer el bastón y un derechazo. Pero George Neville no era un clérigo cobarde, sino un hombre fornido y casi tan enfadado como el propio Derry por el hecho de que lo contrariaran. El jefe de los espías del rey sabía que, si lo golpeaba, acabarían rodando por los suelos, peleando como dos escolares, con los cuellos de las ropas desgarrados y los labios ensangrentados. Era demasiado viejo para eso, cosa que le provocaba mayor pena si cabía.

—Vuestra gracia —repitió una vez más con una paciencia exagerada—. Ocupo mejor lugar que vos para tomar esta decisión. El rey Enrique no se encuentra en condiciones de realizar lo que solicitáis. De ser así, creedme, lo envolvería en una buena capa y haría que cubrieran la calle de juncos para él, tal como pedís. Pero no dispone de buena salud. No entenderá qué pretendéis. Es posible que se caiga. Y podría prorrumpir en gritos, ¿entendéis? ¡No ayudará en nada que vean lo débil que está!

—¿Dónde está Beaufort, el duque de Somerset? Estoy harto de vuestras reticencias. Enviad a un hombre en busca de Somerset para que responda por mí.

—Milord Somerset no está en Londres, excelencia —aclaró Derry por segunda vez, con una paciencia deliberadamente glacial.

Obvió decir que se esperaba la llegada de Margarita y su hijo, Eduardo de Lancaster, en cualquier momento y que Somerset había viajado a la costa para escoltarlos. Tal vez fuera el secreto mejor guardado en el país.

La falta de explicación hizo que el semblante del arzobispo Neville cobrara un color de clarete aún más oscuro.

—Mi hermano Warwick confía en vos, maese Brewer. Ese es el único motivo por el que no he llamado a la guardia para que os aparte de mi camino. ¡Soy un príncipe de la Iglesia, señor! He venido aquí con una advertencia funesta en tiempos de guerra y me encuentro discutiendo con un lacayo como si hubiera venido a suplicar limosna. ¡Pues permitidme que os aclare algo, señor! Considero que Londres se halla en peligro y, con él, el rey Enrique. ¡Tiene que dejarse ver, maese Brewer! ¿Acaso no lo entendéis? Las gentes de Londres no saben nada acerca de los grandes acontecimientos, nada. Lo único que escuchan son alarmas y rumores de invasiones, de flotas avistadas. ¿Ha muerto el rey? ¿Ha regresado York? ¿Marchará nuevamente Margarita de Anjou sobre la ciudad que le negó la entrada, para reducirla a cenizas? He escuchado una docena de especulaciones esta misma mañana, maese, y ni un asomo de verdad. Necesito mostrar a Enrique a sus súbditos, tranquilizarlos, sí, y enseñarles por quién pelean. El rey es un símbolo, Brewer, no solo un hombre.

—Excelencia, el rey Enrique está... absorto. Hasta que lo veáis... — Derry se interrumpió, mientras calibraba sus palabras.

No ocupaba ningún cargo oficial como guardián de la puerta del rey, pero hacía tanto tiempo que se lo asociaba con Enrique y era merecedor de tal confianza que se había convertido en el árbitro último que decidía a quién se le garantizaba audiencia. El arzobispo de York podía estar en su derecho de mandar llamar a la guardia del rey, pero Derry sabía perfectamente si cumplirían o no su orden. Estaba convencido de que podía hacer que echaran de allí al arzobispo. Pero seguramente una decisión tal sería un arma de doble filo para él, o quizá incluso para Margarita y su hijo, cuando se dignaran a embarcarse y regresar finalmente a casa. Nadie se enfrentaba a la Iglesia a la ligera. El camino más fácil era dar al clérigo Neville lo que quería y dejarle claro que había realizado un viaje en balde a la ciudad.

Con un cambio de expresión desarmante, Derry humilló la cabeza ante aquel hombre más joven que él.

—Excelencia, tal vez me he extralimitado. Si me seguís, os conduciré en presencia del rey.

El arzobispo Neville no desperdició más tiempo en palabrería y echó a

andar tras Derry mientras este recorría, ayudado de su bastón, el largo pasillo que conducía hasta los aposentos reales privados. Fue Derry quien pronunció la contraseña del día a los guardias apostados allí, hombres que le negarían el acceso incluso a él si no se pronunciaba la consigna correcta. El jefe de los espías del rey atravesó una sala de audiencias donde cuatro hombres formaban filas en las paredes.

—Rompan filas, caballeros —les gritó Derry alegremente a su paso.

Lo ignoraron, como siempre. Pasadas las estancias públicas, llegaron a una última puerta, más pequeña, protegida por un anciano que tenía las mismas posibilidades de frenar a unos invasores armados que un niño pequeño.

—El viejo Cecil ha protegido estas puertas durante gran parte de los últimos cuarenta años —indicó Derry.

—Cuarenta y dos, Brewer —replicó el hombre, mirándolo con desprecio.

No parecía sentir aprecio alguno por el jefe de los espías del rey. Derry suspiró.

—Un trabajo muy valioso, estoy seguro. No existe una puerta mejor guardada en todo el reino.

—Aguardad aquí —les ordenó el anciano con un respingo de nariz.

Llamó a la puerta con los nudillos y entró. Derry lo siguió pisándole los talones, cosa que hizo que el guardián se volviera hacia él echando chispas por los ojos. Derry levantó ambas manos en ademán de indefensión.

—Ya hemos hablado de esto, maese Fosden. El rey no tiene buena salud. Si esperara a que me llamara, me pasaría la noche aquí y entonces ¿qué le sucedería al reino?

—Nos iría mucho mejor —espetó el anciano. Humilló la cabeza y murmuró—: Excelencia —añadió dirigiéndose al arzobispo Neville, tras lo cual se marchó, cerrando la puerta de un portazo tras él.

—¡Viejo cascarrabias! —exclamó Derry, lo bastante cerca del roble como para que su voz llegara al otro lado—. Debería hacer que le retiraran la paga.

El arzobispo Neville se hallaba ya atravesando la habitación hasta donde Enrique yacía en la cama, con su largo cabello suelto y esparcido como un halo oscuro sobre la almohada. Su tez era más pálida que la de un cadáver, pero tenía los ojos abiertos y aún destellaba una pequeña y valiosa mota de vida en ellos.

Bajo la atenta mirada de Derry, el arzobispo se aproximó al rey e hincó una rodilla, al tiempo que alargaba la mano para tocar el cobertor, si bien Enrique no hizo gesto alguno para tomarla en la suya.

—Soy George Neville, alteza, arzobispo de York. Rezo cada día por vuestra buena salud —murmuró el hombre con la cabeza gacha—. Rezo porque os encontréis lo suficientemente bien como para caminar por las calles una vez más y permitir a las gentes de Londres que os vean con vida. Temo que den su apoyo a York en caso contrario, movidas por un miedo infantil. No saben hacerlo mejor, alteza.

Enrique se sentó en la cama y pareció escuchar mientras se recogía el cabello en una larga coleta y acto seguido volvía a despatarrarse. En los meses recientes, había comido bastante mejor que durante su encarcelamiento en la Torre de Londres, pero seguía exhibiendo una delgadez que asustaba, similar a la de las tallas de difuntos en lápidas y tumbas. Se le veían todos los huesos y Derry contempló cómo las esperanzas del arzobispo se evaporaban lentamente.

—Si consideráis que debo hacerlo, excelencia —dijo el rey Enrique de repente—. Soy un siervo de Cristo y de mi pueblo. Me levantaré si es preciso.

Derry se aclaró la garganta.

—Su alteza tiende a dar su consentimiento a todo cuando hombres serios acuden a verlo para que firme o selle algún documento o para que les preste algo tan importante que no puede esperar. Sería cruel aprovecharse de su buena disposición, excelencia.

El arzobispo Neville miró intermitentemente al hombre y al rey, si bien acabó posando su mirada en la frágil figura que estaba sentada en la cama. También él notó la ausencia de una voluntad que guiara al monarca, pues en sus palabras podía leerse entre líneas tanto al rey como a Derry.

—Aun así, debo pedírselo. Nos hallamos en la encrucijada siguiente, alteza. York ha regresado a Inglaterra y derribará las murallas y las torres a menos que lo detengamos. Las gentes de Londres están asustadas, ¡y con motivo! Si ven al rey Enrique caminar entre ellas, con los estandartes de la casa de Lancaster sobrevolándolo, sabrán que la ciudad mantiene su alma intacta.

Derry vio a Enrique asentir e hizo un gesto de dolor al contemplar al rey buscarlo al otro lado de la estancia.

—Me gustaría hacerlo, Derry —dijo.

Derry se descubrió resoplando sonoramente, sorprendido por la pena mientras su rostro se llenaba de arrugas y asentía, sin ser capaz de dominarse a tiempo.

—Entonces así lo dispondré, majestad. Yo caminaré a vuestro lado.

Derry miró al arzobispo con unos ojos tan llenos de furia que Neville se acobardó.

Desde lo alto de la torre de la muralla norte, Warwick observó con una perplejidad creciente cómo un hombre con la librea real cabalgaba hacia delante procedente de las filas de York, portando un cuerno tan largo como su brazo. Warwick contempló las murallas que se extendían a ambos lados. Su propio heraldo aguardaba allí para llevar la respuesta que Warwick deseara enviar.

Una rozadura y un eco de metal sobre la piedra revelaron la llegada del duque de Exeter a la azotea de la torre. Warwick lo saludó con una inclinación de cabeza, aunque lo cierto es que hubiera preferido estar a solas a compartir un momento como aquel. Por desgracia, Henry Holland no era ninguna lumbrera. Justo cuando Warwick necesitaba a un buen estratega, con quien contaba para contemplar los acontecimientos desde las almenas, a su lado, era con Exeter, una suerte de bulldog miope. Al duque le sobresalía la mandíbula inferior, cosa que le confería un aire agresivo, recalcado por el mapa de venas rotas trazado en sus mejillas por años de ebriedad.

A unos veinte metros bajo ellos, en la llanura, la voz del heraldo de York atronó con todo el volumen y alcance de su profesión. Warwick suspiró y se rascó la cabeza.

—... un desafío personal en nombre de su majestad, el rey Eduardo de York, en respuesta a las heridas y los insultos vertidos contra su real persona y su estirpe.

La lista de agravios era bastante corta y Warwick apreció la cantidad de veces que el heraldo empleó honores y títulos de la realeza. El mensajero no mencionaba que Eduardo hubiera perdido su corona, como si la casa de York quisiera fingir que tal cosa no había sucedido.

—Maldito bastardo impúdico — farfulló Exeter, con la vista clavada en el llano.

Warwick estuvo a punto de despacharlo, y no por que no necesitara consejo. Ante él se planteaba una disyuntiva que lo hacía tambalearse hasta los cimientos. Sin embargo, no aceptaría que un hombre como el duque de Exeter lo aconsejara en un asunto como aquel.

—De Vere y yo tenemos a seis mil hombres a unos kilómetros al este —prosiguió Exeter—. Vuestro hermano Montagu se halla a una distancia similar por detrás de la hueste de Eduardo, según he oído decir. Teníamos a Clarence al oeste, aunque eso ahora de nada sirva...

—Sé perfectamente cómo y dónde tenemos a nuestras tropas distribuidas, milord —dijo Warwick con tono cortante.

A Exeter no se le pasó por alto su menosprecio lacerante y, con el rostro como la grana, se inclinó hacia él y agitó un dedo en el aire mientras hablaba.

—¿Os planteáis enviar a un paladín? ¿O quizá queréis liderar vos mismo el ejército, Neville?

Warwick contuvo un espasmo de desagrado. Durante gran parte de las dos décadas pasadas había librado en ambos bandos una guerra civil brutal. Era inevitable topar con hombres a quien se había enfrentado como enemigos en la batalla. A algunos de ellos, como a Somerset, los respetaba. A otros, como a Henry Holland, duque de Exeter, no. Aquel individuo era un tirano con quienes tenían el infortunio de caer bajo su poder y un cobista de quienes consideraba sus superiores. Los hombres como Warwick ocupaban un lugar intermedio, más difuminado. Warwick tenía más tierras y poder, más riqueza y experiencia que Exeter, pero era perfectamente consciente de que un duque podía mandar sobre un conde. Exeter tenía demasiado presentes tales sutilezas, mientras que Warwick había visto tantas cosas en la vida que ya apenas pensaba en jerarquías, hasta que lo agujoneaba un loco de mejillas sonrosadas.

—Después de vos, milord, si tal es vuestro deseo —dijo Warwick, indicando con el dedo al heraldo de York—. Soy un par de años mayor que vos... y vos no podríais hacerle frente. Eduardo está en plena forma. No creo que haya ningún hombre en el ejército capaz de portar mis colores en ese campo y ganar. No, no entregaré a York una vida para que acreciente su propia leyenda. No obstante, milord, estoy convencido de que os aguardan deberes apremiantes ahí abajo. Deberíais aprestar a los capitanes que tenéis desplegados junto a la puerta norte principal.

—Habr  quien os tilde de pusilánime si no sal s ahí, Neville.

—No me preocupa en absoluto la cháchara de los insensatos, Holland —replicó Warwick de manera tajante.

Continuaba dándole la espalda, con la ira más concentrada en Exeter que en el enemigo que lo invitaba a salir al campo. Era una idiotez continuar discutiendo con uno de sus propios hombres en un momento tan delicado.

—Tenéis unos diez mil hombres en la ciudad —continu  el duque con tozudez— y prácticamente los mismos a escasas leguas al sur de aquí, en las proximidades del castillo de Warwick.  Hab is enviado a un jinete para reclamarlos? Tengo a De Vere, el conde de Oxford, y a nuestros seis mil hombres desplegados en el este listos para acorralar por los lados a esos bastardos. Hacedlos atacar, Neville.  Dad la orden!

—Os enviar  mis órdenes cuando lo disponga, milord —replicó Warwick con serenidad—, pero no antes de que hayáis regresado a vuestro puesto junto a la puerta norte. Creo que ostento un mando superior al vuestro sobre el ejército, un ejército al que yo congregu , pagué y alimentó durante todo el invierno, mientras vos os llevabais a unos cuantos miles, y  qu  hicisteis con ellos? Os dedicasteis a recuperar los señoríos que perdisteis cuando Eduardo ocupó el trono. Despose steis a vuestra esposa, que había conservado parte de ellos para vos, y saldasteis una docena de cuentas antiguas con asesinatos y torturas mientras pudisteis. Estoy seguro de que los resultados habrán sido de vuestro agrado, Holland.  A mí me habría encantado hacer lo mismo, en lugar de pedir préstamos hasta a la última casa monástica y banquero para defender al rey! —Su voz se había vuelto más estentórea y dura a medida que hablaba y se volvía en contra de Exeter, de quien se hallaba ya lo bastante cerca como para resultar amenazador—.  Entend is, Holland? Vos divisasteis vuestra oportunidad de vengaros, con rencor y ruina. En cambio, yo vi la oportunidad de vivir en paz.

—Desde luego, sois un hombre admirable, Neville —dijo Exeter, mofándose de él—. Y os ha ido de maravilla. No hallaréis gratitud por parte de ese saco roto que se sienta en el trono de Westminster.

—Idos junto a vuestros hombres, milord —dijo Warwick, esforzándose por contener su enojo, aunque tenía la sensación de que estaba a punto de ahogarlo—. Yo decidirá si ordenar un ataque o mantener las posiciones.

—Os tildar n de cobarde si no respondéis a York —añadió Henry

Holland.

—¿¡Cobarde?! —espetó Warwick perdiendo el temple—. ¡Yo combatí en Towton, principiante! Luché al lado de Eduardo y maté hombres a pie, en la nieve, con la cara ensangrentada y amigos caídos a ambos lados. Y continué luchando hasta que apenas podía tenerme en pie y la oscuridad se cernió sobre nosotros. ¡Y aun entonces seguimos peleando! Cuando Norfolk chocó contra el ala del ejército, cuando todo eran gritos y hombres moribundos... —Se dio golpecitos en la frente con dos dedos de acero, dejándose una marca—. ¡Aún puedo verlo! ¡Vos no sabéis nada de nada!

Exeter había palidecido mientras Warwick vociferaba furioso, lo bastante cerca de él como para notar salpicaduras de saliva en su mejilla.

—Sé que luché del otro bando —dijo en voz baja—. Sé que vi a más amigos y simpatizantes míos muertos aquel día, muertos a manos vuestras y de York. Mucho peor que las pérdidas que vos creáis haber sufrido. Sé que el hombre a quien seguisteis aquel día me negó mis señoríos y mis heredades, mis villanos y mis sirvientes. Y sé que York está ahí fuera con un ejército con la mitad de hombres que el vuestro... y, sin embargo, es él quien arroja el guante, mientras vos os escondéis tras estas murallas. Dejadme que os diga algo: esto no me gusta nada.

—Idos con vuestros hombres. Aguardad mi orden —repitió Warwick una vez más.

Henry Holland le sostuvo la mirada largamente, mordisqueándose el labio inferior mientras consideraba cómo proceder. Warwick esperó, consciente de que aún le quedaba la opción de desenvainar la espada. Casi le habría gustado que así fuera. Pero al final Exeter se limitó a hacer una mueca y se dirigió a las escaleras sin mediar otra palabra.

Warwick soltó el aire lentamente. Escuchaba los ruidos del duque al descender y se volvió para escudriñar de nuevo los ejércitos de Plantagenet, de Eduardo de York, Ricardo y Jorge. Volvió a notar aquella punzada de dolor. Para proclamarse victorioso, tenía que destruir a tres muchachos a quienes había criado hasta que se habían convertido en hombres. Sabía que se mantendrían juntos, tal como él hacía con sus hermanos. Sacudió la cabeza. Tenía cuarenta y dos años y había combatido durante más de dieciséis de ellos. Había pecado y había perdido a amigos y a su padre. Había sido testigo de bravezas en el momento de la muerte, había conocido un amargo exilio, el

asesinato y una gran victoria, todo lo cual le había dejado mellas que no podía limarse ni limpiarse. No había tenido hijos varones. Empezó a reírse bajo la brisa, aunque su risa tenía más de sollozo que de carcajada.

Derry se mordió el labio mientras el rey daba sus primeros pasos por el ancho camino. Enrique llevaba una sencilla corona de oro para su desfile por Londres, aunque seguramente aquel metal de color amarillo mantequilloso valiera más que la riqueza que nadie entre la multitud vería en toda su vida. Habían vestido al rey con lana marrón, túnica, calzas y capa. Enrique parecía entender lo que se requería de él, a pesar de su mirada inexpresiva. Había asentido con la cabeza cuando Derry le había preguntado si quería empezar.

El camino que le habían preparado era seco y amplio, con guardias reales de servicio para evitar que se robasen los juncos y acabaran cubriendo los suelos de una docena de tabernas. Los londinenses eran amantes de este tipo de adquisiciones y había supuesto todo un desafío proteger la carretera desde antes del amanecer. La ruta del rey recorría la calle del Cañón hasta la catedral de San Pablo, y dejaba a su paso la Piedra de Londres en la que el rebelde Jack Cade había clavado el acero tantos años antes. En total, el recorrido cubría menos de un kilómetro y medio a través del centro de la ciudad, se dijo Derry. No llevaría demasiado tiempo, ni siquiera al lento paso del rey Enrique.

Los tamborileros empezaron a tocar sus instrumentos en el frente distante, interpretando una marcha de ritmo mucho más lento que cualquiera indicada para el campo de batalla. Sonaron los cuernos y Derry recordó que su sonido no solo debía inflamar la sangre de los hombres que estaban a punto de librar una guerra, sino también amortiguar los chillidos y gritos de pánico de quienes querían desertar.

El arzobispo Neville tenía un carruaje preparado al final del trayecto para recoger al rey si se desmayaba a causa del agotamiento. El príncipe de la Iglesia había hecho oídos sordos a la ristra de objeciones de Derry, todas ellas socavadas por el hecho de que el propio rey Enrique parecía complacido de protagonizar aquel desfile. Derry no estaba seguro de si Enrique entendía completamente la situación, pero era posible que lo hiciera. Se había asignado al rey una misión y era algo que podía hacer para salvar su trono. Enrique había comprendido esa sencilla idea y no hubo modo de disuadirlo.

Caminando tras él, Derry Brewer observó las filas gemelas de londinenses reunidos al alba para asegurarse ver con sus propios ojos al rey. Se preguntaba cuántos de ellos recordaban a Enrique caminando casi como un prisionero de los York en el pasado, con el cabecilla de la estirpe mandando despóticamente sobre la esposa de Enrique. Eran recuerdos desagradables, pero Enrique se limitaba a sonreír a los súbditos que lo llamaban y saludaban con las manos.

El arzobispo Neville se colocó junto a Derry, sonrojado y nervioso. Le estaba bien merecido, se dijo Derry. Si el rey se desplomaba, la culpa recaería solo en una persona, él se aseguraría de ello.

Tras ellos y en el frente caminaban a paso lento cerca de un centenar de hombres en armas y caballeros. Vestían armaduras brillantes y portaban grandes estandartes reales que se agitaban adelante y atrás en la brisa, cual velas de barcos. Al comprobar la longitud del trayecto, Derry no se atrevía a albergar esperanzas de que el desfile llegara a buen puerto. Mientras Enrique no diera un traspié, se desmayara o se asustara... Se sorprendió de sus propias preocupaciones, temeroso de la media hora que les aguardaba.

—Agarraos de mi brazo, Derry, os lo ruego—dijo el rey Enrique de repente. Tenía los ojos brillantes, como un niño—. Camino con paso vacilante. ¿Arzobispo Neville? Adelantaos, por favor. Os seguiré.

Derry se apoyó en su bastón mientras avanzaba. Agarró al rey por el codo con su mano libre y lo estabilizó. Sudando levemente por la tensión y la preocupación, se preguntó si podría hacer alguna señal a los tamborileros para que aminoraran aún más el ritmo de la columna. No obstante, salvo por los vítores, aquello ya parecía una marcha funeraria. Descartó la idea cuando Enrique se estabilizó y siguió adelante.

A aquellas alturas, era tal el estruendo que no se habría escuchado ninguna orden. Procedente de todas partes, el entusiasmo de los londinenses no decepcionó. Alargaban el pescuezo y se daban empujones para atisbar a Enrique de Lancaster, el Inocente. Quienes afirmaban que Enrique había fallecido años antes se mostraban taciturnos y enojados, mientras que los demás lo ovacionaban y gritaban deleitados, atesorando aquel momento y el recuerdo del día en el que vieron a un santo y a un rey.

Jasper Tudor estaba en primera fila, encaramado a un banco de madera

que había alquilado por un cuarto de penique. Su sobrino Enrique se hallaba junto a él, con la vista clavada en la carretera, como quienes lo rodeaban, en los caballeros plateados congregados y los estandartes que se agitaban al viento. El muchacho mascaba un pastel con expresión ambigua, tras descubrir que la costra era mucho más apetitosa que el relleno. Jasper intentaba descifrar si el hijo de su hermano se estaba divirtiendo, pero, como siempre, costaba determinarlo.

Observaron al rey Enrique acercárseles y tanto Enrique Tudor como su tío se sumaron a la ovación general. A Jasper le pareció que Derry Brewer repasaba la multitud con la mirada y lo detectaba en ella. Pocas cosas se escapaban a aquel hombre, de manera que humilló la cabeza a modo de saludo cuando la reducida comitiva que ocupaba el corazón del desfile pasó por delante de ellos. Jasper se habría dado media vuelta en aquel momento, pero su sobrino le tiró del brazo y se quedaron a ver desfilar las columnas de caballeros con los cascos abiertos, sonriendo a la multitud y a sus propios colegas en los flancos del camino. Parecía una feria del condado o un día de mercado, con todo aquel bullicio y ajeteo, pero Jasper había comprobado lo débil que estaba el rey Enrique y tenía el ánimo meditabundo cuando su joven pupilo por fin decidió marcharse, satisfecho.

—¿Tengo que ir? —preguntó Enrique, quejumbroso.

Jasper se lo había explicado ya una docena de veces y frunció el ceño al ver que volvía a sacar el tema a colación.

—Sí, Enrique. Ya te lo he dicho. Con todo, hay una última persona a quien me gustaría que conocieras antes de nuestra partida, una persona que ha pedido verte.

Tomaron el camino hacia el este, esquivando a los lugareños que recogían los juncos, cuya capa superior aún estaba lo bastante limpia para reutilizarse o venderse. Jasper despachó con un ademán a una mujer que portaba un cubo lleno en cada mano y esta fue a ofrecerle los juncos al siguiente caballero elegante a quien pudiera interesar recubrir el suelo de su cocina con juncos nuevos por un penique. Ante ellos, la carretera se despejó enseguida y Jasper caminó con su sobrino en dirección a la Torre de Londres y al río.

—No debería haber permitido que transcurriera tanto tiempo —dijo Jasper en voz baja—. En cuanto supe que York había desembarcado, debería haberme marchado a Francia.

—«Huido», tío —musitó Enrique.

A Jasper se le tensó la boca.

—Llámalo como quieras, muchacho. Yo ya he luchado en el campo de batalla cuando me tocaba, y tú todavía eres demasiado joven para hacerlo. Además, eres el hijo de mi hermano y, sí, también eres mi pupilo y responsabilidad mía. No pude proteger a tu padre, Enrique, pero a ti te mantendré a salvo hasta que esta amenaza desaparezca.

Jasper vio que su sobrino se había recubierto el labio superior con el inferior, una expresión de determinación que había acabado por reconocer bien durante los meses que habían compartido alojados en Londres.

—Escucha, muchacho, si Warwick vence, estaremos al otro lado del canal de la Mancha y las noticias llegarán volando a Francia. El rey Luis estará encantado y nosotros regresaremos a Inglaterra. Yo recuperaré Pembroke y tú heredarás los señoríos de tu padre como conde de Richmond.

—¿Y si gana el rey Eduardo? —preguntó Enrique, hurgando para sonsacar más detalles.

Jasper suspiró.

—Entonces no regresaremos y Lancaster será destruido. No creo que a ese pobre y viejo rey que ha pasado frente a nosotros hace un momento se le permita seguir con vida si Eduardo de York recupera el trono. Pero no deberías llamar a Eduardo «rey», Enrique. La suya era una estirpe más joven. Nunca tuvo derecho a reclamar la corona, salvo mediante el miedo y la fuerza.

—Pues no le fue mal —musitó Enrique.

—Pero implicó que no consiguió gobernar ni un año en paz, sin que alguien le disputara el trono —replicó Jasper, exasperado—. ¡No recuerdo vivir en paz, muchacho! Ha habido rebeldes, cañones y fuego en esta misma calle, y batallas de casa en casa. He visto a hombres morir cayendo a los espinos y... —Sacudió la cabeza, negándose a proseguir, aunque su sobrino lo observaba con sumo interés.

Cuando Enrique entendió que Jasper no continuaría, su viva atención se desvaneció y se sumió de nuevo en un humor taciturno, mientras continuaban la caminata hacia el río.

—Eres mi sobrino, Enrique. Me obedecerás en esto hasta que sea seguro regresar. Tal vez solo transcurra un mes, quizá regresemos en verano.

¡Piénsalo, muchacho! Querías ver al rey Enrique y he retenido mi barco para que pudieras presenciar el desfile. Y ahora hay otra cosa que yo esperaba ver... Ah, ahí está, la pobrecilla.

Jasper saludó con la mano a una mujer bajita que los aguardaba a orillas del Támesis. Enrique miró confuso a su tío cuando se acercaron a ella y Jasper la tomó de la mano para besársela a modo de saludo.

—Lady Margaret, este es Enrique Tudor, vuestro hijo —anunció.

Enrique abrió los ojos como platos y miró alternativamente a su tío y a la dama que los observaba con fascinación, interiorizando todos los movimientos del muchacho.

—Hola, muchacho —dijo ella con una sonrisa tímida—. Espero que tu tío Jasper esté cuidando de ti.

Enrique permaneció plantado en el suelo, incapaz de articular palabra o de moverse. La miró boquiabierto y Margaret Beaufort alargó la mano y le cerró la boca con delicadeza. Era la primera vez que se tocaban desde que ella lo había abandonado en el castillo de Pembroke catorce años atrás. Enrique notó su tacto en su piel como si aquella dama portara un hierro al rojo y le hubiera hecho una marca.

—Tengo la dirección de la propiedad de tu tío en Bretaña. Te escribiré tanto como pueda, si lo deseas.

—Lo deseo —respondió Enrique con un tenue eco. Volvió a mirar a su tío, intentando descifrar si se trataba de alguna broma—. ¿Estáis... bien? —preguntó—. ¿Tenéis todo lo necesario?

Por algún motivo, aquella pregunta provocó una carcajada en su madre, cuyos ojos se convirtieron en dos ranuras centelleantes que lo miraban. Emitió una especie de resoplido, aunque parecía estar bien.

—Estoy bien, querido. Tengo un empleo como doncella de una dama en la corte. Cuido de la hija de lord Warwick, Ann. Es mejor estar ocupada que inactiva y... me gusta estar cerca del corazón de las cosas. Eres un muchacho bien parecido, Enrique, como tu padre. Tu tío me ha contado que eres inteligente y callado, y que no te gustar fanfarronear como a tantos otros jóvenes. Me agradó mucho escuchar tal cosa.

—¿Debería... quedarme con vos? —preguntó Enrique.

Su madre negó con la cabeza, con firmeza.

—No. Tu tío y yo ya hemos debatido este asunto y Londres es un lugar

peligroso para ti, al menos por ahora. Veamos cómo se desarrollan los acontecimientos. Si milord Warwick se proclama vencedor, tal vez estéis de regreso antes de final de año. ¿Te gustaría?

—Sí, madre, me gustaría —respondió Enrique.

Tenía los ojos anegados en lágrimas y se las enjugó con los nudillos, avergonzado de llorar delante de su tío. Margaret Beaufort palmeó con cariño a su hijo en el brazo.

—Sé fuerte, Enrique. Vendrán tiempos mejores, te lo prometo. Y ahora marchaos. Solo tenía un rato para conocerte y ha concluido. Ve con tu tío. Reza cada día y resiste a la tentación. Ve con Dios.

Enrique dio un traspié al saltar al bote por volver la cabeza para mirar a aquella mujer a quien hasta entonces no conocía. Apenas si fue consciente de que su tío se sentaba a su lado. Cuando se hubieron acomodado, la mujercita se dio media vuelta y se marchó a grandes pasos sin volver la vista atrás.

—Tu madre es una mujer formidable —dijo Jasper, con un tono teñido de melancolía—. De haberla conocido yo en lugar de tu padre, quién sabe, nuestras vidas podrían haber sido muy distintas. Remad, muchachos.

Los seis remeros los sacaron a la corriente y el barco navegó rápidamente cauce abajo, hasta el lugar donde los esperaba el *Pembroke*.

Enrique Tudor contempló la ciudad que había acabado por amar, una ciudad espléndida y confusa, con todo su bullicio, colores, olores y sorpresas. Solo había vivido en Londres unas Navidades y una primavera, pero en aquel breve lapso había acumulado más vivencias y había sido testigo de más acontecimientos que en media docena de años en *Pembroke*.

Se prometió mentalmente que regresaría, tras descubrir cuán fascinante podía ser la vida en una gran ciudad. Y tras haber conocido a la mujer a quien había imaginado sosteniéndolo en sus brazos durante las fiebres y los primeros dientes, cuando lo único que Enrique tenía eran sus propios brazos. No transmitió sus pensamientos a su tío, prefirió mantenerlos ocultos para evitar que lo hirieran. Cuando Jasper volvió a posar la mirada sobre él de nuevo, Enrique asintió educadamente, con la cabeza en otra parte.

15

El heraldo de York aguardó una eternidad antes de regresar cabalgando junto a los tres hermanos. Frente a la ciudad, los York descansaron en silencio y quietos durante un largo tiempo, hasta que la luz del sol alargó sus sombras a media tarde. Entonces se dieron media vuelta y marcharon entre tres y cuatro kilómetros en sentido opuesto a las murallas, hasta un lugar donde pudieran establecer un campamento formal. Sus hombres invirtieron el resto de las horas apilando espinos y broza para delimitar un amplio perímetro, listos para repeler cualquier ataque nocturno. Warwick apenas atinaba a divisar la mancha que conformaban cuando empezaron a trabajar, con los laboriosos soldados convertidos en figuras diminutas. Vio partidas de hombres adentrarse en los bosques con hachas para talar árboles jóvenes y arrastrarlos hasta el campamento. En parte, a Warwick le complació el buen orden que observó. Al fin y al cabo, él había formado parte del adiestramiento de los York, sobre todo de Eduardo y de Ricardo, más que de Jorge. Se enorgulleció al comprobar que no eran unos insensatos.

Supo que, aun así, los tenía acorralados, estaba casi seguro de ello. Ciertamente, la pérdida de Clarence había representado un golpe. Supuso que su yerno habría comunicado las dimensiones de su ejército y los nombres de los lores que se hallaban bajo su mando, como era lógico. No obstante, el orgullo de Eduardo no le permitiría retirarse. Era un joven impetuoso. El error de tal enfoque resultaba evidente cuando el enemigo sostenía en alto una lanza y te dejaba correr justo hasta la punta.

A unos cuantos kilómetros de distancia, John Neville, lord Montagu, habría montado su línea de batalla con tres mil hombres, suficientes para bloquear el norte. De Vere, el conde de Oxford, comandaba a seis mil por el este, mientras que Warwick podía aportar diez mil de la ciudad y otros diez

mil procedentes de Warwickshire, el condado a sus espaldas. Los hijos de York habían acudido a su feudo, a su hogar. Los tenía atrapados, con la carretera hacia el oeste como única salida.

Conforme la noche fue deslizándose silenciosa sobre el paisaje, Warwick observó cómo se iluminaban las antorchas alrededor del contorno del campamento de York. Grupos de faroleros hicieron lo propio en las murallas de Coventry, de suerte que se dibujaron dos largas líneas de aceite y llamas separadas por un millar de metros, enfrentadas entre sí.

El duque de Exeter había enviado varios mensajes durante el día, culminados por un nuevo intento de que se le permitiera acceder a la torre, acceso que en este caso le habían vetado los propios guardias de Warwick. Holland se había dirigido entonces hasta las murallas, desde donde le había increpado diciéndole que aguzara bien la mirada. Warwick se había negado a contestar y, al final, el noble, furioso, había alzado las manos en gesto de desesperación y se había marchado a emborracharse. Le decepcionaba que Exeter no lo hubiera llamado cobarde a oídos de otros. Entonces Warwick habría solicitado su cabeza por interferir en el mando en época de guerra y nadie se habría atrevido a decir ni mu. Por desgracia, Henry Holland era perfectamente consciente de que eso podía suceder y se había contenido antes de que su testa acabara sobre el tocón.

Warwick apenas pudo conciliar el sueño, en una noche demasiado cálida para dormir a gusto en la que acabó destapándose. Debería haber cerrado la trampa que había tendido, una vez que Eduardo había entrado en ella. Podía imaginar la reacción de Derry Brewer y su desconfianza al saber que no había tensado la soga. Tres lados habrían bastado para aplastar a una fuerza reducida y poner fin a aquella situación. A Warwick le costaba explicarse algo que él mismo no acababa de entender.

Al alba, se levantó de la cama empapado en sudor y se echó una capa alrededor de los hombros, sobrecogido por un pavor desconocido. Salió a las murallas y divisó a través de la arremolinada neblina matinal la línea oscura de maleza que se extendía en el horizonte. Todas las antorchas se habían apagado o habían quedado reducidas a ascuas, un destello oscuro y plomizo que se apagaba bajo su mirada.

No había rastro de movimiento en el campamento, ni exploradores de York que cabalgaran para comprobar los campos aledaños. Warwick receló,

pero aun así dio las órdenes y contempló desde lo alto cómo los hombres cabalgaban hacia el campamento. Sus jinetes regresaron al galope, agitando los brazos y negando con las cabezas. El campamento de York estaba desierto. El ejército había huido en medio de la noche y era Warwick quien les había permitido hacerlo.

Eduardo sujetó su caballo con riendas cortas. Nada le habría gustado más que lanzarse al galope por la carretera, pero con hombres marchando a pie tras él era imposible avanzar más rápido. Solo ochocientos de sus soldados iban sobre monturas, y los caballos de repuesto cerraban la marcha. El resto de los hombres tenían que recorrer a pie hasta el último kilómetro y luego luchar, si volvían a desafiarlos.

La noche anterior habían abandonado el campamento sigilosamente, en cuanto la oscuridad se lo había permitido. Eduardo y Ricardo habían instruido bien a sus capitanes y, a su vez, estos habían impuesto la necesidad de silencio a base de golpes y susurros que prometían amenazas tan brutales que hacían estremecerse incluso a los hombres más fuertes. Aun así, pocos tuvieron que ser hostigados. La mayoría de ellos, incluso los soldados de Clarence, estaban al tanto de la causa. La dificultad radicaba en que se llamaran a gritos y se carcajearan por la emoción con sus compañeros. Se habían vivido horas tensas en preparar el campo, pues sabían que iban a abandonarlo, pero la recompensa era avanzar a rastras en silencio a través de un bosque oscuro. La luna seguía por la mitad y el cielo estaba un poco nublado, lo cual no les ofrecía las condiciones ideales, pero aun así decidieron marcharse.

La noche les había ofrecido resguardo suficiente para permitirles llegar hasta el campamento de Oxford. Habían atacado a los hombres que montaban guardia y habían avanzado tambaleándose por un campo y un angosto arroyo, arrojándose entre tiendas con podaderas y hachas que hacían oscilar salvajemente. Durante un rato, la baraúnda había sido aterradora, pero eran muchos. Quienes despertaban del sueño al sonido de cuernos estrangulados se daban a la fuga, la mayoría sin armadura ni armas. El pánico se propagó rápidamente y pudo verse a los hombres de Oxford huir como liebres por las montañas aledañas, como si quien los hubiera expulsado fuera una hueste de diablos en lugar de hombres.

Eduardo podría haber dejado descansar a sus hombres entonces, para permitir que Warwick descubriera que había roto sus cadenas la mañana siguiente. En lugar de ello, miró hacia el sur y se preguntó qué hacer. Londres se hallaba a unos cien kilómetros de distancia. Por buen camino, incluso hombres agotados eran capaces de recorrer entre cinco y seis kilómetros y medio cada hora. Tenían por delante una noche y un día de carretera, al menos si contaba con comida para alimentarlos. Sus hombres se habían fortalecido a fuerza de recorrer penosamente a pie el país desde su desembarco. Y lo que era aún más importante, entenderían lo que pretendía hacer. Londres representaba el Parlamento y el poder. La ciudad protegía al rey Enrique, el corazón de la casa Lancaster. Y, por encima de todo, allí se hallaban la mujer y las hijas de Eduardo, y también su hijo.

Avanzaron por la gran carretera de Londres que conducía hasta el sur, aún con los ánimos inflamados como el pan recién horneado tras haber dispersado a un enemigo. Ese brillo en la sangre fue disminuyendo a cada hora que pasaba, hasta que llegaron a las inmediaciones de Northampton. Allí se tumbaron en el suelo y dormitaron. Eduardo también notó el sueño apoderarse de él, impidiéndole pensar con claridad y agudeza. Los hombres y mujeres de la impedimenta entraron en la ciudad con monederos de plata y regresaron con todo el pan y la sopa que pudieron comprar. Al despertar, aún con los ojos enrojecidos por el sueño, los soldados se encontraron con sonrisas, una escudilla y un tercio de una hogaza de pan. Comieron su ración y justo entonces se sacaron salchichas en bandejas que los muchachos carniceros portaban sobre sus cabezas, compitiendo entre ellos por repartirlas y regresar con ellas vacías ante los intendentes de Eduardo. La plata circuló por la ciudad casi con la misma celeridad con la que aquellos hombres hambrientos y saludables dieron cuenta de la comida preparada, pero el sol lucía ya alto cuando Eduardo congregó a sus hombres a su alrededor, formando filas. Algunos de ellos bostezaron, pero los hijos de York habían demostrado ser buenos soldados hasta entonces. Hubo sonrisas cuando Eduardo les pasó revista y asintió, complacido.

—Milores, capitanes, caballeros..., damas.

Pronunció la última palabra haciendo una pequeña reverencia en la dirección a las mujeres que acompañaban las filas del ejército. Los hombres la recibieron con una carcajada que se extendió como una ola, un sonido

agradable que unas recibieron sonrojándose y otras humillando las cabezas o haciendo una reverencia, encantadas de que se las mencionara.

—A partir de esta mañana —prosiguió Eduardo— forzaré un ritmo más rápido, equiparable o incluso mejor al de ninguna legión romana que haya marchado antes que nosotros. Esta carretera se extiende ininterrumpidamente, seca y ancha, veintisiete leguas hasta Londres. Recorrerla es lo único que os pido. Ya me habéis demostrado vuestra resistencia y vuestra lealtad. Ahora debo pedir os que las redobléis. Y os pido también confianza y paciencia. He venido a recuperar la corona. Y la corona está en Londres. —Los hombres recibieron sus palabras con ovaciones, cosa que le sorprendió y complació tanto que volvió la vista hacia sus hermanos, que se hallaban cerca de él, y se rio encantado—. Los carros y las vituallas cerrarán las filas. Capitanes, formad columnas de a seis. Que Dios os bendiga a todos por vuestra lealtad. Volveré a dirigirme a vosotros cuando nos hallemos ante las murallas de Londres.

Como era de prever, los hombres volvieron a vitorearlo, si bien los flamencos y los ingleses ya se habían puesto en movimiento, concentrados en recoger sus herramientas y armas y ocupar sus posiciones. Se tardó una hora en formar las columnas, con los exploradores y los artilleros disputándose las filas frontales para marcar el ritmo. Todas las mujeres, ancianos y niños de los carromatos aguardaron pacientemente para unirse a la retaguardia con las provisiones que los más emprendedores de ellos habían conseguido adquirir en la ciudad. Algunas mujeres eran capaces de preparar un festín con poco más que un puñado de hierbas aromáticas. También ellas conocían su valor y, mientras tomaban asiento y asían las riendas, llamaban a gritos a sus jóvenes favoritos cuando pasaban a toda velocidad a su lado, provocando sonrisas y rubores. Lucía un bonito día de abril y todos habían conseguido escapar, a pie o a caballo, de una lúgubre sensación de encerramiento en Coventry, para encontrarse con la libertad y el sol primaveral. Los ánimos estaban calmados y se dejaban llevar, con las espadas a los hombros e imbuidos de orgullo en cada paso.

Eduardo y sus hermanos lideraban el camino, trotando a lomos de sus monturas en la fila delantera, mientras sus exploradores cabalgaban a medio galope por todos lados para comprobar el terreno que les esperaba por delante.

—Trece leguas hoy y lo mismo mañana —dijo Eduardo—. Es factible. Bastará para ver las murallas de Londres antes de que se ponga el sol.

Sonreía mientras hablaba, aunque sabía que el trayecto sería duro para los soldados. Se acordó entonces de Warwick dando muerte a su caballo en Towton para marchar y luchar a pie con el resto del ejército, para dejar claro que no se retiraría, al margen de cómo se desarrollara la batalla. Había sido un gesto magnánimo y el recuerdo incomodó a Eduardo. En su momento, había admirado a Warwick por aquello.

Costaba creer que ese mismo hombre pudiera estarles siguiendo la pista en aquel instante, cargando desde detrás, soltando espuma por la boca por la indignación. No importaba, decidió Eduardo. Él llegaría antes a Londres y cerraría las puertas a su espalda.

Aquel pensamiento le evocó otro recuerdo, un recuerdo que lo perturbó y le hizo levantar la cabeza. Se inclinó hacia su hermano Ricardo, que cabalgaba en el centro de la fila.

—¿Qué haremos si no nos dejan entrar, tal como sucedió en Hull o York? ¿Qué sucederá si encontramos las puertas cerradas, Ricardo?

Su hermano reflexionó un momento, proyectando la vista en la distancia, como si ya vislumbrara la ciudad.

—Cuando nos hallemos más cerca, quizá mañana o incluso esta noche, enviaré a grupos reducidos de exploradores u hombres sin armadura cabalgando por delante de nosotros. —Sopesó su idea y asintió con la cabeza—. Pueden reunirse alrededor de una puerta, por ejemplo la puerta de Moorgate, en la muralla norte. Una veintena de hombres podría defenderla frente a los guardias de la ciudad, pero me aseguraré de enviar a unos sesenta, quizá a más. Es buena idea, hermano, vital. Cuando estemos cerca, haremos que los hombres que ya se hallen en el interior mantengan la puerta abierta. El alcalde y los ediles no nos negarán la entrada tal como hicieron con Margarita y Enrique. Aquello fue una blasfemia y no volveré a permitir que suceda.

Eduardo sonrió al comprobar la seguridad con que hablaba su hermano, mientras Clarence los observaba, sin haber conseguido aún formar parte del lazo de agrado y confianza que compartían sus dos hermanos.

—Necesito llegar a Londres, hermano —añadió Eduardo—. Isabel está allí. Y también mi hijo.

—Y su madre, Jacquetta —apostilló Ricardo, divertido.

—Sí, bueno, ella no me preocupa. Procuremos no hacer leña del árbol caído, ¿de acuerdo, Ricardo?

—Lo siento.

Eduardo sonrió a pesar de sí mismo, sofocando una risa.

—En Londres fue donde me coroné. Allí fui proclamado rey y puedo volver a serlo. A menos que tenga que liarme a rascar como un perro apaleado sus puertas cerradas.

—A quien rehusaron el acceso en el pasado fue a un mero Lancaster —dijo Ricardo con un bufido—. A una reina francesa, a un rey roto y a una muchedumbre de escoceses. Nosotros somos los York, hermano. Somos los hijos de nuestro padre, retornados a nuestro hogar. No se atreverán a darnos la espalda.

Eduardo le sonrió, complacido al comprobar el humor del que disfrutaba Ricardo y dejándose contagiar por él. La columna se extendía detrás de ellos kilómetro tras kilómetro, integrada por miles de hombres, donde al principio solo había habido centenares. Sin embargo, Clarence había descrito la hueste congregada por Warwick. Ser el portador de aquella adusta noticia parecía haber reducido aún más a su hermano Jorge, si bien no había motivo para su triste semblante. Les había aportado una parte vital de su ejército. Con todo, tras la alegría inicial por reunirse con ellos, el duque parecía un cuervo alicaído, convertido en una suerte de mal agüero a lomos de un caballo.

Eduardo levantó la cabeza para notar la caricia del aire, que empezaba a caldearse. A ochenta kilómetros por delante de ellos estaba lo único que realmente importaba en aquel momento. No podía ganar todas las batallas en un solo día. No sabía siquiera si su esposa seguía con vida ni si su hijo habría perecido y ya nunca abriría los ojos y vería a su padre vestido con armadura. Eduardo apartó tales pensamientos de sí, se enderezó, alto y fuerte, y clavó la mirada en la carretera.

Margarita de Anjou contempló el muelle de París y recordó que Derry Brewer le había dicho que, pasara lo que pasase, ella empezaría «en el Sena». El jefe de los espías se había puesto como la grana con su propia broma, recordó Margarita, y había llegado incluso a explicarle su propio juego de palabras hasta acabar estallando en carcajadas y enjugándose las lágrimas de

la risa. Aun así, lo añoraba.

A su espalda se erguía el palacio del Louvre y los aposentos que se habían convertido en su hogar. Sin lugar a dudas, era el único hogar que recordaba su hijo, por más que el joven príncipe Eduardo aún soñara con Inglaterra como una suerte de Ávalon, una tierra de nieblas y frío y la joya de un derecho de nacimiento que se le había negado. A escasa distancia de Margarita, Eduardo de Lancaster vestía una elegante armadura y se alzaba con un escudo cinchado a su espalda y dos jóvenes y orgullosos escuderos encorvados por el peso de sus armas y equipamiento.

El pequeño buque de guerra aguardaba a madre e hijo en el río, con la cubierta principal a unos seis metros por encima de la dársena y las bodegas. Bajo la mirada de Margarita, se subió a bordo a caballo con los ojos tapados por una rampa que conducía hasta el combés de la nave y luego se los descendió hasta la oscuridad de los establos que se habían instalado en las bodegas. El rey Luis no había escatimado con las fortunas necesarias para una partida como aquella. De no haber sabido Margarita perfectamente el beneficio que el monarca extraía de brindarle su apoyo, le habría asombrado el torrente de oro y plata con que había colmado a su reducido grupo. Compartían un enemigo en la persona de Eduardo de York, ese era el quid de la cuestión. La restauración de Lancaster les convenía a ambos.

Margarita miró hacia atrás, como si hubiera notado a Luis observarla. La mera escala del palacio del Louvre seguía sorprendiéndola a veces y se sonrió para sus adentros. El rey seguramente estaría allí, mientras sus esperanzas viajaban con ellos. De hecho, había sido la sensación de apremio del monarca unida a la suya propia la que la había llevado a partir aquel día. La noticia que había volado hasta París, según la cual York había desembarcado y congregado un ejército, había hecho que el resto de los planes se descartaran o bien se organizaran apresuradamente.

Margarita observó a su único hijo subir a bordo, tras atravesar la rampa a grandes zancadas, y ocupar su lugar junto a la barandilla para contemplar con orgullo la ciudad que los había refugiado. Ella misma sintió esa emoción al observarlo, lo único bueno que había resultado de su juventud y de todas las esperanzas que inicialmente había depositado en Inglaterra. Aún recordaba la espuma del mar en el canal de la Mancha, con William de la Pole, el duque de Suffolk, a su lado. Se llevó a los ojos un paño de seda para evitar que las

lágrimas le corrieran el lápiz de ojos.

Las aguas del río Sena discurrían claras en primavera. Algunos niños que se encontraban nadando y pescando en la orilla, a cierta distancia, chillaron y agitaron los brazos emocionados al ser testigos de tal ajetreo, como si todo aquello fuera un juego interpretado para entretenerlos. El príncipe Eduardo alzó una mano hacia ellos: si fue en ademán de saludo o de despedida, Margarita lo desconocía.

A Margarita todavía le costaba creer que aquella parte de su vida estuviera tocando a su fin. Se sorprendió intentando inmortalizar la escena mentalmente: los colores, las magníficas lomas floridas... y de súbito cayó en la cuenta de que posiblemente no volvería a ver París en años, si es que regresaba alguna vez.

Había protegido a su hijo de todos los peligros del mundo, aguardando al momento en el que la marea de York se retirara y por fin pudieran atravesar el canal de la Mancha llevados por la crecida. Solo una madre podía conocer la exquisita tortura de aquel día primaveral en el río, con toda Francia alrededor y su hijo dirigiéndose a tomar la corona que siempre debería haber lucido. Se llevó una mano a la boca para serenarse. Había tantos enemigos que lo negarían, que arrebatarían la vida a su hijo sin titubear... Mas, no obstante, Eduardo era el único descendiente del linaje más ancestral de reyes. No había nadie vivo que pudiera reclamar el trono en tales términos, por sangre, por ley... y por derecho de armas si era preciso.

Margarita había recurrido ni más ni menos que a Richard Neville, conde de Warwick, un apellido que había pronunciado en voz alta con rabia y dolor miles de veces durante sus años de exilio. En un arrebato de locura, había depositado todas sus esperanzas en manos de aquel hombre a cuyo padre había decapitado para luego exhibir su cabeza clavada en una pica en las murallas de una ciudad. Margarita llevaba tanto tiempo viviendo con tensión y preocupaciones que sabía que su belleza se había evaporado junto con su cintura y con su juventud. Era imposible vivir cada día como un cristal lanzado al aire, sin saber si acabaría por romperse en mil pedazos. Hacerlo la había vuelto más fría y dura con el paso de los años, con el desastre siempre palpitando en los márgenes de su campo de su visión.

—Alteza, ¿me haríais el honor de permitirme tomar vuestra mano? — preguntó una voz junto a su hombro.

Margarita se volvió lentamente, como si se despertara de un sueño. El rey Luis había acudido a rendirle los títulos y los honores que durante tanto tiempo se le habían negado. Sonrió al notar a Margarita confusa a la par que complacida por su presencia y la saludó con una levísima inclinación de cabeza. Le tendió la mano y Margarita colocó con delicadeza su palma en ella.

—Creo que vuestro amigo, lord Somerset, estará en Weymouth para daros la bienvenida, milady. Eso me ha comunicado. Os dejo en buenas manos, en el reino de vuestro esposo y en vuestro hogar, tras tanto tiempo. Sé que seguiréis considerándome un amigo en los años venideros. Observaré desde aquí cómo prosperáis entre todos esos fríos granjeros ingleses. Dadles un poco de vida, Margarita, por favor. Viven en una pesadumbre constante sin nuestro ejemplo.

—Lo intentaré, majestad. Os estoy agradecida por todo lo que habéis hecho. Si existe un modo de repararos siquiera una pequeña parte, dedicaré mi vida a ello, durante los años de existencia que me queden.

Luis soltó una risita mientras la guiaba hasta el entarimado de roble recubierto de juncos de la cubierta, mirando a su alrededor con aire satisfecho.

—Que viváis muchos y felices años, Margarita, en los que todo esto no sea más que un recuerdo. Os deseo buenos veranos, milady de Inglaterra. Y, príncipe Eduardo, os deseo una buena caza. Que acertéis de pleno...

El príncipe era mucho más alto que el francés, una altura que caracterizaba a muchos hombres de su estirpe. Aunque vestía armadura, se movía con agilidad. Hizo una reverencia al rey Luis, encantado.

—Lo haré, majestad, en nombre de nuestro señor, Jesucristo.

—Amén —replicaron Margarita y el monarca al mismo tiempo.

—Me han informado de que las aguas están algo agitadas hoy —continuó el rey Luis—, pero no dudo que el oleaje amainará, tal vez a modo reverencial, cuando os hagáis a la mar.

Margarita sonrió, tal como el rey había esperado que hiciera. Iba vestida con finas sedas y llevaba solo un toque de maquillaje en los labios y las mejillas. Pese a las arrugas que le surcaban el rostro y el dolor que había padecido, Luis no recordaba haberla visto nunca tan bella.

—Estaréis en Londres en cinco o seis días, Margarita. Si Dios quiere,

milord Warwick ya habrá vencido y tendrá la cabeza de quien nos amenaza a todos.

—Rezo por ello, majestad. Y llevo vuestras aves a bordo. Las liberaré en cuanto tenga noticias.

Luis la besó por última vez y dio a su hijo un fuerte apretón de manos para que el muchacho no le chafara los dedos al no controlar su fuerza. Tras aquello, el rey francés descendió por la rampa y observó cómo la desmontaban y el barco desamarraba. Permaneció en la orilla con unos pocos guardias para protegerlo de las miradas y las manos exclamadas de sus súbditos, mientras la pequeña nave era remolcada al canal principal por dos botes. Al tensarse las cuerdas que los unían salpicaron gotas de agua del río. Luis era perfectamente consciente de que lo apodaban la «Araña Universal». Pensó en aquellos cabos como parte de una telaraña y sonrió ante la imagen y la idea. Era un final, y quizá también un principio. Estandartes de Lancaster recién bordados volverían a desplegarse en el mar. Por el momento, en París, el buque solamente llevaba las flores de lis de Francia, en dorado y azul.

16

El capitán de la puerta envió a otro muchacho para que averiguara con la mayor premura las órdenes del alcalde John Stockton. En las calles aledañas no se apreciaba el bullicio acostumbrado, de eso no cabía duda. Por lo que el capitán Seward podía ver, todo Londres contenía en ese momento la respiración, o poco más o menos. Seward, que no en vano era hijo de un comerciante de pimienta de la calle Wych, conocía los diferentes estados de ánimo de la ciudad. La mitad de sus hombres provenían de los peores barrios, pero él era un hombre rico. Ciertamente que ello no se revelaba precisamente en el cuero y el hierro de su baquetado atuendo. Seward había encontrado un puesto a su entera satisfacción en la entrada de Moorgate de la muralla londinense. No tenía relevancia ninguna que al volver a casa le esperaran una buena mesa y sirvientes, o al menos así lo creía él. Trataba a sus hombres como un padre haría con sus hijos, y, de hecho, dos de ellos eran realmente hijos suyos.

El capitán había enviado al primer mensajero nada más recibir la noticia de que un ejército se aproximaba a la ciudad, lo cual había demandado su inmediata presencia en la muralla. Las puertas de Londres no estaban de adorno. Convenientemente cerradas y atrancadas, debían proteger a quienes estuvieran dentro contra cualquier fuerza hostil. Y tampoco era ciudad que pudiera ser sometida a asedio, gracias al gran río que corría por su parte sur.

Cualquier enemigo, al verse bloqueado en el exterior, podía negociar con los lores y el alcalde, pero eso ya no incumbía a Seward. Su única preocupación se reducía a aquella puerta: ese era su cometido y su mundo terminaba ahí.

Había estado presente años atrás, cuando habían recibido la orden de cerrar la puerta a la casa de los Lancaster. Desde lo alto, Seward había visto

aquel ejército maltrecho, tan numeroso que ocupaba varios kilómetros; pero la puerta se había mantenido cerrada. Aunque no había estado de acuerdo con la decisión del antiguo alcalde, sí había acatado sus órdenes. Había cumplido con su deber, que al final era todo cuanto un hombre podía declarar, o eso les decía él a sus hijos.

Desde aquel día, el capitán Seward había encanecido y en su cabello se abría ahora una gran calva, tan pelada como un trozo de cuero. Su padre le había dejado únicamente la excelente casa de la calle Wych, pero ningún otro ingreso adicional. Durante todo aquel tiempo, Seward había alimentado y vestido a su familia gracias a su puesto al mando de la puerta y a su celosa vigilancia del camino que la cruzaba.

En aquel momento, ya era perfectamente capaz de discernir los estandartes de cada casa, aunque se hubiera girado una docena de veces para comprobar si su hijo pequeño regresaba. Y es que cerrar aquella puerta llevaba su tiempo. Debían traerse bueyes y hacer que estos tiraran de los grandes maderos. Seward ya los tenía preparados abajo, en la calle, junto con seis de sus mejores hombres, muchachos bien templados que no se dejarían llevar por el pánico, por más que vieran cómo los soldados se les echaban encima mientras ellos reducían la abertura de luz a una mera hendidura y luego a la nada.

Los mercaderes protestarían ruidosamente, desde luego. Siempre lo hacían, sobre todo cada inicio de trimestre, cuando Seward ordenaba efectuar un simulacro. Solo aquellos cuatro días al año, sus hombres podían practicar el cierre de la puerta de Londres, y cada vez los mercaderes reaccionaban como si les hubiera robado la bolsa o hubiese abofeteado a sus mujeres. Seward sonrió sutilmente al pensar en cómo se lo tomarían aquel día. Tal vez no se quejaran con la intensidad acostumbrada cuando supieran que esta vez la puerta impediría el paso a hombres violentos.

Aliviado, divisó por fin a su hijo, que regresaba a la carrera por la calle. La torre de entrada en la que se hallaba Seward se alzaba unos doce metros por encima del camino, donde un buen número de boquiabiertos viandantes se habían congregado atraídos por las noticias. El capitán no podía ocuparse de ellos ahora. Observó cómo su hijo alcanzaba las escaleras de la muralla y subía por ellas sin aminorar la marcha. El muchacho tenía, pegada entre la nariz y el labio superior, una costra de mucosidad de la que parecía imposible

deshacerse, y eso que no dejaba ni un momento de lamérsela. El capitán Seward, orgulloso de su hijo, le hizo un gesto de asentimiento al verle ascender el último escalón, y luego volvió a otear más allá de la muralla de la ciudad. Las filas de soldados debían de estar como mucho a quinientos metros, quizá menos. Habían apurado demasiado antes de cerrar.

—¿Y bien, Luke? ¡Habla, rápido! ¿Cuáles son las órdenes? —preguntó Seward. El pobre diablo jadeaba como un fuelle y Seward empezaba a perder su proverbial serenidad. Alargando el brazo, agarró a su hijo y lo levantó en el aire—. ¡Luke! ¿Abierta o cerrada?

—El alcalde se ha ido a casa, papá, digo capitán Seward —resolló el joven—. Se ha metido en la cama y no quiere salir.

Seward dejó a su hijo en el suelo. El alcalde Stockton nunca se había distinguido por ser hombre de rápidas decisiones, eso ya lo había sabido Seward desde siempre. Así que no era ninguna sorpresa que en aquella ocasión hubiera escurrido el bulto. Muy bien: él, Seward, había peleado por Lancaster en Towton y desde luego sí era un hombre acostumbrado a tomar decisiones rápidas. Sabía que el día anterior habían hecho desfilar al rey Enrique ante su pueblo, como si fuera un ternero en pública subasta. Seward no tenía ni idea de dónde se hallaba el rey en aquel instante, pero el primer deber de los capitanes de la puerta era servir al monarca en ejercicio y protegerlo de cualquier enemigo.

Seward se inclinó sobre la muralla para gritar las órdenes a los encargados de las yuntas, que esperaban abajo. Lo cierto es que tendrían que cerrar la puerta en las mismas narices de la tropa que se aproximaba, pero aún estaban a tiempo si actuaban con presteza.

Sintió entonces que un brazo lo rodeaba y, haciendo presa en su garganta, lo arrastraba hacia atrás. Oyó a su hijo gritar de sorpresa y de miedo. Mientras Seward forcejeaba y trataba de chillar alcanzó a ver cómo sus hombres eran rodeados por docenas de aquellos mirones que ahora, súbitamente, empuñaban cuchillos.

—Vais a dejar esa puerta abierta —le susurró al oído una voz, tan cargada de olor a ajo como de violencia—. York ha vuelto a casa.

El capitán Seward era un hombre valiente. Se resistió durante un instante, tratando de zafarse, antes de sentir un fuerte golpe en la espalda. Lanzó entonces un alarido y se precipitó hacia delante, agarrando el aire con manos

crispadas mientras caía doce metros hasta el suelo empedrado.

Eduardo y Ricardo de York llegaron juntos, ambos con la tensión escrita en el rostro mientras cruzaban bajo la torre de entrada a la ciudad de Londres. En un primer momento, pasaron por delante de yuntas de bueyes y de soldados de la ciudad que humillaban la cabeza ante ellos, tras haberles sido arrebatadas ballestas y arcos. Por su parte, los jinetes que habían precedido la entrada de la tropa ahora asentían o inclinaban la cabeza al pasar los hijos de York. Eran ellos quienes les habían procurado una entrada segura y habían mantenido abierta la puerta.

Se veían algunos cadáveres desparramados aquí y allá, prueba del breve episodio de violencia que había tenido lugar. Eduardo apretó la mandíbula al pasar junto a ellos. No era él quien había pedido que aquella rebelión francesa de Warwick desembarcara y lo expulsara del país, ni tampoco que los traidores y los actos desleales acosaran su reinado. Pese a todo, había conseguido regresar y penetrar velozmente desde el norte hasta llegar a Londres. Sus tropas eran demasiado escasas y, sin embargo, había logrado apoderarse de la capital.

En el patio de la entrada, Eduardo y Ricardo le hicieron un gesto a Clarence para que se detuviera junto a ellos. Los tres jinetes de York condujeron sus monturas a un lado y se acercaron adonde yacía el cuerpo del capitán de la puerta, descoyuntado en el suelo. Cuatro o cinco de sus compañeros permanecían allí, en pie junto a un muchacho lloroso, todos ellos con la cabeza descubierta y retorciendo sus sombreros con las manos hasta hacerlos parecer sogas. Ricardo envió a uno de sus exploradores para preguntarles qué querían y después hizo un gesto de asentimiento. Entonces, aquellos hombres se llevaron el cuerpo del capitán Seward, mientras el ejército de York entraba en la ciudad.

—Diez mil hombres —murmuró Ricardo—. No parecen tantos, hasta que tienen que cruzar todos por una puerta. Entonces se diría que son infinitos, como una hueste celestial.

—Creo que podemos confiar en Jorge para que cierre la puerta tras nosotros —dijo Eduardo.

Con ello le ofrecía a su hermano una rama de olivo, y Jorge asintió, satisfecho por ser incluido en la amistad que tan patente resultaba entre los

otros dos hermanos. Su sonrisa se desvaneció al ver alejarse a Eduardo y a Ricardo, que avanzaron al trote sobre el barro pegajoso para ponerse al frente de la tropa.

Los dos preferían ir en cabeza en lugar de seguir al resto. Jorge de Clarence se preguntó si alguna vez él sentiría esa misma preferencia, tal vez cuando los años le hubieran templado el carácter. Al mirarlos, resultaba difícil pensar que eso ocurriera de verdad. Ricardo era el más joven, pero había pasado unos años vitales lejos de la sombra de sus hermanos. Esa era una de las razones por las que los jóvenes nobles pasaban un tiempo de pupilaje con otras familias: debían aprender a comandar, y no sufrir la dominación constante del primogénito de su propio linaje.

Jorge observó el camino que sus hermanos iban dejando atrás, hasta que las últimas filas de hombres se hubieron alejado y quedó acompañado únicamente por los exploradores, que esperaban sus órdenes. Levantó la vista y se metió un dedo en el oído para rascarse.

—Muy bien, caballeros. Cerrad la puerta —dijo—. Y luego encerradlos a todos.

Clarence guio su montura hasta el mismo centro del camino para observar cómo ante él se iba reduciendo la abertura de luz, mientras a su lado una bien apareada yunta de bueyes negros resoplaba por el esfuerzo. Los últimos centímetros acabaron de cerrarse con un golpe seco, e inmediatamente unos hombres se adelantaron para encajar postes de hierro en las ranuras del borde inferior. Conseguir cerrar una puerta de Londres no era poca cosa. Ni tampoco mantenerla abierta.

Finalizada la tarea, el interior se hizo más oscuro. Clarence volvió a sentir el picor de la oreja e introdujo en ella el dedo tan profundamente como pudo, abriendo y cerrando la boca al tiempo que se daba la vuelta para seguir a sus hermanos a la ciudad.

—¿Hacia dónde, majestad? —preguntó Ricardo a su hermano, forzando la voz.

Las multitudes parecían haber crecido por dondequiera que pasaran, empujaban hacia delante en los callejones laterales y se apiñaban en filas de a tres contra los muros. Algunos cruzaban corriendo, como niños o retrasados, por entre las filas de soldados, con peligro de caer al suelo y ser pisoteados.

Ricardo observó que no vitoreaban. Los cuchicheos y los movimientos rápidos ponían nerviosos a los guardias de York, si bien el gentío no parecía hostil, ni siquiera malhumorado. En su mayor parte, simplemente miraban a los hijos de York. Algunos se llevaban la mano a la frente o al sombrero, en señal de respeto. Otros lanzaban adustas miradas o se giraban para cuchichear y reír con los amigos.

El trayecto desde Moorgate hasta el centro de la ciudad resultaba pegajoso, una mezcla de barro, sangre de cerdo procedente de las carnicerías, diversas emanaciones químicas que aguijoneaban el olfato y, por supuesto, excrementos de animales y hombres, en cúmulos olvidados allí donde sus dueños los habían dejado caer. A veces, las cloacas existentes afloraban en las calles con resultados bastante desagradables. Eduardo apenas respiraba a medida que se iba adentrando más y más en la ciudad, a la espera de que sus pulmones se acostumbraran a aquel aire cargado. Un aire que era beneficioso para las personas, o eso decían.

Reflexionó seriamente sobre la pregunta de su hermano. Al entrar en la ciudad, Eduardo había experimentado una confianza ilimitada, una sensación mareante casi de sobrecogimiento. No había osado imaginar que vería de nuevo las calles de Londres, que cabalgaría al frente de un ejército para recuperar el trono. Aquella gozosa locura se había ido desvaneciendo al sentirse observado, estudiado por miles de hombres y mujeres que habían interrumpido sus tareas cotidianas para acercarse y verlo pasar.

Tener Londres en su poder implicaba controlar la Torre, la Real Casa de la Moneda, la catedral de San Pablo, el río y la casa consistorial, donde el alcalde se había refugiado en sus aposentos y se negaba a salir. Implicaba controlar a los lores y las fuentes de dinero, pues ambas cosas resultarían vitales. Sin embargo, en aquel primer día, poco había en la parte amurallada que pudiera serle realmente útil, a pesar del fuerte simbolismo de la propia entrada en la ciudad.

Exploradores y mensajeros iban y venían mientras él cabalgaba al paso, algunos de ellos con aceptaciones de vasallaje. Ricardo echó una ojeada a aquellas promesas y juramentos, se fijó en quiénes eran aquellos hombres que manifestaban su nueva lealtad y sin pérdida de tiempo reclamaban las tierras y los títulos que habían perdido. Le pasó a Eduardo algunos papeles más apremiantes que juzgó de su interés. De ese modo, se enteraron de que el rey

Enrique yacía postrado en los aposentos reales de Westminster. Al parecer, el día anterior, el pobre diablo casi había sufrido un colapso al tener que realizar una farsa de desfile por las calles de la ciudad.

El Palacio Real de Westminster quedaba lejos de los pestilentes olores de la ciudad propiamente dicha, a un par de kilómetros a lo largo del río; y en el complejo de edificios que albergaban el Parlamento y la abadía, la torre del tesoro y el Gran Salón de Westminster, se hallaba todo cuanto a Eduardo le importaba. Pese a ello, estaba indeciblemente cansado y bien dispuesto a dejar que todos velaran por su comodidad. El castillo de Baynard era una fortaleza de los York ubicada junto al río. La idea de descansar allí, con total paz y seguridad, le arrancó tal bostezo que su mandíbula crujió.

—Los hombres están exhaustos —dijo al fin Eduardo, indicándole a su hermano que se acercara más—. La verdad es que yo también estoy cansado y dolorido. Más de sesenta kilómetros hoy; suficientes para cualquiera. Dad orden a los capitanes de buscar almacenes, tabernas, casas vacías..., cualquier sitio que pueda servir para descansar y comer. Londres tendrá que alojar a nuestros muchachos durante una o dos noches.

Miró a su alrededor buscando algún indicio de apoyo, pero ninguno se percibía en la multitud. Todos permanecían con ojos muy abiertos y expresión lúgubre, y hasta el parloteo normal y el ruido de movimiento se iban disipando.

Eduardo irguió la cabeza. Era consciente de que el pueblo de Inglaterra había sido vapuleado por unos y otros durante los últimos años. Apenas unos meses antes, con Eduardo en el trono, se esperaba de ellos que lo vitorearan y pagaran sus impuestos como yorquistas convencidos. Después, Eduardo había sido expulsado, y de nuevo era el rey Enrique quien estaba allí, dispuesto a recibir el abrazo cariñoso y desconcertado de las gentes.

Eduardo lanzó una mirada altanera a su alrededor. Frente al escrutinio del pueblo, respondió hinchando el pecho y observándolos desde su posición de superioridad. Podía comprender que hubiera cierto resentimiento, pero que lo ahorcasen si él iba a reconocerles su parte de razón. Londres era su ciudad, la capital de su reino. Ellos eran sus súbditos. Ya podían tragarse esa verdad hasta atragantarse con ella. Sintió que la ira prestaba nuevo vigor a sus cansados músculos y se irguió aún más si cabe.

—Pensándolo bien, Ricardo, me parece que no voy a descansar, todavía

no. Llamad a varias docenas de hombres y antes de recogerse que me acompañen a Westminster.

Ricardo de Gloucester apartó su montura de las filas de soldados y le hizo señas a lord Rivers mientras este llegaba a su altura. El conde Woodville pareció complacido al ver que se le requería, aunque su entusiasmo menguaba por momentos.

—Mi hermano y yo nos ausentaremos esta tarde, milord —dijo Ricardo—. Dejo al ejército y a Londres en vuestras manos, con excepción de... ochenta de nuestros mejores caballeros, que nos acompañarán para proteger a su majestad.

—Sería un honor estar entre ellos —replicó lord Rivers. Prefería estar cerca de su cuñado y se ponía muy terco cuando se le excluía de los consejos entre los hermanos York. A Ricardo le resultaba cansino y, por esa misma razón, aquel día le paró de inmediato los pies.

—No, no creo que sea buena idea. La orden es de mi hermano, lord Rivers. Eduardo y yo cabalgaremos hasta Westminster y regresaremos bien entrada la noche o mañana. Supongo que tendrá lugar una coronación, quizá en San Pablo, para recordarle a la ciudad que York ha vuelto..., que su gloria caiga sobre nosotros, etcétera. Bien, lord Rivers, ahora estoy cansado. ¿Habéis comprendido lo que os he dicho?

—Me parece que sí, milord —repuso Rivers, aunque la mandíbula se le tensó alarmantemente.

Ricardo lo envió de vuelta con los soldados y regresó junto a su hermano, con el pensamiento puesto en la noche que tenían por delante. Ciertamente, estaba cansado, pero tenía dieciocho años y, si era necesario, podía permanecer despierto durante dos días seguidos. Vio que Eduardo daba un enorme bostezo y tuvo dudas de que su hermano pudiera resistir tan bien como él.

—¡Que Satanás nos lleve a todos! ¡Sabemos dónde está ahora mismo! —bramó Exeter con voz tan estentórea que era un arma en sí misma—. ¡Está en Londres, engullendo rosadas lonchas de buey y asesinando al rey Enrique! ¡Aquí no hay ningún misterio, Neville! Él y sus traidores hijos de perra se nos escabulleron porque creímos que venía a desafiarnos o a someter la ciudad a asedio. En mi vida he visto un ejemplo más vergonzoso de cómo ofrecer

batalla y luego rehusarla. Os juro, Neville, que...

La restallante voz de Exeter se cortó en seco cuando lord Montagu se adelantó para interponerse entre él y Warwick.

—Mucho usáis el nombre de mi familia —dijo John Neville—. ¿Os dirigís a mi hermano, el conde de Warwick, o a mí? No acierto a averiguar si ese tono familiar es simple mala educación o proviene de un hombre que no sabe cuándo sujetar la lengua. En eso puedo ayudaros, si lo deseáis. —Se le acercó todavía más, tanto que Exeter notó las cerdas de su barba pinchándole en la barbilla—. Puedo sujetar esa lengua por vos.

Las ya de por sí rojas mejillas de Exeter se encendieron aún más. Miró de reojo a lord Neville, fijándose en sus cicatrices.

—No pretendo ser irrespetuoso, milores —dijo, haciéndose atrás—. Perdimos la oportunidad de romperle el cuello a Eduardo... y también a sus hermanos. Disponíamos de los hombres, de la posición adecuada. Pero se nos escurrió de las manos y nos dejó tocándonos las pelotas.

Barrió con la mirada la habitación para apelar a los presentes. El conde de Oxford inclinó y luego irguió la cabeza con toda deliberación. Montagu y Warwick observaban como tallados en piedra, sin ceder un ápice. Aun así, Exeter prosiguió, envalentonado.

—Milores, no estoy diciendo que hubiera conducta deshonrosa, ni traición, aunque quizá algunos se pregunten por qué no aplastamos a los hijos de York cuando los teníamos cercados y los sobrepasábamos en número. Si eso es o no cierto correspondería dilucidarlo a un juez y al Parlamento. —Le lanzó una mirada relampagueante a Warwick, promesa de futuros actos malévolos en su contra.

Oxford se aclaró la garganta antes de hablar.

—Con independencia de la verdad que pueda haber en ello, para mí ahora no hay duda de que es Exeter quien debe comandar las tropas —dijo Oxford en medio del silencio—. Tiene el rango requerido y la autoridad sobre los hombres. Y no ha quedado... manchado por este fracaso. Ninguna sospecha recae sobre él y por tanto... —Warwick se movió como si fuera a hablar y el conde de Oxford levantó la mano para contenerlo—. Por tanto, sus estandartes deberían ondear sobre todos los demás. Los hombres confiarán en un duque y no podemos demorarnos más aquí. Lo cierto es que ya deberíamos estar camino de Londres.

—Y allí estaríamos, si vos no hubieseis demandado esta reunión —replicó Warwick.

Si bien reconocía que sus dudas habían resultado determinantes para que York pudiera huir, ahora no iba a moverse ni un centímetro por un estúpido como Exeter, ni tampoco por aquel amigo suyo de débil mentón.

—Creo, milores, que continúo al mando —dijo Warwick—. Para bien o para mal. Por la autoridad que me confieren el sello del rey Enrique y la aprobación del Parlamento. No veo aquí ningún poder que pueda desposeerme de mis atribuciones. ¿Me equivoco? Así pues, no tengo más elección que continuar. ¡Dejad de murmurar entre dientes, Oxford!

Su voz se había convertido repentinamente en un ladrido al oír que el conde de Oxford profería un sonido inadecuado. Warwick lo fulminó con la mirada, hasta que se hizo evidente que el hombre no daría voz a sus quejas.

—A falta de autoridad legal que me sustituya, debo continuar ondeando mis estandartes.

—Podrías renunciar —apuntó Exeter mirándolo con frialdad.

Warwick negó con la cabeza.

—¡He prestado juramento! ¡No puedo romperlo solo porque haya hombres que desapruében mis acciones! ¿Acaso soy yo una tierna doncella que huye bañada en lágrimas cuando otros la rechazan? No, milord. Voy a seguir al mando, con las bendiciones del rey Enrique. No puedo desprenderme de la carga y conservar mi alma limpia. No hay más que hablar; y vos podéis hacer lo que os plazca.

—¿Significa eso que me liberáis de mi deber, de mi juramento? —preguntó de inmediato Exeter.

Warwick sonrió.

—Ah, no, Holland. Disteis vuestra palabra de seguir a quien el rey pusiera al mando, a riesgo de perder vuestra alma. Corréis peligro de condenaros simplemente por mencionar esa idea delante de mí, como si existiera alguna interpretación que os permitiera retiraros. Pero no la hay. ¿Habéis entendido, Holland? ¿Queda claro, milord Exeter?

Exeter volvió a mirar a Oxford en busca de apoyo, pero este se mantuvo cabizbajo y sin intención de mirarlo. Henry Holland apretó la boca, las tensas mejillas surcadas de líneas.

—No me dejáis elección, milord —respondió.

—¿Cómo os atrevéis, Holland? —dijo Warwick abruptamente, para sorpresa de todos—. ¡No es lo que yo «os deje» lo que ha de preocuparos, sino vuestro juramento! ¡No adoptéis ese tono de agravio conmigo! Quedaos, si deseáis quedaros. Y, si no, idos y arded en el infierno. ¡Vos decidís!

Warwick aguardó hasta que finalmente el más joven relajó un tanto la terca resistencia que mostraba su expresión. Una imperceptible tensión se liberó en él y se inclinó desde la cintura en una reverencia.

—Permanezco a vuestras órdenes, milord Warwick —dijo con voz tenue. Para sorpresa de Exeter, Warwick se le acercó y le palmeó en la espalda, lo que provocó cierto sobresalto en los presentes.

—Me complace, Henry. Vuestra palabra mantiene intacto su valor, pese a todas nuestras diferencias. Los errores que yo haya cometido me incumben a mí, y yo debo responder de ellos, pero me tranquiliza que vos no hayáis roto vuestro juramento y os hayáis condenado.

Y de nuevo palmeó al duque en la espalda, como si fuera su sabueso favorito.

—En realidad, estoy de acuerdo con vos —prosiguió Warwick, sorprendiendo aún más a Exeter—. Disponemos de veinticuatro mil hombres, todos ellos preparados para marchar. Londres y el rey Enrique están bajo la amenaza de una casa de usurpadores. Ya deberíamos estar en camino, como he dicho antes, y no aquí, exponiéndonos a condenar nuestra alma. Milores, ante vosotros juro en este instante por María, madre de Dios, y por el honor de mi linaje, que lucharé contra York cuando volvamos a encontrarnos. Si en el pasado me equivoqué, ahora lavaré ese error. Tenéis todos mi palabra, por Cristo, nuestro señor, amén. ¡Amén!

Esta última exclamación resonó con fuerza suficiente como para que Exeter diera un paso atrás, presa todavía de emociones contradictorias que apenas si era capaz de dilucidar. Se aferró a la última de ellas y su ánimo se iluminó.

—¿A Londres entonces?

—Con todo lo que tenemos, milord —respondió Warwick, mostrando los dientes al sonreír—. Allí zanjaremos la cuestión, mientras el mundo entero nos observa.

Eduardo de York abrió la puerta de los aposentos privados del rey

Enrique, en Westminster. Afuera, en la oscuridad de la noche, brillaban las luces de Londres. Su hermano Ricardo y él introdujeron en aquella tranquila estancia un olor a hierro y el tintineo metálico de la cota de malla.

Enrique yacía pálido en la cama, las sábanas sin cubrirle el pecho, de modo que los dos visitantes podían ver las venas azules y la línea de las costillas. Tenía el cabello empapado de sudor y los ojos enrojecidos y medio abiertos. Al notar la ráfaga de aire frío del exterior, el rey hizo un penoso intento por incorporarse.

El ruido despertó al otro ocupante de la habitación, quien hasta entonces había estado roncando a los pies de la cama, con las piernas estiradas y cruzadas, arrellanado en una amplia silla acolchada. Derry Brewer despertó sobresaltado y miró medio dormido a los dos hombres que permanecían junto a la puerta abierta. Una sombra cruzó por su rostro y agarró el bastón con unas manos que el tiempo había vuelto desmesuradamente nudosas. El jefe de espías del rey tenía sesenta y tres años y se le escapó un gruñido mientras se sentaba y se apoyaba en el bastón de endrino.

Eduardo cruzó la habitación con paso ágil y se acercó lentamente, flanqueado por su hermano. Derry los observó aproximarse con expresión desolada.

—No está lo suficientemente bien como para moverse —dijo Derry. Sabía que su voz atraería la atención de los dos hijos de York, que se volvieron hacia él como lobos sobre su presa. Antes de que pudieran contestar, Enrique habló desde la cama, con voz débil y tan aguda como la de un niño.

—¡Primo York! Gracias a Dios que habéis venido. Ahora sé que todo irá bien.

Derry, lleno de dolor, se llevó una mano a la boca al oír el tono confiado de Enrique. El jefe de espías pensó en la cuchilla que escondía su bastón cuando vio que Eduardo, a modo de saludo, se inclinaba para tomar la mano del rey y dejaba al descubierto un cuello pálido. Derry podía haberse movido, pero Ricardo de Gloucester no le quitaba ojo. El más joven de los York agarró con fuerza la mano de Derry y lo separó del rey, levantándolo de la silla como si no pesara nada. Derry se encontró sujeto con tanta firmeza que apenas podía respirar mientras era medio acompañado, medio arrastrado, fuera de la habitación. La puerta se cerró tras él.

Se sorprendió al oír su propia voz, ronca por la aflicción.

—No tenéis por qué matarlo —dijo—. ¡No lo hagáis, por favor, muchacho! Llevadlo a un monasterio, en algún lugar lejano. Ya no os molestará más.

—Ah —exclamó Ricardo, en tono amable—. Lo amáis. —Desvió la mirada por un instante y luego se encogió de hombros—. Esta noche no tenéis que preocuparos por Enrique de Lancaster, maese Brewer. No lo mataremos mientras haya posibilidad de que su hijo desembarque en Inglaterra en cualquier momento. Mi hermano y yo hemos venido a zanjar la cuestión, no a hacer que surja otro rey en la costa. Y, además, hay que contar con el conde de Warwick y su gran ejército. Podríamos necesitar un rehén para procurarnos un paso seguro. No, maese Brewer, esta noche Enrique no tiene nada que temer de mi hermano, ni de mí. Vos, en cambio... Vos estáis acabado.

Sujetándolo aún con la fortaleza propia de un hombre joven, Ricardo de Gloucester obligó al jefe de espías a bajar otro tramo de escaleras y lo hizo salir a un patio vacío. El palacio de Westminster tenía en la parte de arriba algunas antorchas, suficientes como para arrojar un dorado resplandor sobre una parte de aquel espacio cuadrado, enfrente del cual, en la oscuridad, se alzaba la abadía.

Derry miró a su alrededor, a los silenciosos hombres de armas que lo observaban con fría indiferencia. Nada podía ayudarlo en aquel lugar. Sintió que se desmoronaba y hubo de apoyarse en el bastón.

—Perdí a una hija y a una esposa cuando era muy joven —dijo Derry, mirando al cielo despejado de la noche—. Y a algunos buenos amigos, muchacho. Espero volverlos a ver. —Por un instante, miró con su único ojo a Ricardo y sonrió, casi con aspecto de jovencuelo—. Recuerdo a vuestro padre. Era un malnacido arrogante, pero, aun así, dos veces más hombre que vos. Espero que recibáis vuestro merecido, jorobado.

Ricardo de Gloucester asintió a su capitán con gesto abrupto. El hombre se aproximó y Derry miró a la oscuridad celeste, maravillado ante la belleza de las estrellas. Emitió un leve gruñido al recibir el golpe del capitán. Luego, se desplomó y tosió una vez, antes de morir. El bastón cayó de entre sus dedos y rodó por el suelo con un repiqueteo, el único sonido audible en aquel lugar.

17

Isabel sintió un espasmo de terror al oír aproximarse a hombres con armadura. Durante meses, había sufrido aquella misma pesadilla, que surgía de su pecho como una chispa blanca cada vez que un tendero o un clérigo se acercaban a su retiro sagrado. En cuanto oía una voz extraña o un tenue campanilleo, un miedo inmenso y tenebroso la asaltaba, pensando que podía tratarse de un Lancaster o algún lord que viniera a asesinar a sus hijos y a ella misma. Soñaba con una sangre negra que se derramaba por el suelo.

Ahora oyó realmente el estruendo metálico de las armaduras y se despertó de un brinco, con el corazón desbocado en medio de la oscuridad. Siempre había uno o dos monjes en las diminutas celdas de su refugio sagrado. Durante aquellos meses de encierro, había llegado a conocerlos a todos. Identificó la voz del hermano Paul, y luego oyó un grito y un fuerte golpe que la hicieron buscar a tientas la bata y ceñirse con manos torpes el cinturón.

Isabel, que dormía sola, podía oír el revuelo que el ama de cría, Jenny, armaba en la siguiente habitación del pasillo. Su madre, Jacquetta, que ya andaba de un lado para otro, apareció con una lámpara y con el pelo en un gran cúmulo de rizos aplastados durante el sueño.

Sin decir palabra, Isabel le mostró un largo cuchillo que había conseguido sustraer. Jacquetta desapareció de nuevo en su habitación y regresó con el atizador de la chimenea. Ambas mujeres subieron las escaleras de madera, haciendo callar a Jenny cuando esta también apareció y conminándola con gestos a que volviera a su habitación. Un poco más allá, una de las niñas empezó a llorar. El llanto sin duda despertaría a la anciana que cuidaba de ellas, una mujer que estaba bastante sorda, por lo que cuando llamaba para avisar solía despertar al resto de la casa. Isabel, asustada, se mordió el labio al tiempo que ascendía sigilosamente hasta el último escalón y se agachaba para

echar un vistazo hacia el diminuto vestíbulo de entrada.

El hermano Paul yacía ovillado contra la pared, si inconsciente o muerto, Isabel no lo sabía. Respiró profundamente y, en algún lugar de su interior, se dio cuenta de que conocía al hombre que se alzaba sobre el monje, de espaldas a ella. Vio cómo Eduardo se giraba envuelto en silencio, aunque sin duda debía de haberse producido algún ruido.

Su esposo miró arriba, hacia donde ella espiaba entre los barrotes de la barandilla, y en su rostro brotó una amplia sonrisa acompañada de un grito. Isabel reaccionó de igual modo, profiriendo una exclamación de alivio, aunque se sentía como si fuera a desmayarse y a caer por las escaleras. Se tambaleó al intentar ponerse en pie y sintió que su madre la agarraba por la cintura para evitar que cayera.

Eduardo subió a grandes brincos, mirando con orgullo a su esposa.

—Os he despertado —dijo entre risas. Isabel trató frenéticamente de poner orden en sus pensamientos.

—Eduardo, yo no... Entonces, ¿todo ha terminado? —preguntó. Su confusión aumentó al ver que su esposo negaba con la cabeza, si bien seguía sonriendo.

—No, querida. Aunque esto es parte del camino. Al menos Londres sí está en mi poder y puedo sacaros de este lugar. Ya es suficiente por esta noche, ¿no creéis? Y bien, ¿dónde está mi hijo, Isabel?

—Lo he llamado Eduardo —dijo Isabel—. ¡Jenny! Traed al bebé. Y fue bautizado en la abadía.

El ama de cría acudió triunfante, con el niño envuelto en mantillas y levantado en alto en gesto de ofrecimiento. En su favor, debe decirse que primero la joven miró a Isabel para solicitar su permiso. Isabel asintió, ahogando el sentimiento de agravio por no haber recibido siquiera un abrazo de su esposo, quien sin embargo sí deseaba sostener a su hijo.

Sin ser consciente de la decepción de su esposa, Eduardo levantó al niño en el aire y, con deleite o asombro, observó aquella carita diminuta y arrugada. Nunca había visto a su hijo hasta aquel momento.

—¡Luz, muchacha! —gritó al ama de cría—. Acercad esa lámpara, haced el favor. Más luz aquí, para que pueda ver bien a mi hijo. Hola, jovencito. Eduardo, príncipe de Gales, que algún día será rey de Inglaterra. Por Dios, Isabel, me alegra ver que está sano y entero. El rey Enrique está de nuevo en

la Torre, y yo he recuperado a mi mujer y a mi hijo.

—Y a vuestras hijas —dijo Isabel—. Vuestras tres hijas.

—¡Claro que sí, querida! Haced que vengan. Las abrazaré hasta ponerlas coloradas y les diré cuánto las he echado de menos a todas.

Eduardo había notado la creciente irritación de su mujer. Trató de que eso no le pusiera a él también de mal humor, pero aun así su esposa consiguió irritarle con su cara de palo y aquellos ojos desorbitados que, bien lo sabía él, presagiaban una discusión. Miró a su hermano Ricardo, que permanecía abajo y contemplaba el feliz reencuentro con expresión sombría. Ninguno de los dos recordaba cuándo habían dormido por última vez. Se acercaba el alba y Ricardo ya había presenciado suficiente dosis de violencia y pelea, al menos por el momento. Solo quería dormir.

—Regresaréis conmigo al otro lado de la calle —le dijo Eduardo a su esposa—. Ya he hecho que saquen a Enrique de las habitaciones que ocupaba allí.

—¿Fuisteis primero a verlo a él? ¿Estando yo aquí prisionera, en este lugar tan gélido? —preguntó Isabel.

Sintiéndose demasiado cansado para halagar y complacer a su esposa, Eduardo no pudo impedir un súbito arranque de mal genio. Su mirada se volvió fría y le devolvió el niño al ama, quien seguía junto a él, a la espera.

—¡Hice lo que me pareció más adecuado, Isabel! ¡Por Dios santo! ¿Por qué tenéis que...? No. Estoy demasiado cansado para discutir con vos. Haced que traigan a las niñas y luego mis hombres os escoltarán hasta el palacio. Hoy dormiréis en un lecho más cómodo.

No mencionó si después se reuniría con ella, e Isabel se limitó a asentir, presa de una rabia fría cuyos motivos no hubiera sabido explicar con palabras. Llevaba una eternidad deseando volver a verlo. Y allí estaba ahora, otra vez delgado y más joven, pero solo preocupado por su hijo, como si no hubiese echado en absoluto de menos a su mujer. No había imaginado que pudiera hierla tan profundamente.

Sus tres hijas aparecieron a la carrera y se le engancharon a las piernas, mirándolo desde abajo con adoración. Las lágrimas de felicidad que derramaron sirvieron para levantar un tanto el ánimo de Eduardo. Con todo, se le escapó un bostezo y sintió una inmensa fatiga, como si solo hubiera de tumbarse para perder automáticamente la conciencia.

—Sí, yo también estoy contento de veros. Sí, a todas, ¡pues claro que sí! ¡Qué guapas os habéis vuelto! Bueno, niñas, ahora debo irme un ratito.

Las dos más pequeñas empezaron a lloriquear ante la mera sugerencia de que su padre pudiera dejarlas. Eduardo hizo una nerviosa indicación a la niñera, quien los había seguido afuera y ahora se mantenía expectante, sonriendo con boca desdentada a las jovencitas a su cargo. Al cruzar la mirada con Eduardo, la mujer borró su beatífica sonrisa y agrupó a las niñas en torno a sus faldas.

—Venid, queridas mías —dijo antes de emitir una especie de cloqueo con la garganta. El ama de cría, Jenny, hizo una reverencia y también se retiró para de nuevo tomar al príncipe de Gales en sus brazos.

Eduardo se sintió incómodo al quedarse con su mujer, una vez la animación y el bullicio que había suscitado su llegada se hubieron apagado. Abajo, en la puerta, el hermano Paul empezó a moverse. Tenía un moratón en el sitio donde lo habían golpeado para dejarlo fuera de combate. Eduardo lo miró sin disculparse mientras el monje se ponía en pie.

—Tenéis mi agradecimiento —le dijo al tiempo que lanzaba una moneda de oro escaleras abajo. Los ojos del hermano Paul no se separaron de los suyos mientras la moneda describía un arco y caía en el empedrado con un ruido sordo.

Eduardo resopló exasperado, casi demasiado cansado para seguir en pie.

—Dejaré aquí a una docena de guardias. Venid cuando los niños estén listos.

—Sí, Eduardo, así lo haré —contestó Isabel—. Os veré en vuestras habitaciones.

Eduardo descendió las escaleras mucho más penosamente de lo que las había subido. Hubo de inclinar la cabeza para cruzar bajo el dintel de aquel refugio sagrado. Tal vez por tener que agacharse, se detuvo en el umbral y volvió a entrar él solo. Subió de nuevo las escaleras y abrazó a su esposa, apretando con fuerza suficiente como para ahogarla contra su hombro. Para su propia sorpresa, Isabel se encontró llorando mientras Eduardo sonreía y se separaba para besarla. Se quitó el guantelete y dejó ver una mano negra de aceite y suciedad, una mano más adecuada para asestar un golpe mortal que para cualquier otra acción más suave. Con todo, ella no se resistió cuando él le limpió una lágrima de la mejilla.

—Ya está, amor mío —dijo—. He vuelto a casa y todo está bien ahora, ¿no es así?

—No si tenéis que combatir de nuevo, Eduardo —respondió ella. Él desvió la mirada.

—He de hacerlo. Ahora he de ser como un hierro al rojo, al menos por un tiempo. Después habrá paz. Lo prometo.

Isabel miró a Eduardo a los ojos y vio su determinación. Sin poderlo evitar, aunque sabía que aquella hostilidad no iba dirigida contra ella, se estremeció.

Eduardo despertó de unos sueños lúgubres con la piel resbaladiza por un sudor de pesadilla, como si hubiera estado peleando o corriendo durante toda una hora. Era consciente de que yacía despatarrado en la misma cama en la que había hablado a Enrique la noche anterior. No recordaba haberse desplomado en ella, con media armadura quitada y el resto clavándosele en la carne. El sol parecía estar saliendo o bien poniéndose; no era capaz de precisarlo. Dado su estado del día anterior, no le habría extrañado en absoluto haber dormido todo el día, pero lo cierto es que aún estaba cansado. Se rascó e hizo una mueca de desagrado. Apeataba de tal modo que empezó a pensar en tomar un baño.

Levantó la cabeza al oír unos pasos que se arrastraban y entrevió a un sirviente que retrocedía fuera de su vista. Eduardo gruñó y se dejó caer de nuevo. ¿Estaría poniéndose enfermo? Tenía la cabeza despejada y el estómago vacío. No se había acercado a uvas, lúpulo o cereal desde que hiciera el juramento en el exilio, tal como había prometido a su hermano. Al igual que Sansón y su larga melena, aquel juramento se había convertido en su talismán, y no lo iba a romper ahora, al menos mientras aún hubiera de enfrentarse a Warwick y Montagu, y a Oxford y Exeter, hombres cargados de rabia contra él. Se incorporó al caer en la cuenta de que ahora tenía al Parlamento en un puño. Podía ordenar que liberaran a los duques de Norfolk y Suffolk. Su posición sería cada día más sólida, mientras que la de Warwick lo sería menos... Pero aún había un punto débil.

Margarita de Anjou iba a desembarcar, y con ella vendría su hijo. Todo el país parecía saberlo, si bien nadie podría haber dicho cuándo o dónde posaría su delicado pie en suelo inglés. Eduardo era consciente de que no debía

ignorar ni a la madre ni al hijo. Margarita ya había rescatado antes a su marido. Con el respaldo del ejército de Warwick, aquel desembarco podría desencadenar una peligrosa rebelión en el sur, una revuelta de magnitud suficientemente grande como para traspasar los muros de Londres.

Levantó de nuevo la cabeza al oír otros pasos, esta vez de un mayordomo. En el otro extremo de la habitación, el hombre hincó la rodilla e inclinó la cabeza.

—Su alteza —dijo—. Lord Gloucester y lord Clarence esperan vuestras instrucciones en la sala de audiencias.

—O no han tenido la paciencia de esperarlas —Ricardo dijo a su espalda mientras entraban—; una cosa o la otra, sin duda.

El mayordomo se puso en pie desconcertado, pero Eduardo, con un gesto, le ordenó que se retirara.

—¿Es por la mañana, por la tarde... o la mañana del día siguiente? —dijo adormilado.

—Es la mañana de Viernes Santo, hermano, y han pasado unas pocas horas desde que os vi por última vez. ¿Estabais soñando? Espero que hayáis podido descansar un poco y recobrar ánimos, porque tengo noticias.

—Lo único que sé es que tengo un hambre de lobo —respondió Eduardo, bostezando—. Hay cocinas aquí, ¿no? Ordenad que me traigan alguna cosa antes de que me quede en los puros huesos.

Mientras hablaba, sonreía a sus hermanos. Se levantó, se desperezó como un mastín y luego se arrancó la hombrera metálica que no había logrado quitarse la noche anterior.

—Esta maldita cosa se me estaba clavando. Y sí, he soñado... que me hundían una lanza justo por el hombro.

Ricardo negó con la cabeza.

—No digáis eso, hermano. No hoy, el día en que Cristo sufrió una herida similar. ¿Debo esperar, entonces, a que os vistáis y hayáis comido?

Eduardo suspiró.

—No. Bien, decidme. ¿Ha muerto el rey Enrique durante la noche?

Ricardo arqueó las cejas y Eduardo rio.

—¿Qué, si no, os ha empujado a venir corriendo a despertarme? —Miró alternativamente a uno y otro hermano—. ¿Y bien?

—Han avistado al ejército de Warwick, Eduardo, acercándose al sur. Llegarán a Londres mañana al anochecer.

Eduardo miró al suelo durante un instante, pensativo.

—Van un poco lentos. Me pregunto si Warwick se ha detenido para hacerse con algunos cañones de asedio. Debe de ser eso. A mi viejo amigo le encantan los grandes cañones, ¿recordáis? Confía demasiado en ellos, en lugar de hacerlo en los hombres que comanda. Espera que me esconda tras los muros de esta hermosa ciudad.

Irguió la cabeza y, con mirada clara, esbozó una sonrisa. También Ricardo sonrió al ver el hombre en que se había convertido su hermano, una presencia mucho más amenazadora que aquella masa de carne pálida que había sido hasta hacía bien poco.

—Pero vos no haréis tal cosa —apuntó Ricardo.

—No, hermano. De ningún modo. Saldré a su encuentro. Vos comandaréis mi ala derecha, en la vanguardia. Yo me ocuparé del centro y vos, Jorge... —Ladeó el cuerpo para estudiar a su otro hermano—. Si lo deseáis, podéis comandar mi ala izquierda. Es un honor, Jorge. ¿Estáis dispuesto?

—¿Cuántos hombres tenéis? ¿Diez mil? —preguntó Jorge de Clarence con voz tenue.

Eduardo observó que en el nacimiento del cabello le asomaba una brillante línea de sudor. Quería compadecerse de él, pero todavía no había recuperado la paciencia perdida con su pusilánime hermano. Su traición le había dolido especialmente; era una herida lacerante, peor y mucho más profunda que la infligida por el propio Warwick.

—Encontraré a unos cuantos muchachos valientes en Londres antes de irme, Jorge, no temáis. Me coronaré de nuevo como rey en San Pablo, para que la multitud lo vea. Entonces seguro que acudirán algunos mocetones para unirse a vos.

Jorge de Clarence tragó saliva y levantó la mano como para dar su aprobación, aunque era una mano ciertamente temblorosa. Le parecía que sus hermanos eran presa de un estado enloquecido y salvaje, y en ese momento estaba convencido de que aquel proceder los conduciría a la destrucción absoluta.

—Eduardo, ya os he hablado de esto. Warwick dispone del doble o el

triple de hombres. Nadie sabe el número exacto, salvo su oficial pagador y él mismo. Es... —Una idea espantosa le asaltó entonces y la tensión se hizo patente en su voz—. ¿O es que no os creéis las cifras que os he dado? Ya he pedido disculpas por faltar a mi palabra. Redimiré esa falta a su debido tiempo, tal como he prometido. Y empecé a hacerlo al unirme a vos en Coventry. Traje conmigo a tres mil hombres, reclutados en mis propios pueblos y ciudades, equipados y alimentados con mis fondos. ¿Hasta eso me vais a negar?

Eduardo le lanzó una mirada pétrea y Jorge se vio incapaz de soportar aquel frío escrutinio.

—¡Si no podéis confiar en mí, al menos confiad en lo que os he dicho! ¡No es ninguna exageración! Juro por la Cruz de Jesucristo que Warwick dispone de ese número de hombres. Una auténtica hueste, Eduardo, hombres duros y bien armados. Él...

—Hermano, os creo —le atajó Eduardo—. Nunca he creído que mentiríais en algo así. ¿Cómo podríais hacerlo, además, teniendo en cuenta que la falsedad se descubriría en cuantouviésemos al enemigo enfrente? No, asumo que Warwick y sus aliados disponen de un ejército mayor que el nuestro. —Desvió la vista hacia Ricardo y Gloucester asintió. Clarence se encontró mirando rápidamente a uno y otro, con la sensación de haberse perdido de nuevo alguna comunicación previa entre ambos.

—¿Qué? —preguntó Jorge.

Eduardo se encogió de hombros.

—No niego que Warwick tenga ese número de hombres, Jorge. Pero he decidido atacarle de todas maneras. Me lanzaré a su cuello, y venceré... o perderé.

—¿Contra tantos? —replicó Jorge—. ¡Es imposible que vengáis!

—Ya lo veremos, hermano —dijo Eduardo lúgubrementey empezando a enfadarse—. En cualquier caso, voy a llevar a los nuestros hasta donde él esté. Voy a salir a su encuentro.

Hizo girar los hombros y llamó a los criados para que le trajeran comida y le prepararan el baño, órdenes que reforzó con una palmada a fin de apremiarlos. Miró a sus dos hermanos allí de pie, Jorge todavía alterado y Ricardo regodeándose con algún oscuro pensamiento que Eduardo no tuvo ganas de descifrar.

—Le daré el ala izquierda a lord Hastings, Jorge. Será mejor teneros conmigo, en el centro. ¿Os satisface?

Jorge asintió como un escolar. Los tres sabían que existía otra opción: que el duque de Clarence se quedara en Londres. Eduardo no ofreció esa posibilidad y Jorge no podía solicitarla. Por fin, el buen humor de Eduardo se impuso y sonrió.

—Creo que dormiré un poco más, o tal vez durante el resto del día. Reuníos conmigo mañana a mediodía en las escaleras de San Pablo, para asistir a mi coronación. Traed... al obispo de Londres, a Kempe, no al obispo Neville, que me coronó la otra vez. Menuda suerte me trajo. No, ahora los augurios serán diferentes. Traedme al bueno de Kempe y alguna corona sencilla de la Torre, una banda dorada y sin adornos. Disponed a mi ejército y haced un llamamiento a los buenos hombres que prefieran luchar ellos mismos hoy, en lugar de dejar su libertad en manos de aquellos que ya han decidido pelear.

Eduardo miró a través de los ventanales emplomados, hacia la ciudad. La claridad del día había aumentado mientras hablaba con sus hermanos. Todavía sentía dolor en las articulaciones, debido a la falta de sueño. A pesar de ello, sonrió cuando los criados trajeron una gran bañera de cobre y comenzaron a llenarla delante del fuego de la chimenea. Quizá pudiera dormitar un rato en el agua caliente, antes de levantarse para tratar de recuperar de nuevo su reino. Esta vez, lo que estaba en juego era la vida o la muerte de todo aquello que amaba.

Weymouth había sido en tiempos un gran puerto, antes de la epidemia de peste negra que la había devastado el siglo precedente. En aquel entonces, la mitad de la población había acabado en pozos de cal, y ahora la ciudad todavía no era tan próspera como lo fuera en otra época. Esa era una de las razones por las que Edmund Beaufort, duque de Somerset, la había elegido para que desembarcara Margarita. Los espías no llegaban tan lejos de Londres, y, si los había, él tenía hombres en el camino del este que los interceptarían, hombres con ballestas y embozados en pañuelos negros. No tenía ningún escrúpulo en decirles a aquellos hombres que usaran los medios necesarios, cualesquiera que fueran. Somerset sabía perfectamente cuán importante era su misión. Se hallaba en los muelles de Weymouth y

observaba las oscuras aguas del mar, en busca de cualquier atisbo de un barco, tal como venía haciendo desde hacía una semana. Cada día terminaba decepcionado, y la desesperación comenzaba a hacer mella en él.

Las noticias escaseaban en aquella parte del mundo tan alejada de las ciudades del norte. Somerset disponía únicamente de mil doscientos hombres, los estrictamente necesarios para mantener a salvo a Margarita de Anjou y a su hijo. Pero, unos días antes, un jinete había llegado desde Londres con la noticia del desembarco de York. Había reconocido la mano de Derry Brewer en la ridícula exigencia de intercambiar preguntas y respuestas de contraseña con aquel emisario. Con todo, la noticia le había hecho olvidar su irritación. Eduardo de York y Ricardo de Gloucester estaban de vuelta en Inglaterra, como si el mismo Dios los hubiera puesto fuera del alcance de sus enemigos y, benévolo, les hubiera permitido regresar a casa una última vez.

El padre de Somerset había sido despedazado en San Albano, en la taberna El Castillo, peleando hasta su último aliento por la causa del rey Enrique y de los Lancaster. Luego el título había pasado a su hermano mayor, un buen hombre que había intentado proseguir con aquella lealtad. Había caído ejecutado por la casa de York, a manos de un hombre al que a él le habían aconsejado evitar, en el caso de no tenerlo como aliado. Ese hombre era John Neville, lord Montagu, hermano de Warwick. La idea de que Edmund Beaufort pudiera alguna vez hallarse en el mismo bando que aquellos dos rateros hijos de perra le resultaba nauseabunda, imposible. Sin embargo, había sucedido; y él era duque porque su hermano y su padre habían muerto por una causa perdida. Sintió el sutil roce del arrepentimiento por haber dejado Francia y haber regresado a casa. Ahora podría estar viviendo tranquilamente en el país vecino, de no haberle seducido la noticia de la expulsión de York, puesto en fuga junto con su hermano, el duque de Gloucester. Somerset había llorado al volver a poner el pie en Inglaterra, convencido de que un periodo terrible y desastroso de su vida había llegado a su fin. En cambio, allí estaba ahora, esperando la llegada de un barco, la llegada de sus últimas esperanzas.

Miró al mar, cada vez más oscuro a medida que la esfera dorada del sol iba bajando en el horizonte, a su izquierda. Movía la cabeza adelante y atrás, tratando de percibir cualquier signo fuera de lo normal en la lejanía. Cuando este apareció, lo divisó al instante: un parpadeo metálico que reflejaba los

últimos rayos solares. Tal vez se tratara de un trozo de barandilla o del vidrio de una lámpara, no lo sabía con seguridad. Edmund Beaufort se santiguó, agarró la cadenita que llevaba en el cuello y se llevó a los labios la moneda que colgaba de ella. Había pertenecido a su padre y a su hermano antes que a él, y al tocarla sentía que los llevaba consigo.

—Encendedla —ordenó a sus hombres.

Sobre una viga de roble, habían subido una cuna de hierro llena de paja bien comprimida y aceite. Acercaron un jirón encendido y se produjo una deflagración cuyas llamaradas se elevaron dos metros en el aire. Quienes habían sido tan estúpidos como para mirar hacia la hoguera quedaron cegados durante un instante, pero Somerset no había apartado la vista del mar. Con una sonrisa, vislumbró un navío de guerra que se desviaba y ponía rumbo a la orilla. Habían visto la señal y estaban preparados para reaccionar. Debían de haber sentido un gran alivio, teniendo en cuenta que pasaban pegados a una costa que para muchos había significado la muerte.

Somerset llamó a sus capitanes y les ordenó formar a los hombres en filas perfectas a lo largo del muelle. Disponía de una compañía de cuarenta arqueros que, equipados con sus arcos, se mantenían ahora en posición de firmes, y el resto eran soldados bien adiestrados, no granjeros y campesinos a los que se hubiera dado un trozo de hierro cortante. Todos ellos componían la guardia de honor que debía escoltar a la reina Margarita y al príncipe de Gales hasta Londres. Su tarea consistía en proteger aquellas dos vidas a costa de la suya propia, si era necesario.

Al pensar en ello, Somerset sintió que se le cerraba con fuerza el puño. Su familia había pagado un precio muy alto, si es que tales cosas podían cuantificarse. Él no tenía hijos, una espina que no conseguía arrancarse. Si caía, habrían aniquilado el linaje de su padre para siempre. Odiaba a aquellos hombres de York, hombres que habían destruido y saqueado llevados por su ambición, y con un coste tan enorme que, siendo ellos de tan poca talla, ni siquiera eran capaces de asomarse a contemplar todo lo que habían arruinado. A Edmund Beaufort, aquello le hacía hervir la sangre de tal modo que apenas podía soportarlo y continuar viviendo.

Mientras observaba, el navío francés reveló los colores de Lancaster, pero después arrió velas y se dejó llevar hasta menos de media milla de la costa. El sol se había puesto ya y ahora los envolvía la oscuridad. Beaufort estiró el

cuello para ver mejor y lanzó un suspiro al distinguir cómo arriaban un bote y, acto seguido, aparecían las blancas salpicaduras que levantaban los remos.

Las olas crecían y se convertían en espuma por la fuerza de un viento que era casi una galerna. Imaginaba que, para entonces, la costa debía de aparecer tan negra como un pozo de carbón, salvo por la hoguera que él había encendido, que no sería más que una chispa en la oscuridad. Somerset supuso que el capitán francés prefería tener su embarcación anclada de manera segura antes que correr el riesgo de acercarse más. Quizá fuera una elección sensata, dada la carga que transportaba. Esperó hasta estar seguro de que el bote transportaba un ancla y no a aquellos que él debía escoltar. Aguzó el oído para percibir el fuerte choque contra el agua en cuanto echaran el ancla, pero el sonido se perdió en el rugido del viento.

—Tranquilos, caballeros —advirtió a sus capitanes—. Dejad a un par de muchachos aquí. Yo me vuelvo a la taberna. No creo que el bote pueda desembarcar con esta mar tan revuelta. Podéis volver al amanecer. Pisarán tierra mañana.

Se estremeció e hizo la señal de la cruz mientras se daba la vuelta. En un instante, el mar podía pasar de las suaves brisas y un ligero oleaje a un terrorífico muro de hierro desplomándose tan lleno de rabia y encono que cortaría la respiración a cualquier hombre.

Eduardo fue coronado por segunda vez el sábado de Pascua, en una ceremonia marcada por la brevedad, si bien los bancos de San Pablo estaban atestados de gente. York aceptó el aro de oro que le ceñía en la frente el obispo Kempe, aquel representante del clero con aspecto todavía algo aturullado, aunque respetuoso con las formas. La Iglesia ya había respaldado a York anteriormente, y apenas si tenía argumentos para negarse a hacerlo de nuevo, considerando que solo habían pasado unos meses desde que Eduardo reinara en paz, antes de que unos traidores lo obligaran a huir.

El rey Eduardo salió al exterior para mostrarse ante el pueblo de Londres y, con satisfacción, observó que un numeroso gentío llenaba las calles aledañas. Algunos eran hombres suyos, desde luego, pero aun así a Ricardo se le veía complacido, y se distinguían algunas caras nuevas que se acercaban para pedir un arma y que les asignaran un puesto.

A medida que la tarde avanzaba, la premura se imponía en los hombres

por la actitud del propio Eduardo, que se mostraba inquieto y pasaba revista a su armadura, a las armas o a los escuderos. Se movía y hablaba como si no pudiera esperar ni un momento más a ponerse en camino. Su esposa, su hijo y sus hijas habían salido de su refugio sagrado sanos y salvos. Había enviado a Enrique de vuelta a la Torre, a su antigua celda, y ahora Eduardo lucía de nuevo la corona. En conjunto, aquel había sido un buen día.

Lo único que restaba por hacer era buscar a quienes se habían vuelto en su contra y ahora se desplazaban por su reino armados con hierro, cuando ni siquiera tenían derecho a pisar unos caminos que le pertenecían a él. Eduardo presentaba un aspecto muy grave cuando por fin mandó formar a los hombres. La orden «preparados» resonó a lo largo de las filas, un grito que los muchachos de Londres repitieron emocionados, hasta que la ciudad entera pareció retemblar con aquella orden.

Cuando Eduardo montó su caballo de guerra, el sol ya se hundía por el oeste. Observó a derecha e izquierda cómo sus dos hermanos se encaramaban a sus respectivas sillas y, tras ajustarse en sus monturas, se ceñían bien la capa y la vaina de la espada. Resultaba gratificante tenerlos con él.

—Hemos recorrido un largo camino —le dijo Eduardo a Ricardo—. No creo que esto sea el final, pero si lo es, sé que nuestro padre estaría orgulloso de vosotros. Yo, desde luego, lo estoy.

Ricardo de Gloucester le tendió el brazo y Eduardo estrechó con fuerza la mano enfundada en el guantelete.

—A Dios le gustan los grandes gestos, Eduardo.

—Eso espero —respondió el rey. Recorrió con la mirada las filas de hombres, en pie mientras largas sombras se cernían sobre ellos y pacientemente esperaban a que Moorgate se abriera de nuevo.

—Abrid la puerta —ordenó Eduardo—. Izad mis estandartes. ¡Por York!

18

Una vez decidida la cuestión más vital, Warwick se había sentido libre para descender con sus fuerzas por el Gran Camino del Norte, hacia Londres. Si les había debido aún alguna migaja de lealtad a Eduardo de York o a Ricardo de Gloucester, o incluso al insensato de su yerno, Jorge de Clarence, ya había sido pagada con creces al dejarlos ir en Coventry. Ahora veía las cosas con claridad. Había hecho tabla rasa y era momento de mirar solo hacia delante. Eso le hacía sentir bien, como un barco en el que hubieran cortado el cabo del ancla para que pudiera navegar con total libertad. Todo el pasado era ceniza. Ahora lo veía.

Solo un loco haría planes antes de haberse enfrentado a Eduardo de York en el campo de batalla, así que él no los hacía. Disponía de un gran ejército, y en las fundiciones de Coventry se había hecho con buenos cañones que, arrastrados por parejas de ponis, avanzarían a buen ritmo. Sus comandantes, Exeter, Oxford y Montagu, eran hombres con experiencia en la guerra. Sabía que no tendrían compasión si así se lo pedía.

Pero se resistía a dar esa orden. Eduardo había prohibido hacer prisioneros en Towton. Con ello, había condenado a muerte a miles de hombres que podrían haber sobrevivido a la enorme carnicería. El recuerdo de aquel campo, cubierto hasta donde alcanzaba la vista por una revuelta masa de sangre y nieve, todavía perturbaba a Warwick. En ocasiones, la visión se le presentaba en sueños y se despertaba con las manos en alto, como protegiéndose de un ataque. Sabía que los hombres acatarían la orden sin objeciones. Para ellos, la matanza salvaje y arbitraria resultaba más fácil, una opción siempre mucho más simple que la de juzgar atinadamente cuándo mostrar contención. En su mano estaba dar rienda suelta, suprimir todo freno. Si lo hacía, la orden sería bien acogida.

Cada vez que Warwick se había mostrado inocente o amable, esa actitud se había vuelto en su contra. Cuando había permanecido junto a Eduardo, tratando de frenarlo para que no matara al rey Enrique, Margarita había utilizado a este como símbolo y había levantado a todo el país contra ellos. Cuando había tenido prisionero a Eduardo y le había evitado el tajo del verdugo, su recompensa había sido la restitución de Eduardo y el exilio forzoso para él mismo. Y también se decía que el viejo duque de York había abandonado la seguridad del castillo de Sandal para salvar al padre de Warwick; pero el resultado de aquella acción de coraje y amistad había sido su ejecución... y las cabezas de ambos clavadas en picas. Durante casi veinte años, demostrar clemencia o defender el honor solo había traído desastres. No aceptar rescates, asesinar a prisioneros atados —complaciéndose en masacrarlos del modo más sangriento— había proporcionado victoria tras victoria.

Warwick no podía cambiar aquel momento de desvarío, cuando no había atacado en Coventry. Aquello había sido en pago de antiguas lealtades y viejas deudas, pero ahora ya estaban saldadas. Si el fantasma de su padre pudiera verlo —y esperaba que no—, estaría satisfecho. El Gran Camino del Norte se había renovado y Warwick respiró el aire puro mientras montaba al trote. Él también se había renovado. Llevaba guerreando la mitad de su vida, y solo había conseguido carcomerse y venir a menos. Estaba cansado.

Le había sorprendido no alcanzar a los hijos de York por el camino, al menos al principio. Luego se había dado cuenta de que Eduardo debía de haberse lanzado a la carrera hacia la ciudad, forzando a sus hombres hasta el agotamiento o hasta que se rompieran, con el único objetivo de alcanzar la capital. Exeter había asumido una permanente expresión de frío desdén al darse cuenta de la oportunidad que habían perdido. Por más que el joven duque no osara atacar a Warwick directamente, sí se encargó de que su descontento y su desprecio fueran notorios entre la columna de soldados, con lo cual la mitad de los hombres acabaron murmurando que Warwick debería haber detenido a York en Coventry, pero nunca dejarlo marchar.

Warwick les deseó a todos buena suerte, con su habilidad para echar la vista atrás y ver exactamente dónde habían estado y qué pasos deberían haber dado. A pesar de ser perfectamente consciente de sus propios errores, sabía que comandar significaba dar ese paso que te lleva a una habitación oscura,

para afrontar el correspondiente desafío y lo que sea que te haya arrastrado allí. Ser responsable de millares de vidas conllevaba una sensación de sobrecogimiento, además de orgullo y penosos remordimientos, todo mezclado. Las victorias eran suyas, como también lo eran las derrotas. Con todo, él no estaba dispuesto a renunciar a nada de ello, ni a un solo momento.

El sol se fue poniendo lentamente, el presagio de una primavera dulce y benigna que convertía en mero recuerdo la crudeza del viento invernal, como si este nunca hubiera existido. Sin embargo, para los soldados y para quienes los comandaban, la primavera traía siempre una sensación de peligro. Era la estación de la lucha, cuando los ejércitos se desperezaban y consumían la grasa acumulada en invierno asestando golpes y espadaos y marchando durante kilómetros y kilómetros. Si decidían llegar a los muros de Londres se les haría de noche, por lo que Warwick ordenó que tocaran un cuerno para dar la señal de detenerse. Acamparon al norte de la ciudad de Barnet, a fin de que los hombres pudieran comer bien e incluso algunos oficiales durmieran en camas de verdad, en lugar de hacerlo sobre la dura tierra. Exeter envió exploradores y procedió a establecer turnos de guardia para la noche, pues Londres se hallaba apenas a trece kilómetros, una distancia lo suficientemente corta como para cubrirla en una marcha forzada y lanzar un ataque inesperado. Pero a ellos no los sorprenderían.

Cuando se hizo completamente de noche, las estrellas brillaron sobre la negrura perfecta de un cielo dolorosamente despejado, en espera de que apareciera la luna. Las primeras compañías ya habían comido los víveres de los carros de cocina, y el resto cogía sus cuencos de hojalata para hacer cola, con los estómagos rugiendo de hambre. Todos se volvieron al oír unos gritos en el límite sur del campamento, mientras echaban miradas de frustración a los calderos de estofado y las pilas de hogazas de pan, tan altas como un hombre. El griterío se hizo más fuerte y resonó en una franja mayor de terreno, de modo que los que esperaban para comer, entre maldiciones, hubieron de abandonar la cola y correr adonde habían dejado el equipo y las armas. Los capitanes y sus sargentos ya se afanaban entre las filas, repitiendo a gritos: «¡A formar! ¡Formación en cuadro!».

Warwick se estremeció mientras montaba en la oscuridad, y, en un murmullo, le dio las gracias al escudero que le había sujetado el caballo y le había guiado el pie hacia el estribo. El motivo de su inquietud era, en parte,

que se sabía obligado a confiar en otros. Disponer de tantos hombres le había permitido mantener una fuerza de reserva detrás de los tres cuadros principales. En Towton, había presenciado cómo el duque de Norfolk había acometido por el flanco en el momento justo. Aquellas tropas de reserva, destinadas a atacar allí donde se necesitara su intervención, resultaban de vital importancia, siempre que se tuvieran hombres de sobra para componerla. Él los tenía, y ahora aguardaba al frente de seis mil soldados, mientras Montagu, Exeter y Oxford formaban en tres compañías que atravesaban el Camino del Norte, cada sección tan numerosa como la suya propia. Warwick sintió un nuevo escalofrío al recordar las escenas que tan frecuentemente irrumpían en su imaginación. Con los años, había olvidado algunas, pero por lo visto muchas otras seguían allí, siempre dispuestas a regresar y llenarle de temor: los ejércitos inmensos que chocaban violentamente en la oscuridad, el auténtico terror de una noche que se llenaba de flechas y humo, haciendo que el blandir de metales y la destreza en la lucha no sirvieran de nada. Tragó saliva al tiempo que tomaba el casco que le ofrecía el escudero y cerraba la hebilla para ajustárselo por debajo de la barbilla. Estaba preparado. Aunque reinaba la oscuridad y él montaba tras las líneas de vanguardia, gritó la orden de izar sus estandartes. Oyó cómo la tela bordada batía el aire adelante y atrás, con un sonido similar al de las alas.

Eduardo no había esperado avistar al ejército de Warwick en un lugar como Barnet, tan cercano a Londres. Apenas había recorrido ocho kilómetros desde los muros de la capital. Era como si los hombres, tras dejar la ciudad, hubieran tan solo empezado a estirarse un poco, cuando de pronto los exploradores ya galopaban de vuelta con la noticia de que un poco más adelante había un enorme ejército. Tras partir a la puesta de sol, la intención de Eduardo había sido marchar por el amplio camino durante quizá unos veinte kilómetros antes de acampar y alimentarse convenientemente. Ahora trotaba silencioso y sumido en sus reflexiones, sin apenas prestar atención a los heraldos que llegaban desde la posición de Ricardo, en vanguardia, o desde la de lord Hastings, en la retaguardia. Los dos jinetes esperaron pacientemente las órdenes del rey.

Atacar de noche era una locura, especialmente a un hombre que ya había construido antes estructuras defensivas, como había hecho Warwick en San

Albano. ¿De cuánto tiempo habría dispuesto Warwick para preparar el terreno? Incluso unas pocas horas le habrían bastado para excavar una o dos trincheras que minarían a la caballería, además de terraplenes y montículos para que los arqueros se protegieran de los disparos enemigos. Eduardo metió la mano por entre el cuero y la tela del casco para rascarse la barbilla. Había notado que sufría picores en las situaciones de presión, y se preguntaba si siempre había sido así. En cualquier caso, él no iba a retirarse. Había dejado Londres para presentar batalla y ahora tenía a su enemigo delante, esperándolo pacientemente.

—Estas son mis órdenes, caballeros —dijo a los dos heraldos.

Todos aquellos que marchaban a una distancia no excesiva trataron de acercarse para oír sus palabras, hasta tal punto que las filas de delante empezaron a apelotonarse y salirse del camino.

—No presentaré batalla en la oscuridad, pero decid a los hombres que estén preparados para levantarse antes del amanecer y atacar. Formaré los cuadros lo más cerca posible, para caer sobre el enemigo tan pronto despunte el alba. Que nadie encienda antorchas ni haga ruido. No me gustaría que apuntaran los cañones hacia nosotros mientras descansamos. Cuando comience la batalla, no debe haber cuartel, ni deben aceptarse rescates. De ningún modo quiero volver a pelear contra esos malnacidos.

Algunos de los soldados más duros rieron o murmuraron complacidos al oír sus palabras. Otros las repitieron a quienes se hallaban demasiado lejos para entenderlas, de modo que el mensaje se transmitió adelante y atrás de su posición. Y, en todo ese tiempo, no habían dejado de marchar. Los exploradores, que se habían alejado unos cinco kilómetros, regresaron a galope tendido por la franja que mediaba entre los ejércitos. Eduardo tomó la decisión y dio las órdenes correspondientes cuando el enemigo se encontraba a media hora escasa de camino.

Las fuerzas de York marcharon por las silenciosas calles de Barnet con bastante buen ánimo, aunque resignadas a su suerte. La noticia había corrido rápidamente; sabían que una gran hueste los esperaba y que probablemente combatirían por la mañana. Las risas se acallaron y las conversaciones se transformaron en meros murmullos o en plegarias susurradas.

El ejército de Warwick fue avistado a las afueras de la ciudad, atravesado en el Gran Camino del Norte y formando una línea punteada de antorchas.

Tal vez aquello fuera síntoma de que no temían un súbito avance del enemigo desde Londres, o quizá indicara simplemente que los experimentados comandantes no deseaban que las fuerzas de York cayeran sobre ellos en la oscuridad. Los rodeaba una noche cerrada, en un terreno completamente pelado salvo por unos pocos árboles y setos. El camino ascendía y descendía suavemente a medida que Eduardo se aproximaba y calibraba la posición ideal. Un kilómetro y medio ya era lo suficientemente cerca, decidió. Dio la orden y su cara se crispó al oír como la repetían a gritos por toda la columna. Los hombres formaron muy ruidosamente, mientras cada sargento y cada capitán se afanaba agrupando a los hombres que conocían, componiendo las filas una a una e increpando furiosamente a los soldados perdidos que llamaban a gritos a sus amigos. El caos era absoluto y Eduardo apenas veía nada; solo el oído le indicaba lo que sucedía a su alrededor. Al menos, era un alivio que a Warwick no se le hubiera ocurrido atacar más o menos a esa hora. Por suerte, la luna había salido y empezaba su lento ascenso por el cielo. Se trataba solo de un gajo estrecho, pero ayudó a hacer más soportable la noche.

Eduardo se alegró de haber prohibido las antorchas a sus capitanes en cuanto oyó el primer disparo de cañón, un restallido y un fogonazo visible a más de un kilómetro de distancia. No vio la bola ni la oyó caer, pero la idea de pasar la noche bajo una lluvia de hierro y fuego se le hizo de pronto insoportable.

—Llamad a los capitanes, en silencio —dijo a sus heraldos—. Haced correr la voz a través de las filas y traédmelos.

Un hombre habló a una docena más que, a su vez, transmitieron el mensaje, de modo que, en un tiempo inesperadamente corto, un centenar de encanecidos capitanes apareció reunido en torno al caballo de Eduardo, a la espera de órdenes. Hacia el norte, otros tres cañones escupieron llamas, haciendo que todos los presentes se pusieran rígidos o se persignaran. A un centenar de metros, sonó un ruido de destrucción y se oyeron gritos de miedo o aullidos de dolor que quienes andaban cerca se esforzaron por ahogar. Eduardo bajó la cabeza lleno de ira, como si estuviera dispuesto a cargar en aquel mismo momento.

—No podemos quedarnos aquí —dijo. No podía ver si los capitanes se mostraban o no de acuerdo con él. Habría sido una locura encender una

antorcha y ofrecerle así un blanco al enemigo, por lo que Eduardo habló casi al vacío—. Podríamos retirarnos, pero yo preferiría avanzar hacia ellos. Si podemos hacerlo en silencio, no notarán que pasamos allí la noche. Dormiremos como niños y todos sus disparos pasarán de largo.

Aguardó entonces, hasta que algunos hombres aprobaron a coro sus órdenes, al comprender que Eduardo no los veía asentir.

—Debe hacerse en silencio, muchachos —prosiguió Eduardo—. Si descubren que estamos ahí, ajustarán sus disparos. Si todo ha quedado claro, volved y decídselo a vuestros hombres, pero hacedles saber también que desollaré a quien haga ruido. Menos de un kilómetro, caballeros, y podrán tumbarse y dormir. Mantened la formación en cuadro. De ese modo, estaremos listos para atacar por la mañana. Por ahora, la única orden es avanzar en silencio y despacio. En silencio y despacio.

Ninguno de sus más experimentados capitanes discutió la orden, y algunos rieron al pensar que pasarían la noche a salvo, al abrigo de un enemigo que dispararía por encima de sus cabezas. Aun así, mantenerse en aquella posición requeriría mucho temple, y lo cierto es que tendrían muy pocas probabilidades de dormir.

—Atacaremos al despuntar el alba —prometió Eduardo.

Desplazar a diez mil hombres en la oscuridad suponía un reto personal, aunque al menos su plan no había encontrado oposición. A nadie le agradaba esperar a que una bola de piedra o hierro causara estragos entre las filas de soldados. Los hombres avanzaron línea tras línea, confiando en que los de delante calcularan bien unos ochocientos metros de distancia. Por fin, Ricardo de Gloucester encontró una cresta de terreno un poco más adelante, a unos quinientos pasos de la línea de antorchas de Warwick. Apenas quedaba fuera del alcance de las flechas, y la cresta no era más que una suave elevación. Ni siquiera habría conseguido ralentizar su avance, pero sí les permitiría tumbarse en la tierra, sobre la hierba primaveral que crecía en haces y montículos, y acomodarse en algún lugar para dormir mientras, en la oscuridad, los insectos reptaban por su cuerpo.

El fuego de los cañones prosiguió durante toda la noche, cruzando sin peligro sobre sus cabezas. El ejército de York se tumbó dividido en tres grandes cuadros y aguardó el alba.

A Margarita no le había preocupado la violencia de las olas. De nuevo le había complacido sentir que no tenía nada que temer del mar, y que su hijo sentía lo mismo, pues Eduardo no parecía en absoluto afectado por el fuerte viento o los bandazos de la cubierta. Margarita había visto la hoguera de la noche anterior, encendida para servirles de guía, y su corazón había dado un brinco al divisarla. Sin embargo, el capitán se había negado a aceptar su autoridad a la hora de gobernar el barco. Así, Margarita se había visto obligada a observar con frustración cómo el hombre buscaba un fondeadero para echar el ancla. ¡Y eso que la orilla estaba ahí! ¡Ella casi habría podido alcanzarla a nado! Había soportado los años de exilio y había tolerado un millar de pequeños contratiempos y descaradas humillaciones. Había conocido la pobreza y las deudas y la vergüenza de depender por completo de la generosidad de otra persona, una persona a la que en cualquier momento podía dejar de importarles si ella vivía o moría. Pero lo vivido la última noche había sido lo peor de todo, con la costa de Inglaterra delante, en la oscuridad, con aquella gran espiral de luz prendida para ella... y con aquel capitán francés que había decidido mostrarse completamente sordo a sus súplicas hasta que no saliera de nuevo el sol.

Había sido una noche de sueño agitado y pesadillas. Su hijo, Eduardo, había pasado la mayor parte de ella despierto, e incluso se había ejercitado en la lucha con uno de los caballeros enviados por el rey Luis. El estrépito de las botas de hierro contra la cubierta despertó a Margarita de su adormecimiento y la hizo incorporarse, todavía vestida, en el fétido y exiguo camarote. Había un leve atisbo de luz blanquecina, un pálido resplandor del alba que la hizo respirar aceleradamente y llamar a una criada para que la ayudara a atarse las botas. Todavía acalorada, Margarita salió a la cubierta e, instantáneamente, se estremeció al contacto con la brisa. El mar se había calmado durante la noche, y vio que el capitán sonreía y que estaban acostando el bote al navío.

A aquella hora temprana, la orilla quedaba oculta en una niebla que la brisa marina agitaba en remolinos, de modo que solo de vez en cuando podía verse algún borrón de verde o blanco, como una muchacha que hiciera girar su vestido y mostrara fugazmente las piernas. Margarita sonrió. Ella había sido tan joven cuando había visto aquella costa por primera vez... ¡Su primera vez en cualquier tierra que no fuera Francia!

—¡Dadme la mano, madre! —dijo a su lado Eduardo, tendiéndole la

mano—. El oleaje sigue un poco vivo, o eso me ha dicho el capitán Cerce.

Margarita dejó que su hijo, joven y vigoroso, la guiara por la cubierta hasta el portalón de la borda y luego hasta el bote que cabeceaba en el agua. Ciertamente, el bote tenía una apariencia un poco inquietante, pero se forzó a sí misma a sonreír y a saludar al capitán con una inclinación de cabeza, aunque lo consideraba un sujeto pomposo e insignificante.

Eduardo pasó primero al bote y ayudó a Margarita a bajar sin contratiempos. Se mostró solícito con ella y se aseguró de que estuviera cómoda antes de coger algunos de los cofres que Luis les había dado para sufragar su causa. Uno o dos de ellos estaban llenos de monedas, como bien sabía Margarita. Esperaba no necesitarlos, pero había sido lo bastante pobre como para que ahora la reconfortara aquella carga.

Por fin, su hijo ocupó su lugar. Durante el día se efectuarían una docena de viajes para desembarcar el resto de sus pertenencias, además de a los escuderos que las custodiaban en la cubierta y que en ese momento observaban al príncipe de Gales como si los estuviera abandonando. Dadas las circunstancias, ya era bastante logro que Margarita consiguiera desembarcar. Miró al frente, a los muelles que se iban delineando entre la bruma. Vio que había soldados y se le encogió el corazón, aunque Somerset se había preocupado de izar sus estandartes bien altos y en primera línea, a fin de tranquilizarla. Se recordó que Beaufort era un buen hombre, como lo habían sido su padre y su hermano antes que él. Y es que la guerra se había cobrado un precio demasiado alto, había roto demasiadas familias. Su mayor deseo ahora era haber regresado para asistir a su final.

Había unos peldaños de piedra en los muelles, y Margarita observó cómo su hijo saltaba fácilmente hasta ellos antes de ayudarla a desembarcar. Tras el esfuerzo, los marineros franceses levantaron los remos y descansaron entre leves jadeos. Margarita se adelantó y vio que el duque de Somerset la estaba esperando, muy apuesto enfundado en su armadura.

—Bienvenida a casa, milady —dijo Edmund Beaufort. Hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza, al tiempo que Margarita pisaba el muelle y sentía el suelo inglés bajo sus pies por primera vez en diez años, casi exactos.

19

Durante la noche, una espesa niebla se extendió por los campos en masas que acabaron posándose en el terreno como si fueran de nieve. Los exploradores se perdían de vista unos a otros apenas se separaban más de diez pasos, por lo que informaron debidamente a sus sargentos del peligro que entrañaba la situación. Las estrellas desaparecieron y se hizo la más absoluta oscuridad, como si todos hubieran caído en un pozo. Tan solo el rugido de los cañones de Warwick, que seguían disparando, iluminaba por un instante la negrura y luego dejaba motas luminosas que bailaban en tonos dorados y verdes. Los artilleros no dejaron de desperdiciar pólvora y proyectiles durante toda la madrugada, sin saber que el enemigo se amparaba casi bajo su propia sombra.

Eduardo había intentado dormir, o al menos había fingido hacerlo durante un tiempo para mostrar a los hombres que estaba tranquilo y nada le preocupaba. Pese a ello, cuando se puso en pie lo hizo aliviado, después de haber permanecido tanto tiempo tumbado e inmóvil. No veía ni rastro del sol, su símbolo personal. Ningún resplandor dorado atravesaba la bruma de la mañana, y reinaba una infinita blancura de humedad y frío.

El simple hecho de ponerse de pie hizo que a su alrededor todo el ejército volviera a la vida y que los hombres se levantaran de donde habían descansado. A algunos hubo que despertarlos a sacudidas, pero la mayoría estaban ya totalmente preparados. Eran conscientes de lo que iba a ocurrir y de la ventaja ganada al haberse acercado sigilosamente al campamento enemigo.

Siempre se levantaba ruido cuando hombres y caballos se aprestaban a la guerra. Los animales resoplaban y había que sujetarlos con mano fuerte para que mantuvieran la cabeza baja y no se incitaran unos a otros. Los hombres

resbalaban y maldecían a gritos, y las cotas de malla y las armaduras resonaban con un campaneo constante. Los soldados mostraban un rostro duro y tenso, aunque también había determinación en su actitud mientras esperaban a que sonaran los cuernos. Se santiguaron y alzaron la mirada a un cielo que les resultaba imposible ver.

Entonces sonaron los cuernos y los arqueros propulsaron sus flechas desde las dos alas yorquistas, a una cadencia de seis por minuto si apuntaban cuidadosamente, o de diez si no lo hacían. Solo eran unos cientos, pero lanzaban dardos por millares hacia la blancura del cielo, y por respuesta se oían gritos y el choque metálico contra las corazas.

Para entonces, los hombres de Warwick ya sabían dónde estaba el enemigo, y sabían que, desde luego, no andaba lejos. Una lluvia de flechas irrumpió desde la niebla que envolvía a las filas de York y los hombres comenzaron a caer, sin apenas tiempo para iniciar la huida. Las puntas de hierro resonaban contra las armaduras o se clavaban en los escudos, que se mantenían en alto para reducir el blanco todo lo posible. Algunos dardos encontraban el hueco justo y entonces los caballeros empezaban a dar tumbos y los caballos doblaban las patas y se derrumbaban lentamente hacia delante. Pese a todo, las flechas iban mal dirigidas y la mayor parte volaban más allá de las cabezas enemigas. La respuesta corrió a cargo del centenar de artilleros flamencos desplegados enfrente de Eduardo, una estruendosa andanada que arrojó sibilantes proyectiles de plomo hacia la niebla. Alrededor de las filas yorquistas se formó una nube más espesa, llena de motas grises. Entonces, gritos y aullidos agónicos se elevaron en el aire, una y otra vez.

A los arqueros de York les quedaban solo unas pocas flechas de reserva cuando se retiraron a la retaguardia, entre vítores estridentes y burlándose de los artilleros extranjeros por haber conseguido tan poca cosa. Al tiempo que retrocedían, tres grandes cuadros se lanzaron en una carga vertiginosa, avanzando más y más, cada hombre concentrado en la fila de delante para no caer y ser pisoteado.

Ese era el terror que en un primer momento asaltaba a quienes marchaban en la niebla, el de tropezar y que el resto les pasara por encima. Avanzaban mirando al suelo, agarrando con fuerza los hocinos, las hachas de petos o las espadas. Solo las primeras filas miraban al frente, y en cuanto distinguieron que los enemigos se congregaban ante ellos lanzaron un gran aullido. Era un

sonido de violencia, de amenaza y desafío animal a los otros hombres; un fragor que hizo que el corazón les latiera desbocado y que todas las mezquinas restricciones de la vida ordinaria quedaran atrás. Ahora portaban el hierro en las manos y matarían a quien les hiciera frente. Muchos quedarían destrozados y no podrían volver a casa. Otros saldrían fortalecidos con un íntimo orgullo que siempre atesorarían... y el resto caerían muertos en el campo.

El aullido tuvo su respuesta. Heridos y sangrando a causa de las sibilantes flechas, los soldados de Warwick estaban allí, envueltos en la bruma, esperando con las armas en alto y prestas para recibirlos.

Ricardo de Gloucester montaba su caballo de batalla en la tercera fila, en el ala derecha del ejército de su hermano. Su compañía fue la primera en llegar al enemigo, por delante del resto, y atacar con los caballeros más fuertes y los capitanes más experimentados. Solo los arqueros se les habían adelantado para disparar sus flechas a un enemigo invisible y después retroceder a la carrera.

Había llegado su turno. El ala de Ricardo de Gloucester era el martillo de York, listo para abatirse sobre el enemigo. Ricardo se sentía exultante con aquella responsabilidad: solo dieciocho años y ya vestía una armadura completa, con apenas una ranura para ver. La niebla lo inundaba todo, se arremolinaba como si fuera un líquido blanco y entonces de ella surgían hombres contra los que, de inmediato, cargaban sus filas. Pese a no ver nada, Ricardo no podía levantarse la visera. Una sola flecha, un lanzazo, y él caería en su primera batalla. Pero, sin dejarse intimidar, se abrió paso con su montura y fue sintiendo los sucesivos impactos, a medida que la metálica pechera del caballo derribaba enemigos o los arrojaba al alcance de su espada. El hombro le ardía y los espasmos del cuello le provocaban un dolor agudo, como si algo le quemara. Aun así, seguía dando espadazos, matando y aplastando, y se sentía fuerte, tan fuerte como siempre había sabido que podía llegar a ser.

Nadie podía tocarlo. Nadie podía derribarlo del caballo. Golpeaba con violencia a hombres que aullaban y los enviaba al suelo con terribles heridas. Entonces, a su lado pasó un caballero con armadura, sobre un caballo tan grande como el suyo. El caballero levantó un enorme garrote con clavos,

diseñado para romper cascos y los cráneos protegidos en su interior. Ricardo le lanzó una estocada por debajo de la hombrera y le atravesó la articulación, lo que hizo que el brazo derecho del hombre cayera flácido. Luego le asestó un tajo en el cuello y las manos del caballero se agitaron crispadas, en el mismo instante en que algo vital se rompía dentro de él. Se deslizó por un costado de su montura hasta caer al suelo, donde desapareció entre los hombres de a pie.

Gloucester picó espuelas y obligó a su montura a dejar atrás el caballo sin jinete. Apenas podía creer que el movimiento se desarrollara de modo tan incesante. Había visto los estandartes de Exeter que venían en su contra, y sabía que Henry Holland no cedería, pero aun así el ala de Gloucester siguió avanzando paso a paso, como si nadie pudiera detenerlos. No era capaz de entender qué pasaba, hasta que ante él la niebla se desplazó y advirtió que su gran compañía había sobrepasado la línea de Exeter. La suerte había hecho que ambos bandos no estuvieran perfectamente encarados y que ellos rebasaran por uno de los lados el ala de Warwick.

En su primer avance habían descrito una curva y la oleada inicial se había convertido en un ataque por el flanco, lo que había provocado el terror de unos hombres que se veían atacados por dos frentes, como si hubieran caído en una emboscada. La niebla había hecho que aquello fuera posible, y Ricardo espoleó a su caballo, presa de una súbita euforia. Lanzó un grito de desafío y derribó de un tajo a otro soldado que trataba de herirle el muslo con un hacha.

—¡Adelante! ¡Adelante! —bramó Ricardo a sus capitanes—. ¡Atacad por el flanco! ¡Rotad la línea de batalla!

Nada resultaba más amedrentador para quienes luchaban que sentir cómo el conjunto de sus tropas era obligado a retroceder, mientras trataban de no descomponer la formación en su retirada. Cada paso fallido y hacia atrás socavaba su moral, que podía romperse en cualquier momento, y si tal cosa ocurría entonces serían masacrados en su huida. Y eso era lo que los mantenía en línea: saber que si corrían, si alimentaban el terror que brotaba en cada uno al notar que su ejército retrocedía, todos acabarían muertos. Aun así, el miedo había hecho presa en ellos, y en las caras resaltaba el blanco de los ojos llenos de espanto mientras se veían obligados a retroceder, paso a paso.

—¡Adelante! —respondieron los capitanes de Gloucester, enseñando los dientes en una sonrisa de júbilo. Sabían que habían quebrado el ala enemiga. Si la niebla se disipara, también podrían saber cómo se estaba desarrollando el resto de la lucha. Hasta ese momento, habían combatido solos, perdidos y peleando con una mezcla de rabia, miedo y triunfo.

Desde los primeros instantes, la niebla le había recordado a Eduardo la batalla de Towton, aquella terrorífica cerrazón de humedad blanca que parecía presionar contra su cara y su garganta. Con la visera bajada no podía respirar, así que la levantó y aspiró el aire y el olor a hierro.

Desde lo alto de su caballo, debería haber sido capaz de determinar el signo de la batalla, pero la niebla le impedía ver y una creciente sensación de pánico le oprimía el pecho. Aulló órdenes a uno y otro lado de la línea y gritó «adelante» a sus capitanes y sargentos, para instarlos a avanzar. Eduardo había percibido que el ala de su hermano Ricardo se había lanzado al ataque, simplemente por el modo en que apremiaba a su propia formación. Cuando la niebla se desplazaba, podía ver que el cuadro derecho se había arrojado hacia delante como un lanzazo. Eso añadía presión al centro para que este también avanzara con ellos.

En cambio, en el ala izquierda, lord Hastings había sido obligado a retroceder casi a la misma velocidad. Eduardo incluso había entrevisto los estandartes de Oxford en ese lado, avanzando triunfantes, ondeando más allá de sus propias filas. El propio Eduardo sentía que se le obligaba a girar, que sus fuerzas, ubicadas en el corazón de la batalla, eran empujadas hacia el sur por un extremo y hacia el norte por el otro. Todo su cuadro central debía rotar o perdería el contacto con ambas alas y quedaría aislado.

—¡Rotad hacia la izquierda! —gritó por fin Eduardo—. ¡Centro de York! ¡Capitanes! ¡Rotad a la izquierda! ¡A marcha lenta! —La maniobra ya habría resultado difícil en un patio de armas. Aquella acción, tratar de hacer girar a tres mil hombres al mismo tiempo sin dejar de pelear y presionar contra el enemigo, hizo que Eduardo se mordiera preocupado el labio hasta notar el sabor de su propia sangre. Había estado en desventaja numérica desde el principio. Ahora, su ala izquierda se había desmoronado, de hecho todavía seguía haciéndolo, pues se oía bramar a los hombres de Oxford en su avance, mientras que los de Hastings retrocedían.

Hasta la tercera fila en la que montaba, llegaron velozmente los mensajeros de Eduardo, quienes entre jadeos y gritos y gestos cortantes de las manos trataron de describir lo que habían visto. Eduardo se detuvo, miró a izquierda y derecha y un atisbo de comprensión empezó a abrirse en su mente. Cuando sus hombres habían tomado posiciones en la oscuridad, las alas derechas habían quedado desigualmente encaradas, de modo que por el extremo más alejado no tenían a nadie delante. En un día normal, hubieran ajustado la posición al atacar, pero la niebla lo había impedido. Las dos alas derechas se habían curvado durante la carga y el resultado había sido una rueda gigante, dos ejércitos girando lentamente en un remolino que trituraba sangre y huesos en su recorrido.

Ya era demasiado tarde para aprovechar esa circunstancia. Eduardo vio que el ala izquierda se quebraba y que los hombres de Oxford, los mismos soldados a los que había puesto en fuga pocos días antes, se acercaban a la carga, aullando como lobos tras un ciervo, ciegos de furia y asesinando con la mayor violencia, implacablemente y sin freno. No existía una libertad más terrible, ni más agotadora. Eduardo recordó el horror y el deleite que producía y sintió un hormigueo y un estremecimiento por todo el cuerpo.

Vio una gran avalancha, un torrente de hombres que corrían y que, perdido todo coraje, se empujaban unos a otros. Eduardo bramó nuevas órdenes a los capitanes más cercanos, pero estos no podían contener la marea y dos o tres mil hombres rompieron la línea y huyeron como liebres. Tras ellos, llegaron los jinetes de Oxford, una cuarentena de caballeros armados con espadas largas, dispuestas a golpear y desgarrar, moviéndose velozmente para clavarse en el enemigo. Empezaba la matanza y Eduardo no pudo sino recordar la que en su día tuvo lugar en Towton. No soportaría algo así de nuevo, así que su respuesta consistió en enviar lanzas para defender en lo posible la maltrecha ala izquierda y luego seguir adelante para dar apoyo a su hermano Ricardo. El ala izquierda de Eduardo se había roto y caería despedazada. Nada podía hacer al respecto salvo avanzar entre la niebla.

—¡Adelante! —gritó, su voz como el estallido de un cañón—. ¡Ya son nuestros! ¡Adelante! —Era una locura y una mentira, pero quienes lo vieron dando órdenes intensificaron el ataque con una ráfaga de golpes, hasta el límite de sus fuerzas. Se introdujeron por el hueco que habían conseguido abrir, mientras por delante el ala derecha de Ricardo de Gloucester seguía

empujando ordenadamente. Resultaba difícil incluso no perderlos de vista.

Los hombres de Exeter no habían huido en desbandada, pero habían ido cayendo fila a fila, abrumados ante el ataque por el flanco y por el frente. Era una operación desagradable, que rezumaba odio y dejaba exhaustos a los hombres, pero Ricardo había visto caer al propio Exeter y cómo sus estandartes se tambaleaban. Los hombres de Ricardo cobraron ánimos al verlo y redoblaron esfuerzos para cerrarse aún más sobre su presa. La niebla lo convertía todo en un caos y no había más opción que golpear con mazas y hierro a la cara de quienes salieran al encuentro, verlos caer y luego pasarles por encima, pisoteándolos con fuerza para que no volvieran a levantarse.

John de Vere, conde de Oxford, se consideraba un caballero mortífero. Ardía con frío orgullo mientras sus hombres atosigaban y destrozaban por entero el ala izquierda del ejército de York. Todo lo que veía a través de la niebla le gustaba: un enemigo que retrocedía y sus hombres triunfantes y dando tajos a cualquiera que se les pusiera enfrente. Avanzó al paso con su montura sobre la tierra ensangrentada y hasta la niebla pareció adquirir un tinte rosado mientras él pasaba. Cuando el ala de York se quebró, lanzó un aullido de lobo, haciendo bocina con una mano para imitar la llamada de la manada al tiempo que picaba espuelas. Era una antigua señal de caza y los soldados procedentes de las tierras del conde repitieron aquel sonido con alegría salvaje, y luego avanzaron con ímpetu para sacar el máximo provecho de la situación.

Los soldados de York comandados por lord Hastings, si bien al principio demostraron ser un enemigo resuelto y que defendía ferozmente cada paso, acabaron convertidos en una desbandada de hombres que daban la espalda a sus perseguidores. Estos lanzaron un fuerte grito que todavía les infundió más miedo. Ya no estaban en igualdad de condiciones, sino que ahora eran simples presas de caza. Los hombres de Oxford avanzaron blandiendo sus armas de mango largo, como si fueran segadores en un campo de hierba.

En ese veloz avance, Oxford cabalgaba junto a sus hombres, compartiendo sus risas y aullidos, hundiendo la espada en el cuello de quienes huían de él. Era diestro en matar jabalíes de aquella misma forma, y practicarla con hombres le parecía un reto divertido. Los soldados enemigos corrían en zigzag y levantaban los brazos, lo que le daba la oportunidad de poner a prueba su destreza. Sus golpes los hacían caer de bruces y entonces él

gritaba triunfante si había conseguido derribarlos de una sola y certera estocada, o fruncía el ceño si la hoja se había deslizado sobre la carne y la había cortado como podría hacer un carnicero. Cuando ocurría esto último, dejaba que se ocuparan sus hombres, pues la caza de estas presas ya no era deporte honroso.

Tan absorto estaba en su particular desafío que apenas se dio cuenta de cuánto se había alejado de la batalla. Oxford levantó la vista hacia la niebla gris tan solo cuando su caballo patinó sobre el empedrado de una calle. Entonces maldijo por lo bajo. Había perseguido a la tropa en fuga hasta el límite mismo de Barnet, una ciudad con un laberinto de callejuelas y pequeños caminos que le llevaría una eternidad registrar, algo similar a extraer la carne de los bigaros con un alfiler.

El conde oía a su alrededor el estrépito de las botas sobre la piedra, incluso los gruñidos y jadeos de alguien que estaba peleando. Resultaba imposible distinguir entre amigos y enemigos, y de pronto se imaginó a sí mismo rodeado y asesinado, lo que le provocó un escalofrío. No le gustaba dejar a una tropa hostil a su espalda, aunque el enemigo había huido en completo desorden y él estaba seguro de que a la mitad los habían matado durante la desbandada. Frunció la boca y sacó un paño para limpiar la porquería adherida al filo de la espada. Para su disgusto, el paño se enganchó en algunas mellas que seguramente resultarían demasiado profundas para que el filo pudiera repararse. Mostró su fastidio chasqueando la lengua y después gritó nuevas órdenes a la niebla que lo rodeaba.

—¡A formar! ¡Hombres de Oxford! ¡Volved aquí a formar en perfecto orden! ¡Capitanes y sargentos, reunid a vuestros hombres y traedlos! ¡Hombres de Oxford!

Se oyeron respuestas por todos lados y los hombres se detuvieron, jadeantes tras el esfuerzo. Muchos de ellos, salpicados de sangre y con los ojos espantados, parecían sobrecogidos por lo que habían hecho. Otros sonreían o se carcajaban, complacidos de haber sobrevivido y matado. Las líneas fueron formando lentamente, sin que faltaran algunas hoscas miradas al ser conscientes de que iban a retornar al peligro. Uno o dos le gritaron a Oxford que se fuera a cierto sitio, lo que provocó que furiosos sargentos y capitanes recorrieran las líneas dispuestos a abrirle la cabeza a quien osara insultar a su patrón. Oxford era el señor de casi todos sus oficiales, lo que

significaba que estos lo respaldarían en cualquier circunstancia. De todos modos, aquellos veteranos de pelo cano no estaban dispuestos a perder el tiempo con tipejos que insultaban escudados en la masa.

Se había levantado una ligera brisa y eso les daba esperanzas de que la niebla se disipara en su camino de vuelta a la batalla. La sensación claustrofóbica del ambiente se había acentuado, hasta el punto de que a algunos se les hacía difícil respirar y jadeaban aunque solo marcharan al paso, como si fueran fuelles.

El mismo Oxford se ubicó en la segunda fila y cabalgó en actitud arrogante junto a una docena de hombres. Felicitó a aquellos que conocía, pues ciertamente tenían motivo para estar orgullosos. Todo lo que había deseado esa mañana era una oportunidad para golpear a uno de los hijos de York. De no ser posible, entonces sus esperanzas se centraban en destruir la impedimenta o la reserva del falso rey. Pero lo mejor sería poder atacar la retaguardia del cuadro central de Eduardo. Eso sí que respondería a todas sus oraciones, y tenía bastantes probabilidades de lograrlo. Oxford sabía que sus hombres estaban ahora casi dos kilómetros por detrás del campo de batalla. Se veía obligado a sujetar fuertemente las riendas para evitar los caracoleos de su montura, pues incluso el animal percibía la excitación del jinete.

—¡Buscad el Sol en Llamas! —gritó a sus hombres—. ¡Corred la voz en cuanto avistéis al enemigo!

Su propia enseña familiar era una *estoile* dorada, una estrella con seis rayos ondulados. Sus hombres la lucían en insignias de peltre, además de en los grandes estandartes que ondeaban en las astas, sobre la cabeza de todos ellos. Pensó en la similitud con el símbolo de Eduardo. Tanto las llamas como los rayos de luz podían infligir quemaduras.

Oxford oyó, algo más adelante, un fuerte griterío de miedo y confusión, aunque no alcanzó a entender qué decían las voces. Su deber era regresar a la batalla, y no iba a eludirlo solo porque ya hubiera concluido con éxito una acción. Instó a sus hombres a seguir adelante, incluso cuando el aire se llenó repentinamente de flechas y algunos de los que lo rodeaban cayeron con estrépito al suelo.

—¡Traición! —oyó que exclamaban por delante, un grito del que se hicieron eco otras voces llenas de pánico. Oxford clavó las espuelas hasta hacer sangrar a su caballo, y el animal salió disparado con tanta urgencia que

derribó a sus propios hombres.

—¿Qué significa ese grito? ¿Qué traición? — preguntó a sus capitanes. Entre la niebla, estos solo pudieron responderle con un encogimiento de hombros. Los gritos, sin embargo, seguían oyéndose, fuertes e incesantes.

—¡Traición! ¡Traidores!

—¿Quién es ese hombre? ¿Quién grita? ¡Aquí Oxford! ¡Hombres de Oxford! —Sus capitanes gritaron su nombre una y otra vez, pero frente a ellos había un gran tumulto y Oxford no podía hacer otra cosa que seguir avanzando para alcanzarlo.

La lluvia de flechas amainó y entonces vio que sus hombres estaban masacrando a un grupo de arqueros.

—¡Dios! Esperemos que sean estas las reservas de York —se dijo. Él ya había obrado poco menos que un milagro aquel día, pero aún podía hacer más. No había explicación para aquellos gritos de «traidores» y «traición» que no hacían sino crecer en intensidad a cada momento. Se esforzó por ver a través de la niebla y entonces se agachó sobre la silla, presa de un súbito horror.

El combate había rotado por completo mientras él recomponía sus filas en Barnet. Las líneas, como si fueran una rueda, habían girado lenta y trabajosamente. Ahora, en lugar de acometer la retaguardia de York, los hombres de Oxford habían cargado contra el mismo centro del ejército de Warwick, contra sus propios compañeros. Oxford vio caer el estandarte de Montagu, y aún sus hombres seguían abriéndose camino hacia delante, desapareciendo entre la niebla, incapaces de detenerse por más que algunos gritaran y agitaran los brazos con gestos de negación.

La caída de Montagu provocó que todo el centro de Warwick flaqueara, y, en medio de aquella confusión, Eduardo de York aprovechó para entrar hasta el mismo corazón del cuadro enemigo. Al ver la oportunidad que le daban no lo dudó. Sus hombres formaron una amplia punta de lanza y se abrieron paso a hachazos y golpes entre las ya aterrorizadas fuerzas de Oxford y Montagu, que aún no sabían por dónde o cómo eludir el abrazo asesino de sus propios camaradas.

Warwick oyó un rugido largo y bronco frente a él, como un oleaje que rompiera en una playa de guijarros. La maldita niebla le hacía imposible

saber por dónde debía atacar con su fuerza de reserva, pero sin duda aquel era el momento de hacerlo. Disponía de seis mil hombres, frescos y sin un rasguño, atentos a sus órdenes.

—Adelante, hacia el centro —gritó.

Esas eran sus órdenes; ese era su ejército. No debía detenerse a pensar ni un segundo en la suerte de su hermano John, cuyas fuerzas se hallaban en lo más duro de la lucha. Cuando entre los remolinos de niebla se abría un claro, Warwick volvía la cabeza y se esforzaba al máximo por discernir algo, antes de que la pegajosa blancura se cerrara de nuevo y le dejara con su fugaz visión. Gloucester había despedazado toda el ala derecha. Warwick podía ver el rápido movimiento de unas filas que se cerraban sobre su flanco mientras él trataba de apuntalar el centro. Había tomado una decisión brutal, pues con ella colocaba a sus hombres en medio de un ataque doble.

—¡Lanzas al flanco! ¡Repeled el ataque! ¡Por el flanco! ¡Picas y lanzas en alto por ese lado!

Sus sargentos recibieron la orden. No podía hacer más que colocar una frontera erizada de púas contra aquellos que intentaran cruzarla. Warwick sabía que el centro debía resistir; de otro modo, todo acabaría y habrían peleado para nada.

Desenvainó la espada, consciente de que un estremecimiento recorría las filas que le precedían. Pese a mantener las fuerzas intactas, aquellos hombres sabían que los acometían por el flanco y que solo era cuestión de tiempo que los rodearan por la retaguardia. Ningún guerrero afrontaba esa perspectiva sin inmutarse. Con todo, los hombres siguieron avanzando. No podían huir mientras ante ellos despedazaban al cuadro de Montagu.

Línea a línea, la reserva de Warwick se abrió camino por el centro, mientras hombres tambaleantes pasaban a su lado y caían muertos o se dolían de alguna herida tan atroz que pronto quedaban exangües. En el ala, se oyó el rugido de las victoriosas fuerzas de Gloucester, que se abrieron paso entre los últimos soldados de Exeter para abalanzarse sobre aquellas tropas de refresco. En ese momento, Warwick vio a Eduardo, erguido en su montura y ataviado con una armadura ya magullada, la visera levantada y el estandarte del Sol en Llamas ondeando a su espalda. El joven rey no pareció ver a su viejo amigo.

Warwick lanzaba tajos a cualquier cosa que se moviera. Lentamente,

avanzó con su línea de caballeros y abrió brecha peleando con brío y ferocidad. Algunos de los que caían levantaban la vista y, al ver que un caballo les pasaba por encima, lo atacaban salvajemente poco antes de morir ellos mismos. No había límite para el odio y la rabia desencadenados en aquel campo.

El caballo de Warwick vaciló y, al sentir que se desmoronaba, el jinete saltó rápidamente de la silla para evitar que la montura lo atrapara en su caída. Warwick se tambaleó al aterrizar en el suelo y chocó contra un extraño, un hombre armado con una afilada hoja de hocino fijada en un asta de hacha. El conde le lanzó un puñetazo con el guantelete, pero el hombre se agachó para esquivarlo y le atacó por el costado con un salvaje golpe de hocino. La hoja penetró en las placas de metal, y entonces el hombre la retorció y consiguió abrirle una profunda herida a Warwick, quien emitió un gruñido de dolor. Incapaz de encontrar la espada, golpeó con el puño una y otra vez hasta dejar destrozada la cara del hombre. Luego hincó la rodilla en tierra, jadeando violentamente, aunque ni siquiera se sentía capaz de respirar.

A su alrededor, la batalla proseguía con un fragor de alaridos y metales. Warwick negó con la cabeza al mirar al suelo y ver que le caía sangre de la boca. Supo entonces que su muerte era inminente y, con esfuerzo titánico, trató de ponerse en pie.

Se presionó el costado con la mano, en el lugar de donde manaba la sangre. Cada vez sentía más dolor en la herida, como si un ácido o un fuego lo abrasaran por dentro. Tosió y el guantelete se le llenó de salpicaduras rojas. Sentía que se ahogaba y, de pronto, tuvo miedo al mirar a su alrededor. Sus ojos se posaron en la espada, caída en tierra. Dio un paso vacilante y la recogió. Las fuerzas le abandonaban, pero aún pudo clavarla ante él en el suelo y apoyar en ella el brazo. Se arrodilló en la hierba cercenada y se ahogó hasta quedarse sin aliento. Vio a Eduardo cabalgar triunfante por el centro, poniendo en fuga al resto de su ejército. Era una escena magnífica. La mano de Warwick resbaló de la espada y él se desplomó en tierra.

Cuando los últimos focos de lucha se hubieron extinguido y las maltrechas fuerzas de Warwick hubieron emprendido la huida, Eduardo de York y sus dos hermanos recorrieron a pie el campo de batalla, para constatar las líneas que habían dejado escritas en el Gran Camino del Norte y el precio

que se había cobrado la batalla. La niebla se había abierto por fin, a medida que salía el sol. Algunos hombres levantaron hacia él la vista para comprobar si bailaba, pues sus madres les habían dicho que tal cosa podía ocurrir. Era la mañana del domingo de Pascua y, procedente de Barnet, se extendía por los campos el tañido de las campanas, largo y sonoro.

Eduardo tenía los ojos secos y enrojecidos cuando llegó al cuerpo de Warwick. Se arrodilló junto a él y Jorge imitó su gesto. Ambos le dieron su adiós y recitaron una plegaria en honor del hombre que, en muchos aspectos, había sido como un padre para ellos. Sin embargo, Richard Neville había elegido estar en el lado opuesto del campo de batalla, y eso lo había conducido a una muerte cruel. Pasado un rato, Eduardo se levantó y miró al suelo.

—No me arrepiento —le dijo a Ricardo—. Seré como un hierro candente para ellos, tal como dije. Oxford se me ha escapado, y eso es lo único que lamento.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jorge sin apartar la vista del cadáver de su suegro.

—Haré que los cuerpos de Warwick y Montagu sean exhibidos en Londres, bajo custodia. No permitiré que circulen cuentos de que siguen vivos y van a restaurar a los Lancaster. Ya sabéis cómo son las gentes.

—Entonces, ¿los condenaréis a ser arrastrados y descuartizados por traidores? —preguntó Ricardo levantando hacia él la vista. Su hermano negó con la cabeza.

—No. Podría condenar a Montagu, pero no a Warwick. Era... un buen hombre. Enviaré el cuerpo a los Neville para que lo entierren.

Permaneció callado durante un rato y ninguno de sus hermanos osó interrumpir su silencio.

—Dije que zanjaría esta cuestión —murmuró Eduardo. Levantó la cabeza y reveló unos ojos brillantes—. Y así lo haré. Me obligaron a irme. Ahora no me detendré; no importa a quién manden contra mí.

20

Margarita se frotó la frente y sintió cómo la esencia de rosas le impregnaba los dedos. Se los miró y vio que estaban ligeramente manchados de blanco. En su juventud, había poseído una disciplina que ahora, en la cuarentena, apenas recordaba; una habilidad para soportar cualquier picazón o incomodidad sin echar a perder los polvos y aceites que se hubiera aplicado sobre la piel. No es que por entonces necesitara disimular nada con tales afeites, pensó con tristeza. Simplemente, había supuesto que siempre sería así. Sin embargo, la edad también le había quitado aquella habilidad y ahora su propio cuerpo la traicionaba con su falta de control.

Era una crueldad que la obligaran a encararse con un hombre como Eduardo de York, de apenas treinta años y aún en el florecimiento último de la juventud. Ella había sido lo suficientemente fuerte como para derrotar a su padre. Luego los hijos habían revertido aquella extraordinaria victoria, la habían hecho pedazos a dentelladas y golpes de espada. Sintió el aguijón de las uñas que ella misma se clavaba en las palmas de las manos; las abrió y vio las marcas rojas desvaneciéndose poco a poco.

—¿Seguro que no es alguna treta? —preguntó Somerset—. ¿Algún... cuento para asustar a quienes podrían seguir apoyándonos? ¡Por Dios santo! ¡Si Warwick disponía de veinte mil hombres!

El duque todavía parecía incrédulo, según pudo apreciar Margarita. Veía todos sus planes hechos trizas antes incluso de empezar a ponerlos en práctica. Su hijo tenía la mirada perdida, y el extraño que comparecía ante ella se limitaba a aguardar órdenes.

Aquel desconocido delgado como un cadáver la ponía nerviosa, por más que se hubiera presentado a sí mismo con la frase secreta que Derry Brewer le anunciara años antes. Leo de Aldwych parecía un hombre mucho más

solemne que su predecesor. Desde luego, sabía que era portador de una noticia terrible, la de la muerte de Warwick y Montagu justo cuando Margarita y su hijo más necesitaban que hubieran obtenido la victoria.

Margarita ni siquiera había osado pensar en lo que implicaba la presencia allí de aquel hombre. En otra ocasión, ya había considerado muerto a Derry Brewer y ahora no se veía capaz de soportar la verdad. Si Derry había desaparecido, como lo habían hecho Warwick y Montagu, más le valía ir enviando alguna de sus preciadas palomas a París, para pedir otro barco que la llevara de vuelta.

Margarita pensaba sinceramente que, de haber regresado de Francia ella sola, esa podría haber sido su reacción. En cuanto a su marido, después de haber pasado diez años separada de él, dondequiera que reposara la cabeza en ese momento, allí podía quedarse. Tanto había cambiado Enrique que ahora le resultaba tan ajeno como el hombre de Derry Brewer. Pero estaba también su hijo, y Eduardo merecía una oportunidad, una vida en la que hubiera algo más que frustración y fracaso. Al fin y al cabo, ella le había prometido poco menos que la luna.

También Somerset la ponía nerviosa, pues no en vano el padre y el hermano mayor de aquel hombre habían muerto por defender al rey Enrique y a la casa de Lancaster. El duque paseaba arriba y abajo, con los puños cerrados a la altura de la rabadilla. De hecho, su deseo de venganza parecía tan violento que bien podía eclipsar la propia causa de Margarita. El duque ansiaba ver arder a York. Una vez logrado ese objetivo, pensaba Margarita, a aquel hombre ya no le importaría demasiado quién ocupara el trono.

—Si las noticias son ciertas, milord —se atrevió a decir Margarita—, ¿podemos seguir adelante?

—Milady, Londres queda muy lejos de aquí. La noticia sobre Warwick es ya de hace tres días, y nos la trae un hombre que ha reventado varios caballos para comunicárnosla lo antes posible. Es imposible que se enteren en Cornualles, Devon, Dorset o Hampshire; ni siquiera en Sussex, aunque esté más cerca de Londres, al menos hasta que pasen unos días más. En nombre de vuestro hijo, puedo enviar mensajes y congrega a un ejército. Los hombres de York deben de haber sufrido muchas bajas al enfrentarse a Warwick en Barnet. No podrán reunir muchas más fuerzas, al menos por un tiempo. —Hablaba rápidamente y con creciente excitación—. Tendrán

heridos incapaces de volver a la lucha, y otros estarán magullados y maltrechos; no serán más que los restos de un ejército. Si actuamos con rapidez, alteza, si nos mostramos implacables, creo que podremos honrar la memoria de Warwick acabando lo que él empezó.

Para sorpresa de Margarita, el espía se acercó e hizo una inclinación.

—No sería la primera vez que se cometen errores al calcular la magnitud de una tropa, milady. Los ejércitos no tienen la consideración de ir pasando por delante de uno de mis muchachos mientras él va haciendo marcas en una tabla o echando piedrecitas en una jarra. Pero yo sigo confiando en quien me dijo que Eduardo de York había perdido en Barnet a dos mil hombres, o incluso a más. Sin duda, York es más débil ahora, a pesar de su victoria. No pueden ser más de ocho mil soldados, como mucho, los que defienden sus estandartes. Si pudierais reunir a otros tantos en poco tiempo, creo que quizá lord Somerset esté en lo cierto. Aún tenéis ocasión de vencerle.

—Ahora mismo dispongo de mil doscientos hombres —dijo Somerset—. Espero a doscientos más, a las órdenes del barón Wenlock. Podrían estar aquí incluso mañana mismo. El barón no nos defraudará.

—¿Y creéis que puedo encontrar a los que me faltan aquí, en el sur? —preguntó Margarita con una sonrisa crispada—. ¿Debo enviar a los sargentos a reclutar por cada pueblo y ciudad de la costa, precedidos por algún jovenzuelo que toque el tambor? ¿Debo hacerlo mientras Eduardo corre al sur para enfrentarse a mí, con las manos todavía relucientes de sangre?

En ese momento, al tiempo que su hijo se volvía a mirarla, Margarita tomó la decisión. Más adelante, sería él quien daría las órdenes, pero aún no, no aquel día.

—Puedo sentir el mar a mi espalda, milord Somerset. Reunid a cuantos hombres tengáis y preparaos para marchar al norte. ¿A qué distancia está Gales? En otra ocasión, ya conseguí un ejército allí. Y aún me quedan amigos en esas tierras, aunque bien sabe Dios que ya no son lo que fueron.

—¿Gales, milady? —preguntó Somerset. Se frotó la barbilla y también él tomó una rápida decisión, la cual manifestó con un brusco asentimiento—. Por vuestro hijo, por supuesto.

—Mi hijo, sí, que es el príncipe de Gales, milord —confirmó Margarita con fría calma—. Príncipe entre aquellos que siempre apoyaron a Lancaster por encima de York. En Gales encontraremos a nuestro ejército. Dejemos que

vean a mi hijo, alto y fuerte, y de nuevo alzarán nuestros estandartes.

—También Bristol rechazó antes a York, milady —terció Leo de Aldwych—. Queda a menos de cien kilómetros, diría yo. Nada se pierde haciendo sonar el tambor allí, y en Yeovil y en Bath, ya puestos. Podríais deteneros en esos lugares, y desde Bristol cruzar por mar hasta Gales.

—Para entonces habré conseguido un ejército que marche a vuestro lado, milady, lo juro —añadió Somerset, mirando con ceño fruncido a aquel hombre en quien no tenía la menor intención de confiar—. Necesitaríais cientos de barcos, no los pesqueros que encontraríais aquí. No, habréis de ir más lejos, hasta uno de los grandes pasos del río Severn, quizá hasta el portazgo del puente de Gloucester, o el vado de Tewkesbury.

—Si puedo llegar a Gales —dijo Margarita—, alargaré el verano en las colinas para congrega a una gran hueste que comandará mi hijo. Ese es mi camino... y el vuestro, Eduardo. Si lográis la victoria, podréis restaurar a los Lancaster sobre los huesos de York. Al igual que sucedió con el Príncipe Negro, todo Gales os reconocerá como el legítimo heredero. Basta de rebeliones y traidores usurpadores. Basta de repentinas marchas de tropas y de batallas que han sido durante tanto tiempo el azote de este país. Ahora solo paz, caballeros, paz para el mozo labrador y su joven doncella, para las bulliciosas ciudades y para todos los clérigos y mercaderes y marineros y lores. Todos sin el estigma de la guerra, todos libres de humillaciones y cicatrices.

—Es un... sueño magnífico, madre —dijo su hijo con cierta incredulidad.

Tenía diecisiete años y se había preparado para esa misma guerra durante toda su vida. Oír a su madre deseando que todo quedara borrado para poder disfrutar de un futuro de opulencia y felicidad, antes incluso de que él hubiera puesto un pie en el campo de batalla, resultaba más bien vejatorio.

—Que sea, pues, Gales —prosiguió Eduardo con una sonrisa—. Me complacería ver la tierra que me llama su príncipe.

—Muy bien —dijo Somerset con ánimo algo menos sombrío—. Yeovil y Bath y Bristol serán parte de nuestro camino. Mientras tanto, enviaré mensajes a todos los hombres leales. «Lancaster resiste y llama a Inglaterra», esa es la consigna que debemos enviar y proclamar en alto. Milady, no creo que vuestros mozos labradores permitan a los galeses superarlos en lealtad. Ya lo veréis, os lo juro.

—Ah, milord, he oído tantos juramentos —replicó Margarita—. Conocí bien a vuestro hermano, y también a vuestro padre. Eran hombres de honor, y su palabra tenía valor. Pero, al final, no fue suficiente. Ya estoy cansada de juramentos, milord. Ahora dadme hechos.

Eduardo cavilaba sentado bajo el sol primaveral. El castillo de Windsor siempre lucía su mejor aspecto en aquella época de perezosa tibieza, y él tenía un grato recuerdo de las cacerías y los grandes festines allí celebrados. Quizá era esa la razón de que ahora se humedeciera los labios reseco y pensara en los juramentos y las promesas que había hecho. Warwick había caído. Todavía no acababa de creerlo del todo. ¿Cómo podía aquel hombre, tan lleno de ingenio, no estar ya en este mundo? ¿Cómo era posible? Aquella cuestión lo atormentaba. Era como si hubiera olvidado algo y, con la palabra adecuada, pudiera recuperar todo lo perdido. Aún echaba de menos a su padre, y a su hermano pequeño, Edmundo, cuyo recuerdo, pulido por el tiempo, había alcanzado el rango de presencia angelical. No podía traerlos de vuelta, por más que la pena doliera como si le hubiesen roto los dientes y los estremecimientos lo sacudieran y se le cortara la respiración.

En el tiempo transcurrido desde entonces, Eduardo no había tocado ni una sola jarra de espumeante cerveza, si bien todo su ser la deseaba con ansia. Su ánimo se había vuelto hosco y se mostraba cortante con quienes estaban a su servicio, y hasta su hermano Ricardo se había ido a Middleham a llevar la noticia de la muerte de Warwick a su esposa. Clarence, por su parte, había vuelto a casa sin saber cómo sería recibido por la hija de Warwick. Eduardo les deseó a ambos buena suerte. Su propia esposa se mostraba extrañamente fría con él, y, a decir verdad, la paz y la tranquilidad que había ansiado tampoco las había obtenido. Tal vez era esperar demasiado de una sola victoria. Pero ¡por todos los santos! ¡Mejor eso que haber perdido! No obstante, seguía inquieto, y, por más que ahora estuviera reluciente de sudor tras haberse ejercitado en el patio de adiestramiento, ni siquiera así había sentido el placer que, según imaginaba, le proporcionaría una jarra de espuma tibia. Se humedeció los labios una vez más, aunque seguían agrietados y le escocían.

Dormía sin pesadillas, se recordó a sí mismo. El estómago ya no le hacía buscar a tientas la bacinilla bajo la cama. No recordaba haber estado más sano en toda su vida... Aun así, tenía la mente demasiado excitable, o como

una tela de la que tirara la zarpa de un gato. Una vida sana no era una vida feliz, esa era la pura verdad, al menos para un hombre de su sangre y su ambición. Eduardo sabía que no estaba hecho para seguir a otros, ni para llevar una vida tranquila. Él era arrogante y fuerte, con un aspecto que inducía a los otros caballeros a bajar la cabeza y mirarse los pies. Algunas mujeres lo encontraban irritante nada más verlo, pero otras... En fin: ser como era tenía también algunas ventajas.

Pese a todo, no podía romper su juramento. Por supuesto, después de la batalla sus hombres se habían emborrachado hasta quedar entontecidos. No podía negarles esa diversión, y hubiera parecido un imbécil y un amargado si lo hubiera intentado. Lord Rivers había empuinado un gran barril de cerveza y se había tirado encima más cantidad de la que le había llegado al gazonate. Poco después, apestando a cerveza, había caído inconsciente.

Eduardo notó que del labio inferior le sobresalía un trocito similar a un jirón de carne. Lo mordisqueó y jugueteó con él, contento de tener algo con lo que poder apartar la mente de sus preocupaciones habituales. Él no era un hombre débil, de eso estaba seguro. La idea de que alguien o algo pudiera dominarlo lo sublevaba. Sin embargo, el peligro llegaba cuando era él mismo quien provocaba esa situación, cuando levantaba las manos como para rendirse y decidía no ser fuerte, no resistir.

Margarita había desembarcado, y con ella iba su hijo. La noticia había acaparado sus pensamientos y, por así decir, había provocado que se manifestara su sed. De todas las bebidas regalo del Señor, desde el vino para ayudar al hombre a dormir, hasta la cerveza para hacerlo reír, el espirituoso destilado del grano de malta era el que más echaba de menos. Los romanos lo llamaban *aqua vitae*, los escoceses *uisge beatha*, el «agua de vida». Con independencia del nombre que se le diera, a Eduardo lo transportaba a un estado de concentración, de persistente claridad mental. Le hacía hablar y hablar durante horas y, cuando llegaba la hora de dormir, dormía. El día siguiente no resultaba tan agradable, pero él estaba acostumbrado al dolor, como decía su hermano Ricardo. Una vida sin dolor era como una carne sin sal, insípida.

Se preguntaba qué aspecto tendría el hijo de Margarita después de aquellos diez años. El rey Eduardo de York era tan solo el conde de March la última vez que aquel muchacho había pisado suelo inglés.

Eduardo sabía que se había comportado con total desenfreno al morir su padre. No hablaba nunca de aquel año, ni siquiera con sus hermanos. Por entonces, Warwick era su amigo, y Eduardo se había dedicado a beber whisky y vino en cantidades que habrían resultado letales para otros hombres. Numerosos acontecimientos de aquella época se habían borrado de su memoria, como si los hubiera vivido algún otro pobre desgraciado.

Cayó en la cuenta de que llevaba demasiado rato rememorando el sopor de borracho que difuminaba aquellos meses violentos. Ni siquiera se había limpiado la sangre de la armadura, recordó ahora, poniéndose en pie. Había acabado por desprenderse en costras, como si fuera pintura.

Con el sol de primavera entrando por los altos ventanales, Eduardo comenzó a pasearse. Oyó llorar a un niño en algún lugar cercano y levantó la cabeza. Su hijo, su heredero. Se sonrió al pensarlo y se santiguó, al tiempo que en silencio rezaba por la salud del muchacho. Todo lo que esperaba era que, llegada la hora, su hijo pudiera gobernar en paz. Una dinastía nacida de la guerra podía convertirse en una familia de gobernantes. Así había ocurrido en el pasado, y la suya no era una estirpe menor, ya no.

Mientras paseaba, le asaltó la imagen de la enorme frasca de vino tinto que, como bien sabía él, se guardaba en el aparador del piso de abajo, nada más cruzar la puerta de la cocina. Podía verla en su imaginación, y la sensación era de lo más curiosa. Sabía que se trataba de un vino muy acerbo y que utilizaban para cocinar, por ser casi vinagre. Sin embargo, solo de pensar en él, fruncía los labios y sentía una punzada en la boca, como si en ese momento lo hubiera preferido a cualquier añada excelente.

Se detuvo y miró la puerta por la que se bajaba a la cocina. Tampoco tenía tanta importancia si pasaba un día ahogando las penas en aquel vino amargo. Nadie le envidiaría esos tragos. Podía empezar con solo un poquito, para ver si el estómago se rebelaba y, si no lo hacía, al menos serviría para hacerle la espera más llevadera. ¿Marcharía Margarita hacia Londres? No había modo de saberlo. Sus espías recorrían los caminos, siempre provistos de palomas en sus jaulitas de mimbre. Los pájaros regresarían a casa y entonces él saldría por última vez a enfrentarse con un enemigo tan antiguo como las propias guerras: la mujer que había matado a su padre y a su hermano, la mujer que había desgarrado a Inglaterra por un rey quebrantado y enclenque, la mujer cuyo hijo reclamaba un título que solo a Eduardo

correspondía otorgar. Si alguien había de ser príncipe de Gales, lo sería su propio hijo.

No toleraría que ni la madre ni el hijo vivieran. Bien sabía Dios que él ya había pagado bastante, pensó Eduardo. Ahora quería poner fin a todo.

Se dio cuenta de que había olvidado el vino tinto de la cocina y se felicitó, aunque ya empezaba a pensar de nuevo en él.

Los condados de Cornualles y Somerset quedaban lejos de Londres de un modo que nada tenía que ver con caminos y mapas, los cuales, por otro lado, escaseaban bastante. La costa sí se conocía bien, pero había zonas en el oeste en las que ni siquiera los hombres del *sheriff* podían entrar sin algunos robustos muchachos pertrechados con garrotes, y a veces tampoco eso bastaba. Los impuestos habían provocado gran descontento entre los honrados hombres y mujeres de aquellos lugares, y en las iglesias se los condenaba como si fueran un pecado más. Los pueblos obedecían leyes más viejas que cualquier derecho que Londres pudiera arrogarse, leyes quizá ya antiguas y estrictas cuando los romanos vararon sus naves en aquellas playas y construyeron sus magníficas villas. Londres era un sitio diferente, con modas y costumbres y modos de hacer que en absoluto concernían al oeste.

Margarita pudo comprobar que su causa estaba bien viva en Yeovil, y también en Evercreech y en Westholme. En cada pequeña aldea y en cada pueblo, siempre había un puñado de hombres fornidos que dejaban caer las herramientas y se despedían con un beso de sus esposas e hijos. Veían los estandartes de Lancaster y se descubrían ante ella. Margarita, con los ojos brillantes de lágrimas, contempló una fila de hombres de rizados cabellos, todos ellos esperando para prestar juramento ante uno de los sargentos de Somerset. Decían sus nombres lentamente y todos a la vez, y se ruborizaban de tener a la reina por testigo. De su pensamiento habían desterrado cualquier juicio negativo que pudieran albergar sobre ella; como mujer o como gran dama, o más aún como dama francesa. Margarita resultaba extraordinariamente exótica para unos hombres que esperaban morir a menos de cinco kilómetros de donde habían nacido, como había ocurrido con cientos de generaciones antes que ellos. Conocían de sobra aquella tierra, cada árbol y campo y portazgo y linde. Iban a misa y bautizaban a sus hijos e hijas, y nunca habían pensado demasiado en lo que sucedía en Londres o en el rey

que allí vivía, hasta que ella había llegado y les había pedido hacerlo.

Y tampoco venía mal a su causa que su hijo presentara un magnífico aspecto montado en su caballo de batalla. El príncipe Eduardo podría haber parecido pequeño sobre aquel animal, pero tenía las piernas largas y demostraba ser tan ágil y fuerte como cualquier joven labrador. En cierto lugar, había estado peleando contra los lugareños y había acabado dentro de un estanque. Entonces todos se habían quedado helados, sin saber si los castigarían, hasta que el príncipe Eduardo había emergido a la superficie y, jovialmente, había sujetado a su contrincante bajo el agua hasta que este había dejado de moverse. Y el derrotado era otro de los que se les había unido, después de que le hubieran dado unos bofetones en la cara y traído de vuelta al mundo. Ahora, aquel muchacho de Devon era uno de los escuderos de Eduardo y estaba aprendiendo todo lo necesario para asistir a un caballero en la batalla.

Cada día de primavera lo pasaban marchando a través de una campiña rebosante de flores y cosechas, atravesando un aire cada vez más cargado y dulzón, con la promesa del verano que habría de venir y la naturaleza en apremiante crecimiento.

En Bath, se maravillaron ante las ruinas romanas, y el príncipe Eduardo nadó en las aguas sulfurosas, arrugando la nariz mientras le gritaba a su madre que entrara en el agua. Margarita había preferido no hacerlo, pero, en cualquier caso, el pequeño grupo de autoridades se había mostrado encantado con la apacible presencia en su ciudad de quien llevaba el nombre de aquel condado, el duque de Somerset, quizá incluso más que con la de Margarita y el príncipe. Habían acudido multitudes a darles la bienvenida, y con ellos habían venido mercaderes y prestamistas, que habían montado sus tenderetes. Somerset había conseguido nuevos préstamos y comida, además de seiscientos hombres, que habían jurado lealtad todos a la vez. La mitad de ellos trabajaba en la misma mina de carbón, y el dueño, a pesar de su consternación por aquella pérdida en favor de la causa, hubo de poner al mal tiempo buena cara. Cada hombre sumado era importante, aunque Margarita tenía la impresión de que el ejército que necesitaba crecía con excesiva lentitud. Dejó los detalles en manos de Somerset y del conde de Devon, cuando este llegó. John Courtenay le debía el título al regreso de Enrique y no iba a renunciar a él dócilmente. Había traído a ochocientos hombres bien

adiestrados desde sus tierras y ciudades. Ofrecían una estampa magnífica, todos con la misma túnica y bajo los estandartes de Devon en amarillo y rojo, y la presencia de tamborileros y trompeteros para completar el conjunto. Otros doscientos hombres llegaron con el barón Wenlock, un caballero que admitía tener sesenta años. Era, con mucho, el más viejo de todos ellos, y muy dado a observar a quien hablara con un ojo entrecerrado y el otro medio oscurecido por una de sus frondosas cejas. Tenía el pelo cano, desde los largos bigotes hasta los rizos que sobresalían de la camisa. Sus hombres, en cambio, eran jóvenes, estaban en plena forma y llevaban cotas de malla nuevas y hocinos.

A pesar de las incorporaciones, no eran aún más que tres mil hombres cuando alcanzaron las afueras de Bristol. Había corrido la noticia de su llegada y, por hallarse ya tan cerca de la frontera con Gales, la respuesta de la gente no debería haber sorprendido a Margarita. Sin embargo, una vez más se sintió al borde de las lágrimas al ver que aparecían jovencitas que ofrecían flores a los hombres, quienes se irguieron más si cabe al cruzar las puertas de la ciudad y marchar por la calle principal.

El príncipe Eduardo montaba al frente de todos ellos, con Wenlock a un lado y Devon al otro. Margarita cabalgaba junto a Somerset, unas pocas filas por detrás, y, aunque tuviera el corazón a punto de estallar, no le importaba que los demás lo vieran. Los Lancaster habían conocido tantos años de dolor y pérdida... Tal vez ya era tiempo de que los platillos de la balanza se reequilibraran.

Al oír los vítores de la multitud, se imaginó unos años venideros libres de la sombra de York. Estaba segura de que había pagado ya todo lo que podía pagarse en esta vida, fueran cuales fueran los pecados cometidos. Se había confesado con un joven clérigo antes de pisar el navío de guerra francés que la había traído a Inglaterra. Los barcos a veces zozobraban y ella no deseaba morir ahogada con su alma mancillada por el pecado. Había sido la primera vez en diez años que se había confesado y todavía se sentía más ligera que antes de hacerlo, en todos los sentidos, como si la suave brisa que le ondeaba el cabello pudiera levantarla por los aires, por encima de las calles de Bristol. París le había gustado mucho, pero Inglaterra en primavera era... Cerró los ojos. Era perfecta.

Cuando estuvieron listos para dejar Bristol, su ejército había crecido en

mil quinientos hombres. Tal vez algunos se arrepintieran una vez que se les hubiera pasado el arrebató, pero calles atestadas de gente se habían sumado a la causa y habían comprado un prendedor de peltre con el cisne de Margarita, o un emblema con las plumas que identificaban a Eduardo como príncipe de Gales, o ambas cosas en la mayoría de los casos, ya que eran objetos para atesorar y admirar. Todos los hombres habían comido bien y se habían hecho con armas nuevas, forjadas en cada herrería de la ciudad o descolgadas de las paredes, donde sus padres las habían colocado una generación antes. Los lores y capitanes habían recibido un trato de respeto por parte de los ciudadanos notables y las gentes de la ciudad, y Margarita sintió una involuntaria punzada al verlos ondear la mano en señal de despedida. Si hubieran estado solos, ella y su hijo podrían haber cruzado a Gales en un bote de pesca en ese mismo instante. Con más de cuatro mil hombres pateando las piedras del camino, el único modo de cruzar el gran río Severn y llegar a Gales sería por el portazgo del puente de Gloucester. La costa de Gales resultaba visible desde donde estaban, a solo unas pocas millas en bote. Sin embargo, ahora debían afrontar una marcha de casi cincuenta kilómetros por tierra.

Margarita se preguntó de nuevo si habría de perder a algunos de aquellos hombres que, al unírseles, todavía llevaban flores en el ojal y jarras de sidra y cerveza bajo el brazo. O quizá acudieran más, se atrevió a pensar esperanzada mientras se obligaba a levantar un poco más la barbilla. Inglaterra le había parecido anteriormente un lugar oscuro, pero no tenía reproches para la bienvenida que le habían deparado ese año.

Tras un día de marcha por caminos y senderos, acamparon junto a un río de tranquilas aguas para pasar la primera noche, y desde luego cualquiera hubiera ido con gusto a la guerra si las cosas se hubieran desarrollado siempre tan gratamente. Lores, caballeros y hombres del pueblo se sentaron juntos sobre la hierba seca, en un huerto de árboles en flor. Los cocineros y carreteros aunaron esfuerzos para preparar una estupenda comida con los víveres obtenidos en Bristol, pescado y pan ácimo, puerros y cebollas que salían de oscuros sacos no deteriorados por la lluvia. Cocinaron un guiso nada despreciable, de modo que todos gruñían de puro hartazgo para cuando el sol empezó a ponerse y el cielo se tiñó de colores dorados y rojos, con el aire tan limpio que la vista alcanzaba a muchos kilómetros de distancia.

Margarita reparó en la preocupación de su hijo cuando este se aproximó a donde ella debía dormir. No parecía que la lluvia fuera a importunarlos, por lo que no había pedido que le instalaran un toldo o una tienda. Sin embargo, sintió un escalofrío al ver la expresión de Eduardo.

—Los hombres afirman haber visto jinetes galopando por los caminos vecinos. Demasiado lejos como para perseguirlos, o eso me han dicho, y yo los creo. Dicen que uno parecía vestir un jubón con los colores de los heraldos... de York.

—¿Habéis ordenado que salgan los arqueros para tender una emboscada y capturar a alguno? —preguntó Margarita con voz cautelosa. Su hijo deseaba comandar, pero aún mostraba la sensatez o la humildad de pedirle consejo, y ella daba gracias a Dios por ello.

—He enviado a una docena, pero todavía no han regresado. No estaba seguro de si debía empezar a preocuparme.

—¿Cuánto hace que salieron? —preguntó Margarita, ahora de modo más apremiante. Su hijo se inclinó para acercársele más.

—Ya hace un rato, antes de que sirvieran la cena... No sé. Tampoco les dije que volvieran lo más rápidamente posible.

—Y tal vez no sea nada, Eduardo. O tal vez haya soldados y exploradores degollando a cualquiera que encuentren en los campos, para que no notemos nada raro. Yo preferiría pecar por exceso de cautela a verme sorprendida y asesinada, ¿entendéis?

—Desde luego —contestó Eduardo—. Entonces no podemos quedarnos aquí. Ya imagináis que los hombres protestarán cuando les ordene levantarse, especialmente si estamos siendo demasiado cautelosos, como habéis dicho.

—Yo no he dicho eso. Todavía no sé cómo interpretar lo de los extraños heraldos y los hombres desaparecidos. No os disculpéis por lo que deba hacerse. Todavía no ha oscurecido y el paso de Gloucester queda a tan solo unos kilómetros. Quizá sea mejor que descansemos en Gales, con el río a nuestra espalda. Vuestros hombres juzgarán sensata esa decisión, en cuanto adviertan que pueden dormir sin preocuparse de las alarmas.

El cielo llameaba en tonos violáceos para cuando los capitanes de Somerset, Devon y Wenlock consiguieron tener el campo levantado y a los cuatro mil hombres de nuevo en camino. No hubo demasiadas quejas, toda vez que, además de los novatos, en la formación había también muchos

soldados veteranos. Los más proclives a las protestas encontraron una respuesta displicente por parte del resto. La presencia del barón Wenlock entre las filas resultó muy útil, aunque solo fuera para que los capitanes lo señalaran y dijeran: «Si ese viejo diablo puede estar en pie, también tú puedes, compañero». Los ejércitos no se desplazaban por la noche si no existía una buena razón, y la mayoría de los hombres seguían confiando en los estandartes de Lancaster que ondeaban a la luz del ocaso.

Marcharon por un buen camino empedrado durante quizá una hora más, hasta que por fin avistaron los muros de Gloucester, con las antorchas ya encendidas en las grandes puertas. Margarita dejó que su yegua avanzara junto a las filas de hombres adormilados, cuyo penoso avance revelaba la acuciante necesidad de descanso. Podían presumir de haber dejado a su espalda más de cuarenta kilómetros en un día, y Margarita sentía un orgullo inmenso por la lealtad de aquellos hombres.

Las puertas de Gloucester permanecían cerradas. Un anciano ataviado con elegante vestidura talar apareció en lo alto y, con airado desdén, le hizo gestos a Margarita de que se alejara, como si hubiera traído una tropa de mendigos a la ciudad. Ella observó cómo el hombre se retiraba al interior y la dejaba allí, mirando a la línea de crepitantes antorchas. Al puente del río no podía llegarse desde fuera de la ciudad. Debían permitirle la entrada para poder cruzarlo, y, durante un rato, no se le ocurrió ninguna solución.

Gales significaba seguridad, o al menos toda la seguridad que un lugar le podría ofrecer mientras Eduardo de York siguiera en el trono. Estaba segura de que allí todavía recordaban a los Lancaster, incluso más que las buenas gentes de Bristol. Su hijo estaría en su feudo y todos acudirían a él en manada.

Las manos de Margarita temblaron asidas a las riendas. Había asistido a la muerte de demasiados hombres buenos, a demasiados desastres. No creía que pudiera soportar ninguno más. Tenía ganas de gritar su rabia a los muros, y solo el brazo de su hijo, que la rodeó suavemente por los hombros, la hizo contener su furor.

—Esto es obra de York, o de su hermano. Lo sabéis, ¿verdad? —susurró llena de cólera—. Esos jinetes que visteis. Ellos han sido los que han informado a esos cobardes, traicioneros...

Cerró la boca para contener los peores insultos y se devanó los sesos

tratando de recordar lo que había dicho el duque Somerset cuando estaban planeando la ruta. Una posibilidad era el puente de Gloucester, y la otra era... el vado del río. Mandó un mensajero a Somerset, quien se presentó con aire de rígida circunspección y, montado en la silla, la saludó con una inclinación de cabeza.

—Mencionasteis un vado en el río, milord.

—En efecto, alteza, cerca de las ruinas de Tewkesbury. El sitio exacto es Lower Lode. Lo conozco bien. Crucé el vado el año pasado.

Hizo una pausa y, mientras pensaba, con el dedo se dio unos golpecitos en el labio. Adivinaba la preocupación de Margarita y le complacía constatar su autodomínio, a pesar de las dificultades. Su autoridad no llegaría al punto de ordenarle actuar. El príncipe sí podría dar esa orden en nombre de su padre, pero Somerset lo doblaba en edad y era poco probable que acatara una elección equivocada solo porque Eduardo de Lancaster así lo ordenaba.

En la oscuridad, Somerset sintió los ojos de Margarita clavados en él. Supo entonces que ella había calibrado de igual modo la situación y que, con delicadeza, había optado por permanecer en silencio. El duque con gusto le otorgaba aquella pequeña victoria sobre él.

—Me pregunto, milady, si estaríais de acuerdo en que convendría seguir camino y llegar a Tewkesbury esta misma noche.

—Lo estaba considerando, milord, si es que es posible llegar.

—Sí, desde luego. El vado debe de estar... a unos trece o quizá quince kilómetros de aquí. Los hombres estarán doloridos mañana, pero allí las aguas son poco profundas, y al otro lado hay un llano estupendo donde podrán dejarse caer y roncar como cabestros.

Margarita alargó la mano y tocó al duque en el brazo, complacida de contar con el apoyo de un hombre así. Se sintió aliviada al oír que se daba la orden, que fue acogida con gruñidos y quejas. Su ejército se puso de nuevo en pie y entonces se dio cuenta de que ya era noche cerrada. Entrarían en Gales sin otra luz que la de las estrellas, por un lugar donde las aguas corrían rápidas y poco profundas... y ni Eduardo de York ni ninguno de sus secuaces podrían impedirselo.

21

En campo abierto, Eduardo podía acallar todos sus demonios. Lo había presentido casi en el momento en que habían llegado los mensajeros y él había dejado Windsor camino del oeste. Margarita se dirigía a Gales, y quizá otro hombre habría sentido un atisbo de temor al enterarse. Eduardo, en cambio, había experimentado algo cercano a la dicha. Ahora podía dejar atrás las acusadoras miradas de su mujer, y eso que al menos sí había cumplido con ella en la alcoba, por más que fuera de un modo frío y poco grato. Ejercer sus derechos conyugales no había resultado lo que se dice fácil sin un poco de alcohol que allanara el camino, pero se las había arreglado, y lo cierto es que la negra nube que se cernía sobre él se había disipado en parte, al menos por un rato. Incluso se había detenido un momento a despedirse de sus hijas, a pesar de que el alboroto que armaban le crispaba los nervios. Una espada presta a herirle en la cabeza no lo hubiera hecho retroceder ni un ápice, pero los chillidos de aquellas tres niñas lograban que de inmediato huyera espantado y cerrara tras de sí todas las puertas.

Al aire libre, acompañado por sus hermanos Ricardo y Jorge de Clarence, bajo un sol que se derramaba en haces dorados, no sentía en lo más mínimo aquella silenciosa presión que, en Windsor o Londres, parecía estrujarle el cráneo. Podía respirar más profundamente el cálido aire del campo, percibirlo todo más intensamente, como si sus sentidos se hubieran aguzado. Cuando contemplaba el revoloteo de una bandada de aves, al instante detectaba dónde podría atacar un halcón para abatir su presa. Esa capacidad parecía desvanecerse en las ciudades y los palacios, donde se movía dando tumbos y a tientas, como un hombre que se hubiera quedado ciego o tonto.

Casi todos los capitanes y lores presentes en Barnet habían regresado para acompañarlo. Solo Clarence había intentado eludir el compromiso. Eduardo

seguía pensando que su hermano era un egoísta redomado, aunque estaba bien claro que Jorge de Clarence nunca podría haber sido el hijo que se convirtiera en rey. La muerte de Warwick, sin herederos varones, había provocado que una gran cantidad de sus heredades fueran ahora reclamadas por los anteriores propietarios. Algunas de ellas volverían a la Corona. Eduardo sabía que las utilizaría como regalo, ya fuera sin ninguna contrapartida o a cambio de un precio que luego serviría para pagar una gratificación a sus hombres, tal como les había prometido. Otras tierras, demasiado sujetas a embrollos legales y confusos litigios de posesión, ya no podrían recuperarse, pero aun así la mayoría de ellas acabaría en manos de Jorge de Clarence. Y por esa razón su hermano había pedido quedarse en Londres, petición contestada con una furibunda negativa.

Eduardo respiró profundamente y apartó de su ánimo la cólera que le provocaba su hermano. Esa ira no servía para nada, excepto para hacerlo desgraciado. Prefirió consolarse con la presencia de su otro hermano, Ricardo, quien había vencido el obstáculo de su retorcida espalda y se había convertido en un caballero magnífico, además de en duque real. Eduardo se sentía orgulloso de él y, con una tensa sonrisa, se volvió para observar los estandartes de Gloucester, ondeando en el ala derecha. Clarence era un malnacido débil e inútil, esa era la pura verdad. En cambio, Ricardo de Gloucester era un hermano del que su padre se habría enorgullecido.

Con las bajas sufridas en el campo de batalla, o en días posteriores a causa de las heridas, no eran más de cinco mil hombres los que formaban en filas delante de Windsor. A aquellos que una vez marcharon a su lado los echaba dolorosamente de menos.

Eduardo sabía que era capaz de comportarse del modo más imprudente. En un arranque insensato, había desposado a una mujer mayor y con hijos. Además se había proclamado a sí mismo rey de Inglaterra con Enrique VI todavía vivo, y había combatido contra sus ejércitos en el campo de batalla. Con todo, su preferencia por las acciones impulsivas le había sido útil contra Warwick. Reaccionar sin haberse preparado convenientemente entrañaba cierto riesgo, pero cada día que pasaba le daba a Margarita la oportunidad de congregarse a más hombres bajo sus estandartes.

No podía dejarla llegar a Gales: esa era la cuestión fundamental. Había demasiados hombres allí que todavía recordaban a los Tudor, hombres que

aún sentían lealtad por un linaje que Eduardo había aplastado en Mortimer's Cross. Aquella batalla, más incluso que la posterior de Towton, la recordaba como si fuera otro el que hubiese estado allí. Él solo se acordaba de la sensación de locura, una locura a la que Owen Tudor no había sobrevivido.

Al menos, cinco mil hombres podrían desplazarse con relativa velocidad, pensó Eduardo. Aquellos soldados eran los vencedores de Barnet y él se había asegurado de recompensarlos bien por sus servicios. En toda Inglaterra, no existía trabajo remunerado mejor que aquel, y durante tres días habían corrido más monedas por Windsor de las que la ciudad había visto en un siglo. Después, habían recibido noticias y de nuevo los cuernos habían sonado para llevarlos de vuelta a la guerra, a la pelea. La partida había sido lúgubre, pero, a caballo o a pie, se habían adaptado a la marcha.

La primera idea de Eduardo había sido cruzarse en el camino de Margarita y de su hijo mientras aún estuvieran adentrándose desde la costa. Pero cuando sus cinco mil hombres hubieron recorrido los primeros ciento cuarenta kilómetros, en tres días, Margarita ya estaba fuera de su alcance. Según los espías que regresaban para informar, la ciudad de Bristol había tratado al príncipe como si fuera el hijo pródigo, con festejos y banquetes, en lugar de expulsarlos a todos por traidores. «Habrá que exhibir algo que sirva de escarmiento en aquellos muros», decidió Eduardo con ánimo sombrío. Quizá la cabeza del alcalde o la del *sheriff*. Recordó cómo le habían cerrado los muros de Hull, justo cuando él se hallaba en su momento más bajo. Esperaba que, desde entonces, hubieran tenido noticia de sus victorias. Le complacía imaginarse a aquellos mercaderes de la ciudad temblando de miedo de solo pensar en lo que él haría.

Eduardo instó a sus hermanos y a la tropa a forzar al máximo la marcha, pero la frontera de Gales quedaba muy al oeste, y ellos estaban tratando de interceptar a un ejército sin saber cuán lejos podría haber llegado. Hubiera dado una bolsa de ángeles de oro por poder variar su ruta y dirigirse más al norte, pero hacia el oeste solo había un camino practicable para un ejército. A sus hombres les sería sencillamente imposible recorrer tantos kilómetros por un terreno quebrado. Bastaría una marisma o una extensión de hierba alta para hacerles perder un día y dejarlos agotados. El camino del oeste era el único posible, pese a lo cual Eduardo no dejaba de mirar a los valles que lo bordeaban, ansioso por enviar a los hombres campo a través.

Sus más rápidos jinetes se adelantaron para traer noticias y enviar advertencias a las ciudades que Margarita pudiera encontrar en su camino. La medida se vio recompensada cuando se enteraron de que Gloucester había cerrado sus puertas, una noticia que satisfizo especialmente a su hermano Ricardo. Para entonces, su columna no estaba demasiado lejos de la ciudad y quizá ese hecho había influido en sus autoridades.

La lealtad era una virtud algo voluble cuando tanto los Lancaster como los York podían reclamar para sí la corona, pero tampoco estaba de más que una ciudad demostrara su lealtad a quien llevaba su mismo nombre. Eduardo no pudo sino reír y negar con la cabeza cuando Ricardo le preguntó si acaso él podía decir lo mismo de la ciudad de York. Nada de eso importaba ya. Los mensajeros informaron de que habían acortado la distancia con el último arreón dado desde la mañana, pues forzando la marcha habían recorrido sesenta kilómetros. El ejército de Margarita estaba ahí delante, en algún lugar de la oscuridad, con su hijo y sus lores. Los hombres percibieron que el humor de Eduardo mejoraba y eso los animó también a ellos. Eduardo ofrecía un aspecto rapaz mientras escrutaba la oscuridad. Había derrotado a los Neville en Barnet. Y ahora derrotaría al corazón de los Lancaster y, con ello, traería la paz a Inglaterra después de casi veinte años de guerra. No era una hazaña menor la que tenían oportunidad de presenciar.

Cuando la luna salió, la ciudad de Gloucester apareció a su izquierda. La dejaron atrás con la cabeza y la espalda erguidas, preparados para atacar donde los incitaran a hacerlo. La hierba primaveral, aplanada en una gran franja de terreno, se extendía ante ellos. Cada hombre de Eduardo sabía que estaban cerca, que cuando el sol saliera asestarían un violento golpe capaz de hacer trizas una casa real.

Margarita trató de que su hijo no percibiera su nerviosismo, aunque por supuesto este lo adivinaba. Durante los diez años previos, el joven siempre había pasado una parte del día con ella, ya fuera en las tierras de su padre, en Saumur, o en el palacio y los jardines reales del rey Luis. El príncipe Eduardo conocía bien a su madre, quizá demasiado bien. La observó y su mirada se oscureció, como si una luz se hubiera apagado tras ellos.

—¿Tan terribles son las noticias, madre? —preguntó.

Margarita esbozó una sonrisa forzada y despidió al jadeante explorador

que había entrado poco antes. El muchacho parecía tan conmocionado como ella. Con sus palabras, una parte de las esperanzas de Margarita se había esfumado, y su lugar lo ocupaba ahora una sensación de miedo ya familiar.

—No esperaba que nos persiguiera con tanta rapidez —dijo Margarita.

Ni siquiera era necesario nombrar a quien iba tras ellos, a quien había saltado desde Londres como un gato acechando un mínimo movimiento en la hierba. Eduardo de York se había lanzado a la carga y Margarita sabía que aún no estaba lista para enfrentarse a él, suponiendo que alguna vez llegara a estarlo. Todavía recordaba los montones de muertos, toda una nación que por lealtad a su esposo había salido al campo de batalla, en Towton, para defender los estandartes de Lancaster. Y habían sido masacrados por aquel joven rey que ahora corría para alcanzarla. Eduardo había esperado su momento y había peleado y matado como si no conociera el cansancio.

Margarita se estremeció y se santiguó, asaltada de pronto por un presagio de fatalidad. Podía oír la voz del río situado algo más adelante, el sonido de unas aguas que, por millones de toneladas, fluían velozmente sobre las piedras. Como si a esa voz respondiera otra, oyó otro rugido por detrás, apenas a tres o cuatro kilómetros campo a través. Entonces se asustó de verdad. Eduardo había llegado y ella seguía estando en suelo inglés.

Durante un lapso de tiempo que pareció eterno, el ejército de Margarita permaneció casi al borde del vado, con Gales al alcance de la mano. El río Severn se había ido estrechando con cada kilómetro que recorrían tierra adentro, y parecía evidente que las aguas allí no eran profundas, por más que en la oscuridad de la noche solo se distinguiera una masa negra. Resultaba difícil saber incluso si estaban en el lugar correcto, por lo que Margarita había ordenado a algunos hombres que arrojaran al agua cuerdas con piedras, para comprobar que no hubiera demasiada profundidad. Sabían que en cualquier momento podrían oír los cuernos y el ruido de una formación de hombres aproximándose. De todos sus enemigos, Eduardo era el menos predecible. Quizá esperara hasta el alba, pero también podía lanzar a sus hombres en la oscuridad para asesinar y desatar el pánico allí donde decidiera atacar.

Las estrellas habían girado al norte y buena parte de la noche se había consumido ya cuando, por fin, Somerset convino con el barón Wenlock y el conde de Devon que las fuerzas de York debían de haber acampado. Los

exploradores no informaron de ningún movimiento del enemigo y los exhaustos hombres de Margarita pudieron al fin tumbarse a dormir en los campos. La noticia de su llegada se había extendido por la cercana ciudad, y en la oscuridad que la envolvía surgieron algunas luces de antorchas y resonó el grave tañido de las campanas de la abadía. Margarita no sabía si aquel sonido pretendía alertar a los dormidos lugareños de su presencia o de la de York, pero semejaba un toque de difuntos retumbando en la noche.

Somerset se acercó a caballo y desmontó junto con Courtenay, conde de Devon, y el barón sir John Wenlock. Los tres hombres hicieron una reverencia a la reina y a su hijo. A la luz de las antorchas, el príncipe Eduardo los observaba con una expresión de rígida seriedad, en actitud que pretendía imitar la de los lores más experimentados.

—Todavía podríamos cruzar esta noche, milady, si así lo deseáis —dijo Somerset—. Formaré una cadena de hombres en una parte donde no haya mucha profundidad. Servirá de guía al resto y no habrá luces que puedan alertar al enemigo.

—Pero no es eso lo que deseáis hacer —adivinó Margarita por la expresión de Somerset. Estaba demasiado cansada, y sentía la mente torpe y embotada por la falta de sueño.

Somerset sonrió, complacido. Cruzó una mirada con Wenlock y el conde de Devon. Margarita advirtió que los tres hombres ya habían discutido previamente lo que querían hacer. Presentarse ante ella no era más que una formalidad, y al darse cuenta de ello apretó la mandíbula con gesto irritado. Lo entendía mejor de lo que Somerset imaginaba. No necesitaban escenificar una farsa para pedir permiso, desde luego que no. Margarita sabía que ella no poseía demasiada experiencia militar. Esperaba que hombres como Somerset, Wenlock y el conde de Devon —y sí, también su hijo— tomaran las decisiones según les dictaran su ingenio y fuerza y destreza, y no que siguieran las órdenes que ella diera.

—Vos tenéis el mando, milord Somerset —dijo con cierta sequedad—. Tal vez deberíais decirme lo que queréis hacer.

—Gracias, milady, por vuestra confianza —respondió Somerset, haciendo otra reverencia.

Margarita decidió que este hijo no le gustaba tanto como su hermano mayor. Quizá fuera cierto que todos los buenos vinos ya se habían bebido y

que solo quedaban los posos.

—Podríamos cruzar el río —dijo Somerset—, pero nos llevaría toda la noche, y las fuerzas de York lo harían en la mitad de tiempo mañana por la mañana. Nuestros hombres estarían aún más exhaustos y no habríamos ganado nada, salvo favorecer que cayeran sobre nosotros mientras nos retiramos.

—¿Y cuál es la alternativa? —preguntó Margarita.

—Yo dispondría a los hombres aquí, milady. El río nos da una buena protección por el flanco. Los hombres han jurado combatir por vos... y por vuestro hijo. No creo que salgan huyendo, aunque los situaré lejos del vado, de modo que tengan que sobrepasar a York para cruzar. Después, mi intención es mantener nuestra posición mientras la casa de York se destroza al acometernos.

—¿Y creéis que podemos ganar? —preguntó Margarita.

Lord Wenlock profirió casi un bramido de asentimiento a través de sus bigotes. Somerset y Devon afirmaron lentamente con la cabeza.

—Así lo creo, milady —replicó Somerset tras una pausa—, con la gracia de Dios. Es todo lo que cualquier hombre podría asegurar, y yo prefiero demostrároslo con hechos en lugar de con juramentos o promesas.

Margarita sonrió al encontrarse con que le devolvían sus propias palabras.

—¿Dónde debo colocarme? —dijo su hijo, la voz tensa por el esfuerzo de asemejarse en gravedad e intimidación a los otros tres.

Somerset lo miró y se rascó la corta barba de la mejilla, lo que produjo un sonido rasposo.

—Eduardo de York prefiere el centro, alteza. Su hermano Ricardo comandará probablemente una de las alas, no sé si será la izquierda o la derecha. No conozco a todos los hombres contra los que lucharemos, pero no me gustaría ubicaros donde alguno pudiera llegar hasta vos. Tal vez podríais comandar nuestras compañías de reserva, alteza. Es un cometido vital y tendréis el río en un flanco. Si mantenéis esa posición, podría llevarme a todos los arqueros a la izquierda. ¿Creéis que podréis conteneros allí, bajo el fuego enemigo y sin precipitaros? Será un día atroz, príncipe Eduardo. Vuestra madre puede quedarse tras la línea, en la ciudad de Tewkesbury. Lo cierto es que... —Se detuvo como si se le acabara de ocurrir una idea—. No sería ninguna deshonra para un joven de vuestra edad si aguardarais con ella.

El entusiasmo inicial del príncipe Eduardo se desvaneció al oír dónde quería situarlo Somerset.

—¿Cómo? No, milord Somerset —dijo con firmeza—. Si Eduardo de York comanda el centro, creo que debo ser yo quien se enfrente a él para ganarme las espuelas. ¿O es que pensáis que puedo hacerme respetar escondiéndome tras las faldas de mi madre? ¿Es eso? No habéis de temer porque yo sea joven, milord. He esperado este momento durante toda mi vida.

—Ah, ¿lo veis? Eso es justo lo que temo, alteza. Yo... también tengo mis propios deseos de venganza, pero eso no significa que vaya a abalanzarme sobre el enemigo con un grito salvaje, ¿entendéis? Las batallas pueden durar un día entero y deben tomarse como un licor fuerte, a sorbos, y no en un solo gran trago que os pueda dejar inconsciente a vos o con el corazón roto a vuestra madre.

En los pómulos de Eduardo surgieron dos manchas rosadas cuando contestó, con voz tajante. Su madre sonrió al oírlo hablar con tan diáfana autoridad.

—Bien, ya he escuchado lo que teníais que decir, milores. El centro será mi sitio. Trataré de no decepcionaros mañana.

Somerset negó con la cabeza, sofocado e incómodo.

—Lo siento si os he puesto en situación embarazosa, alteza. Si pudiera, daría mi vida mañana para que vos salierais indemne. No tengo hijos, y vos sois..., erais la esperanza de mi padre cuando murió, y la de mi hermano cuando pusieron su cuello en el tajo de York. En su memoria, daría mi vida por salvar la vuestra, cualquier cosa por ver a los hijos de York vencidos y yaciendo fríos.

Las últimas palabras de Somerset fueron pronunciadas con pasión arrebatada, y tanto el príncipe Eduardo como su madre desviaron la mirada para no contemplar un dolor tan íntimo.

—Comandaré el cuadro central —murmuró Eduardo una vez más. No había entendido todo lo que había oído, y quería asegurarse de que los lores no hubieran invalidado con sus discursos el propósito que él ya había manifestado.

—Entonces yo estaré a vuestro lado, si lo permitís, muchacho —dijo lord Wenlock. Cuando el príncipe Eduardo asintió, el viejo alargó el brazo y lo

palmeó ruidosamente en la espalda.

Aquellas palabras hicieron que Somerset recuperara el control y asintiera. Con solemnidad, se inclinó ante la reina y el príncipe.

—Estamos de acuerdo, pues. Milord Courtenay, conde de Devon, se ocupará del ala izquierda. Yo tomaré a mi cargo la derecha, y el príncipe Eduardo y Wenlock, el cuadro central. Muy bien. Les diré a los hombres que duerman lo mejor que puedan. Cuando todo acabe mañana, quedo a vuestras órdenes. Entonces podré juzgar mejor si debemos continuar hasta Gales... o regresar a Londres para mostrar el cuerpo de York a la multitud.

—Rezaré por ello —dijo Margarita—. Ahora id vos también a descansar, Edmund. Pediré a Dios que nos dé la victoria mañana. Si Eduardo cae, tendremos la oportunidad de reconstruirlo todo. Con hombres como vosotros, milores, podemos comenzar de nuevo.

22

Al ver por el este la tenue calima dorada del sol, Eduardo respiró aliviado. Afortunadamente, no parecía que las cosas fueran a ser como en Barnet. Era consciente de cuán importante había sido la suerte en aquella victoria. No le daba muchas vueltas al asunto, como no se las daba a ninguna otra cuestión, pero después de Barnet había aprendido a hacer una pausa. Tal vez había sido la suerte la que en última instancia le había hecho derrotar a Warwick y Montagu. Pero lo que restaba por ganar lo conseguiría a base de fuerza y resistencia, y se mostraría más despiadado que quienes se enfrentaban a él.

Su fatigado ejército se había puesto en marcha al alba. Con ellos llevaban una docena de cureñas de cañón, que los hombres hacían rodar fatigosamente. El esfuerzo de arrastrar los cañones por los caminos tenía a los grupos de jóvenes artilleros poco menos que quebrantados. Vencidos hacia delante y tambaleándose, seguían empujando, tan cansados que apenas se tenían en pie. Unos pocos se habían quedado por el camino, con los pies rotos machacados bajo una rueda o con un brazo desgarrado por los radios. Sin embargo, el resto cumplirían bien con la tarea.

A medida que la neblina se disipaba en jirones, Eduardo veía algo que no le gustaba. Las fuerzas de Lancaster se habían dispuesto formando una amplia línea transversal que se alzaba unos cinco o seis metros por encima de sus hombres, de modo que parecían estar flotando en el aire. Se trataba de apenas un suave montículo, pero aun así, cuando atacaran, sus soldados tendrían que luchar cuesta arriba. Y lo cierto era que ya estaban suficientemente cansados, después de la gran distancia recorrida para cortar el paso a Margarita.

Eduardo rezongó por lo bajo, pero poco podía hacer, al menos hasta que el sol disipara la niebla y pudiera ver el terreno que los rodeaba. Su hermano

Jorge, situado en su misma línea y separado de él por solo unos cuantos jinetes, observaba las filas de Lancaster casi con temor reverencial, como si fueran una visión religiosa. Eduardo apretó los dientes como reacción a la boca abierta y la mandíbula colgante de su hermano. Debía admitirse que el enemigo ofrecía un aspecto imponente, con los enormes estandartes al viento: el azul y el amarillo de Somerset, el rojo y el amarillo de Devon y las plumas blancas y negras del príncipe de Gales. Eduardo no reconoció las tres cabezas negras de los estandartes de Wenlock y hubo de señalarlas y preguntar a uno de sus heraldos. Conocía al viejo Wenlock por su reputación y le sorprendió que aún estuviera vivo. Se preguntó si Margarita habría perdido a tantos como para recurrir a muchachos y a ancianos.

Su hermano Ricardo se aproximó a medio galope por entre las filas, el caballo levantando a su paso trozos de tierra suelta y de barro.

—¿Habéis visto a Somerset, a la izquierda? —preguntó—. Está corroído de resentimiento, según dicen, por su padre y su hermano.

—¿Y no es eso normal? —replicó Eduardo—. También yo albergo rencor, y los que yo perdí eran hombres mejores que el viejo Somerset y su hijo.

—Sí, hermano, me parece que de eso estoy al tanto. De todos modos, he oído que le arde la sangre. Si me permitís encargarme del ala izquierda, los castigaré primero con los cañones y las flechas. Veamos si puedo enfurecerlo para hacer que abandone esa cresta.

Eduardo asintió con la cabeza. Confiaba en su hermano, del mismo modo que seguía confiando en lord Hastings. Comprendía lo mucho que una batalla podía depender de esa confianza. No era posible contar con un solo gran general que comandara las tropas, al menos cuando estas eran tan numerosas. Todo había de funcionar más bien como una fraternidad, y esa idea le hizo caer en la cuenta de que se encontraba más cómodo en el campo de batalla que en cualquier tranquila estancia de Londres o Windsor. Él estaba hecho para los gritos de guerra, para el entrechocar de las armas. El silencio y la paz lo consumían como una rueda de molino que le hubieran atado al cuello.

Mientras Eduardo cavilaba, Ricardo de Gloucester partió al galope seguido por una docena de capitanes y comenzó a reorganizar compañías enteras, de modo que las tropas detuvieron su avance para adoptar nuevas posiciones en ambos flancos. El terreno no les facilitaba precisamente la

tarea. Las fuerzas de Lancaster esperaban tranquilamente en lo alto de la escarpadura, mientras que cada compañía de York se veía obligada a utilizar los senderos mínimos que discurrían entre los setos, o a buscar un paso al final de un campo rodeado de arbustos de espino, ya que atravesarlos resultaba imposible. Era algo deliberado, desde luego, aunque no por ello resultaba más fácil de sobrellevar. Eduardo no podía reprocharle al enemigo que hubiese elegido un lugar ventajoso, un terreno que le planteara dificultades a la hora de desplegar adecuadamente las tropas. Pero eso lo obligaba también a él a trotar entre un dédalo de setos, separado de sus propios hombres como si se debatiera en los recovecos de un laberinto. Había perdido de vista a las tropas de Lancaster por culpa de la niebla o por la disposición del terreno y los exuberantes setos de espino. La armadura lo hacía sudar como un herrero y con ello perdía la calma que tanto necesitaba para dar las órdenes más convenientes. Notaba cómo la ira hervía en su interior. Y le dio la bienvenida.

Desde lo alto, Edmund Beaufort, duque de Somerset, oteó el paisaje blanco y verde oscuro salpicado por manchas de hombres de a pie o por jinetes que conminaban al resto a moverse. Lo que veía le gustaba. Mientras formaba a sus tropas, había constatado la magnitud de las zanjas de cultivo que quedaban al sur de su posición. Le satisfacía observar que los estandartes de York se alejaban por antiguas sendas tratando de colocarse en la dirección principal de avance. Si enviar sus bien ordenadas filas a aquel terreno desigual no hubiera significado perder la ventaja, se habría sentido tentado de lanzar un rápido ataque para sorprender al enemigo antes de que este hubiera conseguido situarse adecuadamente. Pero no dio esa orden y se limitó a observar cómo se las arreglaban para irse acercando cada vez más. Llegarían sudorosos y cansados, pensó.

En cierto momento, el centro del ejército de York ascendió por una elevación del terreno y casi se situó al nivel de los estandartes de Somerset, solo para ver cómo estos volvían a quedarles por encima a medida que la pendiente caía hasta un canal ubicado entre ambas fuerzas. Somerset sonrió al divisar, a casi un kilómetro de distancia, cómo unos hombres con armaduras trataban de saltar una cerca. Su objetivo había sido no darles ni la más mínima ventaja; no en vano era él quien defendía al legítimo rey de Inglaterra

y a su hijo.

Margarita, escoltada por cuatro guardias, había partido al alba con intención de buscar acomodo en la ciudad y mantenerse a la espera de noticias. Somerset no le envidiaba ese papel. Pese a los peligros que ahora hubiera de afrontar, él no podría haber soportado las horas de preocupación silenciosa mientras aguardaba algún mensaje del campo de batalla.

Sus hombres estaban listos, armados con un buen hierro que no se quebraría y vestidos con excelentes cotas de malla o las mejores placas de acero. Muchos de ellos habían pintado el metal, y aquellos colores verde oscuro o rojo les daban el aspecto de relucientes escarabajos. Los caballeros menos pudientes y los hombres de armas vestían piezas de diferentes tonos herrumbrosos, como correspondía a unas armaduras que ya habían llevado sus padres.

Somerset percibía la confianza de sus tropas. Tenían la mejor posición, en lo alto, y hombres suficientes para defenderla. Es más, parecían comprender con cuánta razón podían considerarse indiscutiblemente superiores a aquellas filas sudorosas que se les acercaban dando tumbos. El duque veía la determinación de sus hombres y eso le colmaba de satisfacción. Observó que algunos gesticulaban en silencio hacia quienes aparecían entre los jirones de niebla. Ansiaban empezar ya, ahora. El número de soldados no era lo único que contaba para alzarse con la victoria en una batalla, bien lo sabía Somerset. En cualquier confrontación armada, siempre llegaba un momento en el que cualquier hombre podía sentir ganas de huir. Y si Somerset huía y su miedo se contagiaba a quienes lo rodeaban, su causa se desmoronaría, tomarían a sus mujeres y serían otros quienes disfrutarían de sus tierras. Pero si no lo hacía, si en su interior encontraba la fuerza para mantenerse junto a sus amigos y compañeros de armas, entonces él sería Esparta, sería Roma, sería Inglaterra.

—Creo que desde aquí los destrozaremos —gritó Somerset por encima de las cabezas de sus hombres. Su caballo resopló y levantó bruscamente la cabeza, lo que lo obligó a hacerlo caminar en un pequeño círculo hasta que se hubo calmado—. Vendrán contra nosotros y les diremos «basta» a todos ellos. ¡Basta de su mezquina maldad, de su ambición! Diremos que ya basta de todo. Nosotros tenemos un rey. Y su hijo, el príncipe de Gales, está en este campo, peleando a nuestro lado.

Todos vitorearon mientras el duque tomaba aliento y su ánimo, de ordinario adusto, se relajaba un tanto al calor de los gritos.

—Gritad «Lancaster» o gritad «Gales» si lo preferís. Pero gritad para aniquilar a esos pordioseros usurpadores que no merecen llevar la corona de nuestro reino.

Los vítores crecieron acompañados de las risas y los pateos de los hombres, que así demostraban su aprobación al tiempo que se quitaban los nervios propios de quien espera un ataque enemigo. Mientras vitoreaba con ellos, Somerset divisó los estandartes de Gloucester aproximándose entre la niebla, en apariencia tan cercanos que casi habría podido tocarlos. Trató de encontrar al mismo Gloucester y lo vio allí, con una armadura verde o quizá negra, el oscuro pelo rubio suelto y aparentemente sin casco que lo protegiera. Su aspecto, hasta el último centímetro de su figura, resumaba crueldad. Somerset sintió el peso de los años al contemplar a aquel joven de dieciocho años que, con las manos altas y relajadas en las riendas, obligaba a su montura a saltar sobre los removidos montículos de arcilla y hierba.

La niebla se iba abriendo al calor del sol. Aunque apenas si había amanecido, Somerset alcanzó a ver que en el ala de Ricardo de Gloucester había un grupo de arqueros vestidos de marrón. También divisó los negros tubos de los cañones colocados entre dos ruedas de carro, apuntando al objetivo y preparados con sus tacos y braseros. Estelas de un humo gris se alejaban llevadas por la misma brisa matinal que hacía desaparecer la niebla.

Somerset oyó cómo sus capitanes ordenaban traer escudos. Sus hombres tendrían que resistir durante un tiempo. Esa era la consecuencia de elegir una posición y optar por mantenerla. Ya se encargarían sus propios arqueros de dar la respuesta adecuada. Quizá Somerset no tuviera cañón, pero todavía debía convencerse de que alguno de ellos hiciera honor a su nombre en el campo de batalla. Cumplían una función cuando se trataba de derribar las murallas de una fortaleza, eso estaba comprobado más allá de toda duda. Pero donde hubiera movimientos de tropas, donde los hombres pudieran arrollar a los artilleros, él no auguraba ningún futuro para aquellos artefactos tramposos, todo ruido y humo, como si eso solo bastara para poner en fuga a los hombres valientes.

Contempló cómo delante de los arqueros se formaba una delgada línea de hombres que portaban lanzas cortas sobre el hombro. Somerset asintió

iracundo al entender qué implicaban aquellas mechas humeantes. Cañones de mano. Al parecer, tendría que aguantar firme mientras le caía encima un enjambre de abejas. No tenía ninguna intención de dejar traslucir temor ni ninguna otra emoción. No quería que sus hombres lo vieran flaquear, no fueran a creer que tenía miedo. Al final, Ricardo de Gloucester tendría que atacar. Esa perspectiva le hizo cerrar el guantelete en un puño. Entonces sus hombres tendrían la oportunidad de cobrarse cada gota de sangre derramada. Solo deseaba poder enfrentarse él mismo con el hijo más joven de York. Entre dientes, empezó a mascullar una oración.

—Dios Todopoderoso, si es tu voluntad, acuérdate de mi hermano y de mi padre. Acógelos con brazos abiertos y dales paz. Hoy te rezo para que pueda tener a Ricardo de Gloucester al alcance de mi brazo. Nada más te pido, Señor, sino ese pequeño favor. Si he de vivir, te pido que me des la determinación necesaria para verlo cumplido hasta el final. Y, si he de morir, entonces solo te pido que pueda ver de nuevo a los míos.

Ricardo de Gloucester miró a izquierda y derecha, satisfecho con la disposición de las silenciosas filas. Seguían por debajo de la elevación del terreno, pero la niebla se había abierto y el sol calentaba. Había una buena razón para que las batallas se librasen en primavera, y ahora todos podían constatarla en la sangre caliente que les corría por las venas. Somerset había elegido apostarse en un sitio elevado y allí los esperaba, sin moverse. Los arqueros enemigos dispondrían de mayor alcance para sus flechas, pero eso no tenía remedio. Ricardo ordenó detenerse a sus hombres a menos de cuatrocientos metros de los Lancaster, frente a la oscura fila que recorría toda la escarpadura. Aquella formación inmóvil representaba un desafío al que deseaban responder como harían los machos de ciervo, golpeándose mutuamente con un gran restallido de huesos, cornamenta contra cornamenta.

Ricardo se llenó de aire el pecho, el porte erguido y una mano sobre la empuñadura de la espada, todavía en su vaina.

—¡Arqueros, preparados! ¡Preparados, cañones! ¡Avance lento hasta tenerlos a tiro!

Ese era el momento que todos odiaban, el avance en línea, con la vista fija en el campo, esperando a que el aire se oscureciera de súbito con las flechas, a que la pólvora levantara nubes de humo ante ellos mientras

proseguían la marcha.

Somerset no dio ninguna orden y Ricardo tragó saliva nerviosamente. Sabía que, con su negra armadura, ofrecía un blanco estupendo. No resultaba fácil hacer avanzar su montura junto con los hombres, pero estaba seguro de que no moriría. Otros sí lo harían, desde luego. Pero Ricardo estaba como tocado y bendecido. Podía sentirlo. La muerte no iría a por él, por más que la llamara.

Sus arqueros tensaron los arcos sin dejar de caminar, sabedores de cuál sería la siguiente orden. Y, efectivamente, llegó en cuanto se oyó el grito de Somerset y el aire se ennegreció de dardos sibilantes.

—¡Alto! ¡Arqueros, enflechad y apuntad! ¡Soltad!

Los capitanes de Ricardo repitieron la orden a unos hombres que él mismo conocía bien. Por delante de los arqueros, los artilleros de mano se arrodillaron para disparar y, por primera vez, al disiparse el humo Ricardo vio cómo caían hombres en las filas ubicadas más arriba. Aun así, no le gustó verse cegado mientras las flechas seguían cayéndole encima. Les disparaban desde una distancia corta, en un terreno brutalmente expuesto, y él no llevaba escudo, por lo que todo lo confiaba a su armadura. Sabía que para perforar su coraza se necesitaría el más perfecto de los tiros, pero de todos modos resultaba difícil no encogerse ante las flechas que caían. Solo su caballo parecía imperturbable, o inconsciente de todo, pues el animal permanecía tranquilo mientras los dardos golpeaban y crujían a su alrededor.

Entonces, las intenciones de Ricardo empezaron a quedar de manifiesto. Con el beneplácito de su hermano, había concentrado todos sus disparos sobre la posición del mismo Somerset. Flechas, balas y bolas de cañón habían barrido una estrecha franja alrededor de los estandartes de Somerset y habían matado a docenas de hombres, atrapados de pronto en medio de una salva de puntas de acero y bolas de plomo, mientras los proyectiles de los cañones causaban estragos en las líneas de a pie y liquidaban a dos o tres hombres de una sola vez. Uno de los estandartes de Somerset vaciló y cayó, lo cual, por supuesto, arrancó los vítores del ejército de York, entusiasmado al ver que cosechaba sus primeros éxitos.

Los arqueros de Somerset habían dirigido sus dardos contra toda la línea de avance yorquista, en la que los hombres aguardaban protegidos por los escudos y las mejores armaduras. Algunos habían caído heridos. Los que

llevaban cotas de malla o placas de metal permanecían perfectamente inmóviles entre sus compañeros, casi como si estuvieran dormidos. No eran demasiados.

Ricardo alzó y bajó la mano, y sus artilleros de inmediato estuvieron listos para una nueva descarga. Hubo un visible retroceso en las líneas que rodeaban a Somerset. Se habían dado cuenta de que eran la diana y nadie quería estar cerca del duque.

Edmund Beaufort seguía sobre su montura, aparentemente entero. Su caballo llevaba una testera de acero con un cuerno para el combate contra las tropas de a pie. El animal pateaba el suelo mientras los portaestandartes retrocedían. El duque percibió ese movimiento y volvió la cabeza para gritarles secamente una orden.

Abajo, Ricardo de Gloucester observó ese mismo movimiento y se sonrió.

—¡Arqueros! ¡Otra vez! ¡A Somerset!

Los arqueros eran más precisos que los artilleros y resultaban mucho más temibles. Algunos permanecían formados en línea, como los soldados de a pie, mientras que otros se lanzaban adelante para disparar sus dardos como en un golpe de puñal. De ese modo acertaban unos metros la distancia de tiro antes de retroceder velozmente junto a sus compañeros. Cada vez enjuiciaban a gritos los disparos de los demás, y abucheaban cuando una flecha se rompía o un hombre resbalaba y lanzaba una flecha que se clavaba justo delante de él. Se mostraban implacables en sus burlas a la falta de destreza, como si no poseyeran ni valorasen nada más.

Ricardo deseaba haber traído más de aquellos hombres, que su hermano hubiera esperado a disponer de otros mil. Habrían hecho trizas el ala de Somerset. Se encontró cavilando una y otra vez sobre los pequeños detalles, mientras sus arqueros acribillaban el ala enemiga. Somerset seguía vivo. Su estandarte se había izado de nuevo, y quien lo portaba había resistido apenas un instante antes de caer también perforado por las flechas. Somerset lanzó un grito de desafío, pero por respuesta recibió una lluvia de disparos, fuego de cañones y balas y flechas. El humo de la artillería provocaba que todos actuaran poco menos que a ciegas. Los arqueros lanzaban torvas miradas a los artilleros que les impedían disponer de un blanco perfecto, pero lo cierto es que la combinación de ambos había abierto grandes vacíos en ese punto de

las líneas de Lancaster, si bien el resto permanecían intactas. Nadie entendía por qué Gloucester estaba empeñado en arrojar todos sus proyectiles contra un solo hombre, salvo el propio Ricardo y su hermano Eduardo, que seguía en el centro. Durante una hora, Ricardo convirtió ese lugar en un infierno, y Somerset se dio cuenta de que todo aquel despliegue iba contra él. Su armadura recibió docenas de golpes y sacudidas, y el duque percibía el sabor de la sangre en los labios. Había aceptado un escudo y portaba una maza con clavos. Notar en la mano el peso macizo del arma lo reconfortaba. Sintió hervir la ira en su interior, y justo en ese momento el casco resonó con un golpe que le dobló la cabeza hacia atrás. Llamó entonces a un mensajero y el joven acudió tan encogido de miedo que Somerset lo despreció por su cobardía mientras le hablaba.

—¡Ya he tenido suficiente! Informad a lord Wenlock de que voy a cargar. Él debe respaldarme. No puedo resistir más tiempo bajo este fuego. Esas son mis órdenes. Dar apoyo al ala. Atacar en cuanto yo me mueva.

El mensajero partió a la carrera, inmensamente aliviado de poder alejarse de aquel aire que parecía zumbar como un terrorífico avispero. Somerset se volvió a mirar las filas que, como escarabajos, se desplegaron debajo de su posición. Por supuesto, habían ido avanzando, a su modo indisciplinado. Los juzgó sin dejarse obcecar completamente por los vapores infernales de la ira, aunque sentía cómo estos tironeaban de él. Allí estaba Ricardo de Gloucester, con toda su juventud y arrogancia, sin entender nada de nada; aquella familia, que le había robado a su amado hermano y a su padre; que había hecho desaparecer a tantos hombres y mujeres buenos y que había destrozado el país; y que, aun así, con toda su arrogancia y maldad, se atrevía a seguir arrojando fuego contra su posición, como una ola tempestuosa que rompiera sobre él. Era demasiado.

Eduardo levantó la cabeza y apartó la escrutadora mirada de la perilla de su silla, el saliente descendía por ambos lados, de modo que podía acomodar los muslos y tener libres las manos para manejar las armas. Algunos caballeros llevaban escudo, pero él era lo suficientemente corpulento como para soportar el peso de las gruesas placas de acero, así que prefería la espada y un martillo de asta larga. La cabeza de este último parecía pequeña para un hombre de su tamaño, pues apenas era mayor que su mano. Sin embargo, eso

le permitía descargar el martillo con inusitado poder destructor y utilizar el mango de hierro para bloquear la mayoría de los espadaños.

Durante todo aquel rato interminable, no había hecho más que pasar revista mental a sus armas, mientras su hermano lanzaba la avalancha de proyectiles contra el ala de Somerset y hacía caso omiso del resto. Eduardo se sentía confundido y no acertaba a resolver el conflicto entre sus necesidades contrapuestas. Deseaba lanzarse montículo arriba para unirse a aquellas filas que con gestos lo animaban a avanzar. Resultaban bastante bravos a casi doscientos metros, aunque, a esa distancia, la mayoría de los hombres lo parecían. Eduardo quería estar allí, con ellos, y comprobar cómo se manejaban de verdad. Pero le había prometido a su hermano que esperaría, y se obligaba a hacerlo, resistiendo la sangre que golpeaba violentamente en su interior hasta marearlo; inmóvil mientras respiraba dando grandes resoplidos, como un lobo que se prepara para saltar.

El motivo de que levantara la vista de la silla fue el clamor que se oyó en la castigada ala de Somerset, que ahora descendía aullando la pendiente para acometer a los hombres de Gloucester. Los ojos de Eduardo se abrieron como platos. El resultado había sido perfecto y no pudo sino bendecir la clarividencia de su hermano.

—¡Adelante, centro! —bramó con voz que atravesó el campo—. ¡Compañías del centro, adelante!

Después de haber presenciado con gran atención cómo Somerset perdía la calma, todos arrancaron de golpe al oír su grito.

Ante ellos, la sección más fuerte del ejército de Margarita bajaba a toda velocidad una colina que hasta entonces había supuesto su mejor ventaja. Las compañías de Gloucester les salieron al encuentro completamente de frente, y Eduardo los acometió por el flanco con sus piqueros y lanceros. Las filas que descendían se vieron incapaces de defenderse contra el ataque por el costado. Las lanzas se clavaban y salían rojas, entre los alaridos de quienes caían y luego eran pisoteados.

La explosión de ira de Somerset se intensificó cuando miró atrás y vio que lord Wenlock no se había movido. ¿Es que el viejo se había dormido? Wenlock y el príncipe seguían entre las tranquilas filas mientras sus mejores hombres y su única oportunidad de victoria quedaban despedazados. Somerset no podía permitir que los hijos de York enviaran todas sus fuerzas

contra cada miembro de su ejército. Eso solo les traería el desastre y la muerte. Somerset apenas había dejado el montículo y ya podía constatar el destrozo que estaban infligiendo a sus tropas. Gesticuló hacia Wenlock, pero aquel viejo y arrogante malnacido no movió un dedo para ayudarlo.

—¡Retirada en buen orden! —rugió Somerset a sus capitanes.

Se oyeron grandes quejas entre aquellos hombres vapuleados, hombres que primero habían resistido las andanadas de proyectiles y luego habían demostrado la suficiente confianza en su comandante como para seguirle. Ahora se les pedía que retrocedieran colina arriba, para regocijo de un enemigo que seguía acosándolos y volteando el acero para golpearlos. Resultaba duro, pero la alternativa era dejar que York y Gloucester los redujeran a polvo, así que se detuvieron y, con las armas extendidas al frente, trataron de contener lo mejor posible a las rugientes filas de Gloucester. Había aún unas cuantas lanzas y pudieron retroceder los primeros pasos bastante bien, antes de que Gloucester, atónito de incredulidad, advirtiera sus intenciones y ordenara cargar a todos sus hombres.

Somerset hizo girar a su montura para cabalgar colina arriba, consciente de que no podría hacer que el animal subiera de espaldas. Al volverse vio que, a su izquierda, un grupo de lanceros se acercaban corriendo desde un bosquecillo, las largas armas en ristre y listas para atacar. En ese instante, no pudo pensar en ninguna orden para contrarrestarlos, y solo se le ocurrió lanzar un grito de aviso. Las lanzas eran un arma defensiva o más propia de un caballero. Por eso ahora miraba perplejo a aquellos hombres que corrían para atacarlos con ellas.

—¡Cuidado! ¡A la izquierda! ¡Lanzas a la izquierda! —gritó, pero a sus hombres los acosaban por el frente y por un flanco, donde otros lanceros acometían y arrojaban sus armas contra ellos. Solo el otro flanco quedaba libre, y lo único que podían hacer era retirarse mientras doscientos enemigos colisionaban contra la primera fila y atravesaban con sus lanzas a los hombres, con tal violencia que varias cabezas sangrantes salieron despedidas y vertieron su inmundicia sobre quienes presionaban por detrás. Aquello acabó de quebrar la voluntad de los hombres de Somerset, quienes parecían haber caído en una trampa para jabalíes llena de estacas listas para atravesarlos. Intentaron dispersarse, pero la masacre prosiguió sin cuartel.

Al picar espuelas, Somerset advirtió que su caballo sufría algún tipo de

desgarradura y se tambaleaba. No sabía la gravedad de la herida, pero resultaba evidente que el animal perdía fuerza. El caballo trataba de mantenerse en pie y lanzaba resoplidos sanguinolentos. Somerset, sin mostrar alteración, lo obligó a seguir, sin dejar de clavarle las espuelas una vez tras otra. El animal nada le importaba, pues sabía que en ese momento Gloucester y York debían de estar persiguiéndolo colina arriba. Por fin consiguió ascender con su caballo moribundo hasta donde se hallaban las aterrorizadas tropas del cuadro central, que sin moverse de su puesto habían presenciado la matanza de sus compañeros.

El barón Wenlock estaba allí, a caballo en la tercera fila, rodeado de mensajeros y heraldos. Eduardo, príncipe de Gales, se hallaba a su lado, en su propia montura. El joven empalideció visiblemente al ver a Somerset. El duque, muy castigado, tenía el casco lleno de manchas sanguinolentas, y de los ollares de su caballo goteaba una sangre lustrosa.

—¿Por qué no me habéis respaldado, milord? —preguntó Somerset a Wenlock en tono bronco—. Envió la orden. ¿Dónde estabais vos?

Wenlock se enfureció, sus blanquísimos cabellos en acentuado contraste con el rubor cada vez más intenso del rostro.

—¿Cómo osáis poner en duda mi honor? ¡Puerco asqueroso! ¡No voy a...!

Somerset lo golpeó con la maza que portaba en la mano derecha, un violento golpe que bastó para silenciar al viejo. De la cabeza de Wenlock empezó a manar sangre y el atónito barón trató de articular alguna palabra, pero Somerset lo golpeó de nuevo y luego, jadeante, se lo quedó mirando mientras el anciano lord resbalaba de su montura y caía al suelo.

—¡Santo Dios! —exclamó Eduardo de Gales con ojos desorbitados. No miraba a Wenlock, sino detrás, donde en ese momento cargaban las fuerzas de York. Entonces Somerset se dio la vuelta y vio que habían sido engullidos.

Eduardo observó los nudillos plateados de sus guanteletes. Tenían un tono rojizo, aunque no se acordaba de haber dado ningún puñetazo en el delirio de la batalla. Con un bramido, se había lanzado colina arriba al tiempo que el ala de Somerset se desmoronaba, pues le había parecido el mejor momento para cargar contra las fuerzas apostadas en la escarpadura. Había divisado a Somerset discutiendo y a un joven con la librea real de los

Lancaster, apenas capaz de defenderse a sí mismo. Eduardo contempló de nuevo el guantelete. Cuánta sangre había habido en su vida. Y no es que él la hubiera pedido. Sabía que aquel día habría al menos una mujer que lloraría al enterarse de lo ocurrido. Todas las esperanzas de Margarita de Anjou no eran ya más que cenizas, y su hijo yacía pálido e inerte junto con todos los demás.

Notó que le caían las lágrimas y, aunque se las enjugó rápidamente, se enfadó consigo mismo. Algunos hombres, habiendo visto cosas más extrañas, desviaron la mirada. Los hubo que vomitaron en la hierba tras la batalla. Otros, los que pudieron hacerlo, cayeron en un sueño profundo, como si estuvieran borrachos. Pero la mayoría, sin ni siquiera ser conscientes de ello, reían o lloraban mientras recorrían el campo y empezaban a entender que habían sobrevivido. Todo lo que habían olvidado en el furor de la matanza volvía a ellos en súbitos fogonazos, y entonces se detenían, se frotaban los ojos y respiraban profundamente antes de seguir caminando.

Tal vez fuera la edad, pensó Eduardo, compungido. Empezó a reír al imaginarse a un rey llorón, una imagen absolutamente ridícula. Observó que su hermano Ricardo estaba felicitando a los hombres, justo lo que él debería estar haciendo. Tenía la garganta seca, por lo que agarró a un muchacho que pasaba con un odre en el hombro y empujó el cuero para beber. Esperaba que saliera agua, pero se trataba de espumeante cerveza, espesa y amarga. Bebió y bebió a grandes tragos, como un niño mamando de la teta, despegando la boca solo cuando necesitaba respirar.

—Dios, estoy seco —murmuró.

Vio que Ricardo se aproximaba y se rio de la afligida expresión de su hermano.

—Bueno, ya he cumplido mi juramento, hermano —dijo Eduardo de mal talante—. Y resulta que me muero de sed.

—Ya lo sé, Eduardo. No es eso. He oído que algunos caballeros de Lancaster han pedido asilo sagrado en la abadía, junto a la ciudad.

—¿Nombres? —preguntó Eduardo. La cerveza le había encendido las mejillas y ahora parecía menos abrumado, con más alegría y animación.

—No se saben —contestó Ricardo—. Los monjes se niegan a dejar entrar a nuestros hombres.

—¿Se niegan? —preguntó Eduardo.

Arrojó el odre de cerveza al muchacho y silbó para que le trajeran el

caballo. Lord Rivers se lo llevó y la guardia personal de Eduardo se congregó para formar, todos ellos con la cabeza descubierta y aspecto despiadado.

—Venid conmigo —le dijo Eduardo a su hermano. Ricardo volvió a montar y lo siguió.

La abadía de Tewkesbury no se hallaba mucho más allá de las últimas líneas de muertos, ya que el acoso enemigo había obligado a aquellos hombres a alejarse de su posición inicial. La expresión de Eduardo se ensombreció al ver a los monjes de negros hábitos que esperaban en la puerta, bajo el gran arco normando. Puso entonces el caballo a medio galope y Rivers y su guardia lo siguieron, conscientes de que pocas visiones había en el mundo más amedrentadoras que unos caballos de batalla aproximándose envueltos en hierro y furia.

Eduardo frenó junto a la puerta y su caballo patinó antes de detenerse. Los monjes se encogieron, pero no se hicieron atrás.

—Di orden de buscar a mis enemigos, dondequiera que se escondiesen —gritó Eduardo por encima de sus cabezas. Sabía que se le oiría dentro de los muros, así que habló con voz fuerte.

En respuesta, el abad se adelantó desde el enorme portal.

—Milord York —comenzó.

—Dirigíos a mí como rey —le dijo Eduardo en tono cortante.

—Majestad, os lo ruego; estamos en suelo consagrado. Existe el derecho a acogerse a la protección sagrada y no puedo permitir que entren vuestros hombres.

Eduardo se volvió hacia los caballeros que lo acompañaban.

—Yo fui privado de mi propia tierra, de mi esposa y mis hijos, y me vi obligado a esconderme. A mi regreso, dije que zanjaría la cuestión de una vez por todas. No permito la clemencia. No acepto rescates. Considero que estamos aún en el campo de batalla. Os estaría muy agradecido si entrarais y liquidarais a cualquiera que quede vivo.

Dos de los caballeros hicieron avanzar sus monturas hacia la puerta. Los monjes gritaron ofendidos y horrorizados, levantando las manos como si así pudieran detenerlos. Pero algo bien distinto fue lo que ocurrió: los caballeros golpearon brutalmente con el filo de las espadas, de arriba abajo, unos tajos de carnicero que dejaron las piedras salpicadas de sangre. El abad trató de volver adentro y cerrar la puerta, pero los jinetes la abrieron a la fuerza y

entraron en la abadía con sus monturas. Se oyó un fuerte grito de terror, el lamento de quienes, heridos y asustados, habían depositado en aquel refugio su última esperanza. Los caballeros se adentraron en la oscuridad y, durante un tiempo, se sucedieron otros alaridos y gritos de dolor y de cólera.

Eduardo cruzó una mirada con sus hermanos. Clarence parecía enfermo, como si fuera a vomitar. Ricardo lo observó con expresión casi de curiosidad. Eduardo se encogió de hombros. Él había visto matar y morir demasiadas veces. No le pareció que aquello tuviera tanta importancia.

Encontraron a Margarita al día siguiente. Se había enterado ya de las terribles noticias, y sus guardias se habían esfumado, por lo que había tenido que huir sola a un convento situado a casi un par de kilómetros. Las monjas de aquel lugar, por supuesto, también estaban al tanto de la suerte corrida por quienes se habían enfrentado a Eduardo. Pese a todos sus gritos de protesta, no pudieron resistir ante los broncos soldados que se adentraron por los pasillos para arrastrar fuera a Margarita.

Y Margarita salió con bastante docilidad, sumida en la pena. El capitán que la subió a un caballo y le sujetó las riendas se apiadó lo suficiente de ella como para dejarla ver el cuerpo de su hijo, expuesto en la abadía de Tewkesbury. El príncipe mostraba la belleza de su juventud, y Margarita le acarició la mejilla y le tomó la mano durante unos instantes, sintiéndose vacía y anonadada por el inmenso dolor sufrido.

A pesar de sus ruegos, cuando el ejército de York empaquetó sus pertrechos y emprendió el camino de vuelta a Londres, dejaron atrás a Eduardo de Lancaster y a otros cientos de hombres. La nave de la abadía estaba salpicada de un rojo que nadie parecía saber cómo limpiar.

Al principio, Margarita había esperado que la llevaran ante el rey Eduardo, para obligarla a soportar su triunfante mordacidad. Sin embargo, Eduardo no era como su padre y no la hizo presentarse a él. Sus hombres la trataron con cierta cortesía en el camino, pero sin demostrar especial interés. Aparentemente, a la causa de York ya no le preocupaba lo que pudiera ser de ella.

Eduardo se había mostrado concienzudo en su venganza. No había dejado con vida ni a un solo lord de Lancaster. Con independencia del vínculo que tuvieran con la estirpe del rey Enrique, ya fuera de sangre o por juramento o

por estar a su servicio, Eduardo de York había acabado con todos ellos. La casa de Lancaster había quedado aniquilada, en Tewkesbury y en el tajo del verdugo, y ni siquiera se había perdonado a los heridos.

Margarita penaba mecida por el bamboleo del caballo, de camino a un destino para ella desconocido. Aunque no deseaba que los soldados la oyeran sollozar, sin querer emitía leves plañidos, como un niño que sufre algún dolor. Su hijo, su Eduardo, había muerto por la espada antes de convertirse del todo en un hombre, y todas las promesas que en él había, toda su alegría, habían desaparecido. Nunca volvería a verlo sonreír, y eso era una monstruosidad, algo tan injusto que no alcanzaba a comprenderlo. Le pareció que la habían vaciado por dentro. Ella le había entregado su juventud, su fe y su único hijo a Inglaterra, y ahora no le quedaba nada.

23

Eduardo estaba borracho, aunque trataba de disimularlo ante su hermano Ricardo. La fría claridad de los últimos días, en Barnet y Tewkesbury, solo podía recordarla como una especie de borroso prodigio. Sus apetitos se habían despertado, y era como si hubiese abierto la puerta de un horno donde antes los hubiera amontonado. A pesar de que comía y bebía hasta caer sin sentido, todos los días, el fuego seguía quemándole, siempre encendido, una desazón imposible de aplacar, una brasa ardiente que no podía apagar con vino. A Ricardo no le dijo nada de las pesadillas que lo acosaban. No habría podido soportar que su hermano se compadeciera de su debilidad. Eso no. Eduardo notó el sudor frío que le resbalaba desde las axilas, pero sonrió como si nada malo le ocurriera.

—¿Qué novedades hay, hermano? —preguntó bajando la vista hacia la sala de audiencias, atento a cada cambio de expresión o sutil variación del gesto.

—Algo terrible, majestad; una tragedia —contestó Ricardo.

Eduardo cerró los ojos un breve instante. Había pasado toda la noche en compañía de sesenta lores y sus respectivas damas, con malabaristas e ilusionistas y el relato de grandes hazañas de guerra para amenizar la velada. Su hermano no lo había acompañado.

—Hablad, Ricardo. Estamos solos —murmuró.

—Le conté al rey Enrique lo de su hijo. Sufrió una fuerte conmoción espiritual y cayó en un desvanecimiento del que me fue imposible despertarlo. Lo siento, hermano. El rey Enrique ha muerto.

—Tendré que exponer en público su cuerpo, como hice con los de Warwick y Montagu. Si no lo hago, siempre podría aparecer algún estúpido

que propagara el rumor del regreso de Lancaster. ¿Puedo...? ¿Está el cuerpo en un estado que permita verlo?

Ricardo miró con frialdad a su hermano, perfectamente consciente de lo que se le preguntaba.

—Si se lo cubre con un hábito con capucha, quizá una de cota de malla, sí. Haré que lo vistan con traje ceremonial y lo custodien adecuadamente para que nadie pueda acercarse demasiado.

—Gracias —dijo Eduardo. Trató de discernir algún rastro de culpabilidad en el duque de dieciocho años, pero solo encontró calma y seguridad en sí mismo—. Ahora decidle a vuestro hermano que pase.

No había sirvientes en aquella estancia, así que fue el propio Ricardo el que retrocedió por la sala y golpeó con el guantelete las puertas de roble. Jorge de Clarence cruzó el umbral con la puerta apenas medio abierta y entró silenciosamente. Paseó la vista de un hermano al otro y su cara reveló una expresión de recelo.

—Gracias por venir a Londres, Jorge —dijo Eduardo inclinando la cabeza hacia su hermano.

Jorge cruzó la estancia casi a la par con Ricardo. Cuando estuvo más cerca, miró también a Eduardo y advirtió el enrojecimiento y el sudor, indicio de que el rey de nuevo se había empleado a fondo con la bebida. Jorge no creía que Eduardo se diera siquiera cuenta de lo a menudo que hacía una pausa para tomar o soltar aire, con la mirada muerta. Sin embargo, aquel hermano suyo portaba una sencilla corona y se sentaba en el trono de la sala de audiencias del palacio de Westminster. Eduardo había acabado con los Neville y con la casa de Lancaster en el campo de batalla. No había hombre que pudiera criticarlo. Cuando una numerosísima tropa se había levantado en su contra, él había salido al campo y los había liquidado. Y no una vez, sino dos, o incluso tres si se contaba también Towton. No se había conocido un rey tan célebre en la batalla desde Enrique V, y la tragedia era que Eduardo hubiera consumido su juventud y su fuerza en la tarea de asegurarse el trono de Inglaterra, mientras la paz permitía florecer a Francia. En cualquier caso, Eduardo se sentaba aquel día en el trono de un país pacificado y temible.

—Os he hecho venir, Jorge, para pedir os consejo —dijo Eduardo.

Tenía los ojos enrojecidos y, ante la mirada de sus hermanos, se volvió para coger algo que no encontró. Apretó los labios irritado, mientras buscaba

por la sala a algún criado, hasta que por fin desistió y volvió a mirar a sus hermanos.

—Ricardo está considerando unirse en matrimonio a la hija de Warwick, Ann —anunció Eduardo.

Observó que los ojos de Jorge se entrecerraban llenos de suspicacia y le entraron ganas de sonreír. Otra vez alargó el brazo a un lado, en busca de una copa de vino, y los dedos se le crisparon un instante antes de recordar. Ah, sí. Habían sido órdenes suyas. Ahora era importante que estuviera lúcido. Aquella misma noche habría un gran festín, una celebración. Lord Rivers tenía algún aniversario que festejar y Eduardo había consentido en dar un banquete en Windsor. Entonces podría beber hasta la inconsciencia, tomar vino y licores que le garantizarían poder dormir sin malos sueños.

—Estuvo casada con Eduardo de Lancaster —dijo Jorge de pronto—. ¿Estáis seguro de que sigue intacta, Ricardo? Eduardo de Lancaster era un hombre muy joven, y estaba lleno de vigor.

—Esperaré lo suficiente para asegurarme de que su matriz esté vacía, por supuesto —respondió Ricardo encogiéndose de hombros—. No es cosa que os incumba.

Ricardo miró a Eduardo, y entonces a Jorge de Clarence le asaltó una creciente sensación de desastre. No había duda de que aquella mirada era el pie para que hablara su hermano, y Jorge adivinaba a qué obedecía todo el asunto. Antes de que pudiera hablar, Eduardo levantó un dedo y sus esperanzas quedaron hechas trizas.

—Ricardo fue parte esencial de mis victorias en Barnet y Tewkesbury. Además, ha prestado un gran servicio a la Corona. Es mi deseo darle una recompensa acorde a sus méritos. Cuando oí el nombre de la elegida para esta unión, en fin, supe que me ayudaríais a encontrar una... —La voz de Eduardo se desvaneció mientras agitaba los dedos en busca de la palabra.

—Recompensa, majestad —intervino Ricardo, sonriendo alegremente a Jorge.

—Sí, recompensa. El patrimonio de Warwick: una docena de castillos, cientos de casas solariegas y ciudades y pueblos y fortalezas. Algunas de las mejores tierras de Inglaterra y Gales.

—Tierras que yo heredé *jure uxoris*, dado que por derecho le corresponden a mi esposa —dijo Jorge.

Se mostraba testarudo, lo que hizo que Eduardo lo mirara con el ceño fruncido y se inclinara hacia delante, con las grandes manos surcadas de cicatrices apoyadas en las rodillas.

—No os opongáis a mí en este asunto, Jorge —murmuró Eduardo.

Su hermano no abandonaba su actitud testaruda y Eduardo pareció aumentar de tamaño al tiempo que su enrojecimiento se acentuaba. En él, la ira se manifestaba con un cambio físico, y ambos hermanos percibían la amenaza que se había deslizado subrepticamente en aquella estancia.

—Todos los títulos de Warwick quedaron abolidos, Jorge. ¿Lo habéis olvidado? Podría dárselos a vuestro hermano como posesiones de la Corona. ¿Y qué haríais entonces? ¿Acudir corriendo al Parlamento? ¿A mis lores? ¿Les diríais que vuestro hermano está actuando según las leyes de Inglaterra y que eso no os agrada?

—Hay miles de casos en disputa en los tribunales, Eduardo. ¡Yo mismo tengo unos cuarenta en litigio! Lo único que os pido es que no me arrebatéis lo que será mío cuando los tribunales hayan emitido su fallo.

—No, Jorge. Daré mi dictamen sobre este asunto ahora. Si osáis impugnar ese dictamen en los tribunales, estaréis alzándoos contra las órdenes directas de vuestro rey. No corráis ese riesgo, Jorge. La sangre os protegerá... solo hasta cierto punto. Y ahora ya os halláis en ese punto.

Eduardo se había levantado de su asiento y se alzaba amenazante sobre sus dos hermanos. Jorge, temblando de rabia, escupió una maldición, se dio media vuelta y se dirigió a la salida a tal velocidad que su capa se abombaba tras él. Enfurecido, salió por el otro extremo de la sala y cerró violentamente la puerta.

En el atónito silencio que siguió a aquella escena, Ricardo se volvió lentamente hacia su hermano, las cejas arqueadas en expresión interrogante. Eduardo se sentó de nuevo y con un gesto de la mano desechó aquella pregunta no formulada.

—Sí, tomad para vos las tierras que deseáis, Ricardo. Clarence es un loco. Tal vez con esto se acabe todo y ya no vuelva a desafiarme. Si no es así... — No fue necesario que terminara la frase.

—Eso espero —dijo Ricardo—. Es un hombre débil, pero sigue siendo nuestro hermano.

—Y tío de un nuevo sobrino, o lo será, si tiene el buen juicio de quitarse

de mi vista durante un tiempo.

—¿Está Isabel embarazada? ¿Otra vez? —preguntó Ricardo. Soltó una carcajada—. Bueno, supongo que habéis pasado mucho tiempo separados.

Eduardo negó con la cabeza, irritado.

—No, ella no me gusta, hermano. Pero con esa manera suya de incitarme... Ya tiene vómitos por las mañanas. Supongo que tengo una semilla muy potente. Con solo mirarla la dejo embarazada.

—Espero que llegue un hermano para vuestro hijo —dijo Ricardo—. A mí no me habría gustado tener solo hermanas. —Vio que Eduardo levantaba la mano para desechar esa idea o hacer algún comentario burlón, pero habló antes que él—. Lo digo en serio. Me gustaría que fuera otro niño, para que puedan tener... esto. Yo tengo amigos, Eduardo. Pero aprecio lo que vos y yo tenemos más que cualquier amistad. Para mí es importante que exista confianza entre nosotros. Sobre todo, desde que se fue nuestro padre. Sabéis que os admiro, más que a cualquier otro. Aunque bien sabe Dios que sois un hombre difícil de contentar.

—Gracias —dijo Eduardo—. Aún lo echo de menos. Camino por sus antiguas habitaciones y su autoridad ya no está allí. Todavía me cuesta creer que nos haya dejado. —Sonrió y Ricardo advirtió que tenía los ojos acuosos y brillantes. Eduardo se aclaró la garganta y sorbió por la nariz, unos gestos ruidosos con los que pareció despertarse de sus ensueños—. Pero si Jorge se enfrenta a mí en el asunto de vuestras tierras, no se lo volveré a advertir. Sea o no familia, Ricardo, yo soy el rey de Inglaterra. He visto más sangre de la que debería ver jamás cualquier hombre. Me he ganado esta paz.

Jasper Tudor se dejó caer en el acolchado cojín de la silla, como si las piernas le hubieran fallado de pronto. En las manos sostenía una hoja de vitela, muy raspada y pulida, y luego escrita en unos negros caracteres que acababan de robarle su última esperanza. Deseaba arrojar la hoja al fuego de la cocina, y con un gesto brusco se dispuso a hacerlo, pero en el último momento contuvo su mano. Enrique querría leerla. Bien sabía Dios que esto le atañía.

Como si respondiera a su pensamiento, el muchacho entró en ese instante. Llevaba en la mano un cordel en el que estaban ensartados los pequeños cuerpos de unos gorriones. Jasper le había enseñado a cazar los pajarillos y

también a preparar con ellos una empanada. No pudo reprimir una sonrisa al ver la expresión satisfecha de Enrique, aunque no por ello la mano que sujetaba el papel había dejado de temblar.

—Siéntate, Enrique —dijo en tono amable señalando la segunda silla.

La casa de campo era pequeña y solo había espacio para ellos dos. En el poco tiempo transcurrido desde su llegada, habían conseguido acomodarse bien allí, cada vez mejor. Ahora, por primera vez, Jasper se sintió asfixiado en aquella casa. Agarró por el brazo a Enrique y con un gesto de la cabeza señaló el patio exterior.

—Tengo los ojos rojos por el humo de la chimenea, Enrique. Mejor salgamos. Tengo noticias de casa.

Contempló a su sobrino mientras este dejaba en la mesa el cordel con los pájaros y varias gotitas de un rojo vivo salpicaban la pulida madera. Jasper se dio cuenta de que su mirada quedaba suspensa en ellas. Se sacudió entonces para liberarse de esa atracción y precedió a su sobrino al exterior, a la calidez de la noche.

Durante un rato, ninguno de los dos habló. Jasper se alejó de la casita a grandes zancadas, avanzó por el sendero que bordeaba el palomar y salió al campo principal, que descendía largamente hasta el valle. En la cresta de la colina había un roble sin hojas, muerto y descortezado, con la madera de un color crema viejo a causa del sol y el paso del tiempo. Jasper caminó hasta el árbol y le dio unas palmadas al suave tronco. Sacó la vitela y su sobrino la miró con recelo.

—Ojalá las cosas fueran de otro modo, Enrique, pero no podemos ir a casa. Eduardo de York ha ganado sus batallas y el rey Enrique ha emprendido el camino de la salvación, que Dios se apiade de su alma. Dicen que la causa fue el sufrimiento y la desesperación, pero yo creo simplemente que estaba condenado y había llegado al límite de sus fuerzas.

—Conmigo fue amable —dijo Enrique—. Me gustaba. ¿Está mi madre a salvo?

Jasper asintió.

—Ella dice que lo está. Te dejaré leer la carta, lo prometo. A los cazadores del rey no les preocupan las mujeres de la estirpe, solo los hombres. Puedes dar gracias por ello cuando reces esta noche tus oraciones.

Enrique asintió con ojos sombríos.

—Lo haré. Entonces, ¿va a venir aquí, con nosotros? Me... gustaría.

Jasper levantó el papel.

—No lo menciona. Si está amenazada, te doy mi palabra de que la sacaré de allí, Enrique. Como hice contigo.

Una especie de ligera tensión se aflojó en su sobrino. Jasper apreció con nuevos ojos cuán grande era la fe que el joven tenía en él. Eso le rompía el corazón. Alrededor del pelado roble, los campos eran verdes y la belleza del verano estaba escrita en la tierra. Sin embargo, Jasper se sentía frío y lúgubre en medio de aquella vida renovada, cansado de tanto dolor y tanta pena. Ya no regresaría triunfalmente a Pembroke, ni su sobrino vería Richmond y la corte. Por delante solo tenía un exilio solitario y el puñado de monedas que un rey francés le prestaba cada mes, para pagar algo de comida y vino tinto.

—Podemos tener una buena vida aquí —dijo Jasper con forzada alegría—. Nos llega un poco de dinero de París, y con el palomar ganamos algo más. Encontraré trabajo para los dos, estoy seguro. A ti te han preparado para ser caballero, Enrique. Eso tiene un valor, así que no pasarás hambre. Podemos mantener esas habilidades en buena forma y quizá, cuando seas un poco mayor, pueda encontrarte una esposa entre las hijas de los barones locales. Quién sabe, a lo mejor encontramos alguna con una buena fortuna.

Enrique ni siquiera parpadeaba mientras lo miraba y Jasper empezó a sentirse incómodo.

—Entonces, ¿no voy a volver a casa, tío? ¿Nunca? —preguntó Enrique.

—Escúchame, Enrique. Tu madre es la última hija del linaje de Juan de Gante, de la casa de Lancaster. Tú eres su único hijo y ella tiene casi treinta años. El último varón de los Lancaster está ahora delante de mí. Eres tú, Enrique. Al resto los han matado. ¿Lo entiendes? Si vuelves a casa, si apareces en Londres y tratas de llevar una vida tranquila, no apuesto ni un penique combado por tus oportunidades. Quizá el rey Eduardo se vio empujado al camino de la venganza, pero no hay duda de que cuando se le presentó la ocasión de tomarla lo hizo con creces. Han muerto ya tantos por su mano que no se detendría por uno más, no hasta que hubiese dado fin a la tarea. Lo siento, de verdad. Pero ahora debes pensar en tu vida en este lugar. Debes encontrar el modo de olvidar todo lo demás.

Enrique había observado que, mientras hablaba, Jasper tocaba el tronco y acariciaba su ondulada suavidad. Cuando se hizo de nuevo el silencio,

Enrique puso también la mano en la madera y dejó que los dedos vagaran por ella libremente. En el tronco no quedó ninguna marca, y el joven ladeó la cabeza interesado, como un pájaro.

—Esperaré, tío —dijo de pronto—. Ya esperé en Pembroke durante mucho tiempo, y entonces llegasteis vos. Si espero otra vez, quizá encontremos un camino a casa. No debéis perder la esperanza.

Jasper sintió que le escocían los ojos y se rio de su propia emoción.

—No la perderé, Enrique. Soñaré con nuestra casa, con Gales y Pembroke. —Llevado por un impulso, se dio la vuelta en medio de la larga hierba y observó el sol hasta que creyó dar con la orientación noroeste—. Está... por allí, Enrique, en este mismo momento. Bajo la lluvia, probablemente, pero sigue siendo nuestro hogar.

Margarita contempló las luces de París, cada vez más brillantes a lo largo del río. Había pasado cuatro días en el mar y estaba tranquila, aunque con el corazón destrozado, como si unos dientes de pedernal le desgarraran el pecho. Perder a su hijo le causaba tal aflicción que no era capaz de abarcarla, ni siquiera de describirla. Tal vez había sido una especie de compasión por haber perdido a Eduardo lo que había permitido su regreso a Francia. Le habían mencionado algo de una oferta, pero Margarita, hundida en una profundísima pena durante la mayor parte del tiempo, apenas había entendido nada, y hasta su propia vida había perdido todo significado para ella. Hacía semanas que no se lavaba; tenía la piel grisácea y una gruesa capa de suciedad en el pelo. Con un esfuerzo, había tratado de asearse con un cubo y un paño mientras el barco se dirigía desde mar abierto a las más tranquilas aguas del río. La vela crujía en la brisa y los miembros de la tripulación murmuraban entre sí, pero ella seguía tan fría como las cenizas. Levantó la vista de sus mantones y bolsas cuando el barco tocó los muelles. Había oscurecido y varios soldados esperaban allí, con las antorchas en alto agitadas por el viento. Observó que el rey Luis había ido a esperarla y sintió que dentro de ella aún quedaban lágrimas, por más que creyera haberlas agotado. Esperó con una pesada bolsa en cada mano mientras tendían la pequeña pasarela, la atravesó y dejó sus pertenencias en el muelle. Luis se acercó a ella y la tomó de las manos, mirándola con ojos llenos de tristeza.

—Ah, *madame*, era un magnífico muchacho, y un valiente. Pedí que me

lo enviaran aquí para poder enterrarlo, pero se negaron. Lo lamento de veras. Y lo de vuestro esposo. Es una tragedia. Verdaderamente, merecíais mejor suerte, Margarita. Ahora estáis a salvo y nunca más tendréis que marcharos.

La besó en ambas mejillas y Margarita se apretó una mano contra la boca y asintió, incapaz de hablar mientras el rey se la llevaba de allí. Aunque fueron otros los que recogieron sus bolsas, ella seguía con los hombros hundidos, y toda su belleza se había desvanecido. Nadie que la hubiera visto en aquel momento habría reconocido a la niña que cruzó a Inglaterra llena de anticipada alegría, con William de la Pole a su lado y la primera imagen de Inglaterra todavía por descubrir.

SEGUNDA PARTE



Navidad de 1482
Once años después de Tewkesbury

«Uniremos la rosa blanca con la rosa roja.»
>WILLIAM SHAKESPEARE,

Ricardo III

24

Eduardo sabía que bebía más cuando se ponía sentimental. Cierta vez había oído a un arquero referirse a las «cuerdas del arco de un hombre», es decir, las hebras que lo componían y le hacían ser quien era. Eduardo compartía al menos una de aquellas hebras con cierto tipo de norteño proclive a la melancolía. Las más lúgubres disposiciones de ánimo le hacían recurrir a la jarra, y la jarra las empeoraba. Las penas no se ahogaban. Nadaban.

La música no le decía nada. Los bailarines danzaban junto a su mesa y él los observaba, sin verlos. Sentado sobre una tarima elevada, en una silla de roble y terciopelo con el respaldo alto, Eduardo apoyaba la barbilla en una mano. A su lado tenía una jarra de un licor claro, y un criado permanecía tras él para juzgar en qué momento convenía rellenarle la copa. Ambos habían perdido la cuenta de las veces que el recipiente se había vaciado.

Las celebraciones navideñas en Westminster constituían una fiesta de luces y música, de dádivas a los pobres y mesas de banquete dispuestas para cientos de comensales. A la luz de las velas, la multitud se entretenía con *troupes* de músicos, ilusionistas, lanzadores de cuchillos y una pareja de acróbatas vestidos con pieles moteadas y cuya propia piel parecía estar hecha de noche. La velada había comenzado bien y el ambiente era cada vez más ruidoso a medida que corría la bebida.

Los más mayores ya se habían retirado y la noche se consumía y entraba en la madrugada. El sol volvería a salir; solo su reaparición pondría fin a los festejos, y entonces todas las cicatrices, los arañazos y las raspaduras se revelarían una vez más. Las velas les daban a todos un aspecto favorecedor, mientras los tambores redoblaban y las gaitas tocaban otra danza escocesa.

Eduardo vio que tres de sus hijas bailaban juntas, cuando hacía horas que deberían haberse acostado. La mayor, Isabel, con su cuello de cisne y el pelo

rojo, se movía con porte erguido y elegante. El hecho de verla feliz era capaz de deshacer la tristeza de Eduardo como ninguna otra cosa en el mundo. Contemplar cómo se unía a los demás y pedía a los músicos determinada danza era algo que le arrancaba una gran sonrisa a su borracho padre.

Su hermana María, una joven ingobernable de quince años, había muerto ese mismo año. Las niñas habían llorado lastimosamente al enterarse de su muerte, llanto que se había prolongado durante varias semanas. Los agudos sonidos que emitían sus hijas solo habían conseguido crispar a Eduardo. A su propio hermano lo habían matado a los diecisiete años. La muerte formaba parte de la vida, y así se lo había dicho a las niñas. Su esposa le había llamado desalmado.

Él había visto más muertes de las que ella vería jamás, pensó Eduardo con ánimo fúnebre. Y muchas habían llegado a este mundo por su causa, muertes que no habrían ocurrido si él no las hubiese provocado. Así que tal vez era justo que también llegasen para sus propios hijos. Y bien sabía Dios que tenía hijos más que de sobra, incluidos los de sus amantes. A veces pensaba que solo había ganado el trono para tener con qué proveer a toda su progenie y parentela.

La joven Isabel ya debería haberse casado, desde luego. El rey francés había incumplido lo pactado aduciendo que su hijo estaba enfermo. Eduardo hundió un poco más la cabeza al recordar su única campaña en Francia. Había desembarcado en Calais y, ¡vive Dios!, si Carlos de Borgoña lo hubiese respaldado adecuadamente desde el principio, aún estarían gobernando Francia juntos. Ricardo lo había descrito bien: de *téméraire* no tenía nada, al menos cuando de verdad importaba. Pobrediable. Y llamaban a Luis «la araña», recordó Eduardo, o un mote parecido. Pues bien, en solo doce años, ese hombre había unificado Francia y recuperado todas las tierras de Borgoña.

Al pensarlo, sintió que se le agriaba el genio, y ese malhumor no hacía sino empeorar al tener delante a tantos hombres y mujeres jóvenes que reían y cantaban y bailaban juntos, sin ninguna preocupación. En tales ocasiones, debía refrenar el deseo de levantarse y despedirlos a todos, para recordarles a quién le debían la vida y el sustento. De eso nunca se acordaban. Todos seguían con su vida y, cuando lo miraban, en sus ojos solo había desdén o resentimiento.

Percibió la chispa de un nuevo amor o de algo más pícaro entre las

jóvenes damas de la corte y sus admiradores, que se hacían mutuas reverencias y se tomaban de la mano para bailar. Coqueteaban y se pavoneaban, y Eduardo, observándolos a todos, levantó su copa de cristal azul pálido, soplado en espirales para representar el mar. Las copas de cristal habían sido traídas por barco, caja a caja, después de haberlas encargado para la celebración de aquella noche. Cada uno de los invitados se llevaría una a casa para guardarla como recuerdo. Ese era el típico detalle dispendioso que Eduardo le solía pedir a su senescal, detalle sufragado por unas arcas donde la plata fluía como el agua.

Al volver a casa, todos sabrían que un festín real no es como cualquier otra celebración. Aquí las mesas rebosaban de jamones y aves y cualquier cosa que volara o nadara o pastara. Y, aun así, aquella gente no se mostraba agradecida. Hacían reverencias y le besaban la mano, pero Eduardo sabía que en cuanto miraba a otro lado ya se habían olvidado de él.

Vació la copa de un gran trago, la dejó en la mesa y, tras eructar, hizo una mueca de desagrado al sentir que algo ácido le subía desde el estómago. Se jactaba orgullosamente de que nunca bebía agua, líquido que consideraba un veneno. El agua podía desbaratarle el cuerpo, podía contener alguna ponzoña que lo desterrara a la letrina real, y entonces se vería obligado a quedarse allí, gimiendo todo el día. Ya le había ocurrido demasiadas veces, y había aprendido a maldecir el agua tomada durante la comida. El vino y la cerveza suave no parecían causarle tales efectos, aunque ya no lo emborrachaban. Para eso, debía recurrir al whisky de grano o, como esa noche, al armañac francés.

Sus hijas pasaron de nuevo ante él, riendo y chillando mientras serpenteaban entre los danzantes. Isabel, con su cabello pelirrojo recogido a la espalda en una trenza. Dios, cuánto la quería, más de lo que nunca hubiera esperado. Y aún más desde que habían tenido que enterrar a María, que tenía aquellos cabellos de oro mil veces cepillados, tan lustrosos en la muerte como lo habían sido en vida. Eduardo sintió un escozor en los ojos al contemplar a la multitud. Los bailarines, que parecían percibir su ánimo sombrío, se alejaron un poco más de él, como gansos que se apartaran al paso del granjero.

Los hijos de Eduardo solo podían esperar un trato áspero por su parte, y eso si les hacía algún caso. No era capaz de relacionarse con ellos de forma

natural, y siempre se mostraba demasiado autoritario o demasiado torpe. El príncipe Eduardo seguía siendo excesivamente flaco a sus doce años, en opinión de su padre. El muchacho era más alto que los hijos de otros, pero huesudo y con brazos como palillos. Se preguntaba qué le daba de comer lord Rivers, allá en la frontera, pero, desde luego, al príncipe no le aprovechaban aquellas viandas.

No podía negarse que el príncipe Eduardo hacía todo lo que se le decía, ya fuera aprender a declinar, a ejercitarse con la espada o a dominar a un caballo de batalla adiestrado. Sin embargo, no parecía tener ningún ansia por triunfar, por sobresalir de algún modo que su padre pudiera entender. Eduardo buscaba ese espíritu en sus dos hijos y solo encontraba unos muchachos demasiado dóciles. No deseaba quebrar su voluntad sometiéndolos a una dureza excesiva, pero no podía obviar el hecho de que él, a los doce años, ya era un muchachote rudo y pendenciero. Recordaba haber apostado por sí mismo en las amistosas peleas contra los hombres de la guarnición de Calais. Habían sido combates brutales y con pocas reglas. Aunque había perdido contra los soldados profesionales, lo habían animado a luchar contra los estibadores y mercaderes franceses. Y había conseguido sorprender a uno o dos de ellos y ganar suficiente para emborracharse a conciencia por primera vez. Sacudió la cabeza al pensar en ello, sumido en los vapores del alcohol y del recuerdo. Las personas de aquellos salones no sabían nada de este tipo de cosas. Se comían la comida que él les daba y se bebían su cerveza y vivían vidas llenas de blandura y comodidades.

Eduardo levantó bruscamente las manos y se miró los gruesos dedos. Dos de ellos estaban engarfiados por antiguas roturas. Las palmas eran como gruesas losas llenas de callos. En la mano izquierda tenía un nudillo hundido a causa de algún puñetazo que ya no recordaba, y ahora la superficie estaba lisa en ese punto. Eran manos de guerrero, manos que le dolían casi cada día, hasta tal punto que no creía que el dolor fuera a desaparecer jamás. Cerró el puño derecho y oyó un tintineo cuando el criado le rellenó la copa de cristal azul. Eduardo suspiró, cogió la copa y, reclinándose hacia atrás, la levantó a la altura de los ojos, de modo que los bailarines aparecieron envueltos en un color marino.

En ese momento sintió una presión tan intensa y repentina que se asustó, aunque desapareció tan inopinadamente como había llegado. Cerró entonces

un ojo al sentir una fuerte molestia, más parecida a una sensación de caída que a un verdadero dolor de cabeza. De nuevo llegó y se fue con tanta rapidez que ni siquiera estaba seguro de haberla sentido, si bien había conseguido inquietarle. Dejó la copa en la pequeña mesa que tenía al lado y frunció el ceño al notar que los dedos le temblaban.

No sabía si había sido un buen rey. Ante todo, había sido un buen hijo. Había vengado a su padre, lo que podía no importar nada o importar mucho. Se sonrió al pensar en esa vieja frase que había llegado a apreciar: no significar nada o significarlo todo.

Y había sido también un buen hermano, aunque más con Ricardo que con Jorge de Clarence. Durante demasiado tiempo, el pobre Jorge había albergado un estúpido rencor o un sentimiento de agravio, como si el reino le debiera algo, como si tuviera un derecho especial en sus reivindicaciones al rey Eduardo. Jorge había llegado a enviar a algunos idiotas al Parlamento para quejarse de que se le había dado un trato injusto e ilegal. Eduardo le había hecho una advertencia, la última. No iba a permitir que su hermano lo humillase en público.

—Daos por advertido —le había dicho Eduardo, pero Jorge no había comprendido. La fuente y raíz de la ley estaba en el campo de batalla. El resto eran bellos sueños para los años de entreguerras, demasiado bonitos, quizá, para una época de conflictos y venganzas sangrientas.

Eduardo le había dado a Clarence la oportunidad de dejar la corte, de salir de Londres y vivir tranquilo en sus tierras junto a su mujer y sus hijos. Tal vez la muerte de su esposa lo hubiera vuelto loco, como decían algunos. Jorge había acusado a casi todo el mundo, incluidas las criadas. Al final, había sido como sacrificar a un perro rabioso: un acto más compasivo que cruel. Eso había afirmado Ricardo.

Al menos, habían dejado a Jorge de Clarence intacto, un cuerpo sin tajos al que poder dar cristiana sepultura. Los hombres de Ricardo lo habían ahogado en una cuba de vino de Madeira y todo había sido bastante rápido. En última instancia, Jorge de Clarence se había convertido en su propio verdugo, con independencia de quien lo hubiera arrojado allí. El pobre diablo era incapaz de hallar paz.

Eduardo volvió a sentir una extraña presión y se agarró al brazo de su asiento. Pero, aunque trataba de sujetarse con fuerza, no parecía capaz de

hacerlo, porque la mano derecha acabó resbalando y cerrándose sobre sí misma. ¿Qué demonios le pasaba? Ni siquiera había bebido tanto como la noche anterior. No debería haberse quedado recostado, farfullando palabras mientras el vómito le subía por la garganta. Dios mío, mejor sería que se levantara antes de vomitar. Ya hacía mucho desde la última vez que había bebido tanto como para caerse. Los músculos se le acalabraban y hubo de apoyarse en el respaldo, con la cara hacia el techo y los ojos cerrados.

En Escocia, uno de los hijos del anterior rey había asumido el poder mientras su hermano, Alejandro de Albany, se levantaba contra él, como Caín y Abel. Este hermano menor había llevado una docena de botellas de un licor exquisito a Londres y, tras comprobar que no estaba envenenado, Eduardo y Ricardo habían bebido con él copa tras copa durante tres días seguidos hasta acabárselo. Nunca antes ni después se habían sentido más enfermos. En su borrachera, le habían prometido apoyarlo. Eduardo se sintió orgulloso de Ricardo al recordar aquellos días. Aquel Alejandro duque de Albany, hermano del rey de Escocia, le había gustado como compañero de copas, pero no estando sobrio, o no tanto. El escocés había prometido rendir vasallaje a Inglaterra si le ayudaban a hacerse con el trono. Eduardo le había estrechado la mano y, solemnemente, le había dado su palabra.

Ricardo había tomado Edimburgo, recordaba Eduardo. ¡Dios! Y habían dicho que nunca lo lograría, pero él lo había conseguido. Había hecho prisionero al rey escocés y había esperado la llegada de Albany.

A Eduardo se le crispó la mano, aunque él creyó moverla como desechando un mal recuerdo. Por supuesto, aquel tipo los había decepcionado; era demasiado blando para hacer lo que debía hacerse. Ricardo había liberado al rey para que este consumara su propia venganza y después había regresado al sur junto con su ejército. Había dejado una guarnición en Berwick y al menos aquella plaza seguiría siendo inglesa. Un justo pago, teniendo en cuenta el coste invertido. Eduardo deseó entonces que Jorge de Clarence hubiera estado vivo, pues así habría podido ponerle Berwick-upon-Tweed como ejemplo, una ciudad que había sido inglesa y escocesa y que de nuevo pertenecía a Inglaterra. Porque ¿qué daba derecho a algo así si no era la fuerza de llevarlo a cabo? ¿Dónde debería haber hallado su hermano su nobleza, su moral, sino en las espadas de hombres duros y crueles dispuestos a luchar para conseguir tales cosas?

El rey estaba reclinado sobre uno de los lados de la silla. Tras él, su sirviente se agitó nervioso al advertir que dos de las patas de roble se separaban un par de centímetros del suelo. La silla era pesada, pero también lo era el hombre que la ocupaba, aunque no llevara armadura. Eduardo iba ataviado con calzas, una túnica y un jubón de terciopelo dorado y seda blanca. El conjunto era una brillante creación que costaba tanto dinero como el que la mayoría de sus caballeros vería en un año. Y, casi con toda seguridad, Eduardo no se la pondría más de una vez, pese a lo cual se enfadaría si la encontraba manchada cuando se levantara al día siguiente.

El criado trató discretamente de apoyar su peso en el brazo de la silla, para evitar que su señor cayera delante de cientos de personas. El rey no recordaría esa pequeña gentileza, pero él la llevó a cabo de todos modos.

Al acercarse, el joven vio que el rey no había vaciado su armañac. Lo desacostumbrado de la imagen hizo que parpadeara sorprendido e indeciso.

—¿Es bueno este armañac o quizá su majestad prefiere vino o cerveza? —preguntó esperando una reprimenda.

Eduardo no contestó y el joven se inclinó más hacia él y lo miró más de frente.

—¿Majestad? —preguntó.

Y entonces se quedó inmóvil al ver la cara del rey, roja y deformada por una apoplejía, la carne cayendo flácida a un lado, con la boca abierta y colgante emitiendo unos extraños sonidos de asfixia. La música continuaba sonando y nadie parecía haberse dado cuenta. Uno de los ojos de Eduardo se había cerrado, mientras que el otro giraba y delataba el espanto de su dueño, incapaz de comprender qué ocurría y por qué su criado lo observaba y articulaba palabras inaudibles. Eduardo dio entonces una gran sacudida y una fuerte patada, con lo cual su sirviente salió despedido, la silla cayó y el rey quedó despatarrado en la tarima de madera, lanzando un fuerte gemido que parecía no tener fin.

Eduardo se incorporó en la cama, las piernas bajo un enorme cubrecama púrpura y dorado. La cara volvía a tener su forma normal, aunque el brazo derecho no tenía más fuerza que el de un niño, lo que le causaba una gran angustia. Si hubiera perdido el izquierdo, lo habría sobrellevado mucho mejor, pero el brazo derecho le había abierto camino en las mayores pruebas

de su vida, y le exasperaba verlo retorcido y flojo. Según los doctores reales, había esperanza de que el brazo recuperara algo de movimiento. Uno de ellos no estaba de acuerdo y había propuesto cortarlo limpiamente. A este último se le había dispensado de sus servicios.

El rey descansaba en sus aposentos reales de Westminster, en la misma cama en la que una vez había visitado a Enrique de Lancaster. Pese a los pronósticos, Eduardo dedicaba un rato todas las mañanas a abrir y cerrar el puño derecho. Le parecía que mejoraba, que cada vez podía mantenerlo más tiempo cerrado. No se lo había dicho a los médicos, todavía no. Quería que esos escépticos malnacidos lo vieran de nuevo empuñar la espada.

—Muy bien, ya estoy listo —gritó Eduardo al camarero mayor de los aposentos reales. El hombre hizo una marcada reverencia y salió de la estancia para llamar a la visita. Eduardo se quejaba de que Alfred Noyes lo agobiaba con sus cuidados, pero en secreto lo aliviaba que su sirviente matraqueara e incordiará a quienes venían a visitar al rey. Desde su colapso, Eduardo se fatigaba con facilidad, aunque no le gustara admitirlo.

Su rostro se iluminó al ver a su hermano.

—¡Ricardo! Pero ¿por qué Alfred os ha hecho esperar afuera, con los demás? Aquí sois siempre bienvenido, no hace falta decirlo.

Ricardo sonrió ante los aspavientos de su hermano, que negaba exageradamente con la cabeza para reprender a su criado. En ocasiones, entendía a Eduardo mejor de lo que este creía. Había cosas que nunca cambiarían.

—Me alegra veros tan fuerte, Eduardo —dijo—. Vuestras doncellas han dicho que anoche os caísteis otra vez.

En el rostro de Eduardo apareció un fognazo de malhumor.

—¡Vaya, pues deberían tener algo mejor que hacer que ir propagando cuentos! ¿Cuáles de ellas han estado dándole al pico?

—No voy a decíroslo, hermano —contestó Ricardo con expresión burlesca—. Se preocupan por vos, eso es todo.

En ese momento, Ricardo tomó conciencia de que su hermano no podía obligarlo a hablar. Su amistad había cambiado y ahora estaba desarrollando una nueva pauta. Creyó ver la misma súbita percepción en Eduardo, pero fue algo que apareció y desapareció de inmediato.

—Me caí porque tengo poco equilibrio, nada más —dijo Eduardo—. Y

no puedo hacer nada para mejorarlo.

—¿No podéis manteneros en pie? —dijo Ricardo.

La cara de su hermano se oscureció.

—No. Ya estoy cayéndome antes incluso de darme cuenta. Tengo el cuerpo negro con tanta magulladura. Si pudiera agarrarme a algo, lo haría, creedme.

—¿Y no estáis bebiendo? Los doctores han dicho que vuestro voraz apetito no ayuda demasiado, porque os empeora la gota e inflama el hígado.

—Bah, he sido un buen muchacho. No temáis por mí.

Eduardo habló con tono irritado y luego se ablandó. Ricardo había ido a verlo casi cada día durante tres meses. Ni siquiera su esposa y sus hijos lo habían visitado tan a menudo, aunque debía admitir que a veces lo exasperaban y les gritaba, lo que quizá influyera en el número de visitas.

Ricardo y él se conocían desde antes de la corte, desde antes de su esposa y de que aquella numerosísima camada de niños llegara al mundo. En ocasiones, Eduardo pensaba que solo Ricardo era capaz de mirarlo y verlo de verdad. Y eso no siempre resultaba agradable.

—Ricardo, he sellado algunos nuevos documentos y los he remitido al Parlamento. Ahí, en la bolsa, hay una copia para vos. Por si acaso me muero.

Su hermano emitió un bufido.

—¿Cuántos años tenéis? ¿Cuarenta? Hombres más viejos se han recuperado de apoplejías como la vuestra, hermano. Bien es verdad que habéis echado algunas carnes...

—Sí, algunas... —admitió Eduardo.

—Y que os bebéis ese horrendo armañac como si fuera agua. ¿Cuánto bebéis? ¿Una botella al día? ¿Dos?

—Para mí es como la leche materna —repuso Eduardo—. No podría privarme del brandi.

Ricardo se rio de la actitud rígida y dolida de su hermano.

—Eduardo, os vi recobrar el reino cuando yo tenía ocho años. Partí al exilio con vos, cuando no teníamos nada. He luchado a vuestro lado y os he visto triunfar sobre todos vuestros enemigos. He confiado en vos... y sigo confiando. —Al ver que Eduardo iba a interrumpirle, levantó la mano y se sentó al borde de la cama—. Para mí habéis sido un hermano mayor y un

segundo padre, ya lo sabéis. Y yo siempre estoy de vuestro lado. ¡Dios mío, si aún no sabéis eso a estas alturas...! ¿Acaso no me embarqué en aquella demencial aventura de Escocia? «¡Id al norte, Ricardo! Poned a mi hombre, a Albany, en el trono y ganaremos Escocia para nosotros.» ¡Y allí me fui! Y eso que sabía que era una locura. —Ricardo se rio entre dientes y los ojos se le iluminaron—. Por Dios santo, haré cualquier cosa que deseéis, Eduardo, porque sois vos quien la pide. ¿Lo entendéis? Y me niego a hablar de vuestra muerte, eso es todo.

Eduardo alargó la mano izquierda y estrechó desmañadamente los dedos de su hermano. La acción les recordó a ambos cuán mermado estaba el rey, y Eduardo, al volver a hablar, evitó mirar a Ricardo.

—Aun así, hay cosas que debo deciros. No, escuchadme. Los documentos os nombran lord protector. Es un cargo que ya ejerció nuestro padre hace muchos años, cuando Enrique cayó enfermo por primera vez. Os otorga la autoridad que precisaréis para imponeros a los deseos de otros. Os hace rey en todo, excepto en el nombre, y lo necesitaréis para mantener a mi hijo Eduardo a salvo. —Eduardo levantó la mano para atajar cualquier posible objeción—. Si muero, haceos regente suyo hasta que tenga edad para gobernar. Quisiera... Espero que podáis mostraros amable con él. No ha sufrido como nosotros, hermano. Quizá por eso es tan cándido. Lo envié con lord Rivers para que se hiciera un hombre, pero no ha funcionado.

—Esto es una locura, pero sí, de acuerdo —respondió Ricardo—. Guiaré a vuestro hijo si ocurriera lo peor. Tenéis mi palabra. ¿Estáis satisfecho? Pero veo que os tiembla la mano. ¿Creéis que podéis dormir un poco? ¿Me retiro entonces? Vuestra esposa está fuera, esperando a que yo salga.

Eduardo giró la cabeza sobre la almohada y ondeó una mano en el aire.

—Viene cuando necesita algo más de mí, cualquier fruslería o puesto o título, algún trozo de tierra que ponga fin a una disputa y haga feliz a alguno de sus primos. A veces pienso... No importa. Estoy cansado, Ricardo. Y os agradezco que vengáis todos los días. Si no fuera por vos, me parece que solo hablaría con mujeres. Me fatigan con su cháchara. Vos sabéis cuándo estar callado.

—Y cuándo marcharme —murmuró Ricardo.

Observó que los ojos de su hermano se iban cerrando y se puso en pie lentamente. Tal vez podría decirle a la esposa de Eduardo que esperara hasta

la mañana siguiente, aunque era una mujer difícil de despachar. Siempre lo había sido.

Ricardo salió de allí de buen humor y se retiró a sus habitaciones del castillo de Baynard, a orillas del Támesis. Su mujer, Ann Neville, lo despertó al día siguiente, a la pálida luz del alba. Todavía adormilado, la miró confuso mientras ella se inclinaba hacia él y le cogía la mano.

—Lo siento muchísimo, Ricardo. Vuestro hermano ha muerto.

25

Soplaba un viento frío, cuajado de diminutos fragmentos de hielo que repiqueteaban contra las armaduras. Los jinetes no llevaban estandartes, como habrían hecho de haberse encaminado a la batalla. De aquella docena de hombres que acompañaban al conde de Rivers y a la persona a su cargo, tres vestían la librea del conde, y los otros nueve habían salido de Londres junto con el príncipe. El muchacho solo tenía doce años, pero era alto y esbelto, un junco entre robles en medio de aquel camino. Se habían enterado de la muerte de su padre hacía apenas un día y la expresión de todos todavía delataba el impacto de la noticia. Nadie había esperado que aquel árbol cayera. Como primogénito y heredero, Eduardo se había convertido en rey en aquel mismo momento. Con el tiempo, se vería rodeado del boato y los hombres que correspondían a su ascenso en estatus. Pero, por el momento, parecía que nada hubiera cambiado, y simplemente regresaba con premura a Londres. No sería coronado hasta no hallarse delante del arzobispo de Canterbury y de todos sus lores.

Eduardo había llorado la noche anterior, hasta que el conde de Rivers, llevándoselo aparte, le había hablado muy seriamente. Su padre no estaba aún bajo tierra y, si su sombra todavía andaba sobrevolando por ahí cerca, desde luego no querría ver lloriqueos. Consolar a un niño no era exactamente el fuerte de Rivers, pero sus palabras surtieron efecto. Eduardo se había enjugado las lágrimas y, a partir de ese momento, había adoptado una expresión impávida para evitar avergonzar la memoria de su padre.

El príncipe había pasado algo más de un año en el castillo de Ludlow, sin contar las Navidades previas, en las que se había encontrado con sus hermanas y había asistido a la caída de su padre, a causa del fuerte paroxismo sufrido. Por supuesto, ya había visto borracho al rey en otras ocasiones,

llorando o cantando, antes de que en cualquier lugar lo venciera un sopor de gran oso y allí mismo empezara a roncar. El joven Eduardo no había pensado que aquello fuera el principio de una decadencia, que su gigantesco padre no habría de levantarse otra vez para reírse del temor de todos. Resultaba imposible que un hombre así no estuviera ya allí, aunque solo fuera para burlarse de sus bracitos enclenques y decirle que se ejercitara más a menudo con los postes para mejorar con la espada.

Eduardo sacudió bruscamente la cabeza, como si una mosca se hubiera posado en ella. No podía permitirse llorar, el conde de Rivers lo había dejado bien claro. Desde ese momento, los hombres no lo observarían para comprobar si se convertía en un hombre, sino para constatar si su voluntad era lo suficientemente fuerte como para ser rey. Se trataba de un juicio completamente diferente, y Eduardo solo podía mirar atrás e intentar disimular el miedo que le causaba el escrutinio de los otros.

—Jinetes, algo más adelante —dijo de pronto uno de los hombres de su tío.

Las palabras de alerta provocaron que variara la disposición del grupo. Dos de los hombres se adelantaron y desenvainaron la espada, mientras el resto adoptaba una formación de diamante en torno a Eduardo, tan pegados a él que una flecha tendría que herirlos a ellos antes de alcanzar al muchacho. El príncipe podía oler el sudor de los hombres y el aceite de las armaduras, y el temor que ya sentía se acentuó cuando fueron reduciendo la marcha hasta pasar del trote al paso y, por fin, detenerse en el camino. Eduardo echó un vistazo entre los de delante y siguió con la mirada a lord Rivers, quien chasqueando la lengua hizo avanzar un poco más a su gran caballo de batalla.

Más allá de su pequeño grupo, una fila de jinetes bloqueaba el camino. También llevaban armadura, en tonos verde oscuro o negro; no era fácil precisarlo en la cada vez más escasa luz. Solo uno sostenía una antorcha en alto, mientras que el resto se difuminaban en una borrosa oscuridad. Eduardo, estirándose hacia un lado para evitar la mole de uno de sus guardias, vio cómo lord Rivers se acercaba a dos hombres que se habían adelantado para salir a su encuentro.

—Despejad el camino —ordenó Rivers con voz alta y clara.

Eduardo observó que su tío había sacado una maza de asta larga de la argolla de la silla. La volteó en el aire y el arma giró con un zumbido.

Aunque no se trataba de una mera bravuconada, tampoco consiguió amedrentar a los dos caballeros. Uno de ellos hizo ademán de coger la maza y falló por poco. El otro señaló hacia el joven Eduardo y Rivers se inclinó hacia él y vociferó enfadado. Aquello dio inicio a una violenta discusión y Eduardo profirió un grito de horror al ver que uno de los caballeros lanzaba su montura contra la pierna de Rivers y esta quedaba atrapada. La maza resultaba más eficaz a cierta distancia, y Rivers se había hecho viejo y lento sin ser consciente de ello. Con la cabeza de hierro de la maza, asestó en la hombrera de su contendiente un golpe que resonó con estrépito, pero el joven caballero no pareció inmutarse. Entonces, la cabeza del conde de Rivers se vio sacudida hacia atrás por un golpe curvo, y luego por otro más. La sangre salpicó y los ojos del aturdido conde quedaron en blanco. Mientras Rivers caía, todos desenvainaron las espadas, no solo los dos caballeros adelantados, sino también quienes estaban tras ellos. Aquel sonido chirriante reveló de manera inequívoca cuántos hombres esperaban más allá de la luz de la antorcha.

El capitán de la guardia de Eduardo se giró sobre la silla y se inclinó tanto como pudo hacia el príncipe.

—Desmontad, muchacho. Rápido. Corred y meteos entre los árboles y los helechos que bordean el camino. Es posible que ni siquiera os vean marcharos. Vamos. Nosotros lucharemos para retenerlos.

Eduardo miraba fijamente, con ojos como platos, incapaz de moverse, mientras las líneas de los otros se acercaban y llenaban el camino. Si había existido alguna posibilidad de escapar, ahora se había esfumado.

—No peleéis, sir Derby, os lo ruego —dijo—. No deseo veros muerto.

El caballero hizo una mueca de desagrado, pero en ese momento ya estaba rodeado. Muy a su pesar, inclinó la cabeza y le tendió la espada a uno de los caballeros de oscura armadura, cosa que hizo por la parte de la empuñadura, en señal de rendición. A un gesto de Derby, el resto desmontó, mostrando un grado variable de frustración o consternación. Entregaron las armas a quienes esperaban para recogerlas y, junto con su capitán, se apartaron a un lado del camino.

Ricardo de Gloucester se adelantó entonces desde la segunda fila de hombres. A diferencia de los demás, vestía una pulida armadura que relucía como la plata y le daba un aspecto magnífico. No llevaba casco, y, al

contemplar la delgada figura de su sobrino, suspiró satisfecho.

—Alteza, es un gran alivio haber llegado a tiempo. Doy gracias a Dios.

—No entiendo, tío —respondió Eduardo.

Ricardo hizo un gesto a los caballeros que habían salido de Ludlow junto con el príncipe. Su mirada se detuvo en el conde de Rivers, al que arrastraron hasta la zanja en la que se hallaban. El tío de Eduardo estaba aún inconsciente, aunque se movía.

—Eduardo, algunos de estos hombres tenían orden de no dejaros alcanzar Londres con vida. Doy gracias a los santos por no haber llegado demasiado tarde para salvaros.

No fueron palabras pronunciadas pacíficamente, y los caballeros aludidos respondieron con expresiones de ira e incredulidad. Gesticularon y gritaron hasta que se vieron rodeados por un número mayor de caballeros que empuñaban espadas y hachas. Entonces callaron, conscientes de la amenaza. Uno o dos de ellos no se habían movido en absoluto, al comprender que lo que habían oído era su sentencia de muerte.

En medio del alboroto, el conde de Rivers se había incorporado sobre una rodilla y luego se había puesto en pie. Seguía algo tembloroso, pero, como hombre que había luchado toda su vida en los torneos, estaba acostumbrado a recuperarse de un golpe.

—¿Qué significa esto? —gritó Rivers—. ¿Gloucester? ¿Sois vos, Ricardo? Dejadme pasar, milord. Conduzco al príncipe a Londres, para su coronación. Ah, demonios, parece que me hayan medio machacado los sesos y no sé qué me digo. ¡Soy la escolta del rey! ¡Del rey Eduardo! Apartaos de nuestro camino y no volveré a mencionar este disparate.

El conde parecía desconfiar mientras hablaba y, al oír que Ricardo chasqueaba la lengua en señal de desaprobación, entornó aún más los ojos.

—Milord, es inútil que sigáis —dijo Ricardo reprobatoriamente—. Vuestro plan se ha descubierto. Vuestros compinches os han delatado y han revelado la conspiración para asesinar vilmente a mi sobrino.

—Malnacido mentiroso —dijo Rivers con toda claridad.

Ricardo negó con la cabeza en actitud triste.

—Debo proteger al hijo de mi hermano, milord. Se os conducirá a un lugar de ejecución, para que sirva de advertencia a todos aquellos que piensen en conspirar contra la estirpe real.

—¿Cómo os atrevéis, Gloucester? ¿Ni siquiera habrá un juicio? ¿No tengo derecho a hablar ante mis iguales, a saber de qué se me acusa? ¿Por qué deberían creeros a vos, Ricardo Plantagenet?

—¡Vivimos tiempos oscuros, lord Rivers! Días oscuros. He descubierto esta conspiración cruel a tiempo, o eso espero. Debo actuar con la mayor prontitud para salvaguardar al legítimo rey de Inglaterra, al hijo de mi hermano, y conseguir que sea coronado. —Tendió la mano al muchacho de doce años, quien contemplaba aquella conversación absolutamente confuso y horrorizado—. Venid, muchacho —le dijo Ricardo en tono gentil—. Os mantendré a salvo.

Cuando era muy joven, en las tierras de su padre, Isabel Woodville conocía una cavidad secreta. Había allí una charca profunda rodeada de paredes musgosas por todas partes. Durante los veranos, uno de sus pasatiempos favoritos había sido recorrer varios kilómetros por los páramos de Northampton, acompañada por sus hermanos y hermanas, toda una tropa rebosante de alegría. Corrían hasta estar acalorados y sudorosos y, después, sin ni siquiera detenerse, se acercaban al borde y se lanzaban al agua verde. El resto de la tarde lo pasaban secando la ropa sobre piedras planas o criticando al más pequeño, que había entrado en el agua con el cesto de la comida y la había echado a perder. Isabel recordaba aquellos días y todo se le confundía en un solo recuerdo, pero de lo que sí se acordaba casi a la perfección era de las sensaciones, de la carrera hasta el borde, de la caída y del miedo.

El estómago se le encogió de esa misma forma en cuanto supo lo que Ricardo de Gloucester había hecho. El mensajero había acudido por iniciativa propia. Se trataba de un joven que simplemente se había enterado de algo que a ella podría interesarle, por lo que había corrido a Londres para comunicarle la noticia. Isabel le había dado dos ángeles de oro, dos monedas con la cara de su marido estampada en el metal. El joven, absolutamente encantado, se había tropezado al intentar inclinarse y retroceder al mismo tiempo.

Isabel permanecía ahora sentada, mirando la ciudad de Londres desde sus aposentos reales en Westminster. Su marido estaba expuesto en Windsor, ataviado por última vez con armadura y vestiduras blancas. Ella había estado allí para rezar junto a su cuerpo y besarlo en la fría mejilla. Lo había tomado

de las manos, aunque lo mismo podrían haber sido de cera, sin la calidez de la sangre corriendo por ellas. Eduardo, una vez desaparecida en él toda chispa vital, parecía más pequeño que en vida. Con todo, la juventud y las esperanzas de Isabel se habían sustentado en tan gran medida en aquel hombre que le rompía el corazón verlo de aquella manera. Él ya nunca envejecería.

Se tocó un guardapelo que llevaba colgado al cuello. Aquel broche dorado encerraba un mechón del cabello de Eduardo que ella le había cortado con unas tijeras de plata. Había atado el mechón con una cinta y le consolaba saber que estaba allí.

Se puso de pie y dio una fuerte palmada. De inmediato, dos de sus doncellas entraron desde la habitación exterior y, con sus faldas y blusas limpias y planchadas, hicieron una reverencia ante ella.

—Bien, no quiero dramas ni griterío —dijo Isabel—. Reunid a las chicas y al joven Ricardo. Debe de estar por los alrededores. Traedlos aquí y decidle a Jenny que habrá que hacer el equipaje de todos. Y tiene que ser rápido, muchachas. Rápido y silencioso, como si nos estuviésemos escapando de casa. ¿Habéis entendido? ¿Puedo confiar en vuestra discreción? No me gustaría alborotar a todo el palacio y a medio Londres.

—Desde luego, señora —contestaron ambas volviendo a inclinarse.

Isabel asintió para que se retiraran y ellas salieron a toda prisa. Ahora tenía doce años más que cuando había solicitado asilo sagrado, aunque no había olvidado los cinco meses pasados entre los monjes. Para su vergüenza, desde entonces apenas había pensado en aquellos hombres. ¿Sería aún el hermano Paul el guardián de la puerta? Su marido, el muy cabestro, había noqueado al monje por haberse interpuesto en su camino cuando se dirigía a rescatarla, recordó Isabel sintiendo de nuevo parte de aquella antigua alegría, ahora siempre entremezclada de tristeza. ¿Cómo era posible que Eduardo se hubiera ido? ¿Cómo hacerse a la idea de que nunca más oiría su voz de trueno ni sus discusiones, de que nunca ya la sorprendería con aquellas patadas a cualquier objeto que le quedara cerca mientras caminaba de acá para allá? A pesar del barullo que armaba y de sus trazas y de ser tan reacio a bañarse, ella lo había amado. Quizá no tanto como él había merecido, eso no podría decirlo. Era aquella una cuestión quizá demasiado íntima, pero en cualquier caso ella le había dado diez niños, lo que para muchos ya supondría

amor más que suficiente. El año anterior, cuando su hija María había muerto, ella había notado cuánto le había afectado, por más que hubiese tratado de mostrarse frío e insensible al decirles a todos que la muerte era solo parte de la vida.

Sin saber cómo, se encontró llorando, de modo que cuando sus hijos llegaron la hallaron con el pañuelo en la mano y enjugándose los ojos. La joven Isabel acudió de inmediato a su lado y la abrazó, lo que hizo que su madre sonriera entre lágrimas. El resto se congregó a su alrededor, intentando sumar también su fuerza, con lo cual entre todos acabaron formando un gran manojo de brazos. Cinco hijas habían sobrevivido, además del joven Ricardo. Se daba cuenta de que Dios la había bendecido con creces. Ahora esperaba poder mantenerlos a todos con vida.

La pequeña, Brígida, solo tenía tres años y había entrado con paso vacilante y de la mano de una niñera. Isabel sonrió a la joven mujer de rosadas mejillas que, con una mano a la espalda, se apartaba un rizo de la cara mientras con mano experta mantenía a la niña lejos de la chimenea.

—¿Os lo han dicho ya Lucía y Margarita, querida? —le dijo Isabel—. Necesitaré ropas y juguetes para todos, empaquetados de inmediato. Dentro de una hora.

—¿Debo pedir coches, milady?

—No, querida. Me llevaré a los niños a pie y pediré asilo sagrado al otro lado de la calle, en la abadía. Desafortunadamente, conozco el camino.

Isabel consoló a sus hijas Cecilia y Catalina, y las envió a buscar sus muñecas y juguetes favoritos, aquellos de los que no pudieran prescindir. Volvieron corriendo para amontonar objetos que de inmediato empaquetaban los criados de las cocinas y de los talleres, quienes acudían por docenas para llevarse las bolsas.

Isabel aún pudo apartarse a un lado para mirar una vez más por los ventanales. Ricardo de Gloucester había salvado a su hijo de una conspiración para matarlo. Eso le había dicho el mensajero. El joven jinete se había mostrado encantado al saber que era el primero en comunicar la noticia, aunque a ella le había oprimido el corazón igual que aquellos momentos de antaño, cuando iba cayendo y cayendo hacia el agua.

Su hermano, Anthony Woodville, el conde de Rivers, era de una fidelidad tan inquebrantable que la mera idea de que hubiera podido conspirar contra

los hijos de su propia hermana casi la hacía sonreír. Anthony los adoraba a todos y había sido completamente leal a Eduardo, incluso cuando todos esos Neville de Warwick se habían enredado alrededor del rey como una pálida hiedra venenosa. Isabel no dudaba de la lealtad de su hermano, con independencia de lo que otros dijeran. Eso significaba que ella estaba en peligro... y que quizá nada podía hacerse ya por su hijo y por su hermano.

Se mordió el labio con tanta fuerza que los tejidos se le hincharon, como si le hubieran dado un puñetazo.

Ricardo Plantagenet, duque de Gloucester, se había revelado como un peligro. O peor: había sido ella la que no había advertido ese peligro. Ricardo había demostrado tal devoción por su hermano, tal falta de doblez, que por ese lado Isabel no había percibido amenaza alguna. Ahora, la sola idea de que Eduardo estuviera en poder de Gloucester, entre sus garras, le aceleraba la respiración y la obligaba a esforzarse por controlar el pánico.

Su mirada se detuvo en Ricardo, el segundo hijo que había tenido con el rey Eduardo, mientras el niño sonreía por algo que su hermana Cecilia había dicho o hecho. Ante la mirada de su madre, Ricardo empujó a su hermana Cecilia y esta, con un chillido, cayó sobre una pila de bolsas, de las que se levantó rápidamente para lanzarse tras de su hermano, quien reía y zigzagueaba entre los criados que entraban y salían. Isabel temía por todos ellos.

—Más deprisa, por favor —gritó a los criados—. Creo que me adelantaré con mis hijos. Por favor, seguidnos luego con el resto de las cosas.

Isabel agarró la mano del pequeño Ricardo cuando el crío pasó por su lado y lo detuvo en seco. Tenía nueve años y, cuando se le antojaba, podía ser tan maleducado como cualquier mozo de cuerdas, incluso con su madre. Pese a ello, algo debió de percibir en la seriedad de Isabel que lo hizo quedarse quieto, el ceño fruncido a la espera de algún tipo de castigo. Pegarle no servía de nada, de eso ya se había dado cuenta Isabel. El muchacho encajaba los golpes como una alfombra y luego fingía magníficamente que aquello no le hacía daño. Más dolor sentía ella en la mano cuando le daba un bofetón, con lo cual ya apenas se molestaba en hacerlo. Pero, por supuesto, aún lo amenazaba diciéndole que le iba a desollar las mejillas a bofetadas. Él, por su parte, simulaba tomarla más en serio de lo que lo hacía.

Sintió que su hijo le retorció la mano y apretó con más fuerza. El joven

Eduardo había dado muchos menos problemas que este pequeño diablo, pensó. Dios, permitidle vivir. Por favor, dejad que sobreviva a su tío.

—Venid aquí, niños, todos —dijo Isabel con firmeza—. Coge a la pequeña Brígida en brazos, ¿quieres, cariño? Vamos demasiado lejos para que pueda caminar sola hasta allí y no puedo esperar más.

Con todos los niños Plantagenet siguiéndola como gansos, Isabel salió de la habitación con la cabeza bien erguida para, por segunda vez, cruzar la calle hasta la abadía, la pequeña fortaleza que era tanto refugio como prisión. Caminaba y rezaba al mismo tiempo, y todo el rato debía esforzarse por no sollozar.

Ricardo de Gloucester regresó a Londres al frente de doscientos caballeros, una tropa capaz de contrarrestar cualquier amenaza que se les presentara. Lord Buckingham esperaba con otros cuarenta hombres en la entrada de Moorgate, que se ocupaba de mantener abierta. De ese modo, Gloucester pudo entrar por ella sin reducir el medio galope de su caballo, lo que obligó a los londinenses a apartarse para no ser pisoteados. Ricardo había aprendido de lo ocurrido en ocasiones anteriores. Los errores del pasado podían evitarse, y a él le producía una lúgubre satisfacción prevenir las posibles trabas antes de que los verdaderos obstáculos le salieran al paso. La vida transcurría más dócilmente cuando uno veía con antelación las zanjias del camino, según había podido observar. Aún tuvo un instante para saludar a Buckingham con un gesto de asentimiento al cruzar ante él.

Para despejar una calle, no había nada mejor que el estruendo de doscientos jinetes cabalgando con rapidez y sin miramientos. El rey no coronado montaba en el centro de la columna, con la cabeza echada hacia delante y la mirada al frente mientras cruzaba por la ciudad en dirección a la Torre.

Gloucester era el lord protector y, en caso de crisis, su palabra era lo más parecido a la ley. Envío a tres hombres por delante y estos partieron a todo galope por las estrechas calles, gritando a los comerciantes y a la gente que se apartasen si no querían ser pisoteados. Los gritos de dolor se fueron desvaneciendo tras ellos a medida que el resto fue siguiendo su estela, en un galope cuyo sonido variaba en cuanto los cascos pisaban el suelo de piedra. Era un tumulto que crecía incesante al tiempo que más y más hombres

dejaban el barro de las calles más pequeñas y llegaban al suelo empedrado.

A los que se hallaban en la entrada de la Torre ya los habían visto. Los jinetes que Ricardo había enviado por delante habían hecho su trabajo, por lo que esta puerta también permanecía abierta. Había incluso un cierto deleite en aquella situación, pues el mundo entero parecía ir encajando perfectamente sus piezas, como si se tratara de un rompecabezas resuelto.

El lord protector y el príncipe bajo su custodia cruzaron el puente levadizo y la puerta, entraron en el patio interior y se adentraron hacia la Torre Blanca, a fin de que los otros tuvieran espacio para detener sus monturas y esperar, jadeantes.

Ricardo desmontó y caminó hacia su sobrino, quien se mantenía erguido sobre los estribos, su caballo todavía ansioso por salir disparado, después de tan terrorífico galope por las estrechas calles. El lord protector le acarició el hocico al caballo y le dio unas palmadas, lo que calmó al animal y quién sabe si también a su atemorizado jinete.

—Vamos, vamos, aquí ya estáis a salvo. Hay un aposento real que lleva algunos años sin utilizarse. Vuestro padre prefería las habitaciones del palacio de Westminster, aunque a mí siempre me gustó más la Torre.

—¿Y qué pasa con mi madre? —preguntó Eduardo—. ¿Y con mi hermano y mis hermanas?

La voz se le quebraba al hablar, aunque trataba de mostrarse valiente. Ricardo levantó las dos manos y lo ayudó a bajar al suelo, tras lo cual le limpió algunas manchas de barro de los hombros y las mejillas.

—No puedo asegurar que estén a salvo, Eduardo, no todavía. Cuando me enteré de que sobre vos pesaba una amenaza, cabalgué al norte tan rápido como pude. Fui a salvaros a vos primero. Sois el heredero..., el rey.

—Pero también iréis en su busca, ¿no? Y los traeréis a mi lado.

—Sí, Eduardo, haré todo lo que pueda —respondió su tío—. Os lo prometo. Marchad ahora con estos hombres y dejad que registren vuestros aposentos antes de que los ocupéis. ¡Bah, no tengáis miedo, muchacho! Son cosas mías, que no veo más que fantasmas por todas partes. Solo descansaré tranquilo cuando os vea coronado, pero no antes.

Le dio a su sobrino unas palmadas en el hombro y lo besó en la coronilla. Eduardo miró atrás, tratando de ser valiente mientras unos extraños se lo llevaban entre aquellos pétreos muros que parecían cernerse

amenazadoramente sobre todos.

26

Ricardo de Gloucester caminaba de un extremo a otro de la mesa, de modo que los seis hombres allí sentados debían girar continuamente la cabeza para seguirlo con la mirada. Convocados por él, habían acudido al palacio de Westminster, a la Cámara Pintada. Así pues, a pesar de su elevado rango, aquellos hombres debían atender al gusto del lord protector. Ricardo se paseaba arriba y abajo ante ellos, como un maestro de escuela, con las manos juntas a la espalda. Vestía un elegante jubón dorado y negro y calzas, y en la cintura portaba una espada con empuñadura de plata. A sus treinta años, todavía era capaz de moverse como un furioso espadachín y de irradiar una impresión de amenaza. Al arzobispo de Canterbury le hizo pensar en su gato, y casi le buscó la furiosa cola cuando Ricardo le pasó por delante, aunque no por ello dejó que alterase su aspecto apacible.

Como lord protector, a Ricardo de Gloucester se le otorgaban poderes de rey sin un límite preciso, o con límites, cabría decir, que él mismo podía definir en caso de urgencia, lo cual venía a ser lo mismo. Los documentos con el Gran Sello de su hermano se habían depositado en los archivos del Parlamento y de la Torre días antes de la muerte del rey. Por tanto, la autoridad de Ricardo resultaba indiscutible. El origen de su cólera provenía del hecho de que, aun así, esa autoridad se le había denegado. Tres de los miembros del consejo reunido en aquella mesa apelaban a una autoridad superior incluso a la del Sello de Inglaterra y la del lord protector.

Ricardo se detuvo bruscamente. Su mirada ya era en sí misma una acusación. El arzobispo Bouchier de Canterbury tenía ochenta años, como poco, y aquel anciano de enormes cejas canosas parecía haber conservado plenamente sus facultades mentales. El arzobispo, con solo una mirada, era capaz de comunicarle muchas cosas al arzobispo Rotheram de York.

Ciertamente, convocar a los dos clérigos más antiguos de Inglaterra en la misma sala resultaba extraño, a menos que fuera para coronar a un rey. Tanto uno como otro parecían comprender perfectamente lo que estaba en juego.

Lord Buckingham estaba allí para respaldar a Ricardo frente a los demás, para emitir un voto o, simplemente, para aportar otra voz que decantara alguna cuestión de su lado. El joven Buckingham, de veintinueve años, había sencillamente aparecido en torno al nuevo centro de poder de Londres. Y parecía más que dispuesto a dejarse agarrar por las narices sin rechistar. Ricardo y él debían de haber nacido más o menos por la misma época, según decidió el arzobispo. Tal vez compartieran una misma sensibilidad, una afinidad o una concepción de las cosas que algunos de los barbicanos de aquella habitación habían olvidado. O quizá Buckingham viera tan solo una buena oportunidad de ascender, como un hombre que apostase todo su dinero a un perro determinado en una pelea.

Ni a Ricardo de Gloucester ni al arzobispo Bourchier les agradaba el obispo de Ely, John Morton. Era demasiado mundano para el gusto del arzobispo y demasiado religioso para el de los lores. En cualquier caso, Morton resultaba más inteligente de lo que a él mismo le convenía.

Del mismo modo, Ricardo tampoco tenía la impresión de contar con el favor del barón Hastings, quien seguía siendo el lord Chambelán de su hermano hasta que un nuevo rey designara a otro. Hastings había estado en las batallas de Barnet y Tewkesbury. Lo lógico habría sido que aquel viejo idiota se hubiera puesto de su lado y lo hubiera defendido, y no que se cruzara de brazos y entornara los ojos como una lavandera suspicaz. Resultaba de lo más irritante.

El último hombre sentado a aquella mesa era Thomas, lord Stanley, cuya barba tenía aún un color castaño oscuro, aunque le llegaba hasta la mesa y era al menos tan larga como las de los arzobispos. Ricardo lo veía con buenos ojos, pues era hombre de grandes riquezas y había estado entre los partidarios de su hermano durante los últimos años de su reinado. Stanley había conseguido que los franceses pagaran setenta mil libras cada año a cambio de evitarse una nueva invasión. Nada gustaba más al barón que hablar de su propio ejército, al que mantenía durante todo el año, tal como había hecho Warwick en años precedentes. Aunque le costaba una fortuna, Stanley había demostrado una habilidad desacostumbrada para llenar sus arcas. Solo por su

comprensión de las finanzas, aquel hombre ya merecía respeto, y Ricardo trataba de atraerlo a su bando con halagos, para beneficiarse del mismo modo que antes lo había hecho su hermano.

La Cámara Pintada tenía unos veinticuatro metros de largo por nueve de ancho, y el techo abovedado estaba a suficiente altura como para devolver el eco de las conversaciones. Resultaba, pues, extraño que en una reunión de hombres de semejante poder e influencia todos se observaran nerviosamente y en silencio, en lugar de contestar a sus argumentos. Hastings y Stanley parecían especialmente interesados en ceder la palabra a los hombres del clero, si bien los tres allí presentes se habían mostrado incapaces de responder a Ricardo.

—En esta habitación —dijo Ricardo— veo reunidos ante mí a algunos de los miembros más antiguos de la Iglesia de Inglaterra. Los arzobispos de York y de Canterbury, y un obispo famoso por su gran perspicacia. Creía que se me iba a rebatir con opiniones y normas eruditas, no que tendría que soportar este incómodo silencio. Quizá debería haber preguntado cuántos ángeles podrían bailar en la cabeza de un alfiler, o la exacta naturaleza de la Santísima Trinidad. Tal vez entonces no habríais estado tan callados.

Ricardo se apoyó en la mesa y, no por casualidad, lo hizo justo delante del obispo de Ely. De todos los presentes, Morton era el de más agudo ingenio. Ricardo había oído que se apostaba por él como nuevo arzobispo de Canterbury cuando el puesto quedara vacante, e incluso se hablaba de que sería cardenal de Roma.

El obispo se aclaró la garganta ante el crudo escrutinio del lord protector. Morton no quería de ningún modo establecer una norma que después se revelara como anómala o ilegal, pero también parecía claro que no se iba a interpelar a nadie más sobre aquella cuestión.

—Milord, a mi entender no hay excepciones a la protección del asilo sagrado, al menos que yo conozca. Decís que se os ha informado de que el joven príncipe de York corre peligro, junto con su madre y sus hermanas, en la abadía de Westminster.

—Y lo digo porque es cierto, vuestra gracia —replicó Ricardo en tono cortante. Podía ver que el razonamiento del obispo desembocaría en una objeción.

—Sí, eso habéis dicho. La dificultad no estriba en la evaluación que yo

haga de esa amenaza, como trato de explicar. En el derecho canónico no existen excepciones a la norma del asilo sagrado, al menos una vez que este se ha garantizado o aceptado. La norma rige incluso en el caso de que el príncipe corra un peligro cierto y que ese peligro pueda evitarse si se le saca del refugio sagrado... Lo siento, milord. Los medios para llevar a cabo vuestro propósito no existen. Pero, por supuesto, estaría dispuesto a escribir a Roma para pedir consejo y orientación en este asunto.

—Me parece que para entonces ya estará todo resuelto, de un modo u otro —respondió Ricardo secamente.

Se dio cuenta de que la cólera lo hacía respirar con dificultad. Miró al obispo, quien extendió las manos como disculpándose.

—El muchacho tiene nueve años —añadió de pronto Ricardo—. Su madre lo llevó a la abadía de Westminster para demandar asilo sagrado, sin conciencia de los peligros que todos podrían correr. En la Torre, puedo contar con cientos de guardias y unos muros altos; en la abadía... En fin, bastarían media docena de hombres para tomar ese pequeño trozo de piedra. Así que explicadme por qué no puedo sacar de allí a mi sobrino, por su propia seguridad. Si necesitáis que el dictamen provenga de la autoridad de la Corona, decreto que su madre se protegió a sí misma cuando corrió a ese lugar. Sus hijos no están bajo el amparo del asilo sagrado. ¿Cómo podrían estarlo?

—Están dentro —terció súbitamente el arzobispo de Canterbury, enderezándose en la silla—. Han cruzado el umbral. Nada importa si su madre tenía o no intención de que la acompañaran o si buscaba protegerlos. Se trata de tierra sagrada y su objetivo es proporcionar seguridad a quienes sufren la opresión de sus enemigos. Es una antigua y valiosa tradición, y desde luego no puede pasarse por alto solo porque resulte inconveniente. —Tenía un rictus iracundo mientras movía la boca, como si tratara de alcanzar un trozo de carne enganchado entre los dientes traseros—. Si tan terrible es el peligro que se cierne sobre el muchacho, podéis intentar persuadir a su madre para que lo ponga a vuestro cuidado. Pero a vos no os está permitido entrar. Ni a ningún hombre armado. De ningún modo podéis llevaros al muchacho por la fuerza.

Ricardo negó con la cabeza, medio exasperado, medio divertido por que la resistencia proviniera de tal personaje. Le sorprendía un poco que aquel

viejo se mantuviera despierto el tiempo suficiente para desafiarle en el asunto que fuera.

—Vuestra gracia, yo también tengo un hijo de parecida edad. Si estuviera rodeado de hombres que intentan asesinarlo, y si yo tuviera una posibilidad de salvarlo, me atrevería a todo. Se lo arrancaría de los brazos a su propia madre.

—Y os condenaríais para toda la eternidad.

—Sí, vuestra gracia, me condenaría, pero habría salvado a mi hijo. ¿Comprendéis? Ricardo es el hijo de mi hermano. Cada día que pasa surgen rumores de nuevas conspiraciones. Sin embargo, no puedo mantenerlo a salvo en un lugar que solo los hombres piadosos temen hollar. Tengo al joven Eduardo tras los muros de la Torre, sí, y a un centenar de hombres que vigilan esos muros y que se vigilan entre sí. Ni el más diestro asesino podría llegar hasta donde Eduardo recostará la cabeza esta noche. Pero ¿su hermano? Un puñado de monjes no detendrá a los malvados, vuestra gracia.

—Me parece que entiendo lo que decís —contestó el anciano. Echó mano a la barba y, siguiendo un hábito inveterado, se atusó los rizos—. Deseáis proteger al muchacho, y tal vez proporcionar a ambos hijos el consuelo de estar juntos.

—En la fortaleza más segura de Inglaterra, así es, vuestra Gracia. Mi hermano Eduardo me nombró su lord protector y dejó todo lo que tenía al amparo de esa protección: sus bienes, sus herederos y su reino. Lo único que pido es recobrar lo que falta de esas tres cosas, antes de que se derrame más sangre.

El anciano parpadeó al oír las últimas palabras de Ricardo, sin atreverse del todo a preguntar si aquello era una amenaza o si aludía a las conspiraciones antes mencionadas. El arzobispo podía imaginarse el horror y la condena que caerían sobre él si se negaba a ceder y luego el niño era asesinado, junto con su madre y sus hermanas. Pese a todo, admitir que el refugio sagrado no podía proteger a la familia sin la participación de hombres armados implicaba debilitar la autoridad de la Iglesia.

Permaneció callado durante largo rato, mientras los otros se removían inquietos. Por fin, la barba del arzobispo Bouchier se movió en gesto de asentimiento y sus manos se detuvieron.

—Entraré en el refugio sagrado, milord. Entraré y hablaré con la reina

Isabel sobre su hijo. Si ella se niega, no hay nada más que yo pueda hacer.

—Os lo agradezco, vuestra gracia. Estoy seguro de que será suficiente —contestó Ricardo.

En la oscuridad, el arzobispo de Canterbury recorrió el camino iluminado por hombres con antorchas. No podía llevar el báculo con el mango curvo pastoril, pues su peso se le había hecho excesivo durante el último año. En su lugar, se apoyaba en un bastón de roble con la punta envuelta en cuero, y, golpeteando con él en el húmedo y reluciente empedrado, fue avanzando con la vista puesta en el refugio sagrado, dejando a su espalda la abadía.

El arzobispo Bouchier había encontrado poca cosa de su agrado en Ricardo de Gloucester, si bien suponía que debía de ser un hombre bastante digno de admiración, a juzgar por los desvelos con que asumía la protección de sus sobrinos. El anciano sentía un cierto desasosiego por lo poco que se había mencionado a Isabel Woodville y a sus hijas. Por supuesto, ellas no podían heredar. La línea femenina era la más débil de las dos, como lo había sido siempre, desde los tiempos del Edén. El arzobispo Bouchier asintió mientras recorría el camino de piedra, cavilando sobre todas las malignas semillas que las mujeres habían engendrado desde entonces. Pobres criaturas ignorantes, pensó. A excepción de su madre, desde luego. Ella sí que había sido una mujer austera y extraordinaria. Cierto que repartía reveses con mucha libertad, pero se había sentido tan orgullosa cuando su hijo había tomado las órdenes que las lágrimas apenas la dejaban ver.

Ante él, el arzobispo Bouchier divisó el centelleo de las armaduras en movimiento, como escarabajos que huyeran apelonados a medida que la luz se les acercaba. Vaciló, poco dispuesto a seguir adelante, satisfecho de poder detenerse un instante y recobrar el aliento delante de aquellos jóvenes que lo rodeaban, ignorantes de todo lo que fuera debilidad o vejez.

—¿Quién anda ahí? —preguntó apuntando con el bastón—. En el refugio sagrado de la abadía. ¿Quiénes son esos hombres violentos?

—Hombres de lord Gloucester, vuestra gracia —respondió uno de los que tenía a su alrededor—. Se habla de que hay un asesino venido de tierra turca o tártara.

El arzobispo se llevó una mano al crucifijo que llevaba colgado del cuello. Contenía un fragmento diminuto de la verdadera cruz, y eso lo

confortaba. Durante su vida, había leído mucho, y alguna noticia había tenido de la existencia de tales hombres y de su crueldad. Apretó los dientes y agarró con fuerza el bastón. Sí, él aún podía tener algo que decir allí.

—Vamos allá, caballeros —dijo mientras avanzaba arrastrando los pies.

El arzobispo se acercó al refugio sagrado con la obstinación de un bulldog, inclinado sobre el bastón, pero sin aminorar el paso hasta llegar a la puerta, donde distinguió a un joven monje que lo observaba desde dentro. Dos hombres de armas, vestidos con cotas de malla, se hicieron atrás mientras él se aproximaba y quedaron esperando pacientemente. El arzobispo Bouchier vio que los hombres del lord protector formaban de dos y tres en fondo en todas direcciones. Seguramente había doscientos soldados alrededor del refugio sagrado y, presumiblemente, cerca de allí habría más, para cuando correspondiera cambiar la guardia. El anciano comprendió de nuevo cuán costoso le resultaba al lord protector dividir sus recursos entre dos partes de Londres entre las que mediaba más de un kilómetro.

El arzobispo entró y miró preocupado las escaleras. Sintió alivio cuando un monje lo guio por un pasillo de la planta baja, entre paneles de una madera pulida y oscura. El anciano nunca había entrado en aquel lugar y se sentía intrigado. La mayoría de las iglesias pequeñas o de las capillas imponían alguna restricción de tiempo en lo referente a dar refugio a criminales. El periodo máximo solía oscilar entre un mes y cuarenta días. Después, el refugiado podía optar por el exilio. Él admitía que era algo necesario, pues de otro modo cada invierno se verían desbordados de pobres hombres caídos en desgracia ante la ley. Con todo, la abadía de Westminster era la iglesia más grande de todo el territorio. Allí la protección sagrada era ilimitada, una vez aceptada. Un lugar así constituía un hito de la civilización, pensó, una luz resplandeciente.

Aquel pensamiento le hizo apretar las mandíbulas, pues le trajo a la memoria la abadía de Tewkesbury, donde el rey Eduardo había quebrantado una de las tradiciones más antiguas de Inglaterra y había enviado a sus hombres para que asesinaran a sus acobardados enemigos. El edificio entero y todos sus terrenos hubieron de ser reconsagrados después de aquello, porque no solo era la sangre lo que debía limpiarse de las piedras, sino también los pecados mortales cometidos dentro de los muros. En los años siguientes, Eduardo había pagado una fortuna en reparaciones. El arzobispo

Bourchier se había sentido decepcionado cuando la Iglesia había aceptado las enormes sumas de dinero. Le parecía que aquel intercambio para saldar la ruptura de confianza resultaba bastante sórdido.

Esos eran los pensamientos del arzobispo al cruzar la puerta que mantenían abierta para él y quedar en presencia de la reina Isabel y de sus hijos. La mirada del anciano se paseó por todos ellos hasta detenerse en el niño de nueve años, Ricardo de York. La posición del muchacho había sido reconocida por su padre desde su mismo nacimiento. El joven Ricardo no solo había recibido el ducado de York, sino también los condados de Norfolk y Nottingham.

El joven tenía buena complexión, según pudo apreciar el arzobispo; no estaba picado de viruelas ni presentaba signos de ninguna otra enfermedad. Quizá era porque aún debía pasarlas, claro. Ese era el gran equilibrio en la balanza de la vida: quedar marcado era también sobrevivir. Quienes no tenían marcas todavía podían desaparecer en la noche. En la risa de un niño siempre acechaba la muerte, y todos los padres lo sabían perfectamente.

Aquellos niños formaban un grupo especialmente cautivador, observó el arzobispo. Para que pudiera sentarse, colocaron una silla junto al crepitante fuego, y el anciano se hundió en ella agradecido. Con una sonrisa, aceptó un cuenco de nueces y un vaso de brandi para combatir el frío de la noche. Se recostó en el asiento y recordó los tiempos en que tenía suficiente vigor para sudar, cuando todavía no era aquel pellejo seco en que se había convertido.

—Vuestra gracia, sois más que bienvenido —dijo Isabel—. ¿Traéis noticia de los hombres que rodean este lugar? Se niegan a hablar conmigo y hace días que no dejan entrar ni salir a nadie. No sé nada en absoluto de lo que pasa en el mundo.

—Quizá podrías hacer salir a estos encantadores niños, milady, si tenéis la bondad. Creo que sería lo más conveniente.

La tensión apareció en el rostro de Isabel, pero hizo lo que se le pedía y envió a los niños a otras habitaciones, tras lo cual ella y el anciano quedaron a solas. Partió otra nuez para el arzobispo y puso los trocitos a su alcance.

—Ricardo de Gloucester es un joven con gran determinación —dijo el arzobispo Bourchier en medio de un silencio roto tan solo por las llamas y la crepitación de la savia—. No resulta fácil adivinar lo que esconde el fondo de su corazón. Me ofrecí a escucharlo en confesión, pero contestó que recurría a

un clérigo rural para tales menesteres. Una lástima. Me habría ayudado a decidir lo que debo deciros.

—Quiere a mi hijo —dijo Isabel arrugando el gesto—. Eso ya lo sabía antes de que los soldados vinieran aquí.

—Desea mantenerlo a salvo, milady —confirmó el arzobispo masticando con cuidado un trocito de nuez.

—¿A salvo de quién? ¿De sus propios hombres? ¿Quién más podría amenazarme aquí, con todos sus soldados murmurando y haciendo ruido durante toda la noche? Os aseguro que no he pegado ojo desde que rodearon este lugar de protección sagrada. ¡Si es que se le puede aplicar tal nombre, cercado como está por crueles soldados con armadura!

—Tened calma, querida. De nada sirven... los gritos destemplados. Ningún bien nos hace sucumbir al pánico y permitir que nuestros pensamientos se desaten hasta enloquecernos. No. En vez de eso, decidamos lo mejor para vuestro hijo. Permanecer aquí, con un coste que apenas soy capaz de imaginar, robando unos hombres que son vitales para la defensa de la ciudad y de Inglaterra, o ir a la Torre para estar al lado de su hermano Eduardo.

—¿Lo habéis visto? —lo interrumpió Isabel. El anciano asintió.

—Insistí en ello, sí. Vuestro hijo tiene buena salud y buen ánimo, aunque se siente solo. No ve a nadie y, aunque lee, allí tan solo hay unos pocos libros de su padre. Está disfrutando con una historia de los césares, me parece. ¡Vidas terribles llenas de violencia y traiciones! Pero a los jóvenes les encantan esas cosas, claro. Ningún mal hay en ello.

La tensión se aflojó un tanto en Isabel al oír aquellas palabras.

—¿Confía vuestra gracia en Gloucester en este asunto? Porque se trata de poner a mi hijo en el trono y salvaguardar la vida del otro, ese es el centro de la cuestión, ¿no es así?

El anciano miró las llamas durante un rato. Movía la boca sin cesar hasta que por fin escupió un trocito de cáscara en la palma de la mano.

—No veo que tengáis otra opción, milady. El lord protector se mostró muy insistente y, como recordaréis, nada contuvo a su hermano a la hora de entrar en tierra sagrada. Me pesa de solo decíroslo, milady, pero temo por vuestro hijo si se queda en este lugar. Gloucester se ha obsesionado con sacarlo de aquí. Escuchadme, debéis confiar en alguien. Yo estaré allí para

asegurarme de que todo marcha bien. Nada habéis de temer.

Isabel observó al anciano de barba blanca, preguntándose cómo podía imaginar el arzobispo Bouchier que él fuera obstáculo para hombres acostumbrados a la violencia. Ella no había mencionado cuánto se acercaban los soldados por la noche, cuando los monjes dormían. No cabía duda de que eran monstruos sangrientos, sucios y brutales; se quedaban bajo su ventana, moviéndose aquí y allá entre ruidos metálicos y amenazas susurradas hasta que llegaba un momento en que ella pensaba que iban a entrar. Y sabía que podían hacerlo, que tales cosas habían ocurrido antes y se habían encubierto. Temía por sí misma, pero también por sus hijas. Los hombres de la ventana proferían amenazas cada vez más horrendas. No se lo había contado a nadie, pero ya no era capaz de soportarlo más. Isabel ya no recordaba la última vez que había logrado dormir más de unos breves instantes, porque no había día en que no se despertara sobresaltada por gritos y desagradables risotadas.

Miró de nuevo al arzobispo Bouchier mientras este cogía el cascanueces y jugueteaba con él en sus viejas manos. La decisión le correspondía únicamente a ella, pero se sentía aprisionada, como si la estrujaran para comprobar si se rompía. Su asilo sagrado estaba rodeado de hombres armados y no resultaba difícil imaginar a un asesino entre ellos, un hombre enloquecido a causa de algún antiguo desaire o agravio, real o imaginario. Si la asesinaban, si herían y mataban a sus hijas como si fueran corderos, en el reino no se hablaría de otra cosa, y todos los dedos apuntarían sin duda al lord protector..., pero eso no anularía ni una sola herida.

Por un lado, la invadían horribles temores que, como seres reptantes, se removían en su mente en cuanto descansaba la extenuada cabeza en la almohada. Por otro, no existía prueba alguna de todo aquello. Su hijo Eduardo seguía vivo y podía ser coronado. ¿Habría ella juzgado mal a Ricardo de Gloucester? Ricardo había dicho que su hermano Anthony era un traidor, y desde entonces nada más había sabido de él. Tragó saliva al pensar que quizá Rivers, sin ella saberlo, podría estar muerto en ese mismo momento.

—Estos hombres que nos rodean —dijo en tono comedido—, ¿acompañarán a mi hijo?

—Están aquí únicamente para protegerlo, milady. Si lo deseáis, insistiré en ese punto.

Los ojos de Isabel se llenaron de lágrimas al constatar la credulidad del anciano clérigo, como si le bastara un simple gesto de la mano para hacer que los hombres malvados desaparecieran y nunca volvieran a amenazarla. Aun así, se aferró a aquella posibilidad. Eligió: todas sus hijas a cambio de su otro hijo. Esperando lo mejor e indecisa hasta la desesperación, eligió.

—Muy bien, vuestra gracia. Pondré a Ricardo a vuestro cuidado. Confiaré en vos y en el lord protector para que se dé el trato honorable que corresponde a un niño de nueve años.

Se le escaparon algunas lágrimas que le bajaron en dos regueros por las mejillas, aunque se apresuró a enjugárselas. Llamó a su hijo y el príncipe Ricardo entró corriendo. Al ver el disgusto de su madre, le lanzó una mirada airada al viejo que parecía haberlo causado. El muchacho se encaramó al regazo de Isabel, se acurrucó en él y abrazó fuertemente a su madre, mientras ella derramaba lágrimas en el pelo del niño y lo besaba.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —preguntó también al borde de las lágrimas.

—Te envío a ver a tu hermano Eduardo, eso es todo. ¡No irás a llorar tú también, Ricardo! Espero que seas fuerte, un guerrero y un soldado. Eres el duque de York, recuérdalo, como lo fue tu padre antes que tú. Él confiaba en que cuidarías de mí y de tu hermano.

No dejó de abrazarlo con fuerza durante todo el tiempo que el arzobispo Bouchier empleó en levantarse y agarrar su bastón. El anciano sonrió y le hizo un gesto al muchacho.

—Vamos, jovencito. Según parece, te vienes conmigo. A lo mejor tienes que ayudarme, porque soy muy viejo. Vamos, vamos. Nada de lloriqueos. Debes ser valiente, por tu madre. ¿Tiene algún tabardo o una capa?

—Al lado de la puerta —respondió Isabel.

Observó mientras Ricardo ponía su manita perfecta en la del anciano y se limpiaba los ojos de lágrimas. No soportaba verlo marchar, pero hacía lo adecuado, o al menos eso esperaba: haber tomado la mejor decisión posible. Aun así, se le rompió el alma cuando Ricardo se volvió y le dijo adiós con la mano, sonriendo para animarla. De pronto, el niño se soltó de la mano del arzobispo, rompió a correr y se abalanzó sobre ella, casi haciéndola caer con su entusiasmo y la fuerza de su abrazo.

—Traeré aquí a Eduardo, si me dejan —le susurró—. No estés

disgustada.

Isabel se inclinó y lo abrazó con tanta fuerza que Ricardo apenas pudo retorcerse antes de que ella lo dejara ir.

El obispo de Bath y Wells parecía incómodo en aquel entorno, aunque quizá lo estuviera por hallarse ante miembros más veteranos de la Iglesia. Se mostraba tímido, y Ricardo no había explicado su presencia, si bien percibía la curiosidad de los otros, especialmente la de los arzobispos de York y Canterbury. Aun así, tendrían que esperar hasta que él quisiera.

Una vez más, había convocado a los miembros del consejo, un derecho que le correspondía en su calidad de lord protector. En ese mes de junio, los había hecho cruzar Londres hasta la misma Torre. Había allí mucho ajetreo por las reparaciones y los nuevos barracones que estaban construyendo en el prado central. Y también Londres bullía de actividad en medio de aquel calor que, según todos los indicios, prometía un verano magnífico.

Ricardo observó a los hombres según iban llegando: Hastings, Stanley y Buckingham; el obispo Morton de Ely, el obispo de Bath y Wells y los dos arzobispos. En aquella ocasión de tanta importancia, ninguno de los presentes podría decir que no había reunido a los más antiguos miembros de la Iglesia. Para los clérigos más ancianos, llegar hasta la sala del consejo, ubicada en la Torre Blanca, había supuesto una auténtica prueba. El arzobispo Bouchier no dejaba de enjugarse la frente con toda ostentación, para demostrar cuánto había sufrido por cumplir con su deber. En cualquier caso, la expectación los tenía a todos nerviosos. Los consejos privados se convocaban muy raramente, solo para asesorar al monarca en tiempos de desastre o guerra. El Parlamento había sido convocado en Westminster para una fecha más tardía de ese mismo mes, pero, hasta entonces, los hombres de aquella sala representaban el único poder del país. Ciertamente, no había allí nadie que no tuviera *in mente* a los dos príncipes, que se hallaban cerca de donde ellos se sentaban ahora. Durante días, no se había sabido nada de los dos muchachos, más allá

de su imagen atisbada fugazmente en los altos ventanales de los salones de la Torre.

—Milores, ilustrísimas —empezó Ricardo—, he solicitado vuestra presencia en parte porque he recibido noticias que deben ser discutidas por mentes sabias, antes de que la plebe las oiga y enloquezca. Quizá esta noche maneje una tea ardiente, y he de tener cuidado de dónde cae.

Paseó la mirada por los hombres que él mismo había convocado a aquella mesa y prosiguió.

—El arzobispo Bouchier tiene mi gratitud por su ayuda. Os estoy reconocido, vuestra gracia. Por intercesión vuestra, después de que otras vías resultaran infructuosas, conseguí traer a mi sobrino a lugar seguro. Por otro lado, ya no vi necesidad de mantener a tantos hombres armados en los terrenos de la abadía. No he sabido de amenazas contra la esposa de mi hermano y sus hijas, ni de nada que justificara una nueva interferencia en la norma del asilo sagrado. Ya he ido demasiado lejos en lo que respecta a derechos muy antiguos.

Esperó a que el arzobispo Bouchier asintiera con la cabeza metida en su gran barba.

—Retiré a todos mis soldados, caballeros. Pero dejé allí a un hombre para informar de cualquiera que entre o salga del santuario a escondidas. Esa decisión es la que os trae hoy aquí. Lamento decir que se han visto hombres llevando noticias y rumores a Isabel Woodville. Personas que no saben aún que conozco sus nombres. Aunque lo sabrán a su debido tiempo, vuestra gracia.

—No entiendo —dijo el arzobispo Bouchier, levantando la mirada confuso—. Supongo que no me estáis acusando.

Ricardo suspiró.

—No, vuestra gracia, desde luego que no. No tenía intención de comunicaros la noticia hoy..., pero quizá sea el momento. Me veo obligado a actuar, aunque desearía que existieran otros medios que el que debo utilizar.

Con un gesto, Ricardo señaló al tembloroso obispo de Bath y Wells, Robert Stillington. De ordinario, el hombre parecía un angelito sabio, con sus ondulados cabellos surcados de mechones blancos y la cara redonda y rosada. Pero en aquella cámara del consejo, bajo el escrutinio de otro obispo y de los dos arzobispos de Inglaterra, los labios se le habían puesto pálidos y parecía

por completo sobrepasado.

—Estos hombres han acudido a mi llamada para oír la verdad, Robert —dijo Ricardo señalando a los otros—. Ahora debéis contarles lo que me dijisteis. Es momento de hablar y dejar que la verdad salga a la luz, aunque me parte el corazón. Aun así, insisto: la luz debe llegar a todos los rincones oscuros, para que nada permanezca oculto. ¡Nada!

—¿Qué significa esto? —preguntó el obispo Morton inclinándose hacia delante.

Parecía más irritado que intrigado, y Ricardo únicamente miraba al obispo de Bath y Wells, instándolo en silencio. Si aquel viejo estúpido se negaba a hablar, aún podía perder el favor de todos... y también lo que el futuro pudiera tenerle reservado.

—Mm..., milores, arzobispos Bouchier y Rotheram, obispo. Mm... Morton. —El recitado de títulos pareció secarle la boca al obispo. Stillington levantó una mano y se la pasó por los tendones del cuello, como si le costara tragar—. Caballeros, tengo la desgracia de ser portador de una mala noticia, pues según parece... existe un antiguo contrato de matrimonio entre el rey Eduardo IV, en aquel entonces conde de March, y una tal Eleanor Butler.

—Eso sí que no, hermano —murmuró de repente el obispo Morton—. Os condenaréis por haber dicho esa mentira, esa calumnia.

El hombre al que se dirigía se puso pálido y los ojos le empezaron a bailar a derecha e izquierda, de puro pánico.

—Continuad, vuestra gracia —dijo Ricardo, irritado, fulminando a Morton con la mirada—. ¿Afirmáis haber sido testigo? Habláis de una promesa matrimonial, de unos esponsales. ¿Fuisteis vos el oficiante?

El obispo asintió con los ojos cerrados.

—Dos enamorados, muy jóvenes, acudieron a mí, y risueños me solicitaron la bendición del matrimonio antes de acostarse juntos. Por entonces, yo era un clérigo joven y pensé que podría evitar un pecado mayor. Recuerdo sus nombres, aunque después de ese día no volví a ver a ninguno de los dos. Ocurrió en Northamptonshire.

—Muy bien —intervino el obispo Morton en tono cortante—. Entonces debéis traer a esa Eleanor Butler ante nosotros para que sea interrogada... o encadenada. Antes de realizar una acusación de tal calibre, yo me preocuparía de aportar otra confirmación, aparte de la memoria extraviada de un anciano.

—Un anciano de vuestra edad, diría yo, obispo Morton —dijo Ricardo en tono relajado—. Pero yo solicité exactamente lo mismo al oírlo. Me negaba a creerlo. Traedla ante mí, dije. Lamentablemente, vuestra gracia, Eleanor Butler murió hará unos cinco años. Si lo hubiésemos sabido, y ojalá lo hubiésemos sabido, mi hermano, el rey Eduardo, podría haber desposado de nuevo a Isabel Woodville y legitimado a sus hijos. —Negó con la cabeza, entristecido—. Pero no lo hizo. Apenas puedo soportar esta aflicción, pero no permitiré que nada quede oculto, milores. Sepamos la verdad y toda la verdad sobre esta locura juvenil de mi hermano. ¡Sabe Dios que tenía amantes! Todos sabéis que es verdad. Tenía pocos miramientos con las esposas o hijas de otros hombres y se revolcaba con ellas a capricho. Cuando estaba bebido, no sé si él mismo sabía con quién se había acostado.

—¿Y no tenéis más que la palabra de un solo hombre para respaldar esta historia? —preguntó el obispo Morton con serenidad—. ¿No hay testigos, ni esposa? Si fuera verdad, no solo significaría que el matrimonio del rey quedaría anulado, sino que sus hijos, todos sus hijos, serían ilegítimos.

Lord Hastings se puso lentamente en pie, una vez asumida enteramente la trascendencia de la noticia. De mente menos viva que la del obispo Morton, había tardado algo más en comprender todas las implicaciones. Por ello, se había quedado sentado mientras la ira iba creciendo en él, volviendo la cabeza a uno y otro lado mientras los religiosos debatían cada aspecto como si se tratara de una cuestión impenetrable sobre fe y moral. Hastings apenas podía creer lo que estaba oyendo.

—Pretendéis desheredarlos a todos —dijo señalando con dedo tembloroso a Ricardo de Gloucester, el lord protector—. A su esposa, a su heredero, a todos. ¿Qué locura es esta? ¿Qué mentiras queréis hacernos creer?

—¿Llamáis mentiroso a un obispo de la Iglesia? —respondió Ricardo con no menos vehemencia—. Conocíais bien a mi hermano, lord Hastings, casi tanto como yo mismo. ¿Queréis decir que tales seducciones no correspondían a su carácter? ¿Que nunca habría convencido a una joven para llevársela a la cama con una mera promesa, con una treta? ¿Podéis jurar algo así?

Hastings no contestó, aunque se le avivó el color del rostro ante las miradas de los otros. Sabía tan bien como los demás que aquel suceso era posible, que era exactamente el tipo de error que un joven como Eduardo

podía haber cometido. Pero ni aun entonces lo creyó, simplemente porque a Ricardo de Gloucester le resultaba de lo más provechoso. Era demasiado perfecto, demasiado conveniente.

—En cualquier caso, ¿queréis hacerme creer que este viejo senil solo acudió a vos cuando supo que el rey Eduardo había muerto, pero no antes? ¿Que ha mantenido su infame secreto durante veinte años? —Hastings se volvió hacia el obispo de Bath y Wells, quien escuchaba encogido de miedo—. Stillington, ¿acaso vuestra conciencia acabó gritando tan fuerte que no podíais acallarla por más tiempo? ¿No percibís en esto el rastro untuoso de las mentiras?

—No podéis intimidar a un obispo de la Iglesia, milord —dijo Ricardo con firmeza—. Ni deberíais intentarlo. Ahora escuchadme, todos. Tal vez Hastings, en su cólera, nos haya mostrado el camino. En esta sala no hay criados. Nadie excepto los aquí presentes sabe que el matrimonio de mi hermano no fue válido, ni que sus hijos son ilegítimos. —A su lado, lord Stanley se agitó incómodo, y Ricardo se volvió hacia él—. Sí, sí, yo también odio decir estas palabras. Tanto o más que cualquiera. Pero en nuestra mano está hacer un juramento, un pacto, tan solemne como los de cualquier orden de caballería, o el de los reyes o el que hacemos ante Dios. Podemos jurar con nuestra sangre que no revelaremos lo que sabemos de la línea sucesoria, para que todo quede en esta habitación y no salga jamás de ella.

Hizo una pausa, tomó una gran bocanada de aire y prosiguió bajando la voz.

—Westminster ya ha estado antes en posesión de secretos, y lo estará en el futuro. Jurad conmigo que nunca revelaréis lo que habéis oído y desde aquí iré directamente a sacar a mis sobrinos de las habitaciones que ocupan en esta fortaleza. Al príncipe primogénito, lo llevaré de inmediato a Westminster para que sea coronado rey con el nombre de Eduardo V. Solo nosotros lo sabremos. Pero si alguno disiente, entonces tendré que permitir que la noticia se divulgue, por más que me rompa el corazón.

Los sentados a la mesa cruzaron miradas, pero los dos arzobispos ya estaban negando con la cabeza antes de que Ricardo terminara de hablar.

—No puedo empeñar mi palabra en esa mentira —dijo firmemente el arzobispo Bourchier—. El juramento de mi oficio me lo impide, aunque pudiera aprobarlo como hombre.

—Tampoco yo puedo —añadió el arzobispo Rotheram de York—. Lo que pedís... es imposible.

El obispo Morton no abrió la boca, si bien delataba tanta tensión que parecía que fuera a saltar de la silla en cualquier momento. Ricardo cerró los ojos y la repentina flojedad del cuerpo pareció revelar su desesperación.

—Entonces no hay nada que yo pueda hacer. Había esperado..., pero no. La noticia se sabrá.

—Justo como pretendíais —dijo Hastings de pronto—. ¿Por qué si no haríais que este hombrecillo formulara tal acusación en esta sala si esperabais invalidarla? ¿Por qué no guardaros el secreto para vos?

—Milord, parece que veis culpabilidad en todo lo que hago —contestó Ricardo encolerizándose de nuevo—. Sin embargo, todo lo que he hecho, todo lo que he intentado, ha sido para mantener incólume la memoria de mi hermano y asegurar la vida de su hijo, haciéndolo ascender al trono. De buena fe, leí los archivos y hablé a cientos de hombres que conocieron a mi hermano y sabían cuál habría sido su voluntad. Y este es el resultado, un resultado que yo no deseaba. Vuestras infames sospechas... En fin, quizá no me resulta tan difícil entenderlas.

Hastings se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

—¿Ah, sí? ¿Vos me entendéis a mí? Bien, pues podéis iros al infierno.

Lord Stanley y el obispo Morton se levantaron en el mismo instante en que Hastings se movía. Los tres hombres sacaron sus espadas, aunque Stanley les gritó de inmediato que se detuvieran. El obispo Morton esgrimía una daga larga, pero lo hacía para defenderse, como quedó de manifiesto cuando el religioso dio un paso atrás.

Hastings hizo caso omiso del grito. Una vez desenvainada la espada, lanzó una estocada al otro lado de la mesa, dirigida al corazón de Ricardo.

La punta de la hoja alcanzó al lord protector mientras este se apartaba para esquivarla y le desgarró la franja dorada de la túnica. La rapidez de reflejos y su relativa juventud habían salvado a Ricardo, aunque lord Hastings no se quedó quieto tras fallar en su primer ataque. Sin dudarlo, rodeó la mesa para finalizar el trabajo.

—¡Guardias! ¡Traición! —bramó Buckingham.

Al final también él se había levantado. Aunque parecía un conejo frente a un zorro, desenvainó la espada y la puso delante de Hastings para cortarle el

paso.

—¡Traición! —gritó a su vez Ricardo de Gloucester.

Sus ojos centelleaban mientras el furioso Hastings forcejeaba para alcanzarlo. En ese momento, las puertas se abrieron de golpe y los guardias entraron en tropel en la sala. Hastings apartó a Buckingham de un golpe, pero, antes de que pudiera dar otro paso, lo sujetaron por detrás y su espada cayó con estrépito sobre la mesa. El obispo de Bath y Wells gritó aterrado ante la súbita presencia de tantos hombres armados. Lord Stanley casi le cayó encima al viejo obispo después de que también a él lo agarraran, lo desarmaran y lo enviaran de mala manera al suelo. El obispo Morton se quedó completamente inmóvil, mientras una espada en la garganta lo disuadía para entregar la daga a unas manos que ya se extendían para cogerla.

Los golpes y gritos se detuvieron en seco, y solo quedó el sonido de las respiraciones agitadas, o de los gruñidos de quienes estaban en el suelo, bajo el peso de cinco o seis hombres que los tenían inmovilizados.

—Soy el lord protector de Inglaterra —dijo Ricardo con voz clara—. Nombrado por mi hermano, el rey Eduardo. Os ordeno arrestar a William, lord Hastings, con el cargo de traición y conspiración contra la persona del rey.

—Mentís con mucha facilidad. Me pregunto si vuestro hermano llegó a conoceros de verdad —dijo Hastings.

El rostro de Ricardo se encendió. Se acercó a Hastings y este forcejeó, aunque lo sujetaban con tanta firmeza que no pudo moverse ni un centímetro.

—¿Cuántas veces habéis ido al refugio sagrado de la abadía de Westminster, William, antes y después de que ordenara a mis hombres rodearla? Durante estas últimas seis semanas, más o menos, ¿cuántas veces diríais?

Hastings retorció el labio.

—Así que tenéis espías vigilando el lugar. ¿Qué me importa a mí eso? Soy un hombre libre, no un conspirador. No es asunto vuestro las veces que yo haya ido allí.

—¿Y vuestra amante? —prosiguió Ricardo—. ¿Jane Shore? ¿Cuántas veces diríais que se ha deslizado sigilosamente por aquellos caminos y se ha colado dentro, a cualquier hora, incluso a la luz de las estrellas? Me pregunto qué mensajes llevaba que no eran aptos para la luz del día, como ocurre en

las conspiraciones. ¿Qué me decís de ella, milord?

Hastings, sometido a la fuerte sujeción de los soldados, se había ido hinchando como si contuviera un caudal desorbitado de emociones. El rostro se le había oscurecido hasta adquirir un tono casi púrpura, y quienes lo rodeaban podían ver la trama de venas que le surcaban las mejillas y la nariz.

—¡Repito que no es asunto vuestro, Gloucester, por más que lo hagáis parecer una acusación! Mi amante, mi hermana, yo mismo... Nadie que me conozca dirá otra cosa de mí, sino que soy leal. Vuestro hermano confiaba en mí. ¿Cómo podéis acusarme ahora? ¿En qué os beneficia? Por el amor de Dios, Ricardo, os lo ruego. Olvidemos el día de hoy y lo que aquí se ha dicho.

—Ojalá pudiera hacerlo, milord —respondió Ricardo—. Pero no habéis recorrido el camino hasta el final, ¿todavía no lo veis? ¿No lo veis? —El rostro de lord Hastings solo mostraba confusión y desesperación, y Ricardo negó tristemente con la cabeza—. Vos estaríais dispuesto a poner al hijo de mi hermano en el trono.

—Lo estaría, lo juro —dijo Hastings.

—Ah, pero el hijo de mi hermano no es el heredero. Ni Eduardo ni Ricardo lo son. Ahora sabemos que el matrimonio de su padre fue una mentira y que mis sobrinos no pueden ser sus herederos. Y, sin ellos, ¿quién es el siguiente en la línea al trono de Inglaterra, William? ¿Quién es el que se halla ante vos y os llama traidor? ¿Lo veis ahora?

—Vos —dijo Hastings. Parecía desinflarse al hablar, como si aquella sola palabra le hubiera arrebatado toda la pasión.

—Yo —confirmó el lord protector—. Aunque desearía que las cosas fueran de otra manera, no puedo enmendar los errores de mi hermano. Solo me resta aceptar su corona, y que Dios se apiade de mi alma. Preferiría que apartaran de mí este cáliz, pero si no es posible... beberé de él.

Todos los ojos de aquella habitación estaban fijos en él, y Ricardo inclinó la cabeza, visiblemente exhausto y entristecido.

—Llevaos a milord Hastings. Él mismo, con sus palabras, ha admitido que ha conspirado contra mí. No sé cuántos están de su lado, ni la fuerza que han conseguido acumular. Esperadme abajo, caballeros. Volveré a hablar con él antes de dejar este lugar.

Hastings fue conducido fuera de la habitación. Salió lleno de desconcierto

e incredulidad, y sin mirar atrás.

Ricardo se volvió entonces hacia lord Stanley e indicó a los soldados que lo dejaran levantarse. Stanley habló en cuanto estuvo en pie.

—Milord, no he tomado parte en ninguna clase de conspiración. Siempre he sido leal y vuestro hermano tenía plena confianza en mí.

—Mi hermano confiaba en Hastings —dijo Ricardo.

—Aun así, yo no he estado cerca del asilo sagrado de Westminster desde la muerte del rey. No he tenido parte en ello. Si tenéis espías allí, entonces sabéis que digo la verdad.

Sudando, lord Stanley quedó a la espera, sabedor de que su vida dependía de la respuesta que recibiera. Pasado un rato, Ricardo asintió una sola vez.

—No tenía intención de arrestaros, Thomas. Pero desenvainasteis vuestra espada. Y también Morton esgrimió ese cuchillito de mesa que lleva. ¿Qué iba yo a pensar?

El obispo de Ely había observado con gesto de extrema concentración. En ese momento, vio su oportunidad y se adelantó.

—Debo pedir disculpas, alteza. No comprendí todo lo que sucedía a mi alrededor. Como lord Stanley, saqué mi daga y retrocedí, pensando únicamente en salvar el cuello.

Ricardo le sonrió al obispo al tiempo que Stanley se apresuraba a intervenir.

—El obispo tiene toda la razón. Yo me limité a reaccionar ante lord Hastings. Más allá de eso, no pensé en nada hasta que me vi con la espada en la mano.

Ambos estaban sudando, según podía apreciar Ricardo, quien era perfectamente consciente de que con solo una palabra podía acabar con ellos. Con todo, Morton lo había llamado «alteza» y, en cuanto a Stanley, su hermano había dicho que se podía confiar en él. Ricardo se decidió rápidamente.

—Los dos sois hombres de acción, y eso es bueno. Morton, cualquier agravio queda perdonado. Stanley, necesito un nuevo tesorero de Inglaterra que recaude fondos para hacer funcionar todo lo demás. ¿Aceptáis?

Stanley abrió unos ojos como platos e hincó la rodilla en el suelo.

—Acepto, por supuesto, milord. Será un gran honor.

Los hombres que lo rodeaban retrocedieron a cierta distancia, conscientes de que no solo habían sujetado a un hombre con bastante poder, sino que claramente lo tendría en mayor grado al salir de aquella habitación. De pronto, ni uno solo de los soldados presentes se atrevía a mirar a Stanley a los ojos. Ricardo sonrió al darse cuenta de ello. Se volvió entonces a Buckingham, que no había perdido detalle.

—Sigue habiendo conspiraciones que todavía deben ser sofocadas, milord Buckingham. Además de un tesorero, también necesitaré un condestable de Inglaterra. Sin oro, no puede haber ley. Sin ley, no puede haber seguridad. Todo va unido.

Antes de que Buckingham pudiera poco más que tartamudear su aceptación y agradecimiento, Ricardo cruzó la sala para acercarse a los arzobispos de York y de Canterbury, quienes seguían sentados. Ninguno podía levantarse con facilidad, ni caminar sin bastón. Ricardo se apoyó en los puños y luego se inclinó todavía más, de modo que parecía un halcón o un lobo tensando los músculos antes de saltar.

—Ilustrísimas, arzobispos Bouchier y Rotheram, hoy habéis demostrado vuestra integridad. Si antes consideré la posibilidad de mantener un falso juramento, fue en un momento de debilidad del que ahora me avergüenzo. No estuve a la altura y lo confesaré como pecado. Pero vosotros os mantuvisteis firmes y me mostrasteis la fuerza moral que os ha dado justa reputación. Ahora, no queda ya ninguna sombra, ni conspiraciones ni secretos.

Los dos hombres lo observaban con mucha atención, según advirtió Ricardo. Les devolvió la mirada con ojos muy abiertos e inocentes.

—Los hijos de mi hermano no pueden ser reyes, no ahora, ilustrísimas, no después de lo que hemos oído. Si en algún momento fue posible correr un velo sobre lo ocurrido, ese momento ya ha pasado, con tantos testigos aquí presentes. Pero si yo he de ser rey, por ahora todavía soy lord protector. Y aún hay conspiraciones, hombres que llamarían señor a un Lancaster, por más que algunos piensen que de ellos solo quedan piltrafas. Mis sobrinos están a salvo en la Torre, y yo estoy a salvo gracias a los hombres armados que me cubren las espaldas. Arzobispo Bouchier, ¿coronaría vuestra gracia a un hijo de York? Si os lo pido, ¿me coronaríais como el rey Ricardo III?

El arzobispo había visto sucederse los acontecimientos a tal velocidad que había quedado aturdido, pero comprendía que en aquella habitación había

un hombre al que no se le podía decir que no. No había mejor lección, para quien tuviera ojos, que haber presenciado el destino de lord Hastings.

—Por supuesto, alteza —contestó con voz tenue.

Los más viejos de entre los que se hallaban en la Torre Blanca descendieron con cuidado los escalones hasta el terreno inferior. Ricardo había esperado hasta quedar a solas con Robert Stillington. El obispo de Bath y Wells había sentido terror cuando Ricardo lo había rodeado con un brazo y después había solicitado un escritorio y una jarra de buena cerveza, para darle ánimos. El lord protector, tras dejar al hombre garabateando, descendió con paso ligero los escalones que llevaban al gran patio de la Torre. Se detuvo en el último escalón y aspiró el cálido aire del día, con el rostro vuelto hacia el sol. Demasiado a menudo, los viejos solían morir, pero él necesitaba que Stillington diera fe en el Parlamento. Ricardo sabía que aún debería afrontar disputas y disensiones, de eso apenas cabía duda, pero, al igual que había mantenido abierta la puerta de Londres, ante tales cosas uno podía precaverse. Tendría bien vigilado a Stillington hasta que el Parlamento se reuniera en Westminster. Si el destino o algún matón aventurero encontraba el modo de acceder al viejo, el lord protector todavía contaría con su testimonio jurado, sellado con su anillo y con su firma. Todos los obstáculos podían evitarse, pensó.

Un poco más allá de la Torre Blanca, Ricardo vio que un grupo de soldados esperaba sus órdenes, tal como él había requerido. Entre ellos, desarmado, estaba lord Hastings, aunque tampoco parecía que nadie lo retuviera a la fuerza. Ricardo chasqueó la lengua en señal de desaprobación. Resultaba asombroso el temor que la soldadesca mostraba ante los lores, o quizá se debiera a que aquellos hombres habían conocido a lord Hastings personalmente. El barón gozaba de gran prestigio, según se decía.

Ricardo se aproximó al grupo confiadamente. Hastings irguió la cabeza, preparado para recibir cualquier nueva acusación o quién sabe si algún tipo de pacto que pudiera convenir a ambos. Ricardo sonrió, disfrutando del sol.

—Lo lamento, Hastings. Lamento haberos hecho esperar. Y lamento que ahora debáis soportar esto.

Ricardo hizo un gesto a los soldados que Hastings tenía a su espalda. Entonces lo agarraron de los brazos y, pese a sus gritos de ira y sorpresa, lo

arrastraron unos diez metros y le dieron patadas en las piernas para hacerle perder el equilibrio. Hastings cayó de bruces, sujeto por los soldados, y miró incrédulo la viga de madera que había sobre la hierba, frente a él.

—¿Qué significa esto? ¡Gloucester! ¿Es que no voy a tener un juicio, hijo de perra? ¿Y la justicia?

—Esta es toda la justicia que merece un traidor, milord. Como he dicho, lo lamento, pero debo enviar un mensaje a todos los que me consideran demasiado débil. Y esto servirá.

Hastings trató de hablar otra vez, pero los hombres que lo sujetaban lo empujaron hasta que su cuello quedó sobre la viga.

—Esperad —dijo Ricardo—. Milord, ¿deseáis confesaros? Puedo hacer que traigan a un clérigo.

A Hastings se le permitió ponerse de rodillas. No percibió ninguna piedad en la mirada de Ricardo, por lo que, resignándose a su suerte, asintió brevemente. También él se volvió para sentir el sol en la cara, por última vez. El lord protector se apartó a cierta distancia mientras traían a un clérigo, quien al llegar se arrodilló junto a lord Hastings para oír cómo este le susurraba sus pecados y luego darle la absolución. Transcurrió una hora antes de que, con las piernas entumecidas, el hombre se levantara e hiciera una reverencia, primero a Hastings y luego al lord protector. Al clérigo no le gustó lo que revelaban las caras de los soldados y se marchó apresuradamente.

Cuando Ricardo regresó, percibió una suerte de paz en Hastings. Este levantó la vista bastante calmado al darse cuenta de que había llegado la hora. Estiró el cuello sobre el madero y no se encogió cuando el hacha hizo su trabajo.

—Id con Dios —dijo Ricardo, santiguándose.

28

Londres parecía tranquilo aquel mes de junio, si bien el sol calentaba y en el río había bastante actividad comercial. Pocos súbditos plebeyos conocían los debates que tenían lugar en cada gran casa de la capital. Como tantas otras veces, se había convocado a los miembros del Parlamento de cada condado, ciudad o población mercantil. Sin embargo, esas conversaciones no habían empezado después de la intermitente llegada de unos y otros, sino que llevaban ya tiempo desarrollándose en privado. En muchos sentidos, la verdadera conversación terminaría cuando todos ocuparan sus asientos en el Parlamento.

El domingo anterior a cuando debían reunirse, el lord protector salió a caballo acompañado por su amigo Buckingham y una gran comitiva de lores y autoridades. Primero se reunieron en la Torre, en cuyo patio central todos pudieron ver a los príncipes, que disparaban flechas a una diana y se tocaban el sombrero para saludar a los lores que se asomaban a verlos.

La comitiva de jinetes partió a mediodía, encabezada por el lord protector y su guardia personal. Los estandartes de Ricardo ondeaban tan altos como si estuvieran en el campo de batalla, aunque solo se dirigían al oeste de la ciudad, por la calle Aldgate hasta el mercado de carne y pescado, después por el de aves y luego por las amplias vías de Cheapside y Ludgate Hill, donde cincuenta y dos orfebres tenían sus magníficos establecimientos uno tras otro. En la catedral de San Pablo, todos se detuvieron y desmontaron, un grupo numeroso y lleno de animación en el que lores y capitanes se mezclaban con clérigos y concejales.

Las bromas y las risas cesaron a medida que ocupaban sus puestos para escuchar al orador, un fraile que era hermano del alcalde y que tenía reputación de ser una mente cabal. En medio de su exhortación a los fieles

sobre la naturaleza del perdón, el hombre vio a los hombres que habían entrado. El fraile Shaw inclinó su gran cabeza durante un instante, mientras ordenaba sus pensamientos. Cuando volvió a hablar, sus palabras procedían de la sabiduría de Salomón, primero en latín y luego en lengua vernácula.

—«Que el fruto de los esfuerzos nobles es glorioso, imperecedera la raíz de la prudencia. En cambio, los hijos de adúlteros no llegarán a sazón, desaparecerá la raza nacida de una unión culpable».

El fraile Shaw ya había reunido a un auditorio de cientos de personas para su sermón dominical. Los congregados asentían a sus palabras, si bien algunos volvieron la vista atrás, hacia el lord protector y sus lores, que también habían venido a escuchar.

—De igual manera será decidido el destino de York, estoy seguro —prosiguió el fraile Shaw.

Se hizo entonces el silencio, una quietud absoluta. La multitud sabía perfectamente quién estaba a su espalda, acompañado de hombres armados. Observaron atentamente al fraile, quien, sin embargo, sonreía. Si se había vuelto tan loco como para desafiar al lord protector, ellos no querían tener parte en ello.

—De los hijos de York, solo uno es nacido en Inglaterra, de sangre y barro inglés. El lord protector, a quien veo ante mí. Ricardo de Gloucester, que nació en el castillo de Fotheringhay, en Northamptonshire, una región agreste y verdeante. Su hermano el rey nació en Francia, según creo. En Ruan. ¿Y Clarence, esa pobre alma ignorante?

—En Irlanda, padre —dijo claramente Ricardo desde el fondo—. En Dublín. Lo que decís es cierto.

—¿Y ha venido el único inglés de entre los York a oír mi juicio sobre su persona? —preguntó el fraile Shaw con voz que resonó por sobre las cabezas inclinadas—. ¿Y sobre el matrimonio de su hermano?

—Con vuestro permiso, padre, nada tengo que temer de la verdad —replicó Ricardo.

—¡Ni tampoco yo he de rehuirla, lord protector! Ni siquiera con vos observándome aquí y ahora. Habéis oído las palabras del rey Salomón. El matrimonio de vuestro hermano fue un acto falso, convertido en tal por su propia mano y por sus deshonestos deseos. ¿Es cierto que contrajo una promesa con otra mujer? ¿Con el propósito habitual entre juglares y

cortesanos? ¿Y mucho antes de su matrimonio con Isabel Woodville?

Un rumor de incomodidad se elevó de la multitud antes de que Ricardo se dejara oír por encima de los murmullos.

—Me causa gran dolor decirlo, pero sí, padre. Sí, es cierto.

—Entonces sus hijos son frutos espurios, lord protector. Nacidos bastardos. Aunque el pobre Clarence también tiene un hijo, ¿no es así?

Ricardo no pudo evitar fruncir la boca, con gesto irritado. No había previsto esta parte.

—Su padre fue desposeído de todos sus derechos, padre. Esa línea de la estirpe no puede tener ninguna pretensión legítima.

La multitud volvió a murmurar y Ricardo observó las nuca blancas o atezadas de los trabajadores del pueblo.

—Entonces, ¿quién es el siguiente en la línea sucesoria, lord protector? Si los vástagos espurios no pueden echar raíces, ni tampoco pueden hacerlo los deslegitimados, ¿quién más puede reclamar ese derecho?

—Yo lo haré, padre —dijo Ricardo—. Yo reclamo ese derecho. En nombre de mi hermano y para honrar su memoria, seré rey.

El gentío empezó a lanzar vítores, los primeros quizá gritados por aquellos a quienes habían pagado, aunque pronto fueran secundados por el resto. A Ricardo le entusiasmó aquella muestra de aprobación. Se preguntó si el sonido de los vítores llegaría hasta el Parlamento. Probablemente no, si bien acabarían oyéndolos; tal vez en murmullos y cuchicheos, pero con la fuerza de la maleza que crece entre las piedras. Tendrían que aceptar lo que no podían contener, aunque solo fuera porque Inglaterra había visto ya demasiadas guerras.

Quizá Buckingham lo había explicado mejor. El país se había desgarrado cuando la prematura muerte de Enrique de Agincourt había dejado el gobierno del país a un niño. Ahora las ciudades y los lores no podían aceptar que otro niño ocupara el trono, sobre todo habiendo un hombre mejor cualificado a la espera. Ricardo de Gloucester era de la casa de York, y un nombre conocido por todos. Además, había demostrado ser capaz de arrebatárselo ese trono de sus malditas manos si osaban interponerse en su camino. Aquel año no existía otra alternativa. Todo el país elegiría coronar al lord protector, por delante de cualquier jovencuelo.

—Mi madre dice que sus medios se han reducido mucho —dijo Enrique Tudor a su tío.

Por toda respuesta, Jasper emitió un gruñido y se reclinó en la silla con las piernas cruzadas, dispuesto a disfrutar del sol de París. Los jardines del palacio del Louvre estaban especialmente exuberantes ese año, con parterres enteros plantados de iris y lirios amarillos y púrpura que inundaban el aire con fragancias tan penetrantes que llegaban a marear.

Jasper nunca había prestado demasiada atención a las cartas que le leía su sobrino. Al parecer, había desencadenado un torrente de palabras desde que, unos años atrás, arreglara el encuentro entre el joven y Margaret Beaufort en Londres. A partir de ese momento, la mujercita escribía casi constantemente relatando todo lo que ocurría en el país. Ocupaba una buena posición para hacerlo, eso Jasper debía admitirlo. Su nuevo marido parecía haber ascendido junto con Ricardo de Gloucester, y se le consideraba un hombre de confianza. Tal vez ese cambio de estatus estuviera detrás del entusiasmo con que ahora los trataba el rey Luis. Después de todo, no era tan frecuente que los invitaran a la capital para regalarlos con banquetes y nuevas ropas. Jasper se rascó al pensarlo, deseando que aquel tejido picara menos con el paso del tiempo. La asignación que recibían del rey Luis les había bastado para mantenerse durante una docena de años, pero con pocos lujos.

Era cierto que el rey francés, en cuanto había sabido de la repentina muerte del rey Eduardo, había dejado de pagar setenta mil libras en oro a Inglaterra. Luis había dado un gran banquete para celebrar la victoria sobre su viejo enemigo; había utilizado una gran parte de aquel dinero para pagar tantos platos y tantas rondas de buen vino que, durante los tres días siguientes, él mismo no había sido más que un anciano sacudido por los vómitos.

A sus sesenta años, podría decirse que el rey Luis ya se había convertido en una araña vieja, de patas más grises que negras. Con todo, su disfrute resultaba contagioso. Era una lástima que, unos meses antes, Margarita de Anjou hubiera muerto mientras dormía en la hacienda de su familia. Se le había negado incluso la satisfacción de sobrevivir al rey Eduardo.

Enrique Tudor había crecido y ya no era aquel muchacho retraído que Jasper Tudor rescatara del castillo de Pembroke, sino un hombre alto y taciturno. La mayoría de las noches cenaban juntos y se ejercitaban con la

espada en el patio de la pequeña granja que les habían cedido, cerca de la ciudad de Rennes, muy al oeste del bullicio y la animación de París. Ambos se habían acercado bastante en los años pasados juntos, años en los que habían vivido apaciblemente, casi como padre e hijo. Ni uno ni otro habían buscado formar una familia o tener otros amigos. En sus correrías privadas, Jasper saltaba de criada en doncella, según su capricho y la receptividad de la mujer en cuestión. No tenía ni idea de si su sobrino perseguía tales vicios.

En las noches de verano, su sobrino se sentaba junto al roble sin hojas, en la colina, y desde allí miraba al norte y al oeste. Era el único signo de inquietud que mostraba, y por eso Jasper creía que Enrique se había resignado a llevar una vida sencilla. Cierto que el joven leía vorazmente en latín y en su propia lengua, y que estudiaba leyes e intercambiaba libros con el abad de lugar, a quien se los enviaban desde París. Además, daba la impresión de gastar bien poco de su asignación, con lo que a menudo le había hecho préstamos a su tío sin que luego pareciera advertir que no le eran devueltos.

Si bien Jasper ya sentía el frío de la edad, aún estaba delgado, y la mayoría de los días tenía bastante vigor, o eso se decía a sí mismo. En cualquier caso, la posibilidad de regresar a París y de dormir al sol había sido demasiado tentadora para resistirse, a pesar de todo el traqueteo y demás inconveniencias que implicaba el viaje hasta allí.

Durante los inviernos, en ocasiones Jasper todavía soñaba con Pembroke, y entonces se veía vagando por sus salones o encaramado a los muros, como un fantasma. El verano era una época más feliz, y el calor le ayudaba a dormir mejor.

Abrió un ojo y vio a Enrique paseando arriba y abajo del largo salón, cuyas ventanas abiertas daban a los magníficos jardines. Una suave brisa traía el aroma de las flores y, si en ese momento le hubieran pedido que describiera el paraíso, habría dicho que era aquel lugar, al que habría añadido una jarra de cerveza inglesa esperando al alcance de la mano. Aquel largo salón, según se decía, se había construido con el objetivo de pasear. Algún rey de épocas precedentes había descubierto que esa actividad le ayudaba a pensar. Y Enrique parecía disfrutar poniéndola en práctica.

—Mi madre dice... —Enrique se interrumpió súbitamente sin dejar de mover los ojos de un lado a otro, siguiendo las líneas de apretada escritura. El

hecho resultaba lo suficientemente inusual como para que su tío se incorporara en la silla y reprimiera un bostezo.

—Vuestra madre era una dulce muchacha cuando la conocí —dijo Jasper—. Y además más lista de lo que parecía. La verdad es que me sorprende la cantidad de maridos que se ha buscado ella misma.

—Esperad, tío... Dice que el hijo del rey Eduardo no será su heredero.

Al oírlo, Jasper acabó de enderezarse completamente.

—¿Por qué no? ¿Ha muerto el muchacho? Vamos, Enrique, ahora sí que habéis despertado mi interés. Decídmelo ya o leedlo en voz alta, o si no pasadme de una vez esa carta para que la lea yo mismo. Y dejad de mirarla con la boca abierta.

Para su sorpresa, su sobrino hizo justo lo que le pedía y, apretando el paso, dejó caer la carta en el regazo de su tío al pasar a su altura. Enrique tenía veintiséis años y llevaba media vida sin ver su país. Mientras leía, Jasper levantó la vista y observó que su sobrino se apartaba la oscura melena y se la ataba con una cinta de cuero. Enrique se parecía bastante a su padre y, en ciertos momentos, a Jasper le hacía pensar en su hermano, lo cual le provocaba un repentino dolor. Ahora, por la forma en que miraba a su tío, se había producido uno de esos momentos. Jasper respondió a esa mirada levantando un dedo, y leyó toda la carta con atención. Cuando volvió a alzar la vista, su respiración se había vuelto jadeante.

—¿Es una oportunidad? —preguntó Enrique—. La casa de York se halla muy debilitada este año, ¿no es así, tío? No había esperanza cuando el rey Eduardo estaba en el trono, un hombre de cuarenta años con su prole de varones y con hijas que podrían casarse para obtener títulos y riquezas. Incluso ahora, tras su muerte, tiene dos hijos fuertes. Aun así..., ¡aun así! ¿Habéis leído hasta el final?

Jasper se rascó la barbilla. Hacía algún tiempo que no visitaba al barbero y sabía que los pelos le crecían canosos y lo envejecían. Quizá ya era hora de volver a afeitarse completamente.

—Sí, la he leído entera. Si vuestra madre tiene razón y no ha comprendido mal...

—Tío, ella visita la corte. Su marido es el tesorero real. Sin duda, sabe lo importante que esto es para mí. ¡Decidme! ¿Supone esto un punto flaco? En lugar de contar con un linaje fuerte, es Ricardo de Gloucester quien asciende

al trono. Si podemos golpear cuando todo es aún reciente, antes de que se asienten y establezcan una larga estirpe de traidores y usurpadores... ¿Quién sabe? Quizá podríamos recuperarlo todo. ¿Es una locura, tío? Llevo tanto tiempo pensando en esto que ya no sé lo que es real y lo que no lo es. Dadme vuestra opinión.

—Hay suficiente motivo para hablar con el rey Luis, eso es indudable. En cuanto a vuestra madre, el rey tendrá una docena de oídos en aquella corte, así que seguro que puede confirmar lo que ella cuenta. Supongo que esta es la razón de que se nos haya llamado a París. El rey Luis os preguntará estas mismas cuestiones. ¿Es esto una oportunidad? ¡Si lo es, no me encontrará dormido, Enrique! Lo juro. No seré yo quien la pierda por falta de empuje.

—Y valdría la pena perder todo esto, ¿no es así, tío? —dijo Enrique, abarcando con el gesto la magnificencia que los rodeaba.

El palacio del Louvre era un lugar de gran belleza, pero ni una sola baldosa, ni un solo panel de vidrio les pertenecía. Enrique se refería a la seguridad y a la paz. Lo que estaban considerando suponía poner en peligro absolutamente todo en la tranquila vida que llevaban.

—Vale la pena correr cualquier riesgo —convino Jasper—. Vamos. Averigüemos lo que Luis tiene que decir sobre la carta de vuestra madre. Tal vez escribamos una contestación con buenas noticias.

Ricardo salió al balcón interior del castillo de Baynard y miró abajo, hacia la gran multitud compuesta por lores, ricos mercaderes, miembros del Parlamento, caballeros, capitanes y hombres del clero. Vestía jubón y calzas doradas y azules, con un estampado de piñas bordadas. Y encima de tan vivos colores llevaba un manto de terciopelo púrpura con adornos de armiño. Estaba encantado con el efecto.

Les sonrió a todos. Los grandes hombres y los de mayor valía se habían desplazado hasta el hogar de su familia, a orillas del Támesis, para aclamarlo como rey. El Parlamento había debatido su derecho al trono el día anterior, un debate en el que se había prohibido expresamente su presencia. Sin embargo, todos sabían que su ojo seguía vigilándolos.

Cruzó la mirada con Buckingham, quien con tanto acierto había hablado en su nombre aquella misma mañana y también el día anterior, en Westminster. El joven duque se había excedido un tanto, pues había

comenzado explicando a la multitud londinense que incluso el rey Eduardo podría haber sido ilegítimo. Buckingham parecía no entender el grave insulto que eso suponía para la madre del propio Ricardo. Este había tratado, sin éxito, de cerrarle la boca sobre aquel asunto. Buckingham, demasiado henchido de su propia importancia, había insistido en que debía ser él quien, en las grandes reuniones de los comunes, hablara en nombre de Eduardo.

Pero lo que importaba era que los miembros del Parlamento habían asentido con sus sabias y ancianas cabezas: hombres de los condados, sargentos de armas, jueces de paz, representantes de todas las ciudades del reino, barones y condes y duques; todos se habían congregado en una gran asamblea celebrada en Westminster Hall, con la intención de votar su derecho a ocupar el trono.

Y habían acordado aceptar al lord protector como rey. Ricardo todavía sentía vértigo al pensarlo. No habían pasado ni tres meses desde la muerte de su hermano. Desde entonces, él no había desperdiciado ni un solo día, ni uno solo.

Debajo, en el gran salón de Baynard, la multitud lo vitoreaba, apiñados y desbordándose por cada puerta y ventana abierta, donde hombres y mujeres estiraban el cuello solo para verlo.

—Se me ha comunicado una buena nueva —dijo Ricardo provocando las risas de todos—. ¡Se me ha comunicado que debería dirigirme a Westminster, para sentarme en una silla y ser coronado!

El gentío respondió con un clamor y Ricardo, eufórico, demandó silencio con un gesto de la mano. Vio que su mujer aparecía en la entrada del balcón, en actitud tímida. Por su expresión, Ann Neville, segunda hija de Warwick, podría haber estado encantada u horrorizada.

—¡Venid, Ann! —la llamó Ricardo—. ¡Dejad que os vean!

Era unos pocos años más joven que él y, con su vestido blanco y un puntiagudo tocado, mostraba un aspecto pálido, casi etéreo, hasta el punto de que Ricardo se inquietó por su salud. En contraste con la piel de su esposo, de un moreno rojizo, y sus manos de espadachín, ella parecía como si fuera a partirse en dos. Con todo, cuando Ricardo le tendió la mano, Ann acudió a su lado, lo que provocó otro estruendoso clamor en los congregados abajo.

—Mi reina, Ann, será coronada junto a mí —dijo al gentío—. Mi hijo será príncipe de Gales. —Inclinó la cabeza para hablar en voz más baja a su

esposa—. ¿Dónde está el niño, Ann? ¿Ni siquiera podéis hacer eso por mí?

—Ned ha salido corriendo —respondió ella secamente—. Y no sé dónde está. Se ha soltado de mi mano. Todos estos gritos y vítores tan estruendosos lo han asustado.

Ricardo prefirió volver la cabeza a iniciar una discusión a la vista de todos. Era un motivo de irritación constante que su hijo de nueve años no hiciera más que llorar y buscar las faldas de su madre cuando debería estar haciéndose un hombre fuerte. Y tampoco había indicios de que fuera a tener la enorme estatura del rey Eduardo. Aquello le hacía preguntarse si, después de todo, no tendría razón Buckingham.

Mientras su esposa lo fulminaba con la mirada, Ricardo de nuevo sonrió a la muchedumbre.

—Os digo que, con la gracia de Dios, aquí empezamos hoy un nuevo reinado. Pero con él continuamos una estirpe real que seguirá perdurando dentro de cien años. Haya paz ahora, bajo la rosa de York y bajo los leones del blasón real. Esta mañana me he despertado siendo lord protector. Esta noche dormiré siendo el rey de Inglaterra.

En tanto la multitud aclamaba, tomó a Ann de la mano y descendió con ella las escaleras. Abajo esperaba una litera tirada por caballos para Ann y un caballo de batalla para Ricardo. Buckingham había seleccionado a ocho pajes para el rey electo, todos de la misma altura y vestidos con hábito rojo y blanco de satén. Los pajes de Ann vestían con el mismo tono de rojo y una túnica azul oscuro, en honor a la madre de Cristo. Ofrecían una estampa desbordante de color en la grisura de las calles, en las que una muchedumbre creciente se agolpaba para verlos marchar.

Los lores e invitados de Ricardo ya se desparramaban como una marea en dirección a Westminster, excepto aquellos que ya hubieran enviado a los criados a reservarles un buen asiento. Ricardo observó que su mujer parecía nerviosa y se inclinó para besarla. Para su irritación, ella se giró, de modo que los labios de él solo rozaron la mejilla. No le era posible reprenderla tan ásperamente como deseaba, pues seguían rodeados de gente que no dejaba de vitorearlos. Ciertamente, era típico de ella deslucir su momento de triunfo con alguna pequeña mezquindad.

Ann subió los peldaños dispuestos para ayudarla a montar y se acomodó en la litera, tras lo cual, con el cuello doblado y la cabeza inclinada hacia

delante, esperó a que las doncellas extendieran bien el vestido, de modo que ocultara cualquier visión de piernas o muslos.

—Gracias, lady Beaufort —dijo a la dama que supervisaba a las doncellas.

Ricardo miró a aquella patética vieja bruja que atendía a su esposa.

—Cuidad bien de ella, milady. Es mi mayor tesoro.

Margaret Beaufort hizo una breve reverencia, aunque mantuvo su expresión avinagrada. Ricardo renunció. No le parecía demasiado pedir que su esposa compartiera un poco del júbilo y la satisfacción que él sentía. Bien sabía Dios que había invertido grandes esfuerzos para propiciar los acontecimientos. Sentía en la espalda un dolor de mil demonios, y notaba cómo el hombro se le salía hacia fuera, como una puerta que se abriera bajo la túnica, lo que le provocaba una sensación de inconveniencia, además de aumentar su dolor. Estaba seguro de que la incomodidad lo haría estar inquieto todo el rato, en tanto el arzobispo estuviera rezando sobre su cabeza y los monjes cantaran el *Te Deum*. Aun así, era capaz de seguir sonriendo a la multitud. Sería agradable que su mujer hiciera otro tanto, pensó.

Al parecer, su hijo no iba a estar presente en la coronación de su propio padre. A Eduardo lo llamaban Ned para distinguirlo de la gran cantidad de muchachos bautizados con el nombre del rey. El único hijo de Ricardo, quien se convertiría en príncipe de Gales, también llegaría a ser rey algún día. Le encolerizaba pensar que estaba por ahí, jugando en alguna parte, en este preciso momento de la vida de su padre.

—Lady Beaufort —dijo Ricardo—, ¿podrías enviar a alguien para que busque a mi hijo Ned y lo traiga a mi lado? Ese... jovencuelo ha salido corriendo, según me han dicho. Me gustaría que viera cómo coronan a su padre, si no es mucho pedir. En la puerta de Westminster, daré instrucciones a un hombre para que le reserve un asiento.

Irritado, hubo de ver cómo la dama de su esposa miraba primero a Ann y recibía de esta un breve asentimiento, antes de hacerle otra reverencia. Ricardo levantó la vista. Un hombre podía ser rey, y nada menos que rey de Inglaterra, y aun así ser tratado en su propio hogar con el mayor desdén. Deseaba fervientemente que su mujer no le negara el lecho matrimonial aquella noche. Él insistiría, estuviera ella o no de acuerdo. Al fin y al cabo, su hijo necesitaba hermanos y hermanas. Ya estaba bien de pretextar dolores de

cabeza o catarros.

Mientras se disponía a montar un joven caballo castrado, Ricardo se preguntó distraídamente si su hijo, cuando le llegara el momento de ser rey, recibiría el nombre de Eduardo V o el de Eduardo VI. Entonces le vinieron a la mente sus dos sobrinos, que ahora estarían en la Torre. Miró hacia el este, donde distinguía la Torre Blanca en la distancia, elevándose sobre el resto del edificio. ¿Se oirían desde allí los vítores? Se le ocurrió que quizá sí.

Una vez coronado, tendría que considerar de nuevo el futuro de sus sobrinos. Tal vez pudiera discutirlo con Buckingham. El joven duque se había hecho un gran devoto suyo en los meses precedentes, y mostraba tanto entusiasmo por la causa que a veces incluso resultaba embarazoso. Resultaba difícil de creer que el abuelo de aquel hombre hubiera luchado por los Lancaster y que lo hubiesen matado en Northampton. O tal vez de ese hecho nacieran los ataques de Buckingham al rey Eduardo, aunque eso Ricardo no era capaz de determinarlo. Había sido Buckingham quien había añadido el detalle, en su petición al Parlamento, de que Isabel Woodville era una hechicera que había embaucado al rey Eduardo con sus artimañas mágicas. Tan persuasivo se había mostrado que casi había conseguido que borrarán al rey Eduardo de los registros, a pesar de todo lo que había logrado, como si el pobre diablo no hubiera sido más que un títere manejado por Isabel.

Ricardo frunció el ceño al pensarlo. Por más que quisiera alentar a Buckingham, también tendría que contenerlo. Ricardo había sido totalmente leal a su hermano mayor mientras vivía. Quizá no hubiera un hecho del que pudiera jactarse con más orgullo, en el caso de que alguna vez quisiera expresarlo en voz alta. Él había adorado a Eduardo, lo había reverenciado por ser un hombre de más grandeza incluso que la corona que portaba. Y su pérdida todavía le causaba un gran dolor, en su ser más íntimo y profundo. Nunca más otorgaría su confianza, a nadie.

Por fin, su esposa pareció estar lista. Ricardo se obligó a salir de su lúgubre ensoñación y asintió a los guardias y pajes, ya preparados para iniciar la marcha delante de ellos. Así, habiendo perdido parte de su buen ánimo y entre el clamor de la multitud, Ricardo partió junto con su mujer. Ante ellos, las trompetas y los tambores comenzaron a sonar, y el pulso se le aceleró. Por delante y por detrás, los escoltaban caballeros cuya armadura emitía reflejos plateados.

Ricardo sintió que recobraba un tanto la alegría y levantó la mano para saludar al gentío, aunque el gesto le provocaba dolor de espalda. Cada año estaba peor, pensó. Ese sufrimiento, que antes se había sentido capaz de sobrellevar toda su vida, se le hacía más difícil de soportar a medida que envejecía. Resultaba frustrante admitirlo, pero el vigor físico y la seguridad de un hombre que a los veinte años decía «esto podré aguantarlo siempre» no eran atributos que perduraran. Un hermano y un rey amado podían morir, una promesa podía debilitarse y su espalda aún podía retorcerse más, de modo que su dolor quizá ya nunca se aliviaría.

29

Ricardo suspiró y se sentó recostado en la silla, algo más separado de la mesa. El verano se había hecho eterno, más que cualquier otro que pudiera recordar. Estaban en noviembre y todavía los días, que ya acortaban con rapidez, eran espléndidamente calurosos. Las hojas habían adquirido tonos dorados y rojos, con mil matices distintos, pero el sol seguía brillando y, por lo visto, la maldita lluvia solo se dignaba aparecer por la noche. Su esposa, Ann, junto con un gran séquito de jueces y lores, lo había acompañado en un desplazamiento regio, en el que la corte viajera había llegado muy al norte, hasta York. La entrada en la ciudad había sido un poco distinta de la que recordaba haber hecho con Eduardo y una docena más de hombres. Como si se tratara de compensar la frialdad de entonces, ahora le habían regalado un cáliz lleno de gruesas monedas de oro, mientras que a Ann le habían entregado un plato de oro con bordes plateados. Había habido banquetes y festejos por doquier. Tanto había complacido a Ricardo la generosidad de la segunda ciudad de Inglaterra que había dispuesto que su hijo fuera coronado allí como príncipe de Gales, en la imponente y antigua catedral de York.

Había conocido a cierto embajador de España, quien se había revelado como una compañía de lo más agradable. Durante los perezosos meses de calor, Ricardo había cumplido con los deberes de Estado sin dejar de moverse de una ciudad a otra. Había consolidado la paz con España y Francia y había impartido justicia a casi un millar de reos, algunos de los cuales habían esperado juicio durante años. Pero todavía era más importante, en su opinión, que le hubieran visto en su recorrido por el país. No como pretendiente al trono, ni siquiera como lord, sino como rey, un rey que impartía justicia y otorgaba gratificaciones, que ejecutaba criminales o los perdonaba según las alegaciones. Al final, su mujer y su hijo lo habían dejado cuando él había

partido de vuelta hacia Londres. Se habían ido al castillo de Middleham, después de que los médicos reales dijeran que estaban exhaustos y sufrían una congestión en los pulmones. Indudablemente, la tos de su esposa había empeorado, así que no tenía motivos para sospechar que su entusiasmo hubiera decaído. Al contrario, Ann parecía haber disfrutado durante sus primeros meses como rey. Cuando ella y su hijo recobraran fuerzas, volverían a Londres para estar a su lado.

Ricardo apuró la copa de vino y sintió la calidez que se filtraba en sus músculos. Tenía puestas muchas esperanzas en un nuevo unguento para la espalda, y había encontrado a una mujercita de Dorset que se lo aplicaba con pulgares de acero. Deseaba que llegara aquella noche para disfrutar de sus atenciones, con una mezcla de temor y expectación.

Sintió que se le retorció la espalda en el momento en que entró su mayordomo y le hizo una reverencia. Aquella crispación se iba pareciendo a una de esas viejas heridas de las que había oído hablar y que eran capaces de predecir la lluvia o las malas noticias. La idea le hizo sonreír.

—¿Qué sucede? —le preguntó al mayordomo.

—Majestad, afuera hay un mensajero. Trae graves noticias de parte de lord Buckingham.

Ricardo miró hacia el otro extremo de la mesa, hacia lord Stanley, quien había apartado su plato. Stanley se encogió de hombros, aunque como tesorero real le pareció que tal vez debería enderezarse en la silla y estar al tanto.

—Hacedlo pasar —dijo Ricardo. No conseguía librarse de una inquietante sensación de hormigueo, que ya no sabía si provenía de la espalda o simplemente de su intuición.

El mensajero entró y habló durante media hora, o más, mientras Ricardo lo interrogaba. Las noticias eran ciertamente malas, si bien el rey, ya de pie, se tomó un tiempo para limpiarse la boca y las manos con un paño. Sus invitados se levantaron también, cruzando miradas entre sí.

—Bien, caballeros, parece ser que, después de todo, Henry Stafford, duque de Buckingham, no ha resultado ser el hombre en quien había confiado. ¡Y vive Dios que yo se lo di todo! Pensar que ahora se haya vuelto contra mí... Es el mayor falsario que haya existido. Veamos. Todos habéis oído lo mismo que yo. ¿Alguien desea preguntar alguna otra cosa a este

hombre? ¿No? Entonces enviaré orden de reunir a las tropas en mi nombre. Congregaré a un ejército para defenderme contra esta rebelión, estas amenazas e insurrecciones. Puede que Buckingham haya perdido el juicio, o esté bajo la influencia de algún hechizo, no lo sé. Y aún añadiré algo más: ofrezco una recompensa por su captura. Si Buckingham ha decidido actuar como un vulgar forajido, así es como voy a tratarlo. Por su captura, vivo para que sea castigado, pongamos... mil libras de recompensa, o tierras por valor de cien libras al año. Eso en cuanto a Buckingham. Para el obispo Morton, un hombre en cuyo consejo creí poder confiar, quinientas libras, o tierras por valor de cincuenta al año. Para cualquier caballero tan loco como para creer en sus promesas..., cuarenta libras por cada hombre.

Paseó la vista entre aquellos que simplemente habían esperado disfrutar de un relajado banquete en Lincoln, como parte de su lento regreso a Londres. Muchos de ellos sonreían, en claro reflejo de la confianza que emanaba del propio Ricardo.

—Caballeros, he sido testigo de las batallas de Barnet y Tewkesbury. Ya he presenciado rebeliones antes. ¡Y no me queda paciencia para otra más! Congregad a los hombres de Inglaterra en mi defensa. Los rebeldes tendrán mi respuesta.

Todos vitorearon y, en actitud solemne, salieron lo más rápidamente posible. Ricardo volvió a sentarse y arqueó las cejas hacia lord Stanley, su tesorero.

—Esto vaciará las arcas —dijo Ricardo lúgubrementemente—. Aunque tal vez nos deje un Estado más saneado... una vez que hayamos expulsado la mala sangre. Supongo que es mejor saber ahora que Buckingham era un farsante que encontrarme con sus cuchillos durante la noche. Al menos, ha decidido salir a campo abierto, en vez de tratar de envenenarme. ¡Ah, malditos sean estos lores veleidosos! Os aseguro que desde que murió mi hermano Eduardo no ha habido nadie que mereciera siquiera limpiarle los zapatos. Ni siquiera yo. Todos hemos vivido ya suficientes guerras. Cuestan demasiado.

—Sin duda, así es, majestad —respondió vehementemente lord Stanley. Ricardo levantó la vista.

—Claro, claro que es así. Bien, pedid prestado lo que necesitéis, en mi nombre.

Se quedó pensativo durante un momento y su rostro se ensombreció.

—Me pregunto si Buckingham no es más que el peón del obispo Morton. ¿Se han rebelado para poner a mis sobrinos en el trono? Porque, desde luego, no pueden haberlo hecho por los Lancaster. ¿Qué andrajos quedan de esa casa después de Tewkesbury? ¿Algún criado? ¿Algún esbirro leal?

Lord Stanley sonrió sumisamente a su benefactor, mostrando su complacencia a Ricardo mientras este proseguía.

—No había pensado que Buckingham pudiera ser tan estúpido. Es un excelente orador, pero no lo tenía yo por un gran comandante. Aunque quizá al final una cosa y la otra sean lo mismo.

Se dio cuenta de que Stanley deseaba licencia para retirarse y se la dio con un gesto de la mano.

—Idos, milord. Aseguraos de que mis órdenes de leva me preceden. Mi ejército debe estar reunido dentro de diez días, en... Leicester. Sí, esa ciudad servirá. Puedo atacarlos desde allí, con independencia de dónde congreguen sus ejércitos.

Mientras Stanley se inclinaba y salía, Ricardo levantó la vista hacia la lluvia que golpeaba los cristales de aquel salón de Lincoln. Ya una vez lo habían hecho salir de ese condado junto con su hermano Eduardo, y además sin una triste moneda en la bolsa. ¡Eduardo le había dado su tabardo a un capitán flamenco a cambio del pasaje! ¿Acaso los tipos como Buckingham creían que él era un inocente, un estúpido al que se sorprende con una insurrección cualquiera?

Pese a la ligereza con que había hablado a los hombres de aquella mesa, Ricardo estaba furioso con Buckingham por su traición. No lo obligarían a huir de nuevo, no como rey. Había disfrutado de un glorioso verano..., pero no era suficiente. La lluvia golpeó en ráfagas más violentas contra el cristal y Ricardo sonrió. El verano llegaba a su fin. Que Buckingham aprendiera lo que eran los vientos del otoño y el frío del invierno. Que el taimado obispo Morton aprendiera lo que era la lluvia que convertía los caminos en lodazales donde se atascaban las tropas. Ricardo les daría respuesta a todos ellos, y a cualquiera que se alzara en su contra. Pensó una vez más en sus sobrinos. Mientras vivieran, siempre serían un toque de llamada a sus enemigos, una herida sin cicatrizar. Apretó la mandíbula. Contra eso también había respuesta.

Buckingham se había extralimitado. Él mismo lo supo en cuanto envió mensajeros para pedir consejo al obispo Morton y estos regresaron confundidos y con las manos vacías, diciendo que no había modo de encontrarlo. Luego, el duque se sintió enfermo cuando vio aparecer al ejército real al atardecer, una oscura marea de armaduras que marchaban contra él y en defensa del rey Ricardo.

Los hombres llegados para luchar por los estandartes de Buckingham tenían el gesto sombrío y temblaban bajo la lluvia. Llevaban días sin comer bien y estaban rendidos de tanto soportar la humedad y el frío.

Cuando salió el sol, había varios miles de hombres menos que la noche anterior. Algunos lores y sus hombres se habían simplemente marchado al amparo de la noche. Habían observado cómo los cuadros del ejército real iban tomando forma, preparándose para la mañana, y su valor se había esfumado.

Tampoco había ayudado demasiado que la lluvia no hubiera dejado apenas de caer desde el momento en que Buckingham había salido al campo, hacía ya dos semanas. Parecía que el verano se hubiera reservado cada gota de agua solo para descargarlas todas juntas, en un torrente que semejava el diluvio universal. Los caminos y senderos no solo estaban embarrados, sino anegados de agua hasta la altura de la cintura, un agua que la tierra ya no era capaz de absorber. Los hombres dormían empapados y se despertaban temblando, e incluso la comida estaba siempre fría y mojada.

Buckingham se sintió observado mientras cabalgaba por un sendero encajado entre setos, en busca de un terreno llano. Estaba convencido de haber visto brillar la codicia en los ojos de sus propios caballeros y de los pocos lores que quedaban aquella mañana. La idea de que el rey Ricardo hubiera puesto precio a su cabeza le resultaba tan insultante que todavía echaba chispas, pero debía admitir que había obrado su efecto. Para empezar, Morton había desaparecido. Y, además, Buckingham ya no podía montar o caminar a ningún lado sin que las miradas lo siguieran, como si él fuera una fortuna que hubiera que vigilar, no fuera a ser que se evaporara. Era exasperante. Pese a todo, en su opinión, sus planes no se habrían desbaratado tan rápidamente sin los rumores llegados de Londres.

Una de aquellas informaciones había conseguido hundirlo más que el precio por su cabeza o la humedad o el miedo. A Buckingham le traían sin

cuidado los dos hijos del rey Eduardo, pero no podía decirse lo mismo de la mitad de los lores que se habían alzado contra el rey Ricardo. Algunos habían secundado la rebelión para restaurar la legítima línea sucesoria, para derrocar al usurpador que había maquinado contra la viuda de su hermano y sus hijos con una premura indecente, cuando el cuerpo del anterior rey aún no se había enfriado.

A Buckingham no le habían preocupado excesivamente qué razones pudieran tener, siempre que salieran al campo con él. En última instancia, no importaría por qué hubieran venido. Una rebelión iba creciendo en poder y ambición, y cuando Ricardo estuviera muerto todos se dejarían llevar por la corriente ganadora y juzgarían el resultado del mismo modo que él. Para entonces, las fuerzas de Lancaster ya habrían desembarcado para unírseles en el triunfo. Todo quedaría solventado sobre el cadáver de Ricardo, y aquellos que Buckingham hubiera perdido... Bueno, ellos también podrían descansar en paz.

La noticia de que habían matado a los príncipes en la Torre, nadie sabía cómo, había asestado un golpe mortal a su campaña. Sin ellos, no había ni causa de York ni un eje aglutinador. Desesperados, Buckingham y el obispo Morton habían argüido que sus lores debían cambiar de alianza y luchar por Lancaster. Si hubiera habido alguna señal de los malditos Tudor, podrían haber convencido a los lores allí reunidos. Pero no la había, y algunos de los nobles de aquel campo no conservarían sus títulos en el caso de que Lancaster retornara. Esos nobles apenas habían pronunciado palabra al caer la noche, pero por la mañana todos habían desaparecido, y con ellos también miles de soldados.

Se trataba quizá de la más desastrosa y efímera rebelión que había visto en su vida, pensó Buckingham, arrepentido. No creía que quedaran más de ochocientos hombres aquella mañana, mil como mucho. Y solo Dios sabía a cuántos debería enfrentarse. Le habían ganado la partida casi desde el principio y, muy a su pesar, eso le hacía sentir un respeto por el rey Ricardo que antes no había tenido. La creciente marea que había experimentado durante unas pocas y emocionantes semanas se había convertido en un charco de agua estancada. Le gustaba aquella imagen, en parte porque los cielos habían vuelto a abrirse y la lluvia caía con violencia, repiqueteando desagradablemente en su armadura. Las placas de hierro tenían ya un color

parduzco a causa del óxido, a pesar de que tenía escuderos y criados que las pulían todas las noches.

Divisó una granja algo más adelante y simplemente la señaló, en lugar de gritar en medio del aguacero. El ejército del rey estaba a dos o tres kilómetros, al otro lado de un terreno desigual en el que había prados, zanjas y un río. Con la lluvia convirtiéndolo todo en un cenagal, Buckingham no creía que los otros avanzaran aquella mañana, independientemente de los estandartes que ondearan en aquel campo, a menos que fuera para pedir su rendición. En cualquier caso, dispondría aún de un poco de tiempo, y solo de imaginarse un tazón de leche caliente casi sintió ganas de sollozar.

Desmontó en el patio de la granja y se dirigió a la puerta. No vio a uno de sus hombres levantar un garrote justo en el momento en que él se agachaba para pasar bajo el dintel. El golpe que recibió en la parte de atrás de la cabeza lo hizo caer sin sentido en el umbral. La familia que se hallaba dentro se quedó pasmada y aterrorizada ante aquel estrépito de armaduras que les habían metido la lluvia y el viento dentro su hogar.

Los hombres que rodeaban a Buckingham, sin decir palabra, lo levantaron a rastras y ataron su cuerpo inconsciente al caballo, con los brazos fuertemente anudados a la espalda. Mientras se bamboleaba sobre la silla, los hombres cruzaron miradas que revelaban un cálculo cruel. Aunque fueran seis a repartir, mil libras representaban una fortuna para unos caballeros pobres.

El barco ya no subía y bajaba con el oleaje, sino que daba sacudidas como un jabalí herido. Las crestas blancas asomaban por encima de las barandillas con rumor sibilante antes de deshacerse en espuma al golpear contra los costados y en la cubierta del navío, lo que arrancaba profundos crujidos a toda su estructura. Los marineros corrían descalzos por el combés y, entre gritos y gestos de advertencia, se agarraban a una soga o a cualquier borde de madera cuando veían acercarse una ola. Con frecuencia, uno de ellos advertía demasiado tarde la amenaza y era derribado y arrojado sobre las tablas en medio de una masa espumosa, hasta que topaba contra cualquier otra superficie. Algunos se esforzaban por mantenerse en pie, completamente empapados y con el pelo chorreando agua salada, mientras trataban desesperadamente de respirar. Otros arrastraban por la borda a los

compañeros en su caída a las furiosas y espumeantes profundidades.

Otro peligro, mayor que las grandes olas que amenazaban con volcar la embarcación, procedía de los barcos que se debatían por ambos flancos, a los cuales habían perdido de vista en la oscuridad antinatural de la tormenta. En ocasiones, el viento amainaba sin previo aviso, aunque el mar seguía lleno de picos y abismos, y entonces los hombres podían ponerse en pie para buscar en la masa gris algún atisbo de tierra o de su propia flota. Había además un aire brumoso, cargado de humedad marina, y por ello nadie pudo dar la alerta cuando un barco surgió de improviso por encima de otro, elevándose más y más sobre el combés en tanto los hombres no dejaban de gritar. Los mástiles se quebraron con estrépito en el barco de abajo, que se escoró hasta quedar completamente boca abajo, mientras la otra embarcación se sacudió como un perro mojado y remontó hacia delante, como si no acabara de matar a docenas de hombres.

Jasper Tudor observó la escena horrorizado. Se consideraba un marinero, pero el mar abierto entre Francia e Inglaterra constituía una de las franjas marinas más peligrosas que nunca había conocido. Allí las tormentas surgían de la nada. Además, las costas estaban erizadas de rocas negras o acantilados calcáreos, y desde las aguas profundas no se divisaba ningún fondeadero tranquilo. Rezó al ver cómo un barco destrozaba al otro y oír los grandes lamentos que se elevaban en la embarcación superviviente, que después de liberarse de la otra seguía navegando. Al principio, pareció haber salido casi indemne del choque, pero pronto empezó a escorarse también, y entonces de nuevo se oyó un coro de gritos, que ahora nacían de un terror infinito. Nadie podía evitar aquello e impotente hubo de ver cómo los hombres caían al agua como piedras, al tiempo que el barco se inclinaba y cabeceaba violentamente. Las olas no les daban tregua y el viento empezó a arreciar de nuevo, ululando, hasta dejar congelados a los que miraban y a los que se estaban ahogando.

Al apartar la vista del desastre, advirtió que su sobrino contemplaba la escena sin revelar ninguna emoción. Enrique Tudor no había perdido ese peculiar aire distante que había inquietado a su tío desde su primer encuentro. No era exactamente que no sintiera nada, aunque si quería podía mostrarse frío. En opinión de Jasper, parecía más bien como si el joven fuera incapaz de establecer una conexión profunda con los demás hombres. Enrique era

distinto de una manera sutil, por más que hubiera aprendido a disimular esa diferencia asombrosamente bien. En los menesteres habituales de la vida, un extraño no hubiera distinguido entre Enrique y cualquier otro caballero o lord. Sin embargo, a veces parecía no saber demasiado bien cuál debía ser la reacción esperable en un hombre, como si estuviera totalmente ausente.

Y esta era una de esas ocasiones. Allí estaba, mirando inexpresivamente cómo un barco caía sobre otro con un choque terrible y ambos quedaban destrozados y se hundían. Las cabezas se agitaban en el agua y algunos hombres movían los brazos, aunque para ellos no había esperanza. Ni siquiera la había para los que nadaban, porque solo Dios sabía dónde estaba la costa. Tenían la misma probabilidad de dirigirse al mar del Norte que a cualquier posible abrigo costero. Y el rescate era del todo imposible. El resto de la flota ya estaba demasiado ocupada tratando de sobrevivir como para pensar en nadie más. Cada barco había cerrado con clavos las escotillas de madera, para impedir que las olas inundaran la bodega y todos acabaran arrastrados al fondo.

Quienes estaban en el agua bien pronto se quedarían congelados de frío, o bien acabarían muriendo por el embate de aquellas olas que subían y bajaban como los propios barcos, masas de agua como leviatanes, capaces de reducir a los hombres a astillas y pecios.

Jasper vio al capitán gritar nuevas órdenes y que dos de sus marineros se apoyaban con todo su peso sobre el timón, al tiempo que llamaban a otros hombres para que los ayudaran a combatir el oleaje. En un costado del barco, varios miembros de la tripulación tiraban de una soga para girar la verga. Más hombres esperaban allí, aferrándose para salvar la vida en medio de la galerna que porfiaba por arrastrarlos o que los dejaba congelados en ese mismo lugar.

—¡Regresamos! —gritó Jasper a su sobrino.

Estaba incluso sorprendido de haber llegado tan lejos. La tormenta los había golpeado tan de súbito que toda la flota se había dispersado, incapaz de reaccionar ante la rápida entrada del temporal por el este, como si la borrasca se hubiera encauzado y hubiera cobrado impulso a lo largo de las costas del Canal. Jasper deseaba únicamente que pudieran arrastrarse hasta los puertos franceses. Y temía lo que podría esperarles allí. El rey Luis les había cedido dieciocho barcos y mil doscientos hombres. El objetivo era desembarcar en

Gales para unirse a la rebelión de Buckingham. Jasper, frustrado, tan solo podía negar con la cabeza. Incluso parecía que la tormenta estuviera amainando, de modo que ahora oía cómo los marineros, encaramados a los mástiles, se gritaban unos a otros por encima del aullido del viento y de los crujidos y golpes de los cabos mojados contra la madera. Era como si, tras ponerlos en fuga, la tempestad hubiera decidido ir aplacándose con cada milla que se alejaban de la costa de Gales.

—Volvemos a Francia —repitió Jasper—. Esta tormenta ha sido... En fin, no habría sido posible anclar o encontrar un puerto seguro, al menos con esta violencia. Ahora parece que amaina, ¿no creéis?

Cerró los ojos y se tocó la cruz que llevaba colgada del cuello, mientras rezaba por todas las tripulaciones y todos los barcos que habían osado salir a mar abierto en la estación de las tormentas. A los que estuvieran en tierra, suponía que aquello les habría parecido un simple chubasco, un chaparrón que como mucho habría dejado en el tejado algunas tejas sueltas. Pero allí, en las aguas grises y profundas, aquella experiencia había sido una de las más aterradoras de su vida.

—¿Cuándo podemos volver a intentarlo? —le gritó Enrique al oído.

Su tío lo miró, consciente de que el joven era tan inteligente como cualquier otra persona que hubiera conocido, aunque a veces se mostrara tan frío que parecía intolerablemente cruel. Jasper estaba exhausto y medio congelado. Había visto cómo cientos de hombres morían ahogados y, por lo que él sabía, el suyo era el último bajel a flote en medio de aquel mar iracundo y rencoroso. En ese momento, ni siquiera pensaba en volver a intentarlo, ni aunque el rey Luis reemplazara cada barco y cada hombre perdidos y creyera que valía la pena pagar el precio. Sin embargo, su sobrino lo miraba fijamente, esperando una respuesta.

—Pronto, Enrique —dijo su tío, renunciando, exasperado—. Primero regresemos y desembarquemos, y después ya se verá. Pero no será hoy.

—Alegrad ese ánimo, tío —dijo Enrique, sonriéndole—. Estamos vivos, y somos los últimos Lancaster. Después de esta tormenta, hay razón para poner al mal tiempo buena cara, diría yo.

Jasper se secó el agua de mar de sus grandes ojos y del pelo, que todavía chorreaba.

—Sí —contestó—. Bueno, haré lo posible.

En el mercado de Salisbury, Ricardo observó con desagrado al estúpido joven que se había puesto en semejante situación. El tajo esperaba y el verdugo estaba listo con su enorme hacha. Aunque el sol asomaba apenas por las colinas del este, la ciudad había acudido a presenciar la muerte de un duque. Aguardaban con ojos abiertos de fascinación, mirando y oyendo sin perder detalle.

Henry Stafford, duque de Buckingham, seguía siendo el condestable de Inglaterra nombrado por Ricardo, un hombre a quien se había confiado un gran poder y la autoridad suficiente como para arrastrar a otros al campo de batalla. En aquella multitud, habría muchos que sentirían una pequeña satisfacción al ver caer a un hombre de tal posición. Eso demostraba que la ley se aplicaba a todos por igual, desde los *sheriffs* y alcaldes y concejales hasta los más pobres y el común de la plebe: cualquier persona que compareciera ante los jueces del rey.

El rey Ricardo se hallaba a un lado de la plaza del mercado, atento al protocolo. El joven Buckingham había dilapidado la confianza en él depositada, pero aun así había algo insoportablemente estúpido en su lamentable rebelión. Ricardo suspiró para sí y se frotó la barba incipiente de la mandíbula. La espalda volvía a molestarle. No tenía remedio. Buckingham no se haría viejo y sabio para poder arrepentirse de aquella locura de juventud. Para él no habría segunda oportunidad.

—En mi opinión, milord Buckingham, sois tan solo el peón del obispo Morton, más que el autor de vuestra propia destrucción. Tengo noticias del obispo, y también de los barcos avistados en la costa y obligados a darse la vuelta. Vuestros benefactores no escapan a mis cazadores, milord, podéis estar seguro. En cualquier caso, debo castigaros por vuestra traición. Me habéis costado más que...

Se obligó a detenerse y a no formular sus quejas. El duque lo miró con expresión reconcentrada, no del todo carente de esperanza, pese a las ligaduras.

—Si esa es de verdad vuestra opinión, majestad, entonces os lo ruego, perdonadme. La clemencia está entre vuestras atribuciones. Decid una palabra y este hombre cortará las ligaduras y me dejará libre. Y entonces viviré solo para servirlos, una vez más.

—Lo sé, milord. Sé que lo que decís es cierto. Pero elijo no liberar a un traidor. Vos escogisteis vuestro destino cuando os alzasteis en armas contra vuestro rey. Caballeros, proceded.

Buckingham se debatió, pero dos hombres fuertes lo obligaron a colocarse en el tajo y luego se retiraron para dejar espacio al verdugo. Este, que era un hombre del lugar, sudaba ante la exigencia de asestar un golpe perfecto delante de un público que lo conocía. Describió un gran arco en el aire y Buckingham profirió un gemido de miedo que se oyó apenas un instante, antes de dejar paso al silencio.

30

El castillo de Middleham había sido el hogar del conde de Warwick, como lo fuera antes de su padre. Había sido el verdadero nido del clan de los Neville. En parte, esa había sido la razón de que Ricardo lo hubiera elegido también como su morada, después de que su hermano Jorge hubiera perdido la posibilidad de reclamarlo. Ricardo había pasado varios años de su juventud en Middleham y el lugar le traía muchos buenos recuerdos. Su hijo había nacido allí, en una época en la que su matrimonio había sido más feliz y lleno de risas. Middleham, situado más al norte que la ciudad de York, era sin duda un lugar desolado en invierno, pero cuando regresaba la primavera la extensísima propiedad se llenaba de verdes prados, riachuelos y huertos, un verdadero edén de las tierras altas de Yorkshire.

Llevaba casi un año como rey, pensó Ricardo mientras volvía a vestirse. El ritual de tomar un baño caliente junto al fuego al final de la mañana se había convertido en hábito con el transcurso de los meses. Y lo efectuaba siguiendo siempre los mismos pasos, de modo que de inmediato notaba cualquier anomalía. Su espalda y sus hombros eran un amasijo de bultos y, en los días húmedos, sentía cómo se le retorcían los huesos. A veces, una punzada de dolor hacía que se despertara en la oscuridad, convencido de que algo se había roto en su interior. Luego el dolor pasaba y entonces volvía a dormir, pero aquello le sucedía cada vez con mayor frecuencia.

Murmuró una maldición cuando, por culpa de un movimiento mal calculado, una oleada de dolor le sacudió el tronco hasta el punto de hacerlo jadear. La ira le resultaba de ayuda, siempre, aunque sus quejas y maldiciones no sobrepasaban el ámbito de lo privado. Ante el mundo, estaba obligado a mostrar otra cara, por más que luego arrojara un guantelete por la habitación cuando se quedaba solo. Se dejó el resto de los ceñidores de la túnica sueltos

y salió a la luz del sol.

Una armadura completa esperaba allí, a su disposición, sujeta con tiras de cuero a un poste de hierro de la talla de un hombre alto. Ricardo la contempló con expresión torva. Practicaba con aquel artefacto cuando le era posible. Cada golpe que asestaba le provocaba una sacudida en todo el cuerpo, y entonces sentía como una quemadura y una puñalada en la columna y los hombros. Pese a ello, necesitaba la fortaleza que obtenía con aquel ejercicio, una vez que el sudor ya se había secado y los criados le habían untado los músculos con aceites, como si fuera un antiguo senador romano, para luego efectuar pasadas adelante y atrás con estrígilos de metal o marfil. Tenía fuerza suficiente para estrechar la mano de un hombre y triturársela, si ese era su deseo. No podía permitirse ser débil, él menos que nadie.

Se quedó de pie delante de la armadura, fijándose en los puntos fuertes y también en los vulnerables, donde sería posible introducir la hoja de la espada. Por supuesto, el campo de batalla era la única prueba que de verdad contaba: allí sí había un enemigo real, moviéndose y contraatacando. Pero resultaba útil conocer los puntos débiles de las armaduras, por ejemplo, por dónde podría penetrar una cuchillada cuando el enemigo levantaba el brazo.

El senescal de Middleham no dijo nada al entregarle la espada, sujetando la vaina para retenerla mientras Ricardo extraía la hoja. Acto seguido, el anciano se hizo a un lado, aunque Ricardo sabía que observaría cada golpe.

—Podéis entrar en la casa. Hoy practicaré solo —le dijo de pronto.

El senescal se inclinó y desapareció rápidamente, tras lo cual Ricardo se volvió lentamente y miró a su alrededor, hacia arriba, al balcón de madera, y abajo, al patio a cielo abierto. No había otras caras mirando desde lo alto, ni nadie que lo observara entre las sombras. Estaba solo y, de súbito, notó que le faltaba el aire. Se rasgó la túnica, la dejó caer en el suelo casi partida por la mitad y la apartó de una patada. Normalmente, estar a pecho descubierto le hacía sentir en cierto modo desprotegido, por lo que no era algo que realmente disfrutara. Pero ese día se sintió ahogado, aprisionado. Atravesó con la mirada las paredes del piso superior, donde su hijo yacía inerte. El príncipe de Gales había tosido de forma incesante, mientras los pulmones se le llenaban de sangre y oscuras flemas.

Ricardo se giró y contempló la armadura, un caballero de hierro que alzaba su figura algo descompuesta ante él, burlándose. Lo atacó, asestando

golpe tras golpe, a la izquierda tres veces, luego otras tres a la derecha. Cada golpe lo hacía jadear a causa del creciente dolor, pero no por ello se detuvo. Sentía como si alguien le hubiera aplicado un hierro candente a los huesos, una sensación que agradecía, pues se decía a sí mismo que si era capaz de resistir mientras el sudor hiriente lo empapaba, entonces quizá su hijo estuviera vivo cuando él volviera a verlo. Tal vez la fiebre habría bajado y la bacinilla de orina roja, que más bien parecía sangre, tuviera de nuevo un contenido amarillo y de apariencia más saludable.

Lanzó una estocada, pero la armadura resistió la profundidad de su acometida. Una, dos, tres veces, luego un tajo de arriba abajo y después un revés a la garganta de la armadura. Maldijo para sí al notar que algo se le movía por dentro al descargar el golpe, de modo que este se desvió un par de centímetros de su objetivo. Le ocurría a veces y le resultaba imposible predecir aquel chasquido discordante de sus huesos antes de que le sobreviniera. En lugar de cortar la garganta, la espada golpeó el casco y rompió el gozne de la visera. Había fallado, pero también aquel espadazo habría dejado vacilante y lleno de sangre a cualquier hombre, pensó Ricardo. Todavía era fuerte y rápido.

La madre del muchacho estaba con el pequeño Ned en aquella habitación, lavándole el pecho y los brazos a su hijo. Este había enflaquecido mucho durante los meses previos. Ann había colocado una jofaina de agua sobre las sábanas y humedecía un paño en ella. Ricardo había aguardado lleno de aflicción mientras ella describía amplios círculos en la carne de su hijo, que se iba enfriando bajo su tacto.

En el patio, Ricardo comenzó a sollozar mientras, prosiguiendo con su ejercicio, giraba sobre sus talones y descargaba la hoja contra el otro gozne, lo que hizo caer la visera al suelo y dejó una negra abertura en la armadura. De inmediato lanzó una estocada por el hueco abierto y cortó el hierro, deseoso de matar, deseoso de que terminara aquel dolor que le agujoneaba los ojos y le torturaba la espalda hasta el punto de impedirle respirar. Empezaba a sentir como si una costilla le hubiera atravesado el pulmón, y cada respiración se convertía en una profunda cuchillada. Se detuvo, jadeante y lloroso, contemplando cómo las gotas de sudor caían a tierra.

Ann no parecía haberle oído cuando él había intentado hacerla salir. Seguía allí sentada, como si ella misma fuera un cadáver, tan pálida como su

hijo. Su único hijo, el único ser viviente que él amaba en este mundo. El muchacho al que Ricardo había visto columpiarse en un sauce y trepar por él, a poca distancia de donde se hallaba ahora. No parecía justo que un niño tan risueño y bullicioso se enfriara en silencio, o con la tosecilla de Ann por único acompañamiento, mientras la mujer se inclinaba sobre su hijo en aquella habitación.

Diez años no era una edad para morir. Resultaba preferible que se fueran muy jóvenes, así lo había afirmado siempre la madre de Ricardo, que abandonaran el mundo antes de ser poco más que un nombre y una cara arrugada por las muecas del llanto. Una vez que habían cumplido años y se acumulaban los recuerdos de miles de noches charlando y llevándolos a hombros... En fin, aquello era como un duro invierno para Ricardo, aunque ya hubiera llegado la primavera.

Volvería a verlo, se dijo a sí mismo. Si bien Ann lo vería primero, de eso estaba seguro. La había estado observando, sin saber muy bien cómo comportarse frente al dolor de ella, porque Ann no lloraba ni tampoco aceptaba marcharse. Había visto el paño arrugado en su mano y, estrujada en el interior, la gran mancha de humedad roja.

En su segundo ataque, golpeó más limpiamente el gorjal. Las juntas se rompieron y el casco salió despedido y rodó por el patio, rebotando y raspando el suelo hasta detenerse. Contempló el poste y el montón de chatarra magullada, pero allí ya no había ningún enemigo, ninguna amenaza. No era más que una vieja armadura, y él estaba tan cansado y sentía tanto dolor que hubiera aullado hasta quedarse sin aliento. Arrojó lejos la espada y se hincó de rodillas, con la vista clavada en la tierra.

Durante algún tiempo, había pensado en pedirle a Ann otro hijo, pero ahora sabía que ella no viviría lo suficiente. Entonces él se quedaría solo. Sus hermanos ya no estaban, y no tendría esposa, ni hijos, ni hijas. No tendría a nadie, únicamente la perspectiva de un reinado lleno de años vacíos.

Pasado un rato, cuando los sirvientes comenzaron a afanarse por los balcones y a mirar con disimulo al rey, aún de rodillas e inmóvil, Ricardo volvió en sí. Sintió las miradas clavadas en los bultos de su espalda y eso fue justamente lo que le hizo volver en sí. Se puso de pie y recogió la espada, cuyo filo, según observó, se había estropeado hasta tal punto que no habría artesano con destreza suficiente para arreglarlo. Se le habían agarrotado los

músculos por haber estado de rodillas, y al ponerse la túnica lanzó un gruñido, aunque aquel era un dolor más razonable.

Levantó la vista hacia las ventanas abiertas, hacia los aposentos donde su hijo había dejado de respirar y moverse. Ricardo no necesitaba ver de nuevo al muchacho. No creía que pudiera soportarlo. En lugar de eso, se llenó los pulmones del aire primaveral y pensó en Londres y en las leyes que aprobaría aquel año. Pensó en Isabel Woodville, quien espiaba incluso desde su asilo sagrado, casi como un insulto dirigido a él, como si Ricardo aún la estuviera amenazando. ¿Qué podría él ofrecerle para hacerla salir de aquel húmedo escondrijo?

Le ayudaba un poco concentrar sus energías en los estatutos y las leyes. Los hombres no podían ser libres, bien lo sabía él. Debían estar sujetos en redes de hilos sutiles. No es que aquello importara demasiado, al menos en comparación con lo que había perdido. Lo único que deseaba era que su hermano Eduardo hubiera podido estar allí. Eduardo sí lo hubiera entendido.

Ricardo no había entrado antes en el refugio sagrado. El arzobispo Bouchier le había aleccionado interminablemente sobre las normas del lugar, y solo le había otorgado la bendición de la Iglesia cuando Ricardo se había dejado registrar por un hombre de armas. Era como un baile, un juego, y él lo seguía con mejor ánimo del que había tenido hasta hacía bien poco.

Ricardo reconoció al monje de la puerta en cuanto entró. El hombre no se presentó a sí mismo, y, aunque hizo una reverencia, no dijo ni una palabra. Ricardo percibió una especie de desprecio burlón en su expresión y le entraron ganas de hacerlo avanzar a patadas por el pasillo. Se acordó de que su hermano Eduardo había dejado sin sentido a un monje más joven cuando había entrado allí en busca de su esposa. Ricardo esperaba que se tratara del mismo hombre.

Lo siguió, aunque un poco demasiado rápido, de modo que el monje hubo de caminar casi al trote para precederlo y poder anunciar su llegada. Era una conducta mezquina, pero Ricardo disfrutaba irritando a quienes se creían con derecho a juzgarlo.

Avanzó al oír su nombre y entró en una estancia de magníficos paneles, mucho más arreglada de lo que había imaginado. Había esperado encontrar unas austeras celdas monacales con paredes de piedra, no un cálido estudio

con antorchas y tapices y almohadones acolchados en las sillas.

Isabel Woodville se levantó cuando entró Ricardo y se inclinó en una marcada reverencia. Él correspondió a su vez con otra inclinación y tomó su mano. Había ejecutado a su hermano, lord Rivers, y en los ojos de Isabel percibía que tenía presente aquel hecho, o eso se dijo a sí mismo. Con todo, él había ido allí a dejar atrás el pasado y a proponer una oferta de paz. Después de todo, Isabel lo había dejado entrar.

—Milady, he venido a veros porque sin duda vuestras hijas deben de estar ahogándose en un lugar tan pequeño.

—Están bastante cómodas —contestó Isabel con recelo—. Aunque no han hecho ningún mal a nadie y merecen disfrutar libremente de la posición que les corresponde. Al fin y al cabo, su padre fue rey.

—Por supuesto —convino Ricardo—. Y mi intención es devolverlas a la ciudad, si me lo permitís. He dispuesto que se os conceda una estupenda propiedad para retiraros, junto con una pensión de setecientas libras anuales. He traído un documento para que sea copiado y hecho público, en cada esquina si lo deseáis. Incluye mi promesa de encontrar un buen partido a vuestras hijas, tanto para su beneficio como para el de Inglaterra. Desearía dar por zanjada toda enemistad entre nosotros, milady. Que vuestras hijas y vos hayáis de estar en un lugar tan frío me llena de vergüenza.

Isabel miró a los ojos de aquel hombre más joven que reinaba en lugar de su marido. Ricardo había supervisado la aprobación en el Parlamento de un documento que invalidaba su matrimonio y declaraba bastardos a sus hijos. Isabel ni siquiera había sabido en ese momento si se trataba de una mentira o de una locura de juventud de su marido. Ambas cosas eran posibles. Pese a ello, un día en el asilo sagrado era como un mes en el mundo exterior. La inmovilidad iba haciendo mella con el tiempo. Y hasta la bocanada de aire fresco que había entrado con las ropas de Ricardo le causaba dolor. Aquel hombre podría haber sido el mismo diablo, pero ella no estaba segura y se veía incapaz de arrojarle su oferta a la cara. Por sus hijas, mantuvo la calma. Para ellas encontrarían algunos discretos condes o barones a los que Ricardo quisiera complacer o halagar. Las dejarían en paz para que pudieran crecer viendo pasar inviernos y veranos, para que tuvieran familia y hallaran su propio camino.

No era una visión tan terrible, pensó Isabel. Como tampoco lo era la

perspectiva de una buena propiedad en el campo y una generosa anualidad para mantenerla. Comparada con la presencia de los monjes, con su arrastrar de pies al caminar y sus continuos susurros, la visión era casi celestial. Sin embargo, había algo que se le atragantaba y de lo que no podía librarse. No veía culpa alguna ni vergüenza en el hombre que tenía delante, pero la pregunta seguía allí, a punto de cortarle el aliento a cada instante. Y no podía dejarlo ir sin formularla.

—¿Y mis hijos? —Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo con mayor firmeza—. ¿Qué pasa con ellos?

—Lo siento, milady —respondió Ricardo, negando con la cabeza—. No lo sé con seguridad, aunque creo que fue Buckingham. Era el condestable de Inglaterra y siempre estaba entrando y saliendo de la Torre. Ninguna puerta estaba cerrada para él. Tal vez creyó que me servía a mí, o a Lancaster, lo desconozco. Y sé bien que fallé a la hora de protegerlos, y ahora también mi propio hijo yace bajo tierra. —Hizo una breve pausa y prosiguió con voz más ronca—. Estoy seguro de que ahora los tres descansan en paz. Hay una gran crueldad en la vida, mayor de lo que nunca hubiera imaginado de joven.

Isabel levantó la mano y la apretó contra la boca, tapándose con dedos temblorosos los labios y la barbilla. No emitió ningún sonido, pero cerró los ojos para impedir que rebosaran las lágrimas, sin saber si prefería enterarse o no. Durante largo rato fue incapaz de hablar y Ricardo evitó molestarla. No había más indicio de sollozo o llanto que el brillo bajo los párpados. Tenía muchos años por delante para llorar. Por fin, cuando se sintió capaz de dominar la voz, asintió a Ricardo, con la decisión tomada. No se echaría atrás.

—Saldré de este lugar, Ricardo, si hacéis que vuestras promesas se lean en las calles de Londres. Me gustaría ver una cosecha dorada una vez más y las manzanas maduras en el árbol. Quisiera hallar la paz, para mis hijas y para mí misma.

—La merecéis y la tendréis —dijo Ricardo, con mirada sombría—. Y lamento todo lo que habéis sufrido. Sabéis que soy sincero cuando digo que amé a vuestro esposo. Eduardo veía lo mejor de mí y yo siempre le fui leal. Siempre.

El nuevo rey francés había abandonado a los Tudor, a Jasper no le cabía

duda. Si Luis hubiera vivido un año más, pensaba Jasper, el hombrecillo le habría quitado importancia a sus pérdidas y lo habría intentado de nuevo. El hijo de Luis, Carlos, solo tenía trece años cuando su padre se derrumbó en medio de un gran discurso ante los pares de Francia. Los consejeros del nuevo rey eran claramente del tipo cauto y se negaban a aceptar los gastos escandalosos en hombres y barcos y oro que ellos necesitaban.

Cierto que los Tudor habían perdido la mitad de una flota en la tormenta. En una sola noche, más de seiscientos soldados franceses habían desaparecido en las verdes profundidades. A partir de ese momento, al tiempo que la salud del rey Luis empezaba a decaer, Enrique y su tío habían sido abandonados en Bretaña una vez más, y sus cartas no habían recibido respuesta. Unos noventa hombres ingleses habían acudido a la ciudad de Rennes para unírseles. La mayoría habían escapado después de la fracasada rebelión de Buckingham, o bien se trataba de hombres y mujeres que aún esperaban recuperar la posición de sus familias, algo imposible bajo el mandato de York. Llegaban en busca de la antigua gloria y se instalaban en habitaciones cercanas al modesto alojamiento de Jasper y Enrique. Lo que fuera que hubieran esperado encontrar no estaba allí. En su lugar, encontraron pobreza y acreedores congregados en la puerta del hogar de los Tudor, esgrimiendo los documentos con los intereses que se les debían.

En la costa, los barcos seguían esperando clavos y mástiles y velas, y los marineros se buscaban problemas con los magistrados del lugar, con lo que algunos terminaron colgados por delitos menores. El río de oro y plata que antes fluía desde París se secó por completo. Incluso el estipendio regular que habían recibido durante años dejó de llegarles, sin que Jasper y Enrique pudieran hacer nada al respecto.

Jasper dudaba incluso de que el nuevo rey supiera sus nombres. Luis siempre le había parecido una agradable compañía, y ahora, por primera vez, Enrique y Jasper se daban cuenta de lo difícil que resultaba conseguir audiencia con un rey cuando este o, más habitualmente, sus cortesanos no estaban por la labor. A medida que pasaban los meses, los Tudor hubieron de vender hasta el último objeto de valor para poder comer. Jasper enviaba mensajeros con más cartas a Calais, cartas que luego debían llevarse a Gales y Londres. Odiaba suplicar, pero la alternativa era morir de hambre. A Jasper le quedaban uno o dos amigos en Gales, si bien su mayor esperanza

para los tiempos de apreturas eran los Stanley. Como gratificación por sus servicios, a sir William Stanley se le había nombrado juez presidente de Gales. Sir William les enviaba noticias y, ocasionalmente, una bolsa con monedas de plata, por petición expresa de su hermano mayor. Lord Thomas Stanley parecía querer complacer a su esposa, Margaret, y al hijo exiliado de esta. La madre de Enrique, por su parte, les enviaba su propio dinero cuando se atrevía a hacerlo, aunque creía que la vigilaban. Había mantenido su puesto en la corte, pero el rey Ricardo tenía espías por todas partes, tomando nota y enviando informes que se recopilaban en la Torre.

Jasper y Enrique conseguían sobrevivir. Por más que sus comidas fueran espartanas y sus ropas estuvieran más que pasadas de moda, ambos habían conocido y soportado cosas peores. Por fortuna, hablar no costaba nada. Su pequeña comunidad de ingleses y galeses había crecido hasta alcanzar aproximadamente las doscientas personas, y eso les permitía pasar las tardes riendo y charlando. Algunos habían empezado a trabajar en Rennes y se habían integrado en la vida del lugar.

A lo largo de la costa, las destrozadas cuadernas de los barcos de guerra seguían llegando a la orilla, arrastradas por la marea. De los dieciocho barcos, nueve habían regresado a puerto seguro, y Jasper y Enrique se los habían mostrado a sus visitantes, pues cada pocos días paseaban por los acantilados para contemplar a los hombres trepando por las embarcaciones y afanándose con sus herramientas. Uno tras otro, apenas recuperadas las mínimas condiciones para alzar velas, los grandes navíos habían ido desapareciendo en la mar.

Llevaban ya un año entero sin contar con el favor del rey cuando un joven y elegante heraldo apareció en la puerta de los Tudor. Jasper sintió que el corazón le daba un brinco al ver a aquel hombre con sus bien cepilladas ropas de bordados dorados y luciendo el emblema de la flor de lis. Jasper lo hizo pasar y tomó el pergamino que le tendió el mensajero. Lo desenrolló y leyó la apretada letra negra que, sin ningún espaciado, llenaba toda la extensión del pergamino. Jasper se oyó respirar fuertemente mientras asentía y se ayudaba con la punta del dedo, a fin de seguir las líneas y no perder el hilo de lo que leía.

—Sí... Ah, buen muchacho... —dijo.

Hasta ese momento, no sabía que el rey Ricardo hubiera perdido a su

heredero y, apenas unos meses después, a su esposa. Así pues, el trono de Inglaterra era vulnerable y, según parecía, en la corte francesa alguien se había acordado de que dos Tudor esperaban una oportunidad como aquella. Con júbilo creciente, Jasper leyó que de nuevo se les autorizaba a hacer uso de los fondos reales. Podían pedir dinero a cualquier prestamista hasta vaciarle las arcas. Con mano temblorosa, oyó el traqueteo de unos carros sobre la calle empedrada y levantó la vista. Corrió hasta la puerta de la casa de campo y miró colina abajo.

El camino del este estaba lleno de carros y hombres que marchaban. El rey Carlos de Francia, de catorce años, se había decidido a actuar. Jasper, estupefacto, se volvió hacia su sobrino.

—Habla de dos mil hombres, bien adiestrados y armados. Estos no son más que los primeros.

—Necesitaremos más —dijo su sobrino—. Empezaré en Gales.

—¿En qué lugar de Gales? —le preguntó Jasper.

Resultaba extraño contemplar a su sobrino bajo una nueva luz. El derecho de Enrique al trono era tan débil que no se habría tomado en serio ni en un año propicio. Y lo cierto es que ni siquiera habían tenido años propicios desde la batalla de Tewkesbury. Aun así, la madre de Enrique era Margaret Beaufort y, cuatro generaciones antes, Juan de Gante y la casa de Lancaster aparecían en el linaje familiar. Eso debería bastarles.

Jasper levantó la vista al recordar a la mujercita que años atrás él mismo sacara de Pembroke. Después de todo el dolor sufrido, ahora Margaret estaba felizmente casada con lord Stanley, y durante toda su vida había estado pendiente de su hijo, sin jamás perder la esperanza de que pudiera llegar el momento oportuno. Docenas de casas habrían podido esgrimir una pretensión más sólida que la de los Tudor, pero no habían sobrevivido a la masacre de treinta años de guerra. Enrique Tudor era el último de la casa Lancaster con derecho a reclamar el trono de Inglaterra. Y ese era un hecho de inmensa relevancia, un hecho capaz de causar impresión en cualquiera.

Los consejeros del rey francés pensaban sin duda que ahora se abría una oportunidad. En Inglaterra, Ricardo Plantagenet era más débil que nunca, y su linaje se había quebrado. Si eran capaces de arrastrarlo al campo de batalla antes de que tuviera otro heredero, podrían arrebatarse la corona de las manos, o de la cabeza. Se trataba de algo peligroso, de un juego sangriento y

desesperado. Casi con toda seguridad, les costaría la vida, pero eso no les impediría jugar la partida. Lo arriesgarían todo. Jasper sonrió al hijo de su hermano, sabiendo perfectamente lo que este iba a decir.

—Pembroke, tío —dijo Enrique Tudor—. Me gustaría ir a casa.

31

Los barcos zarparon de la costa de Bretaña en pleno verano, en una calurosa y amenazadora noche de agosto. Así lo habían acordado los Tudor con los hombres del rey y del duque de Bretaña. El desastre anterior no debía volver a repetirse: ahora no se dirigirían a las fauces de una tormenta de otoño. Con el tiempo a su favor, habían esperado a tener aguas tranquilas, cielos despejados y una hermosa luna que iluminara el trayecto. Siempre existía el riesgo de encontrarse con un navío inglés, o incluso con uno o dos barcos aduaneros que buscaran contrabandistas en alta mar. Esos eran los riesgos, aunque, si un capitán de esa clase de barco divisaba su flota, lo más probable es que se diera media vuelta y regresara a tierra a toda prisa.

Con el mar tranquilo e inofensivo, surcaron las aguas del Canal. Al llegar a su destino, los barcos pusieron las velas en facha, aunque corría tan poca brisa que estaban prácticamente al paio. A medida que fueron llegando ordenadamente a los muelles del puerto, las naves echaron el ancla en las relucientes aguas; soltaron entonces su carga de hombres, caballos y cañones, y después volvieron a mar abierto.

Los soldados franceses pusieron pie por primera vez en suelo galés, en Milford Haven, y esperaron en grupos inquietos mientras su número aumentaba. Había habido una escaramuza con los lugareños, tras la cual uno o dos hombres habían quedado yertos en el suelo empedrado. Al menos uno de los muchachos del lugar había conseguido huir, pidiendo ayuda a gritos mientras corría hacia las colinas. Como consecuencia, antes de que desembarcaran los soldados del último de los barcos, ya se divisaba una hoguera en uno de los peñascos del lugar, y, a poco más de un kilómetro, otra comenzaba a ser visible.

Los pueblos de la costa habían conocido invasores y negreros desde antes

de los romanos. Cuando empezó a salir el sol, los hombres habían desaparecido como sombras en los espesos bosques, armados con arcos y hachas para proteger a sus mujeres e hijos. Sabían perfectamente que los invasores tomaban lo que podían llevarse y quemaban el resto.

Pero no ocurrió así con los soldados que los Tudor habían llevado a Gales. En este caso, las tropas establecieron un perímetro armado y lo patrullaron. En los muelles, a la vista de todos, se valieron de aparejos de poleas para ensamblar carros con ruedas y, después de algún que otro dedo machacado y una buena cantidad de maldiciones, colocaron en ellos los cañones. Además, los exploradores salieron al galope en todas direcciones para convocar a todos aquellos que no hubieran olvidado a los Tudor.

El castillo de Pembroke se hallaba apenas a unos kilómetros, más cerca de lo que lo habían tenido durante los doce años precedentes. Jasper podía sentir su presencia mientras levantaba la cabeza para ver salir el sol. Los bosques y los bordes de los caminos de Bretaña y París nunca tenían ese mismo olor que él recordaba de su hogar. El mero hecho de estar en aquel lugar hacía que miles de recuerdos se agolparan en su mente, recuerdos de la sonrisa de su padre o de cuando había cruzado a nado un lago helado en las montañas Brecknock, o «Break Necks», las montañas «rompecuellos», como las llamaba su padre, Owen Tudor.

Sus lugares favoritos lo reclamaban, tiraban de él para alejarlo del mar. Jasper había vivido casi tanto tiempo en Francia como en Gales, pero sabía dónde estaba su hogar. El hogar era aquella gran fortaleza de piedras grises cuyos muros nadie había conseguido quebrar, la fortaleza en la que él había sido conde. Rogaba a Dios que le permitiera volver a entrar en Pembroke una vez más, como señor del castillo. Cosas más extrañas habían ocurrido en la historia del mundo, pensó. Y una de ellas había ocurrido aquella misma noche, con aquel ejército listo para marchar por Gales en defensa de su sobrino y desafiar al último de los Plantagenet.

Alrededor de Jasper, voces inglesas y alguna que otra galesa murmuraban entre las francesas. Los que se habían unido a ellos en Bretaña no se habían quedado allí, sino que habían desembarcado con el resto de las tropas, y Jasper había visto cómo algunos se agachaban para agarrar una mata de hierba o unas piedras, solo para tenerlas en la mano. Aquel era un amor difícil de describir a quien no lo hubiera sentido. Sonrió para sí y tocó una

piedra pulida que llevaba en el bolsillo, un fragmento que había pertenecido a los muros de Pembroke. Él entendía perfectamente aquella conducta.

Lo más extraño de todo era ver a su sobrino caminando entre los hombres. Enrique Tudor vestía una magnífica armadura completa, regalo personal del nuevo rey francés. Le cubría cada centímetro del cuerpo sin por ello obstaculizar el movimiento. No se la había quitado desde que esta llegara de París, al comprender que debía aprender a moverse en ella con soltura y desarrollar fuerza suficiente para correr y luchar. En tales asuntos, Enrique seguía el consejo de su tío sin cuestionarlo, aceptando su mayor experiencia. Para lo demás, había en él una parte irreductible que hacía imposible persuadirlo o inducirlo a actuar apresuradamente. Si Jasper se excedía, su sobrino ladeaba la cabeza, reflexionaba y luego rechazaba su consejo. Aquella frialdad podía resultar exasperante. A la edad de Enrique, Jasper ya era conde y tenía experiencia en la batalla. Ahora le preocupaba que su sobrino nunca hubiera visto una furiosa lluvia de flechas, ni una sola vez.

Jasper negó con la cabeza, desconcertado por la autoridad que había ido ganando Enrique. Desde que los restos de los rebeldes de Buckingham habían conseguido llegar a él, habían formado un sucedáneo de corte y depositado sus esperanzas en el último de los Tudor, como si este hubiera nacido para gobernar. En Enrique veían a un joven rey Arturo, y algunos de los galeses incluso lo llamaban *Mab Darogan*, el «Predestinado» de las viejas historias, el que habría de derrotar al dragón blanco y restaurar el rojo. No podía ser coincidencia que la casa de York tuviera una rosa blanca por emblema. La casa Lancaster poseía una docena de blasones y símbolos, entre ellos el cisne como uno de los más destacados. Pero también tenía la rosa roja; es más, los antepasados de Enrique habían llevado un dragón rojo en sus enseñas de batalla. Jasper no podía sino sorprenderse de que todo encajara tan a la perfección. ¿Se daría cuenta un tío si su sobrino fuera un *Mab Darogan*? Notaba cómo los hombres miraban a Enrique, y, por supuesto, el joven nunca defraudaba las expectativas, nunca actuaba estúpidamente ni hablaba demasiado fuerte ni estaba borracho. Su peculiar frialdad le resultaba muy útil, le hacía parecer algo más de lo que era sin jamás rebajarlo un ápice, al menos ante los hombres que buscaban un guía.

Su tío observó desde uno de los lados y sintió orgullo y pena al pensar en lo que habría dicho Owen Tudor, a quien había perdido tantos años atrás. El

anciano les habría sonreído de forma radiante al verlos regresar a ambos. Habría dicho que él ya había sabido durante todo este tiempo que su linaje salvaría a Gales.

Permitir que alguien supiera de su llegada había constituido un riesgo excesivo, o eso había dicho Enrique. Ahora eso significaba perder días mientras se corría la voz y sus amigos y partidarios se enteraban de que habían llegado. Después de haber esperado tanto tiempo, un retraso así iba a resultar muy difícil de soportar, pero era mejor que encontrarse a un gran ejército inglés esperándolos al desembarcar.

Jasper trató de no mirar demasiado ostensiblemente a su sobrino, quien en aquel momento dirigía unas palabras a la mitad de los hombres que se repartían por los muelles en pequeños grupos. Al ir hacia el siguiente grupo, los hombres se volvieron para seguirlo con la mirada bajo la luz de la pálida mañana. Ese gesto quizá revelaba hasta qué punto Enrique representaba las últimas y ya casi perdidas esperanzas de aquellas familias.

Por más que él nunca lo hubiera admitido, Jasper sospechaba que el joven carecía de esos sutiles matices de entendimiento que podrían haber socavado su confianza. En algunos aspectos, su sobrino era extraordinariamente rápido, pero en él seguía habiendo una parte casi de niño, por la obstinación con que rehusaba ver el mundo tal como realmente era.

Enrique Tudor había aceptado que otros lo seguirían. Había entendido que su poco sólida aspiración al reino podía llevarle al campo de batalla, para jugarse el trono en él. Más allá de eso, no parecía pensar más en el asunto. Jasper solo podía asegurar que, si su sobrino había ganado en autoridad, era porque no veía la posibilidad de que una orden fuera desobedecida ni de que su causa no acabara triunfando. Los hombres percibían aquella ausencia de toda duda o indecisión en Enrique porque realmente en él no había ni rastro de ellas. Jasper no sabía si admirar esa peculiaridad o juzgarla aterradora.

Se enfrentaban a un rey que había triunfado en las batallas de Barnet y Tewkesbury, como lo había hecho también al echar por tierra la rebelión de Buckingham. Nadie entre los que habían desembarcado en Milford Haven pensaba que la empresa fuera a ser fácil. Los días eran largos y calurosos, con el aire lleno de un aroma a polen, pero les aguardaba un enemigo frío e implacable que no tenía ya nada que perder.

El sol subía en el cielo cuando el último de los barcos regresó a mar

abierto. En tierra quedaron dos mil hombres y una docena de cañones que habrían de ser arrastrados por los caminos. La respiración de los hombres se aceleró al ponerse en pie y recoger cualquier objeto que hubieran dejado en el suelo durante la espera. Jasper vio que su sobrino se dirigía a un heraldo, tras lo cual el hombre se llevó el cuerno a los labios y tocó una sola nota que resonó por toda la extensión de las tropas. Los hombres de armas alzaron los estandartes bordados en Bretaña durante meses y desataron los nudos para permitir que se desplegaran. Los ondearon entonces atrás y adelante para abrirlos completamente. El *Ddraig Goch*, el dragón rojo, se agitó sobre todos ellos, y con él se abrieron la rosa roja de Lancaster y el rastrillo y las cadenas de Beaufort, si bien fue el dragón el símbolo que les hizo persignarse e inclinar la cabeza para formular una plegaria. Eran pocos, sí, pero pelearían bien.

Apenas comenzada la tarde, los exploradores regresaron e informaron de que una tropa de soldados y arqueros cortaba el paso algo más adelante. Enrique y Jasper se adelantaron al frente de los hombres y aproximaron sus respectivos caballos para conversar en voz baja. Los mensajeros habían reconocido los colores de Rhys ap Thomas, un belicoso soldado que había prestado juramento a York, según se decía. Ciertamente, Rhys también había intercambiado cartas con los hombres de Tudor durante el año precedente, pero la auténtica prueba de su fidelidad llegaría cuando hubiera de arrodillarse o tomar las armas frente a ellos. Jasper sentía cierto desasosiego al pensar en el momento que se avecinaba, cuando un guerrero feroz y en el apogeo de su vigor habría de enfrentarse a una decisión verdaderamente trascendental. Ya no importaba lo que se hubiera dicho antes o qué promesas se hubieran hecho. Solo cuando Rhys ap Thomas mirara a Enrique Tudor y eligiera sabrían a qué atenerse. Jasper apretó la empuñadura de la espada y se preguntó si aquel día vería derramamiento de sangre.

No podían dar impresión de debilidad, eso estaba claro. Entre las filas corrió la orden de estar preparados para un ataque o una emboscada, tras lo cual avanzaron en buen orden por dos estrechos caminos que, según los exploradores, los llevarían ante las fuerzas de Thomas.

Para Jasper, aquel fue el kilómetro más duro que nunca había recorrido. Desde la ventajosa posición que le ofrecía su montura, podía ver que delante

de sus soldados, atravesada en el camino y desbordándose por los campos, se desplegaba una gran tropa. Sin duda, eran cientos los hombres protegidos con cotas de malla y armados con hachas y mazas, a los que había que sumar una gran hueste de piqueros. Y los campos y setos quizá ocultaban a un millar más. Al frente de todos, se divisaba a un corpulento jinete con los brazos desprotegidos y una gran melena pelirroja atada en una trenza. En lugar de llevar la armadura completa, vestía apenas una túnica y una cota de malla, aunque al verlo allí, lanzando tan torvas miradas al camino, nadie hubiera dudado de quién comandaba a aquellos hombres. Rhys ap Thomas era el capitán encargado de proteger la costa contra una posible invasión. El propio rey York le había confiado la misión de responder con la mayor violencia a cualquiera que osara desembarcar. Las hogueras se habían encendido para demandar su presencia, no la de cualquier otro. Y él había acudido.

—No mostréis miedo ante ese hombre —le murmuró Jasper a su sobrino. Enrique lo miró con extrañeza.

—¿Por qué habría de hacerlo? —respondió.

Su tío apretó los dientes, incapaz de explicar el peligro en ese momento, con el enemigo ya tan cerca. Se había guardado en la camisa una reliquia de Bretaña, un frasquito que contenía la sangre de un santo. Pensó que ojalá pudiera tocarla en ese instante para rogar que Enrique no dijera las palabras equivocadas a un hombre como el capitán Rhys ap Thomas.

Al detener sus monturas, Jasper observó que el capitán galés era mucho más ancho de hombros de lo que le había parecido, un verdadero portón de hombre que ahora tenía la vista clavada en el dragón rojo que ondeaba un poco más atrás de los Tudor.

—Esa es una noble aspiración, milores —les gritó Rhys señalando la ondeante enseña.

Era un buen comienzo, toda vez que la frase reconocía la legitimidad de sus títulos. Los condados de Pembroke y Richmond les habían sido arrebatados por imperativo legal en los años precedentes. Con todo, la bienvenida de Rhys parecía sincera y exenta de toda afectación.

Jasper se aclaró la garganta para responder y Enrique se volvió a mirarlo, sin decir nada. Con ello le recordaba a Jasper que había convenido en permanecer en silencio a menos que se estuvieran desviando hacia el desastre. No podía haber dos dragones rojos, dos predestinados. Jasper lo

sabía y así lo había aceptado, aunque le resultaba difícil hacerlo.

Cuando Enrique estuvo seguro de que su tío no hablaría, se giró para encarar al hombre que tan atentamente los observaba.

—¿Quién sois vos para impedirme el paso? —dijo Enrique con toda claridad.

—Soy Rhys ap Thomas, hijo de Thomas ap Gruffyd ap Nicolas —contestó nombrando a sus antepasados, tal como era costumbre en aquellos lugares—. * Esta costa se halla bajo mi autoridad. Si desembarcáis aquí, habéis de responder ante mí.

—Yo soy Enrique Tudor, hijo de Edmund Tudor, hijo de Owen.

—Y os presentáis bajo la enseña del dragón rojo.

—Desciendo de Cadwallader; estoy en mi derecho.

Los dos hombres se miraron, ambos con el ceño fruncido. Ninguno parecía haber previsto que el encuentro se desarrollara de aquella forma. Jasper se removía inquieto, pero había prometido no hablar y mantuvo su palabra.

Rhys ap Thomas negó con la cabeza.

—No me parece que seáis el Predestinado, lo siento. Quizá pertenezcáis a la estirpe, pero no veo grandeza en vos.

Enrique Tudor acercó un paso su montura. El nerviosismo creció entre los hombres mientras el joven se situaba a la distancia de un brazo con respecto al capitán. Rhys ap Thomas se esforzó por demostrar que seguía tranquilo, sentado en su montura y con las manos en las riendas, aunque los ojos delataban su tensión.

—No dependo de lo que vos veáis en mí —dijo Enrique.

Habló con voz baja, pero su tío no oyó ningún otro sonido a su alrededor. El canto de los pájaros o el ruido de los hombres parecían haberse desvanecido, y Jasper escuchó helado de miedo cómo su sobrino proseguía.

—Quizá pensabais ponerme a prueba, Rhys ap Thomas, pero no es algo que me interese. Me estáis cortando el paso y tengo una cuestión que resolver al otro lado, una cuestión con el rey Ricardo de York. Según creo, le prestasteis solemne juramento, así que oíd lo que ahora os digo: si habíais pensado que podríais marchar a mi lado, mi respuesta es no. No admitiré a quien rompe un juramento. Y, si vuestra intención era mantener el juramento

prestado, entonces desenvainad la espada y yo os veré caer en el camino. En cualquier caso, os repito que no dependo de lo que vos veáis en mí.

—Yo... no... —comenzó el capitán.

Enrique lo interrumpió, su voz más fuerte con cada sílaba.

—Y me presento bajo el *Ddraig Goch* porque soy el último de los Lancaster, la roja rosa. ¡Yo soy el rojo, y me enfrentaré en el campo de batalla a la rosa blanca de York, al dragón blanco, capitán Thomas! Bien, ¿qué decidís? ¿Vais a romper vuestro juramento o a entregar vuestra vida?

—No puedo romper mi juramento —respondió Rhys ap Thomas.

Se había puesto pálido y Jasper se preguntó si la causa sería la cólera o el miedo. Algunos de los mejores hombres que había conocido eran de los que rara vez daban su palabra, pero cuando la daban hacían honor a ella hasta la muerte. No estaban dispuestos a romper un juramento a la ligera, cuando el precio era condenar la propia alma. Al constatar que Rhys ap Thomas era de aquellos hombres, Jasper perdió toda esperanza. Sus hombres les habrían venido muy bien.

—Juré que no permitiría a los enemigos entrar en Gales y que, cualquiera que intentara hacerlo, antes habría de pasar por encima de mí —dijo Rhys ap Thomas con el rostro descolorido—. ¿Elegiréis a un campeón, milord, o seréis vos mismo quien se enfrente a mí?

—¿Por encima de vos? —dijo Enrique—. Entonces, ¿no podría simplemente hacer eso, pasar por encima de vos, y permitir así que mantengáis vuestro juramento?

El capitán Rhys ap Thomas parpadeó, sorprendido.

—¿Pasar por encima de mí?

—Sí, si ese es el juramento que prestasteis. Si jurasteis que solo permitiríais pasar al enemigo por encima de vos, quizá debáis tumbaros en este camino. Mi ejército podrá entonces pasaros por encima y vos no habréis roto vuestro juramento.

—No voy a tumbarme en tierra —dijo Rhys ap Thomas—. Sería intolerable ver cómo vuestros hombres casi me pisotean. No creo que pueda aceptarlo.

Un poco más atrás, la sonrisa de Jasper, al principio de incrédula felicidad, comenzó a desvanecerse. Por un momento, había creído que Enrique, con su extraña forma de ver las cosas, había conseguido lo

imposible. Comprobar una vez más cómo esa posibilidad se esfumaba constituía un duro golpe. Mientras Jasper observaba, uno de los hombres del capitán galés avanzó con su montura y se inclinó para murmurar alguna cosa al oído de Rhys ap Thomas. Este arqueó las cejas como sopesando aquellas palabras.

—Cerca de aquí hay un puente, asegura mi hombre, en un punto en el que el río este verano corre casi seco. Si yo estuviera en el lecho del río, vuestro ejército podría cruzar por el puente. De ese modo, mantendría mi juramento... al mismo tiempo que os dejo pasar.

—Acepto —dijo Enrique, como si se tratara de una propuesta definitiva. Con ello obligó a que Rhys ap Thomas la considerara como tal y, tras un instante, el hombre asintió.

—Muy bien, milord. Podréis decir que para entrar en Gales tuvisteis que pasar por encima de mí.

—No es eso lo que diré, capitán Thomas —replicó Enrique—. Diré que perdí medio día por culpa de vuestra estupidez.

El reproche hirió el amor propio del capitán, y Jasper sintió cierta lástima por Rhys ap Thomas, quien había empezado a gustarle.

—¿De cuántos hombres disponéis, capitán Thomas? —preguntó Jasper, en parte como maniobra de distracción.

El capitán pareció aliviado de poder eludir la fría mirada de Enrique Tudor.

—Mil doscientos en total, milord, aunque aquí solo tengo ochocientos. El resto llegarán esta noche, y se hará correr la voz para reunir a más. Gales os encomendará a sus hijos, milores, para seguir al dragón rojo.

Ricardo estaba solo en la sala de audiencias de Westminster, sentado y con la vista puesta en las relucientes aguas del Támesis, que serpenteaban entre el cúmulo de edificios y almacenes que, en número mayor cada año, surgían en sus orillas. Desde las alturas de aquella habitación, podía constatar cómo la huella del hombre se extendía por los campos vírgenes, cómo se domesticaban los páramos salvajes para convertirlos en caminos, cómo se talaban árboles para obtener carbón o usarlos para construir, o cómo se despejaban grandes franjas en tierras en las que antes solo había ortigas o vagabundos. Espirales de humo se elevaban de cientos de hogueras, o de las

chimeneas donde se estaba tostando la malta para fabricar cerveza, o de las forjas en las que el hierro se fundía en un fuego más vivo, o de las casas de la ciudad, que se alzaban orgullosas sobre las limpias calles de piedra. Había cierta hermosura en todo aquello, pensó.

La habitación estaba en silencio, incluso había despedido a los criados que podrían haber atendido a sus caprichos. Él nunca había sido un hombre a quien gustara la soledad, pero esta le había llegado subrepticamente. Su padre llevaba enterrado más de veinte años, víctima de la lucha contra los Lancaster. Sus tres hermanos tampoco estaban ya, tras haber caído asesinados o ejecutados por traición o, el último de ellos, a causa de un violento paroxismo cerebral. Solo había otro hombre al que Ricardo había admirado: el conde de Warwick, quien había muerto en una batalla en la que el propio Ricardo era el enemigo y Warwick pretendía aniquilarlo. Aquello había sido tan cruel como todo lo demás.

Su hijo había sido la herida más profunda de todas, pensó. Él adoraba a aquel muchacho, aunque no lo hubiera demostrado demasiado. Eso justamente había sido lo más extraño de todo, que la mera existencia de su hijo Ned lo hiciera tan feliz y, sin embargo, no hubiera querido demostrarlo por miedo a echar a perder al muchacho. Con ternura y amor no se hacía fuerte a un hombre, mucho menos a un rey. Él se había hecho como era gracias al dolor y la pérdida, hasta el punto de que, cuando su esposa había muerto, comparado con todo lo demás, el hecho no había supuesto más que una mera punzada. Por supuesto, Ann también se había ido, en su caso sin hacer ruido. ¿Cómo iban a dejar que alguien como él tuviera a una persona a quien amar? Parecía corresponder al orden natural de las cosas que, en algún lugar, se hubiera decretado que el rey Ricardo debía quedarse completamente solo.

Echaba de menos a todos ellos. Él era el último varón de su estirpe, pensó, regodeándose en la tristeza de tal circunstancia. Él era el último Plantagenet.

—Majestad, ha llegado un heraldo y pide ser llevado a vuestra presencia.

—¿Se le ha registrado?

Su mayordomo pareció ofendido.

—Sí, majestad.

—Entonces hacedlo pasar —dijo Ricardo.

Se giró y apoyó la barbilla en la palma de la mano y el codo en la rodilla. Contempló cómo el sol se ponía en Londres, la calidez aún presente en el aire mientras los pájaros regresaban a sus nidos para descansar.

No se volvió cuando el heraldo entró en la habitación, trayendo a aquella atmósfera estancada un olor a barro fresco y aire libre. Ricardo lo oyó prosternarse y con un gesto de la mano lo instó a hablar.

—Majestad, vengo de Ludlow. Un hombre llegó de la costa oeste, casi muerto de cansancio.

Ricardo sintió que el enorme peso de sus pensamientos lo iba paralizando lentamente, de modo que apenas era capaz de hacer otra cosa que mirar afuera, a la dorada luz crepuscular que iluminaba la capital.

—Proseguid —murmuró.

—Dijo que una hueste numerosa había desembarcado en el litoral, un ejército de franceses o de galeses, eso no podía afirmarlo con seguridad. Dijo que eran los Tudor, milord, y que ondeaban la enseña del dragón rojo.

Ricardo irguió la cabeza y aspiró lentamente una bocanada de aire.

—¿Qué noticias hay de mi capitán en aquella costa? ¿Cómo se llamaba? ¿Evans? ¿Thomas? —preguntó. El heraldo se disculpó y murmuró que no lo sabía.

No era algo que importara, y Ricardo lo sabía. Habría de enviar a sus lores más leales, tal como hiciera durante la rebelión de Buckingham. Llevaría al campo de batalla al ejército más grande que le fuera posible reunir y también... Atajó el torrente de sus pensamientos y reflexionó.

—¿Los Tudor? En favor de Lancaster, ¿no es así? Pero no tienen derecho legítimo al trono. ¿Por qué habría nadie de seguir a esa familia?

—No lo sé, majestad —tartamudeó el heraldo.

—Habéis actuado muy bien al informarme. ¿Cuánto hace que han desembarcado? ¿También habéis podido averiguarlo?

—Llevo seis días en los caminos, majestad. Creo que el hombre que me informó en Ludlow había cabalgado durante cuatro o cinco.

—Eso hace once días, más o menos —dijo Ricardo—. Podéis retiraros. Tenéis mi agradecimiento. Ahora he de prepararme.

El heraldo salió de los aposentos reales y Ricardo permaneció sentado y pensativo durante un rato, dejando que el silencio fuera penetrando de nuevo

en él. No tenía a nadie: ni esposa, ni heredero, ni hermanos. Estaba completamente solo. Si caía en la batalla, significaría el fin de su casa, de su familia y de su linaje. En ese momento, aceptó el hecho, con independencia de cómo se saldara todo. Llamó a su mayordomo una vez más. El hombre, que había esperado afuera durante ese tiempo, apareció al instante.

—Traedme mi armadura —dijo Ricardo—. Me han desafiado.

32

Cuando salió el sol, había en el aire una ligera neblina. El ejército de soldados galeses y franceses se había triplicado desde el desembarco efectuado un mes antes. A medida que se adentraban hacia el este, Rhys ap Thomas había demostrado ser el más eficaz valedor de Enrique Tudor, y en cada pueblo que cruzaban exhortaba a los hombres a seguir al dragón rojo, o *Mab Darogan*.

A finales de agosto, eran seis mil hombres los que cruzaban el país formados en una gran columna triple. El conde de Oxford se unió a ellos y aportó jinetes y arqueros, además de su muy necesaria experiencia. No había allí otros grandes nombres, lo que enfurecía a Jasper secretamente. Había enviado cartas a todos los señores que en el pasado habían sido partidarios de Lancaster, pero pocos habían respondido. Tal vez se debiera a que temían al rey Ricardo, el vencedor de Barnet y Tewkesbury, y un hombre que había conseguido que la rebelión de Buckingham pareciera el desafío de un niño. O quizá la razón fuera simplemente que demasiados de aquellos nobles les debían ahora sus tierras y títulos a la casa de York, por lo cual se mostraban reacios a arriesgar una vez más todo lo que habían ganado.

Cualesquiera que fueran los motivos, públicos o privados, la tropa de los Lancaster era menor de lo que podría haber sido. Los exploradores afirmaban que el rey Ricardo había reunido diez mil hombres, o incluso más. Jasper seguía teniendo la esperanza de que aquel cálculo fuera exagerado, pero todo apuntaba a que su sobrino y él serían sobrepasados en número. A consecuencia de ello, Jasper Tudor no podía evitar la sensación de que marchaban alegremente hacia su propia destrucción.

Aparte de los hombres comandados por Rhys ap Thomas, el resto de los que se les habían unido eran muchachos galeses no adiestrados para la batalla. Eran bastante fuertes y estaban en buena forma, eso sí. Cualquiera

que hubiese matado un jabalí o cortado un árbol era capaz de manejar un bracamarte o un podón con cierta destreza. Los más valiosos eran los que llevaban arcos largos y una aljaba de flechas emplumadas por ellos mismos. Sin embargo, no podía considerarse que todo aquello constituyera suficiente preparación para una guerra.

Los hombres adiestrados sabían cuándo buscar protección, cuándo atacar a un hombre con armadura para matarlo o inutilizarlo, cómo responder a la acometida de un jinete para tener alguna probabilidad de sobrevivir. Entendían cuán importante resultaba la disciplina en el campo de batalla, así como confiar en quienes ejercían el mando. Un ejército no era un populacho, ni una chusma. Una chusma sería masacrada.

Existía también otra razón para que los soldados siguieran un entrenamiento atroz y adquirieran una resistencia que excedía en mucho a la de cualquier granjero: la capacidad de aguantar mientras los demás caían exhaustos podía salvarles la vida. Era tan simple como eso. No bastaba con ser capaz de manejar un arma de metal con vigor y coraje. La guerra era un oficio de gran dureza, un arte brutal. Jasper ya había comprobado esta premisa anteriormente, en un enfrentamiento en el que uno de los bandos parecía tener todas las ventajas. Todavía recordaba a Eduardo, conde de March, atravesando con furia el campo de batalla en Mortimer's Cross con su armadura reluciente de sangre. Un conde de talla colosal que había comido carne y pescado y se había ejercitado duramente a lo largo de toda su juventud, con armas y armaduras y caballos. Jasper no hablaba demasiado de aquel día, aunque lo recordaba muy bien.

Enrique Tudor, vestido con la armadura completa, montaba al lado de su tío, en el centro. El capitán Thomas se ocupaba del ala izquierda, y de Vere, el conde de Oxford, comandaba la derecha. Se había ido haciendo el silencio entre las filas a medida que cruzaban el campo abierto. Tenían ya a la vista a las fuerzas del rey Ricardo, en las colinas que se alzaban frente a ellos. Las maniobras de aproximación les habían llevado días, pero el ejército real de Ricardo III había conseguido ocupar una buena posición en una colina y en el llano que se extendía ante ella.

Al fin y al cabo, era Enrique Tudor quien llegaba para arrebatarse la corona. Por tanto, el rey de Inglaterra bien podía elegir la ubicación que más le conviniera y luego esperar a que los otros vinieran a él. Ricardo había

comprendido la importancia que ello tenía y por eso había explorado el terreno a lo largo de más de sesenta kilómetros. Y así había encontrado una ubicación perfecta para brindar batalla, en unos campos en los que el trigo verde comenzaba a dorarse.

Jasper movió la cabeza adelante y atrás y entrecerró los ojos, pero no lograba reconocer los estandartes desplegados a unos dos kilómetros de distancia. Observó a los caballeros de Ricardo situados en la colina, una tropa que le parecía apenas una mancha borrosa, y le dolió tener que preguntar a su sobrino detalles que en otro tiempo hubiera visto como un halcón que se cerniera sobre los rastros.

El rey Ricardo había dispuesto a casi todo su ejército en una cresta, una elevación natural del terreno que permitía que diez mil hombres formaran en filas de jinetes y arqueros. Jasper tragó saliva al enterarse, pensando en la altura añadida desde la que caería la lluvia de flechas. Conocía aquel sonido mejor que la mayoría de los hombres, por haber ya experimentado el golpeteo de los dardos en su armadura, una circunstancia que dejaba la vida en manos del destino y del hierro combado. Al contemplar a los hombres de armas franceses que marchaban junto a los galeses e ingleses, no pudo evitar preguntarse si habrían oído hablar de Agincourt. Allí no les había ido demasiado bien al enfrentarse a arcos tan altos como un hombre.

—Parecen las armas de Percy, en su ala derecha. Northumberland —dijo Enrique, forzando la vista—. Hay un león azul en los blasones y en los escudos. Creí que pelearían por Lancaster.

—Deberían —dijo su tío con acritud—. Lo hicieron en el pasado, desde el principio. Creí que también lo harían ahora. Seguro que Ricardo mantiene a sus hijos como rehenes, en Londres, retenidos como garantía de lealtad. Es lo que yo haría.

—El rey Ricardo comanda el centro, Northumberland a su derecha y... Norfolk a la izquierda.

Jasper se encogió de hombros.

—Ese es un linaje marchito, por más que una vez fuera grande. No temo a los Norfolk, en absoluto.

Hablaba para elevar el ánimo de su sobrino, por si Enrique se sentía demasiado sobrecogido ante el avance de una fuerza situada por encima de ellos y reunida bajo estandartes reales, una fuerza que los sobrepasaba en

número en una proporción de casi dos a uno.

Pero Enrique parecía totalmente tranquilo. Una vez más, su tío era incapaz de determinar si el joven era un tonto inocente o un maestro en el arte de aparentar confianza ante los hombres, o quizá alguna extraña tercera opción: un hombre que en verdad creía ser el Predestinado, el dragón rojo retornado desde Gales para luchar por el trono. Al observar cómo su sobrino examinaba la gran cresta y el ejército allí desplegado, Jasper percibió una chispa en los ojos de Enrique, una ferocidad inesperada.

Habían marchado unos cuantos kilómetros desde donde habían acampado la noche anterior. Los hombres habían comido y vaciado la vejiga y los intestinos antes de partir. Hacía un buen día y el cielo estaba despejado. No se detuvieron en su avance hacia el ejército de la colina. Jasper vio que algunas secciones de la tropa enemiga descendían mínimamente por la ladera. Aquellos hombres estaban ansiosos. En la lejanía oía las voces de sargentos y capitanes, gritando a los hombres que retrocedieran, que esperaran. Eran conscientes de la ventaja de su posición, y podía imaginárselos aprestando espadas y hachas, volcados hacia delante como perros sujetos por una correa, deseosos de lanzarse a la carrera. Para algunos jóvenes, aquella sería la mañana más emocionante de sus vidas. No le temían a la muerte porque a ellos no les iba a tocar. Confiaban en su vigor, en su fuerza, nunca antes sometida a tan dura prueba como la que sufrirían aquel día.

Cuando se hallaban a poco menos de un kilómetro de distancia, los cuernos sonaron para dar el alto a las columnas de los Tudor. Los hombres formaron ordenadamente en cuadros de combate, prestos a lanzarse colina arriba. Jasper sintió un escalofrío y se persignó mientras formulaba en silencio una plegaria de arrepentimiento por sus pecados. Había pasado bastante tiempo desde su última confesión y solo podía implorar misericordia. Había vivido antes una guerra y ahora ya no era joven.

A la derecha de Enrique Tudor, el conde de Oxford recorrió a caballo el frente de su cuadro de batalla, dos mil hombres en total, la mitad de ellos soldados franceses y la otra mitad galeses. Los franceses al menos tenían experiencia, buenas armas y armaduras. A los galeses se les habían dado largas lanzas y grandes cuchillas que cualquier carnicero habría reconocido fácilmente.

Ochocientos arqueros se congregaban en el ala más adelantada, tratando ya de buscar objetivos que de inmediato señalaban a sus compañeros. Soplaban una ligera brisa, y a aquellos hombres no parecía satisfacerles que el ejército enemigo estuviera en la colina. Su tarea no resultaría fácil, y además no disponían de manteletes de madera para protegerse mientras disparaban. Habría una gran franja de terreno en la que quedarían al alcance del enemigo y sin posibilidad de responder.

Oxford, consciente del peligro, reflexionaba sobre la mejor manera de aproximarse. En Barnet, había presenciado la confusión de la lucha en medio de la niebla, y ahora estaba resuelto a tomar las decisiones más apropiadas, sabedor de que los mejores comandantes no eran los que tenían un plan, sino los que elegían la opción más correcta cuando se les presentaba la oportunidad. Montado en la segunda fila, rodeado de caballeros y fornidos hombres de armas, divisó las tropas de Norfolk descendiendo por la colina, justo delante de su posición. El conde de Oxford miró a derecha e izquierda de sus propias líneas. Se movían ordenadamente, con las lanzas en ristre, como púas afiladas. Oxford se hallaba ligeramente adelantado con respecto a la sección central de los Tudor, pero no demasiado. Y sabía que al otro lado, algo más retrasados, estaban los hombres de Rhys ap Thomas, el galés ya deseoso de entrar en batalla.

Oxford veía complacido cómo la vanguardia enemiga renunciaba a la ventaja del terreno elevado, aunque eso revelaba también que se sentían muy confiados. Definitivamente, la línea de los soldados de Norfolk parecía lanzarse adelante. El primer avance, lento y comedido, se convirtió en una carrera ladera abajo cuando los hombres de las filas más retrasadas empezaron a empujar y los de delante apresuraron la marcha por miedo a ser pisoteados. Se encontraban a menos de trescientos metros cuando Oxford gritó a sus arqueros. Estos ya estaban preparados, con los ojos clavados en su comandante, anhelando que el conde saliera de su estado de trance. Los arqueros que el rey Ricardo pudiera tener se hallaban en la cresta, desde donde no podían alcanzarlos. El sueño de todo arquero era contrarrestar una carga enemiga con solo una aljaba y un arco, para luego dejar paso a todo un ejército, cuando ellos ya hubieran acabado su trabajo.

Las flechas salieron en medio de un ruidoso golpeteo, en sucesión tan rápida como permitían los movimientos de enflechar y tensar. No se

precisaba gran pericia para apuntar a aquella distancia cada vez menor, pero su entrenamiento quedó de manifiesto en su capacidad para mantener el mismo vigor después de los primeros disparos.

Los hombres de Norfolk corrían hacia una auténtica granizada de dardos. Peor, porque, al intentar apresurarse para sobrepasarla, los que caían provocaban que los de detrás tropezaran. Durante unos momentos vitales, la masacre se pareció a la ocurrida en Agincourt, con pilas de hombres dando gritos de muerte al ser aplastados por quienes, desesperados por seguir adelante, intentaban pasarles por encima.

Se oyó el matraqueo de las flechas propulsadas hacia la nada, hasta que quedaron apenas una docena de los arqueros más lentos, hombres más veteranos que se humedecían el pulgar en la lengua y encajaban las flechas con pausada precisión. Tenían una puntería temible y los enemigos siguieron cayendo en su avance, pero los verdaderos estragos en las líneas y la enorme masacre ya se habían consumado. El resto de los arqueros retrocedían a la carrera, entre risas y gritos dirigidos a los hombres de armas, a quienes retaban a igualar su actuación. Aquellos soldados sintieron envidia del peculiar estatus de los arqueros, hombres sin armadura y también sin pudor que ahora se alejaban a toda prisa para dejar el trabajo a otros.

Las líneas de Oxford se erizaron otra vez de lanzas. Muchos de los que seguían bajando por la colina estaban heridos por alguna flecha que aún llevaban clavada. Y esa maltrecha sección de la carga enemiga también acabó aniquilada. Los hombres de Oxford emplearon las lanzas hasta romperlas y luego echaron mano a los bracamartes.

Oxford no tenía ni idea de a cuántos centenares de soldados reales habían ensartado sus arqueros, pero sabía que si lanzaba una ofensiva sobre la colina el coste sería como mínimo el mismo. En cualquier caso, había sido un buen comienzo. A algunos de los que habían descendido tan velozmente, la bienvenida les había parecido tan desagradable que se habían retirado arrastrándose colina arriba, con la cabeza baja por lo humillante de la situación. En contraste, Oxford sentía elevarse su orgullo cuando miraba sus filas, y esperaba que los Tudor lo hubieran visto todo.

El duque de Norfolk había descendido junto con sus hombres en aquella carga descontrolada. Su armadura lo había salvado de la andanada de flechas, pero tenía un desgarrón en el blasón de la sobreveste y la sangre le asomaba

por un muslo, aunque no era posible decir si era suya o de otro. Cuando Oxford lo divisó, Norfolk seguía a caballo, descargando salvajes espadaños a los hombres de armas. Estos podían plantear poca defensa contra una armadura de tal calidad, por lo que Norfolk había conseguido abrirse un hueco a su alrededor. Sus hombres, al reconocer su blasón, fueron congregándose en torno a él y llamando a otros compañeros para que acudieran a defender a su señor feudal.

Oxford tomó entonces una decisión. Tenía la oportunidad de romper el centro de toda el ala de Norfolk, que ahora se encontraba a menos de veinte metros de su posición. Envió un mensajero al centro, a los Tudor, se caló de golpe la visera, desenvainó la espada y espoleó al caballo. La montura se encabritó al arrancar y sus propios hombres hubieron de apartarse para evitar las coces.

Norfolk miró al frente y vio que el conde de Oxford se le aproximaba. Pisoteando y golpeando con las placas de hierro de su montura, se quitó de en medio a los soldados que se cruzaron en su camino. Norfolk vestía una armadura completa, pero al primer golpe fue derribado de la silla y cayó con gran estrépito. El caballo salió entonces desbocado, pero la pierna de Norfolk permaneció enganchada durante un breve y terrorífico instante, hasta que por fin el cuero se rompió con un chasquido y el duque cayó al suelo. Aterrizó violentamente, en mala posición, y el golpe dejó el casco doblado y rajado. Un gozne de la visera se había roto y no podía ver a Oxford, quien desmontó y empezó a propinarle un sinfín de golpes.

—¡Esperad! —gritó furioso Norfolk.

Retrocedió y tiró de la retorcida visera atrás y adelante hasta que el otro gozne se rompió. Se la arrancó entonces, se levantó jadeando y vio que Oxford lo esperaba. Norfolk sentía cómo la sangre le manaba de una docena de tajos y la fuerza se le iba por momentos. Tragó saliva.

Uno de los últimos arqueros se hallaba apenas a doce pasos, acariciando las dos flechas que le quedaban por disparar. El viejo Bill se había rezagado para ver pelear a los dos lores porque le gustaba la idea de liquidar a un elegante noble con su viejo arco. No comprendía por qué el conde de Oxford había dejado de atacar, por qué esperaba allí plantado a que el enemigo recuperara suficiente aliento para proseguir la lucha. El viejo Bill cerró un ojo y disparó su penúltimo dardo hacia el duque de Norfolk. El arquero rio

entusiasmado al verlo volar como un pájaro y entrar por la visera abierta.

El duque quedó aturdido durante un momento y el viejo Bill tuvo el buen sentido de quitarse de en medio y bajar las manos, antes de sentir la mirada de Oxford en busca del autor del disparo. Bill hundió entonces su última flecha en la tierra, a modo de ofrenda. Nunca disparó un tiro mejor, pero ninguno de sus compañeros le creería. Una lástima.

En la cresta, el rey Ricardo observó con expresión resignada cómo el duque de Norfolk caía y la mayoría de sus tropas de vanguardia huía de la carnicería y la destrucción. Norfolk había perdido la ladera, luego a los hombres y, por último, su propia vida. Con ello, le había ahorrado a Ricardo la tarea de ejecutarlo después; eso era lo único bueno en todo aquello.

El rey se rascó pensativo una comisura de los labios y estiró la parte de la espalda que más le dolía aquella mañana. Incluso sin el ala de Norfolk, sabía que sus tropas sobrepasaban en número a las de los rebeldes. Allí, en Ambion Hill, tenía con él a una guardia personal de mil quinientos caballeros y hombres de armas ataviados con armadura completa, una gran marea de metal plateado sobre los más poderosos caballos jamás criados por el hombre. Deseaba lanzarse a la carga con ellos, deseaba oír aquel ruido atronador. Sonrió al pensarlo.

Pero en el ala derecha aún tenía a lord Percy, conde de Northumberland, al mando de tres mil hombres que aguardaban en silenciosas filas bajo las banderas al viento. No se habían acobardado por la caída de Norfolk. Las batallas podían ganarse en la primera carga, pero también podían consistir en una pugna lenta y dolorosa que se alargaba todo el día y que acababa dependiendo de la voluntad. Quizá el ala izquierda del rey había sido vapuleada, pero su ala derecha estaba preparada para actuar. Ricardo se movió sobre la silla y se esforzó por ver a lo lejos.

—Y ahí lo tienes —murmuró para sí.

Eduardo le había enseñado cuán importante era disponer de una reserva de tropas, siempre que se usara adecuadamente. Las fuerzas de los Tudor se habían centrado tanto en el enemigo desplegado en la cresta que habían marchado directos hacia su posición. Sin embargo, él no tenía a todo su ejército en la cresta de la colina. Sonrió mientras observaba las filas que centelleaban al marchar. Lord Stanley estaba a unos tres kilómetros de allí, y

dudaba que los Tudor se hubieran fijado siquiera en él. Ricardo tenía al hijo de Stanley a buen recaudo, en Londres. Aquel hombre no fallaría. Muy bien. Ya era hora de reducir el sueño de los Tudor a polvo.

Ricardo le hizo un gesto a un heraldo y el hombre se acercó al galope en un castrado de pelaje claro.

—Que lord Percy entre en batalla inmediatamente —dijo Ricardo—. Mis órdenes son barrer a Rhys ap Thomas del campo de batalla y luego atacar el centro de los Tudor. Allí me reuniré con él.

El joven se alejó velozmente y Ricardo no pudo evitar envidiarle la juventud y el entusiasmo. Su espalda empeoraba con el viento frío. Necesitaría un buen baño aquella noche, y aceite y vino para ayudarle a dormir. Si es que conseguía dormir, claro.

Aguardó con la vista clavada en el llano. El ejército de los Tudor parecía demasiado pequeño para representar una amenaza. No tenían más de seis mil hombres y él disponía de un número igual, en ese momento aproximándose al enemigo por el flanco. Solo deseaba que su hermano Eduardo hubiera estado allí para verlo, o quizá su padre.

Abajo, en la llanura, un pequeño grupo se separó del centro; no más de cincuenta hombres. Aquello atrajo instantáneamente la atención de Ricardo. Portaban los estandartes de los Tudor, y sintió que se le helaban las entrañas al ver que se dirigían directamente hacia las fuerzas de lord Stanley. Algo se le había escapado, o alguien le había traicionado.

Presas de un súbito pánico, Ricardo levantó la vista. El ala de Northumberland no se había movido un centímetro, aunque sin duda el conde Percy había recibido sus órdenes. Aun así, sus tropas seguían allí, a caballo y a pie, con el viento soplando entre las filas y sin que ni un solo rostro se volviera en su dirección, todos mirando los movimientos de los hombres del llano.

Ricardo maldijo para sí. Montaba un caballo de batalla y tenía a mil quinientos jinetes con armadura, una auténtica maza de hierro, más poderosa que cualquier otra fuerza en aquel campo. Gritó a derecha e izquierda, a sus capitanes, para que pasaran la orden.

—¡En formación compacta alrededor del rey! ¡Atacamos por el centro a los Tudor! ¡Preparados!

Esperó con los ojos cerrados mientras los capitanes repetían sus órdenes y

los jinetes aferraban riendas y lanzas. Los caballos relinchaban y piafaban, y todavía el ala derecha de lord Percy seguía allí, con sus filas inmóviles y silenciosas. Maldiciéndolos, Ricardo picó espuelas, desenvainó la espada y con ella señaló al pequeño grupo que cabalgaba por delante de las líneas de los Tudor. Los aplastaría antes de que pudieran alcanzar a lord Stanley. Relajó los hombros y se inclinó hacia delante sobre la silla, dejando ir al caballo hasta alcanzar un medio galope en su descenso por la suave ladera. Había elegido el terreno por ese motivo, y ahora disfrutó de la velocidad.

Mil quinientos jinetes bajaron por las laderas, una apretada masa que se arrojaba como una lanza sobre la unidad central de los Tudor, la cual se detuvo en seco, aterrorizada. Ninguno de sus soldados había presenciado una carga semejante, y aquel fragor de trueno sacudió a los hombres de tal modo que los dejó paralizados. Abajo, en el llano, los soldados de Francia y Gales se encogieron al ver la nutrida línea de caballeros y hierro que se les acercaba a una velocidad de vértigo. Alzaron las lanzas e hincaron los escudos en tierra para protegerse tras ellos, pero tenían miedo.

Por delante de la sección central de los Tudor, Enrique y su tío se giraron y se encontraron con aquella horda plateada que se derramaba desde la cresta. No había duda de adónde se dirigían. Incluso podían ver al propio rey Ricardo a la cabeza, con su sobreveste cuartelada en rojo, oro y azul. Jasper sintió la boca seca de miedo, y fue Enrique quien ordenó detenerse y envió al frente a los hombres más corpulentos, provistos con escudos para resistir la primera acometida. Ya no podrían llegar hasta las fuerzas de Stanley. Por ahora resultaba imposible.

Esperaron y, mientras tanto, el ejército que tenían a su espalda de pronto empezó a avanzar. Enrique y su tío se hallaban al frente, detenidos por delante del resto. Pero, en un movimiento repentino, los capitanes y sargentos avanzaron y las líneas rodearon a sus comandantes. Los hombres alzaron los escudos y cerraron los ojos en espera del impacto, sabedores de que no podrían resistirlo. Las largas lanzas romperían las líneas, pero los caballos, con su media tonelada lanzada a todo galope, atravesarían sus defensas con la mayor violencia.

Enrique contuvo la respiración y desenvainó la espada. El hombre que tenía delante levantó bien alto su estandarte, aunque eso le impediría esgrimir un arma. Fue un acto de locura y coraje. A la derecha de Enrique, apareció un

enorme guerrero, sir John Cheyney. El hombre inclinó la cabeza ante él y le guiñó un ojo antes de calarse la visera y volverse hacia el muro de caballos y caballeros lanzados al galope, las pezuñas escupiendo terrones que luego caían como lluvia. Se divisaba allí al rey Ricardo, tras la primera línea, rodeado de caballeros que habían tenido que forzar al máximo sus monturas para mantenerse por delante del rey.

Durante un momento, el mundo se aceleró, aunque Enrique seguía viéndolo todo con absoluta claridad. No flaqueó ni apartó la vista cuando, en un abrir y cerrar de ojos, los hombres se derrumbaron, demolidos por una acometida tan violenta que casi parecía que se habían esfumado en el aire. Los caballos, con sus placas de hierro, chocaron contra las lanzas y las sobrepasaron solo para derrapar y desplomarse con las patas rotas contra los hombres agachados en la siguiente línea. La velocidad y violencia de la carga quedó engullida en muerte y destrozos, y el fragor de la batalla inundó todo el campo de Bosworth.

Ricardo vio cómo el estandarte de los Tudor se hundía donde antes había ondeado bien alto. Sus caballeros y él habían golpeado las primeras líneas y las habían arrasado. Algunos caballos habían caído, algunos caballeros habían sido empalados o abatidos violentamente, pero el resto había penetrado en las líneas centrales de los Tudor y ahora se enfrentaba a sus más poderosos caballeros.

Ricardo veía perfectamente al hombre a quien seguían, allí esperando como una estatua en tanto otros luchaban para mantenerlo con vida. Enrique Tudor montaba con expresión de exasperante calma, mientras se despedazaban vidas humanas a solo unos palmos de distancia. Aquel, aquel era el último de la raza Lancaster.

Ricardo hincó con fuerza las espuelas, aunque su montura se hallaba atascada en el apelotonamiento de hombres. Furioso, derribó a tajos a un soldado que cruzaba junto a su estribo. El hombre se desplomó bajo las pezuñas y Ricardo, al levantar de nuevo la cabeza, se encontró con que un imponente caballero le bloqueaba la visión de Enrique Tudor, un jinete tan ancho como un portón y que montaba un caballo de tamaño prodigioso.

El gigante llevaba la visera alzada y Ricardo sabía que el hombre esperaba una estocada en aquel punto débil. Y estaba preparado para recibirla, como revelaban aquellos ojos brillantes por la satisfacción de poder enfrentarse al mismísimo rey. Sir John Cheyney tenía la ventaja de que casi cualquier hombre con el que luchara era más pequeño que él. Sin embargo, Ricardo se había entrenado en la pelea contra su hermano Eduardo. Tenía más práctica que cualquier otro hombre vivo a la hora de contrarrestar la fuerza de un enorme buey con armadura.

A su alrededor, la lucha continuaba, y ambos hombres debían reservar

una parte de su atención para reaccionar ante cualquier lanzada o golpe de maza que les viniera por un costado. Las batallas podían depender de la suerte o de un resbalón sobre unas vísceras, tanto como de la lealtad y la fuerza.

—Apartaos de mi camino —le gritó Ricardo a Cheyney en tono cortante.

Al tiempo que el colosal guerrero se disponía a responder, Ricardo le lanzó un tajo al brazo de la espada, con intención de alcanzar la mano o la muñeca, romperle los pequeños huesos de esa zona y desarmarlo. El golpe fue lo suficientemente certero como para arrancarle a Cheyney una maldición y un gruñido, pero no perdió la espada y pudo contraatacar con un golpe a la cadera y la ingle de Ricardo, un espadazo que pretendía quebrar las placas metálicas de esa parte del cuerpo. Los caballos se mantenían uno junto al otro, y en la visión de Ricardo no había más que el corpachón de su enemigo. Desvió el golpe de Cheyney y, con los dedos extendidos, lanzó un golpe con el guantelete hacia la abertura de la visera. Tres dedos de hierro arañaron dentro del casco y sir John Cheyney rugió de dolor. Cuando Ricardo sacó la mano, la cara del hombre estaba llena de sangre. El gigantesco caballero se agitó aterrado mientras parpadeaba para tratar de recobrar algo de visión. Consiguió golpear con la espada en la cabeza del caballo de Ricardo, lo que le causó una terrible herida al animal, que se tambaleó aturdido.

Ricardo se agachó para esquivar la hoja de Cheyney y asestó un espadazo al casco del caballero, un golpe descargado con toda la fuerza de que era capaz. Cheyney quedó inconsciente, se deslizó de la silla y cayó al suelo.

Con la batalla desarrollándose a su alrededor como un auténtico torbellino, Ricardo notó que su caballo vacilaba. Desmontó rápidamente y el animal cayó de rodillas, escupiendo sangre. A pie, Ricardo llamó a gritos a sus caballeros y rogó que estos lo vieran antes que los hombres de armas de Enrique Tudor. En el caos del frente de batalla, perdió toda noción de cómo iba la lucha y se encontró solo, rodeado de hombres que peleaban y bramaban por todos los lados.

En la distancia, Ricardo atisbó los estandartes de lord Stanley ondeando sobre quienes peleaban a pie o se mantenían todavía a caballo. Al verlos, se sintió esperanzado. Sin embargo, arriba en la colina, las filas de Percy continuaban inmóviles. Ricardo rogó entonces que se le permitiera sobrevivir para tomar cumplida venganza contra aquellos hombres.

—¡El rey! —oyó gritar Ricardo—. ¡Allí! ¡Está allí!

Se giró hacia aquellos gritos y recibió el ataque de dos caballeros con el blasón de los Lancaster. Furioso, desvió sus golpes con la espada. Necesitaba un caballo, un medio de escapar de las punzantes dagas de puño y del barro en el que se hundían sus pies. Se revolvió, esquivó y se valió de su armadura para atacar, golpeando a los enemigos con cada parte de su cuerpo que estuviera encajada en metal. No se enfrentaba ahora a caballeros tan grandes como Cheyney, pero había muchos, y protegidos con armaduras, por lo que resultaba difícil asestar golpes mortales y los enemigos volvían una y otra vez. No le dolía el hombro, lo cual era un alivio, aunque sabía que estaba cansado. Uno de los caballeros que lo atacaba resbaló y lanzó un aullido al romperse la pierna. Ricardo le arrancó el casco de una patada y lo golpeó en la espalda.

Ahora respiraba tan ruidosamente que ni siquiera oía los pasos de quienes lo rodeaban. Solo podía ver, escasamente, a través de la ranura de la visera, por lo que se dio media vuelta cortando el aire con la espada en medio del cerco de enemigos. Ricardo ya no divisaba la posición de los Tudor y, según parecía, sus caballeros habían avanzado y lo habían dejado atrás, solo en la confusión de la batalla. No podía más que rezar para que lord Stanley atacara desde el ala y lo salvara. Era la última chispa de esperanza. No oyó al hombre que hizo girar en amplio círculo el hacha de petos y lo golpeó con ella en la base del cráneo, con fuerza tal que le rompió el hueso. Los ojos de Ricardo se alzaron mientras él caía, pero en ellos ya no había vida. Una docena de hombres se abalanzaron entonces sobre él y atravesaron con sus hachas y espadas al rey muerto.

Enrique Tudor jadeaba, lleno de barro y magullado, mientras recorría el casi centenar de metros que le separaba de las fuerzas de lord Stanley. Le alegraba poder alejarse de la sangre y la muerte que había presenciado. Seis mil hombres con las fuerzas intactas contemplaban la vorágine que habían dejado atrás, y lo hacían con mirada de lúgubre fascinación, pues eran conscientes de que en cualquier momento podían recibir la orden de marchar hacia aquel lugar.

Lord Stanley se adelantó a las filas de hombres montado en una lustrosa yegua castaña. Llevaba armadura pero no casco, ya que prefería respirar

libremente cuando no estaba siendo atacado. La barba le caía por delante de la sobreveste, casi hasta el ombligo. A su lado, un caballero alzaba sus estandartes y, tras él, otros dos sujetaban con las riendas tirantes a sus caballos de batalla, las armas prestas ante cualquier posible movimiento traicionero. Jasper y Enrique cruzaron una mirada.

—Bienvenido a casa —dijo lord Stanley—. Vuestra madre os envía un fuerte abrazo, Enrique.

—Gracias, milord. ¿Estáis dispuesto a aceptar mi autoridad?

Lord Stanley inclinó la cabeza.

—Así lo he jurado, Enrique. ¿Sabéis que mi hijo está retenido en Londres, bajo custodia del rey Ricardo?

Jasper vio que su sobrino se quedaba inmóvil y se le encogió el corazón. Enrique guardó silencio durante un instante, pensativo.

—¿Quiere eso decir que ponéis condiciones a vuestra lealtad, lord Stanley? —preguntó Enrique a su padrastro—. ¿Sois mío solo si salvo a vuestro hijo?

Lord Stanley lo miró brevemente y luego negó con la cabeza.

—No. Prometí lealtad, con independencia de cómo fueran las cosas. Tengo otros hijos.

Enrique esbozó una tensa sonrisa.

—Esa es la respuesta correcta, lord Stanley. Sin embargo, si está en mi mano, me encargaré de que vuestro hijo regrese sano y salvo a vuestro lado.

—Gracias, milord —dijo lord Stanley, parpadeando sorprendido.

—Bien. Encabezad la marcha —dijo Enrique.

Jasper y Enrique hicieron girar sus monturas y deshicieron el camino ya recorrido, ahora como parte de una línea de soldados que aprestaban hachas y espadas mientras avanzaban. De ellos se elevó un gran rugido de desafío, y los caballeros del rey Ricardo levantaron la vista de la pelea, desolados.

Los caballeros con armadura que habían descendido aquella colina habían sido arrollados y vapuleados por demasiados hombres. Sin el ala derecha de lord Percy, habían soportado un duro acoso desde el principio, en la que había sido la última y desesperada apuesta del rey Ricardo por alcanzar el corazón de los Tudor. Al ver a la numerosa hueste de Stanley, seis mil soldados que avanzaban contra ellos, muchos dieron media vuelta y huyeron,

o bien arrojaron las armas al suelo. A algunos se les permitió rendirse.

Encontraron el cuerpo de Ricardo, molido a golpes y destrozado en su armadura, con una docena de tajos. El casco había llevado un aro dorado que ahora, por haberse soltado una de las juntas, colgaba torcido. Un caballero lo arrancó de un tirón y el aro fue rodando hasta un arbusto raquítico. Sir William Stanley lo enganchó con la lanza y luego la levantó, de modo que el aro descendió dando vueltas hasta su mano.

Se lo llevaron a Enrique Tudor y lord Stanley. El más joven de los Stanley le entregó el aro doblado a su hermano, y entonces lord Thomas Stanley tomó la sencilla corona y la ciñó en la larga cabellera de Enrique. Su tío Jasper fue el primero en prosternarse, con lágrimas en los ojos. Los soldados empezaron a vitorear los nombres de Tudor y Lancaster, juntos, en un gran clamor que resonó como un océano.

EPÍLOGO

Jasper Tudor tragó saliva con dificultad al contemplar el interior de la abadía de Westminster. Una gran cantidad de velas iluminaban el espacio abierto, tan atestado que incluso en aquella enorme sala abovedada se hacía notar el calor. Sintió cómo un hilo de sudor le resbalaba por el cuello y se preguntó si sería correcto entregarle la corona de Inglaterra a un sirviente mientras se secaba aquellas gotas.

Volvió la cabeza al oler un aroma de violetas y, en ese instante, sintió unos dedos fríos en la garganta. Llevaba un cuello tan apretado y alto que apenas podía mirar hacia abajo, pero eso no le impidió sonreír al descubrir que era Margaret Beaufort quien le enjugaba la piel reluciente.

—Gracias —murmuró.

Todavía recordaba a la jovencita que ella fuera en otro tiempo, hacía ya tantos años, sin un amigo en el mundo, un mundo que además ardía en llamas. Entonces se había sentido el salvador de aquella mocosa, por haberle encontrado otra casa y otro marido. Margaret había sobrevivido a su hermano Edmund y a su segundo marido, y aún había encontrado un tercero. Y a este último, Thomas Stanley, lo habían hecho conde. Ahora ese hombre se encontraba allí, a menos de cuarenta metros, con la espada del Estado apoyada en uno de sus anchos hombros. Jasper no podía sino maravillarse de lo bien que Margaret se las había arreglado.

—Gracias por cuidar de mi hijo, vuestra gracia —dijo Margaret con una voz suave.

Jasper sonrió, todavía complacido por su nuevo título. El tío de un rey podía ser nombrado duque de Bedford, según parecía. Ya nunca más le

faltaría de nada ni pasaría hambre. Había ido al castillo de Pembroke y lo había encontrado abandonado y despojado de todos sus ricos tapices. Aún no había decidido si lo restauraría.

—Vos le disteis esperanza durante todos estos años —dijo Jasper volviéndose hacia ella—. Con vuestras cartas.

En el centro de la abarrotada sala, un rosario de obispos realizaba la imposición de manos a Enrique Tudor, bendiciéndolo. Allí estaban el obispo de Bath y Wells, junto con Morton, el obispo de Ely, rehabilitado después de su caída en desgracia y ahora encargado de asistir al anciano arzobispo Bourchier en sus obligaciones.

—Y espero poder conocerlo ahora, Jasper. Ahora que dispongo del tiempo para ello; porque Inglaterra por fin está en paz, una paz que ojalá perdure largamente.

Jasper contempló de nuevo la sala, a la espera del momento en que debían llamarlo. La corona era muy distinta del aro rudimentario que su sobrino había llevado en el campo de Bosworth. Los hombres habían vitoreado al verlo, pero aquel aro maltrecho no había constituido una corona válida para un acto de coronación formal. La que ahora sostenía Jasper relucía de perlas y rubíes engastados en cruces de oro. Descansaba en un cojín de terciopelo y era resultado del trabajo de orfebres y esmaltadores.

Era además muy pesada, aparentemente, más que si fuera toda de metal. Jasper observó el pasillo alfombrado que discurría entre las filas de lores y *ladies* allí sentados. Sabía que si tropezaba y caía, sería lo único que todos recordarían.

—En cierto modo, milady, también puede mantenerse la paz por puro agotamiento. Creo que todos los presentes están cansados tras estos treinta años de guerra.

—Deberían estarlo, Jasper. En cualquier caso, les daremos a todos un magnífico matrimonio real: el de mi hijo con Isabel de York. Su madre es una mujer... práctica, diría yo. Una mujer que ha perdido más que cualquiera. Espero que al ver a su hija a salvo y casada con Enrique pueda también encontrar la paz. Después de todo, ya no queda nadie más. Mi hijo es el último de los Lancaster e Isabel es la heredera de York.

—Ah, vuestro hijo es muchas cosas —dijo Jasper—. También un comandante de hombres, para mi sorpresa. Y un caballero y un rey erudito.

Pero, ante todo, es un Tudor, milady, y ahora construirá su propia casa. Es lo justo. Al fin y al cabo, él es el *Ddraig Goch*, el dragón rojo, y quizá, solo quizá, también el *Mab Darogan*.

—¿El Predestinado? —preguntó Margaret, recordándole que ella también había pasado muchos años entre galeses—. Bueno, por supuesto que lo es, Jasper. Ha ganado. Y eso es, a fin de cuentas, lo único que importa.

Jasper se inclinaba ya para susurrar una respuesta cuando ella lo empujó y él se dio cuenta de que cientos de caras miraban en su dirección. Tragó saliva y empezó a caminar hacia la sala, sosteniendo entre las manos la corona del joven rey.

NOTA HISTÓRICA

Enrique Tudor nació en el castillo de Pembroke en 1457, hijo de Margaret Beaufort, quien entonces contaba treinta años. Su padre, Edmund Tudor, conde de Richmond, había muerto víctima de la peste, tras ser capturado por sus enemigos de la casa de York. Su tío, Jasper Tudor, ayudó a Margaret a encontrar un nuevo esposo, sir Henry Stafford, tras cuya muerte Margaret se casó de nuevo, esta vez con lord Thomas Stanley, quien luego sería nombrado conde de Derby. Debe hacerse notar que la madre de Enrique era más inglesa que los huevos con beicon, y que su padre, medio galés y medio francés, había nacido en Hertfordshire. Pese a ello, Enrique Tudor tenía derecho a reivindicarse como *Mag Darogan*, el «Predestinado» profetizado desde antiguo, quien habría de llegar de Gales para gobernar Inglaterra.

Es cierto que, cuando Enrique tenía catorce años, Jasper Tudor regresó para llevarse a su sobrino a Francia. No se sabe si efectivamente huyeron por la enorme caverna que se halla bajo el castillo de Pembroke, pero sin duda habría constituido una perfecta vía de escape. También es cierto que existen túneles bajo la ciudad de Tenby, situada a unos veinte kilómetros de Pembroke, y que la leyenda del lugar cuenta que Enrique y su tío se cobijaron en aquellos túneles mientras los soldados los buscaban, un escondrijo del que salieron para huir en un bote.

Warwick y Jorge, duque de Clarence, partieron de Francia y efectuaron un gran desembarco en Inglaterra, en septiembre de 1470. Se desplazaron velozmente a Londres, donde liberaron al rey Enrique VI, retenido en la Torre, y lo restauraron como cabeza de la casa de Lancaster. Este tipo de

acciones son las que valieron a Warwick el sobrenombre de «hacedor de reyes» o «coronador de reyes».

Tuvieron la extraordinaria fortuna de que Eduardo de York se lo pusiera muy fácil. Es cierto que Eduardo estaba entonces en el norte y que su mujer, Isabel, se hallaba a punto de dar a luz. Está bien documentado que Eduardo era hombre de grandes apetitos en lo referente a comida, bebida y caza. No obstante, sigue existiendo cierto misterio sobre este periodo. El rey, que tan decisivamente actuó antes y en el transcurso de la batalla de Towton, fue sorprendido cuando contaba con muy pocos hombres y se vio rápidamente rodeado por un ejército, desde el norte, y por Warwick, quien se desplazó velozmente desde el sur.

Warwick había reunido entre veinte y treinta mil hombres en su campaña para restaurar a la casa de Lancaster. Eduardo estableció su base en Nottingham y desde allí realizó un llamamiento que solo consiguió atraer a unos escasos tres mil hombres. Las propias limitaciones de la época se encargaron de descartar al carismático líder de Towton. En un tiempo en el que no existían medios de comunicación de masas, para que la convocatoria de Eduardo se hubiera extendido con la debida eficacia se habrían precisado mensajeros y voluntarios por centenares. Lancaster estaba de vuelta y la vieja corona recobraría su lugar. La casa de York, en cambio, se encaminaba a su caída.

Sobrepasado claramente en número, Eduardo huyó a la costa con un puñado de hombres, entre ellos su hermano Ricardo. Pero incluso ese movimiento había sido previsto, por lo que su barco casi fue capturado en el mar. Eduardo no disponía de dinero, y es cierto que el rey de Inglaterra hubo de darle su tabardo al capitán del barco para pagar el pasaje. Lo hizo de buen grado, aunque debió de ser un momento extraordinariamente amargo. Al igual que le había ocurrido anteriormente a Warwick, Eduardo se dirigía a un exilio incierto.

Pese a todo, el rey Eduardo IV era un hombre con una determinación poco común. Regresó, pues, en mejor forma y con las fuerzas recobradas. Había afrontado antes situaciones en desventaja y había salido triunfante, como sucediera entre la nieve de la batalla de Towton. Eduardo era, simplemente, uno de los más grandes reyes guerreros de la historia de Inglaterra.

Todos aquellos que se hayan forjado una visión romántica del rey Ricardo III creo que deben reconocer su gran deuda con Shakespeare, quien lo retrató como un villano jorobado. Sin Shakespeare, Ricardo Plantagenet, quien solo fue rey durante dos años, habría sido una mera nota al pie en el reinado de su hermano. No existe ni una sola mención de la época que haga referencia a una deformidad física, si bien hoy sabemos que tenía la columna desviada. Seguramente sufría un dolor constante, pero lo mismo les ocurría a otros muchos guerreros de entonces. Desde luego, no existe constancia alguna de que Ricardo necesitara una armadura especial, adaptada a una desigual altura de hombros. Según parece, los espadachines medievales, como los soldados romanos antes que ellos, tenían el lado derecho del cuerpo mucho más desarrollado. Yo mismo tuve un compañero de escuela que renunció a su trayectoria en la esgrima profesional porque, debido al entrenamiento constante, la hipertrofia en el hombro derecho estaba derivando en una joroba, y eso que usaba una espada ligera. Así que, por comparación, podemos imaginarnos lo que podría ocurrir con los caballeros medievales, quienes usaban grandes espadas de un metro de largo o incluso más, armas en cuyo manejo la fuerza y la resistencia resultaban determinantes a la hora de alzarse con la victoria o sufrir una humillante derrota. Ricardo luchó en 1485. Salió al campo de batalla pese a saber que su esposa y su hijo estaban muertos y que no tenía herederos. En esto no pude resistir el influjo de *Macbeth*, en el quinto acto, escena tercera, cuando el rey pide a gritos sus armas. El rey Ricardo sabía que, si perdía, la línea masculina de su estirpe terminaría. Pese a ello, siguió adelante. Al final, Ricardo fue valiente. Ojalá todos lo fuéramos en igual medida.

El duque de Borgoña, Carlos el Temerario (o dicho con la maravillosa sonoridad francesa, *Charles le Téméraire*) se mostró en principio reacio a comprometerse con la causa de los exiliados hermanos York. El duque Carlos era perfectamente consciente del poder del rey Luis de Francia. No obstante, en los primeros meses de 1471, Luis y el conde de Warwick estaban preparando abiertamente un gran ataque desde Calais contra las tierras de Borgoña, lo que obligó al duque Carlos a apoyar al enemigo clave de ambos con treinta y seis barcos y unos mil doscientos hombres, entre ellos algunos ingleses. El buque insignia que llevó a Eduardo y a su hermano Ricardo se

llamaba solo *Antony*, aunque yo lo he llamado *Marc Antony* por el noble romano que dio el discurso tras la muerte de César. Para el duque Carlos debió de suponer un terrible riesgo tener que renunciar a unas fuerzas vitales cuando más las necesitaba, si bien la empresa resultó productiva.

Nota: «*Placebo Domino in regione vivorum*», «Complaceré al Señor en la tierra de los vivos», era el primer texto de respuesta que las congregaciones del siglo XV recitaban en los funerales. Algunos de los asistentes a los velatorios solo iban por la comida, y el término «cantantes del Placebo» ya era un insulto hacia el año 1470, e incluso aparece una generación antes, en los *Los cuentos de Canterbury*, de Chaucer, para describir a los falsos dolientes que obtenían beneficio mediante la simulación. El origen del término *placebo* me parece fascinante y por ello lo incluyo aquí.

Eduardo pretendía desembarcar primero en Cromer, en Norfolk, pero se enteró de que el duque de Norfolk permanecía prisionero y de que el conde de Oxford le era contrario. El desembarco en Cromer resultaba imposible en ese momento, por lo que Eduardo y su hermano Ricardo decidieron probar en Ravenspur, en la desembocadura del río Humber, cerca de Hull y no demasiado lejos de la ciudad de York, el mismo lugar en el que setenta y dos años antes había desembarcado Enrique de Bolingbroke para usurpar el trono de Ricardo II.

La campaña de Eduardo comenzó mal, ya que la ciudad de Hull se negó a abrirle las puertas. Luego se le permitió entrar en York, pero solo con unos pocos hombres, y al pasar por el castillo de Sandal su avance era lento y despertaba pocos entusiasmos. Ni siquiera hoy se sabe a ciencia cierta por qué John Neville, lord Montagu, decidió no salir del castillo Pontefract para plantearle batalla, pero lo cierto es que no lo hizo, y con ello se perdió la oportunidad de cortar de raíz el retorno de los yorquistas.

Aquello permitió que Eduardo y Ricardo pudieran continuar reclutando hombres, de modo que llegaron a reunir entre seis y ocho mil soldados, un número que, sin embargo, seguía estando muy por debajo del de las tropas de Warwick. Lord Hastings estaba en realidad entre quienes acompañaron a Eduardo a Flandes. Yo hice que se uniera a Eduardo en Leicester porque quería mostrar cómo llegaban los nombres importantes uno a uno, en una

avalancha que, si bien comenzó lentamente, resultó imparable una vez iniciada.

Warwick, quinientos años después, sigue siendo un personaje fascinante. Dudo que yo le haya hecho justicia, porque se trataba de una personalidad realmente compleja. Sus dotes diplomáticas resultan incuestionables. Para sobrevivir y triunfar estando en primera línea durante la guerra de las Dos Rosas, debió de haber sido un hombre de juicio certero en los asuntos personales. Indiscutiblemente, confiaba en la lealtad de su familia, como la esperaba también en otros. Se volvió contra Eduardo solo cuando el comportamiento de este le hizo imposible seguir apoyándolo, dado los continuos ataques que el clan Neville debió soportar por parte de la realeza. Pero, en esencia, Warwick fue leal a dos generaciones de los York. Cuando fue apartado de su esfera, los resultados fueron excepcionalmente dramáticos. Y la culpa de ello puede achacársele en parte a Isabel Woodville, pero tampoco debe obviarse la responsabilidad del propio Eduardo IV.

En la batalla, Warwick no demostró el talento que le hubiera sido necesario. Perdió en la segunda batalla de San Albano, en la que las tropas de Margarita de Anjou rodearon sus fortificaciones y lo atacaron por la retaguardia. Después, Warwick cometió el error monumental de capturar a Eduardo y retenerlo como prisionero sin tener realmente un plan, lo que en última instancia le obligó a liberar a un rey rencoroso y vengativo. Cuando la situación estalló sin remedio, Warwick no pudo impedir que Eduardo escapara en compañía de Ricardo de Gloucester.

Es cierto que Warwick rehusó enfrentarse al ejército yorquista en Coventry, pese a contar con un número de soldados y una posición muy superiores a las del enemigo. Juzgar las cosas en retrospectiva es muy lícito, por supuesto, pero lo cierto es que en Coventry debió de ocurrir algo extraño. Yo sospecho que Warwick vio a Eduardo IV y Ricardo de Gloucester en el campo de batalla y lamentó haber tomado partido en su contra, o al menos lo hizo durante el tiempo suficiente como para no atacar, porque no hay que olvidar que los tenía cercados, con Montagu por detrás, el conde de Oxford por el este y veinte mil hombres o más en Coventry y alrededores. Si Warwick hubiera atacado, sería él quien habría escrito el final de esta historia.

Sin embargo, Ricardo de Gloucester había sido su pupilo. Warwick, además, conocía a Eduardo desde que este era un muchacho. Había estado a su lado en Towton, una batalla con tal grado de salvajismo que estoy seguro de que debió marcar a cuantos sobrevivieron a ella. Tal vez sea mera coincidencia que Warwick, Eduardo IV, Gloucester, Clarence y Montagu fueran todos miembros de la Orden de la Jarretera, pero sería extraño considerarlo solo de esa forma.

Nunca sabremos con seguridad lo que pasó por la mente de Warwick aquel abril de 1471. Pocos días después, moriría en la batalla de Barnet. Quizá no fuera un gran estratega en la batalla, pero en Coventry no tenía necesidad de serlo. El enemigo estaba a su merced, y lo dejó ir. El hombre que luchó junto a Eduardo en Towton no era un cobarde, así que no se me ocurre otra explicación que encaje con los acontecimientos.

Nota: Jorge de Clarence, efectivamente, volvió a cambiar de bando y traicionó a su suegro. Eduardo, Ricardo y Jorge se encontraron en el camino de Banbury y hubo «buena disposición y palabras de afecto entre ellos», al menos durante cierto periodo.

En las escuelas inglesas, durante mucho tiempo no había quien no supiera que Clarence se había ahogado en una «cuba de vino de Madeira», y el hecho constituía una de las muertes más famosas de la historia, junto con la de Enrique I, fallecido por un «hartazgo de lampreas», o la de Nelson, quien cayó en la batalla de Trafalgar. No sé si hoy ocurre lo mismo, aunque me gustaría que así fuera. Las historias conforman la cultura, y su importancia puede ser mayor de lo que imaginamos.

Nota sobre la batalla de Barnet: en la Semana Santa de 1471, Londres se convirtió en el punto de encuentro de los partidarios de la casa de York. Las estimaciones siempre resultan difíciles, pero diversas fuentes coinciden en que el ejército de Eduardo era bastante pequeño, pues se calcula que el número de hombres oscilaba entre siete y doce mil. En general, parece haber acuerdo en que Warwick disponía del triple de hombres, como mínimo. Parece del todo improbable que Eduardo esperara proseguir con su racha de suerte en Barnet. Así pues, ¿fue una locura que saliera de una ciudad que podía defender para lanzarse al ataque? Junto a él tenía a sus hermanos, y

todos eran jóvenes. Resulta posible que se espolearan unos a otros para atacar, una acción que los podría haber llevado fácilmente al desastre. Con todo, Eduardo era el vencedor de Towton y una figura poco menos que mítica en la batalla. Con veintiocho años y recuperada la forma física, debía de resultar aterrador enfrentarse a él, y, si hablamos de levantar la moral de las tropas, su presencia debía valer por la de mil hombres. En la estela de Enrique V en Agincourt, Eduardo continuó con la tradición de los reyes guerreros que apuestan con la máxima ambición.

Hoy, Barnet forma parte de la urbe londinense. En 1471, estaba situada en el camino de Londres, a unos trece kilómetros de la Torre, y era una ciudad rodeada de campo abierto. Ni Warwick ni Eduardo IV habrían elegido el lugar como campo de batalla. Simplemente, fue a esa altura del camino donde sus fuerzas se encontraron y donde, en última instancia, Warwick habría de hallar la muerte. Fue un violento final para una trayectoria grandiosa y turbulenta. Warwick había elegido entre reyes más de una vez y había tenido bajo su custodia personal tanto a Eduardo como a Enrique. Había tomado unas decisiones desastrosas y otras magníficas, pero en cualquier caso luego perdonó realmente a Margarita de Anjou y trabajó para restaurar a los Lancaster en el trono, es decir, para deshacer todo lo que él mismo había provocado. Sospecho que, pese a todos sus defectos, debió de ser un gran hombre.

Espero haber recreado la batalla de Barnet con cierto grado de precisión, a partir de mis lecturas sobre aquellos acontecimientos. Es cierto que Eduardo se aproximó al amparo de la oscuridad y que su ejército llegó a situarse tan cerca que los intermitentes cañonazos que durante toda la noche disparó Warwick no le supusieron un problema. También es verdad que cuando Eduardo atacó, sobre las cuatro o las cinco de la mañana de Pascua, la espesa niebla le impidió ver que ambos ejércitos se habían solapado. Su ala derecha atacó mientras el ala izquierda quedaba atrás, y decenas de miles de combatientes giraron en una rueda que tenía a Eduardo como eje. En el bando de Warwick, Oxford aplastó el ala izquierda de York, que huyó perseguida por el enemigo hasta la ciudad de Barnet. Pero el regreso de Oxford a la batalla resultó absolutamente caótico, a lo que contribuyó que su símbolo, una estrella de seis puntas onduladas, fuera confundido con el sol en llamas de Eduardo, de aspecto similar. Gritos de traición se elevaron en el bando de

Lancaster y el pánico cundió entre los hombres. Eduardo aprovechó la circunstancia y el hermano de Warwick, Montagu, cayó en la batalla, tras lo cual el centro se desmoronó y arrastró en su hundimiento a Warwick. Fue un final ciertamente poco glorioso para la extraordinaria vida de Warwick. Es un hecho cierto que los cuerpos de Warwick y Montagu fueron exhibidos en Londres, como también lo es que Eduardo no ordenó despedazarlos, como era costumbre, sino que se los envió a su familia para que los enterraran en la abadía de Bisham.

La reina Margarita de Anjou y su hijo Eduardo de Lancaster, príncipe de Gales, pisaron efectivamente Inglaterra, por vez primera en diez años, el mismo día en que Warwick murió en la batalla. Habían partido casi una semana antes, aunque la tormenta los había obligado a retroceder.

No resulta difícil imaginar la desesperación inicial que Margarita debió sentir al enterarse de la derrota de Warwick. Con todo, cedió a los argumentos tranquilizadores de Edmund Beaufort, lord Somerset. Este conocía el sur de Inglaterra y resultó de vital importancia para reunir a un gran ejército en esa parte del país, en la que habría de ser la última apuesta que pudiera permitirse Margarita.

El rey Eduardo ordenó su propia leva para poder contar con nuevos soldados, después de haber perdido una parte nada despreciable de su ejército en Barnet. Para él, la única dificultad estribaba en el hecho de no saber dónde golpearía Margarita, lo cual lo obligaba a cubrir vastas extensiones de terreno en su persecución. Sabía que ya antes había recurrido a Gales y sospechaba que podía encaminarse al norte hasta el río Severn, para cruzar a Gales por algún punto cercano a Gloucester o Tewkesbury.

Margarita alcanzó Bristol y obtuvo un gran respaldo en la ciudad, tanto en hombres como en fondos y equipo, incluido un cañón. Eduardo escogió un buen lugar donde prepararse para dar batalla, pero entonces fue informado de que Margarita no se había detenido para enfrentarse a él, sino que había continuado camino. Una vez más, hubo de marchar tras ella.

En la carrera por alcanzar Gales, Eduardo había enviado mensajeros por delante, lo cual provocó que Gloucester y su puente sobre el Severn estuvieran cerrados para Margarita, al igual que Hull lo había estado para Eduardo unas pocas semanas antes. Los lores y las tropas de Margarita

apretaron la marcha para tratar de alcanzar el siguiente gran paso, el vado de Tewkesbury, lugar al que llegaron después de una marcha de más de cuarenta kilómetros. Por su parte, el ejército de Eduardo, también a marchas forzadas, recorrió casi sesenta kilómetros para interceptar al enemigo antes de que cruzara. Ambos bandos estaban agotados, pero Eduardo estaba resuelto a cobrarse las humillaciones sufridas.

El vado que cruzaba el río cerca de Tewkesbury no podía utilizarse por la noche, ni tampoco cuando un ejército hostil acechaba cerca, presto para atacar. Así pues, las fuerzas de Lancaster hubieron de luchar, en lo que resultó ser una contienda muy igualada.

A Eduardo no puede atribuírsele gran pericia táctica en el desarrollo de la batalla de Tewkesbury. Ciertamente que mantuvo una reserva de doscientos lanceros que resultaron útiles, pero el factor decisivo se produjo con los disparos incesantes de Gloucester contra la persona del duque de Somerset, quien había perdido a su hermano mayor y a su padre en otros episodios de la guerra de las Dos Rosas. El duque, enfurecido, respondió con una carga colina abajo, con lo cual perdió la ventaja que le otorgaba el terreno. La sección central comandada por Eduardo pudo entonces romper todas las fuerzas de Lancaster, una tras otra. Ha perdurado una historia según la cual Somerset volvió a subir la colina y mató a su aliado, el barón Wenlock, por no darle el apoyo requerido.

El príncipe Eduardo murió a consecuencia del ataque de la sección central de York. Su muerte supuso el final de las últimas esperanzas de los Lancaster y un golpe definitivo que, de hecho, puso término a las guerras.

En la segunda parte, doy un salto de 1471 a 1482. No lo hago porque no ocurriera nada interesante entre esos años. Por ejemplo, las invasiones de Francia y Escocia resultan fascinantes. Pese a ello, he preferido centrarme en la guerra de las Dos Rosas y tomarla como un todo. Es verdad que, en cierto modo, esta es la historia de Eduardo IV, pero también es la de Margarita de Anjou, y la de los York y los Lancaster. Para quienes estén interesados en una vívida biografía histórica de este rey medio olvidado, recomiendo *Edward IV*, de Charles Ross, por la gran cantidad de detalles que proporciona, los cuales no habrían resultado pertinentes aquí. Asimismo,

recomiendo *Richard the Third*, de Paul Murray Kendall. Ambas lecturas son magníficas, repletas de detalles que no cabrían en este libro. Por ejemplo, Kendall menciona que, como parte de la ceremonia de coronación, al parecer Ricardo y su mujer Ann fueron desnudados hasta la cintura para ser ungidos con aceite. Esto no solo suscita la cuestión de cómo la desnudez femenina se consideraba en aquella época, sino que también resulta relevante si tenemos en cuenta que ninguna fuente contemporánea mencionó nunca que Ricardo tuviera joroba. Como he dicho antes, Ricardo fue un reputado espadachín, pero incluso desnudo de cintura para arriba no despertó un interés especial. Mi intuición me dice que podría haber tenido una figura ligeramente torcida, con un hombro más alto que otro (tal como revela la escoliosis de su esqueleto), pero que una abundante masa muscular debía resultar normal en los caballeros medievales, como también debían serlo las cicatrices y las marcas de toda índole en la piel.

Después de los cinco siglos transcurridos desde entonces, resulta imposible saber con seguridad quién mató a Eduardo IV. Sabemos que bebía en cantidades tan prodigiosas que dejaba atónitos a los visitantes de la corte. También se sabe que Eduardo había sufrido cierto número de golpes en la cabeza a lo largo de su vida. A partir de ahí, que sufriera algún tipo de hemorragia o un derrame cerebral parece una hipótesis bastante plausible. En una fuente de la época se mencionan sospechas de envenenamiento, pero un coágulo se antoja una causa más probable.

En el momento de su muerte tenía cuarenta años. Incluso hoy, su muerte puede considerarse un trágico acontecimiento. Si Eduardo IV hubiera reinado durante cincuenta años, como hizo Eduardo III, no habría habido ni Ricardo III ni el campo de Bosworth; aunque, ciertamente, tampoco habría llegado el momento de los Tudor ni la época isabelina.

Nota sobre los nombres: el rey Enrique VI tuvo un hijo llamado Eduardo, quien fue príncipe de Gales durante un breve periodo. Y lo mismo podría decirse del rey Eduardo IV y el rey Ricardo III. Su hermano Jorge, duque de Clarence, también tuvo un hijo llamado Eduardo, el cual se convirtió después en conde de Warwick y estuvo al cuidado de su tío Ricardo durante un tiempo, pues no en vano podía reclamar el trono con más derecho que el

propio Ricardo. Al igual que hubo demasiados Ricardos, en cierto periodo también hubo demasiados Eduardos. Ningún escritor del género policiaco o romántico se ha visto en tal aprieto. En cuanto al hijo de Ricardo III, desconozco si realmente lo llamaban Ned.

Otro hecho cierto es que el duque Ricardo de Gloucester interceptó al príncipe Eduardo cuando llevaban a este a Londres para ser coronado. Gloucester actuó con tal rapidez y calma que parece cobrar solidez la hipótesis de que su hermano sufriera dos apoplejías, lo cual le habría dado a Ricardo tiempo suficiente para prepararse.

Pocos hombres existen en la historia con adeptos tan fervorosos, algunos de los cuales jamás creerían a Ricardo III capaz de cometer una injusticia. Pese a ello, debe decirse que, apenas unos días después de que Eduardo IV exhalara su último suspiro, Ricardo movió los hilos para que los hijos de su hermano fueran declarados ilegítimos. ¿Por qué entonces —preguntan algunos— habría ordenado matarlos, si ya no representaban una amenaza para él? Pues porque Ricardo de Gloucester había vivido todos los triunfos y desastres de la guerra de las Dos Rosas; porque su padre había sufrido muerte civil; porque lo mismo le había ocurrido al propio Ricardo, junto con el rey Eduardo, tras lo cual habían conseguido recobrar su poder y sus títulos. Ricardo, más que nadie, conocía los peligros de dejar vivo a un potencial enemigo. Al rey Enrique VI de Lancaster se le había permitido vivir. Y el resultado ahí estaba, para cualquiera que quisiera verlo y juzgarlo.

Ricardo tenía a uno de los hijos de su hermano en la Torre. Consiguió apoderarse del otro valiéndose de una delegación enviada al asilo sagrado donde Isabel se había refugiado con sus hijos. Tras debatir si el hecho de sacar de allí al niño violaría o no la norma del asilo sagrado, fue nada menos que el arzobispo de Canterbury el encargado de llevarse al muchacho. Aparentemente, su madre estuvo de acuerdo, pero ¿qué otra cosa podía decir o hacer, con aquella parte de la abadía de Westminster rodeada por los hombres armados del lord protector?

Ricardo demostró el ingenio y el talento suficientes para deshacerse de sus enemigos acusándolos de conspirar contra los muchachos, cuando en realidad lo más probable era que esos enemigos estuvieran conspirando contra él mismo. Hizo ejecutar a lord Hastings, a lord Grey y sir Thomas

Vaughn. Lord Stanley también fue arrestado durante unos pocos días, pero luego fue puesto en libertad. Los hechos posteriores pusieron de manifiesto que Ricardo le otorgó demasiada confianza a aquel hombre casado con Margaret Beaufort.

Julio César tuvo un hijo con Cleopatra. El muchacho fue conocido con el nombre de Ptolomeo Cesarión y debería haber heredado ambos imperios, cosa que habría sucedido si César Augusto no hubiera ordenado ejecutarlo cuando Ptolomeo tenía diecisiete años. Este mismo y benévolo Augusto hizo asesinar a su nieto para que no interfiriera en el pacífico traspaso de poder al emperador Tiberio. Al hablar de tales acontecimientos, podemos decir que fueron tragedias, claro, pero no que constituyeran una sorpresa.

En lo que respecta a sus sobrinos, cabe la posibilidad de que fuera el propio Ricardo quien se deshiciera secretamente de esa futura amenaza durante el verano de 1483. Por entonces, Ricardo tenía una esposa y un hijo, aunque ambos morirían poco después, un suceso tan terrible como habitual en la época. En aquellos primeros y calurosos meses de su reinado, Ricardo simplemente habría actuado para asegurar su propia línea sucesoria. No era ningún dubitativo Hamlet, sino un hombre de acción que había actuado con vigor para aprovechar una oportunidad que pocos habrían sabido ver.

Según parece, el asesinato de los niños pudo llevarse a cabo de forma discreta y sin dejar pruebas. Quizá se considerara un acto infamante y un pecado sin paliativos, aunque también un acto necesario. Al menos un intento de levantamiento quedó sin efecto en cuanto corrió la voz de que los niños ya estaban muertos y no podrían ser rescatados.

Algunas fuentes aseguran que el asesino fue lord Buckingham, tal vez como respuesta a una exclamación de Ricardo similar a la que, un siglo antes, formulara Enrique II, cuando dijo: «¿Quién me libraré de este clérigo rebelde?». Como es bien sabido, la frase provocó que cuatro caballeros fueran a Canterbury y asesinaran al arzobispo. Y es que la historia puede ser un relato oscuro y sangriento. Lo cierto es que, al final, solo puede señalarse a tres candidatos como autores o directos instigadores del asesinato de los príncipes: Ricardo III, Buckingham o Enrique VII, en este último caso, con la pretensión de eliminar obstáculos en el camino de la casa Tudor.

Personalmente, tengo la certeza de que fue Ricardo quien dio la orden. La

rebelión de Buckingham de 1483 fue, en principio, un intento por restaurar la casa York en el trono valiéndose de los príncipes retenidos en la Torre. Sin embargo, la noticia de que habían sido asesinados paralizó por completo la coalición de Buckingham. Este trató entonces de cambiar de caballo y favorecer la rebelión en el bando de los Lancaster, pero fracasó estrepitosamente. Resulta incluso posible que, desde el principio, su propósito fuera apoyar a Enrique Tudor; pero, en cualquier caso, el factor clave en todo este asunto es que existe un motivo para que Ricardo ordenara la muerte de los príncipes.

El rey Ricardo nunca fue el asesino jorobado de la obra de Shakespeare, un hombre que se regocija en su propia maldad. Para mí sería una sorpresa que no hubiera sido él quien matara a Enrique VI en su celda, aunque, una vez más, no es posible saberlo con certeza. Y es que Ricardo no era ningún santo, como tampoco lo era su hermano Eduardo. Quizá sí lo fuera Enrique VI, pero la historia no se porta bien con los santos.

Una reflexión final sobre Ricardo: tras la rebelión de 1483, demostró su poder y tal vez también una chispa de grandeza. Ejecutó solo a diez hombres y decretó la muerte civil de noventa y seis, aunque luego perdonó a treinta de ellos. Estaba de regreso en Londres solo cuatro meses después de haber partido en su primer gran desplazamiento regio a lo largo del país. Su reinado se vio sacudido entonces por la muerte de su hijo y, pocos meses después, la de su esposa. En ambos casos, la causa más probable parece ser la tuberculosis, un verdadero azote en la época. Si Ricardo hubiese vencido en Bosworth, nada hace suponer que no hubiera podido recuperarlo todo, tener una nueva esposa, otros hijos y un largo reinado. Peleó cuerpo a cuerpo contra un guardaespaldas de Enrique Tudor, sir John Cheyney, y con una lanza rota consiguió derribarlo de su caballo. Cheyney sobrevivió a la batalla y estuvo presente en la coronación de Enrique en Londres.

Ricardo Plantagenet tenía solo treinta y dos años cuando murió en combate. Quién sabe lo que podría haber llegado a hacer si hubiese vivido. Para quienes deseen profundizar en el tema, recomiendo la obra *Bosworth: The Birth of the Tudors*, de Chris Skidmore.

Nota sobre las fechas: siempre se dice que la batalla de Bosworth tuvo

lugar el 22 de agosto de 1485, pero esa fecha corresponde al calendario juliano, creado por Julio César y un astrólogo griego Sosígenes. Para haber sido calculado en el año 46 a. C., el calendario era asombrosamente preciso, pues establecía la duración de un año en 365 días, con la intercalación de un día extra cada cuatro años, en febrero, que por entonces marcaba el final del año romano. (Y de ahí provienen los nombres de septiembre, octubre, noviembre y diciembre, puesto que eran los meses séptimo, octavo, noveno y décimo de un calendario que empezaba en marzo.) A lo largo de casi dos mil años, se fueron sumando inadvertidamente horas extra a la duración de un año. Esta circunstancia se corrigió en el calendario gregoriano de 1752, para lo cual hubo de adelantarse el calendario en once días. No obstante, en el siglo XV, el error era únicamente de nueve días. Por tanto, Bosworth ocurrió realmente el 31 de agosto de 1485, de acuerdo con el calendario que seguimos utilizando actualmente.

Con independencia de la debilidad o enfermedad que le aquejara, Enrique VI fue un buen hombre. Sin duda, merecía algo mejor que acabar asesinado en sus aposentos de la Torre de Londres. En lo que a mí respecta, lamento que le tocara vivir una vida en la que su hijo murió violentamente antes de llegar a la edad adulta y su mujer quedó destrozada y humillada tras sus intentos por salvar a su marido. En cuanto a Margarita, en cierto modo corresponde a la sumamente dolorosa naturaleza de su vida que muriera en 1482 en Francia, mientras el rey Eduardo IV seguía fuerte en el trono y, aparentemente, ante él se extendía un reinado de varias décadas. Si Margarita hubiera vivido tan solo unos años más, habría visto a todos sus enemigos destruidos y a una rama de la casa Lancaster de nuevo en el trono. Pero no ocurrió así. En cierto sentido, esta ha sido su historia... y su tragedia.

CONN IGGULDEN

Londres, 2015

AGRADECIMIENTOS

Tras la muerte de mi padre, esperé que mi madre se recuperara y sacara su fortaleza de nuevo. Sin embargo, al cabo de un año también se fue. Me gustaría mostrarle mi reconocimiento en este libro, el primero que no leerá.

Su amor por las palabras y, en especial, por la poesía me influenció profundamente. Me dijo que la historia era un conjunto de historias sobre gente real, pero con fechas. Echo de menos sus consejos diarios, porque me daba consejos cada día.

«Un velero a mi lado extiende sus blancas velas a la brisa matutina y se hace al mar azul. Me quedo allí y lo observo hasta que, finalmente, se ve como una diminuta nube blanca, justo donde el mar y el cielo se mezclan el uno con el otro... y justo en el instante en que alguien a mi lado dice: “¡Mira, la barca ya se fue!”, hay otros ojos que la ven venir, y sus voces se levantan en gritos diciendo: “¡Ahí llega!”.»

Gone From My Sight, de HENRY VAN DYKE